Libros del Asteroide



Philip Hensher

El rey de los tejones

Traducción de Marta Alcaraz



Índice

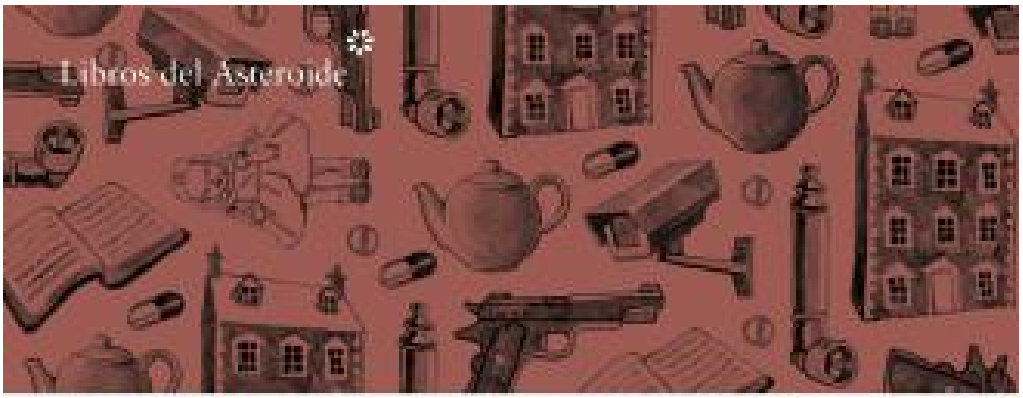
El rey de los tejones

Libro primero: Nada que ocultar

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

31
32
33
Primer impromptu: Habla el narrador omnisciente
Libro segundo: El rey de los tejones
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31

32
33
34
Segundo impromptu: Doscientos días
Libro tercero: Nada que temer
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
Colofón
Nota biográfica
Recomendaciones Asteroide



Philip Hensher

El rey de los tejones

Traducción de Marta Alcaraz



Philip Hensher

El rey de los tejones

Traducción de Marta Alcaraz

Libros del Asteroide

Título original: *King of the Badgers*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del *copyright*, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluidos la reprografía y
el tratamiento informático, y la distribución de
ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Philip Hensher 2011

© de la traducción, Marta Alcaraz Burgueño, 2013
© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-66-7
Depósito legal: B. 21.548-2013
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Actividad subvencionada por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



A
la
panda:
a J.B.
y a Sam
y a Rita
y a Ralf
y a Julia
y a Yusef
y a Jimmy
y a Marino
y a Bertie
y a Renaud
y a Richard
y al Profesor A
y a Alan, otra vez,
y a Lapin, otra vez,
y al ardiente Dickie
y no nos dejemos a Nix (¡Eh, Nicola!)
y a la señora Blaikie (besos de Rufus)
y a Herbert, que dijo que todo era muy lacónico,
pero sobre todo, y siempre, y una vez más, a mi marido,
y a todos, y puede que a otros también, solo quiero decirles:
Qué
Bien
Lo
He
Pasado.

Libro primero: Nada que ocultar

El comandante del bombín tiene un tic en la cara,
lleva demasiado tiempo cautivo.
Necesita una nueva guerra y un tanque en el desierto.
Las piernas gordas de las mecanógrafas se preparan
para los muchachos y los bebés. Por la cabeza
me ronda una hormiga que se yergue y desafía a una apisonadora.

Gavin Ewart, *Serious Matters*

1

En primavera del año pasado, justo cuando empezaba a apretar el calor, un bote de remos flotaba en mitad del agua fangosa en la pequeña localidad de Hanmouth, en el estuario del Hain. La popa estaba orientada tierra adentro, donde en las ciudades se afanan los culpables, y la proa, hacia el mar, a unos monótonos ocho kilómetros corriente abajo. Es allí donde, cuando llegue el final de los días y de las semanas, se limpiarán todos nuestros pecados. El barquero sumergió los remos hasta el fondo. Había algo meditabundo en aquel movimiento repetido. Las aguas bajaban rápidas y tenía instrucciones de mantener el bote donde estaba, en el centro de la mansa corriente del color de la cerveza y la leche.

—Casi todos mis clientes quieren ir al mismo sitio —le dijo a su único pasajero—. Quieren que cruce el estuario hasta el pub.

—¿Y ese pub sería…? —preguntó su pasajero con un deje de irritación.

Era un hombre con michelines y la coronilla húmeda y perlada de sudor. Los cabellos rojizos y canos, que distaban varias semanas de un corte decente, le salían disparados a lado y lado de la cabeza. En el hombre se advertían las huellas de una vida de taxis, de copas cargadas a la cuenta de la empresa y de comidas grasientas y picantes. Soltero o tal vez divorciado, eso sería lo más probable: en esas circunstancias, todos terminan descuidándose.

—El Loose Cannon —dijo el barquero—. Lo tiene ahí, a sus espaldas. Se ven las luces. Ahí, en la península, donde se encuentran el río Loose y el estuario del Hain. Es una broma, el nombre ese, una especie de broma.

El hombre no se vuelve a mirar. Nunca antes había ido en bote. Cree que puede ahogarse en dos metros de agua. Con la mano derecha se agarra al bote y con la izquierda sujeta la cámara que lleva al cuello. A sus pies, bien plano y dispuesto con esmero, un maletín a medio camino entre cartera y maleta.

—Por aquí es más fácil llegar —continuó el barquero entre palada y palada—. Está al final de la península. Entre el estuario y el Loose. El aparcamiento queda a cosa de un kilómetro y medio. Les va mejor que los cruce en bote desde el embarcadero de Hanmouth.

—¿Y qué, el pub está bien? —preguntó el pasajero.

Por fin se interesaba por el asunto.

—Es antiguo. Mucho. Ahí no hay más que el pub y la casa del esclusero. Loose Cannon no es el nombre oficial, es una broma que se le ocurrió a saber a quién. En la licencia lo que pone es Cannons of Devonshire.[1] Lo de Loose Cannon viene de muy lejos, ya nadie se acuerda de cuánto. Cuando yo llegué aquí ya se llamaba así. Es por el río, ese, el que va a dar al estuario.

En el destartalado embarcadero de tres metros, la chica de pelo corto seguía donde la habían dejado. Tenía otros dos maletines pesados a sus pies. A la luz de media tarde sus rasgos se veían borrosos. Una figura, una silueta negra sobre un azul cada vez más intenso, una sombra erguida que vigilaba.

—¿Quiere ir? —preguntó el barquero.

—¿…?

—Al pub. Al Loose Cannon. Casi todos mis clientes… Paso buena parte del verano yendo y viniendo como lanzadera en un telar.

—No.

—No hay otro lugar adonde ir cruzado el estuario.

El pasajero le dirigió al barquero una fugaz mirada de impaciencia, una mirada de ciudad.

—Haga solo lo que le he pedido —dijo—. Quiero que reme hasta el centro del estuario y que procure que el bote quede tan fijo como sea posible durante veinte minutos mientras yo hago unas fotografías. Eso es todo.

—Desde el jardín del Loose Cannon sacaría unas buenas fotos —dijo el barquero.

—Mal ángulo. Demasiado alto.

—Se está tomando demasiadas molestias por un par de fotos de vacaciones.

El pasajero no contestó. El barquero se detuvo y dejó que el bote se meciera flotando corriente abajo durante unos instantes. Ese era el momento del día que más le gustaba. En un extremo del cielo, tras las colinas lejanas, pinceladas de luz del día; en el otro, los comienzos de la cálida noche azul. La luna, como la punta de una uña que alguien hubiera recortado, colgaba boca arriba sobre la iglesia. Las flores de los frutales de los jardines brillaban en la penumbra; las tiesas florecillas blancas de los castaños de Indias de la iglesia parecían velas relucientes; sobre un muro, una clemátides de flores blancas crecía y se derramaba como nata montada. El caótico sube y baja de los tejados de la ciudad, de los remates de las casas, de sus ampliaciones y de las azoteas empezó a verse salpicado de ventanas que se encendían. Aquí y allá, alguien corría unas cortinas. De noche, las luces de una población como Hanmouth resplandecían surcando el agua durante kilómetros y kilómetros.

—Mucho movimiento en esta época del año, de todos modos —dijo el barquero—. Mucho movimiento, siempre. A la gente le gusta venir a pasar el día. La tarde. La noche. Un pueblo con mucha historia. El tercer pueblo más pintoresco de Devon, el título se lo dieron hace tres años. No sé quién decidirá esas cosas. Thomas Hardy pasó aquí unas vacaciones de niño. ¿Sabe quién era Thomas Hardy?

—Sí. Entraba en los exámenes de secundaria. Saqué una B. Usted no es de por aquí.

—No —repuso el barquero—. No hay manera de perder el acento de Yorkshire. Llevo veinte años aquí, y a estas alturas como los de Devon ya no voy a hablar. Antes ya venía por aquí de vacaciones todos los años, casi desde niño.

—Como Thomas Hardy.

—Como Thomas Hardy. Trabajé en una acerería en el norte, treinta años. Me echaron. La empresa quebró. Pero me saqué una buena indemnización. Era gerente. Un buen trabajo. Me dijeron que se ocuparían bien de mí. Y la jefa me dijo: «Mudémonos a algún lugar en el que queramos vivir. Hanmouth, allí es donde nos conviene estar». La que adoraba el lugar era ella, lo adoraba de verdad. «Podrás hacer lo que quieras, dedicarte a cualquier cosa. En

Hanmouth hay mucha gente, se alegrarán de tener a alguien que les cambie una bombilla por un par de libras», me decía. Murió al cabo de cinco años. Cáncer. Muy repentino. Una cosa así nunca la superas. Quería que la enterraran en el jardín de la iglesia, pero ya no entierran a nadie allí. Está en el cementerio de la ciudad, como todos los que se mueren. Sigo yendo a presentarle mis respetos todos los sábados. ¿Le parece raro?

—Aquí mismo —dijo el pasajero.

Abrió la funda de la cámara que llevaba colgada al cuello. Era un objeto negro y voluminoso con un agujero negro en el lugar que le correspondería al objetivo; no se parecía en nada a esos chismes digitales de bolsillo que lleva la gente hoy en día. El barquero avanzó contra la corriente que los arrastraba hacia al mar; quince metros estuario adentro, por fin quedaron más fijos que un alga clavada en el lecho.

El fotógrafo se agachó con esmero y abrió el maletín que tenía a los pies. Al barquero le llegaba el olor de su sudor. En el maletín había tres objetivos, cada uno en su hueco, y también había otros artilugios que el barquero no habría sabido nombrar, todos ocupando un lugar específico en la espuma color carbón. El fotógrafo sacó el objetivo mediano y cerró el maletín con el mismo esmero de antes, sin movimientos bruscos. Daba la impresión de que en el bote también viajara una bestia hambrienta y difícil de aplacar.

—Tengo setenta años. Nadie lo diría, me dicen siempre. Esto me mantiene en forma. —Era cierto: los brazos nervudos del barquero habían perdido la carne, pero todavía tiraban con fuerza; el corazón, pensó él, le latía lentamente en el pecho estrecho. Llevaba el pelo cortado al uno, con un estilo que recordaba al de algunos jóvenes, aunque ya lo tenía blanco—. Antes de mí había un barquero, siempre ha habido uno. Para llevar a quien lo pida de Hanmouth al Loose Cannon. El antiguo barquero heredó el puesto de su padre, de eso hace cuarenta años. Tiene hijos, pero el asunto no les interesaba. Uno es abogado en Bristol. El de barquero no era un trabajo a jornada completa, ya no. Hacía años que no lo era. Y el puesto me lo quedé yo. Me mantiene activo.

—Debe de conocer a todos los del lugar —dijo el fotógrafo.

—Mucho tipo raro en Hanmouth esta semana. No los conozco, no los había visto jamás. Esto nunca había estado tan abarrotado. La niña esa. Pero yo no sé qué creen que van a ver. A ella, no. Ha desaparecido.

—La curiosidad humana —apuntó el pasajero—. No conoce límites.

Cogió la cámara y, deprisa, con una serie de sonoros crujidos, sacó unas fotografías.

—Cruzar, cinco libras; ida y vuelta, ocho —aclaró el barquero—. Podría haber subido la tarifa esta semana.

—Pensé que habíamos acordado el precio —dijo el pasajero—. Había dicho treinta.

—Ida y vuelta en diez minutos son ocho libras —continuó el barquero—. Llegar hasta la mitad y quedarnos el tiempo que le parezca, treinta. ¿Le ha dado permiso el señor Calvin para sacar las fotografías?

—Habíamos convenido un precio —dijo el pasajero.

—Oh, sí. Habíamos convenido un precio. Pero no puedo hacerle un recibo.

—No pasa nada —respondió el pasajero—. Del recibo me ocupo yo. No existe ninguna ley que diga que hace falta un permiso para hacer fotografías de un pueblo. Diga lo que diga ese señor Calvin suyo.

El barquero levantó los remos y los mantuvo en el aire; al cabo de un segundo, la corriente empujaba el bote unos tres metros hacia el mar.

—Mantenga el bote donde estaba, por favor —dijo el pasajero.

—El señor Calvin lleva un registro de todos los fotógrafos de prensa. De muchos. De un montón. Para que todo esté limpio y ordenado, dice el señor Calvin. Lástima lo de la niña.

—¿La conocía?

—No. No sé ni cómo pude reconocerla cuando vi su cara en los periódicos. Entre Hanmouth y los alrededores se llegará a los veinte mil habitantes. No vas a conocer a todo el mundo.

Tiró fuerte de los remos para mantener el bote fijo y paralelo a la costa. Vio que llevaban veinte minutos fuera. En cuanto pasaran de

la media hora, empezaría a cobrar una libra por minuto extra; no iba a pagar él por el dinero del cabrón ese. Clavó el ojo en el reloj, cuya esfera, según la tradición marinera, ocupaba la cara anterior de la muñeca.

—También están los que no quieren aflojar las cinco libras, claro —continuó el barquero—. Si se van sin pagar, no los persigo. Llamo a Mike del Loose Cannon y él les descuenta el dinero del pasaje del cambio. Y ellos no pueden decir gran cosa. El verano pasado va uno y me suelta: «¿Cinco libras? Pero si está ahí mismo. Eso lo hago caminando». Con marea baja, pensaría. Con marea baja no se puede salir en bote al estuario, pero tampoco puede uno vadearlo. «No, gracias, no es muy profundo, lo cruzaremos a pie, no parece que sea para tanto.» «Pues muy bien», le digo yo. Cuando ya llevaban unos quince metros andados, estaban de barro hasta los muslos y no podían ir ni para adelante ni para atrás. El estuario va a la suya. Se encoge y se agita. Por ahí pueden andar los patos; tienen patas con membranas. El tipo llevaba deportivas. Yo estaba en la ventana del Flask, mirándolo. Al final terminé levantándome para acercarle una escalera. Anda que no dio la lata cuando salimos, pero a la vuelta estuvo calladito como ratón de sacristía. Eso no vuelven a hacerlo. El pueblo me necesita.

En la densa penumbra ribereña, el fotógrafo se llevó la cámara a la cara y disparó unas cuantas veces más sin atender a la historia del barquero. Desde donde estaba disfrutaba de un panorama amplio del frente del estuario de Hanmouth; ventanas iluminadas y cerradas a la noche exterior. En el embarcadero, sentada con las rodillas levantadas, la chica de pelo corto. Con esos vaqueros de chico tan estrechos que llevaba, su delgado cuerpo dibujaba una figura geométrica. De un cigarrillo escondido entre las rodillas se elevaba una línea de humo apenas iluminada.

Con unas paladas a contracorriente, el barquero logró mantener el bote bastante firme. En el embarcadero, a la ayudante del fotógrafo se le había unido otra figura. Le hablaba en voz baja. El susurro viajaba a través del agua, y por el sonido y lo estrecho de hombros que era el hombre, el barquero reconoció al señor Calvin. Tendría

algo que decirle a un fotógrafo de prensa que no se había presentado.

—¿Esto es para un periódico, entonces? —preguntó el barquero.

—Algo así —respondió el pasajero sin dejar de sacar fotografías.

—Ya llevamos cinco días. Como estar sitiados, vamos. No paran de hacernos preguntas, todo el rato, que si ha visto a la niña, que si conoce a su madre, que qué sabe de su padre. Que pregunten en la carnicería o en el banco. «Si supiera algo, iría a la Policía en vez de contárselo a usted», le dije a uno. Y fotografías de Hanmouth se encuentran en cualquier sitio, en Internet, fotografías de un buen día soleado. Con esta luz, mucho no podrá hacer, diría yo.

La figura pequeña de sexo indeterminado los saludó con la mano con gesto amplio desde el embarcadero, como si estuviera haciendo ondear una bandera en una concentración de Boy Scouts. Calvin, si es que de Calvin se trataba, ya se había marchado. Los cisnes y los gansos, confundidos por la ola, se detuvieron en seco y pusieron rumbo a la chica. Malacostumbrados por toda la gente que les tiraba comida, habían tomado el movimiento por una promesa de generosidad.

—Ya es suficiente —dijo el pasajero—. Lléveme de vuelta.

—Puedo llevarlo hasta el Loose Cannon. No tendrá que pagar más.

—No hará falta —repuso el pasajero.

Y aunque parecían ir en la dirección adecuada, el bote, propulsado por un remo, giró en redondo formando un círculo: primero encaró la proa hacia la ciudad y el estruendo de la autopista; luego, hacia el estuario y las remotas colinas azules tras las que se ponía el sol, y por fin hacia el mar, donde, a la postre, todo va a parar. Y en el embarcadero, la pequeña figura se arrodilló y abrió un ordenador de tapa negra, y la luz azulada de la pantalla iluminó lo que al final resultó ser el pelo corto y la carita de una chica guapa absorta en su tarea digital.

2

Hanmouth, esa célebre localidad del estuario del Hain, en la costa septentrional de Devon, parecía dispuesta en forma de estratos se mirara como se mirase. Las cuatro calles del lugar discurrían paralelas a la vía del ferrocarril, a la costa y al estuario. Vías menos señoriales —callejuelas, pasajes, atajos, apartadas casas de beneficencia del siglo XIX cuadradas y pintadas de blanco y callejones sin salida que en los años treinta habían aparecido en las afueras y cuyos jardines delanteros consistían en dos o tres palmos de terreno sobrante— atravesaban serpenteando libremente las cuatro distinguidas avenidas verticales. La primera de ellas discurría sin interrupción desde Ferry Road, al norte, hasta el Strand, al sur, formando un nudo en el muelle que, al elevarse, daba paso a tres pubs históricos, una placa conmemorativa que señalaba el lugar de nacimiento de un fiscal general que llevaba un siglo muerto, y vistas infinitas del estuario y de las colinas que lo sucedían, en cuya cima se alzaba un torreón lejano, extravagante capricho de un duque. En esta primera calle vivían presentadores de televisión, magnates inmobiliarios, gente que se había enriquecido con la informática y las telecomunicaciones. La primera casa de Hanmouth en venderse por un millón de libras estaba aquí, decían los inocentes lugareños; pero de eso hacía siete años, y la cifra, que iba perdiendo lustre, había quedado despojada de su singularidad hacía ya mucho tiempo. Cumbre de la envidia en kilómetros a la redonda, de medio condado, el Strand, al sur, era un conjunto de casas de estilo holandés con hastiales de volutas y fachada color rosa, crema o rojo terracota; allí vivían todos, decía la gente, lo que significaba que allí no vivía nadie.

Solo unos pocos elegidos residían en la segunda avenida, la calle comercial. El brigadier y su esposa, en una casa de ladrillo del siglo XVIII, amplia, baja y poco profunda, orientada hacia donde no tocaba, como si quisiera dar la espalda a la actividad comercial. Fore Street aguantaba bien; el centro cívico, muestra de la arquitectura municipal en ladrillo de entreguerras, iba a celebrar su octogésimo aniversario al año siguiente con, entre otros actos, un montaje de *La cacería real del sol* a cargo de la compañía amateur de Hanmouth. En la calle, delante del centro cívico, había una estatua de un niño en cuclillas que pescaba con los codos apoyados en las rodillas y

expresión profundamente concentrada. La estatua había sido un encargo por el quincuagésimo aniversario del centro, en 1977, que coincidía con el jubileo de plata de la Reina. Para inaugurarla se celebró una fiesta al aire libre, mesas de caballete que recorrían serpenteantes toda la calle; de inmediato, el monumento pasó a ser universalmente conocido, hasta en la guía de Hanmouth impresa a mano que vendían en la librería de viejo, como «El Cagoncete». Por lo que al resto de Fore Street respectaba, el nuevo supermercado Tesco de las afueras no había dejado sentir sus efectos sobre la carnicería, excelente, ni la verdulería, correcta tirando a mediocre. Tampoco había podido hacer nada con las tiendas de adornos, las joyerías amateur que habían abierto probando suerte o el bazar oriental de dos hermanas que se abastecían durante sus viajes semestrales a los mercados del sur de la India; volvían triunfales de Madurai con rollos de seda de vivos colores, jabón hecho a mano y joyeros de plata mate de elaboradísimas incrustaciones cuyo precio de venta multiplicaría por doce el de compra.

Al otro lado de Fore Street, allí donde la vía del tren empezaba a hacerse más patente, los bohemios, los muchísimos que aspiraban al puesto de los elegidos y que habían logrado escapar de Barnstaple, vivían en casas pulcras y ordenadas, concebidas para alojar a coadjutores del siglo XVIII o a tenderos de los de antes de la guerra. Aquí, sobre todo, las vistas eran a las ventanas del vecino. En Hanmouth había una escuela supuestamente buena, un mercado quincenal de estilo francés al aire libre, doce tiendas de antigüedades, un mercadillo, un pescadero cuya furgoneta pasaba casi todos los días, y siete iglesias de todo tipo, desde una oriental donde seguían rezando el credo de cara a Tierra Santa y sin descubrirse la cabeza, a la antigua usanza, hasta otra donde se postraban sin complejos ante las emanaciones espirituales, alojada en una antigua nave para bicicletas con el tejado de uralita. Miranda Kenyon, que daba clases en la universidad y vivía en una casa del Strand de estilo holandés, solía prometerse que un domingo de esos iría a esa última iglesia, la de los chalados.

Esa era la parte de Hanmouth que les venía a la cabeza a quienes aspiraban a vivir en la localidad. Sus habitantes pronunciaban el

nombre del lugar así: *Ham-muth*. El brillante anverso de señoriales caserones holandeses de frente despejada cuyas amplias fachadas salpicadas de huecos acristalados relucían al sol que se ponía al oeste, sobre las colinas, mientras sus moradores se servían la primera copa de la tarde tras emplomadas ventanas curvadas y, para entretenerse, contaban las patilargas zancudas del estuario. Les venían a la cabeza las casas protestantes cuadradas y encaladas de las calles traseras o, en el peor de los casos, las villas eduardianas que todavía quedaban más lejos, retiradas hacia una vía del tren que, más que una ruidosa interrupción en el carácter de tarjeta postal del lugar, al final resultaba encantadora. La estación contaba con parterres cuidados, en los que se leía «HANMOUTH» en arte topiario y un paso a nivel ante el que viudas con cestos de mimbre forrados de guinga siempre parecían estar esperando pacientemente. A unos doscientos metros de la estación, una puertecita blanca y un sendero que atravesaba la vía daban fe de que aquel era uno de los raros supervivientes de esos ramales que debían de haber llevado décadas fuera de servicio. Algo encantador, que no perjudicaba a nadie.

Los habitantes de Hanmouth eran conscientes de lo agradable, atractivo y funcional que era el pueblecito, y lo protegían. Una comisaría de policía con un fanal cuadrado azul y una estación de bomberos diminuta reforzaban esa imagen miniaturizada, como de juguete. La única pega la representaban los doce pubs del lugar; los estudiantes de la universidad se habían aficionado a la práctica de Los Doce de Hanmouth, una maratón que a veces se saldaba con lo que Sam, el gay, describía como viriles meadas ebrias en el embarcadero, vómitos nocturnos en el andén de la estación para recibir a los pasajeros del primer tren de la mañana y, en una ocasión, una ventana de la floristería Fore Street, la del extremo que daba al muelle, rota. Sobre esas pequeñas molestias propias de una ciudad pequeña, todas culpa de los forasteros, se discutía en el quiosco y en las calles. Entre la aprobación general, el señor Calvin decidió tomar una de esas medidas que solo a los recién llegados se les ocurre tomar y constituyó una patrulla vecinal. La obligación de rezar una oración en corro antes de las reuniones había suscitado

algunas bromas nerviosas, pero al final la idea fue un éxito, a decir de todos. Durante los dos últimos años se habían instalado cámaras de seguridad en la estación, enfocadas a un extremo y al otro, y también en el muelle, en la parada del autobús a Barnstaple. Al cabo de un tiempo, la presión vecinal consiguió que se instalaran seis cámaras más y, como les explicó John Calvin a los integrantes de la patrulla vecinal y estos se encargarían de explicar a sus conocidos, a partir de ese momento podrían caminar de una punta de Fore Street a la otra a cualquier hora del día o de la noche sin pasar miedo, bajo la vigilancia de un circuito cerrado de televisión. Hasta las señoras mayores habían aprendido a decir «circuito cerrado de televisión». «Quien no haya hecho nada malo no tendrá nada que temer», afirmó John Calvin. «Nada que ocultar, nada que temer», añadió citando una reciente consigna del Gobierno, y en esas casas de rostro franco cuyas fachadas daban a la calle, los ricos de Hanmouth, a menudo deseosos de exhibir la opulencia de su vida privada, solían estar de acuerdo con él.

La seguridad y la belleza de la ciudad del estuario atraían a los forasteros. Y, hecho este menos admirable, también empujaban a quienes habían quedado fuera de sus confines históricos a apropiarse de su nombre. Si se subía por la autopista hacia enclaves más urbanos, uno se encontraba con hileras de adosados de ladrillo amarillo típicos de la periferia, un club de golf y un inmenso pub, situado en una rotonda, que, en una pizarra exterior, anunciaba sus carnes asadas al tráfico circundante. Niños asilvestrados campaban a sus anchas por el aparcamiento, azuzados por las Coca-Colas que habían sacado afuera y por naranjadas de un color encendido, corrían arriba y abajo por el puente peatonal que cruzaba la autopista. Se decía que en una ocasión habían arrojado un ladrillo roto a los camiones que circulaban por debajo. A ambos lados de esa vía principal se alzaba un vasto complejo de viviendas de protección oficial en expansión continua. Ese complejo rodeaba los campos del club de rugby de Hanmouth y, de tarde en tarde, proveía de un público exaltado y algo basto a las caballerosas batallas por un huevo de cuero, dramas que tenían lugar entre dos haches de proporciones demencialmente gigantescas.

Y aquel lugar, bajo el auspicio, en primera instancia, de las agencias inmobiliarias, también había dado en llamarse Hanmouth. Sin embargo, para chanza y burla de Hanmouth, ellos lo pronunciaban así: «Han-mouth». Ese era uno de los temas de conversación de Miranda Kenyon, las conjeturas sobre los límites de Hanmouth. Por lo general, Hanmouth no prestaba demasiada atención a esos barrios de las afueras dados al pillaje y a la tortura del idioma que rodeaban el pueblo y habían adoptado su nombre. Aunque se desbordaba hasta llegar justo a las puertas de Hanmouth, esa era la periferia de Barnstaple, la ciudad, no la de Hanmouth. Hanmouth nunca tendría periferia.

En esa periferia, en esos barrios de vivienda protegida, los hombres lavaban el coche el domingo por la mañana; las cocinas daban al jardín delantero para que las mujeres pudieran disfrutar de la actividad de la calle mientras lavaban los platos; los niños estrellaban balones de fútbol contra las puertas de los coches aparcados hasta que alguien los echaba a gritos; el apoyo a la selección de fútbol nacional se hacía evidente en las bufandas bien a la vista, en los escudos pegados a las ventanas y en las banderas que ondeaban en el asiento trasero de un coche; y entre semana, hacia las siete y media o las ocho, por las ventanas abiertas escapaba flotando la sintonía de una telenovela ambientada en Londres. No había razón alguna para visitar esas cien calles, y Hanmouth no sabía gran cosa de ellas. Hasta que en el verano de 2008 un hecho acontecido en esa periferia —y la localidad a la que dicha periferia pudiera adscribirse es algo irrelevante— quedó ligado a Hanmouth y ya nada pudo desligarlo.

3

En Hanmouth propiamente dicho el nombre de Heidi O’Connor no le sonaba a nadie; nadie lo habría oído a no ser que le hubiera cortado el pelo, y aun así, tampoco habría sabido cómo se apellidaba. Hacía la compra en lugares donde la gente no se saluda ni compara productos con toda la calma del mundo, como el Tesco de la ronda. No era de las que bajan al pub para socializar ni por ninguna otra

razón, y tampoco iba al restaurante de la rotonda de Hanmouth. Habría dicho que le parecía «ordinario»; y Hanmouth entero se habría llevado una sorpresa al descubrir que una tal Heidi O'Connor conocía la palabra o era capaz de asignarle un significado concreto. Tenía cuatro niños, Hannah, China, Harvey y Archie, entre los nueve años y el año y medio. Vivía con Michael Thomas, un depravado con cara de pan al que le llevaba siete años. Al parecer, los cuatro niños —dos, con su propia versión del cabello rubio blanquecino de la madre, y los otros dos con una especie de mopa perruna negra y espesa en la cabeza— se llevaban bien con su «padrastro», generoso término con el que Micky Thomas decidió definirse cuando los acontecimientos propiciaron la necesidad de que lo hiciera. Era el tercer «padrastro» que los niños habían conocido y que los dos mayores podían recordar. Hannah era la única que se acordaba, o decía que se acordaba, de su auténtico padre y del de China.

Con cuatro hijos a los veintisiete, la existencia de Heidi tenía sus aspectos limitados. Iba a Barnstaple muy de vez en cuando; la inauguración de un nuevo centro comercial representaba una salida fuera de lo común. Micky, los cuatro niños y ella recorrían las calles de cubierta acristalada del centro comercial donde malabaristas contratados por el municipio y artistas del alambre subvencionados jugaban con el vacío durante una única tarde. Aquí y allá, Heidi y Micky se decían que en el fondo la cosa no tenía nada de especial y dejaban que los críos entraran y salieran de las tiendas. Barnstaple era, en general, el territorio de Micky. Bajaba todos los viernes y los sábados por la noche; salía hasta las tres o las cuatro y luego volvía a casa con los ojos rojos y ciego perdido, eso lo decía siempre al día siguiente. Las tardes del sábado las pasaba en los pubs de Hanmouth, donde solía quedarse bebiendo hasta que llegaba la hora de ir a recoger a Heidi a la peluquería. La esperaba fuera, en la acera; ya habían tenido que llamarle la atención por haber entrado antes de las cinco y media y haberse puesto a dar vueltas a coger los botes de suavizante y las tenacillas para volver a dejarlos luego en su sitio. Era un rostro conocido del Viejo Hanmouth, como él lo llamaba; era un rostro famoso en las inmediaciones de las pistas de baile de los pequeños clubs nocturnos de Barnstaple, con su

inexpresiva cara de pan oculta bajo una gorra de béisbol, desafiando a las cámaras del circuito cerrado. Solía vender un poco de esto y otro poco de lo otro.

Heidi se consideraba demasiado mayor para esas cosas. Cuando no trabajaba en la peluquería en Hanmouth, donde casi todas las clientas ya habían cumplido los setenta, estaba en casa, pero a ella no le importaba. En el colegio siempre había dicho que quería ser peluquera y, aunque con la llegada inesperada de Hannah y China tuvo que interrumpir sus estudios de formación profesional, se esforzó, progresó, terminó el curso a los veintidós y encontró trabajo allí, en la peluquería en la que estaba trabajando. Su sueño era el de abrir un salón propio, decía; en Hanmouth, tal vez. Al pueblo no le vendría mal un poco de competencia, algo más actual. Menos tinte azul, diría ella, aunque el tinte azul no lo había aplicado en su vida, solo le sonaba de las telecomedias. «No sé cómo las aguanta», decía Micky a sus amigos y a sus colegas cuando Heidi estaba en la cocina; se refería a las viudas y a las funcionarias jubiladas de Hanmouth. «Esas clientas viejas que huelen a pis, con esas permanentes azules que piden que les hagan.» A Heidi no le molestaban, ni ellas ni Hanmouth. Tampoco es que pensara mucho en el asunto. El sueldo podría haber sido mejor, pero las propinas eran generosas, y así salía de casa. El dinero Micky lo ganaba a su manera, y aunque esa manera suya tenía sus altos y sus bajos, era una ayuda que les venía muy bien al menos. Y los miércoles y los sábados jugaban a la lotería. Si les hubieran preguntado cuál era su ambición, los dos habrían contestado que perseguían un futuro en el que, sin habérselo ganado ni merecido, del cielo les cayera una suma de dinero de tal magnitud que no se agotara nunca, por mucho que los dos vivieran. Que todavía no hubieran pensado en un futuro en el que una suma inmerecida y enorme pudiera librarlos al uno del otro tenía su lado tierno.

Aunque nunca llegó a casarse con su amor de juventud, fue este quien le dio a Hannah y a China. A esas alturas, era probable que estuviera en Londres. Con el padre de Harvey sí que se casó, y nunca más. Al final, en mitad de una de esas peleas que dejaban las escaleras temblando, él le dijo que iba a emigrar a Australia o a

Canadá, y no dejó de decirlo, alternando la furia con la serenidad, hasta que un buen día desapareció y nunca volvieron a verlo. (Heidi suponía que seguirían casados, después de todo.) Se llamaba Marcus. Heidi se acordaba de su aspecto, pero lo que de verdad le había quedado de ese matrimonio era Harvey, claro está, y Ruth, la hermanastra de Marcus; Marcus y ella eran hijos del mismo padre, pero la madre de Marcus era de Bristol y la de Ruth, de Barnstaple. La mitad negra les venía del padre. Marcus le llevaba quince años a Heidi y trece a Ruth, que aunque solo le llevaba dos años a Heidi, siempre había sido una chica de rostro severo con el pelo corto y canoso. En su boda, cuando Hannah apenas si tenía edad para ser una damita de honor vestida de color melocotón y China, en brazos de la madre de Heidi, era un bebé con la cara cubierta de un sarpullido terrible, Ruth no abandonó por un instante su ceño fruncido. Un tío viejo de Heidi con un clavel encarnado en el ojal del traje gris y esa nariz nervada de rojo que los bebedores irlandeses siempre terminan teniendo, se inclinó sobre la madre de Heidi y dijo que vaya niño más guapo, pero que el novio, en cambio, qué lástima..., sería un anticuado, eso ya se lo imaginaba, pero una sobrina tan guapa como la suya, que podría haber escogido a cualquiera, y va y se casa con el mulato ese... Y entonces Ruth se volvió de repente —«Y entonces se volvió y le soltó», eso es lo que la gente siempre dice, pero Ruth sí que se volvió, veloz como una bandera al viento— y le soltó: «Estás hablando de mi hermano, viejo chocho de mierda. Se llama Marcus». No recibió respuesta alguna. El anciano tío, al que solo habían invitado por la lástima que le daba a la madre de Heidi, masculló algo sobre que no había habido ánimo de ofender, nada personal, que él era un viejo con sus manías y ya se había dado cuenta de que ella también era mulata, y no es que eso tuviera nada de malo. Mestizo; gracias a Ruth, Heidi aprendió que «mulato» no se dice.

Porque después de la boda, pasados tres meses sin luna de miel que llegaron a su fin cuando Ruth le contó que Marcus se estaba follando a la hermana de un compañero del taller, Marcus se marchó. Estuviera en Canadá o en Australia o, eso lo pensaba Ruth, de vuelta en casa de su madre en Bristol, a Heidi la dejó no solo con

un bombo que resultó ser Harvey, sino también con Ruth. Ruth siempre sabía qué hacer. Un año atrás le había dicho a Heidi que tenía que pedir un aumento de sueldo en la peluquería; Heidi lo pidió y se lo concedieron. Ruth estaba al corriente de las ayudas a la familia y a la vivienda. Sabía dónde les convendría más empadronar a Micky. Una vez, en el aparcamiento de Tesco, una pija dejó el maletero abierto con la compra dentro mientras iba a devolver el carrito. Sin decir palabra, Ruth sacó tres bolsas del maletero, las metió en el coche de Heidi, recolocó las bolsas que quedaban y hasta se dedicó a charlar un rato con la imbécil esa antes de meterse en el coche y alejarse. Un pollo, dos tarrinas grandes de helado y muchas cosas más. Ruth siempre sabía qué hacer. Cuando se largó, lo poco que Marcus le dejó a Heidi fue un embarazo que ella ni había buscado ni había sabido detectar; tal vez fuera eso lo que lo empujó a huir. «Mírate bien», le dijo en una de sus frases de despedida señalando su tripa cada vez más gorda. Al volver la vista atrás, Heidi se daba cuenta de que gastarse cinco mil libras en una boda asentada sobre unos cimientos quebradizos que terminarían cediendo no era la idea más sensata del mundo. Pero se había quedado con Ruth, y eso no estaba nada mal. Por Ruth había merecido la pena.

Como ese lunes por la tarde Heidi libraba en la peluquería, fue a casa de su cuñada Ruth. Karen, la madre de Ruth, también andaba por allí, venía de Barnstaple de visita. A veces le pedía a Heidi que le arreglara el pelo, y entonces Heidi abandonaba su comedimiento profesional y se convertía en la peluquera de sus fantasías de colegiala: se ponía a jugar con el pelo de Karen probando tintes y mechas de colores raros y haciéndole recogidos asimétricos, solo por probar, y Ruth se sumaba a la fiesta dándole algún que otro toquecito al pelo de su madre. Pero ese lunes no pudieron hacer gran cosa, hacía demasiado calor: primero estuvieron en el jardín trasero hasta que Karen dijo que no aguantaba el calor —hacía uno de esos días que solo te gustan al cabo de un tiempo, cuando los recuerdas— y se metieron dentro. Pusieron la tele y fueron encadenando programas —*Esta casa es una ganga*, *Dinero en el armario*, *Verdad o acción*, *La mina de oro*— durante unas buenas

cuatro horas. Llegó un momento en que Ruth hizo un porrito y estuvieron pasándoselo tan a gusto. Luego, hacia el final de *La mina de oro*, Ruth hizo otro y se lo fumaron. Ya lo habían hecho antes; era una especie de tradición del lunes por la tarde que en algunas ocasiones acompañaba las chapucillas que le hacían a Karen en el pelo y en otras, las sesiones de tele. A veces solo era cosa de Ruth y Heidi, y a veces Karen las acompañaba: no era la típica abuelita. Al librar los lunes, Heidi tenía la impresión de estar apurando el fin de semana, que también podía empezar el jueves por la noche, lo que, como idea, no estaba mal. Y con el porro y con ese sol que pegaba directamente sobre el estor del cuarto de estar de Ruth, corrieron las cortinas. Y las dejaron corridas para aislarse de la calle.

Esa tarde Micky no andaba por ahí. Había ido a Barnstaple, a la biblioteca central. Quería hacerse socio para sacar libros y DVD, y había concertado una cita. Le habían dicho que no hacía falta, pero Micky, que quería asegurarse de que hubiera alguien cuando llegara, les dijo que aunque en el colegio no se había interesado demasiado por el asunto, ahora quería desarrollar su capacidad lectora. En la biblioteca se habían desvivido por concertarle una cita para, le dijeron, enseñarle las instalaciones y hablar sobre sus necesidades. Después, Heidi diría que suponía que la gente ya no estaría igual de dispuesta que antes a hacerse de la biblioteca; sabía que a los viejos les gustaba Shakespeare y todo el rollo. Si demostrabas un poco de interés, te trataban como si fueras de la familia real.

El pequeño Archie dormía en el piso de arriba, en la cama de invitados de Ruth. Los otros niños ya habían llegado del colegio; Hannah y China habían ido a recoger a Harvey a la guardería, que estaba en la puerta de al lado. Hannah ya sabía llegar sola a casa y prepararse algo de comer. Lo normal; todos los días, lo mismo, porque Heidi estaba trabajando en la peluquería o en casa de Ruth. Micky tanto podía andar por ahí como no.

Hacia las cinco y media dejaron de ver *El Show de Adam Riley*; estaba charlando con Jude Vakilzadeh, la de *Quiero vivir para siempre*, presentaba su nueva colección de fundas de almohada, nórdicos y sábanas, recordaría Heidi con cierta precisión más adelante. Uno de los niños andaba por ahí. Al principio pensó que se

trataba de China, pero se equivocaba. Era Hannah. Había entrado por la puerta trasera, a la que casi nunca echaban la llave, y se había quedado en la puerta con las manos juntas.

—No tardo nada —dijo Heidi—. Mete algo en el horno. Estaré en casa a las seis.

Los niños ya tenían que saber que durante su tarde libre no debían molestarla, pero a la que surgía un problema, a la menor crisis —que Harvey había perdido uno de sus cowboys, que no quedaban galletas de chocolate, que China le había pegado a Hannah—, alguno terminaba siempre cruzando la calle, llorando.

Hannah no lloraba.

—China no ha vuelto de las tiendas —dijo—. No sé adónde ha ido.

Aunque la maría las había dejado amodorradas y lentas, Heidi, Ruth y Karen coincidieron en que eso fue lo que dijo Hannah. Según Karen, también había dicho «Y tengo miedo». Sería un pintoresco añadido a las palabras de Hannah, esa personita gorda que, parada en la neblina inundada de sol, hacía ademán de sujetar algo con las manos. De pie, recortándose sobre la cenefa violeta de estampado de cachemir entre el humo dulzón que inundaba ese rincón de la salita de Ruth, Hannah componía la estampa de un pájaro de mal agüero bastante pintoresco.

—No tardará en llegar —dijo Heidi—. Enseguida estoy en casa.

Pero Hannah insistía. China llevaba una hora y media fuera. Hannah y Harvey habían salido a buscarla, ya habían recorrido los doscientos metros que separaban su casa de la tienda de la galería comercial. Ida y vuelta, cuatro veces.

—Supongo que habrá ido a ver a alguna amiga —dijo Ruth irritada.

Hannah insistía: Harvey quería un sándwich de mantequilla de cacahuete con mermelada y se había puesto a berrear; China habría ido donde las tiendas, sabía que Harvey andaría berreando y habría vuelto enseguida.

—Pero total —le dijo Heidi a la Policía, muy tranquila—, yo sabía que China no había ido a ver a ninguna amiga por una razón clara y sencilla: no tiene amigos. Nunca ha sido una niña popular. La acosan, le dicen que está gorda y que huele mal. A mí no me parece

que huela mal, pero a esa edad siempre van a tener un motivo para meterse con ella, ¿no? Yo sabía que no había ido a ver a ninguna amiga. Para ser franca, al principio pensé que China estaría gastándoles una broma a su hermano y a su hermana. Le voy a echar una buena bronca, pensé al principio.

Cuando Micky llegó a casa ya eran las siete y media. Había quedado en verse con un colega a la salida de la biblioteca en un pub que había por la estación; se tomaron unas cuantas cervezas antes de que Micky dijera que ya era hora de volver a casa. (La becaria de la biblioteca, el colega y una camarera aburrida habían confirmado su relato. La camarera había dicho que de haber imaginado que iba a meterse en un coche para conducir a donde fuera, las últimas cervezas no se las habría servido.) De vuelta a casa, ante la puerta ya se habían congregado algunos vecinos. Micky salió del coche; la camiseta de aros azules y amarillos le marcaba una tripa y unos pechos muy generosos. Los vecinos dejaron escapar un suspiro satisfecho de nerviosismo e interés.

—¿Qué pasa? —preguntó Micky.

La puerta de la casa de Heidi estaba abierta de par en par. Ruth salió y le dedicó una de sus expresiones más severas. A las ocho, la Policía ya estaba allí.

4

No hay por qué preocuparse, por supuesto. Existe un protocolo. Un protocolo policial desarrollado y probado gracias a miles de casos que nunca llegan a los tribunales. Que nunca suelen alargarse más de cinco horas. El protocolo de búsqueda del menor se lleva a cabo siguiendo una serie de métodos cada vez más rigurosos, mejor controlados y más públicos. Podríamos recurrir a una metáfora: una sucesión de cedazos, cada uno más fino que el anterior. Primero se examina lo evidente, lo cercano; a unas pocas personas. Pero cada vez va pasando más gente por en el cedazo y, al cabo de un tiempo, se examina a todo el mundo. El protocolo se intensifica, y muy rápidamente. Otra metáfora: unas escaleras mecánicas empinadas como un acantilado que aceleran igual que —una imagen incluso

mejor— un ascensor de cristal, disparadas hacia arriba. O el caso se resuelve con rapidez y discreción, o termina en la primera plana de todos los periódicos nacionales. Casi siempre se resuelve deprisa y ya no vuelve a saberse más del asunto; solo llega a oídos de los familiares directos del niño. Pero el protocolo existe, y se sigue.

La Policía llegó a eso de las ocho. Solo dos agentes, al principio. Tomaron notas. Un hombre y una mujer. Se sentaron en el sofá color melocotón de Heidi, cada uno en una punta, sonriendo lánguidamente. El cuaderno descansaba en equilibrio sobre sus rodillas.

—No se preocupe —dijo un agente—. Los niños desaparecen, pero casi todos vuelven a aparecer enseguida.

Y estaba en lo cierto. Le preguntaron a Heidi por las fiestas de cumpleaños a las que China había ido. Le preguntaron por sus mejores amigas y por dónde vivían; por todas las personas a las que China pudiera haber conocido en el barrio. Llegaron los niños y, pisándose mientras hablaban en su afán de servir de ayuda, lograron añadir diez nombres más.

—No está con nadie —dijo Ruth, la amiga de Heidi, su cuñada, en realidad, mientras entraba y salía del cuarto de estar con ademán despectivo—. Están perdiendo el tiempo.

Los agentes le explicaron a Heidi —Ruth no se había quedado a esperar una respuesta— que esa era siempre la primera línea de actuación. Y al cabo de media hora se marcharon con los nombres de todas las personas a quienes, que Heidi y los niños supieran, China podía haber conocido.

Los agentes de policía se multiplicaron. Fueron a treinta direcciones, casi todas en el barrio de viviendas protegidas, casas de ladrillo amarillo muy parecidas entre sí. Para aquel entonces ya se había hecho tarde. Fueron llamando a las puertas, a las que acudían padres o madres preguntándose quién sería para luego arrancar a su hijo de la cama o de la televisión. Pero no, nadie había visto a China desde la tarde. Se había marchado, eso ya lo sabían todos; había desaparecido, dijeron algunos; estaba en la calle y al minuto siguiente ya se había esfumado, apuntaron los mejor informados. A medianoche la Policía ya había interrogado al último de la lista.

Según el protocolo para casos de desapariciones, la mayoría de los niños vuelven a casa voluntariamente antes de la medianoche. Pero China no había vuelto.

*

A Kitty le gustaba levantarse temprano; empezar el día a buen ritmo. Cuando Dennis vivía y ya se habían jubilado, él prefería quedarse en la cama siempre que podía, a veces hasta las diez o las once. Las horas que transcurrían desde las siete hasta que Dennis se levantaba le pertenecían solo a Kitty; podía leer o pasar un rato arreglando tranquilamente las jardineras del patio o dedicarse con calma a cualquier tarea. O podía limitarse a cerrar la portezuela del jardín a sus espaldas y salir a dar un paseo por Hanmouth a la luz de la mañana, disfrutando del viento o del sol, del tiempo que hacía y del humor cambiante del estuario.

Ahora estaba sola, pero todavía empezaba el día a buen ritmo. Algunos compartían esa costumbre, aunque no la mayoría. Existía un pequeño club de madrugadores cómplices que a las siete ya estaban en danza. Así fue como había hecho la mitad de sus amistades en Hanmouth, después de haberlos saludado cuando se ponían en marcha en busca del periódico matutino. En aquel momento, al doblar en Fore Street y dejar el callejoncito que solo conducía a la portezuela de su jardín trasero, se encontró con Harry, otro madrugador, que iba con el *Guardian* en la mano.

—Qué barbaridad la cantidad de policías que corrían por ahí esta mañana —dijo Harry cuando hubieron intercambiado los saludos de rigor—. ¿No sabrás qué pasa?

—No he visto nada. Acabo de salir.

—Una barbaridad —continuó Harry—. Andaban por Wolf Walk metiendo las narices en el aparcamiento de la clínica, y hasta había un tipo sentado en el muelle con las piernas colgando mientras se enfundaba el equipo de submarinismo. Los hay a docenas.

—Caramba —repuso Kitty—. Qué emocionante. No irá a visitarnos la Reina, ¿verdad?

—No que yo sepa. No se me ocurre a cuento de qué puede venir todo esto—. Harry sacudió un poco el paraguas y dejó que Kitty retomara su camino.

La fase siguiente del protocolo policial se había puesto en marcha la víspera. Sin que nadie lo anunciara. Con las primeras luces del día, débiles y de un pardo fangoso, veinte agentes se desplegaron por los parajes más agrestes de la parroquia; por cualquier rincón abandonado y cubierto de maleza, por cualquier terreno sin urbanizar, por ahí andaba la Policía. En los confines de Hanmouth, el alba nebulosa descubrió a los agentes examinando terrenos baldíos: esos santuarios de aves, esas cabañas, esos talleres y esos cobertizos abandonados que, en Inglaterra, se encuentran por todos lados. Los agentes habían llegado en furgones durante la cálida noche; recorrían los prados diseminados por la ciudad, los bosques y el estuario fangoso con altas botas de agua y extraños andares de grulla, cabizbajos, con poco más que un cuerpo de separación entre uno y otro. Avanzaban lentos y elegantes por los descampados, por las tierras sin cultivar, entre los claros y el follaje, y hasta por el río sin dragar. Había un submarinista sentado en el muelle, el que Harry había visto, y cuando los turnos que habían dispuesto las autoridades policiales cambiaron, no tardaron en unírsele cuatro más en el muelle, en el embarcadero, por Wolf Walk. Se sumergían en las aguas profundas una y otra vez, emergían a la superficie, se zambullían y volvían a emerger en puntos cada vez más alejados. De pie en el muelle había un agente de alto rango; no tomaba notas él mismo, de eso se encargaba un subordinado. De vez en cuando lo informaban de las novedades. La noche anterior nadie le avisó de la desaparición de la niña. Se lo habían contado esa misma mañana y ahora buscaba por la maleza y los escondrijos, por los lugares donde un niño podía perderse sin llegar a encontrar la salida. En el lugar reinaba una atmósfera de tranquilidad y orden. Seguían el protocolo. A las once, la marea ya había bajado y el fango, como la lluvia y los gansos, siseaba mientras el agua lo abandonaba. A los submarinistas, que avanzaban de pie, el agua les llegaba a los muslos. No podían ir sino hacia el mar, donde las aguas del estuario todavía corrían profundas y secretas.

—Están buscando a una niña pequeña, por lo visto —dijo Doreen Harrington en la cafetería, a las once—. Ha desaparecido. —Se metió un trocito de bollo dulce de queso en la boca, lo pasó con café y siguió hablando; sus modales dejaban mucho que desear.

—Al salir he visto a unos submarinistas de la Policía en el estuario —añadió su amiga Barbara—. ¿Creerán que se ha caído al agua?

—No lo saben —respondió Doreen—. He estado charlando con un agente joven y muy agradable. Lo vi entrar en el viejo taller que queda detrás de casa, el que está abandonado, al principio no me fijé en el uniforme. Pensaba que serían unos chiquillos que se habrían metido por ahí para hacer travesuras y me acerqué para echarlos, pero me lo explicó todo. Es una niña de donde el barrio de las viviendas de protección oficial; la echaron en falta anoche y desde entonces nadie la ha visto. No saben qué le habrá pasado. Lo de los submarinistas solo es una medida preventiva.

Mary y Kevin, que llevaban la cafetería, habían oído la misma información que Doreen. Se acercaron; él salió de la cocina con un delantal de carnicero de rayas salpicado de harina, y ella, lápiz en mano, con uno de camarera lleno de puntillas.

—Espero que no la hayan… Que no haya rumores de que la puedan haber… —dijo Mary.

—¿Te refieres a los pedófilos? —preguntó Doreen con franqueza, sin andarse con rodeos—. El caso es que no lo saben.

—Pero entonces no andarían pescando en el estuario, ¿no? —añadió Barbara—. Si pensaran que es cosa de pedófilos, digo yo.

—Tienen que descartar cualquier posibilidad, sistemáticamente —dijo Doreen, cuyo sobrino era agente de la Policía de Hampshire—. Están haciendo todo lo que toca, estoy segura.

*

En manos de la Policía obraba otra lista de nombres. A diferencia de la relación de amigos y conocidos de China, que habían reunido tras haber hablado con su madre, Micky, su tía, sus hermanos y otros amigos, esta lista estaba a buen recaudo en un ordenador; no podían imprimirla a la ligera ni enseñársela a nadie ajeno al cuerpo.

Contenía los nombres de habitantes de Devon y Cornualles sobre los que pesaba alguna acusación o condena por delitos sexuales contra menores. Algunos se habían follado a la sobrina de ocho añitos treinta años atrás y acababan de salir de la cárcel tras haber pasado décadas bebiendo tazas de té en las que atracadores metidos a camareros se habían meado. A otros los habían pillado con el ordenador lleno de fotografías de bebés felices y desnudos; cada una en sí misma no habría tenido nada de censurable, pero la colección sumaba decenas de miles. Un pobre desgraciado se había acostado en 1987 con un albañil que resultó que tenía veinte años y que, por lo tanto, todavía no había alcanzado la edad legal para mantener relaciones sexuales: él también había terminado en la lista de tarados babeantes, al lado de los que albergaban aviesas intenciones con las criaturas. Al parecer, no había habido manera de que lo borraran de la lista de la Policía y, como todos los demás, él también recibió la visita de un agente que se acercó hasta Drewsteignton, hasta su adosado color rosa con una pegatina de la bandera arco iris en la ventana, donde vivía con el albañil, que ahora ya pasaba de los cuarenta.

—Alguien se la ha llevado, lo sé —decía Heidi—. Se la han llevado, segurísimo que se la han llevado.

Su cuarto de estar color albaricoque estaba abarrotado; sin contar a Heidi, había cinco agentes de policía, Micky, Ruth y un tipo de la prensa local. Los agentes no sabían cómo había llegado hasta allí ni quién lo había invitado, pero el periodista tomaba notas en silencio, como si estuviera compitiendo con la agente que, sentada en el brazo del sofá, también escribía en su cuaderno. Y había otra persona más, alguien cuya relación con el asunto se les escapaba a todos: un tal señor Calvin, bien vestido y elegante. Uno de los agentes debía de conocerlo, y como cuando entró lo saludó con un «Hola, señor Calvin», nadie cuestionó su presencia. Por lo visto, Heidi también quería tenerlo por ahí; de vez en cuando se volvía a mirarlo en vez de contestar a la pregunta que le habían hecho. Por inverosímil que la amistad del hombre con Micky o Heidi pareciera, cuando se lo requería asentía en silencio y sonreía o meneaba la cabeza con el ceño fruncido. Tenía un papel que desempeñar, y era

muy probable que se lo hubiera arrogado él mismo. Afuera, en las escaleras, se sentaban los niños mientras la madre de Ruth los vigilaba guardando un silencio atento.

—No se ha caído al estuario —dijo Ruth—. Ya lo dije. Sabíamos que no habría salido a jugar al escondite ni a ver a ninguna amiga sin decírselo a nadie. Ya se lo dijimos ayer. Le dijimos que alguien se la había llevado.

—Tenemos que investigar todas las posibilidades —dijo uno de los agentes—. Le estamos dedicando un altísimo número de agentes al caso. Esta mañana han empezado las rondas de visitas a todos los individuos de la zona con antecedentes. No tienen que preocuparse por eso.

—Dios mío —dijo la madre de Ruth mientras entraba en la salita —. ¿Nos está diciendo que por aquí vive gente que ha hecho esas cosas, que los tenemos viviendo aquí mismo, es eso?

—Son nuestra primera opción —repuso el agente.

—¿Que los tenemos aquí, en el barrio?

—No necesariamente.

—¿Y se supone que viven en Hanmouth? —preguntó Ruth—. ¿En el Viejo Hanmouth?

—Lo siento mucho —respondió el agente—, pero no puedo darle esa información.

*

—Dicen por ahí que una niña ha desaparecido...

Billa había llamado a Sam; lo tenía al otro lado de la calle, en la tienda, no los separaban ni treinta metros, pero telefonearle le pareció más adecuado, así Tom no le preguntaría adónde iba.

—Sí, ya lo sé. Ayer mismo. Se presentó un agente a preguntarnos si teníamos un cobertizo o algo así. Como si fuera un gatito perdido... No, no, en absoluto. Me parece que no es de Hanmouth propiamente dicho, Kitty dijo que había desaparecido por esas viviendas de la posguerra que se ven subiendo por la autopista... Eso mismo. Pero Tom habló con otro policía, uno de más rango, creo, y le dijo que ahora les parece que a la niña se la ha llevado

alguien. Terrorífico, ¿no te parece? No, nadie ha visto nada. Desapareció en cuestión de segundos, por lo visto… No, ni coche ni nada. Por eso al principio pensaban que se habría escapado, supongo, pero ahora sí que creen que deben de haberla raptado. Es la típica cosa que no imaginas que pueda llegar a pasar en Hanmouth. ¿Y tú qué tal con esa novela japonesa? No entiendo cómo terminamos comprometiéndonos, yo no avanzo, nada de nada... Sí, pásate por aquí, hacia las seis o cuando cierres. Y llama a la puerta de Kitty cuando estés de camino, así llegamos todos juntos.

—¿Acabas de invitar a unos depravados repugnantes para que nos vacíen la bodega? —preguntó el brigadier a voz en cuello desde su despacho, que estaba justo en la habitación de al lado.

—Sí, eso parece —respondió Billa—. Y no te pongas como un viejo cascarrabias. Estás hecho un auténtico amargado. De todos modos solo vendrá Sam.

—Muy bien, pero te lo advierto: en esta casa no queda una sola gota de Campari. Se lo terminó la última vez que vino.

Como además del Campari a Billa le faltaban un par de compras por hacer, se acercó a la cooperativa de Fore Street. En la calle había grupitos de gente hablando, dos y tres personas, delante de la librería, de la agencia de viajes y de la joyería, todas con aire apremiante y nervioso. Por la forma en que se callaron y se dispersaron en cuanto se acercó, se diría que hablaban de ella. Y tal como le habían anunciado, allí estaban los agentes de policía, procediendo de puerta en puerta. Se preguntó por qué no habrían aparecido por su casa todavía. En la cooperativa compró lo que necesitaba: mantequilla danesa, detergente para salir del apuro, galletitas saladas y papel higiénico, además del Campari. Increíble, cómo desaparecían todas esas cosas entre una expedición al supermercado y la siguiente. Cuando llegó a la caja, vio el periódico local en el mostrador: en primera plana, la fotografía de una niña de cara gorda que sonreía, desdentada, en lo que obviamente era una fotografía del colegio muy poco favorecedora. A su lado se veía a una rubia bastante atractiva con la mirada fija sujetando la misma fotografía en un sofá amarillento mientras un joven de aspecto

fornido la rodeaba con sus brazos. El titular rezaba «¿DONDE ESTÁ CHINA?».

Con su melena pelirroja y lisa y su radiante piel pecosa, la cajera podría haber sido bastante guapa, pensó Billa, solo le hacía falta arreglarse esos dientes horribles.

—Terrible —dijo la chica señalando el periódico—. Terrible.

—Que una cosa así pueda pasar en el lugar donde uno vive es algo que no me cabe en la cabeza. La pobre madre —comentó Billa.

Y entonces, casi sin querer, cogió un ejemplar de ese periódico local tan lamentable que no compraba ni leía jamás. Así que cuando Sam entró por la puerta al cabo de una hora diciendo «Un horror, ¿no os parece?», Billa y, cosa extraña, Tom, que por una vez los acompañaba, ya sabían bastante del caso y de la pobre familia. Tom creyó reconocer a la madre. A la niña no la reconoció nadie. Que una cosa así pudiera pasarte prácticamente delante de las narices era algo sobrecogedor. Al final, Kitty y Sam se quedaron a cenar y Billa se empeñó en que Sam llamara a Harry para invitarlo.

*

La desaparición de China ya era oficial. Se designó a dos agentes de policía para que acompañaran a Heidi. Ruth estaba sentada en la cocina fumando Marlboro Lights sin parar y esperando a que su amiga pasara a verla. A Karen la enviaron a un hotel y le dijeron que iban a necesitarla a la mañana siguiente. A los niños —excitados, temerosos, mirada desorbitada— los acostaron mientras interrogaban a los adultos. En la calle, los grupos de búsqueda iban poniéndose en marcha, llamando a una puerta tras otra como aburridos militantes en campaña electoral. Al tercer día, mucho antes de que dieran las nueve, la casa ya estaba rodeada de un improvisado campo de refugiados hecho de pantallas reflectantes plateadas, baterías de coche, tiendas de campaña, taburetes y escaleras de aluminio, hombres, mujeres, todos de espaldas a la casa y mirando en la misma dirección, que hablaban y se ignoraban durante sus pesados y reiterativos monólogos. A sus espaldas se movió una cortina y pudo verse una carita. Por la tarde el gentío ya

se había multiplicado por dos y a la calle principal de Hanmouth llegaban los primeros forasteros.

5

En algún momento dado de los días que siguieron, alguien en Hanmouth —alguien del Strand, cínico y podrido de dinero, en compañía de un interlocutor también cínico y podrido de dinero— charlaba a puerta cerrada tras un par de horas de piadosa conversación pública. Se detuvo, juzgó a su acompañante y, a su vez, se dejó juzgar. ¿Quién lo dijo primero? Apenas tiene importancia, porque no mucho tiempo después ya lo decía todo el mundo. Dijeron: «¿Crees que…? Esto, ¿crees que sería remotamente posible que…? Sé que parece absolutamente increíble, pero no consigo dejar de preguntarme si…».

Y antes de que la semana hubiera llegado a su fin, eso era lo que Hanmouth entero se preguntaba. Y se lo preguntaba la prensa sin hacer ruido, y haciendo menos ruido todavía, también se lo preguntaban los agentes de la policía cuando se quedaban a solas. «Tú no lo crees, no, ¿verdad?, que Heidi pueda haber sido capaz de…»

Pero, fueran quienes fuesen, esas dos personas se miraron y se llevaron la mano a la boca, los ojos abiertos como platos, y luego bajaron la mano y, en voz baja, empezaron a hablar.

6

Sentada junto con sus veintiocho compañeras, una chica miraba el estuario por las ventanas emplomadas de una habitación del primer piso de una casa del Strand. Esa misma mañana, sus compañeras habían sido veintisiete; como en otras ocasiones, la chica había salido obedeciendo las frecuentes sugerencias de su madre: «¿Por qué no sales en vez de quedarte todo el día en casa? Sal a hacer amigos». Había salido y había estado rondando por la oficina de correos, donde se había comprado un bolígrafo. Se había quedado un rato delante del ayuntamiento y del Cagoncete. Tal vez algún turista le sacara una foto y le preguntara si sabía algo de la niña

secuestrada. O mejor aún, el secuestrador podría aparecer, quién sabe, y tratar de raptarla, y Hettie se pondría a gritar y se sacaría del bolsillo el alfiler de sombrero y se lo clavaría en el dorso de la mano hasta que empezara a llenársele de sangre la camisa blanca y suplicara clemencia. Eso quedaría bien, con todos los turistas delante. Hettie se quedó en la calle, sentada en la tapia del centro cívico, hasta que una de las amigas de su madre, que pasaba con un carrito de la compra ridículo con unas flores rosas enormes, la reconoció y la saludó. Era Billa, la vieja esa que vivía en la casa baja de aire siniestro que quedaba en la esquina y que siempre le daba escalofríos.

—Dile a tu madre que estoy impaciente por lo de esta noche —le dijo la vieja.

—Se lo diré —respondió Hettie con la sonrisa más estúpida de la que fue capaz, y como Billa, la vieja esa, no se daba ni cuenta de que estaba siendo sarcástica, la saludó con la mano a pesar de tenerla a menos de un metro, pero incluso entonces la vieja siguió sin enterarse: soltó un ruido parecido a una risa y le devolvió el saludo como si la tonta fuera Hettie.

Quedarse sentada ya no tenía ningún sentido: Hettie llevaba allí un millón de horas y no había ido nadie ni a hacerle fotos ni a secuestrarla. Más valía que volviera a casa, total. Igual que la campeona de gimnasia que recibe miles de aplausos al final de su ronda de ejercicios, Hettie saltó de la tapia con una caída perfecta, los pies juntos marcando las nueve. Pero nadie la vio. Típico. De vuelta a casa entró en la librería de segunda mano y saludó a Maggie, que trabajaba allí. No compró ningún libro, pero Maggie le diría a su madre que había pasado por ahí, que para el caso era lo mismo. Luego llegó al lugar que frecuentaba desde hacía tiempo. Había estado posponiendo la visita, esperándola con impaciencia. Entró en la galería de anticuarios del muelle sin fijarse en el viejo de la entrada, que llevaba una chaqueta de punto marrón demasiado abrigada para el tiempo que hacía. Fingió que miraba entre los puestos de la planta baja, llenos de tazas de té sueltas y de juegos de copas y de cubiertos que nadie querría porque procedían, directamente, de gente muerta. (Copas que se habían elevado ante

bocas que ahora estaban en proceso de descomposición, la carne vieja de la cara desprendiéndose del cráneo, dejándolo a la vista; cubiertos que el rigor mortis mantenía sujetos a puños: había fallecido un viernes ante su pastel de carne, pero nadie la encontró hasta el lunes; habían tenido que enterrarla con el tenedor y el cuchillo en las manos. El resto de cubiertos los despacharon a la galería de anticuarios de Hanmouth.) Luego subió al primer piso. Y sin perder un minuto, estaba demasiado impaciente, se dirigió al puesto que tenía en mente. Era el puesto donde el año anterior le habían vendido el alfiler de sombrero que Hettie guardaba en el bolsillo y llevaba a todas partes para que le diera suerte. Allí tenían lo que andaba buscando.

—Hola, jovencita —le dijo el encargado de cobrar—. ¿Estás segura? En esa esquina de allí tengo más muñecas, unas que son preciosas.

—Sí, seguro —respondió Hettie tendiéndole su moneda de dos libras.

—Lo que pasa es que a esta... —continuó el viejo—, le falta el brazo derecho, ¿ves? ¿No quieres una muñequita bien enterita?

—No sabía que fabricaran muñequitas bien enteritas —repuso Hettie sarcástica, haciendo hincapié en la palabra—. No sé si querría una. Suena fatal.

El viejo cogió el dinero; el sarcasmo de Hettie no se le había escapado. Y Hettie se llevó a la niña-muñeca manca a casa para que se enfrentara a la muerte.

En la habitación de arriba había veintiocho participantes, y a Hettie le tocaba organizarlo todo. Veintisiete llevaban siglos por allí y hasta tenían un nombre para los días de diario. Estaban La Niña Triste, Harriet, Lucinda, Lágrimas Auténticas, Mi Pequeño Poni Uno y Dos, Mi Pequeño Poni Vestido de Novia, Kafka, Rábano Picante, La Pequeña Hattie, La Alcaldesa de Reckham, Cappucino, Víctima Ensangrentada, Muerta al Nacer, Madre, La Gran Hattie, Muerte, Viuda, Pornografía Infantil, Medio Judía, Caraculo, Guapita, La Tuerta, Vestida de Hombre, Rebecca Holden, Pintalabios y Agujero. En la vida real, Rebecca Holden era una niña de su clase, delgada y con un pelo muy bonito, largo y liso, que nunca le había dirigido la

palabra, aunque Hettie siempre sacaba mejores notas que ella. Hoy las tenía a las doce, contando a los ponis, dispuestas en dos filas: eran el jurado. Dos abogados, dos secretarios judiciales y un actuario. Luego estaban los miembros del público y la familia de la víctima y la prensa. Pornografía Infantil hacía de juez porque tenía el pelo blanco y rizado, un poco como una peluca. La nueva muñeca manca no tenía nombre. Hettie no iba a malgastar uno con ella. Era, simplemente, El Acusado.

—¿Tiene algo que añadir antes de que dictemos sentencia? —preguntó Pornografía Infantil con voz áspera y profesional.

—Yo tengo algo que decir —anunció Medio Judía desde el banco de los familiares. Ceceaba, a saber por qué—. Era mi niñita y me la arrebataste.

—¡Asesino! ¡Bestia! ¡Pedófilo! —gritaron La Pequeña Hattie y La Alcaldesa de Reckham, dos miembros del público, dando botes, agitadísimas, cada una en una mano de Hettie.

Y entonces uno de los ponis, el que llevaba el vestido de boda, se olvidó de que formaba parte del jurado y empezó a gritar.

—¡Maldito hijo de puta!

—Silencio en la sala —ordenó Pornografía Infantil con esa voz especial que ponía cuando hacía de juez—. Tras haber conocido el veredicto del jurado y examinado todas las pruebas, queda claro que usted es culpable de todos los cargos, que secuestró y que pedofiló a esa víctima inocente que era más hermosa que el sol. Lo condeno a veinte años de pinchazos de alfiler de sombrero.

El Acusado no había hablado todavía, pero ahora daba brincos en la mano izquierda de Hattie; cualquier cosa menos el alfiler de sombrero, se puso a suplicar agitando su único brazo. ¡Demasiado tarde! El alfiler de sombrero y Agujero, el verdugo, ya estaban en la mano izquierda de Hettie y empezaron a pinchar a El Acusado, una, dos, tres veces. Mientras aplicaban el castigo se oyeron gritos y gruñidos. En un par de ocasiones, sujetar a Agujero y el alfiler mientras con la misma mano apuñalaba a la muñeca nueva se le hizo difícil. Hettie soltó a Agujero y, entonces, en silencio, siguió clavando el alfiler en la cabeza, en el cuerpo y en las piernas de la muñeca. Al cabo de quince minutos la muñeca estaba deshecha y

sobre la moqueta se veían pedacitos de goma con marcas de media boca, el ojito patético, trocitos de pelo arrancados de ese fascinante cuero cabelludo de malla. Y dispuestas a su alrededor, las veintiocho muñecas miraban satisfechas lo que le sucedía a la gente que hacía cosas malas, y también miraban el alfiler.

—¡Toma! —dijo Pornografía Infantil, pero ahora la voz era la de Hettie, que se limitaba a agitar a la muñeca arriba y abajo—. Que te sirva de lección para que no vuelvas a torturar ni a secuestrar.

—Ya sabes que esta tarde tengo club de lectura —dijo su madre a gritos desde el piso de abajo.

—Sí, ya lo sé —respondió Hettie. Reparó en que su voz sonaba nerviosa y ahogada.

—¿Qué estás haciendo ahí arriba? —preguntó la otra voz en un tono claramente acusador.

—Nada, aquí, haciendo el tonto.

—Ya sabes que si quieres unirte al club de lectura serás bienvenida.

—Me sentaré a ver la tele aquí arriba —dijo Hettie.

Un suspiro viajó escaleras arriba y atravesó la puerta maciza del dormitorio; Miranda lo había dejado escapar con ese propósito.

—Ahora con franqueza —dijo Kafka con voz extrañamente sofisticada y madura—, en serio, Miranda ya debería haberse repuesto de sus desengaños. Como si no supiera de sobra que...

—Eso mismo —interrumpió Hettie a Kafka.

Cuando a Kafka le daba la vena, nunca sabías con qué te iba a salir.

7

Kenyon corría entre el gentío vulgar y medio desorientado de la estación de Paddington para alcanzar el tren. El oeste zoquete, torpe e insulso ya empezaba a dejarse sentir en los modales que imperaban en la estación de Paddington, por la que Kenyon trotaba cual londinense que tenía a donde ir. Iba corriendo con la chaqueta y el maletín-bolsa de fin de semana en una mano, apenas tenía dos minutos, tal vez ni eso, para subirse al tren. (El billete que, muy

ahorrador, había comprado seis semanas atrás, le había costado treinta libras, pero solo servía para ese tren. Si lo perdía y cogía el siguiente, el billete ya no sería válido y tendría que pagar sesenta y tres libras por el nuevo. Así que corrió.) Kenyon llevaba una vida ordenada, planificada con semanas de antelación, sometida a los dictados de la compañía de ferrocarriles First Great Western. Pero en el departamento le habían hecho una consulta de último minuto sobre los índices de infecciones en Uganda de acuerdo con un artículo que les había presentado, y el metro se había detenido inexplicablemente después de Euston Square; apartando a un lado a unos españoles descomunalmente cargados que no sabían en qué lado quedarse, había subido por las escaleras, por las negras y grasientas escaleras mecánicas del metro que, suspendidas en diagonal, flotaban rechinantes sobre inmensos vacíos cual sistema de transporte público concebido por Piranesi durante una pesadilla. En ese momento atravesaba a la carrera la «piazza», jovial nombre con el que habían rebautizado el lugar. Los veraneantes que se dirigían al oeste, con sus tablas de surf, sus mochilas del tamaño de ovejas y sus maletas cuadradas marrones que habían rescatado de armarios, se interponían en el camino de Kenyon, sentados cual obstáculos expresamente colocados allí, igual que un pueblecito en miniatura. Fue abriéndose paso entre los cortos de luces y los faltos de brazos; parecía un hombre indeciso entre la conciencia de haber perdido «algo», de eso estaba casi seguro, y el firme propósito de llegar a ese tren, a ese tren en particular, detrás de la barrera.

No recordaba dónde había leído que la identidad del tren a San Dondesea de las 16.05 radica en su particularidad, en sus diferencias, y que un tren que solo haya hecho un viaje no puede tener identidad alguna. El tren de las 16.05 permanecía inalterable de un día al otro a pesar de estar formado por locomotoras y vagones distintos, de tener una plantilla de individuos diferentes y de transportar grupos de pasajeros diversos. Pero por muy cierto que aquello resultara desde un punto de vista filosófico, la identidad de ese tren, el que quedaba más allá de la barrera, no le pareció mutable ni de lejos, y sus componentes, en absoluto susceptibles de ser intercambiados por otros; eso pensaba Kenyon mientras

jugueteaba con el billete y con sus extremidades, lanzaba las bolsas hacia la máquina validadora que estaba al lado de la barrera y corría hacia el primer vagón. El jefe de estación ya estaba parado ante la puerta del vagón de primera con el brazo en alto. Ese tren, pensaba Kenyon, era único; casi ni reparó en el joven al otro lado de la máquina validadora, que, sin aspecto de tener prisa alguna en subirse al tren, se arrodillaba en el andén entre los trenes parados, junto a una maleta negra abierta. Daba la impresión de no tener adónde ir. En aquel momento, Kenyon apenas le prestó atención.

—Por los pelos —dijo el jefe de estación con un tono reprobatorio bastante inútil.

Kenyon se encaramó al tren y entró al vagón de primera, donde los demás pasajeros le dedicaron una mirada brevísima antes de ocultarse tras el periódico, encorvarse sobre su libro o, simplemente, limitarse a apartar la mirada. Kenyon, chorreando, con la cara amoratada, arrugado y jadeante, fue dando tumbos por el pasillo llevando las maletas a manera de bolsas de la basura. Se desplomó en su asiento. Estaba mal orientado; iba de espaldas a la locomotora, como diría un hombre de la edad y la clase de Kenyon. Aquello se debería a una distracción suya al comprar el billete o a la incompetencia de la compañía de ferrocarriles. A su alrededor, todos los pasajeros andaban enfrascado en cosas que, de momento, les evitaban tener que mirarlo.

El jefe de estación tocó el silbato y levantó el brazo fuera de la ventana. Dentro, algún tipo de señal electrónica anunció el cierre de las puertas. Casi al instante, en el andén, el joven de la trenca beige, prenda absolutamente desaconsejada tanto para el tiempo que hacía como para esa época del año, dejaba de encorvarse en cuclillas sobre el maletín negro y se levantaba con parsimonia. A lo lejos se oyó una exclamación y, a continuación, una serie de gritos. El ruido llegó ahogado al compartimento. El hombre levantó el brazo derecho, cuya muñeca agarraba con la mano izquierda. Se oyó un estallido, igual que un globo que hubiera reventado, y luego otro. El tren siguió moviéndose. Kenyon se llevó una última impresión: una informe masa de personas que retrocedían, que corrían y se arrojaban al suelo de mármol, o tal vez cayeran después de haber

recibido unos disparos. La figura pequeña y resuelta permanecía en su sitio con los brazos extendidos y un arma de fuego en las manos. El tren se ocultó al deslizarse por la curva dejando atrás la bóveda de la estación, y enfiló la soleada vía del ferrocarril del oeste de Londres flanqueada por edificios también soleados.

—¿Alguien lo ha visto? —preguntó Kenyon.

No dirigió la pregunta a ninguno de los pasajeros en particular, y ninguno respondió. Quizá no lo hubiera visto nadie. Los periódicos que se alzaban ante Kenyon no se movieron. Algo en el ángulo de aquellas páginas delataba claramente que sus compañeros de viaje no estaban leyendo, sino pensando en el sudado desaliño de Kenyon, y que no las bajarían hasta que hubiera reposado y dejara de jadear como un perro. Así que a Kenyon le tocó leer la noticia en las portadas. Trababa del pueblo donde vivía y al que se dirigía. Mañana, esas mismas portadas estarían llenas de lo que acababa de ver, un adolescente que, un domingo soleado, disparaba al azar a unos desconocidos en la estación de Paddington. Ninguna mencionaría lo que más digno de atención le parecía: que un tren se las había ingeniado para salir justo en ese preciso momento, como si el tiroteo no fuera más que una parte trivial e irrelevante del normal funcionamiento de la estación. Y mientras el tren avanzaba con una despreocupada ausencia de sentimientos, sin mostrar reacción de horror alguna, Kenyon llegó a la conclusión de que estaba siendo arrastrado de una catástrofe a otra. El mundo padecía una desagradable abundancia de noticias sin que nadie atendiera o compartiera su padecimiento. Nadie sabía qué se experimentaba al viajar del escenario de un tiroteo al del secuestro de una niña, sentado en un compartimento de primera clase sin oír más anuncios que los de bebidas calientes y frías, tentempiés y refrigerios del bar.

Podría haber sido un sueño delirante. Pero en la primera estación, Reading, los andenes bullían de pasajeros que los trenes parados habían vomitado. Tenían el aspecto paciente y forestal de ingleses a quienes se les hubiera pedido que permanecieran a la espera de noticias sobre una crisis inconveniente aunque remota. La crisis, remota como era, no había bastado para borrar las diferencias entre los desconocidos que estaban de viaje y que, en aquel momento, se

quedaron de pie, separados, sin acercarse para compartir observaciones. «Por causa de un accidente», arrancó un anuncio que llegaba del andén. Las puertas se cerraron y el tren siguió su camino. Y cual pájaro que respondiese al reclamo, el sistema de megafonía dijo: «Los pasajeros que hayan embarcado en la estación de Reading encontrarán tentempiés, refrigerios, té y café, refrescos y bebidas alcohólicas a su disposición en el vagón restaurante. Les rogamos que, en lo posible, tengan el cambio preparado». A fin de cuentas, hacia el oeste no había nada que pudiera detenerlos.

8

A finales de una tarde de verano, un gentío más numeroso que el de costumbre esperaba en el bullicioso andén de la estación de una ciudad del oeste de Inglaterra de dimensiones modestas. Tiempo atrás, alguien había dispuesto entre las vías unos pesados pilones de hormigón en los que había algunas plantas sembradas, aunque llevaban años formando un astroso prado lineal sin que nadie se ocupara de ellas. Las semillas de raquíticas reinas de los prados y ásteres se habían diseminado entre los pilones y en las vías, donde crecían altas y delgadas dando esporádicas flores dispares, como aquejadas de una afección cutánea.

El ambiente festivo de Hanmouth se había extendido por la vía del ferrocarril. Caroline inspeccionaba fríamente al resto de pasajeros y jugueteaba con las cuentas marroquís que llevaba al cuello. En esa línea viajaban soldados del campamento de Reckham, jóvenes huesudos y llenos de granos con un corte de pelo idéntico de resultados más o menos favorecedores. Iban acompañados de variopintos y abigarrados semejantes —y de su poco prometedora descendencia, hecho este muy amargo— que habían terminado recalando en los lúgubres asentamientos alimentados por el subsidio de paro donde el tren se había detenido con un chirrido. Todos iban a Barnstaple a hacer la compra, a pasar la tarde de parranda, a recibir un mínimo de instrucción. Hoy también había gente de otro tipo. Remilgadas parejas de mediana edad pulcramente vestidas, como si estuvieran listas para tomarse su copita del domingo a

mediodía, y profesionales con un portátil o una compleja cámara al cuello. Uno de aquellos profesionales había logrado introducirse entre un grupo de adolescentes de la costa: un gótico gordo y afeminado —llevaba un abrigo de cuero negro largo hasta los pies muy poco adecuado para la estación, sombra de ojos morada y el pelo negro pegado al cráneo por el sudor— acompañado de tres chicas rubias que no le pegaban nada, muy limpias, todo estampados de flores y minifaldas, que creaban un efecto en el que predominaban los colores pastel. El profesional estaba consignando sus comentarios en un cuadernito alargado, pasando página tras página mientras garabateaba. Los niños hablaban y se interrumpían atropelladamente estirando el cuello sobre el hombro del profesional, maravillados ante sus anotaciones taquigráficas.

Caroline apartó la vista como si hubiera tenido un lapsus de gusto o de criterio. Sabía de lo que estaban hablando. En términos generales, consideraba que si alguien tenía algo que decir al respecto, debía decírselo a la Policía, y si no, nada.

No era habitual ver a los vecinos de Hanmouth en ese andén, aunque el tren a Barnstaple era igual de cómodo que el coche y te ahorrabas esa pesadez terrorífica de tener que buscar aparcamiento. Y era especialmente insólito ver a Kenyon un jueves por la tarde, tan temprano, como si alguien le hubiera contado que a una niña de su pueblo la habían secuestrado. La ropa que se ponía para ir a la oficina en Londres, muy profesional, había quedado un tanto maltrecha durante las tres horas que le había llevado ir de su despacho para la prevención del SIDA al andén de Barnstaple. (Caroline ya conocía la estructura de sus desplazamientos entre su lugar de residencia y el trabajo. A veces, en las fiestas que daba su mujer, la gente se apiadaba de Kenyon y entablaba conversación con él. Cuando eso ocurría, él solía recurrir a la descripción de su viaje semanal de Hanmouth a Islington y de vuelta a Hanmouth, dando por sentado, y tal vez con razón, que los invitados a la fiesta de Miranda no iban a cruzar la habitación para departir sobre algo tan interesante como el alcance del SIDA en África, cuestión a la que él dedicaba sus días.) Llevaba la chaqueta del traje al brazo. A sus pies, el maletín rayado de cantos descosidos. Parecía que a Kenyon

acabaran de ponerlo en remojo cabeza abajo en una cuba llena de una solución azucarada, con un pelo disparado en todas direcciones que el ineficaz movimiento de sus manos no había logrado alisar. Era posible que nadie jamás hubiera llegado a planchar ni la camisa blanca ni la corbata roja. Era tan obvio que Kenyon estaba en el tramo final de un viaje largo y agotador, que, pensando en él, Caroline se resistió a saludarlo. Pero él la vio. Con la última sonrisa de un día largo, protocolario y lleno de sonrisas, Kenyon se le acercó.

—Qué cosa tan extraordinaria… —dijo—. ¿Has visto algún periódico? ¿Alguno de la tarde?

—Para serte franca, ya nos hemos rendido —respondió Caroline—. No tengo ningún interés en absoluto en leer nada más sobre el tema. La pobre niña y esa familia tan horrorosa. Y todo el mundo… —Se estremeció como si quisiera sacudirse de encima al gentío que la rodeaba.

—No, no, que cosa más… más extraordinaria —continuo Kenyon —, en Paddington. Justo cuando el tren estaba… —y terminó desistiendo, incapaz de explicarse—. Muchísima gente, ¿verdad?

—Hanmouth —*Hammuth*— es un destino muy popular últimamente —añadió Caroline. Y luego, como si Kenyon no diera señales de entender o siguiera profundamente absorto en la coincidencia o en el encuentro fortuito que llevaba tres horas ocupando sus pensamientos, Caroline murmuró—: Esos morbosos, ya sabes… —y lo dejó ahí.

—Esos… —repuso Kenyon—. Oh, la pobre niña. Y esa familia horrorosa que tú dices. Tampoco lo entiendo. ¿Esperan desenmascararlos o son curiosos nada más? Fisgones, los llama Miranda. Esta semana, todas las noches, cada vez que hablábamos por teléfono, me venía con una historia de algún grupo de mirones. Unos trataron de sacar una fotografía de la ventana de la fachada, como si la niña fuera a estar atada y amordazada en nuestro salón. ¿A qué crees que vienen?

Los cinco robustos integrantes de una familia sentada en un banco que, siguiendo un compás a cuatro complejo y regular, iban subiendo y bajando el brazo para llevarse comida a la boca, captaron

la atención de Caroline y respondieron a su pregunta con tanta firmeza que se quedó callada.

—¿Ha pasado la Policía por vuestra casa? —preguntó Kenyon.

Desde hacía ya una semana, quizá dos, la pregunta se había convertido en un inicio de conversación habitual en Hanmouth.

—Hará un par de días. Tuvimos un golpe de suerte. Todos pudimos explicar dónde habíamos estado la noche que desapareció esa niña, los doce. Como esa noche nos tocaba club de lectura con Miranda, fuimos yendo de casa en casa para poder repasar un poco… Ya sabes cómo se pone Miranda cuando alguien llega sin haberse leído el libro; preferimos reunirnos antes para ver cómo anda la cosa. *La literatura nazi en América*.

—¿Decías?

—*La literatura nazi en América*. Lo que estábamos leyendo. —Kenyon conservaba su expresión de desconcierto—. Es un libro. Como habíamos quedado en dos o tres sitios, terminamos poniéndonos al día sobre Roberto Bolaño sin que nadie se enterara y compartiendo notas. Con una misma historia ambientada en lugares distintos, la Policía debió de pensar que aquello era una conspiración a pequeña escala… No nos reunimos todos a la vez, por supuesto, sino en grupos de dos o tres, diría. El asunto no tenía nada de plan ni de conspiración.

—Así que todo el mundo tenía una coartada menos Miranda —dijo Kenyon.

—Estaba en la universidad, creo. Y debía de tenerte a ti, imagino.

—Estaba en Londres, lo creas o no. Un día de estos tengo que apuntarme al club de lectura de mi mujer. Parece muy interesante.

—Bueno, otro hombre no nos vendría mal, y si te hubieras leído el libro, este podría ser tu momento.

—¿Qué?

—Por eso estoy volviendo a toda prisa. Por el club de lectura de Miranda. Es esta noche, ¿no lo sabías?

—Ay, Señor… ¿De verdad? No hay manera de que pesque a Miranda a solas. Qué triste.

Caroline miró a Kenyon y se preguntó por qué solo habría pensado en Miranda sin referirse a las pocas oportunidades que tenía para

estar a solas con su hija Hettie. Entonces le vino a la cabeza la imagen de Hettie —respirando con la boca abierta en plena bronca, con un incipiente bozo perlado de sudor, lanzando platos, libros, cuchillos, hasta una mesita llegó a tirar en una ocasión, con la cantinela de siempre de que nadie tenía en cuenta sus deseos ni sus necesidades—, y sintió admiración por Kenyon, capaz de borrar a Hettie de sus pensamientos. En caso de que eso fuera lo que había hecho.

—Bueno, no voy a quejarme del club de lectura con la buena coartada que nos ha proporcionado. Aunque, para empezar, no es que pudiéramos ser realmente sospechosos, digo yo. Eso siempre me ha producido pánico; la celda sin ventanas, ¿sabes?, los dos policías y el «¿Y dónde estaba usted entre las dieciocho treinta y las… las que fueran… —aquí la imaginación le falló a Caroline— de la noche del veintitrés de septiembre?». Ya sabes. Como en los programas de abusos policiales.

—¿Los programas de abusos policiales?

—Los programas de televisión sobre la Policía. No me los pierdo. Pero si eso te lo preguntaran en la vida real es muy probable que terminaras diciendo «No tengo ni la más remota idea», por supuesto. O tal vez «Estaría preparando la cena, supongo, o puede que estuviéramos viendo cualquier tontería en la tele, aunque no consigo recordar cuál».

—Ahora está Sky Plus. Lo grabas y lo ves después. Recurrir a la televisión como coartada ya no sirve. Un detective de homicidios caería en la cuenta al instante.

Caroline observó los ojos rojos de Kenyon y esa cara sosa y sudada de mofletes caídos. Raro, el tipo, parándose a pensar en todo.

—Pero, afortunadamente —dijo Caroline—, Miranda es una maravilla con esas cosas. Fecha y lugar fijados con semanas de antelación. Y después lo escribe todo en su diario, juraría que eso me lo contó alguien. Qué cosa tan maravillosa, esa energía para escribir una entrada diaria. Yo no tendría ánimos ni para hacer la mitad de lo que ella hace, y mucho menos para anotarlo luego.

—Disfrutará haciéndolo, imagino —replicó Kenyon secamente—. Aquí está el tren. ¿Quieres que te eche una mano con las bolsas?

9

Miranda, la mujer de Kenyon, era maravillosa, en eso todos estaban de acuerdo. Su casa, situada en el punto exacto del Strand donde lo pintoresco —antiguas casitas de pescadores habitadas por parejas homosexuales— empezaba a dar paso a la imponente fila de antiguas mansiones de comerciantes, era una maravilla que ella restauraba año tras año. Tal vez hubiera en Hanmouth casas más valiosas, pero cuando Kenyon y Miranda compraron la suya cinco años atrás, el precio que pagaron fue el más alto que se había pagado jamás por una casa en el lugar. A su salón, que no dejaba traslucir ningún rastro de influencia rural —y del estuario todavía menos—, le imprimían carácter un escritorio de acero de la Wiener Werkstätte, un gélido grabado de Meredith Frampton —un químico que sujetaba un lirio blanco y apoyaba la mano en una reluciente hilera de tubos de ensayo— y dos *chaises-longues* de cuero negro de Mies van der Rohe hechas todas de cilindros que recordaban a canutillos de regaliz, y en cuyo asiento las visitas que pisaban la casa por primera vez solían quedar encajadas cual elfos arrellanados en la sangradura del brazo. (En su segunda visita, ya aleccionadas, se abalanzaban sobre alguna de las otras butacas, menos distinguidas pero más cómodas.) En la puerta siempre había una hucha para alguna causa africana; ocupaban la pequeña estantería del vestíbulo clásicos de su ámbito profesional (mujeres poetas de la Regencia), dos libros de Miranda sobre el tema, los finalistas del Booker de ese año y los del anterior. También podían encontrarse un par de Harry Potters o de alguna saga preadolescente por el estilo: no estaban ahí para pasar por lecturas de Hettie, actividad a la que, claramente, no se dedicaba, sino para dar a entender que Miranda no era una intelectual imponente, sino, en el fondo, una niña con un sentido de la diversión poco aparente pero bien desarrollado. Solía tratarse de ejemplares firmados, pues todos los veranos, Miranda pasaba una semana entera en el festival literario de Dartington. Al

cabo de un tiempo, los pocos merecedores de tal honor terminarían en el estudio del piso de arriba, y el resto, donado a alguna organización benéfica de salvamento marítimo o aéreo que los pondría a la venta en alguna de sus tiendas por un par de libras.

Miranda tenía el pelo blanco entrecano cortado a lo garçon y unas severas gafas negras, alargadas como un buzón; su cuadrado escote dejaba adivinar algo vagamente medieval. Con su forma de arreglarse, trataba de imponerle ángulos, líneas geométricas a un aspecto por lo demás curvo y exageradamente voluminoso. Era consciente de los peligros que las cuentas étnicas y los vaporosos terciopelos rojos y morados entrañaban para una mujer de su edad y dimensiones, y del daño que los modelos para tallas grandes de Hampstead Bazaar podían hacerle. A diferencia de buena parte de las mujeres de Hanmouth, no buscaba inspiración en Judi Dench en la noche de los Oscars y, en lo posible, se vestía siguiendo los ángulos y las líneas blancas y negras de la gorda esposa de un arquitecto de Weimar. Kenyon ya estaba acostumbrado a oír lo maravillosa que era su mujer; era bastante afortunado, dentro de lo que cabe.

Grupos de lectura, asociaciones locales, organizaciones benéficas y una fiesta tres veces al año. La consideración que a Miranda le merecía su persona en su encantadora y carísima casa era evidente. Casi todos coincidían en que Miranda era maravillosa, aunque también se preguntaban cómo les habría dado a Kenyon y a ella para una casa como aquella con sus sueldos de funcionario y de profesora de universidad. El mismo Kenyon llevaba tanto tiempo viviendo al lado de esa maravilla que se diría que, igual que el camarero de un restaurante con vistas al Partenón, hubiera dejado de valorar su situación como se merecía.

«¿Qué debieron de ver el uno en el otro?», se preguntaba Hanmouth cuando Miranda no estaba presente debido a alguno de sus habituales retrasos. Se lo preguntaban todos, sentados a una mesa larga cubierta por un paño verde, provistos de un orden del día excesivamente detallado que el experto en ofimática del comité se había encargado de elaborar, o de pie en el jardín, en una fiesta veraniega, o volviendo la cabeza con el cuello estirado en dirección a

un vecino y colega del club de lectura mientras esperaban a que se alzara el telón de unas *Bacantes* o un *Woyzeck* que el grupo de teatro de Hanmouth, bajo la dirección de Miranda, había llevado a escena. Para empezar, ¿cómo se habían conocido? ¿Cómo podían permitirse aquella casa? ¿Tendrían dinero de familia? ¿Cómo debieron de ser de jóvenes? ¿Y —sobre todo— de qué hablaban cuando estaban a solas? Como fuente de interés o de ocupación, no parecía que Hettie pudiera bastarles. Descabelladas teorías sobre su envolvente vida sexual que nadie se atrevía a manifestar corrían por el pueblo entero; y entonces, las luces se apagaban y se alzaba el telón, y Hanmouth se concentraba en el *Marat/Sade* que se representaba en la sala de actos del centro cívico.

Entre semana, Kenyon nunca estaba en Hanmouth; se quedaban las dos solas, Hettie y Miranda. Y la gente imaginaba a Miranda sentándose a cenar con su hija de lunes a jueves, mostrándose comprensiva pero firme. Al ver a Kenyon en la estación de Barnstaple un jueves por la noche, Caroline se llevó una gran sorpresa. Kenyon trabajaba en Londres. «Para una organización no gubernamental», solía decir Miranda, aunque aquellos a quienes dirigía su respuesta no siempre acababan de entenderla. «Kenyon es una aportación decenal del Ministerio de Hacienda, fruto de un compromiso muy firme.» Y la gente imaginaba a un Kenyon reducido a dos dimensiones que, de un empujón, pasaba por la ranura de una inmensa hucha petitoria. Entonces Kenyon sonreía y explicaba que, en realidad, lo que el Ministerio de Hacienda había hecho después de llegar a la conclusión de que podía apañárselas a la perfección sin él durante los diez años venideros recibía el nombre de «comisión de servicio».

Casi nadie sabía o entendía o se molestaba en preguntar qué hacía Kenyon para ganarse la vida. Era algo relacionado con el SIDA en África. Mucho mejor que su trabajo en el ministerio, les confiaba Miranda a sus interlocutores. Lo que ella sabía era que cuando estaba en Hacienda hacía algo muy importante, así en abstracto, sin entenderlo del todo. La cosa tenía que ver con la balanza de pagos o con las políticas salariales o con los tipos de interés nominal y real… ¿Por qué, se preguntaba Miranda, se molestaban en tener en cuenta

unos tipos de interés sin conexión alguna con la realidad? Si los tipos de interés nominal no era más que valores falsos, sin relación alguna con los auténticos precios de compra y venta, ¿para qué servían? A Miranda el asunto se le escapaba por completo. Y por qué llamarlos tipos de interés, si eran absolutamente áridos y deprimentes y tediosos e imperdonablemente…

Así solía discurrir la conversación de Miranda, y en su estilo no estaba nada mal. Kenyon sonreía con deferencia y, por lo general, bastante abstraído, sin señalar jamás que el uso de las expresiones «balanza de pagos» y «políticas salariales» dejaba a Miranda muy mal parada por lo que a fechas respectaba: se remontaban a su época de cortejo y seducción, la última vez que Miranda le había prestado atención cuando él le explicaba a qué dedicaba la jornada. Cuando el Ministerio de Hacienda decidió convertir a Kenyon en su aportación a una organización no gubernamental, los tipos de interés llevaban ocho años sin cambiar. Por otra parte, todos sabían a qué se dedicaba Miranda: siempre estaba dispuesta a disertar sobre poscolonialismo.

En el nuevo trabajo de Kenyon, decía Miranda, al menos se veía quién salía beneficiado. ¿Quién iba a saber si los caprichos de las políticas monetarias suponían alguna mejora o a qué fines servían? («No creo que te refieras a las políticas monetarias», decía Kenyon, aunque saber a qué se refería Miranda era imposible, claro está.) En la organización no gubernamental para la lucha contra el SIDA había héroes y villanos muy definidos. Estaban los cardenales católicos de África, que les mentían a sus feligreses sobre los profilácticos de goma, por un lado. Y los huérfanos por el otro. En el Ministerio de Hacienda las cosas también habían sido así: en un bando, la bruja de Thatcher y el monetarismo, destruyendo vidas entre risotadas; y en el otro, los mineros. Se diría que últimamente esos contrastes morales se habían tomado unas vacaciones. Desde hacía un tiempo, en el ministerio no había ni cardenales ni huérfanos; en ese momento, todo parecía inmenso e inexplorado.

Cuando Kenyon reorientó su carrera, a Miranda se le soltó la lengua, y a partir de aquel momento no dejó de hablar del tema. Mediante un útil mecanismo, en un primer momento el ministerio

había accedido a mantenerle el sueldo y a considerarlo en comisión de servicio en Vivir con el Sida (África) durante cinco años. Y en un instante de euforia, Miranda entró con él en un banco, contó un par de mentiras piadosas que nadie verificó, y salió con él de allí con una hipoteca que sextuplicaba la suma de los dos sueldos gracias a la cual se mudaron de una casita de pescadores a la casa amplia y bien iluminada del Strand. De aquello hacía cuatro años y parecía que siempre hubieran vivido allí. A veces Kenyon se quejaba en privado de su falta de ahorros y de que hacia final de mes todo parecía ir menguando. Menos mal que sus principios les impedían educar a su hija al margen del sistema público. Pero la casa era un bien fuera de discusión. Y, además, en el ministerio ya nadie decía nada sobre el inminente regreso de Kenyon. Por algún motivo —a saber por qué, con lo capaz y agradable que era Kenyon— los interlocutores de Miranda dudaban de si el ministerio no tendría ganas de librarse de Kenyon por algún motivo. Pero claro que no, por supuesto. Confiaba en que Kenyon pasara allí los diez años previstos. Pensar en cómo se ganaba Kenyon la vida le hacía a Miranda muchísimo bien.

10

El tren estaba abarrotado y todos parecían locuaces. Kenyon y Caroline se apretujaron en el mismo asiento con el equipaje amontonado sobre el regazo, en sentido de la marcha. En una fila que se extendía por el pasillo, siete adolescentes gritaban. El primer pub sería el Bear… No, el Pincers; lo que pasaba era que uno le había dicho a Carrie que estarían en el Jolly Porters y ella había perdido el móvil, eso lo sabían, entonces, ¿qué? ¿Qué iban a hacer?

—Esta gente —dijo Caroline pegándose todavía más a las rodillas la bolsa de la compra. Quería que la oyeran—. No sé qué esperan ver cuando lleguen a Hanmouth.

—Qué cosa tan extraordinaria… —dijo Kenyon—. Cuando salíamos de Paddington, un joven sacó una pistola y empezó a disparar al gentío.

—Oh, no. ¿En el tren?

—No. En el vestíbulo. Alcancé a verlo mientras el tren salía de la estación. Como no he visto los periódicos ni he oído ningún aviso, no sé si fue muy grave.

—Qué horror —dijo Caroline—. Da la impresión de que hoy en día estas cosas suceden mucho más a menudo. Pudiste escapar, vaya suerte. No quiero ni pensar qué harán estos cuando bajen en Hanmouth. Es como si la gente solo se dedicara a ir donde supiera que va a haber gentío. Trafalgar Square la noche de fin de año. Todos allí sin saber por qué. La seguridad del grupo, supongo… Del grupo de idiotas, en todo caso.

Dos chicas frente a Kenyon y a Caroline —una estaba hablando por el móvil, la mano libre contra la oreja— se volvieron al mismo tiempo, los miraron desde un metro de distancia y se encogieron de hombros con la actitud más ofendida de la que lograron hacer acopio antes de darles la espalda.

—¿Qué lectura toca esta noche? —preguntó Kenyon—. Ahora lo recuerdo… Miranda me dijo que desapareciera del mapa y no contara con cenar gran cosa.

—¿No has comprado nada en Paddington? —dijo Caroline. Kenyon comentó que, a veces sí que se compraba algo, y mientras reconstruía mentalmente la escena trató de rebajar la frecuencia con la que se repetía.

—Con lo buenísimas que son estas tiendas de ahora. En Paddington hay una que sirve sushi en una cinta giratoria, ¿verdad?

—¡Buuurp! —soltaron los cuatro adolescentes del fondo del vagón mientras el tren tomaba la curva de St. Martin. Cayeron unos encima de los otros y luego se enderezaron entre muchas risas.

—No, me acercaré al pub del muelle a comer algo —dijo Kenyon —. En cuanto haya cumplido con mi deber y haya saludado a mi mujer.

—Considérate afortunado si lo consigues. Está lleno hasta arriba, lleva así toda la semana. ¿No te has enterado? Domingueros, periodistas, equipos de televisión, todos poniéndose morados a comer. Y a beber, por supuesto. Exactamente igual que si estuviéramos sitiados. ¿Miranda no te ha dicho nada?

—Sí que lo hizo, pero pensé que exageraba.

—Esta vez no.

11

En el aire flotaba algo nuevo: discrepancia y censura y placer. Como la carga de un camión desplazándose y retumbando; como la voz grave que en el cine carraspea y anuncia los próximos estrenos; como un coro de galeses que, al unísono, dijera «RON». Era el ruido de un centro cívico en el oeste de Inglaterra; todas y cada una de las sillas estaban ocupadas, y el espacio que quedaba lo llenaban, de pie, mirones, periodistas, vecinos del pueblo, cámaras y gente cuya presencia no era ni necesaria ni requerida. La sala estaba abarrotada y empezaba a desbordarse. En la calle, docenas de curiosos parados en una cálida tarde de finales de primavera. De vez en cuando alguien pegaba un salto para sortear las cabezas del gentío y tratar de ver entre las dos hojas de la puerta a los seis individuos dispares que ocupaban el escenario del centro cívico.

Uno de ellos, el jefe de Policía, dirigió a la sala una mirada llena de vergüenza y reproche. Su cara tenía algo de ovino: era una cara larga y de labios colgantes coronada por una mata de pelo blanco, encrespado, como de oveja, y al tratar de imponer autoridad, su voz se transformaba en un balido.

—Lo repito: en el caso que nos ocupa estamos haciendo todo lo que podemos y con la mayor urgencia posible. En estos precisos instantes estamos siguiendo pistas, varias pistas muy sólidas. Ninguno de los presentes debería poner en duda la eficacia de la operación policial.

Fue el empleo de la palabra «eficacia» lo que, de entrada, desató las quejas de disconformidad complacida. Al pronunciar la palabra por primera vez, el policía azuzó a la concurrencia a una expresión común de censura y hostilidad incipiente. Ahora volvía a repetirla, satisfecho del tono oficial y distante de la palabra. Tal vez creyera que transmitía un pragmatismo sereno. La rabia y la contrariedad de la sala se volvieron cada vez más sonoras; se multiplicaban y se acumulaban para terminar estallando. Una de las mujeres que había llegado a primera hora con Ruth, la mejor amiga de la madre, una

mujer de la que la multitud no sabía nada, se levantó. Cuando lo hizo, todos pudieron verla, junto con Ruth y otras tres mujeres, había llegado antes que el resto y había elegido su asiento con cierto cuidado: ocupaba una posición ideal entre las cámaras de televisión y el escenario. La mano de la mujer ya estaba levantada en un remedo de gesto trágico, como si fuera a prestar juramento en un tribunal.

—Me gustaría que el jefe de Policía supiera que aquí no estamos hablando del «caso que nos ocupa». El «caso que nos ocupa» lo será para él, que se pasa el día en ese despacho tan grande rellenando informes. Para mí y para Heidi y para Micky, que están arriba en el escenario, y para otras cien personas que conocen a China y que la echan de menos, no es «el caso que nos ocupa». A Heidi y a Micky se les han secado las lágrimas de tanto llorar y no duermen de lo preocupados que están. Aquí estamos hablando de China, la mejor amiga de Natasha, mi pequeña. Es su hija la que lleva ya diez días desaparecida. Diez días y diez noches sin que nadie haya hecho nada. Podría haberle pasado cualquier cosa. ¿Y qué han descubierto? Nada. No se ha hecho nada.

—Puedo asegurar a todo el mundo… —dijo el jefe de Policía sujetando el micrófono, pero no continuó.

Al parecer, la mujer que había hablado no era más que la telonera de un número bien conocido que, a esas alturas, el público ya esperaba con impaciencia. Mientras se sentaba, Ruth se levantó y las cámaras de televisión, sin molestarse en enfocar al jefe de Policía, permanecieron inmóviles, fijas en ella, la tía de la niña. Porque era la tía, ¿verdad? Para aquel entonces, no había periodista que no conociera de sobra a esa mujer negra de expresión adusta. Calvin, su representante ante los medios, se la había presentado a todo el mundo. No tenía un pelo de tonta, eso había que reconocerlo, y hacía ya diez días que, vehemente, repetía lo mismo. La Policía también la conocía, a ella y a sus denuncias entusiastas pero inútiles. Nunca había dispuesto de un público tan numeroso para sus comentarios como el que tenía en esos momentos; iba a aprovechar bien los argumentos que había ido puliendo.

—Llevamos años sin ver un agente haciendo la ronda por aquí. ¿Dónde están todos? Rellenando sus listitas en sus despachitos. Y ahora los tenemos aquí, sí, pero ¿qué hacen? Casa por casa no van, no. Saben, y también lo sabemos los demás, que aquí entre nosotros, en Hanmouth, viven agresores sexuales. Me lo contó uno de los agentes del jefe de Policía. Pero no quieren decirnos dónde están ni dónde viven. En esta ciudad, todos lo que tengan hijas pequeñas deberían preocuparse. La próxima podría ser tu hija o tu nieta, piensas. Podrían raptarlas tan fácilmente como raptaron a China. Queremos saber. Tenemos derecho. ¿Qué tiene que decir al respecto?

En el escenario, ante las pantallas azules de la Policía del oeste de Inglaterra y al lado del jefe de expresión perpleja, se sentaba la madre de la niña completamente relajada. De lo tranquila que se la veía, cualquiera habría dicho que se creía la declaración de intenciones impresa en una letra que imitaba una florida caligrafía: «Proteger a todos de manera segura». El pelo largo ocultaba sus rasgos como una cortina. Era Heidi, para los periódicos Helen —su nombre de pila— o la Triste Helen, nombres que quienes la conocían jamás habían empleado. Fueran posados o robados, las fotografías de su cara, gélida máscara de una virgen reticente al llanto, componían unas primeras planas perfectas en las que un antiguo retrato escolar de China era el recuadro habitual. En un alarde de iniciativa, un periódico había ido hasta Yeovil para hacerle una visita a la madre de Heidi, desaparecida de la vida de su hija desde hacía muchísimo tiempo, y había publicado algunas fotografías antiguas de Heidi de hacía diez o quince años. A la madre, más tarde, le aconsejaron que se mantuviera alejada tanto de Heidi como de Hanmouth, y algunos periodistas incluso tuvieron la impresión de que la auténtica madre de Heidi era Karen, la madre de Ruth.

Al lado de Heidi estaba Micky, el padrastro de China, con su cara de idiota, la cabeza afeitada y la boca entreabierta. Los visitantes tomaban su expresión por una muestra de conmoción o de pena. Los habitantes de Hanmouth ya habían visto ese rostro inexpresivo cientos de veces rondando ante los peores pubs del pueblo. Nunca antes se les había pasado por la cabeza que pudiera ser de

Hanmouth propiamente dicho. A algunos les sorprendió que su cuñada, o quienquiera que fuera esa mujer, dijera «aquí» como si vivieran en Hanmouth en vez de en alguno de los deprimentes barrios de la periferia que quedaban entre el pueblo y Barnstaple. De todos modos, la fama de Micky se extendía hasta Heycombe. Tenía una vieja costumbre: la de de enseñarle el pene a las recién llegadas y a las estudiantes de Barnstaple que se embarcaban en la ruta de los pubs de Hanmouth. El aire de confusión de su cara de pan no se debía ni a la pena ni al miedo: esa era su expresión natural.

El jefe de Policía se permitió pensar que la madre había estado preparando y ensayando las acusaciones con la hermana o la cuñada. También se permitió pensar que en los ensayos había participado mucha más gente. Se fijó en que toda la ropa que llevaban la madre y el padrastro, absolutamente toda, era nueva, y en que no se parecía a la ropa también nueva que habían llevado cuando se reunió con ellos esa misma mañana. La suela de los zapatos de Heidi conservaba la etiqueta con el precio, como pudo advertir cuando se arrodilló para limpiar el morro manchado de mermelada de uno de los críos. El dinero de los periódicos había pagado los zapatos nuevos y, sin duda, también el abultado caché de la entrevista en el tabloide de turno de hacía dos días. El rumor de que habían exigido que el pago se realizara en efectivo corría por todas las redacciones, pero habían establecido el pacto tácito de omitir el detalle en sus reportajes. Esos dos habían aprovechado bien sus oportunidades y, a ojos tanto de la Policía como de la prensa, sabían lo que hacían. Se diría que hubieran empezado a planearlo antes incluso de que la niña hubiera desaparecido; la maquinaria se había puesto en marcha en cuestión de horas. El modo en que Heidi dejó que su rostro se desplomara sobre sus manos, un par de segundos antes de que Ruth se pusiera de pie, parecía ensayado: no quería que la satisfacción que le habían producido esa interrupción y la turbación de la Policía resultara demasiado evidente.

—Les garantizo —dijo el policía—, les garantizo a todos los presentes que estamos llevando a cabo interrogatorios puerta a

puerta. Nuestras indagaciones nos han conducido a pistas muy fructíferas. Son las que ahora estamos siguiendo. Detallar aquí de qué pistas se trata atentaría contra los intereses de nuestras pesquisas. También debo decir que durante las horas inmediatamente posteriores a la desaparición de China, y con la mayor urgencia, nos pusimos en contacto con todas las personas que recoge el registro de agresores sexuales de la zona. Eso fue lo primero que hicimos, por supuesto. Sabemos quiénes son, y fueron nuestra absoluta prioridad.

Volvieron a oírse voces, llegaban del fondo de la sala. Esta vez era un hombre que no se parecía en nada a ninguno de los parientes de Heidi y Micky, parientes lamentables que escapaban a cualquier análisis genealógico. Parecía el típico habitante de Hanmouth, y el público no tardó en identificarlo como el hombre que llevaba la caja de la galería de antigüedades del muelle. Era la clase de persona que en circunstancias normales se quejaría de Heidi y de Micky. A pesar del calor que hacía esa noche, llevaba chaqueta de tweed y corbata. A su lado, su mujer asentía en silencio mientras él gritaba.

—¿Quiénes son? —bramaba—. ¿Quiénes son estos agresores sexuales que viven en nuestra comunidad? Tenemos que saber cómo se llaman. Tengo nietos, y, y…

Heidi levantó la vista, interesada. Esto no estaba previsto ni preparado.

—Les garantizo… —respondió el jefe de Policía.

—Y eso no fue lo primero que hicieron ustedes. Lo primero que hicieron fue deambular por mi jardín trasero sin pedir permiso y recorrer los prados interrogando a inocentes, perdiendo el tiempo. Mi mujer y nuestros nietos, nuestros nietos, deje que le diga, necesitan saber…

—Les garantizo que esas personas fueron sometidas a una investigación inmediata y concienzuda. Sin embargo, lo que no tenemos intención de hacer en vista de la intensidad, de la intensidad de los sentimientos que despierta el caso que nos ocupa…

—¿El caso que nos ocupa?

—… el caso que nos ocupa, es revelar los nombres de los individuos que, aun apareciendo en la lista de agresores sexuales, son inocentes de cualquier conexión con la desaparición de China. Estoy convencido de que comprenderán las razones que nos mueven.

—Esto no es «el caso que nos ocupa», lo que es…

—Debemos saber…

A un extremo de la mesa de caballete se sentaba el señor Calvin con su traje azul, tomando notas. El jefe de Policía había tenido ocasión de conocerlo bien durante los últimos días. Vivía en Hanmouth, en la mejor calle, en el Strand, y era el típico personaje respetable que, en circunstancias normales, no habría tenido jamás nada que ver con los O'Connor. Cuando en una ocasión tuvo que identificarse ante la Policía, lo hizo como «un amigo de la familia» que actuaría de consejero y enlace. Según había podido saber el jefe de Policía, ya había contado a la prensa y a la televisión que era el «representante» de los O'Connor. Un agente con buena memoria recordaba que, de hecho, no era más que el presidente de la patrulla vecinal del Strand, de Hanmouth, y que el año anterior había encabezado una exitosa campaña para que las cámaras de circuito cerrado no se instalaran solamente en Fore Street, sino también en el Strand y en algunas calles poco transitadas que quedaban detrás de esa calle y en las que nunca se había cometido crimen alguno. Si en los dos años transcurridos desde entonces se había conseguido apresar a algún delincuente gracias a esa vigilancia al centímetro, eso era algo que los agentes no sabían, pero las cámaras y los carteles que las anunciaban debían su existencia a los deseos de Calvin y su comité. Y ahora su autoridad pseudolegal le había permitido hacerse con el control de los deseos de los O'Connor y de su campaña. La Policía y la prensa ya habían hecho causa común y secreta: los odiaban. Calvin dirigió a sus representados —o amigos, o clientes— una sonrisa seca y breve y terminó de escribir en su cuaderno naranja. Arrancó la página, se la pasó a Heidi y cerró el cuaderno.

—Me gustaría invitar a Heidi y a Micky a pronunciar unas palabras —dijo el jefe de Policía con resignación—. Estoy convencido de que

todos comprendemos lo difícil que les resulta y lo valientes que han sido al venir aquí esta noche.

Heidi levantó la vista oculta tras su cortina de cabello rubio y volvió la cabeza hacia la izquierda. No miraba a Micky sino al señor Calvin, con ese traje azul de tres botones y ese pelo lacio de un gris blanquecino.

—Mírala —le dijo una de las mujeres de las últimas filas de la sala, Billa Townsend, la mujer del brigadier, a su amiga del club de lectura, y las dos miraron a Heidi.

A pesar de sus cuatro hijos y de los años que llevaba aguantando las exigencias de sus hombres y las órdenes de sus niños en Torcombe Road, en una casita enterrada en el complejo Ruskin de viviendas protegidas y a pesar de la falta de sueño y del daño que su recién estrenado guardarropa adquirido en la tienda de una gran cadena podía llegar a hacerle, Heidi era una belleza. Todo eso lo comentaba Billa Townsend en voz baja, y su amiga Kitty entendió hacia dónde tenía que mirar. Heidi parecía lo que era o lo que había sido: la magnífica heroína del instituto de Hanmouth, a quien los once años que habían pasado desde que dejara el instituto apenas si habían dejado huella en su cara perfecta de rasgos marcados, en sus ojos verdes, en el pálido mechón de pelo que caía como una sombra sobre su mejilla eternamente bronceada, o en ese elemento extraño pero perfecto, esa nariz de águila o de duquesa. Cuando a los dieciséis se escapó con Nigel, esa rata asquerosa, todos menearon la cabeza. Alguna explicación debía haber para eso. Y también para los desgraciados de sus otros dos hombres, uno de los cuales había sido un inútil y efímero marido. Habría una explicación hasta para lo de Micky Thomas, al que le llevaba siete años. Desde que dejara el instituto, en Hanmouth no habían vuelto a oír una palabra suya excepto cuando sugería un baño de color en tonos mates. Haría un año, un par, quizá, que Hanmouth no veía más que a su hombre rondando por los peores pubs del pueblo, oía sus estúpidas opiniones, lo veía en los baños de los pubs a la hora del cierre tratando de cualquier manera a esa chica o a aquella otra. Heidi tenía en la mano la página del cuadernito que el señor Calvin le había pasado. No la miró apenas.

—Solo quiero daros las gracias —dijo Heidi en voz baja y monótona; el jefe de Policía, caballeroso, le ajustó bien el micrófono —. Me gustaría darle las gracias a todos los que nos están ayudando, contribuyendo con sus donativos a la cuenta «Salvemos a China». Significa mucho para nosotros que personas que nunca han conocido a China lleguen a preocuparse tanto como para enviar treinta, cuarenta, cincuenta libras para contribuir a los gastos de la familia y de la investigación que nos ayudará a encontrar a China. China es una niña maravillosa. No es un angelito, es tan traviesa como cualquier niña de ocho años. Solo quiero pedirle a quien la tenga que piense en nosotros, que piense en su familia que tanto la quiere y la echa de menos. Sus hermanitos y sus hermanitas no saben que se la han llevado, pero cada noche se acuestan llorando. Así que, por favor, devolvédnosla a casa sana y salva pronto.

Las cámaras mantuvieron durante unos instantes el ángulo, esperando, tal vez, que la madre rompiera a llorar. Ya lo había hecho en una ocasión. «Más dura que una piedra», le susurró un cámara al técnico de sonido, y bajó la cámara, decepcionado. El jefe de Policía ya estaba cerrando el acto, hacía el mismo llamamiento a la colaboración que había hecho el día anterior, pero eso no hacía falta filmarlo. El grupo del escenario se puso en pie: el jefe de Policía y la agente encargada de prestar asistencia a los O'Connor, Calvin, el abogado, Micky y Heidi. Igual que cuando termina una boda, fueron formándose parejas dispares: el jefe de Policía se ocupaba de Heidi, el señor Calvin hablaba sujetando firmemente el codo de Micky, y el abogado y la agente cerraban la comitiva. Como feligreses, en el centro social todos se levantaron solemnemente, en silencio. Al fondo de la sala, el gentío que se había quedado sin asiento y llenaba el vestíbulo y la mitad de la calle fue apretujándose y dispersándose. Los agentes de policía que estaban al fondo iban dando empujones para hacer sitio a Micky, a Heidi y a sus ayudantes oficiales. «Esos agresores sexuales… Tenemos que saber, señor», repitió el hombre que había gritado antes, esta vez a un volumen razonable, mientras los agentes pasaban. Durante unos instantes, Heidi mostró una sonrisa radiante; al parecer, el jefe de Policía no había oído nada.

La gente en la sala había mantenido una actitud solemne, de preocupación cargada de ira, pero a medida que uno se alejaba del escenario los ánimos se iban aplacando. Afuera, en la cálida noche de primavera, una multitud curiosa y hasta jovial; nadie conocía a nadie. Un tipo se quedó mirando la salida de Heidi y Micky mientras se terminaba un Cornetto. Ni se habían molestado en cambiarse de ropa para la ocasión. Algunos de los hombres llevaban traje de baño y una camiseta de manga corta o de tirantes; había un par con shorts Vilebrequin de estampado chillón y chancletas que acababa de llegar de la piscina; sus novias cubrían el bikini mojado con unas camisetitas de tirantes minúsculas y un pareo. Se quedaron mirando como si estuvieran ante un famoso; llenaban parte de la calle hasta la cooperativa y The Case Is Altered, uno de los mejores pubs de Hanmouth y al que, evidentemente, las cosas le iban muy bien con la afluencia de visitantes curiosos. Una mujer había venido desde Londres, decían, aunque entusiastas descripciones sobre un grupo de viajeros de Alemania resultaron corresponder, en realidad, a unos desconcertados turistas que habían recalado por casualidad en la jovial escena.

En medio del gentío, bloqueando la calle, había un coche de policía hasta el que Heidi y Micky lograron abrirse camino; se montaron en el asiento trasero. Micky clavaba la vista sin disimulo en los desconocidos que también clavaban la vista en él. El gentío se llevaba el móvil a la cara, levantándolo sobre los hombros de los agentes de policía. La agente encargada de la investigación se sentó en el asiento del copiloto y la muchedumbre, decepcionada, se dispersó. El coche recibió autorización para arrancar. Acompañado por un par de agentes, el jefe de Policía se abrió paso como pudo en dirección a su coche y a su chofer, que lo esperaba en el aparcamiento detrás del centro cívico y la estación de bomberos. Las estrellas del espectáculo ya se habían marchado. El público que salía del recinto había perdido de vista su objetivo, pero conservaba el entusiasmo. Los conocidos de Hanmouth empezaron a saludarse alegremente. Los forasteros, que no conocían a nadie, se alejaron defraudados.

12

—En fin, que cosa tan lamentable —le dijo Billa Townsend, la mujer del brigadier, a su amiga Kitty. Hablaba en tono enérgico.

—Ya lo sé —respondió Kitty; parecía asombrada de que, de todas las emociones del mundo, Billa hubiera expresado, por pura casualidad, precisamente la misma que ella experimentaba—. Pero que muy lamentable, la verdad. Casi me arrepiento de haber ido. Bastaba con ver a la pobre madre… No soy capaz de imaginar lo que debe de estar pasando. Muy lamentable.

—Llegaremos tarde al club de lectura de Miranda —dijo Billa—. Más vale que vayamos poniéndonos en marcha.

Las dos, cada una con una bolsa de rejilla con un libro dentro —el mismo libro— y un rostro enérgico, contrariado y velludo que descollaba sobre el chaleco acolchado azul o verde, se alejaron del centro cívico y bajaron hacia el muelle por Fore Street. Más allá quedaba la larga hilera de casas estilo holandés donde vivía Miranda. Ahora que la Policía se había marchado, una intensa atmósfera festiva lo llenaba todo. Delante de The Case Is Altered había una docena de hombres de pie bebiendo y fumando. Ni Billa ni Kitty conocían a ninguno. Un ruidoso tema del jukebox se escapaba por la ventana de la taberna preguntando si a alguien le gustaría que su novia estuviera tan buena como la cantante. Billa no entendía por qué resultaba que ahora hacía falta organizar tantísimo alboroto por cualquier cosa y Kitty, con una respuesta en la que quería condensarlo todo, replicó que eso mismo.

Tres niños que no les sonaban de nada, los hijos de algunos de los bebedores, tal vez, hacían la vertical apoyándose en la arcada pintada de blanco y en el enrejado de la dueña del pub sin que nadie los vigilara ni censurara. Aquella no parecía una comunidad en la que un peligroso secuestrador de niños anduviera suelto.

—Todo parece tan normal —dijo Kitty—. Y nosotras seguimos adelante con absoluta normalidad, yendo al club de lectura como teníamos previsto antes de que todo sucediera, como si nada hubiera pasado. Hablando del mismo libro del que íbamos a hablar.

—Bueno, no sé qué tendríamos que haber hecho —se excusó Billa —. Todos se quejan siempre de que un libro no se lo terminan ni con un mes. Difícilmente podríamos haber cambiado a algo más apropiado, aunque… —el ruido de la multitud se apagó en cuanto doblaron en Fore Street—, en realidad, a la gente le gustaría hablar de un libro que guardara algo más de relación con el asunto. De la historia de un secuestro, a eso te refieres, supongo.

No era a eso a lo que Kitty se refería; no habría sido capaz de expresar de qué se trataba. Entonces, como pintada sobre un bastidor, apareció la casa de Billa, con su inconfundible fachada de estilo georgiano. La inspeccionaron de arriba abajo. El brigadier estaba junto a la ventana de la cocina, dirigiendo con una mano la orquesta de Classic FM que sonaba en el alféizar al lado de unos geranios color escarlata. Con la otra mano planchaba, evidentemente; dedicaba las noches de los martes a la plancha semanal, y pocas eran las cosas que podían interponerse entre él, la plancha y *Noche con Dvorák* en la radio.

Absorto en su doble tarea, no vio ni pasar ni a Kitty ni a Billa; ellas tampoco trataron de llamar su atención. Toda una vida armando fusiles, enseñando a otros a armarlos y pasando revista a filas de hombres mientras se aseguraba de que llevaran el fusil bien montado seguro de que sus hombres habían sido sometidos a una instrucción e inspección adecuadas antes de avanzar un par de pasos detrás de Su Majestad rebosantes de orgullo. Anciano y jubilado, ahora se aseguraba de mantener la disciplina de toda una vida y vestía con la pulcritud de un viejo soldado, aunque era de suponer que cuando estaba en el Ejército se las había ingeniado para realizar tareas domésticas menores siempre que había tenido que hacerlo; las pequeñas mejoras que con los años habían experimentado los electrodomésticos habían logrado la difícil tarea de convertirlo en un inútil: ahora se las veía y se las deseaba con las planchas de vapor y los programas de las lavadoras modernas.

Siguieron adelante y no tardaron en reparar en un nuevo grupo de gente en la calle, delante del pub pintado de amarillo del muelle.

—¿Te lo has leído? —preguntó Kitty.

—¿*Las hermanas Makioka*? —dijo Billa—. Por supuesto que sí. Tendríamos que haber repasado la novela cuando tocaba en vez de hacer como si estuviéramos grabando un reportaje de investigación. Ahora tendremos que ponernos a hablar del libro en cuanto lleguemos a casa de Miranda. Eso es lo que se dice gastar pólvora en salvas, supongo, pero tanto da.

De lo alto de la primera casa del Strand salió el sonido de la *Suite para violonchelo en sol mayor* de Bach; expresividad sensiblera en cada uno de los agudos que el intérprete lograba ejecutar. Era John Gordon sollozando y desviviéndose infructuosamente por arrancarle a la pieza la promesa de una melodía. Cada tarde, a las siete, antes de cenar, hacía lo mismo. Billa y Kitty sabían de qué pieza se trataba porque era la única de John Gordon, la pieza que, tras anunciarla con esmero, sacaba en fiestas y cenas siempre que se lo pedían. Había quien decía que no era solo la única pieza de su repertorio, sino también su único logro en la vida. La había aprendido en el colegio hacía ya muchos años, y todos los días, a las siete de la tarde, abría la ventana del piso de arriba y la interpretaba dos veces de cabo a rabo. Pero todos sabían que al día siguiente cometería los mismos errores, que la práctica y un remedo de autocrítica no la habrían mejorado.

Las cortinas del salón de la casa de al lado, cuyas ventanas estaban algo hundidas respecto del nivel de la calle, estaban cerradas a cal y canto. Todo el mundo sabía por qué. Un hijo de los Lovell trabajaba en la City, otro era relaciones públicas en Dubái y el pequeño, el más difícil, estaba en Oxford dando clases de japonés. Ahora, con el sol todavía en el horizonte y los hijos lejos, los Lovell se habían aficionado al sexo de media tarde en el salón, en la cocina o incluso en la entrada. El señor Lovell volvía de su consulta de médico de familia en Barnstaple y dejaba la ropa en el vestíbulo; la señora Lovell, de carnes generosas, abandonaba el jardín para recibirlo y, de camino a la entrada, se quitaba la blusa y la falda. Esa noche acompañaban a los pequeños chillidos unos agudos acordes de piano cuyo tintineo se habría dicho un improvisado acompañamiento modernista del Bach que John Gordon tocaba en la casa de al lado. Estaban haciéndolo en el comedor, sobre el teclado

del Yamaha vertical desafinado. A algunos les asaltaba la manía de lanzar la ropa por los aires a una edad en la que lo mejor sería dejársela puesta. Solo los más incautos aceptaban las invitaciones de los Lovell a ver las fotografías de las vacaciones, y una vez, nada más.

Al otro lado de la calle, en una de las parcelas privadas de las casas de enfrente, había un perro sentado delante de un gallinero pintado de blanco. Estaba extasiado. Las largas orejas anaranjadas de *Stanley* golpeteaban en el suelo, sus ojos compungidos saltaban de una gallina a la otra. Las gallinas salían, se batían en retirada, se pavoneaban como coristas alrededor de él. *Stanley,* el basset, era propiedad de Sam, el gay, que tenía una quesería, y de Menudo Desperdicio, Harry Milford —lord Harry, para ser exactos—, el novio abogado con despacho en Bidecombe. El perro estaba obsesionado por cualquier forma de vida de dimensiones menores que las suyas, y podía quedarse horas y horas alegremente sentado delante del gallinero de los Kenyon. Los Kenyon no tenían nada que objetar, no creían lo que decían los habitantes de Hanmouth más viejos y más vulgares que ellos: que a las gallinas, con los sustos que se llevaban con el perro, les entraban convulsiones. En cualquier caso, Miranda no creía que esas gallinas fueran buenas ponedoras.

Al final del Strand, ahí donde la calle terminaba convertida en un estrecho sendero adoquinado que se prolongaba otros doscientos metros bordeando una playa de barro color topo, la última casa, la de la señora Grosjean, tenía una colmena de madera pintada de blanco. Parecía uno de esos manicomios de paredes de tablones de madera que hay en Nueva Inglaterra, uno en miniatura. A *Stanley* le gustaba todavía más que el gallinero. Sería por el áspero zumbido que hacía la caja de madera, o eso creían. De todos modos, la señora Grosjean sospechaba que *Stanley* quería robar la miel del interior, y cada vez que lo veía sentado delante de la colmena lo ahuyentaba agitando un paño de cocina y dando gritos de alarma. Que se supiera, ni las abejas de la señora Grosjean ni las gallinas de Miranda Kenyon habían puesto objeción alguna a que *Stanley* se sentara por allí, y seguían maniobrando a su alrededor con sus ruidos gallináceos o apícolas habituales. Él parecía contento de

permanecer sentado en su presencia, meditando, sin duda. En los días de lluvia, sin embargo, *Stanley* se contentaba con el enigmático simulacro de vida en colonia que le ofrecía la lavadora de la cocina de Sam y de lord Menudo Desperdicio en cuanto llegaba al ciclo de centrifugado. La única instrucción que había llegado a entender, porque en Hanmouth todo el mundo se la gritaba, era «Vete a casa, *Stanley*».

13

—Cuánto me gustaría que volvieran a su casa —dijo Miranda mirando por la ventana a pesar de que la avalancha de fisgones había ido llegando hasta su casa con cuentagotas y ahora no se veía a nadie—. ¿Cómo está lord Menudo Desperdicio?

—Está bien —repuso Sam.

Y se reunió con Miranda en la ventana.

En una ocasión, Miranda entró en la verdulería justo cuando Sam salía. Los dos viejos horribles de la tienda estaban cambiando de sitio unas manzanas Cox un poco arrugadas y hablando de Sam. Sí, era el comosediga del lord ese, el que trabaja de abogado en la ciudad… era su novio. Vivían detrás del Strand en una de esas antiguas casitas de pescadores; eran dos casitas, vamos, pero las habían unido en una sola, todo madera y cristal por dentro. Menudo desperdicio, le dijo uno de los vejestorios al otro. Como si creyera que, de haber estado soltero, un lord rico y guapo con su despacho de abogado y una casa grandísima —eran dos pegadas— habría sido perfecto para ella o para su espantosa amiga o para alguna de esas hijas suyas que se pasaban el día con la boca abierta. No habían dicho lo mismo de Sam, que solo regentaba una tienda de quesos y que, por lo tanto, no era tan buen partido. O tal vez fuera que, aunque últimamente lord Menudo Desperdicio parecía algo llenito, a Sam solo se lo podía describir como gordo. De cabeza afeitada y carrillos rellenos, conservaba cierto encanto, pero como él mismo decía, ya nadie volvería a considerarlo jamás un jovial ensueño del amor. En la verdulería, Miranda estuvo escuchando esa inverosímil conversación antes de comprar una bolsa cualquiera de esos

tomates españoles que parecían corcho y de pasar por la tienda de Sam. Le contó toda la historia sin perder un minuto. Qué cosa tan rematadamente cómica. Y desde entonces Harry había pasado a ser lord Menudo Desperdicio, aunque eso nunca se lo habían dicho a la cara, naturalmente.

—La verdad es que no podría estar más animado. Un brote de hipocondría nuevo y maravilloso ha entrado en escena. Está disfrutando como un loco de algo que, según él, podría terminar siendo bocio.

—¿Qué es el bocio? —preguntó Miranda.

—Vete tú a saber… —repuso Sam—. Lo he dicho porque suena a chiste, nada más.

—Ciática.

—Forúnculos. Almorranas.

—Lobanillo gigante —dijo Miranda con ternura como si se refiriera al nombre de una mascota.

—Gota —contestó Sam. Lo bueno de Miranda era que nunca había que explicarle las bromas: Sam nunca había conocido a una mujer más rápida que ella para pillar un absurdo bien rebuscado. Sabía cómo captar las reglas—. Y la culebrilla.

—La culebrilla no tiene ninguna gracia cuando te toca a ti —dijo Miranda—. Una anciana tía mía tenía la culebrilla y era horrible. Lo que casi todas estas cosas tienen de divertido es el nombre antiguo, el Baile de San Vito, por ejemplo, que es la corea de Huntington, ¿no? No sé por qué no se inventan un nombre para la culebrilla que no resulte cómico, un nombre anticómico, vamos, así se vería que nos la tomamos más en serio. Es como si los psiquiatras tuvieran que decir que sus pacientes están chiflados, grillados o majaretas, que están mal de la azotea o que les falta un tornillo. Tener la culebrilla suena igual de grave que tener una espinilla, y eso no tiene ninguna gracia.

—Miranda, las espinillas pueden ser *terroríficas* —dijo Sam—. Mucho peores que el bocio de Harry, si es que resulta ser bocio, que lo dudo muchísimo. No creo que pescar ninguna de esas enfermedades sea algo agradable. Algunas tienen un nombre divertido y otras no. Gota. Divertido. Leucemia. No divertido. Los

niños solían pasar las paperas, ¿verdad? Esa sí que es una enfermedad con nombre divertido. ¿Hettie llegó a pasar las paperas?

Miranda se puso a arreglar unas flores que había sobre la mesa de juego de nogal y Sam advirtió que se había aventurado en uno de aquellos esporádicos e impredecibles terrenos de la vida de Miranda en los que ella no estaba dispuesta a mostrarse ni brillante ni divertida.

—No veo por qué tendrías que saberlo —añadió Sam—. ¿Ese de fuera vuelve a ser *Stanley*?

—Mirando las gallinas —contestó Miranda—. Parece que se han habituado bastante a él. Si yo fuera una gallina y tuviera a un perro enorme e inmóvil controlando todos mis movimientos a menos de medio metro de distancia, le daría un picotazo en la nariz. No he visto que les impida poner huevos, aunque eso, que supongo que es lo que él quiere ver, nunca lo hacen cuando lo tienen delante.

—Será como no poder ir al baño cuando alguien está mirando, imagino. La compostura de tus gallinas me despierta una admiración inmensa.

—¿*Stanley* no se sienta a mirarte por las mañanas cuando estás en el retrete? —preguntó Miranda—. Venga ya, te estás poniendo colorado, sí que te mira. Lo sabía. ¿Y eso no hace que se te pasen las ganas de poner un huevo?

—Por favor.

Sam se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos en la ventana. Quería llamar la atención de *Stanley*, que estaba en el jardín vallado al otro lado de la calle. Como todos los bassets, *Stanley* era algo sordo. No reaccionó, toda su atención la tenía puesta en el gallinero. O tal vez sí que oyó: el sonido de nudillos golpeteando una ventana lo seguía a donde fuera, todos los días de su vida. Justo entonces pasaba una mujer.

—Mujer. Ha entrado en la tienda esta tarde. Ya la había visto antes por ahí —dijo Sam—. Se ha llevado doscientos gramos de un queso geitost de Wiltshire y una tabla de quesos de madera de olivo para su nueva cocina.

—No era una turista morbosa, entonces —dijo Miranda.

Justo en ese momento, Billa y Kitty se plantaron en la puerta con sus ejemplares de *Las hermanas Makioka*, ambos bien visibles en las bolsas de rejilla, para la reunión de la noche. Miranda fue al vestíbulo a abrir la puerta. Durante unos instantes, a Sam le llegaron sus gritos de bienvenida en dos dimensiones, desde fuera y desde dentro, como si de un coro de dos mujeres se tratara.

Inexplicablemente, la mujer que había saludado a Sam con la mano entró detrás de Billa y de Kitty. Sam salió al vestíbulo y, con las prisas, estuvo casi a punto de tumbar una mesa japonesa de madera lacada.

—Usted no me conoce —le decía la mujer a Miranda por encima del imperturbable hombro de Billa, verde y acolchado—. Pero yo sé que usted es Miranda Kenyon. Encantada. Vivo en esos pisos, en el de arriba. Con mi marido. Me llamo Catherine Butterworth.

La situación de los presentes era incómoda. A Sam le encantaban esos momentos embarazosos en sociedad, y ese apenas tenía precedentes. Billa y Kitty estaban en la puerta, y hacerlas pasar sin deshacerse de la mujer resultaba imposible. Se habían vuelto y quedado allí, entre Miranda y la nueva amiga de Miranda, la sonrisa fija y formal, sin saludar. La sonrisa de Miranda, por su parte, era vaga y distante. Lo más probable, pensó Sam, era que a Billa no la hubieran saludado jamás con las palabras «Usted no me conoce, pero…».

—Hola, Sam —dijo Catherine Butterworth dedicándole un breve saludo con la mano.

Sam le había dicho antes cómo se llamaba, evidentemente, pero no recordaba haberlo hecho.

—Hola, Catherine. ¿Te gustó el geitost? Un queso muy especial.

—Con un punto de toffee —respondió Catherine—. Muy particular. Nos lo reservamos, un capricho para después de la cena. Te contaré. La semana que viene nos reuniremos unos cuantos en casa; será el próximo sábado, hacia las seis. Nuestro hijo viene a ver la casa nueva y como traerá a su nueva pareja, pensamos que también le gustaría conocer a algunos vecinos. A vosotros. Sería muy agradable. Ahí mismo, en el bloque de pisos. Woodlands. Qué

nombre tan tonto. En el último piso, el número seis. Es el único del ático. Venid.

—El ático del edificio que nos arruina la vista —dijo Miranda cuando, después de despedirse de Catherine con la mano, hizo pasar a Billa y a Kitty a la mesa de las bebidas.

Una copita de jerez para Kitty, igual que pipí en una probeta, y para Billa, un Campari con soda que le caería como un tiro en el estómago pero que, sin embargo, daba un toque típico de comedor de oficiales. Sam conocía los laxantes efectos que el Campari ejercía en los intestinos de Billa, y esperaba con impaciencia que sus estruendosos retortijones acompañaran los últimos estadios del debate sobre *Las hermanas Makioka*.

—Nunca me había topado con nadie que viviera ahí. No los conozco, ni siquiera de vista. Ni me imagino qué debió de pasárseles por la cabeza para levantar semejante monstruosidad entre el Strand y el estuario. Creo que la gente debía de estar muy loca en la década de los sesenta. El edificio desentona tantísimo.

—Hemos ido a la reunión —soltó Kitty de repente.

—Dios, qué envidia —dijo Sam—. ¿Cuáles son las últimas noticias?

—Sí, tenemos que liquidar el asunto antes de que Kenyon llegue a casa —dijo Miranda.

—¿Llega esta noche, Miranda? —preguntó Billa—. Pensaba que…

—Ha impuesto un tabú total a cualquier mención del asunto —dijo Miranda muy precisa—. Diría que durante las setenta y dos horas del fin de semana pasado no hablamos de otra cosa…, la gente que venía a casa a darle vueltas al asunto. Los que llamaban. Hettie —aquí bajó la voz—, que, de hecho, salió de su cuarto y, por una vez, no nos dijo que nos odiara sino que quiso enterarse de todos los detalles. Así que —de vuelta a un volumen normal— al cabo de tres días de Heidi y de Micky y de la Triste China y todos los demás…

—Y Hannah y Archie y, y, y… —añadió Sam contándolos con los dedos.

—Kenyon ya no podía soportarlo y dijo que no quería oír una sola palabra, aunque a la Triste China la encontraran de acampada a la sombra de la mata de grosellas del jardín.

—Harvey —soltó Sam, contento—. Ese es el cuarto. Un niño muy feo. Increíblemente feo. Entiendo que a él no quisieran raptarlo. Jamás habría imaginado que un niño pudiera ser porcino y bovino a la vez. Nunca habría dicho que su cara pudiera llegar a tocar la fibra sensible de los lectores del *Sun* cuando la vieran. Pensaba que la niña era fea, pero cuando ves a los otros, veo que trataron de apañarse con lo mejor que tenían a mano. Pero, con todo, debo admitir que es fascinante.

—Simplemente apasionante —dijo Billa—. No sé por qué Kenyon no puede pasarse el rato hablando del tema desde que se levanta. El asunto ha animado las mañanas de Tom: ahora sabe que en Fore Street siempre habrá alguien que le cuente el último chisme o alguna teoría ingeniosa. La de ayer, la de que los niños eran los encargados de ocultar a China, que nadie sospecharía de sus maquinaciones.

—Y fueron los últimos que la vieron —dijo Kitty—. Muy bueno. Estará en el viejo refugio antiaéreo del jardín trasero, por ejemplo, y le pasarán patatas fritas de contrabando por la verja. Lo que no entiendo es por qué el marido, o el amante, o el compañero, o lo que sea, escogió, de entre todas las coartadas, la de la biblioteca. Cualquier otro lugar habría valido, vamos. Resulta tan extraño que a alguien así se le despierte de repente el interés por los libros.

—Kitty, en las bibliotecas ya no se leen libros —dijo Sam—. Ya los han regalado todos. Ahora solo tienen DVD y ordenadores.

—Y precisamente en la biblioteca, por supuesto, si sacó algo en préstamo, los registros del ordenador demostrarían que había sido él y que había estado en ese lugar a una hora determinada.

—Oh, Billa —dijo Miranda—. Si hubiera estado caminando por el centro de Barnstaple, las cámaras de circuito cerrado mostrarían dónde había estado. Tengo curiosidad por lo que se llevó en préstamo. *Las hermanas Makioka*, no, supongo.

Se entretuvieron un rato haciendo conjeturas sobre qué habría sacado para leer o para ver.

—La oficina de empleo habría sido una opción mejor, digo yo —dijo Sam.

—¿Por qué? —preguntó Kitty. A veces era un poco lenta.

—Si yo fuera esa clase de persona —continuó Sam— haría más o menos lo que él ha hecho. Iría a algún lugar oficial para tener una coartada. A la biblioteca, no, eso sería absurdo. Me buscaría una coartada en algún lugar donde mi presencia fuera predecible. La oficina de empleo, para interesarme por el paro, o algo así.

—Y la madre, ¿qué tal es? —preguntó Miranda.

—Sencillamente terrorífica —dijo Billa—. Se te hiela el corazón con solo mirarla. Allí sentada, tocándose el pelo con los ojos extraviados, absolutamente inexpresiva. Como si estuviera mirando una nube que pasara por el cielo. Tiene un pelo precioso, ¿verdad? Se aburre y nos aburre, diría yo.

—Y con ropa nueva de la cabeza a los pies —añadió Kitty—. Todo con cargo a la cuenta «Salvemos a China», imagino.

—¿Te apetece otra copa, Kitty? —preguntó Miranda.

—Bueno, no te diré que no —dijo Kitty—. No cabía un alfiler; allí no faltaba nadie, una barbaridad. Billa y yo tuvimos que quedarnos de pie al fondo de la sala, y aun así tuvimos suerte. La gente iba calentándose, pidiendo a gritos que rodaran cabezas. Terriblemente estúpido y violento, y John Calvin encargándose de que las cosas fueran como fueron.

—Dicen que anoche hubo una pelea en el The Case Is Altered —dijo Billa—. Tom se encontró con el dueño hoy mismo durante su paseo matutino. Le dijo que en los veinticinco años que hacía que llevaba el pub, no habían visto ni oído nada igual. Gente de ciudad, dijo.

—Los quisquillas, los llamaban esta tarde en la cola de correos.

—Qué palabra tan horrorosa —dijo Miranda— y tremenda, tan de gañán, Sam. Que no vuelva a oírte decir algo tan lleno de prejuicios otra vez.

Sam entendió que con «lleno de prejuicios» lo que Miranda quería decir era, como siempre, «ordinario», y continuó.

—Un agente muy amable entró en la tienda —dijo sin inmutarse— y dijo que esperaban, que esperaban vivamente, poder hacer alguna detención en breve. Fingía que me interrogaba sobre dónde había estado y sobre si recordaba algo que pudiera haber olvidado antes, pero yo sé que, en realidad, lo único que buscaba era cotilleo del

bueno. Y le dije: «Entonces, ¿tienen un sospechoso?», y él me dijo «Hasta dos», y aunque no me guiñó el ojo, exactamente, sí que puso cara de guiñar sin hacerlo de verdad, no sé si me entendéis.

—Estoy segura de que la niña está sana y salva, de vacaciones en un resort o en algún lugar por el estilo —dijo Billa—. Se teñiría el pelo y se largaría un par de semanas para divertirse.

—Por lo que ya no paso —dijo Kitty—, y sé que parecerá trivial, y me da igual que suene un poco esnob…, pero es que esa gente horrible no me importa y esto, en cambio, sí. Por lo que ya no paso es porque ahora el mundo entero crea que Hanmouth no es más que ese horrible barrio de viviendas protegidas y que la gente de Hanmouth somos como esa Heidi y ese Micky tan espantosos. En los periódicos siempre dicen que viven en Hanmouth y, francamente, eso no es cierto. Viven en las viviendas de protección oficial del complejo Ruskin, un lugar al que nunca he ido y al que espero no tener que acercarme jamás.

—Yo he visto a un fotógrafo de prensa en un bote en mitad del estuario, sacando fotos —dijo Sam con entusiasmo—. En el bote de Brian Miller. Hacía fotografías de la iglesia, el Strand y el muelle. El *Sun* las publicará, dirá que son fotografías del pueblo natal de Heidi, te lo prometo.

—Como si esa familia pudiera vivir en un sitio así.

—Aún diré más: como si hubieran maquinado una historia como esa de haber vivido en el Strand —dijo Miranda—. Seré cínica, pero estoy convencida de que cosas como la ética y la sinceridad y el no secuestrar a tus hijos a cambio de publicidad no casan con las privaciones. Son las privaciones materiales las que lo desencadenan todo.

—Tienen lavaplatos, Miranda —dijo Billa—. No son un ejemplo de privaciones materiales. Pero tienes razón. De Hanmouth propiamente dicho nunca ha desaparecido un niño, que se sepa, ¿verdad? No es más que mala educación, ignorancia, vagancia y avaricia.

—Y drogas —añadió Sam—. No te olvides de las drogas. El agente no debería haber dicho nada, pero según insinuó con bastante insistencia, las mujeres habían estado fumando drogas cuando

debían haber estado ocupándose de los niños y la pareja de la madre está fichada por tráfico o algo así.

—Qué historia tan horrorosa —dijo Miranda—. Qué ganas de que todos esos borrachos y camorristas y mirones y pendencieros y periodistas líen los bártulos y se vayan a otra parte.

—Sería capaz de retorcerle el pescuezo a esa condenada —dijo Billa.

Porque Heidi, Micky y sus cuatro hijos, uno de los cuales había desaparecido, presuntamente secuestrado, no despertaban mucha confianza ni simpatía entre los miembros de los clubs de lectura de Hanmouth, precisamente.

14

Esa tarde, Catherine había pasado una media hora agradabilísima en las tiendas de Hanmouth. Había empezado por el bazar oriental. Difícilmente podría llamarse escaparate a lo de esa tienda; lo que ocupaba el ventanal mal iluminado se parecía más a una rotación de género sin ton ni son. Un chal rojo y violeta muy chillón recogido a un lado colgaba de la puerta. Del oscuro interior llegaba el sonido de campanillas y la vaharada de unas varillas de incienso; durante una época, David tuvo verdadera obsesión por esas cosas, era incapaz de enfrentarse a sus deberes de física en el dormitorio de St. Albans sin las unas o las otras.

Y luego, reservándose para lo mejor, en cierto modo, Catherine había ido a la tienda de quesos de Sam. Había visto a Sam por el pueblo paseando al perro por Wolf Walk o leyendo el periódico algún domingo a la hora del almuerzo en la terraza del pub del muelle con quien debía de ser su pareja. Al cabo de dos meses ya lo había identificado como el dueño de esa tiendita tan mona, la del interior de azulejos blancos con las vitrinas empotradas. No era raro verlo en la calle, en el quiosco o en la carnicería, intercambiando largas historias con otros habitantes del lugar. Conocía a todo el mundo, o eso parecía, y Catherine pensó que no podría considerarse una auténtica lugareña hasta que lo hubiera conocido. Esa tarde había estado encantador: le había endilgado el geitost de Wiltshire, un

gorgonzola de una granja que quedaba en la carretera, justo a las afueras de Iddesleigh, y, eso sí que había sido raro, un rulo de queso de cabra con aroma a chocolate. «Lo hacen unas lesbianas en Gales», le había explicado Sam sin que viniera a cuento. Como no andaba muy ocupado, también se había interesado por la bolsa del bazar oriental que llevaba y, a continuación, había pasado a temas más personales, qué hacía en Hanmouth, ¿vivía en el pueblo? Hasta aplaudió y todo cuando Catherine le contestó que estaba reformando la habitación libre. Tal y como estaba ahora le faltaba carácter, lo único que tenía era las paredes que el antiguo dueño, ya fallecido, había pintado de color magnolia. Aunque tal vez ese color magnolia fuera cosa del constructor, barajó Catherine; el antiguo propietario no habría visto necesidad alguna de cambiar eso. «Bueno —había comentado Sam, bastante sensato—, no quiero echar un jarro de agua fría, pero la pintura tiende a amarillear. Quien sabe si ese color no será el blanco del constructor con cuarenta años encima.»

«Es probable, supongo», había dicho Catherine disfrutando de la broma. Quería darle vida a la habitación, amueblarla, darle algo parecido a un poco de personalidad antes de que su hijo viniera de visita por primera vez. Iba a traerse a su pareja, de quien Catherine no sabía nada.

«¿Y te han convencido de que les compraras el Buda? —le había preguntado Sam refiriéndose a las hermanas de la tienda de antigüedades orientales—. Un Buda de oro de unos ciento veinte centímetros. ¿Lo has visto? Hace diez años que lo tienen. Supongo que ya no lo comprará nadie; parece un chiste. Prométeme que no lo has comprado.» Catherine lo tranquilizó. «A los tenderos nos caen encima estos desastres de los que luego no podemos desembarazarnos. Al principio te dejas llevar por el entusiasmo, pero al final terminas viéndolos como viejos amigos, diría yo. No sé qué harían Julia y Lesley sin su Buda.»

Los dos se echaron a reír, naturalmente. Catherine estuvo tentada de mencionar al nuevo novio de David, pero pensó que tal vez con eso estuviera estableciendo un vínculo entre los dos, y eso sería una impertinencia. No sabía cómo se llamaba el novio de David, y

como no había razón alguna para suponer que Sam sabía que ella sabía que *él* tenía novio, la conversación no tardaría en volverse embarazosa. (Anticipar las torpezas era algo que se le daba muy bien, pensaba Catherine.) Al cabo de una hora, llegó a su casa con un queso experimental, una tabla de madera de olivo, un mantequillero de cerámica decorado con pulpos, sepias, peces y unas anémonas submarinas muy sonrientes. Y también con una luna de la tienda de al lado con un marco de fieltro rojo adornado con bordados dorados y pedacitos de espejo.

—Llenando la casa de porquerías —dijo Alec sin malicia al verla entrar, desde detrás de las orejas de su sillón de cuero verde.

Aquella era su reacción habitual cada vez que ella llegaba a casa con algo.

Así que cuando Catherine oyó unos golpecitos en la ventana y, al volverse, vio a Sam haciendo gestos, se los devolvió, claro está. Cuando Sam volvió a golpear la ventana y un perro —el perro de Sam— pasó por su lado brincando, Catherine se dio cuenta de que no había tratado de llamar su atención en absoluto. Catherine conocía al perro de Sam, por supuesto. Su nombre lo había averiguado antes incluso que el de Sam, a quien oía casi todas las mañanas llamando al basset con impaciencia mientras el perro avanzaba pesadamente calle abajo. Descubrir el nombre de Sam, en cambio, sí que había sido un desafío. Y todavía no había logrado enterarse del nombre de esa pareja suya que no estaba nada mal. Los ratos que pasaba escuchándolos con disimulo mientras almorzaban solo se habían saldado con un intercambio bastante tenso de «cariños».

Conocía, sin embargo, el nombre de Miranda Kenyon. Cuando Miranda abrió la puerta a las dos señoras, Catherine se vio impulsada hacia la entrada de la casa. Podría explicar su equivocación, mostrarse simpática y, a la vez, invitarlas a la pequeña reunión que organizaría con Alec la semana siguiente, cuando tuvieran en casa a David y a su pareja. Pensaban invitar a toda la gente que habían conocido desde que habían llegado a Hanmouth. No le salió tan bien como esperaba. Extraordinario, el modo en que, entre desconocidos, cuatro frases podían solidificarse en el aire y

luego caer al suelo. Pero el gesto ya estaba hecho. En un futuro, la incomodidad podía remitir. Conforme avanzaba muy decidida por la pequeña cuesta que formaba Fore Street al llegar al muelle, Catherine pasó por delante de la inmobiliaria, del bistró francés de los manteles blancos y de la tienda benéfica. Se obligó a pensar que esa tarde Sam había estado muy amable con ella, y también muy simpático. La amabilidad y la simpatía no eran lo mismo, pero él había dado muestras de ambas. No había razón alguna para pensar que Alec y ella no iban a hacer amigos en el pueblo.

Aun así, había habido feos que no podía compartir con Alec, hombre muy poco interesado en los detalles insignificantes de la vida social. Al cabo de un mes, mes y medio, ya había adquirido confianza al encontrarse con caras que le resultaban familiares. Había empezado a saludarlas y a recibir, a su vez, sus saludos. Hasta se había aprendido unos cuantos nombres. Las caras con las que se encontraba antes de las nueve, y puede que también las de las diez, que no debían de pertenecer a turistas, se decía, sino a residentes, eran todas merecedoras de un saludo. A veces, como en el caso de la señora que, muy de buena mañana, antes que nadie, sacaba a pasear a su West Highland terrier blanco, Catherine se veía correspondida con entusiasmo. Algunas veces el saludo que le llegaba de vuelta era más vacilante y provisional, mientras que otras se le negaba con grosería. Había un anciano al que veía casi todas las mañanas, alto y carilargo y nervudo, de expresión boba, cómplice y llorosa. Tenía su ruta habitual: cogía el periódico y salía a tomar el aire, igual que Catherine, cuyo recorrido se cruzaba con el del hombre casi todas las mañanas. Al cabo de un mes de verse casi todos los días, Catherine se arriesgó con un saludo, un comentario neutral sobre el tiempo. Era uno de sus favoritos: un día tormentoso de cielo azul, con nubes que galopaban tierra adentro a la velocidad de un caballo de carreras y una primaveral vaharada salada que llegaba con la brisa del lejano canal de Bristol, a quince kilómetros de allí. Las gaviotas abrían sus alas al viento, hendían cuñas diagonales en el aire, cayendo hacia atrás en el aire inundado de sal, y retrocedían hacia la costa. Catherine, caminando sobre la hierba recubierta de sal del cementerio que le servía de atajo, sonrió y le

dirigió un «Qué día tan precioso» a un hombre carilargo que le resultaba familiar. Él la miró directamente, como si fuera una especie de árbol o de animal, y no dijo nada. En algunas novelas decimonónicas que había leído, hacer el vacío a alguien con tanto descaro era un gesto bastante común. Antes de que Alec y ella se mudaran a Hanmouth ya la habían ignorado y pasado por alto, pero nunca había sufrido un desaire tan grosero.

Resultó que era un viejo horrible. Al cabo de un rato, Catherine lo oyó por la calle, mangoneando a voces con la dentadura postiza que se le soltaba y ese acento de Devon tan desabrido y cerrado, escupiendo a todo aquel que le pareciera merecedor de alguna palabra suya. Catherine sabía que su derroche de superioridad y su negativa a demostrarle algo tan simple como la simpatía daban fe de lo desagradable que era, de lo poco que valía la pena hablarle. Pero aun así, le dolió. Eso a Alec no podías explicárselo. Siempre preguntaría por qué demonios te importaba tanto. Y tenía razón.

15

«Un pueblo encantador», había dicho Catherine cinco años atrás mientras se alejaban de Hanmouth en coche. Habían llegado de St. Albans para visitar a la antigua secretaria que Alec tenía en la distribuidora de papel. Alec y Barbara siempre se habían llevado bien en la oficina, pero tanto a él como a Catherine les había sorprendido la invitación a pasar un fin de semana largo con ellos en Devon. Fue estupendo. Barbara y Ted, su marido, vivían en un complejo encalado que daba al puerto. No podría decirse que fuera un pueblo. El puerto era una laguna fangosa muy pintoresca llena de esquifes acostados y viejos barcos de pesca. En el jardín habían colocado un bote de remos con lobelias y geranios. Cuando volvieron a St. Albans convencidos los dos de haberlo pasado de maravilla, a Catherine se le ocurrió que tal vez Barbara y Ted se sintieran algo solos en ese rincón tan agradablemente salobre. Cuando entraron en el pub del puerto solo recibieron un saludo de jovialidad profesional. Habría esperado algo más. Era el único pub de la aldea, y la aldea apenas tenía unas veinte casas.

Con todo, lo habían pasado de maravilla. Barbara les había sugerido que tal vez les gustara acercarse en coche a la otra orilla del estuario, a un pueblo que se llamaba Hanmouth, justo frente a Cockering. «Con mucha historia», había dicho Barbara, algo vaga. Aun desde lejos, con el agua que lo separaba, emanaba un aire de actividad pintoresca. Tenía un frente de casas pintadas de blanco, y en unos acantilados color rojo bistec de unos diez metros de altura, sobre un promontorio orientado hacia Cockering, se levantaba una iglesia de falso estilo normando con un campanario cuadrado en el que ondeaba una bandera. Tenía un aire festivo y marcial. Los jueves por la noche, si nada lo impedía, el clamor de los campaneros con sus toques, repiques y volteos invadía el estuario. Llegaron a Cockering el jueves por la tarde. A las siete, mientras tomaban una copita antes de cenar, Barbara los hizo callar para que oyeran la melodía distante de unos tañidos, las variaciones matemáticas que se desvanecían en un halo de cielo y mar y aves marinas. Por la noche, el pueblo visto desde Cockering parecía Montecarlo, con sus luces apiñadas como uvas relucientes que se reflejaban en la marea alta.

El sábado se acercaron hasta Hanmouth, donde les sorprendió lo deprisa que se les pasó la mañana. Se entretuvieron entre el mercado, las cafeterías y las librerías. En el ayuntamiento, o centro cívico, estaba instalado el mercadillo de los sábados. El Instituto de la Mujer vendía encurtidos y pasteles en un puesto, el más grande y llamativo. Otros puestos vendían baratijas prometedoras, tiestos con plantas y artesanías como velas psicodélicas caseras, portamacetas de macramé o cubrecamas de batik, para las que no se requerían grandes habilidades. Al llegar al embarcadero y los amarres se veían embarcaciones grandes y pequeñas, limpias, brillantes como neveras, elegantes botes de estilo eduardiano con relucientes bitas metálicas que, igual que corsés, los mantenían unidos unos a otros, y achaparrados remolcadores, prácticos y eficientes. Entre ellas, nadando y zambulléndose, adentrándose en la corriente hasta la mitad del estuario, gansos, patos, zancudas con picos como cucharas y fochas siempre en guardia. Los barcos aguardaban

tranquilamente la llegada de sus propietarios. Desde allí era imposible ver o distinguir Cockering.

En el muelle había un cobertizo cuadrado de ladrillo de finales del siglo XIX, donde esperaba el autobús a Barnstaple; el conductor estaba sentado en un peldaño, tenía la puerta abierta y leía una novela de misterio con cierta concentración. Como si fueran tres amigas sin ninguna ocupación que las apremiara, tres gansos lo miraban parados en medio de la plataforma de cemento sopesando las posibilidades de que resultara una fuente de pan. El edificio debió de ser un almacén de la industria pesquera, pero ahora estaba lleno de antigüedades de todo tipo. Había unos pubs antiguos monísimos cuyos nombres —como The Case Is Altered, por ejemplo —[2] tendrían sin duda alguna historia detrás. Banderitas —azules, blancas y rojas— que colgaban de lado a lado formando un etéreo zigzag atravesaban la calle principal. Debía de ser cosa del festival de Hanmouth de 2008, cuyo desfile había presidido la Reina del Festival. Catherine y Alec habían leído información al respecto en algunos escaparates. Alec comentó que el desfile debía de haber sido corto. La calle principal —Fore Street, nombre que en Devon recibía a menudo la calle mayor— no tendría ni quinientos metros.

Había dos restaurantes italianos. Uno, con pretensiones, el otro, con manteles de cuadros y carta de pizzas. Había un bistró francés donde se diría que todo, desde los manteles blancos, a las paredes blancas, la vajilla y la cubertería, iluminaba la sonrisa de Catherine y se la devolvía reflejada en las ventanas. Por lo visto no había ni restaurantes chinos de comida para llevar ni tiendas de kebab. Había una quesería en la que un hombre regordete con un delantal de rayas azules y blancas, muy animado, daba a probar a la clientela queso cortado en porciones finísimas. Y lo mejor de todo: había una carnicería. Resultaba sorprendente el modo en que las carnicerías se habían convertido en un índice de la vitalidad y el espíritu independiente de los pueblos de Inglaterra. Aunque hasta hacía muy poco su presencia en comunidades de cualquier tamaño no era excepcional ni llamaba la atención, se habían convertido en el termómetro que medía la salud de un cuerpo. Hacía ya tres años

que el último carnicero de St. Albans había abandonado su desigual combate con el mostrador de la carne de Tesco. Sin razón de peso alguna, Catherine y Alec se pusieron a hacer cola en la carnicería de Hanmouth y compraron un kilo de salchichas de la casa.

—De pollos de granja estamos en las últimas, ya no llegan hasta el martes —dijo el carnicero al cliente que los precedía.

Y al pensar que la ciudad en la que tenía su hogar no parecía necesitar de carnicero, Catherine sintió un estremecimiento de vergüenza. El pueblo era alegre y animado. De vuelta a casa de Barbara para almorzar sopa, pan con queso Wensleydale y una ensalada, Catherine y Alec coincidieron en que si llegaban a mudarse de St. Albans, Hanmouth sería la clase de lugar donde les gustaría vivir.

Ninguno de los dos habría sabido decir exactamente cuándo tomaron la decisión de cambiar de residencia: la idea se fue consolidando según se consolidaba su compromiso con las inmobiliarias de Hanmouth. Al principio se limitaban a mirar sus escaparates, que, y eso era frustrante, no indicaban los precios de esas casas del segmento superior que tanto les intrigaban. Las casas más espléndidas disponían a menudo de su propio folleto en papel satinado. En el transcurso de una serie de entrevistas, Catherine y Alec no tardaron en pasar a fingir que estaban interesados en comprar una casa y, curiosos como eran, fueron a ver la media docena que nunca habrían podido permitirse, chasqueando la lengua y meneando la cabeza mientras lamentaban la falta de office, de biblioteca o de sala de música.

Les resultó muy violento volver a las mismas inmobiliarias al cabo de un mes y de un par de conversaciones serias para anunciar que sus planes habían cambiado. Tuvieron que urdir una historia: después de pensarlo mucho, habían decidido que no iban a mudarse al pueblo de forma permanente (a una «residencia permanente», se había referido Alec, exagerando). Ahora querían una casa de vacaciones. Inconvenientes inventados dieron paso a otros reales: las casitas de pescadores, las viejas casas de beneficencia y los semiadosados de entreguerras se cayeron del cartel. Demasiado pequeña, demasiado cara, orientada al oeste, demasiado grande, la

peor casa de una zona buena (qué vergüenza), la mejor casa de una zona mala (qué ostentoso). Un jardín que cuidar, un garaje que terminaría lleno de porquerías. No había inconveniente, hasta el más insignificante, que las propiedades de Hanmouth no presentaran.

16

A esos inconvenientes había que añadir los comentarios de David, su hijo. Hasta entonces no lo habían puesto al corriente de sus intenciones. No parecía demasiado convencido. Aunque trabajaba en Londres y tenía que viajar a diario, él seguía viviendo en St. Albans. Tal vez David no fuera el más indicado para aconsejar sobre empresas arriesgadas. Su hijo no era la única persona a la que conocían en St. Albans. Se habían familiarizado con los alrededores y sus servicios. ¿Y si algo iba mal, y si alguien caía enfermo? En casa, en St. Albans, estarían rodeados de voluntarios bien dispuestos. En ese pueblo de Devon del que se habían encariñado, en cambio, nadie se enteraría siquiera si alguno de los dos enfermaba. A nadie se le ocurriría ayudarles. Estaban haciéndose mayores. Convenía pensar en esas cosas.

Era evidente que aquellos ominosos inconvenientes abrumaban a Alec cuando, por séptima vez aquel año, los dos volvieron a recalar en una agencia inmobiliaria de Hanmouth. Una de las tres que había. No era un día que prometiera demasiado en materia de visitas: la lluvia de St. Albans se había ido enfriando paulatinamente a medida que avanzaban hacia el oeste, y ahora el aguanieve caía tan denso que costaba llegar a ver la otra acera de Fore Street. Maria, la descuidada mujer de la agencia, mechones al viento y mesa llena de papeles cual Reina Blanca con empleo fijo, les había adelantado por teléfono que acababa de ponerse en venta una casita muy agradable. ¿Les enviaba los detalles? Maria lo había dicho entre risitas, como solía decirles casi todas las cosas, aunque prácticamente ninguna tenía gracia. Se acercaron en coche a Hanmouth esa misma mañana. Maria se sorprendió al verlos, aunque lo cierto es que Alec le había anunciado por teléfono «Nos dejaremos caer por allí esta tarde». Primero no había manera de que

encontrara las llaves: sabía que no estaban colgadas con las demás, las había dejado en algún lado un momentito —gritito jovial— al llegar, antes de quitarse el abrigo y prepararse una taza de café, porque había pasado a buscarlas de camino al trabajo; para ir de casa a la oficina siempre cogía Apthorpe Avenue, precisamente. De telón de fondo, un concierto para piano de Mozart en Classic FM; mientras ponía la mesa patas arriba buscando las llaves, les ofreció una descripción de la casa: encantadora, de antes de la guerra, con una escultura impresionante en el jardín delantero, cuarenta años con el mismo dueño, que la había tenido muy cuidada.

A Catherine se le despertó la sospecha, que mientras Maria hablaba se convirtió en certeza, de que la casa a la que se refería era, en realidad, una que ya les había enseñado ocho meses atrás; la habían retirado de circulación sin haber encontrado comprador (orientada al oeste, vendedor inflexible en cuestión de precio). Y, evidentemente, habían vuelto a ponerla en venta. Maria se habría olvidado de que ya les había enseñado la casa a Catherine y a Alec, o quizá ni siquiera lo supiera. Cuando la inspiración comenzó a fallarle, Alec empezó a interrumpirla con observaciones generales que no resultaban de mucha ayuda: tal vez David tuviera razón. ¿Querían mudarse a un pueblo donde tendrían que hacer amigos empezando de cero? ¿Y si uno de los dos sufría algún tipo de contratiempo? Y también estaba la cuestión de la seguridad, ¿o no? Ni siquiera se la habían planteado. Ese era un pueblo rico, pero quizá los alrededores no lo serían tanto. ¿Qué sabían ellos de la situación en lo tocante a robos? ¿Sería seguro caminar por la calle de noche? Había muchos pubs, ¿verdad? A Alec le habían dicho que, en los pueblos, las noches del sábado eran tan terribles como en St. Albans.

Maria no parecía estar prestando demasiada atención a Alec, que iba abandonando, terco, sus obligaciones de buscador de casa. Se limitaba a colar alentadoras risitas ahogadas y a pronunciar de vez en cuando un «Por supuesto…», un «Creo que le parecerá…», o un «Esta comunidad nuestra es tan, ah, esto… solidaria…», frase esta última que acompañaba de una carcajada. Dejó de concentrarse en su empeño de encontrar las llaves de Apthorpe Avenue, que,

empezaba a creer, bien podrían estar en su casa, porque no las había cogido al llegar sino anoche, al salir. Miró hacia la ventana: entre el mosaico de anuncios de casas en venta, el oscuro aguanieve de la tarde había cuajado en una oscura figura.

—Vaya —dijo Maria, tajante—, qué oportuno. Ahí está nuestro señor Calvin… No sé si andará con prisa por llegar a algún sitio. Él puede contarles mucho más que yo sobre cómo están las cosas en Hanmouth en ese aspecto.

Maria se levantó de un brinco. Por los aires salió volando un bote con tres lápices. Asomó la cabeza por la puerta dejando entrar una fortísima ráfaga de purísimo aire congelado y, tras un breve intercambio, hizo pasar al hombre. Su abrigo negro y su gorro de astracán negro estaban cubiertos de un manto de nieve y aguanieve. Como el mago que ejecuta un truco, se los quitó con un único gesto ascendente y los colgó del perchero, se desenfundó los guantes marrones de piel de avestruz y los alineó cuidadosamente sobre la catastrófica mesa de Maria. Cuando hubo frotado fugazmente sus lustrosos zapatos contra la parte posterior de la pernera de los pantalones de raya diplomática, primero el derecho y después el izquierdo, nadie habría dicho que hubiera salido a la calle en algún momento. Delgado y tieso, tenía unos rasgos ratoniles elegantes y bien definidos, ojos como cuentas y el pelo blanco y muy liso. Levantó las manos innecesariamente para volver a alisarse el pelo a izquierda y derecha; eran unas manos extraordinariamente grandes y planas, como aletas.

—Este es nuestro señor Calvin —dijo Maria.

La pulcra sonrisa del hombre pasó de Alec a Catherine y de Catherine a Alec sin experimentar cambio alguno. Era una sonrisa como la de los delfines, de esas que vienen ya integradas en los huesos y la cara y que, según Catherine, no significaban gran cosa. Se preguntó qué estaría viendo el hombre: a una mujer con esa expresión angustiada y maternal que tantas veces la habría pillado por sorpresa en algún escaparate, y a su calvo y beligerante marido, ataviado con uno de esos apagados anoraks de color beige con botones de trenca y multitud de bolsillos, que nadie jamás podía haber llegado a comprar con la intención de cautivar, embelesar o

seducir a un tercero. En caso de que uno quisiera un anorak para eso.

—El señor y la señora Butterworth —dijo Maria—. Están buscando una casa en venta en Hanmouth. Ya llevamos un tiempo con el asunto. Cuando íbamos de visita a las primeras casas… —se refirió con un gesto al deprimente invierno que quedaba fuera— teníamos que hacer un alto a medio camino para sentarnos y tomar un helado, del calor que hacía. ¿Te lo puedes…? —la aguda risa con la que salpicaba todas sus frases ascendió la escala entera y luego se interrumpió súbitamente.

—Que pasen ustedes una muy buena mañana. Y vaya si es buena. —dijo el señor Calvin. Y luego, de forma desconcertante, abandonó su cómico remedo de acento irlandés para pasar al inglés común y corriente—. Esto les encantará. Yo llegué de Liverpool hace ya diez años y nunca lo he lamentado. Hoy podría hacer mejor tiempo, lo admito.

Alec se estaba animando: recibía la atención de alguien extrovertido y de sonrisa fácil.

—Esto nos gusta —dijo.

Maria pasó a la ofensiva.

—El señor Butterworth se preguntaba si Hanmouth era seguro —añadió—. Y justo aparece usted, como un enviado para responder todas esas preguntas. ¿Podría dedicarnos un par de minutos? El señor Calvin, esa es la persona que conviene tener de tu lado en Hanmouth. Llegó, nos dio una buena sacudida a todos, se encargó de la patrulla vecinal, que antes era una organización bastante adormilada… —Ji, ji, ji, continuó; no era de extrañar que no tuviera compañeros de trabajo ni, al parecer, los hubiera tenido jamás.

—No creo que pasaran de pegar pegatinas naranjas en las farolas —dijo Calvin—. Lo que resultaba tan útil como una tetera de chocolate, que decimos en Liverpool.

—Nosotros también tenemos una patrulla vecinal —apuntó Catherine—, pero nadie lo diría de no ser por las pegatinas esas. No sé ni quién la dirige ni dónde o cuándo se reúnen.

—Bueno, pues en Hanmouth sí que se diría —respondió Calvin—. Vaya que sí, vaya que sí, vaya que sí. Identificamos a algunos

miembros activos de la comunidad para formar un nuevo comité. Y el primer día realizamos una encuesta para preguntar a la gente del pueblo cuál era su mayor preocupación. Resultó que de todos los pubs el que más problemas causaba era el que queda al final del Strand, y nosotros nos opusimos a que les renovaran la licencia. —Otro acento, esta vez, *cockney*—. «¡Mieeerda! ¡Para ya! ¡Que la que estás mirando es mi chica! ¡Por un tío así ni te molestes, Keith!». —Vuelta a un acento normal—. Y conseguimos que lo cerraran. Ahora es una sala de té. Un gran éxito. Aunque los estudiantes todavía hablen de completar los Doce de Hanmouth, ahora son los Once, en realidad. Hay quien dice que a partir del octavo ya no son capaces de contar, y lleva razón. Y todo eso, en nuestro primer año, el año Uno. Después presionamos a la Policía y exigimos cámaras de seguridad. Un circuito cerrado de televisión. Rara es la zona del centro de Hanmouth que no esté cubierta por un sistema de circuito cerrado. Y eso debe de ser bueno, porque el índice de criminalidad de Hanmouth no podría ser más bajo. Entonces —aquí Calvin adoptó ese acento de los entrevistadores de televisión que quedaba entre el inglés británico y el americano—, ¿cómo se justifica el gasto de esas cámaras de vigilancia, si no se cometen delitos? La respuesta, amigo mío, es: no se cometen delitos porque los delincuentes saben que no pueden cometerlos. Atajamos el crimen antes de que se cometa. *Voilà*. —Calvin se detuvo a reflexionar durante unos instantes y luego añadió—: *Monsieur*. No nos satisface que a algunas zonas de Hanmouth no llegue la cobertura del circuito cerrado. Las cámaras de Fore Street ya tienen cinco años, y la tecnología avanza. Estamos trabajando en la introducción de unas nuevas cámaras con altavoz y sistema de sonido integrados que ya se están probando en Middlesbrough. Que un agente ve a un joven por la calle que no anda en nada bueno, pues le da a un interruptor: «Hola, hola, hola, ¿aquí qué pasa? Está prohibido cometer tal o cual infracción en tal o cual calle». Y Johnny Caco o Leroy del Tirón y sus oscuros amigos de la palanca y el picahielos levantan las rodillas de repente y dicen «Esto apesta, colega», y desfilan dispuestos a robar en algún lugar algo menos vigilado que quede a buena distancia, en un lugar que ni a ustedes ni a mí nos importa gran cosa. La idea es esa. No veo por

qué no podríamos tener las cámaras con altavoces dentro de un año, por estas fechas. Este —suspiro profundo, mirada sincera— es uno de los lugares más seguros del país. Pregúntenselo a cualquiera.

Mientras Calvin transitaba de un acento al otro, Maria, la agente inmobiliaria, que ya sonreía desde un buen principio, fue pasando de la risita ahogada a la risa franca, la risa entre dientes, la risilla, la carcajada, el rugido y la risotada. Cuando finalmente Calvin se puso a imitar a un joven negro acurrucado bajo un altavoz que le ordenaba que fuera a robar a una comunidad menos previsora, ya parecía incapaz de reprimir su deseo de berrear hasta mearse encima.

Pero hacia el final de la tarde ya habían hecho una oferta por un piso que acababan de ver. Grande y moderno, ocupaba todo el ático de un edificio pequeño y cuidado de muy buena factura. Contaba con revestimientos de madera en el vestíbulo, madera de palisandro en la carpintería y las barandillas, y suelos de mármol negro en toda la casa. Era muy elegante. El dueño o dueña anterior había muerto en el apartamento y hacía mucho que se habían llevado sus pertenencias. Las habitaciones vacías, diáfanas y de buen tamaño, estaban limpias. Lo de un piso no se les había ocurrido nunca.

El atractivo de las casitas de pescadores y las casas de beneficencia iba desvaneciéndose. En la práctica, siempre habían terminado poniéndoles pegas incontestables, a cada casa una distinta. El día se había despejado dejando a la vista fango plateado y reluciente, un pantano en cuyas aguas la luz quedaba atrapada y un atronador cielo negro zinc, lívido a golpe de luminosos fogonazos. Enfrente, en la cima de las colinas que quedaban más allá del estuario, la luz del sol bañaba el torreón mientras en lo alto las nubes pasaban y se dispersaban. Los espacios vacíos del piso estaban llenos de una luz acuosa. Arriba, en el cielo, mientras ellos seguían sin moverse, cuatro cisnes los sobrevolaron. Sus alas marcaban el compás regular de un tambor solemne y remoto. Era un ruido que tal vez marcara el desarrollo de una ceremonia exótica que no alcanzaban a entender del todo. Por primera vez en varios meses, Catherine pensó, recordó, que quería vivir en aquel lugar y no en una calle de St. Albans, donde la ventana te ofrece la vista de

una casa de exactamente las mismas dimensiones que la que ocupas. Cómo fuera la gente, tampoco le importaba demasiado.

—Un hombre divertido, ese señor Colvin —dijo Alec en el coche, de camino a casa.

—Calvin, creo que era —dijo Catherine sorprendida y sin querer llevarle la contraria.

—Parece de esos que siempre son el alma de la fiesta. Puede que no nos vaya mal conocerlo cuando nos instalemos aquí.

—No me extrañaría en absoluto.

—Espero que no nos pille la hora punta en la M25 —dijo Alec.

—Eso sí que sería mala suerte.

17

—Vamos —le dijo Catherine a David por teléfono esa misma noche —. Que no tenemos un pie en la tumba, exactamente. Todo irá bien. Ya verás.

18

—No estaba haciendo nada malo —dijo el hombre. Sobre la mesa, material fotográfico y una funda abierta. Un agente de policía tocaba el reverso de la cámara con el dedo tratando de encender la pantalla digital—. Es mi trabajo.

—Es verdad —añadió la chica que parecía un chico; su ayudante según había declarado—. Solo estábamos tratando de sacar alguna fotografía buena. Eso no tiene nada de malo.

—Debemos tomar todas las precauciones —dijo el agente—. No es que fuera un comportamiento normal, ¿verdad?

El campo de deportes estaba dividido en dos: una amplia extensión cubierta de hierba donde los niños mayores corrían y se perseguían y jugaban a deportes de adultos como el softball y fútbol, y el patio para los más pequeños. Provisto de una estructura de colores chillones para que treparan, de varios columpios y de una rueda, era el lugar preferido de los menores de nueve años. El ayuntamiento de Barnstaple había reformado hacía poco el viejo parque infantil, reemplazado el asfalto tritura-rodillas por una

sustancia blanda, instalado unas exóticas atracciones nuevas y cercado el recinto con una valla. En Hanmouth no había demasiados lugares donde los pequeños pudieran divertirse. Ese era uno.

Por la tarde, a la salida del colegio, una madre había dejado a su hijo de siete años en el parque mientras iba a la carnicería a comprar un pollo para la cena. Lo había hecho otras veces y no le parecía que tuviera la menor importancia; había un montón de niños en el parque. De todos modos, ella no creía en la existencia del secuestrador de niños. Cuando volvió, le sorprendió ver a dos adultos a quienes nunca había visto antes: uno, un hombre gordo y calvo, había entrado en el parque y estaba arrodillado con una enorme cámara profesional en la cara. Sacaba fotografías a los niños.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó la madre.

El otro adulto, una figura andrógina, hizo el gesto de cortarse el cuello. El fotógrafo se levantó con viveza y al salir del recinto pasó por el lado de la madre.

—No, no, no —dijo ella—. Usted no va a marcharse así como así.

Los dos siguieron caminando. La madre le gritó al niño que se quedara donde estaba y se puso a seguirlos; sin detenerse, sacó el móvil y marcó un número de tres cifras.

—Verá —dijo el agente en comisaría—, en las presentes circunstancias ese comportamiento no parece demasiado sensato, ¿no cree usted?

—Es mi trabajo —repuso el fotógrafo.

—No tiene por qué ir haciendo fotografías a niños desconocidos, ¿verdad? Yo diría que eso es buscarse un lío. Dadas las circunstancias.

—A mí me dicen qué fotografías quieren que haga y las hago —dijo el fotógrafo.

—No estoy acusándolo de nada —explicó el agente.

—Eso ya está mejor, porque no ha hecho nada malo —dijo la chica.

—Jess… —la advirtió el fotógrafo.

—Pero por seguridad no voy a dejar que salga de aquí andando. Por aquí los ánimos están muy caldeados —explicó el agente—. La

señora que presentó la queja, la que lo vio mientras le sacaba fotografías a su hijo sin que ni ella ni el señor Calvin ni ninguna otra persona le hubiera dado permiso, va y lo ve a usted, a quien no conoce de nada, piense que podría ser cualquiera, con el caso abierto y sin resolver, y el secuestrador campando a sus anchas… ¿Ve por dónde voy? Se lo ha tomado muy a pecho.

—Vaya, lo siento mucho —se disculpó el fotógrafo.

—Eso nos valdrá —dijo el policía, que no se refería a la disculpa del fotógrafo sino a su cámara que, con una melodía de cuatro notas, se había encendido mostrando la última de sus fotografías—. A ver, no voy a confiscarle la cámara. Es su herramienta de trabajo, de eso ya me doy cuenta, y estoy convencido de que ha aprendido una lección muy provechosa. Pero voy a extraer la tarjeta de memoria de la cámara y me la quedaré mientras examinamos su contenido.

—¿No pueden examinarla ahora mismo y devolvérmela?

—Imposible —contestó el agente—. Tenemos que inspeccionarla detenidamente.

19

El coche patrulla detenido ante el centro cívico de Hanmouth se alejó. En la calle, los fotógrafos pegaron sus objetivos a la ventanilla. Algunos eran profesionales que trabajaban para la prensa. Otros usaban pequeñas cámaras digitales de bolsillo y hasta la cámara del móvil. Sentados, Heidi y Micky trataban de permanecer inmóviles. Delante, en el asiento del copiloto, iba el señor Calvin con el maletín marrón de piel rugosa en el regazo. La agente de enlace se sentaba en el asiento trasero, con Heidi y Micky. Su misión consistía en ayudarles y consolarlos. El agente al volante conducía. Escuchaba.

—Gracias a Dios que ya se ha terminado —dijo Heidi. En el acento de esa vocecilla había parte de Londres, parte de América y ni rastro de Devon, y sonaba aburrida, no podía ser de otra manera—. No soporto que se nos queden mirando así. Ya se han hecho su idea y no van a ayudarnos en nada.

—¿Quiénes se la han hecho, Heidi? —preguntó el señor Calvin.

—Esos esnobs —contestó Heidi—. Esos esnobs que viven en el Viejo Hanmouth. A la mitad les corto el pelo y a la otra, bueno, supongo que con lo esnobs que son no irán a cortarse el pelo ni a Hanmouth ni a Barnstaple. Irán a Bristol o a Londres, supongo. Me conocen pero no hay manera de que saluden. Se me quedan mirando como si estuviera en el zoo y ellos hubieran pagado entrada.

—Todo el mundo está muy inquieto y preocupado por China, Heidi —dijo la agente de enlace—. Estoy convencida de que si no estuvieran profundamente angustiados por la desaparición de China no habrían venido a interesarse por las medidas que estamos tomando.

—Mismamente —dijo Micky—. Eso es lo que tienes que pensar, cariño.

—Sí, fijo, segurísimo —le contestó Heidi mientras el coche patrulla aminoraba la marcha antes de llegar al paso a nivel. Una mujer con un pañuelo en la cabeza que andaba muy derecha y sujetaba la correa de un Jack Russell que avanzaba dando saltos echó una mirada furtiva al asiento trasero del coche y desvió la mirada al instante. Alguien acababa de violar las normas de buen gusto—. Les da igual. Solo quieren que su cara salga por la tele.

—¡Eo! ¡Eo! ¡Eo! Mírame, mama. ¡Que salgo en la tele! ¡Soy famoso! —dijo el señor Calvin de vuelta al acento *cockney*—. Cuanta más gente se implique en el asunto, antes encontraremos a China. Sé que algunos no son demasiado amables, que no adoptan la actitud adecuada, pero se implican. Y en cuanto a los que no tienen ningún interés en saber nada… espero que la Policía se pregunte por qué se mantienen tan al margen del asunto.

Sin que nadie lo advirtiera, el conductor notó que la cara se le helaba en una expresión de incredulidad.

—Si la calle de Heidi hubiera contado con un circuito cerrado de televisión, eso nunca habría sucedido. Pero ve a decírselo a la Policía antes de que pase algo así, que te darán calabazas. «Innecesario. Consideramos que la aprobación de dicha solicitud supondría un uso inadecuado de los recursos actualmente disponibles.» Y luego secuestran a una niña y no saben qué hacer.

El tren pasó; las barreras se levantaron y el coche reanudó la marcha. Se hizo el silencio.

—Sabes que los de la BBC irán a tu casa a entrevistarte, ¿verdad? —preguntó Calvin—. Dijeron que pasarían hacia las siete.

—Ya lo sé —contestó Heidi.

—¿Estoy bien así? —preguntó Micky—. ¿Me pongo la camisa nueva?

—Estás bien —le dijo Heidi—. Queda mal que andes cambiándote cada cinco minutos. Esto lo pasarán con las imágenes de la rueda de prensa, supongo.

—Francamente, no creo que eso importe demasiado —apuntó la agente.

—Señor Calvin —dijo Heidi.

—¿Sí, Heidi?

—Me gusta su maletín.

—Gracias.

—Es muy poco visto, el material, digo, ¿verdad?

—Es piel de avestruz, creo.

—Nunca había visto una piel igual. Al principio pensé que era estampado.

—No, la piel de avestruz es así. Te referirás a esta especie de arruguitas, a las marcas. Ahí es donde estaban las plumas.

—Sí. ¿Dónde lo ha comprado?

—En Milán, creo. En esa misma tienda compré unos guantes de piel de avestruz. —Cambio de acento, *cockney* otra vez—. Son una locura, cariño, para morirse.

—Heidi —dijo la agente, que todavía no se había acostumbrado al arsenal de voces y acentos del que el señor Calvin solía echar mano.

—¿De vacaciones? —le preguntó Micky.

—No, estaba de viaje de negocios. No debería haberlo comprado…, demasiado caro. Pero me encanta.

—No sabía que usted fuera un hombre de negocios —dijo Micky—. Pensaba que a lo que se dedicaba era a…

—¿A qué pensabas que se dedicaba, Micky? —preguntó Heidi de mal humor.

—Pensaba que se dedicaba a… —con un gesto envolvente, Micky se refirió por señas al interior del coche, a ese abarrotado escenario de privaciones y calamidades—. Pensaba que se dedicaba a *esto*.

—Heidi —la agente de policía volvió a la carga—, solo quería explicaros a Micky y a ti lo que hemos estado haciendo hoy para localizar a China. Y lo que haremos mañana.

Heidi, resentida, se desplomó sobre Micky.

—Me han contado que han estado preguntando por el padre de Hannah —dijo.

—Marcus. Sí, eso es. Teníamos que hacer averiguaciones en ese sentido.

—Y por los hermanos de Micky también, dijeron que les preguntaron dónde habían estado.

—Dominic y… —la agente consultó sus notas— Vlad, ¿no es eso?

—Vlad no es su hermano —dijo Heidi.

—Eso —añadió Micky.

—Vlad es el novio de su hermana. Avril. Es de Polonia.

—De Ucrania, nos dijo él —corrigió la agente—. Entenderás que tenemos que preguntarles dónde estuvieron a todos aquellos que guarden algún tipo de relación con China, aunque solo sea para descartarlos. Estoy segura de que sabrás cómo explicarlo a las personas que consideren que no las deberíamos investigar. Entiendo perfectamente que después de preocuparse por China y desvivirse por ella, les moleste que parezca que los consideremos sospechosos.

—Esos me importan una mierda —dijo Heidi—. Pero a Marcus no quiero que se le acerquen. Es basura. No quiero que se presente diciendo que está preocupado por China. Lleva años sin dar señales de vida y Ruth también lleva años sin saber nada de él. No sé qué le habrá pasado. No quiero que pase a formar parte de esto.

—Tenemos que explorar todas las posibilidades, ¿entiendes, Heidi? —dijo la agente. Por un instante, Heidi dio la impresión de estar a punto de rebatir a la agente, pero al final se limitó a la cara malhumorada hacia la ventana y a ver los campos pasar—. Y también hemos estado haciendo progresos con el puerta a puerta.

—¿Significa eso que han hallado algún indicio sobre posibles implicados? —preguntó el señor Calvin.

—No. Significa que hemos conseguido cubrir una parte importante de la comunidad y hablar con una proporción importante de personas en las inmediaciones…

—Vaya. Francamente, eso no resulta demasiado…

—Nos hemos concentrado —continuó la agente en su impasible e imperturbable estilo— en los agresores sexuales del condado de los que tenemos noticia.

—Agresores sexuales —dijo Calvin.

—Personas recogidas en el registro de agresores sexuales, sí —asintió la agente.

—¿En nuestra zona? —dijo Heidi—. ¿Quiénes son?

—Ya sabéis que no podemos compartir esa información —respondió la agente—. Ni siquiera con vosotros. No sé si esas pesquisas habrán aportado algún indicio significativo, pero seguimos investigando a tres o cuatro personas de ese grupo que no fueron

capaces de dar explicaciones satisfactorias sobre lo que habían hecho durante esa tarde. Puede que tuvieran sus motivos, perfectamente aceptables, o que estuvieran solos y tranquilos. Como ya he dicho, seguimos realizando interrogatorios puerta a puerta. Se prolongarán dos o tres días más. Se está llevando a cabo una búsqueda en los terrenos de las inmediaciones que ampliaremos a medida que la búsqueda progrese, y —aquí empezó a apresurarse— en el transcurso de los próximos días tendremos que entrevistarnos con ustedes dos, con Ruth y con los niños. Nada siniestro en absoluto, lo que suele suceder es que, al repasar los acontecimientos una segunda o tercera vez, salen a la superficie detallitos que pueden resultar muy útiles para la investigación.

—Ya le he contado todo lo que recordaba —masculló Heidi agarrándose los brazos con las manos—. Más de una vez.

—Perder el tiempo entrevistándola a ella y a mí… —protestó Micky —. Tendrían que estar en la calle encerrando a esos agresores sexuales. Quiero saber quiénes son. Me pasaré por allí y los curaré a palos. Nadie nos había dicho que tenemos agresores sexuales en el barrio. Uno se ha llevado a China.

—Sí, bueno, Micky… —empezó a decir el conductor sin volverse.

—No te preocupes —dijo Calvin—. Hoy en día la Policía lo sabe todo de todos. Con toda la información que tienen, deberían ser capaces de encontrar a China. Ahora todo lo guardan en archivos de ordenador: quién tiene una condena por mirar fotografías obscenas de niños, quién se ha cambiado de nombre, quién no ha pagado la licencia de la televisión, quién compra qué en el supermercado. ¿Para qué crees que sirven las tarjetas cliente? Para vigilarte. Y la Policía puede utilizar esa información. Si alguien ha cometido un delito, la Policía ya tiene su ADN. Si a alguien lo detienen como sospechoso, la Policía toma una muestra. Si yo lograra salirme con la mía, en este país todo el mundo tendría su ADN registrado. Con que en la escena hubiera quedado un pelo, la Policía podría saber inmediatamente quién había cometido el delito. Hoy en día se puede dejar a la Policía a cargo de todo, Heidi.

—La Policía —dijo Heidi—. ¿Qué ha hecho por nosotros?

—Yo estoy tan impaciente como tú —respondió Calvin—, pero a veces estas cosas conviene dejárselas a los profesionales. Ya hemos llegado.

El coche redujo la marcha al doblar la calle de Heidi. Esperándolos como quien espera la visita de un miembro de la familia real, un montón de fotógrafos, equipos de televisión, mirones ociosos y niños pequeños curiosos en bici. Todos se volvieron con expectación y abrieron paso al coche. El señor Calvin, con su fantástico maletín tostado, y la agente se bajaron del coche. La ventana de la casa que daba a la calle dejaba ver a un equipo de la BBC enfrascado en sus preparativos. El breve resplandor de la luz de un foco que venía del interior iluminó la calle. Las dos agentes —la que estaba en la puerta y la del coche— se saludaron con un movimiento de cabeza. La puerta se cerró ante los observadores. Heidi se dispuso a enfrentarse a su primer plano.

—Basta por hoy —dijo la agente mientras se sentaba otra vez en el asiento delantero—. ¿Ahora qué, volvemos a comisaría? Quería pasarme por Marks & Spencers antes de que cerraran.

—Tan fina ella.

—Se me ocurrió que podría darme un capricho con uno de sus pasteles de pescado, por una vez…

—Te llevo de vuelta —dijo el conductor, muy tranquilo—. Tengo mejores cosas que hacer que estar aquí parado. «Me gusta su maletín» —añadió repitiendo las palabras de Heidi.

—Nunca se sabe con lo que va a salirte la gente —dijo la agente en tono de reproche—. En estas circunstancias.

—Nunca se sabe con lo que no va a salirte —repuso el conductor —. O con lo que no debería salirte. Un maletín precioso. Vaya comentario. Creo que debió de pensar que si le decía que le gustaba se lo daría.

—La Triste Heidi —añadió la agente—. Pero el maletín era bonito.

—Me alegro de tener otra cosa que hacer —dijo el conductor—. No habría sido capaz de aguantar mucho más de ese par. Y al comosellame…, ¿por qué lo llevamos en coche de aquí para allá?

—John Calvin —respondió la agente—. Ninguno tiene por qué caerte bien.

—Pues menos mal —dijo el conductor; aminoró la marcha al llegar a la rotonda de complejo Ruskin—. Si yo fuera Micky…

—Ya sé lo que me vas a decir.

—Si yo fuera Micky —continuó el conductor como si tal cosa—, no andaría dando la lata con que la Policía tendría que hacer público el registro de agresores sexuales.

—¿Crees que ella lo sabe?

—¿Lo de Micky? Diría que no. Micky tampoco parece tener el asunto muy claro.

—¿Qué decías que había hecho?

—Exhibicionismo. Dos niñas de doce años. Una cosa muy fea. Y tampoco era la primera vez. De eso hará cuatro años.

—En fin, no tienen por qué caernos bien —dijo la agente.

—Menos mal —respondió el conductor doblando para meterse en el aparcamiento de la comisaría.

20

Kenyon entró y se disculpó enseguida: bajaría a saludarlos como era debido en cuanto estuviera más presentable; Billa y Kitty salieron en su ayuda diciendo lo agotador y abarrotado que siempre estaba el tren de Londres.

—Qué cosa más extraordinaria… —empezó a decir, pero luego cambió de idea y salió disparado escaleras arriba.

Tanto podía bajar como no, todos lo sabían. En las contadas ocasiones en que estaba en casa cuando se celebraba una reunión del club de lectura, Kenyon solía saludar, subir a la otra planta y pasar la noche entera arriba. Justo lo que acababa de hacer. Tras él apareció Caroline: lo había acompañado andando desde la estación, dijo, pero había hecho una parada en casa para dejar la compra de Barnstaple; vaya día había tenido, ¿y qué se sabía de esa gente tan horrible de Fore Street?

La siguiente en llegar a casa de Miranda fue Sukie, la colega americana de Miranda. La universidad tenía un programa de intercambio anual. Unos años atrás, una pequeña facultad de humanidades de Kansas había provisto de fondos a un profesor de

literatura para que pudiera estudiar la correspondencia de Bryher, que ahora se conservaba en el sótano de la antigua biblioteca de la Universidad de Barnstaple. Nadie había examinado antes el legado de la poeta lesbiana. Si el profesor de Kansas se había propuesto hacerlo no era porque tuviera gran interés en Bryher, sino porque, por lo visto, se trataba de un archivo virgen a una distancia descomunal de Kansas que contaba con alguien que se moría por inyectarle fondos.

En la práctica, el archivo resultó demasiado reducido para justificar un programa de la escala prevista por la facultad de Kansas y el profesor se aburría. El reducido cuerpo de profesores terminó acostumbrándose a invitarlo a comer y a cenar, y tras un par de insinuaciones, lo incluyó en el plan docente. (Eso sucedía en 1973, cuando las cosas podían hacerse sin burocracia de por medio.) Al cabo de unos meses, el profesor y el especialista en Chaucer del departamento —aunque podía haber sido cualquiera— tenían una aventura. Una cosa llevó a la otra, y el profesor visitante volvió a Kansas con noticias aciagas: los archivos de Bryher eran más sustanciosos y, potencialmente, mucho más importantes de lo que nadie había supuesto. Transmitió la imagen de un sótano lleno de polvo e iluminado por fluorescentes parpadeantes, donde pilas de papeles grises se perdían en la lejanía. Un auténtico golpe de suerte para una facultad pequeña y discreta como la de Quincunx, Kansas, que se felicitó de haber podido estrechar lazos con una institución tan antigua y distinguida como la Universidad de Barnstaple. Los quincunxianos, gente leída y curiosa, se preciaban de su relación: para ellos, un vínculo con un lugar que no distaba demasiado de la cuna del hombre que había interrumpido a Coleridge mientras escribía el *Kubla Khan* era tan bueno como cualquier otro. Esa Bryher, quienquiera que fuera, daba puntos extras.

Por pequeña y discreta que fuera Quincunx, sin embargo, estaba muy bien provista. En dos años, su programa de intercambio ya iba viento en popa. A los ingleses les resultaba útil para que los miembros más jóvenes y más filoyankis de la facultad se ventilaran un poco durante un año. A los americanos les gustaba ir a Inglaterra para empaparse del teatro y del paisaje, decían. No se referían al

grupo de teatro amateur de Hanmouth ni al abyecto club de teatro universitario, que sudaba la gota gorda con *La fiebre del heno* o *Edipo tirano*. Y tampoco se referían, evidentemente, a la estatua del Cagoncete de Hanmouth ni a la iglesia románica y a sus doce placas neoclásicas de mármol decoradas con altorrelieves de desconsoladas ninfas entre juncos y otros motivos por el estilo, placas todas ellas en memoria de tratantes de esclavos del período de la Regencia. Se referían al West End y a una de las chicas de *Friends* que salía en *John Gabriel Borkman* y a esas instalaciones de la Tate Modern sobre el Holocausto y demás, siempre tan deprimentes, cosas, todas ellas, que también podrían haber visto en Kansas.

No había habido jamás profesor americano alguno que no hubiera pasado el año entero sin comportarse como si Devon estuviera a las afueras de Londres. La oferta teatral más próxima o alguno de esos esbozos de Corot que salpican, omnipresentes, el continente Norteamericano quedaban a tres horas de Quincunx, y para poder divisar a lo lejos a una soprano entonando una sola nota en alemán en un teatro de ópera, ese viaje de tres horas había que hacerlo en avión. Así que dos horas en tren como mucho para ver a Simon Russell Beale en *El jardín de los cerezos* se antojaba, más que un salto, un pequeño brinco cualitativo.

El trepidante adulterio fundacional había seguido su curso, aunque el experto en Chaucer ya no era un joven con aire de niño abandonado y una mata de pelo negro recogido hacia atrás que caía sobre una piel aceitunada y deliciosamente lamible, sino un vejestorio sin pareja con bolsas en los ojos, calva incipiente y coleta canosa —combinación estética fruto de un consejo desafortunado—, que solía mirarse al espejo y dedicarle a su reflejo unas silenciosas palabras que no debía olvidar: «deliciosamente lamible». Tanto el libro sobre el *Parlamento de las aves* como la tan esperada reunión con el cipotudo esteta de Kansas tendrían que esperar a su jubilación, el año siguiente al siguiente del siguiente. Desde entonces, todos los quincunxianos que venían de visita se instalaban en Hanmouth. La inmobiliaria reservaba a las familias americanas una villa eduardiana de tres habitaciones que solía gustarles. Desde su llegada al pueblo, Miranda también reservaba una plaza en su

club de lectura para la visita de América. La de hoy había escrito veintitrés artículos y un libro sobre Sylvia Plath, y era alcohólica en proceso de rehabilitación. En su primera salida había rechazado el ofrecimiento de una copa y, sin pararse a coger aire, había preguntado si alguien tenía el número de Alcohólicos Anónimos de Barnstaple. Mantener el contacto era importante, dijo mientras bebía alegremente un agua con gas.

—Espero que no os importe —dijo Sukie mientras entraba por la puerta.

Se refería a la figura que lo acompañaba, su hijo mayor.

—Por supuesto que no —respondió Miranda.

Pensó que al chico, Michael se llamaba, ¿verdad?, podría haberlo dejado solo. Tenía dieciséis años, medía metro noventa y estaba en plena, madura y maloliente pubertad. ¿Qué problema tendría? Como si fuera un pirómano que no pudiera quedarse al cuidado de una casa vacía con una caja de cerillas en un cajón lleno de notas sobre… Rosetti, ¿no era eso?

—¿Querrá sentarse con nosotros…? No, por supuesto que no vas a querer, Michael. Voy a decirle a mi hija Hettie que baje.

Mientras dejaba que lo guiaran por el pasillo, algo en los modales de Michael hacía pensar que ya conocía a Hettie. Al caminar se encorvaba, se arqueaba como si quisiera retroceder. Sukie entró en el salón con aplomo, saludando a los demás.

—Y este es Michael. Pasa, Michael.

Desde arriba llegaron murmullos de insistencia y queja como respuesta. Todos levantaron la vista durante unos instantes hacia donde el entarimado crujía. Antes de que las voces se convirtieran en palabras concretas y probablemente incómodas, todos se pusieron a hablar a la vez.

—¿Qué te parece…?

—¿Vas al mismo colegio que…?

—Seguro que Miranda querría que…

—¡Vaya! Qué maravilla que…

Michael seguía parado en la entrada sin querer seguir internándose en la casa. El marco de la puerta le rozaba la sien. La

boca ligeramente abierta exponía a la vista sus perfectos dientes americanos.

—No veo por qué… —gritó la voz que llegaba de arriba, y la última palabra se convirtió en un aullido.

Breve ráfaga de Miranda. Sus palabras no se oían con claridad, pero el tono autoritario puso el punto final a la discusión.

—¡Y aquí tenemos a Hettie! —dijo Miranda desde lo alto de las escaleras.

Detrás de ella, Hettie soltó una especie de gallo quejumbroso. Hettie tenía trece años y era una chica de constitución fuerte. Su cara parecía distribuirse alrededor de una nariz cuya envergadura descomunal era cosa bastante reciente. El pelo enredado le caía por la cara. Bajó hasta el pie de las escaleras sujetándose el codo derecho con la mano izquierda y comprimiendo el pecho, que formaba un único cuerpo. Con la otra mano se tiraba del pelo. Esa tarde había llevado a cabo un experimento con sombra de ojos verde y pintalabios, que había dispuesto en el centro de sus mejillas.

—Hola, Hettie —dijo Sam.

Con el tiempo que Hettie pasaba en la tienda pidiéndole que le diera a probar taquitos de queso, ya podía saludarla. Los otros siguieron su ejemplo con más o menos entusiasmo. Ella masculló una respuesta.

—¿Ya te han presentado a Michael? —preguntó Sam.

—¿Por qué no subes? —dijo Miranda—. Enséñale tus cosas. Podéis ver la tele en el cuarto, si queréis.

Durante unos instantes, no estuvo claro que Michael o Hettie fueran a seguir la indicación. Todos contuvieron la respiración. Era como si, sin más razón que las ganas de mangonear, un oficial del Ejército hubiera dado una orden a un grupo de nativos díscolos y potencialmente violentos. Pero en esta ocasión los nativos obedecieron. Hettie dio media vuelta casi sin mirar a Michael, que la siguió.

—No sé por… me han hecho… aquí abajo —murmuró Hettie.

—Gracias a Dios —dijo Miranda casi antes de que en el piso de arriba la puerta se cerrara con una firmeza tal vez excesiva—.

Pensaba que tendríamos un año más de paz antes de que todo empezara. La culpa es de la pubertad.

—Empieza muchísimo antes que en nuestra época —añadió Kitty.

—A mí no me llegó hasta los quince —dijo Billa—. Y estoy segura de que a vosotras tampoco. No era de esas cosas que una fuera a esperar mucho antes. Pero ahora…

—Dicen que algunas niñas de nueve y diez años ya empiezan.

—No quiero ni pensarlo —dijo Billa—. Me gustaría preguntar en qué estarán pensando sus padres, pero supongo que ahí sí que no hay nada que hacer.

—Bueno, a mí me parece bonito ver cómo una niña madura y se convierte en una mujercita —dijo Sukie horrorizada mientras aceptaba un vaso de lima con soda—. Esos dolores del crecimiento… Ay, Dios, estoy convencida de que todas los pasamos y al cabo de los años llegamos a tomárnoslos a broma. Sé que mi madre…

—En fin, esto sonará fatal, pero me gustaría tanto poder despacharlos en cuanto cumplieran los trece y recuperarlos a los veinte para que te contaran todas esas anécdotas tan divertidas —apuntó Miranda—. Ya sé que no es el sentimiento más maternal del mundo.

—Sé que mi madre… —continuó Sukie.

—Existen unas cosas que se llaman internados —sugirió Sam.

—No podría hacer algo así —dijo Miranda—. Mandarla lejos de casa, sin más, eso no podríamos hacerlo nunca.

—Bueno —añadió Sam levantándose para servirse otra copa—, supongo que todos podríamos hacer una contribución. ¿Te sirvo más, Billa?

Miranda se había referido a algo muy distinto.

—¿Michael ha comido, o le subo unos sándwiches? —preguntó.

—Ya ha comido, pero de todos modos unos sándwiches serán muy bien recibidos, seguro. Recuerdo que cuando tenía su edad… eso era cuando bebía, claro está… mi madre… —continuó Sukie.

—Muy bien, se los subiré —dijo Miranda.

Se levantó y entró en la cocina dejando que Sukie contara la historia de sus noches de juventud con la botella de vodka.

El antiguo propietario de la casa la había ampliado en todas direcciones. Tras la fachada, junto a la sala de estar habían añadido tres habitaciones, y a la entrada a mano derecha se abría un comedor que no solían usar demasiado. La cocina, en la parte de atrás, era una ampliación muy extensa, vidrio y acero en una estructura de vidrio y acero, cuya iluminación recordaba a la de las lucecitas de la costa de noche. Ni Miranda ni Kenyon ni, por supuesto, Hettie, eran muy de pasar el rato en el jardín, y haber perdido la mitad del suyo a favor de esa maravillosa cocina no parecía preocuparles. En verano, en un par o tres de ocasiones, Miranda se ponía un sombrero de ala ancha muy flexible que reservaba específicamente para ese propósito y salía a sentarse en una de las cuatro tumbonas con un gintonic y un ejemplar de alguna novela de Virginia Woolf. Ahí se quedaba hasta que sonaba el timbre de la puerta, y en tal postura se la podía ver. Por lo que a aire libre respectaba, Miranda prefería pasear por las calles de Hanmouth y se refería el estuario y sus aves. Si te quedabas sentada en el jardín no ibas a disfrutar de encuentros casuales con amigos y conocidos. En el piso de arriba había tres dormitorios y un estudio con un futón; los antiguos dueños habían reformado la buhardilla, que ahora era un espacio indefinido. Y por poco que tu altura rebasara la de Kenyon, solo podías mantenerte erguido en la parte central.

Cuando Miranda hubo subido los sándwiches y una botella grande de una bebida gaseosa radioactiva —«Ya lo sé… Ya he desistido de tratar de ofrecerles algo sano y, de todos modos, no iban a beber concentrado de naranja de una jarra»—, llenó las copas y sacó sus bandejas ovaladas con rollitos hojaldrados rellenos de crema de Marmite, bruschetta, verduras, salsas, tartaletas de pescado y huevos a la escocesa que había comprado. A regañadientes, dejaron el tema de la Triste China, al que habían vuelto casi sin querer.

—Bien —dijo Billa—. *Las hermanas Makioka*. —El acento de la última palabra recayó en una sílaba inusual, y cuando Miranda dio inicio a la discusión, se aseguró de hacer hincapié en la «o».

Al cabo de media hora, Kenyon, limpio, peinado y hambriento, bajó a buscar algo para su cena solitaria en la mesa de la cocina. Se detuvo ante la puerta entreabierta y pensó en entrar a contarles lo

del asesinato que creía haber visto en la estación de Paddington y hasta en preguntarles si podía encender la televisión para ver si en las noticias decían algo. Oyó que su mujer decía «Bueno, cuando Kenyon y yo estuvimos en Japón hace dos años…». Hablaba con seguridad. Había cogido el ritmo. Kenyon se acordó de la radio de la cocina y de las noticias de las nueve.

21

Cuando Kenyon y Miranda estuvieron en Japón dos años atrás, su primera visita fue a Kioto. Tenían sus razones. A propuesta de Miranda, conocerían las partes históricas de Japón antes de ver algo contemporáneo. «Irían en orden», había dicho ella. No habían consultado guías turísticas sino estudios históricos sobre la época y libros de historia del arte, de análisis arquitectónico y de historia de la jardinería, muchos de los cuales Miranda cargó de la biblioteca de la universidad a su casa en cuanto tuvieron los billetes de avión comprados. También investigó en internet, preguntó a viajeros que habían estado en Kioto qué alojamientos recomendaban, qué lugares debían visitar o qué les gustaría comer, todo sin perder de vista los orígenes y el nivel cultural del recomendador en cuestión. Al final, Miranda le pidió a uno de sus estudiantes de posgrado que reuniera toda la información que había recabado por medios tan complejos en dos carpetas, una verde para Kenyon y una roja para ella. A Kenyon le entregó la suya en la terminal de salidas del aeropuerto de Heathwrow en cuanto hubieron dejado el coche en el aparcamiento de larga estancia. Las guías turísticas no eran dignas de Miranda; si alguna vez llegaba a coger alguna, se cuidaría bien de consultarla solamente en su habitación de hotel y de trasvasar los datos relevantes a las páginas posteriores de un pequeño diario encuadernado en una piel tan suave como la de las zapatillas de ensayo de una bailarina. Sería físicamente incapaz de caminar por las calles de una ciudad histórica con una guía en la mano.

No se llevaron a Hettie con ellos. En realidad, podría decirse que el viaje a Japón había sido una especie de celebración, una especie de luna de miel para festejar el momento en que Hettie, a los once,

pudo irse de vacaciones sin sus padres. El colegio había organizado una excursión de una semana a Dartmoor y unos amables colegas de Miranda que trabajaban en la biblioteca se habían ofrecido a quedarse con Hettie durante toda la semana siguiente. Tenían una hija de su misma edad, Mabel, que también iba de excursión a los páramos. Hettie se opuso a esa idea tanto como se habría opuesto a cualquier otra. Kenyon se preguntaba si las dos niñas se llevarían bien; tentativas anteriores de que fueran conociéndose habían resultado bastante infructuosas. Ya las habían mandado juntas al piso de arriba, del que habían bajado sin haber trabado amistad. Con todo, Kenyon había reflexionado sobre sus fallidas vacaciones en familia de los últimos diez años, caracterizadas por los morros de alguna de las partes. Sobre la negativa de Hettie, el verano anterior, a admitir que el barroco siciliano era tan teatral y ameno como buena parte de las autoridades en la materia consideraban; o sobre dos veranos atrás, cuando Miranda, ante la suerte a la que había decidido someterse —pasar cinco días en Disneyland París—, hizo de tripas corazón para después entregarse a una perorata llena de comentarios satíricos. Al final, resultó que había disfrutado de las vacaciones más que Hettie. Miranda se las había ingeniado para mantener su monólogo sobre el imperialismo semiótico y cultural de un extremo a otro de Main Street. Algo debió de disfrutar ironizando sobre el tema. Hettie solo había querido ir a Disneyland París porque sus compañeras de clase habían ido, y no les prestó demasiada atención a esos animales exageradamente grandes que le tocaban la cara con sus dedos gordos y afelpados. Kenyon se acordó de esas dos vacaciones fallidas y tuvo la impresión de que las vacaciones en familia nunca habían funcionado, de que la independencia vacacional de Hettie tal vez mereciera una celebración. Pero después se preguntó adónde le gustaría viajar.

(Esa tarde del barroco siciliano, la discusión había enviado a las dos mujeres de su vida en direcciones opuestas: a Hettie, de vuelta al hotel, y a Miranda, de paseo con su carpeta-guía. Él estaba en la escalinata de un edificio, un palacio o una catedral o un museo o algo. Sobre él, el friable acantilado de caliza amarilla que se rizaba elevándose y floreciendo en ramilletes de piedra y alados niños

voladores; a su alrededor, la plaza de mármol relucía al sol de la tarde como si estuviera cubierta por un dedo de agua inmóvil. No había nadie más. Estaban a treinta y dos grados, a más, tal vez. Kenyon, con sus pantalones cortos de inglés y sus sandalias de inglés, estaba sentado al sol rodeado de tesoros del barroco siciliano. Echó un buen trago de la botella de agua fría que acababa de comprar y cerró los ojos al calor y al silencio. Transcurrieron unos minutos eternos antes de que volviera a pensar en algo: en su país, en el dinero, en el trabajo, en los presupuestos. Era muy probable que esos minutos eternos fueran el lugar al que quería viajar.)

—Ya sé que ayer no lo pasaste demasiado bien —le dijo Miranda en Kioto después de que dejaran atrás el hotel y sus esteras de juncos y sus paredes correderas de papel y esas zapatillas que no dejaban de ofrecerles. Ya habían dado cuenta del espinoso desayuno de su tercera mañana: miso, arenque frito frío, encurtidos, arroz y un cenagoso plato de tofu verde que iba desintegrándose en agua salada fría.

—Yo no diría eso —respondió Kenyon.

—Bueno, hay unas cuantas cosas que me gustaría ver, y si decidiéramos reunirnos en el *ryokan* a las cuatro podría liquidarlas mucho más deprisa.

Kenyon no se opuso a ese discurso preparado. A esas alturas de sus vacaciones, Miranda siempre solía salirle con algo así. En realidad, había disfrutado de la víspera. Los patios de grava vacíos con una o dos piedras que en esa parte del mundo pasaban por jardines le habían gustado. Había disfrutado contemplando una franja de musgo sobre una enorme roca y le había gustado el crujir de los suelos de los templos: balanceándose hacia delante y hacia atrás había logrado que uno hasta cantara y todo. Que los cuatro templos que habían visitado no se distinguieran gran cosa unos de otros —las únicas variaciones consistían en sus dimensiones y en el número de visitantes— le había resultado agradablemente relajante. Todo era bonito, no hacían falta las explicaciones que Miranda le ofrecía de vez en cuando sobre la meditación zen, las representaciones de la Gran Tortuga que nadaba en el Vacío ni nada por el estilo.

Miranda entró en el taxi y, sonriendo alegremente, se despidió de Kenyon con la mano. Él, rebelde, metió la carpeta con las explicaciones en la bolsa que llevaba al hombro y echó a andar. No tardó demasiado en llegar a una calle comercial muy animada, sin interés histórico alguno, llena de almacenes y tiendas de electrónica. Ya la habían atravesado en taxi unas doce veces, y la zona no había suscitado comentario alguno. Kenyon se detuvo en una esquina esperando a que cambiara el semáforo. Cuando cambió, se quedó donde estaba disfrutando de la cualidad extranjera de los pitidos y del movimiento. A Kenyon le gustaba mirar a la gente bien vestida, y esa era una multitud uniformemente bien vestida. Se diría que todos se hubieran vestido según su edad y condición, sin ir más allá al cuestionarse la base de su guardarropa.

Observó al gentío cruzar la calle comercial varias veces. Al cabo de diez minutos entró en unos grandes almacenes y empezó a deambular fijándose en objetos absolutamente ordinarios: sartenes, platos, perchas. Cuando encontraba algo que creía que no había en su país —abanicos de hombre, kimonos, bandejas de dulces de pasta de soja, gelatina rosa y castaña—, reanudaba la marcha, implacable.

Más tarde llegó a un barrio de la ciudad donde los árboles colgaban sobre un límpido río que discurría junto a la carretera y unos hombres con ceñidos atuendos deportivos, sentados al lado de *rickshaws,* esperaban a los turistas. Sus zapatos eran calcetines de goma y tenían una hendedura entre el dedo gordo y el resto de los dedos del pie, como si la necesitaran para agarrar algo. Kenyon siguió andando hasta que se vio en una calle de casas de fachada de madera de dos plantas en miniatura. Un lugar pintoresco donde, sin embargo, no había más turistas. El día anterior los había habido por todas partes, sacando fotografías a cualquier cosa.

No pasó mucho rato antes de que a Kenyon le entrara el hambre. Había tratado de terminarse el desayuno, pero había fracasado. Decidió que cuando fueran las doce entraría en un restaurante y pediría algo de comer. No sabía a qué hora se comía allí, pero seguro que se mostrarían indulgentes con un turista inglés, y en Inglaterra había quien almorzaba a las doce. Dieron las doce y entró en un

restaurante. Por una puerta de bambú se veía un jardincito, metro veinte por unos tres metros y medio, con un puente minúsculo, un estanque con una carpa, un artilugio de bambú por el que corría el agua, y unos arreglos de musgo. No tenían la carta de precios en la entrada y, de repente, Kenyon se preguntó si aquello sería un restaurante. A fin de cuentas, él había oído anécdotas absurdas sobre los turistas que abrían la verja de algún jardín privado de Hanmouth, se sentaban a la mesa del jardín y pedían té con pastas. Kenyon pasó de largo.

Más adelante había una pequeña sucesión de restaurantes, y en el escaparate de cada uno de ellos, tres estantes con reproducciones en plástico de la comida que brillaban resplandecientes, falsas e incomibles; nadie podía querer comer algo con ese aspecto. Según una de las reglas de Kenyon, los restaurantes que exhibían la comida en el escaparate, ya fuera cruda, cocida o artificial, estaban dirigidos a personas que no sabían leer. Y él no quería comer con personas que no supieran leer. Siguió adelante. Y al cabo de unos pocos minutos se percató de que, al fin y al cabo, allí él tampoco sabía leer. Él era el objetivo de los platos de plástico.

A medida que avanzaba, se encontraba con un restaurante detrás de otro: una alegre barra de sushi llena de clientes ruidosos que, al parecer, se conocían todos; un lúgubre restaurante de comida rápida de estilo americano; una puerta de entrada corredera de madera que ocultaba una simplicidad ambigua, indicio inequívoco de un menú de quince platos y veinte mil yenes. Nada le satisfacía, no podría entrar solo a ninguno de aquellos lugares. Su hambre aumentaba. Pensó en Miranda, que después de haber visitado los tres templos y los dos jardines famosos que quería tachar de su lista, estaría a punto de dar cuenta de una buena comida a un precio razonable en algún restaurante que le habrían recomendado. Vio a una camarera ataviada con un kimono que le entregaba la carta y se retiraba caminando hacia atrás en medio de inclinaciones; olió el perfume agradable y agrio de la estera de junco del impoluto restaurante donde Miranda se sentaba sola y, agradecida, se llevaba un cuenco de miso a la boca. Sudando, Kenyon se sentó al borde del

agua y sacó la carpeta verde. No había nada sobre restaurantes y era Miranda quien tenía la guía.

—¿Qué tal el día? —le preguntó Miranda cuando se encontraron en el hotel.

—Muy agradable —contestó Kenyon.

Al final había vuelto a los grandes almacenes y se había comprado una docena de esos pastelitos de castaña y boniato; estaba tan hambriento que, sin preocuparse por lo que nadie de ese país que tan a gala llevaba el decoro pudiera pensar, empezó a embucharse el primero en las escaleras mecánicas de subida.

—Realmente agradabilísima. Una ciudad interesante, ¿verdad? Fui dejándome llevar y también entré en un templo, pero me parece que no sabría decirte en cuál. No había ni un solo rótulo en inglés ni nada. Dentro celebraban una especie de ceremonia, unos tambores rituales, diría, me limité a quedarme sentado dejando que me transportaran.

La historia, una mezcla de experiencias semejantes que había vivido en días anteriores, dejó a Miranda satisfecha. Luego ella le contó a él qué había visto.

—He pensado que esta noche podríamos ir al teatro kabuki —dijo al final. Kenyon asintió: en ocasiones como esa se alegraba de que Miranda estuviera con él para que se le ocurrieran ideas sobre qué hacer y adónde ir y qué comer—. Podríamos cenar temprano.

Kenyon la miró de reojo: se preguntó si Miranda sabría algo de lo suyo.

22

En ocasiones la discusión fluía plácidamente sobre la superficie del libro escogido. En otras, tras un intervalo razonable —diez o quince minutos— se desviaba hacia el afluente de una conversación común y corriente, alejada de lo que Sam denominaba «el tema establecido». Al cabo de un par de horas hablando de las vacaciones, de las tropelías del gobierno, de un supermercado que había tratado de abrir un centro en los prados de Hanmouth o de

cualquier otra cuestión del día, alguien terminaba señalando «Y el libro casi ni lo hemos tocado…». La charla estaba garantizada.

Aquel día, la conversación sobre Heidi y el supuesto secuestro había seguido su curso rápidamente. Cada uno había hecho su aportación y había disfrutado lo suyo. Pero cuando agotaron el tema se hizo el silencio. A todos les resultaba penosamente evidente que ya habían compartido esas mismas opiniones con esa misma gente; las habían compartido varias veces y aún no había pasado nada que hubiera conseguido cambiarlas, animarlas o hacer que valiera la pena repetirlas.

El debate sobre *Las hermanas Makioka* había tardado en despegar. Tanto Kitty como Caroline se esforzaron por dejar bien claro que habían leído el libro, fueron muy explícitas en ese punto. Pero no lograban retener lo nombres ni la trama ni las situaciones, o eso parecía.

—Lo he leído—insistía Kitty.

Miranda sacó su temidísimo accesorio, uno al que solo recurría en auténticas emergencias: un documento con un cuestionario y una serie de temas para la puesta en común que había encontrado en internet y que luego había sazonado con cultísimas observaciones epigramáticas de su cosecha. Finalmente —no había conocido jamás una velada tan aburrida, y no tendría empacho alguno en decírselo a cualquiera del grupo pasados un par de días— Miranda salió al vestíbulo, impaciente, y sacó a Kenyon de la cocina a gritos. Había decidido que ya no iba a ofrecerle al grupo más comida ni bebida. Kenyon andaba ocupado con un sándwich frío de ternera y un cuenquito de encurtidos al curry.

—Querido —dijo Miranda—, ¿cómo…? A ver, ¿cómo se llamaba ese templo en Kioto?

—En Kioto había bastantes templos, Miranda —respondió Kenyon mirándola por encima de la montura de las gafas.

—Sabes muy bien a cuál me refiero —insistió Miranda—. Tenía una especie de jardín de grava con quince piedras, pero miraras desde el ángulo que miraras solo se veían catorce. Ya sabes a cuál me refiero.

—Sí. Creo que lo recuerdo. Sé que lo recuerdo, quiero decir.

A esas alturas ya estaban todos muertos de curiosidad. Los intercambios conyugales entre Kenyon y Miranda eran algo que Hanmouth entero disfrutaba y esperaba con ganas.

—¿Qué le pasaba a ese templo? —preguntó Kenyon.

—¿Cómo se llamaba?

—Kenzo-ji. No, no puede ser. Kenzo es el hombre ese de los perfumes. Senso-ji.

—Ese está en Tokio.

—Bueno, pues era algo así. ¿Por qué quieres saber cómo se llamaba?

—Kitty pensaba… —terció Billa, y al cabo de cinco minutos ya estaban todos enfrascados en una conversación banal.

Al grupo le parecía asombroso que con lo aburrida que era la conversación de Kenyon y lo brillante que resultaba la de Miranda, los intercambios a los que cada uno daba lugar no guardaran esa misma proporción de aburrimiento y brillantez. Sobre las frases más chispeantes de Miranda solía planear el silencio cual paño negro sobre el que se exhibe el diamante. Kenyon, por su parte, cuya charla no era especialmente fascinante ni divertida, ejercía sobre la concurrencia el efecto de la levadura en la masa.

Como si quisiera demostrarlo, Kenyon contaba entonces la anécdota sobre sir Oliver Franks, el *Washington Post* y la caja de fruta confitada.

—«Bueno», dijo el americano, «qué gracioso. Me encantaría ver ese número del *Washington Post*. Eso debió de ser en la época de Katherine Graham.»

Ante aquello, ninguno de los presentes en la sala tuvo nada que decir. Billa inclinó con pesar la copa sobre la nariz hasta que casi quedó boca abajo. Un hilillo rosáceo de lo que había sido Campari con soda inició el descenso. Kitty, al alimón, se chupó el dedo y recorrió con él la fuente decorada con frutas y una serpiente, una Palissy de imitación, que Miranda usaba para sus canapés. Se lamió todas las migas del dedo, lo pasó bajo la cabeza de cerámica de un sapo y volvió a chupárselo. Con un débil ruido sordo, Billa dejó la copa sobre la alfombra.

—¡Caramba! —dijo—. Menos mal que estaba vacía.

—Bueno, me temo que me voy a ir yendo —dijo la americana.

Y como si hubiera dado una orden, en la puerta apareció su hijo, ruborizado y precedido por la hija adolescente de Miranda y Kenyon. Algo había pasado en el piso de arriba: tal vez algún experimento con máscara de pestañas hubiera vuelto las del chico más negras, pero el brillo de Hettie no tenía nada de artificial. Llevaba el pelo recogido en una mano y lo masticaba mientras, con una sonrisa enorme, clavaba la mirada en el chico americano.

—Bueno, espero que os hayáis divertido —dijo la madre, dando con estas palabras la entrada a su hijo.

—Gracias por recibirme, señora Kenyon —añadió el chico.

Hettie no hizo comentario alguno; se limitó a asentir con la cabeza, incapaz, por lo visto, de apartar la mirada. ¿Se había enamorado antes de un modo tan fulminante? Nadie lo diría, y nadie quería seguir observando aquella pasión. Habían subido al piso de arriba como cemento gris, llenos de grumos, y habían bajado como cristal reluciente, transparente y pulido.

—Te acompaño a casa —se ofreció Hettie sacándose de la boca los mechones chupeteados.

—No digas tonterías —dijo la americana—. Ya me tiene a mí para que lo acompañe, o está aquí para acompañarme, una de dos.

—Hettie, querida —dejó caer Kenyon con crueldad—, qué encantadora puedes ser a veces.

23

Las calles de Hanmouth se alejaban de las cuatro avenidas señoriales serpenteando en un curso impredecible. En los senderos irregulares, curvos e incompletos, y en las callecitas que discurrían entre las arterias principales podía verse de todo, construcciones de lo más variopinto. Había antiguas casas de beneficencia dispuestas alrededor de un jardín del tamaño de un pañuelo y casas georgianas cuadradas con gatos en la ventana; había villas eduardianas que se dirían sacadas de un cuadro de Stanley Spencer y en cuyos miradores de ménsula redonda seguramente había una fantasmal aspidistra cubriendo el espacio. Había un par de semiadosados estilo

art decó de tejado plano y ventanas de hierro que, como un transatlántico, describían curvas perfectas: el constructor los había imaginado al sol, pero estaban a la sombra, surcados de vetas y propensos a las goteras cuando llovía. Los constructores y arquitectos habían levantado sus casas sin tener en cuenta el estilo de las casas vecinas. Ahora, y de eso hacía pocos años, cuando sus moradores se decidían a ampliarlas con una galería acristalada o un módulo en el tejado, se encontraban con que les preguntaban si aquello encajaría con el aspecto del pueblo.

A medio camino de Powell's Lane había una casita construida en la década de 1890, reformada en los años treinta y ampliada después de la guerra. La casa, ocupada originalmente por un próspero tendero, la había alquilado después una pareja de lesbianas de temperamento artístico. Su destino, como el de tantos otros artistas que en los años cincuenta habían sentido la llamada de St. Ives, era Cornualles, pero nunca pasaron de Hanmouth, donde terminaron instalándose. Una escribía novelas y libros de viaje y la otra era ceramista. Un buen día la escritora conoció un inesperado favor popular, pero para aquel entonces su carrera ya se encontraba muy avanzada y descartó mudarse a otro lugar más glamuroso. Su libro sobre un viaje en tren de Londres a Siria, que en 1973 podía encontrarse bajo muchos árboles de Navidad tanto de Hanmouth como de otros muchos lugares, había terminado costeando un elegante estudio con una claraboya y un nuevo horno eléctrico para Betty al fondo del jardín.

Sobre la claraboya descansaban enredaderas de hiedra y glicinias; el cristal no se limpiaba desde que Sylvie les había comprado la casa a las dos mujeres cuando se retiraron a Alepo. De eso haría al menos diez años.

La luz se filtraba a través de una capa de hojas de manzano marrones caídas durante el otoño pasado y el anterior. Sylvie retiraba las hojas del césped y del parterre; los mantenía lo bastante cuidados para evitar los comentarios de los vecinos. Pero sacar la escalera para limpiar la claraboya del estudio era más de lo que estaba dispuesta a hacer. Y, además, la luz beige le gustaba.

En ese preciso momento estaba sentada con una taza de té y la emisora de Radio 4 sintonizada. En el estudio había una tetera viejísima, que llenaba con agua del fregadero, y dos tazas: no era para invitados —no le gustaba tener a invitados rondando por ahí—, sino porque tener una taza llena y otra en el escurreplatos era más cómodo. En una se leía «La mejor tía del mundo»; la otra era un tesoro que había descubierto en una tienda de baratijas, un recuerdo del pueblo de Lydd de antes de la guerra. *La hora de la mujer* seguía su curso con un reportaje sobre las clases de cocina a las que asistían las chicas de un barrio conflictivo de una ciudad del interior de Estados Unidos. La gravedad de esa voz fue desplegándose sobre el telón de fondo de los ruidos de la cocina. Sylvie apenas si prestaba atención. Asía la taza con fuerza y contemplaba meditabunda la inmensa mesa de cocina, dispuesta en el centro exacto del estudio. Sobre la mesa había cinco carpetas llenas de recortes, imágenes del tamaño de un sello de correos, todas con el mismo motivo, que Sylvie iba coleccionando a salto de mata. Los arrancaba de revistas para cuya adquisición —quince números iguales— había tenido que desplazarse cientos de kilómetros. Sylvie causaba tanto revuelo en las tiendas donde entraba, que ya no podía volver a comprar en ellas, nunca más. Los recortes estaban organizados según un principio concebido por ella misma. Había llegado la hora de ponerse manos a la Obra: su galerista la llamaría ese mismo día para interesarse por el asunto.

Alguien empujó la puerta del estudio, que se atascó; otro empujón.

—Me estaba preguntando qué te apetecería comer —dijo Tony.

Tenía cuarenta y cuatro años; era esbelto, de barba y cabello blancos, vestía vaqueros y una camisa de cuadros de cuando era joven.

—Cualquier cosa. Tostadas con queso fundido.

«En el centro cívico Betty Shabazz —decía la radio—, Honore y LaWonda dan los últimos toques a su *tarte aux framboises*. Esta es una clase de pastelería en la que ya llevan…»

—Seguro que se nos ocurre algo mejor —dijo Tony—. Esta mañana iba a acercarme a los puestos de los granjeros.

—No te tomes tantas molestias —respondió Sylvie.

Tony, que también trabajaba en el nuevo Instituto de Barnstaple —no daba clases de arte, como Sylvie, sino de alemán— llevaba dos meses viviendo con ella, desde que su mujer lo había echado de casa. Tony le caía bien y le había ofrecido una de sus dos habitaciones libres «durante todo el tiempo que hiciera falta». La separación temporal, nombre con el que Tony la había bautizado en un principio, parecía estar convirtiéndose en separación definitiva. Sylvie no conocía a Christa, la mujer de Tony, aunque durante los dos últimos meses se había enterado de muchísimas cosas. La pareja se había conocido en Leipzig justo después de la unificación alemana; «bailando sobre el muro, prácticamente», le había dicho Tony. Por lo visto, había sido amor a primera vista y se casaron de inmediato. Dieciocho años después, Tony se preguntaba si el principal atractivo de entonces, a ojos de su mujer, no habría sido el de ofrecerle los medios para poder escapar de Leipzig y de su futura, larga y lenta reconstrucción. Ahora no podía ni imaginar, decía, lo que una chica de la edad de Christa podía estar haciendo con un vejestorio que le llevaba ocho años. Llegados a ese punto, Tony siempre hacía una breve pausa para que Sylvie pudiera observar que cuando se conocieron él tenía veintitantos, veintimuchos, pero que era un veinteañero al fin y al cabo. Por lo visto, la diferencia de edad entre Tony y Christa siempre había sido el puntal de su relación; tal vez todo se debiera a que si empezabas una relación con una chica de diecisiete, la diferencia de edad no dejaba de pesar nunca.

Pero esa era una observación que Sylvie nunca había hecho. Se preguntaba durante cuánto tiempo se quedaría Tony. No es que su presencia le incomodara: era ordenado, tranquilo y no daba problemas. Sylvie creía que no tardaría en dejar de ofrecerse para las tareas del hogar, de preguntar qué le apetecería para comer, de comprarle regalitos para la cocina —carencias en las que no había podido evitar fijarse—, de guardar un batidor en el segundo cajón de la cocina para que Sylvie lo encontrara allí. Lo único que Sylvie quería era que dejara de entrar en su estudio.

—Anoche pasé por el centro cívico —dijo Tony.

—Algo pasaba, ya lo vi —respondió Sylvie.

—¿Conoces a esa niña? ¿La que han secuestrado?

—No, no podría decir que la conozco. ¿De eso iba? Todos parecen muy preocupados.

—Qué ironía. Me vine aquí confiando en disfrutar de paz y tranquilidad, de escapar de todo, y resulta que la historia termina persiguiéndome.

—No creo que la historia te persiga, Tony —dijo Sylvie—. No creo que tenga nada que ver contigo.

En cuanto vio la cara de Tony, Sylvie se arrepintió de su comentario. Tony era bastante agradable, al fin y al cabo. Pero era incapaz de evitar esos comentarios crueles: él vivía con ella. Era una cuestión territorial.

Tony se agachó y recogió uno de sus recortes

—Se te ha caído uno —dijo—. ¿Dónde lo dejo?

—Oh, en cualquier sitio —contestó Sylvie mientras observaba cómo lo depositaba con cuidado sobre la mesa, consciente, eso era evidente, de que constituía la materia prima de su obra de arte.

No pudo evitarlo; nadie podía. Tony le echó una mirada fugaz al pequeño cuadradito de papel rasgado y apartó la vista enseguida. Observar el modo en que la gente miraba una imagen del objeto que Sylvie había escogido y que coleccionaba, aun siendo tan pequeña como aquella, resultaba interesante. Esa mañana Tony ya había cumplido su función: después de todo, le había recordado a Sylvie que su objeto artístico era interesante y llamativo.

—Me marcho —dijo Tony enderezándose sin mirarla a la cara—. Que trabajes bien.

—Y tú también —respondió Sylvie.

Observó cómo cerraba la puerta a sus espaldas y luego, para desencajarla, le daba un tirón desde fuera.

Entonces Sylvie se levantó, dejó la taza sobre la mesa y cogió el recorte que Tony había encontrado en el suelo. Lo examinó; era la fotografía de un pene en erección sin contexto alguno. Al cabo de un rato dejó el recorte en la carpeta naranja, junto con otros novecientos cuarenta y seis del mismo tema. Había llegado el momento de dejar de coleccionar fotografías de penes en erección y de empezar el trabajo propiamente dicho. Tony no había sido capaz

de mirar un pene aislado. Sylvie se preguntó, aunque sin demasiado interés, qué aspecto tendría su pene erecto. Cuando los cientos de recortes estuvieran montados y encolados en las bolas de espejo de discoteca que descansaban bajo la mesa, llamaría a su pieza «Pene erecto», pensó. Eso sería sorprendente.

«Empezamos enseñándoles a hacer pasta quebrada —dijo la radio —. Y al cabo de una semana o dos están listas para su primera *tarte Tatin*.»

24

Tony cerró la verja del jardín al salir y durante unos instantes fue incapaz de decidir si doblar a la izquierda o a la derecha. Hacia la derecha llegaría a la vía del tren, a los prados que quedaban más allá de los confines del pueblo y al nuevo centro construido para alojar los puestos de los granjeros, donde le había dicho a Sylvie que iría. Hacia la izquierda quedaba la calle principal de Hanmouth. Era más barata y hacía que se sintiera más del lugar: los ricos de Barnstaple y alrededores iban en coche a los puestos de los granjeros y volvían a casa con sus verduras caras y sus quesos artesanos. Dobló a la izquierda.

Ofrecerle la habitación libre había sido todo un detalle. Sylvie llevaba dos años dando clase en el instituto. Cuando corrió la voz de que habían reclutado a una artista propiamente dicha, Tony tuvo sus dudas: aquello parecía una medida de cara a la galería de Ahmed Khalil, el dinámico director ejecutivo que acababa de incorporarse. Había distribuido un artículo sobre la obra de Sylvie publicado en una revista de arte contemporáneo; la describía en unos términos que Tony fue incapaz de descifrar. Se dispuso a no dejarse impresionar. Pero cuando Sylvie llegó, resultó menuda, pulcra y de aire modesto, y al cabo de unas semanas quedó demostrado que tenía mano con los estudiantes. Se los oía mencionar su nombre por los pasillos y hablar de los ejercicios que les mandaba. También resultó que vivía en Hanmouth. Casi todos los profesores habían imaginado una figura más metropolitana —eso lo había dicho Jean Stevenson, la directora del Departamento de Medios Audiovisuales—

a la que «habrían sacado a rastras de alguna casa ocupada de Hoxton». Eso jugaba a su favor.

Aun sin Sylvie, el Departamento de Arte estaba en auge, eso era evidente. Por la materia se inclinaba un número de chicos muy grande que no dejaba de crecer. Del departamento de Tony no podía decirse lo mismo. Cuando Tony iba al colegio, alemán era una asignatura como otra cualquiera; Alemania les había parecido, a él y al resto de sus compañeros, un país de Europa al que uno podría perfectamente ir. En todo caso, con la guerra fría y el Muro se antojaba más fascinante que otras materias sobre Europa. En 1987, cuando Tony organizó el viaje de fin de curso al Berlín dividido, cruzaron al otro lado; fue algo que los ahora treintañeros jamás olvidarían. Desde entonces se habían producido algunos cambios; la más insignificante de las ondas provocadas por el magno acontecimiento, la caída del Muro, había alcanzado un aula del suroeste de Inglaterra. El número de estudiantes de alemán disminuía a un ritmo constante, año tras año. No se trataba solamente de que los chicos ya no quisieran estudiar idiomas: los alumnos de alemán se habían reducido a cifras de un solo dígito. Un buen día del año anterior, Tony había descubierto que, excepto uno, los estudiantes que habían escogido el alemán para los exámenes finales de bachillerato tenían algún tipo de vínculo familiar con el país. Justo cuando iba a ponerles un examen sorpresa sobre declinaciones, se detuvo y les pidió que le dijeran con franqueza lo que los otros chicos de su año, los que no estudiaban alemán, pensaban de su asignatura. Se encontró con una respuesta abochornada: a nadie le parecía lo suficientemente guay como para tomarse tantas molestias. ¿Es por las declinaciones, por ejemplo? Sí, por las declinaciones. Y Alemania: la música, la comida, la gente, el fútbol. Siguió una hora entera de menosprecio teñido de humillación. Tony no lo entendía; y en cualquier caso, el nivel de exigencia al que se sometía a los estudiantes había ido relajándose con los años. Tampoco es que las declinaciones hubieran llegado alguna vez a ser algo guay.

No volvió nunca a hacerle esa pregunta a otro grupo de estudiantes, pero a partir de aquel momento tuvo la impresión de

que sus días estaban contados. No dejaban de llegarle noticias sorprendentes, horripilantes, de departamentos de alemán que cerraban por falta de demanda. Un día, hacia el final del trimestre de verano, Ahmed Khalil lo convocó a su despacho. «Será una charla informal —le había dicho—. Una discusión sobre estrategias a largo plazo.» Tony sabía de qué se trataba el asunto. Y fue informal, en efecto: Ahmed Khalil se levantó de la mesa y se sentó en un sillón después de pedirle a Tony que se sentara en otro a la vera de una mesita de centro sobre la que la sonriente secretaria no tardó en dejar unas tazas de café. No se trataba de un despido, entonces. (¿Se podía despedir a alguien porque la lengua que impartía había dejado de ser guay?)

Tony se vio ante la pregunta de si le interesaría enseñar otros idiomas, español, por ejemplo. No, no hablaba español, aunque a Ahmed Khalil le dijo que estaba convencido de que podría «ponerse las pilas» bastante rápido, lo que a su manera, suponía Tony, era cierto.

Un extremo de la calle de Sylvie iba a morir en una bifurcación. Al otro lado de la calle estaba la verja blanca que atravesaba la vía del tren. Tony miró a derecha e izquierda muy concienzudamente antes de cruzar. Del otro lado de la vía, el sendero que conducía a los prados y a un mercado en el que tenían sus puestos los granjeros de la zona estaba oscuro y poco despejado. De haber estado en Barnstaple o en una ciudad más grande, uno lo pensaría dos veces antes de recorrerlo sin compañía. Cuando vio a tres figuras a unos veinte metros de distancia, bajo la especie de tejadillo que formaba la hiedra, una leve punzada puso a Tony sobre aviso. Pero eran niños, y uno, bastante pequeño. Siguió avanzando hacia ellos. El de en medio lo miró. Era una niña; emitió un sonido inarticulado. Se llevó los brazos al pecho, sin vacilar, y echó a correr en sentido contrario seguida por los dos niños. Al final del callejón había un coche parado. El conductor alargó el brazo para abrir la puerta del copiloto y la niña subió. El coche dio marcha atrás y luego se alejó rápidamente dejando a los dos niños atrás. Cuando Tony llegó a la carretera principal no vio ni rastro de ninguno.

Como todo Hanmouth, Tony había seguido la historia de la niña desaparecida. Esa —la que se había subido al coche de buen grado — se parecía a la otra. ¿Estaría aquello sucediéndole a él? ¿Sería él el único que había visto a la niña? Se detuvo y trató de serenarse. Ese día la chiquilla iba con unos pantalones blancos no muy limpios y deportivas rosa; no, no eran deportivas, eran zapatos de goma perforados, esos que decían que eran tan cómodos. Y una sudadera gris con capucha. Trató de recordar qué llevaban los otros dos críos; no se le había quedado grabado, aunque su aspecto era bien definido: la mayor parecía algo desgarbada, al borde de la adolescencia, y sus movimientos eran bastante torpes. Tony se acordó de la niña subiéndose al coche a la carrera; era más pequeña que la otra y corría como si nunca se hubiera parado a pensar en el aspecto que tenía al correr. El coche, plateado. Eso no sería de mucha ayuda, hoy en día todos los coches eran plateados, pero era un coche pequeñito, un Fiat, tal vez. No había alcanzado a ver el número de matrícula. Pero había visto al conductor, seguro. De unos treinta; mestizo, pelo crespo, bigote a lo Zapata, ¿o lo habría engañado la luz?

Volvió a casa. Al cabo de veinte minutos había dos agentes de policía sentados a la mesa de cocina de Sylvie con un cuaderno; anotaban los detalles; a cincuenta kilómetros a la redonda, sus colegas peinaban las carreteras buscando un coche plateado, un Fiat, tal vez.

25

—A ver qué te parece, Heidi —dijo la agente de policía—. Tener a los niños en casa todo el rato solo complicará las cosas. Me llevaré a Hannah y a Harvey a dar una vuelta en el coche patrulla.

—Hannah y Harvey están bien —dijo Ruth.

Entre la agente de policía y la familia de Heidi persistía una hostilidad implícita. Dado que la agente no dejaba de soltarle insinuaciones como aquella, ya hacía dos días que Heidi había empezado a enfrentarse a las indirectas con comentarios del tipo

«Ya sé que cree que soy una mala madre, ¿a que sí?». Pero la agente no lo creía, o eso le decía a Heidi.

En el cuarto de estar de la casa hacía calor y había mucho humo. Se había convertido en un espacio público por el que agentes, trabajadores sociales, funcionarios especializados en el apoyo a las víctimas, portavoces, el señor Calvin y otra media docena de personas entraban y salían cuando les daba la gana. Ante la puerta de la calle se apostaban varios agentes, como en el 10 de Downing Street, decía Ruth. Se encargaban, sobre todo, de mantener alejados a los periodistas y de impedir a los fotógrafos que se acercaran a la ventana a pegar el objetivo, pero había una docena de personas autorizadas que podían pasar sin llamar a la puerta.

Para el visitante ocasional, el piso de arriba era sacrosanto, inaccesible; ya lo habían registrado a fondo tres veces. La planta baja era una zona abierta, bulliciosa como una tiendecita de barrio; la gente entraba y salía con archivos, cuadernos, bolsas de la compra, té, galletas, papel higiénico, comida para llevar. Las ventanas permanecían firmemente cerradas, y en el interior se respiraba una atmósfera dulzona y pútrida. Heidi tenía el pelo grasiento y sin vida, y bolsas bajo unos ojos angustiados. Dos semanas atrás, Heidi y Micky formaban una pareja extraña. Ahora ella ya se parecía a él y hasta llevaba una de sus viejas camisetas con la marca de un diseñador italiano. Las camisetas de su campaña, en las que podía leerse «Salvemos a China», estaban apoyadas sobre el respaldo de una butaca de cuero negro; se las pondrían cuando tuvieran que enfrentarse a los medios.

—Sé que están bien —dijo la agente—. Lo están llevando muy bien, dentro de lo que cabe. Les iría bien tomarse un respiro, poder montarse en el asiento trasero de un coche patrulla es todo un premio. ¿Os gustaría, verdad, niños? —Apretó los dientes; tratar con los niños no era su fuerte.

Hannah y Harvey se miraron, cada uno desde un extremo del sofá. Hannah era una chica impasible, se parecía más a Micky que a su madre, aunque aquello era imposible; Harvey era el típico niño con carita de mono cuya cascada de rizos castaños ocultaba cierto potencial para la maldad. Llevaban días sin dirigir la palabra a los

agentes, y cuando llegó el momento de la entrevista con el especialista en menores, su relato reveló una amnesia brutal. No consiguieron sacarles nada. Alguna que otra vez, cuando los niños estaban solos en el piso de arriba, un estallido de violencia inmensa, de objetos que volaban y de voces que se levantaban amenazantes o sollozaban desoladas, les daba a entender a las numerosas visitas que, como un león y un hipopótamo en recintos separados pero contiguos, tal vez allí hubiera algo más que la muda tolerancia de la planta baja.

—No sé. Nos gustaría quedarnos en casa con mamá, por si acaso —dijo Hannah.

Terminó la frase con ese leve deje interrogativo de las series americanas, como si se hubiera transformado en una niña de California.

—A mamá no le pasará nada —respondió la agente corrigiendo la entonación de Hannah, fruto, sin duda, de los mil DVD poco adecuados para su edad que le habrían hecho de niñera—. Vamos. Saldremos por la puerta de atrás.

El pequeño Archie dormía en su capazo; lo habían dejado detrás del televisor de treinta pulgadas, donde el zumbido parecía calmarlo y nadie podía pisarlo.

—Lo que pasa, Heidi —dijo el colega de la agente—, es que puede que tengamos algunas novedades de las que nos gustaría hablar contigo. Y con Ruth, si quieres que vayamos a la cocina.

La agente cogió a Harvey de la mano y siguió a Hannah, a quien había hecho pasar a la cocina. Salieron al jardín por la puerta trasera, que no tenía la llave echada. Entre los jardines de este conjunto había un sendero; cuando llegaran a la carretera de Exeter habría un coche patrulla esperándolos. Harían todo lo que estuviera en su mano para que esa salida se pareciera a lo que les habían prometido a los chicos: un premio para Harvey y Hannah. Tal vez les dejaran activar la sirena y todo si con eso conseguían que les explicaran quién era la persona con quien los habían visto hablando en una esquina poco transitada del Viejo Hanmouth. Que confirmaran su identidad, más bien. Pero la agente no había terminado de hacer girar la bisagra oxidada de la puerta cuando

Ruth gritó desde la cocina. La puerta estaba abierta y es posible que lo que gritara lo oyeran hasta los periodistas apiñados al otro lado de la casa; sin duda le aclararía la situación a Heidi, que estaba en el cuarto de estar.

—¡Puto Marcus! —gritaba Ruth, furiosa e incapaz de contenerse.

Los niños se miraron. Hannah le envió un mensaje a Harvey: «A callar».

—Y aquí está —dijo la agente. Por algún milagro, el coche patrulla estaba esperándolos donde debía y ni los periodistas ni los mirones espontáneos le habían concedido la menor importancia—. ¿Ves? En realidad es como un coche normal y corriente con algunas modificaciones.

—¿Lo has pintado tú? —preguntó Hannah—. ¿O le has dicho a los que lo fabrican que lo pinten ellos?

—¿Las rayas de la policía? Pues me parece que las pintamos nosotros. Este es mi amigo Bob. Es conductor. Hola, Bob.

El agente Green amagó un saludo con la mano; era un capullo gruñón con pocos números para crear la atmósfera acogedora que necesitaban en el coche, pero no había nada que hacer.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Harvey a su hermana o hermanastra.

—Que quieren llevarnos a dar una vuelta y todo —dijo Hannah—. Tú entra y calla.

—Qué emocionante, ¿no? —dijo la agente volviéndose y dirigiéndoles una sonrisa a los niños—. Abrochaos los cinturones, chicos. A veces a Bob le gusta conducir deprisa. Y si está persiguiendo a gente que ha hecho algo malo, tiene permiso.

—Vale —contestó Hannah.

—Si queréis podemos poner la sirena un ratito.

—¿Por qué?

—Bueno, sería divertido, ¿no?

Lo niños se quedaron callados con la mandíbula apretada. Cuando el coche dejó atrás el final de la calle mantuvieron la vista al frente. Ni siquiera miraron a la masa humana que bloqueaba la carretera —enredando con sus equipos, hablando por el móvil, sentados en tapias y jugando con sus consolas portátiles—, ni a los transeúntes

que pasaban por ahí, más alejados del epicentro, pasando calor y comiendo un helado de espaldas al coche mientras esperaban ver alguna novedad.

—No has vuelto al colegio, ¿verdad, Hannah? —le preguntó la agente.

—Mamá no quiere que vayamos —dijo Hannah—. Nos dijo que quiere que nos quedemos con ella.

—Ya lo sé —dijo la agente—. Entonces, os habéis quedado en casa, ¿verdad? Muy bien.

—Sí —añadió el pequeño Harvey. Hablaba con una voz lenta y chirriante tan desconcertantemente profunda como inexpresivos eran sus ojos—. Nos hemos quedado en casa.

—¿Os habéis quedado en casa todo el rato? —preguntó la agente —. ¿Y no os parece aburrido?

—Queremos estar con mamá —contestó Hannah—. En un momento como este, lo mejor es que estemos con ella.

Se aferraban a un guion. La agente tuvo que recordar que ellos no tenían nada que ver con el asunto, que no estaban implicados, que solo eran niños y no eran malvados. Los que seguían un guion al pie de la letra eran sus favoritos: al final nunca servía de nada. Se acordó del hombre al que el mes anterior habían detenido por alteración del orden público delante de un pub de esa zona; había visto demasiadas series de policías y pasaron una hora entera sin conseguir que abandonara su guion de dos palabras: «Sin comentarios».

—Mira —dijo Harvey—. Un conejo. Cuatro conejos.

Tenía razón: en el margen de la autovía, justo antes de llegar al puente que cruzaba el estuario, retozaban cuatro conejos. Estuvieron unos instantes mirando en direcciones distintas; entonces algo los asustó, la visión fugaz de un cernícalo, y salieron todos disparados hacia el seto mientras el coche patrulla pasaba a toda velocidad a su lado.

—Con los conejos no hay manera —dijo Bob—. Ya puedes matarlos, cazarlos o gasearlos, que vuelven en las mismas cantidades. Mira que yo tengo un huerto.

—Pero de vez en cuando os tomáis un respiro —les dijo la agente a los niños.

—¿Y eso que quiere decir? —preguntó Hannah.

—Que podéis salir.

No hubo respuesta.

—Por ejemplo —continuó la agente—, un pajarito me ha dicho que vosotros dos habéis salido un ratito esta mañana.

Hannah mantenía los labios firmemente cerrados, pero al cabo de unos instantes asintió en silencio.

—Te lo han dicho los otros polis.

—Eso es —dijo la agente tratando de que su voz sonara tan cálida e informal como fuera posible. Pensó en los cuentos para ir a dormir; pensó en las voces en off de los anuncios de batidos de chocolate; pensó en los animales de voz maternal que salían en los dibujos animados más tiernos y, entones, volvió a hablar—: Tu madre no querrá que estés en casa todo el rato, ¿verdad? A ver, ¿qué hiciste esta mañana?

—Nada.

—A mí siempre me ha gustado bajar al estuario —dijo la agente—. Cuando tenía tu edad, bajaba a mirar los pájaros y a tirar piedras. Mi hermano pescaba. ¿Conoces a alguien que haga esas cosas?

—No hemos hecho nada de eso —dijo Hannah.

—Y entonces, Hannah, ¿qué hacéis cuando queréis escapar de todo?

—No sé.

La agente se quedó callada un buen rato. El coche se desvió a la derecha y dejó la vía principal para enfilar colina arriba por un sendero costeado por un seto muy alto. Iban por la primera cadena de colinas que se veía desde el Viejo Hanmouth, al otro lado del estuario.

—Solíamos venir por aquí de excursión con el colegio —dijo la agente—. Recuerdo que subíamos al castillo de Cinderham. ¿Habéis ido?

—Sí. Sí que hemos ido.

—¿Y os gustó?

—Era aburrido —dijo Hannah.

—A ver, ¿dónde habéis ido esta mañana vosotros dos?

—Hemos salido y ya está —respondió Hannah.

—Lo que pasa, Hannah, es que una amiga mía dice que os vio en el Viejo Hanmouth esta mañana. A ti y a Harvey, a los dos. ¿Fuisteis allí?

—No sé.

—Yo creo que sí que lo sabes, Hannah. Estabas hablando con alguien, lo sé. ¿Con quién hablabas?

—No hablaba con nadie.

—Yo creo que sí, Hannah.

—Si hablé con alguien, ya lo sabes. Tenéis cámaras por todos los sitios, nos habrías visto hablando, pero como no nos has visto, no hemos hablado con nadie.

—Las cámaras de circuito cerrado no las tenemos por todos lados, Hannah. Por todos lados, no. Y mi amiga dice…

—Tú amiga tiene que ir a que le revisen la vista. Tu amiga no sabe nada. ¿También es lesbiana?

—Eso es de mala educación, Hannah.

—Ya, sí, pero tú pareces lesbiana —continuó Hannah—. ¿A que sí? Eh, Harvey, mírala, es lesbiana. Quiere hacerlo conmigo. Por eso nos ha sacado.

—Hannah —dijo la agente—. Fingir no sirve de nada. Sé que Harvey y tú visteis a China esta mañana. Y me parece que tú sabes que yo lo sé. Todavía no te has metido en ningún lío. Tú solo dinos adónde fue China y con quién estaba.

—Estás chalada —soltó Hannah—. Eres horrible. No hemos visto a China. Yo no sé nada.

—Eso es lo que nos dijo Marcus, que no había visto a China.

—Sí, claro, es un mentiroso —dijo Harvey—. Un cacho cabrón mentiroso.

—Cállate —le advirtió Hannah, y le pegó con fuerza en la cabeza.

—¿Qué te dijo China, Harvey?

Se quedaron callados. La agente tuvo la impresión de que ahora podría arriesgarse.

—He preguntado que qué quería deciros China para que Marcus tuviera que llevarla hasta el pueblo.

Tenían los brazos cruzados. Pasara lo que pasase no iban a reaccionar al nombre de Marcus: habían oído a Ruth gritarlo desde la cocina, y ese juego del gato y el ratón, caliente, frío, templado, caliente, me quemo, estaba llegando a su fin.

—Detenga el coche, agente Green —ordenó la agente—. Sabemos todo lo que ha pasado. Si nos lo contáis ahora, no os pasará nada y a vuestra madre tampoco. Pero si seguís fingiendo, vuestra madre podría terminar en la cárcel y a vosotros os llevarían a un orfanato. ¿Lo entendéis? Y no iréis al mismo. Os separarán. Todo eso pasará si no me contáis dónde visteis a China esta mañana y dónde está ahora.

El coche patrulla se había detenido en la zona de descanso a la sombra de un tejo. Fuera, los ruidos del campo: de los trinos y del balar lejano de las ovejas. En el coche, silencio. Hannah se miró el regazo. Al instante, Harvey dejó escapar un sonido prolongado; algunas palabras, poco claras, quedaron enterradas en el último lamento vulnerable de su corta infancia. La agente no lo detuvo.

—A callar —dijo Hannah, indignada, pero Harvey ya había tenido bastante, y entre los golpes de Hannah escaparon las palabras.

—Adiós… Teníamos que… China decía… dijo que… Yo le dije… Teníamos que decirle adiós. China no quería irse sin decir adiós, no quería.

El torrente de palabras fue amainando entre sollozos; Hannah volvió a sentarse. Por lo visto, había hecho todo lo que había podido. El agente Green puso enseguida el coche en marcha; con mucho cuidado y esmero dio marcha atrás entre setos verdes y retomó la carretera a Barnstaple y a Hanmouth. La agente revolvió en su bolso y encontró un paquete nuevo de pañuelos de papel. Se los pasó a Hannah sin decir palabra. Hannah, sin hacer comentario alguno ni darle las gracias, se puso a limpiar a Harvey.

—Le gusta China —dijo—. Es la que más le gusta de todos.

Nadie sintió la necesidad de pedir que añadiera nada más.

26

—QUE LO FOLLEN.

—Sería todo más fácil si tú…

—Ya puede irse a la puta mierda, que no…

—¿Por qué has nombrado a Marcus, Ruth?

—Yo nunca lo he nombrado. No quiero saber nada más de él, ya no más, nunca más.

—¿Qué pasa…?

—Yo nunca, Heidi, nunca…

—¿Qué ha hecho Marcus, Ruth?

—Eso me gustaría a mí saber, ¿qué ha…?

—No sirve de nada, Heidi.

Ruth estaba en la cocina con dos agentes acechándola. El señor Calvin, que había aparecido de la nada, sujetaba a Heidi en la puerta. En el vestíbulo de la tórrida casita, Micky con su cara de pan, sobrecogido, olvidado. Se oyó un grito del pequeño Archie.

—Será mejor que nos sentemos y discutamos bien el asunto —dijo un agente—. Y creo que ha llegado el momento de volver a repasar los acontecimientos. Llévesela de aquí, señor, por favor —añadió dirigiéndose al señor Calvin.

—Creo que no me la voy a llevar —respondió Calvin—. Creo que como madre de la niña secuestrada, Heidi tiene todo el derecho del mundo de oír todo lo que se diga.

—En algún momento tendremos que aclarar la verdad, creo yo —insistió el agente—. Sáquela de aquí, por favor, o la sacaré yo.

Casi todas las casas de la calle de Heidi tenían el mismo jardín delantero. Los arquitectos habían imaginado cuidados frentes ajardinados con un sendero, un parterre y una pequeña extensión de césped, pero en el transcurso de los últimos veinte años, la mayoría habían acabado pavimentados y ocupados por coches. La única casa que habían conservado el jardín era la del matrimonio de ancianos de la casa de enfrente; tenían un seto de ligustro, cuatro rosales y, en la ventana, unos tiestos con clemátides. A los niños del barrio les gustaba congregarse allí para tirar huevos a la casa.

Bajo el seto de ligustro se acurrucaba un gato. El gentío que se agolpaba ante la casa de Heidi no le prestó atención. Habían oído un grito en la casa y eso les bastó para estar alerta y con los ojos clavados en las ventanas de la sala de estar. Al final de la calle, un

Mondeo rojo dobló la esquina. Tal vez el conductor se enfureciera durante unos instantes con esa muchedumbre que bloqueaba la carretera en vano; el coche aceleró y, a una velocidad considerable, se dirigió hacia la multitud, que fue desperdigándose. Justo en ese momento, el gato salió corriendo. Lo vio una fotógrafa, una chica con el pelo muy corto, una asistente que bien podría haber sido un chico, y que justo entonces se percató de que no lo había visto bajo el seto, de que sus ojos habían pasado por alto al gato en la sombra oscura, sin verlo. Era un gato completamente negro, negro como una pantera, que igual que una pincelada negra cruzó la calle ante el coche rojo que aceleraba. Durante un instante pareció que el gato lograría cruzar la calle por los pelos antes de que el coche lo alcanzara. Pero no lo logró; zigzagueó tratando de esquivar el coche y cuando vio que ya era demasiado tarde y trató de volver sobre sus pasos, la cabeza, la mitad anterior, terminó bajo la rueda. El coche siguió su marcha.

Sin saber cómo ni cuándo, todos los congregados advirtieron el accidente a la vez. Habían dado la espalda a la casa de Heidi y, en silencio, con las manos en la cara, observaban al gato en la carretera. De lado, estirando las piernas adelante y atrás, el torso crispado con un único movimiento repetitivo, se contrajo con un espasmo, una, dos, tres veces; entonces pareció quedarse tumbado, desplomado, y tras otro espasmo tremendo, como si vomitara violentamente, como si algo lo derribara, se quedó completamente inmóvil.

—Dios —dijo alguien, y del maletero de un coche sacaron una manta.

—En el pueblo hay un hospital veterinario —dijo otra persona—. Justo al lado de la estación; será lo mejor.

Una mujer recogió el cuerpo inerte del gato y se metió en un coche con un desconocido.

—¿Alguno ha apuntado la matrícula del coche? —preguntó alguien.

Nadie la había apuntado, por lo visto, y eso que con la de policías que corrían por allí, habría sido lo suyo, comentó un periodista. Pero otro dijo que aunque atropellar a un perro y darse a la fuga o no

informar del accidente era un delito, no había nada que te impidiera atropellar a un gato.

—Estará muerto —decía la gente—. ¿Habéis visto cómo se quedó inmóvil? No se puede sobrevivir a eso. El coche le pasó por encima.

Al cabo de un rato, cuando la conmoción ya había pasado, alguien se acordó de dónde estaban y miró a la casa. Habían descorrido las cortinas; en la ventana, mirando con preocupación e interés, había dos agentes de policía, un hombre y una mujer. A su lado estaba el novio y, alargando el cuello para ver algo, Heidi. Los gritos y las negativas a escuchar habían alcanzado nuevos niveles de ira. Heidi, tan silenciosa y tranquila, había estado berreando por la puerta de la cocina que quería saber qué decía Ruth y qué habían hecho con sus hijos. ¿Y dónde estaba Hannah? ¿Y dónde estaba Harvey? El quedo murmullo de conversaciones del exterior se había mantenido constante; la concurrencia de observadores, ininterrumpida.

La calidad del ruido cambió de repente: primero ascendió y luego descendió abruptamente. Un policía se acercó a la ventana. Desde allí no habían visto pasar el coche, pero sí al gato que yacía en la carretera sufriendo un descomunal espasmo tras otro, y una imagen nunca vista, la de la masa de periodistas mirando en la otra dirección, atentos a otra cosa.

—¡Dios! —dijo un agente.

—¿Qué pasa? —preguntó Heidi.

—Un gato. Lo han atropellado, creo.

—¡Jesús! —dijo una agente, y se acercó a la ventana a mirar. Micky entró en la habitación y se dirigió a la ventana con la boca abierta, fascinación morbosa—. Es horrible. Pobrecito.

Entonces vio que la novedad había acallado a Heidi, que la atraía. Con los brazos cruzados, se acercó a la ventana esperando a que el pequeño desastre dejara de robarle la atención y, sin embargo, agradeciendo también ese incidente insignificante y violento como si fuera la primera cosa interesante que le hubiera pasado en días, semanas, meses, en toda la vida. De las ya extrañas salidas de Heidi, aquella le pareció a la agente, y seguiría pareciéndoselo, la más extraña de todas; un comportamiento que daba fe no de una pose premeditada ante la situación, sino de una rareza fundamental

e impermeable de su carácter. Todos se habían quejado de la avalancha de espectadores, de observadores, de mirones; del brote de curiosidad vulgar e indiferente por una tragedia de dimensiones mucho mayores, la desaparición de una niña, fuera lo que fuese lo que estuviera detrás del asunto; carecer de esa curiosidad era carecer de un elemento de sensibilidad fundamental. Negarse a mirar incluso el espectáculo orquestado e inverosímil del dolor y el sufrimiento equivalía a reconocerse reducido al nivel animal. Heidi también sentía interés, pero no tanto por la tragedia en la que se veía inmersa; sentía interés, al igual que esos espectadores, que esos mirones, en un espectáculo que a la sazón no era el suyo. Se preocupaba por un gato —un gato que no era el suyo, sino el gato de otro, un gato que había cometido un error fatal en sus cálculos y conjeturas felinas— que había conocido un final horrible bajo las ruedas del coche de un desconocido. Heidi se había revelado humana; tan humana como los espectadores anónimos sedientos de drama, estuviera donde estuviese. La agente de policía miró a Heidi, que, con una camiseta de Micky vieja y desgastada que le colgaba sobre los brazos delgados, se había acercado a la ventana para compartir la tragedia del animal, para ver qué era lo que los había convertido a todos en ese público descarado, y se dio cuenta de que Heidi tanto podría haber estado de un lado de la ventana, con la muchedumbre boquiabierta, como del otro, dentro de casa, virginal y llorosa. A partir de ese instante, supo que Heidi habría sido capaz de hacer algo.

27

—Lo cierto es que —dijo la agente—, el caso es que… que Hannah ha hablado con nosotros y Ruth lo ha confirmado. Sabemos que China ha estado con Marcus. Mis colegas ya van para allá. Sabemos que Hannah vio a China ayer en el Viejo Hanmouth.

—Ni hablar —dijo Heidi.

—Nos lo ha contado. Nos ha contado que Harvey quería ver a su hermana porque ella quería despedirse de él. ¿Adónde irá China, Heidi?

La fúnebre superficie de la mujer hervía, se revolvía, se agitaba. Durante semanas nada la había sorprendido, y ahora algo lo había conseguido.

—¿Hannah ha dicho qué?

—Así que tú sabes dónde ha estado China, Heidi.

—¿Que Hannah ha dicho qué?

—Hannah nos ha contado que China quería despedirse. ¿Adónde va a ir, Heidi?

—HANNAH.

—No está aquí, Heidi.

—HANNAH.

—¿Dónde está China, Heidi?

—RUTH.

—Hemos acompañado a Ruth a comisaría para que nos ayude un poco más. Mis colegas van de camino a casa de Marcus. ¿Es allí donde está China?

—HANNAH.

El agente de policía giró en redondo y quedó de espaldas a la ventana, desde donde había estado examinando a la multitud expectante. Miró a Heidi, que, pálida e indignada, trataba de controlarse, y a Micky, que seguía en la puerta y llevaba la que debía de ser la última de las camisetas de «Salvemos a China» encima de otra azul marino de manga larga. A sus espaldas, el omnipresente John Calvin. Desde que le habían asignado el caso y John Calvin se había cruzado en su camino, el agente había tratado de averiguar a qué le recordaba Calvin exactamente, con esas extremidades largas y flojas, el pelo cortísimo y bien arreglado, las cejas oscuras y unos rasgos regulares que se dirían perfilados por medios artificiales. Y ahora caía: una marioneta de madera pintada. Entonces Calvin hizo un gesto difícil de descifrar; parecía parte de una actuación más larga y pensada, y el modo en que movía los brazos, los ojos y la boca solo tendría sentido si se supiera cuál era el personaje que encarnaba al final de los hilos. El agente se resistió a una poderosa tentación que ya llevaba días acosándolo: decirle sin rodeos que ya no iban a necesitar sus servicios y que estos, además, siempre

habían sido algo imprudentes. El momento llegaría, pero no era necesario que hiciera el comentario delante de Heidi y Micky.

28

Hacía un día precioso; a Kenyon le encantaban aquellos días de finales de primavera y le encantaba el pueblo donde vivía. Pero cuando en vez de pensar en la belleza de su casa y de sus vistas lo hacía en todo lo que pagaba —en todo lo que debían—, esa belleza revelaba un lado desagradable, como un zurullo bajo el árbol de Navidad. (Ya hacía medio año que llegaban a fin de mes con la cuenta al descubierto, algo que no les había sucedido en diez años, y habían empezado el último mes al descubierto también; no quería ni pensar en el saldo de sus tarjetas de crédito. Pero tenía un límite de descubierto de cinco mil libras que ni siquiera había solicitado, y con las tarjetas de crédito disponía de otras diez mil, y también… No, eso ni hablar, todavía no había llegado a ese extremo, ni de lejos.) Confinó esos pensamientos entre paréntesis; vivía en un lugar maravilloso. El sol había limpiado la superficie del estuario pasando su paño de brillo metálico, y hacia el mar, hacia el canal de Bristol, palpitaba el resplandor del sol y del agua donde se reflejaba. En la colina de enfrente, el torreón se recortaba negro a la luz de primavera y la colina parecía una forma plana. La triste canción de las aves marinas, de las fochas —¿no era eso?—, sobre el zumbido de la autopista, tierra adentro, quedó interrumpida por un *zuup*, *zuup*, *zuup* más profundo, y en el cielo, tres cisnes que habían abandonado el santuario de pájaros sobrevolaban los tejados del Strand hacia el este, hacia la otra orilla del estuario. Batían sus alas despacio; costaba creer que pudieran seguir volando, tan lento y regular era su batir de alas.

Durante su paseo matutino, Kenyon solía doblar a la izquierda hacia Wolf Walk y unas fugaces vistas del mar abierto. La otra dirección lo llevaría a Fore Street. Era viernes, uno de los raros días que pasaba en Hanmouth. Ya habría otro que se ocupara de los huérfanos del SIDA en África; otro que sorteara las preguntas maliciosas de la prensa especializada; otro que discutiera el

presupuesto 2010-2011 con el hombre del Tesoro; otro que se preguntara en voz alta cómo podía ser que cuando la gente cogía prestada una taza, nunca tenía la delicadeza de lavarla y dejarla donde la había encontrado. Kenyon no solía tomarse días libres. Uno de siete, más o menos: tendrían que haber sido más frecuentes, pero casi siempre salía algo en el último minuto. Esa semana, sin embargo, había logrado escapar, y hoy era su día libre.

Llevaba la chaqueta de algodón mercerizado y esa ridícula gorra de cazador que tanto le gustaba; Miranda se la había regalado dos Navidades atrás con un juego de Sherlock Holmes. Nadie había contado con que se la pusiera, pero destacaba su lado elegante y reflexivo, o al menos eso creía, y solía ponérsela. La carretera no era una recta perfecta, y las casas, pintadas en un descontrolado revoltijo de tonos pastel, se inclinaban sobre la calle de un modo pintoresco. Era lo bastante temprano como para que en las puertas todavía hubiera botellas de leche; el reparto de leche a domicilio sería el próximo en caer, pensó Kenyon, y pronto todos comprarían la leche en el supermercado, igual que todo lo demás. Al sol de las primeras horas de la mañana, las ventanas del pequeño edificio de los años sesenta, con su cuidado jardín, resplandecían y centelleaban. Una figura que a contraluz apenas se distinguía, se dirigía vacilante hacia Kenyon; miraba hacia el cielo, inspeccionaba los jardines, se examinaba las uñas para posponer el momento en que resultara prudente reconocer a Kenyon como un vecino y, a treinta metros de distancia, poner en marcha el protocolo de saludo. Debía de ser el tipo de la patrulla vecinal: debía de ser Calvin; se llamaba John.

—Hola, John —dijo Kenyon—. Un día precioso.

—Precioso —respondió Calvin, y calló, titubeante—. Te habrás enterado de lo de Heidi, supongo.

Kenyon no iba por el pueblo, y el asunto le había parecido de mal gusto. No quería escuchar a la gente hablar del tema si podía cortarlo de raíz; le parecía un chisme de pueblo que, no sabía cómo, había terminado llegando a los medios. Prefería no pensar en él en absoluto. No conocía a Calvin demasiado bien; hacía dos años que se había mudado al final del Strand, a una casa alargada y rara, una

casa que había encontrado tres compradores que luego se habían echado atrás. Por alguna disposición legal sobre una vía pública que pasaba por el jardín y que había salido a la luz cuando las negociaciones estaban muy adelantadas, o eso creía Kenyon. Al final, Calvin se instaló en la casa, y durante las primeras semanas, antes de que empezara a hablar de su patrulla vecinal, le contaba a todo aquel con quien se encontraba que habían conseguido la casa a precio de ganga.

Tenía mujer, recordó Kenyon; pero Kenyon se había encontrado con Calvin en una situación parecida en contadas ocasiones, y con la mujer de Calvin, solamente una vez, que supiera. No se le ocurría razón alguna para que Heidi no fuera el nombre de su mujer.

—No —respondió Kenyon—. No me he enterado. Nada grave, espero.

—Eso depende —dijo Calvin—, eso dependerá, señoría, de cuál sea su definición de grave. Sí, yo diría que es un poquito grave. Me engañó. Nos engañó a todos. Nos llevó al huerto. Eso es lo que diría yo. No la habían secuestrado. Por lo menos la Policía no cree que la hayan secuestrado. Nunca lo creyeron, eso es lo que han dado a entender. Nunca creyeron una palabra de lo que decíamos. Atendieron detenidamente a mis preguntas, pero en el fondo siempre estuvieron convencidos de que la niña de Heidi estaba sana y salva en algún lugar, en algún escondrijo que Heidi conocía bien. En los Alpes. Ja, ja, ja.

Kenyon, que a esas alturas ya sabía de qué iba la cosa, se sonrojó al advertir el error que había estado a punto de cometer.

—Así que la mujer… —dejó la frase ahí, dando pie a Calvin.

—Sí —continuó John Calvin—. La Policía me ha dicho, más o menos, que creen que Heidi y su amigo lo planearon todo. A dos de sus niños los vieron reunirse con China en Hanmouth hace dos días. La Policía cree que Heidi no sabía nada del asunto. Creen que, de algún modo, los niños se pusieron en contacto con China, o fue ella quien se puso en contacto con ellos. La mayor de las niñas tiene móvil, por lo visto. A China la ven en el coche de un hombre que se parece mucho a Marcus McColl.

Kenyon trató de parecer vagamente interesado.

—Marcus McColl… Es el hermano de Ruth. Ruth es la mejor amiga de Heidi. Fueron cuñadas. Los agentes me contaron que creen que entregó a la niña al hermano de su amiga Ruth. Nunca fue un secuestro. Todo lo hicieron para sacarle dinero a la gente. Salvemos a China. Tengo una camiseta. Puede que valga algo como objeto de coleccionista. Sí, señor, una pieza interesantísima, singular, fascinante. ¿Tienes idea de lo que puede valer? Ya la veo dentro de veinte años en algún episodio de *De gira con el anticuario*.

—Y entonces, ¿dónde está la niña ahora?

—La Policía fue a buscar a China a casa de Marcus a primera hora de la mañana. Ruth lo confesó todo y Heidi confirmó algunos puntos en un interrogatorio. Van a acusarla hoy mismo.

—Qué historia tan terrible.

Calvin se apartó del sol y Kenyon dio un paso a un lado. Ahora que la luz no lo deslumbraba, podía ver la ropa de Calvin, impecable como de costumbre, su pelo lacio y peinado hacia atrás y su elegante abrigo largo de color gris, una pulcritud casi geométrica. También veía, ahora que se había alejado del resplandor del sol, que Calvin tenía bolsas bajo unos ojos atormentados de párpados enrojecidos; que cuando un hombre perdía la autoestima también podía quedarse sin dormir. Que Calvin había tomado la decisión de salir de casa y contarle la historia a todo aquel con quien se encontrara, de encargarse del asunto antes de que Hanmouth empezara a contar la historia a su manera. Kenyon vio las ventajas de aquella decisión. Se preguntó si, en un día normal, Calvin habría encontrado un rato para charlar con el marido de su vecina Miranda, el que trabajaba en Londres, un hombre con el que apenas había coincidido.

—Lo bueno, supongo —dijo Calvin para concluir—, es que cuando la Policía todavía se tomaba el asunto en serio, o fingía que se lo tomaba en serio, conseguí que accedieran a instalar algunas cámaras de circuito cerrado en Hanmouth. A fin de cuentas, de haber contado con unas pocas más, tal vez habrían dispuesto de pruebas de la reunión de China con los otros niños. Tal como están las cosas ahora, no tienen nada de nada. Algo bueno que sale de toda esta historia.

Calvin levantó la vista como si quisiera mirar al cielo. Kenyon lo siguió con la mirada. Nunca antes lo había advertido, pero ahí arriba, en la farola que había justo al lado de la casa de lord Menudo Desperdicio, había una caja de zapatos, gris y alargada, con un ojo vuelto hacia abajo. Era una cámara de circuito cerrado. Apuntaba directamente a Kenyon y a Calvin mientras mantenían su charla de la mañana. ¿Era nueva? Kenyon trató de sentirse más seguro.

—Tengo que irme —dijo Calvin.

—Lo siento mucho —apuntó Kenyon con aire vacilante y sin especificar demasiado.

—El caso —continuó Calvin—, es que lo que me enfurece es… —Kenyon esperó—. Da igual —concluyó Calvin.

Kenyon sabía qué estaba tratando de decir: que el suministro de cámaras de circuito cerrado nuevas, las rondas con un policía más, la capacidad de registrar los dormitorios de tus vecinos, la toma de huellas dactilares y de muestras de ADN, la idea de que si no tienes nada que ocultar no tienes nada que temer, todo eso podía venirse abajo si, al final, nadie había secuestrado a la gordinflona de China. Pero tenía su justificación. A los niños los secuestraban desconocidos todos los días. Dos o tres secuestros al día. Seguro. Y el policía de ronda que se dejaba caer por tu casa para charlar tan a gusto, dispuesto a sacarte sangre con su aguja de punta roma y a tomarte las huellas con su kit de imprenta infantil John Bull. Y Calvin y la patrulla vecinal lo habían conseguido.

—Tendría que ir tirando —dijo Calvin.

29

La furgoneta camuflada se detuvo en Bristol Street. Hacía tiempo que estudiantes y jóvenes profesionales que trabajaban en comunicación o en pequeñas agencias de publicidad se habían adueñado de la zona. Años atrás, la calle había sido ocupada sobre todo por inmigrantes recién llegados del Caribe que reemplazaban a las parejas obreras de antaño; luego, a los inmigrantes los remplazaron primero estudiantes y luego profesores de universidad blancos y más tarde parejas de creativos venidos a menos; y, por

fin, dos casas las ocuparon los hijos de los inmigrantes de la década de 1960 que trabajaban en la radio y la emisora local de la BBC. A los habitantes de esas dos casas los saludaba todo el mundo. Eran el orgullo de la calle.

Habían rehabilitado la calle en dos fases, y solo había quedado intacta una casa. Allí nadie había puesto en práctica las recomendaciones de revista alguna. El jardín no tenía un sendero de fragmentos de platos rotos ni espejos incrustados en el muro. En el jardín delantero no había arreglos vegetales monocromáticos ni rastro de césped artificial, ni enanitos de jardín ni demás ornamentos que cumplieran una función irónica o humorística. Y tampoco contenía esculturas abstractas en las que la ironía y el humor quedaran totalmente descartados. La fachada estucada no estaba pintada con colores chillones ni tonos pastel; en la ventana no había ningún objeto artístico colgado, ni tampoco consignas políticas pegadas al cristal en apoyo de alguna causa o partido. Marcus MacColl llevaba treinta años viviendo allí, toda su vida, con excepción de los dos años que, inexplicablemente, pasó con Heidi en Hanmouth. Había vuelto a casa de su madre con el rabo entre las piernas, y cuando ella murió siguió viviendo allí. En la ventana solo había un portamaceta de macramé con una cinta seca. Las cortinas no estaban corridas; a las cinco de la madrugada, a la calle llegaba el resplandor de una única lámpara de mesa que iluminaba un interior polvoriento y lleno de una basura en la que nadie se fijaba.

La Policía ya había estado allí antes, de día; en parejas, los agentes habían llamado a la puerta y habían entrado cuando los habían hecho pasar; se habían sentado a hablar con el dueño de la casa. Ahora levantaron el pestillo de la verja, avanzaron por el sendero del jardín, mazo en mano, y de un solo golpe, reventaron la puerta. Eran ocho. Al otro lado de la calle, una luz se encendió en la habitación de un primer piso y el marido de la directora creativa de una agencia de publicidad miró por la ventana envolviéndose el torso desnudo con la cortina del dormitorio. Cerca, un recién nacido se echó a llorar. Los dos agentes que iban al frente —musculosos, parte frontal del casco transparente, anónimos, de reluciente negro insecto— soltaron el mazo y pegaron un grito. La puerta quedó

colgando de las bisagras y la brigada entró. Abajo no había nada; por lo visto, la luz de la sala de estar llevaba toda la noche encendida. La puerta de la cocina estaba cerrada, pero no habían echado la llave. En el escurreplatos, una taza, un vaso y dos platitos. Todo estaba limpio y ordenado, pero —como los agentes que ya habían estado en el lugar habían advertido— en esa cocina de formica blanca haría treinta años, cuarenta, tal vez, que no entraba nada nuevo. Todavía tenía uno de esos grills que quedaban encima de los hornillos; en la zona de encimeras había azulejos con relieves marrones y amarillos que estuvieron de moda a finales de los sesenta. Marcus había conservado las costumbres de su madre: no había nada ni manchado ni sucio, ni siquiera detrás del horno, donde suele pegarse la grasa. Pero no había podido reformar nada, o tal vez no quiso.

De arriba llegaba el retumbar de las botas de los agentes, nada más: ni alboroto ni gritos de queja ni el ruido de un niño. Salieron de la cocina y subieron por las escaleras, esta vez más despacio. Cuando entraron en el dormitorio grande, uno de los agentes estaba de rodillas tirando de una extensión de la cama de matrimonio. Detrás de la bajera de nylon morado con flores estampadas y volantes, alguien había fijado unas planchas de conglomerado para cerrar el espacio que quedaba bajo la cama. El agente tiró y una plancha cedió, no la sujetaba más que una banda de velcro. Se quitó el casco, se echó sobre esa moqueta en la que no había una mota de polvo, y escudriñó detenidamente esos oscuros bajos. Alguien le pasó una linterna; de guante grueso a guante grueso la cosa no resultó sencilla.

—No está aquí —les advirtió el agente, pero alargó la mano.

Sacó una revista, luego dos; rosas y gruesas, las letras anunciaban regalos gratis, un bolígrafo de purpurina y la foto de los chicos de un grupo musical que ponían ojitos tiernos.

—No creo que la vieja madre McColl hubiera dejado esto aquí —dijo uno.

Porque, a fin de cuentas, ese era el dormitorio de la madre de Marcus; al igual que la cocina, había permanecido prácticamente intacto: las paredes con frisos de flores, el tocador encarado a la

ventana que daba a la calle. Ese tocador en forma de riñón, con sus tres espejos, debió de contener perfumes, polvos y, hacia el final de su vida, medicinas; entonces, el sobre de vidrio que protegía el encaje que cubría la mesa se veía aterradoramente desnudo. Marcus dormiría allí, probablemente. ¿Qué colocaría Marcus McColl en una cómoda de caoba en forma de riñón con tres espejos orientables?

—Es el número de esta semana de la revista —dijo otro agente—. Mi hija la lee. La vi anoche, en la mesita del salón.

El agente que estaba de rodillas volvió a alargar el brazo y su mano enguantada se topó con un botecito, y bajo el botecito, cierta resistencia al tirar que se debería a la textura pegajosa de la moqueta.

—Esto tampoco es de la madre —dijo mientras sacaba un revoltijo, una toallita verde con un bote de pintauñas rosa sin tapón; a juzgar por el tacto, la mitad de su contenido se había derramado por un lado del bote y la otra mitad había terminado en la moqueta.

—Se le debió de caer a la niña y trató de esconderlo —dijo alguien —. Pobrecita. Debía de tener miedo de lo que le diría si se enteraba.

—Se habrán marchado a toda prisa —dijo otro—. El tipo no se ha esforzado mucho por limpiar.

El agente de policía dejó caer primero la revista, después la toallita y en último lugar el bote con el pintauñas derramado y seco en tres grandes bolsas de plástico de cierre hermético que un paciente agente, con el visor transparente puesto, sujetaba para que no se cerraran.

—De eso sacaremos algo positivo, esto es pan comido —dijo refiriéndose a las huellas dactilares y al ADN, restos biológicos de los que era imposible no dejar rastro. Allí, en la pequeña habitación, los seis, más otros dos que se habían quedado muy solemnes en el rellano, parecían dignatarios anónimos que oficiaran un último rito extraño. Solo un agente se había quitado el casco del todo; estaba al fondo, con el cabello rubio alborotado y las mejilla rojas y relucientes, apenas un chico a quien por primera vez hubieran admitido en esos intercambios secretos.

—Me gustaría saber —dijo por fin— cómo es posible que los agentes que en el transcurso de la investigación visitaron esta casa

más de una vez no fueran capaces de descubrir nada.

—Ya habrá tiempo para eso —replicó otro agente, tal vez mayor, un poco bruscamente.

Cuando el primero de los agentes de policía salía con la primera bolsa de una sucesión de ellas que sacarían durante toda la mañana, la radio del conductor, que seguía sentado en la furgoneta, se puso en marcha crepitando. La calle se había despertado y en un par de puertas había vecinos en zapatillas o descalzos abrazados a sus batas. Apenas sentían interés por el espectáculo del allanamiento de la casa de uno de sus vecinos por la policía; nada los habría empujado a establecer nexo alguno con el secuestro de Hanmouth. Durante las horas siguientes, la Policía hablaría con todos. Mientras los agentes salían con sus ofrendas silenciosos y serios, entregados a su tarea sin mediar palabra, empezaron a caer cuatro gotas. Y, a continuación, antes de que nadie pudiera decir que había empezado a llover, la fina llovizna de un gris amanecer de primavera.

30

—Me temo que, por lo visto, se ha marchado —le dijo a Heidi una fuente oficial.

En la sala de interrogatorios sin ventanas iluminada por un fluorescente, donde no podía distinguir el día de la noche ni el alba del crepúsculo, Heidi sacudió la cabeza y de su boca salió el gemido de un animal. A su lado se sentaba su abogada, bolígrafo y cuaderno en mano, esperando poder anotar algo.

31

A veces Gordon Jordison tomaba sus salidas del viernes por la noche por lo que realmente eran y se daba asco. No había sabido del asunto ni había llegado a pensar jamás que algo así fuera posible hasta seis o siete años atrás, cuando lo vio en el *Guardian*. Un artículo sobre lo que, según el periódico, era una moda. Gordon lo había leído más de una docena de veces de cabo a rabo mientras los niños se peleaban por quién se quedaba con el juguetito de plástico de la caja de cereales. Marion hablaba por el inalámbrico con su

amiga Anthea, yendo y viniendo con una taza de café en la mano. Sábado por la mañana en la cocina, como siempre. Gordon leía que, a lo largo del país, había gente que iba hasta aparcamientos en lugares retirados y mantenía relaciones sexuales sobre el capó de coches de otros con mujeres casadas. Esa práctica se conocía como «*dogging*».

Aquellas personas se citaban por internet, decía el artículo. Después de desayunar, Gordon subió a su estudio. Sabía que en la red había auténtica obsesión por el sexo; él mismo había estado mirando. Internet le había parecido una versión gigante de los *Playboy* de su juventud y, aburrido y pasivo, había ido ojeando las fotos que tenía que ofrecerle. Nunca se le había ocurrido que la gente pudiera fabricarse su propia pornografía, que pudiera intercambiar fotos, que usara la red para conocerse e intercambiar información. Pero al cabo de exactamente cinco minutos miraba embobado una página web que se llamaba motorsexxx.com. El viernes siguiente, al atardecer, ya estaba en un área de descanso de la A361, sentado en su coche con el motor apagado y reticente a creer lo que veían sus ojos.

En el mundo del *dogging* él era un ciudadano de segunda; no se hacía ilusiones. Las cuatro esposas licenciosas estaban en lo más alto del escalafón: por lo que Gordon había entendido, en Devon solo había cuatro. Había visto a docenas de hombres follándoselas en el transcurso de los años. Se preguntaba qué impacto causaría en el mundo del *dogging* una quinta. A veces, una mujer aparecía en el asiento del copiloto de un coche; de vez en cuando cerraban la puerta y follaban para un público dispuesto a hacerse una paja. Gordon era uno de los espectadores pajilleros y, como los demás, también estaba extremadamente gordo; con los pantalones bajados hasta los tobillos, alargaba la mano, la pasaba bajo la tripa y se la llevaba al pito. Él era uno de los hombres solitarios; por lo que a méritos y dignidad respectaba, era el último mono. En ese mundo, los hombres que se traían a sus mujeres y las sacaban para que se las follara un desconocido tras otro no eran ridículos cornudos dignos de compasión, sino valientes y heroicos; estaba clarísimo que

despreciaban a los que se pajeaban sobre el parabrisas embistiendo como perros en dirección a la mujer que había allí espatarrada.

En ochenta kilómetros a la redonda, Gordon conocía cinco puntos de reunión. Cambiaban de vez en cuando; como motorsexxx.com era una página web pública, cualquier día podían descubrir que en un área de descanso se habían instalado cámaras de circuito cerrado. La página tenía un tablón de anuncios donde se colgaban los avisos. Alguna que otra vez alguien sugería un sitio nuevo. Eso había sucedido haría cosa de dos días. En un post, *perritadepeluche* contaba lo bien que lo había pasado en unos matorrales apartados a tres kilómetros de la salida de la B3227. A Gordon le había entrado la duda sobre si de verdad se referiría a la B3227: *perritadepeluche* le parecía una imbécil con las raíces mal teñidas, una halitosis terrible y un sobrepeso de al menos veinte kilos. Era una celebridad de las áreas de descanso y los aparcamientos, toda una estrella. Gordon no iba a cruzar la carretera para volver a ver cómo un albañil irlandés se la trajinaba sobre el capó de un BMW.

Cuando ese viernes consiguió escapar casi había anochecido, y para cuando llegó a la salida de la B3227, ya se había planteado seriamente dar media vuelta y dar por terminado el día. A tres kilómetros de la salida, la verja de una granja colgaba entreabierta, y a lo lejos, tres árboles asomaban entre la oscuridad. ¿Sería ese el lugar del post de *perritadepeluche*? Redujo la marcha. No parecía que por ahí anduviera nadie. No había más que árboles y un prado que se extendía colina abajo. Para asegurarse bien, cruzó la puerta entreabierta con el Jaguar como si quisiera dar media vuelta. Los faros iluminaron el bosquecillo y a unos veinticinco metros vio la silueta de un coche. La carretera estaba vacía. Gordon aparcó al borde del camino. Quien llegara reconocería su coche, pensó. Lo tomaría como una señal. La afluencia crecería.

Con la sequía que había, en vez de encontrarse con un campo arado embarrado se encontró con un montón de baches. El terreno estaba atravesado por algunas roderas, aunque habría dicho que ya tenían un día o dos, y mientras avanzaba hacia lo que le había parecido el coche de otro aficionado al *dogging*, empezó a pensar que no sería más que chatarra abandonada que habrían dejado

tirada en el bosque; de todos modos, más le valdría comprobarlo. Dio la noche por perdida y maldijo a *perritadepeluche* y a su mala pata con los nombres de las carreteras secundarias.

Estuvo a punto de caer al tropezar con una rodera muy profunda, y luego tropezó con otra. Al alargar la mano tocó una cerca. Era dura y parecía de piedra. Se levantó bruscamente limpiándose bien las manos como si quisiera demostrarle a un público oculto que se había caído adrede. Pero allí nadie podía verlo. De eso estaba seguro. Con todo, siguió adelante con paso cauteloso hacia la oscura silueta del coche. No había nadie dentro, eso ya lo veía. Dio media vuelta y dio un traspié; no era tierra ni hierba, sino algo blanco: un trozo de tela. Se agachó para tocarla y con una punzada de asco se dio cuenta de que había salido en busca de carne desnuda y la había encontrado. Su mano se cerró sobre otra mano fría y gomosa. Incluso entonces seguía pensando en sus compañeros de *dogging*, y durante unos instantes creyó haber dado con uno en particular. Nada hacía suponer que pudiera haber dado con el cuerpo de Marcus McColl, echado en el suelo con una navaja entre las costillas, medio oculto por la hierba crecida al borde del bosque, las piernas donde las habían llevado a rastras, bajo la parte trasera de su viejo Ford Escort abandonado. Eso era lo que Jordison había visto en la oscuridad y lo que tendría que pasar varias horas explicando a la Policía, un relato deslavazado sobre qué le había hecho desviarse de la carretera secundaria en plena oscuridad. Y tendría que dedicar muchísimas más a explicárselo a su incrédula esposa.

32

—Así que —le explicó una agente a Ruth McColl— no sabemos cuáles eran los planes de tu hermano. Tendrás que contárnoslos, Ruth, por el bien de China.

—Ya se lo he dicho —dijo Ruth—. Ya les he dicho todo lo que sé. No sé más que ustedes. Y mi hermano está muerto. ¿Creen que él no me importa?

—Pensaba que estábamos llegando —añadió la agente a su supervisor—. Pero francamente, ahora no sé para dónde tirar.

—¿Del historial de los móviles no hemos sacado nada?

—Marcus no tenía móvil y apenas usaba el fijo. No tenemos ni idea de con quién estaba en contacto.

—Alguien tiene que haber visto algo.

—Es como si la niña hubiera desaparecido, sin más.

—A veces pasa, uno no consigue nada —dijo el supervisor.

33

Los parvulitos, uniformados con pequeños polos blancos y pantaloncitos azules, formaban una fila en el andén de la estación. Cada uno llevaba una gorra de béisbol, publicidad de la empresa del padre o de la madre o recuerdo de alguna excursión familiar reciente; los adultos que esperaban el tren pensaban que en su niñez el sol nunca había supuesto una amenaza que habría que tener en cuenta; no recordaban que en el colegio los hubieran obligado jamás a cubrirse la cabeza en una mañana de mayo.

—Todos en fila detrás de vuestro adulto —gritó la responsable de la expedición, y los parvulitos volvieron a agruparse, algunos de la mano de su amiguito.

—¿Os habéis puesto todos la protección solar? —preguntó la jefa, y un mar de manos se levantó—. Ahora, mientras esperamos el tren, hagamos una encuesta. ¿Qué lleváis de desayuno en la fiambrera? ¿Quién lleva una manzana? ¡Bien! ¿Quién lleva otra fruta? ¡Bien! ¿Quién lleva frutos secos? ¿Y qué son los frutos secos? ¿Alguien…? Sí: pasas, ciruelas, orejones, cosas así… Sí, bien. Pero no he visto todas las manos levantadas. ¿Hay alguien que no lleve desayuno en la fiambrera? ¿No? ¿Y qué lleváis los demás? Otra encuesta.

A su alrededor, los adultos subordinados, cada uno con su grupo, examinaron con mirada severa a los parvulitos.

—¿Qué es eso, Chloë? Una bolsa de patatas fritas. Sí. ¿Los padres de alguno de vosotros también piensan que una bolsa de patatas fritas es una clase de fruta? Porque teníamos que traer una pieza de fruta o de verdura para el desayuno de media mañana, ¿verdad? ¿Una barrita de salchichón, Jacob? No, una pieza de fruta nos irá

mucho mejor que el embutido, ¿verdad? Quedaos detrás de vuestro adulto. No os alejéis, el andén es muy peligroso.

El resto de pasajeros, algunos de los cuales rondaban la mediana edad, pensaron en decirle a la directora lo que llevaban para desayunar en el maletín o lo que pensaban comer: los palitos de queso que, en teoría, iban a darles a sus hijos al día siguiente para el almuerzo, una pinta y una hamburguesa del pub, un porro para fumarse en el parque.

Y en el andén de la estación el tren se retrasaba y los parvulitos empezaban a dar muestras de querer alejarse de sus filas, todas encabezadas por un adulto responsable.

—Hagamos otra encuesta —gritó la directora—. ¿Qué ha desayunado cada uno? ¿Hay alguien que no haya desayunado? ¿Jacob? ¿Qué has desayunado?

Sobrecogido por la timidez, Jacob trató de esconderse detrás de Ben, su mejor amigo. Al ver que llamaba la atención, Ben trató de esconderse detrás de Jacob. Pasaron cosa de un minuto serpenteando hasta que, sin que mediara ni decisión ni transición aparente, rompieron a pelear, a pegarse puñetazos en la cara y a tirarse del polo.

—Jacob, Ben —dijo la directora mientras los separaba—, es muy peligroso hacer travesuras en un andén.

Alrededor del grupo de niños, los adultos recordaban su pasado; lo que desayunaban cuando tenían esa edad. Uno se acordó de las gachas; otro, de las galletas; otro, de un frío barrio de las afueras de Londres y de la niebla de la calle y de un padre que bajaba las escaleras, se tomaba el té a toda prisa y corría para coger el tren. Su madre, en el fregadero, sonreía con su bata rosa y su maraña matutina de pelo rojo. Eso aconsejaban a finales de los sesenta: un huevo pasado por agua, una ración de proteínas para empezar el día. Y en la mesa había dos huevos pasados por agua, uno para él en una huevera de porcelana azul y otro para su hermana en una huevera verde.

En la curva sonó un silbido. Bajo el sol de la mañana, el tren emergió entre dos setos. Los pasajeros cogieron su equipaje; los

niños se cogieron de la mano, la derecha en la izquierda y la izquierda en la derecha.

1 Juego de palabras entre el nombre del río, Loose (en español, suelto) y el del pub, Cannons of Devonshire (los cañones de Devonshire); la expresión *a loose cannon*, a su vez, podría traducirse como «una bomba de relojería». *(N. de T.)*

2 *The Case Is Altered* es el título de una comedia temprana de Ben Johnson; la palabra *case*, además, es el nombre que reciben las cajas de doce botellas de vino. *(N. de T.)*

Primer impromptu: Habla el narrador omnisciente

Kenyon salió de su casa a las ocho y diecisiete minutos. La hora la registró la atenta cámara de la verja del varadero frente a su casa, cuyos gordos cables negros trepaban hacia el único ojo como venas negras. Ese ojo grabó a Kenyon, que, ataviado con un traje azul —eso en caso de que el ojo viera en color— y una gabardina asombrosamente amarilla colgada del codo, salía de su casa y cerraba la puerta a sus espaldas. Lo vio mirar alrededor, escrutar el cielo y, tras vacilar unos instantes, levantar el paraguas, un objeto pasado de moda que no podía plegarse cuyo mango de madera estaba lleno de nudos. Ese gesto le permitiría deducir a cualquiera que viera esas imágenes que el pronóstico del tiempo para el oeste de Inglaterra de esa mañana —algún chubasco de poca importancia — había sido tan preciso como se encargaría de demostrar el registro meteorológico del día, publicado un día después de que los fenómenos hubieran tenido lugar.

La cámara del varadero no era el primer rastro mecánico que Kenyon había dejado aquella mañana. Mientras esperaba a que se llenara la bañera, había revisado sus e-mails accediendo a su cuenta a las siete y catorce minutos y desconectándose a las siete y veintidós. Leyó seis correos, tres de los cuales, procedentes de Australia y enviados por la noche, trataban sobre un congreso en Canberra al que Kenyon iba a asistir en enero. De esos emails, y de las respuestas que Kenyon había enviado, quedaba un registro remoto almacenado en varios edificios consagrados al sector de las telecomunicaciones, y disponible en caso de que un funcionario del Gobierno deseara leer su correspondencia. También quedaban registrados los nombres de las tres páginas web a las que Kenyon había accedido y había dedicado una lectura somera mientras se llenaba la bañera. Una estaba dedicada a la filmografía de Rita Hayworth, actriz a quien Kenyon había visto en sueños en una extraña aparición en la película *Sonrisas y lágrimas*: muy satisfecho, Kenyon había conseguido aclarar que en contra de lo que indicaba su vívido sueño, Rita Hayworth no había interpretado a la monja en

la película basada en la obra musical de Rodgers y Hammerstein. Cuando se hubo bañado, y después de observar fugazmente que su mujer seguía dormida, hizo una breve llamada desde su teléfono móvil. La hizo de pie, junto a la barra del desayuno, con una toalla morada a la cintura y otra, esta azul, echada sobre los hombros. La llamada empezó a las siete y cincuenta y tres minutos y terminó un minuto después, a las siete cincuenta y cuatro. A las siete cincuenta y seis llamó al mismo número y su conversación fue todavía más breve, de apenas nueve o diez segundos. El número, la hora y la duración de las llamadas se registraban en bases de datos de otra compañía de telecomunicaciones, y allí permanecerían hasta que algún organismo oficial requiriera la información, hasta que las borraran o, y eso era lo más probable, hasta el día del Juicio Final.

A partir de aquel momento, nadie registró los movimientos ni las acciones de Kenyon hasta que salió de su casa y lo grabó la cámara del varadero. Se tomó una taza de café.

La cámara del varadero, que fue instalada en la primavera de 2004 para prevenir actos vandálicos y seguía funcionando sin problemas, grabó a Kenyon andando y cruzando su campo de visión de izquierda a derecha. Luego Kenyon se sustrajo al escrutinio publico hasta que, a unos cinco metros del centro del pueblo, llegó al muelle. Entonces lo grabó la cámara instalada en el pub, que vigilaba a la clientela; la cámara de la parada del autobús, que hacía un barrido del aparcamiento, y la cámara instalada en la entrada de la galería de antigüedades. Kenyon cruzó sus campos de visión, una pequeña figura con un traje azul y una gabardina amarillenta colgada del codo. Algunas cámaras apenas observaron una reluciente seta negra surcada de varillas, la copa del paraguas. Habría hecho falta cruzar datos entre las cámaras para establecer la identidad de la figura que se movía entre una cámara y la otra, igual que un objeto que circulara de mano en mano entre desconocidos. Otras cámaras instaladas en la fachada de las joyerías lo grabaron al pasar y quedó registrado y a disposición de otras cámaras desconocidas para que quién sabe quién pudiera observarlo. Otras cámaras parecían convincentes, pero nunca habían grabado nada ni

a nadie; no eran más que cajas vacías, elementos disuasorios, placebos.

Kenyon se detuvo en el cajero automático situado al final de Fore Street y propiedad del banco HSBC, una caja metálica cuadrada incrustada en la fachada blanca de un edificio de aduanas del siglo XVIII cuyas ventanas habían sido discretamente reforzadas contra robos o cegadas con ladrillo y revoque. Los registros del banco podrían demostrar que a las ocho y veintiocho minutos Kenyon había retirado cien libras en efectivo y dejado un saldo negativo de 4.524,20 libras esterlinas. Un detective curioso —del banco, de alguna entidad pública, de algún organismo dedicado a investigar y a divulgar la solvencia de individuos a todos los suscritos a su base de datos— o simplemente algún hacker que, por curiosidad o con intención de robar o de cometer algún fraude hubiera investigado las finanzas de Kenyon, podía ser cualquiera, habría descubierto que la cuenta corriente de Kenyon tenía un crédito autorizado de 5.000 libras esterlinas, que al cabo de tres días Kenyon recibiría el ingreso de su sueldo en su cuenta corriente, ingreso que reduciría el descubierto pero no llegaría a cancelarlo del todo, y que Kenyon también debía 7.477,98 libras esterlinas de su tarjeta de crédito. Lo que ni los detectives ni las cámaras, a cuya mirada Kenyon se había expuesto esa mañana, habrían descubierto era el ataque de pánico y preocupación que lo asaltó cuando introdujo la tarjeta en la máquina, consciente de que su saldo rondaba el límite de las cinco mil libras y sin saber exactamente si ya se había pasado de la raya.

Lo que sí quedaría registrado, en beneficio de todo aquel que fuera capaz de sortear los protocolos de seguridad del banco, era que la siguiente en retirar dinero fue Anna McLeod, de dieciséis años y de visita en casa de sus abuelos, que sacó veinte libras a las nueve y diecinueve minutos tras un intervalo entre usuarios excepcionalmente dilatado para esas horas de la mañana. Era la cuarta vez que hacía uso de un cajero para retirar sus propios fondos: su madre le había confiado su tarjeta en un par de ocasiones, pero no hubo una tercera vez. Anna McLeod se había sentido eufórica y entusiasmada, sin experimentar en absoluto la sensación de que lo que retiraba de su morada sin ningún objetivo o

necesidad en particular era su propio dinero. Todo lo habían registrado máquinas y cámaras, y todavía registrarían más sobre Anna McLeod. Antes de que terminara el año —el último día del año, para ser exactos, camino a una fiesta en Exmouth en el asiento del copiloto de un viejo Fiat de trayectoria errática—, la policía descubriría que Anna McLeod, de diecisiete años, estaba en posesión de dos pastillas ilegales y que los componentes básicos de su cuerpo y su mente, de su sangre y su piel y su pelo, la singular configuración de ácido desoxirribonucleico que había resultado de la conjunción del de Marianne McLeod y el de (misterio enterrado en esa particular configuración de ácido desoxirribonucleico) Stewart, el jefe de Marianne McLeod durante los seis meses de 1993 que había trabajado en el centro de matriculación de vehículos (que no del de su esposo Mungo), ese ADN que en 1993 había conformado a una Anna McLeod a partir de la unión de un óvulo y el esperma de un desconocido, quedaría almacenado para siempre en un archivo, en un ordenador, en una base de datos, para que, en el futuro, aburridos miembros de la Policía forense pudieran pararse a rebuscar cada vez que, en cualquier parte del país, se cometiera un crimen de cualquier tipo.

Kenyon cogió el dinero, que ahora consideraba suyo, y bajó por Fore Street. Nunca había tratado con la Policía; nunca había sido sospechoso de ningún crimen, ni justa ni injustamente. Y, por lo tanto, nadie tenía su ADN con excepción del mismo Kenyon y de Hettie, por supuesto. Su aspecto, por otra parte, había quedado registrado por cámaras de la Policía instaladas en el exterior de la oficina de correos y en el exterior del centro cívico; esas últimas, enfocadas hacia la estatua del Cagoncete, solo lo habían grabado de rodilla para abajo.

Cámaras de seguridad privada instaladas en el exterior de tres pubs, en el escaparate de la galería de arte abstracto propiedad de un analista financiero, en otra joyería y en una tienda de recuerdos, capturaron a Kenyon, con su rostro tenso y su caminar veloz y retraído. Tal vez los observadores que hubieran seguido sus pasos gracias al registro de esa sucesión de cámaras observaran el contador en la parte inferior de la grabación y sintieran curiosidad

por el irregular servicio del tren de Hanmouth. Esos observadores habrían advertido que la última de las cámaras, la que quedaba en el exterior de The Three Ferrets, había grabado a Kenyon tres minutos antes de que el tren a Bideford saliera de la estación, cuando todavía le quedaban doscientos metros por recorrer.

Mientras se negaba a aceptar billetes o monedas, la expendedora automática de billetes de la estación grabó a Kenyon introduciendo su tarjeta de crédito en la ranura y marcando su clave de cuatro dígitos. La cámara instalada sobre la máquina y, más lejos, las situadas en los extremos de los dos andenes habrían grabado lo mismo, aunque con menos detalle. La máquina, y también la base de datos asociada, habrían registrado al mismo usuario, la misma tarjeta de crédito, los mismos números que habían servido para adquirir un billete de tren todos los lunes por la mañana durante varios años. Que ese billete lo comprara un lunes por la mañana, sin embargo, se salía de lo común; las máquinas habrían sabido que esa mañana Kenyon no compraba un billete para Londres, su destino habitual. A las cien libras que ya había cargado en su cuenta corriente esa mañana ahora debía sumarle otras dos con treinta peniques. Esa información también se almacenaba para permitir que las autoridades o las personas competentes pudieran acceder a ella en un futuro.

El tren entró vigilado por varias cámaras, pero ninguna observó lo que Kenyon veía: la luz azulada de la mañana, el halo que envolvía las colinas en la otra orilla del estuario; la imagen de una enorme gaviota que, formando una diagonal al descansar sobre el viento, igual que una barra inversa, viraba en dirección del tren y luego volvía a virar para alejarse de nuevo con un graznido que recordaba a un grito crudo pero feliz; la penumbra breve y repentina cuando, a esas horas tempranas, una nube solitaria ocultaba el sol; la luna silenciosa, como una uña sobre el cielo; un perro que, en el jardín trasero, le echaba una carrera al tren y ladraba contento mientras corría. Nada más que sombras en la película y el flujo digital, a lo sumo, que los ángeles mecánicos apostados en nuestro camino no eran capaces de ver; eso solo podía hacerlo Kenyon. Las cámaras lo vigilaban cuando se bajó en la estación central y, en vez de subirse

al tren a Londres que aguardaba en el andén número cinco, salió de la estación; lo vigilaban cuando se dirigió a la estación de autobuses colina arriba; lo vigilaban cuando, después de esperar, se montó en el autobús de Harvesthaye, aunque esta vez pagó en efectivo (aquí haría falta el concurso de un detective para seguir el rastro de Kenyon), y seguían vigilándolo cuando el autobús subió trabajosamente la colina, pasó delante del hospital y dejó atrás algún edificio que convenía observar o proteger, y eso, una docena de veces, y otras doce más después.

Por casualidad, la parada donde se bajó quedaba enfrente de un banco y la casa en la que entró al cabo de tres minutos, justo al lado de un colegio con dos grandes cámaras en la verja. Su periplo, por tanto, no había pasado inadvertido. Entre la hora a la que se había levantado y las nueve y media, cuando llegó a su destino, había cincuenta grabaciones o registros de Kenyon y de sus acciones. Los remotos y pacientes ángeles podrían haber descubierto que había llamado a sus superiores para decirles que estaba enfermo, que había hecho una llamada a un hombre que vivía a unos once kilómetros y que era el propietario de la casa ante cuya puerta se encontraba, que había sacado dinero y que no volvería a hacerlo durante un par de días; un dinero que, podría deducirse, bastaría para surtir a Kenyon y al otro hombre con pizzas a domicilio durante uno o dos días. Pero de lo que no podrían haber informado los ángeles, porque la puerta quedaba fuera de su vista, es del placer y de la alegría con que el hombre, cuyo nombre era Ahmed Khalil, como bien podrían haber descubierto las autoridades, le abrió la puerta; de cómo, en cuanto la puerta se cerró, se abalanzaron el uno sobre el otro alimentándose el uno del otro con una furia que se concentraba en la boca y los labios, palpándose, agarrándose mientras la ropa de Kenyon caía al suelo, el albornoz de su amante se abría y Kenyon se hincaba de rodillas. Los ángeles tampoco habrían podido saber que ambos, los dos de mediana edad, volvían a sentir su deseo rejuvenecer, el espíritu de la adolescencia. Las cámaras de la calle no habrían podido revelar los secretos del corazón humano; no podían haber visto ni a Kenyon ni a Ahmed, ni

los vieron durante su noveno encuentro. Pero vosotros sí, y yo también.

Libro segundo: El rey de los tajones

El Rey de los Tejones es uno de los mejores
amigos y vecinos del Tío, pero estaba fuera,
negociando un préstamo con un banquero extranjero.

J. P. Martin, *Uncle Cleans Up*

1

Una espuma de dolor le subía tripas arriba. Los enanitos, con sus diminutos lanzallamas, se habían aplicado a su tarea de madrugada. David se despertó con un reguero líquido, vómito ardiente detrás de la garganta que en ese momento salía como un torrente hacia su boca. Se había incorporado en la cama, sabedor de que en casa no había medicamentos para el ardor de estómago. De haberlos habido, se habría tomado dos cucharitas colmadas tras el solitario número de la víspera: un pollo asado casi entero, puré de patatas y guisantes, medio pudin de toffee con nata, sabe Dios cuántas galletitas de tomillo con queso Caerphilly —las había comprado en Londres, en el mercado de Southwark— que iba sacando en tandas de la cocina durante las pausas publicitarias y se comía durante la emisión. Y una botella de vino blanco para rematar los dos gintonics. Te lo mereces, se había dicho anoche mientras se preparaba el primero de los dos gintonics y se acordaba del día horrible que llevaba, de la semana horrible que llevaba, de la vida horrible que llevaba. Te lo mereces, se decía a oscuras, sudando, con un ardiente reguero de vómito acuoso por la garganta y el corazón latiendo como una dínamo averiada. ¿No notaba cierta opresión en el pecho, la banda de hierro que anunciaba un ataque al corazón? Se quedo sentado, inmóvil, atento solo a las incontrolables sublevaciones de su cuerpo, y al cabo de unos instantes su hipocondría también se apaciguó.

Alargó la mano para coger el reloj de la mesilla de noche. Su visión, o tal vez fueran solo sus ojos, tembló ligeramente antes de que lograra enfocar las manecillas luminosas verdes. Eran las ocho menos diez. A pesar de todo, había conseguido dormir la noche entera de un tirón antes de que el ardor de estómago lo despertara; no había tenido que levantarse a hacer pis. Eso, de regalo, pensó. «Cuando medias la treintena, la noche es una condena», solía decir Richard, el amigo de David; ese era su único principio, prácticamente. David tenía treinta y seis años. Y hacía diez que,

como decía Richard, sus noches eran una condena. Achacó a la bebida ese estado de inconsciencia tan prolongado y poco habitual.

Al cabo de un rato se obligó a levantarse de la cama y envolvió su mole en una *yukata* de algodón azul. Buscó el fajín: podría estar en cualquier lugar en ese caos de piso, y al final se cruzó con fuerza la bata en la barriga. Arrastró los pies por el piso, apartó de una patada el trozo de un envoltorio de comida que había en el suelo de la cocina, donde había caído la noche anterior sin que él hubiera hecho nada al respecto. Aunque cuando se acostó no pensó que estuviera borracho, en ese instante se notaba borrachísimo. Sería el cansancio. Esa mañana podría coger el coche a Londres sin problemas. Giró el grifo y el agua empezó a correr. Una taza de café y estaría perfectamente bien para el largo viaje hasta Devon. Mauro contaba con que lo recogiera a las nueve y media en su piso de Clapham; David supuso que no alcanzaría a llegar puntual, pero Mauro podía esperar.

David cerró el grifo con el que controlaba la entrada de agua fría y caliente y se metió en la bañera. Fuera, arriba, el estruendo de un helicóptero de la Policía. Cada vez era más frecuente que las noches de los viernes o los sábados te despertara un helicóptero que sobrevolaba St. Albans observando con sus rayos infrarrojos o ultravioletas, o como se llamaran, a algún bellaco con una bolsa de maría en un coche robado. Las bellaquerías y los helicópteros en plena noche habían sido dos de los motivos principales por los que los padres de David se habían mudado a su remota aldea de Devon el año anterior. David imaginaba que en todas partes pasaría lo mismo: sirenas, helicópteros, coches robados, ruido y caos. Nunca antes había oído el helicóptero de la Policía un sábado por la mañana a la hora del desayuno. En ese instante, David cayó en la cuenta de que fuera estaba inexplicablemente oscuro.

Terminó de lavarse con el jabón de lavanda sumergiéndose y resoplando y destapándose la nariz en la bañera, igual que una morsa aceitosa; se lavó el pelo con lo que quedaba del champú de flores de naranjo. Se deslizó hacia atrás y metió la cabeza bajo el agua para mojarse la cabeza, operación que repitió para aclararse el pelo. En el baño no había reloj, y el de la cocina, justo encima de la

placa, bajo un grueso ceño de grasa que había ido depositándose, hacía siete meses que necesitaba pilas nuevas. Para ser las ocho, y en esa época del año, estaba todo muy oscuro. Con dificultad, David fue reuniendo toda la información y empezó a dudar. Se envolvió en una toalla y regresó a su habitación pasando por la cocina, que estaba oscura como la boca del lobo. Encendió la luz de la mesilla de noche y, fijándose en el caos de las sábanas y el nórdico, cogió el reloj. Eran las dos menos cuarto de la madrugada. Habría sujetado el reloj cabeza abajo confundiendo… ¿qué? Resolvió su duda: las ocho menos diez con la una y veinte.

Un nuevo elemento que debía incorporar a sus terrores nocturnos, que tendría que sumar al ardor de estómago, el insomnio, el miedo a la soledad de las tres de la madrugada, la miseria, arder en el infierno y la atención de las autoridades, que de momento había logrado sortear, por alguna que otra negligencia. Y también estaba la perspectiva de morir mientras dormía por estar hecho un gordo de mierda; ese era bueno. Y al resto de terrores cabría añadir las altísimas probabilidades de que, a partir de entonces, pudiera despertarse en cualquier momento, confundirse de hora, lavarse, vestirse y, probablemente, hasta salir de casa convencido de que el reloj estaba bien orientado. No era de extrañar que se sintiera algo borracho y aturdido: apenas hacía una hora y cuarto que se había acostado. Las personas normales como Mauro estarían durmiendo; a las personas normales como Mauro, con esa resplandeciente sonrisa y esos ojos negros y ese torso afeitado que a la mano que lo recorriera ya le empezaría a picar, las estarían lamiendo de arriba abajo y les estarían regalando el mejor sexo de su vida, un sexo que esa semana ya habrían practicado con varios ligues. Eso era lo que las personas normales como Mauro andarían haciendo a esas horas de la madrugada. La idea mantuvo a David con los ojos perdidos en la oscuridad mucho después de que hubiera apagado la luz de la mesilla. No podía entender por qué le había pedido a Mauro que lo acompañara a casa de sus padres y se hiciera pasar por su nuevo novio.

2

David conocía a Mauro desde hacía solamente ocho meses. Tres parejas —unos amigos, unos conocidos y unos colegas— habían anunciado, cada una por su lado, que iban a casarse aprovechando el cambio de legislación. «Será una cosa muy íntima», se habían disculpado las tres a David justo antes de no invitarlo. Cada vez que David se enteraba de que alguien se prometía o se casaba, quedaba sumido en la melancolía. Tiempo atrás, la vida gay le había parecido una gozosa sucesión de nombramientos, ceses y cambios de cartera en los que todo el mundo pasaba épocas de soltero y luego se emparejaba durante una temporada. Si te quedabas quieto con una sonrisa en la cara, antes o después te tocaría el turno de que te la besaran.

La introducción del matrimonio entre dos hombres y entre dos mujeres había abierto un boquete en la teoría de David. Ya no podía seguir sosteniendo que los miembros de las parejas que conocía se encontraban en un paréntesis entre periodos de soltería inevitables. David había dado por sentado que cualquier relación era concebida por sus protagonistas como una más de una serie indefinida, algo muy provisorio. Esa convicción suya se debía a que pensaba que, tarde o temprano, cuando ya hubieran agotado todas las posibilidades, sus conocidos gays decidirían recurrir a él como pareja. Y el descubrimiento de que esas personas entendían la relación que mantenían como algo permanente había dejado a David estupefacto. Los intercambios y las transformaciones que tan habituales habían sido entre sus amigos en la veintena dieron paso a una felicidad enclaustrada. David no volvió a verlos nunca más; se habían desvanecido tras la verja del jardín y el catálogo de Heal's.

Ya habían pasado dos años desde la última vez que se había ido de vacaciones con alguien, y ese alguien había sido su madre. (Ella siempre había querido ir a Venecia, y allí fueron, antes de que ya no pudiera andar, había dicho ella; iban chocándose, iglesia tras iglesia, con un espejito que sujetaban como si fuera la bandeja de té mientras inspeccionaban los frescos de los techos, murmurando disculpas educadas y solícitas. Cualquiera los habría tomado por marido gordo y mujer.) Hacía un año de su última relación sexual con un hombre, y la penúltima se remontaba a 2005. Ambos habían

sido gigolós; los había escogido en un catálogo online, le había dado vueltas al asunto durante varios días, los había llamado desde St. Albans y luego había ido a verlos a su apartamento en Earls Court y King's Cross. En ninguno de los dos casos había sido un éxito. En el segundo no hubo parte del cuerpo de David, por minucioso que fuera el escrutinio a la que se la sometiera, que lograra provocar una erección al profesional, así que el gigoló cerró los ojos tratando, tal vez, de pensar en una carne más incitante, pero no fue capaz de arrancarle a la suya respuesta alguna. Al principio David trató de ser educado, luego quiso transmitirle su apoyo, después se mostró comprensivo y, más tarde, un poco malicioso.

—No soy yo —había dicho el gigoló—. No soy una máquina, sabes. Eres tú. No puedo hacer nada con alguien tan gordo como tú.

David se tomó la reprimenda con humildad; se vistió, le pagó de todos modos y se dirigió a la estación de tren para volver a casa absorto en los pensamientos de costumbre.

—Vaya, por supuesto que no vas a encontrar a nadie sentado esperándote en St. Albans —le dijo su amigo Richard cuando David le contó parte de la historia—. Tus padres ya no viven allí. Las únicas personas a las que conoces son las que estudiaron contigo.

—Y el tipo de la licorería —añadió David, siempre dispuesto a bloquear cualquier comentario certero sobre los defectos de su vida.

—Sí, ya me lo suponía —dijo Richard—. Todos bebemos demasiado. Nuestros padres nunca bebieron… Bueno, ahora sí que beben, como cosacos, pero a nuestra edad no lo hacían nunca. ¿Qué nos está pasando para que nuestro mejor amigo sea el tipo de la licorería?

—No lo sé —respondió David impaciente, pensando que con esas conjeturas sobre el estado de la existencia moderna estaban yéndose por las ramas—. En todo caso, no voy a empezar una relación con el tipo de la licorería.

—Tienes que esforzarte un poco —dijo Richard—. Hoy en día existe una cosa que se llama el ambiente. Se da en las grandes ciudades… Londres, Manchester…, donde sea. ¿No has oído hablar del barrio gay de St. Albans? Hay bares, hay clubes, hay chicos que

van tan puestos que hasta se acostarían con un gordo de mierda como tú.

—Gracias.

—No hay de qué. Nunca se sabe, hasta podrías conocer a alguien a quien le gustaras tal y como eres. Aunque parece bastante improbable.

—Podrías ponerme delante de quinientos gays borrachos, que no sabría cómo ponerme a hablar con ninguno —dijo David—. No sé. No sé cómo he sido capaz de conocer a nadie, de verdad.

—Pues bien, yo sé cómo se empiezan las conversaciones en un club —sugirió Richard—. Tú llévate un frasquito de popper y ve inhalando de vez en cuando. Te asombrará lo popular que puedes llegar a ser.

—No soporto esas cosas —dijo David.

—Eso lo dicen todos. Es increíble la de chicos que se apuntan a inhalar del botecito marrón que les ofrece un viejo gordo cuando ya son las tres de la mañana. Hazme caso, en serio.

—Tengo que volver al trabajo —se excusó David; estaban hablando por teléfono en pleno día, Richard en su despacho y David a su mesa.

La compañera-jefa de David, Dymphna, iba levantándose de vez en cuando a pasear arriba y abajo por el pasillo enmoquetado; no es que mirara en su dirección, exactamente, pero sí que iba y venía mirándolo. Como si en ese despachito donde solo estaban los dos no hubiera oído la conversación de principio a fin, como si tratara de actuar como una jefa.

Richard vivía en Londres; era diseñador gráfico. David admiraba el modo en que, sin más arma que una licenciatura en francés, había terminado en un despacho blanco con inmensas mesas blancas como icebergs, nadando en el espacio de una antigua iglesia metodista reformada. Por lo visto, y al igual que David, Richard también se había olvidado de todo el francés que un día supo. Con su traje oscuro, su camisa blanca, la cara bien cuidada y un cabello entrecano que llevaba muy corto, no se parecía en nada a ese chico de escuela privada y dicción militar que, diecisiete años antes, venció todas sus reservas la noche en que, en el dormitorio del

decimoquinto piso de una residencia de estudiantes en Reading, le confesó a David sus imposibles deseos sexuales. Él era muy diferente excepto en una cosa. Y llegado el momento se había negado a ejercer su naturaleza sexual con David, aun a las cuatro de la mañana, aun borracho. A David no le hacía falta preguntar: volvería a negarse, desde luego.

Richard vivía en Parsons Green, en un piso que pintaba de blanco cada dos años, cuya decoración se replanteaba cada cinco y al que cada treinta y seis meses se mudaba un brasileño nuevo. Eran cambios trepidantes de un brasileño a otro, como si, en una especie de juego del paquete brasileño, siempre le tocara a él llegar al último papel y fuera él quien se quedara con el regalo. El proceso tenía lugar sin que mediara ningún intervalo aparente de celos o desesperación. David no tenía ni idea de cómo había conseguido mantener la amistad con tamaño prodigio de hombre, tamaño regalo, tamaña adquisición, y los amigos de Richard, en las excepcionales e inevitables ocasiones en las que coincidía con ellos, daban la impresión de compartir aquella opinión. David, por su parte, había vuelto al pueblo de su infancia al terminar la universidad y allí se había quedado, haciéndose pajas, más que nada.

—Ven y quédate a dormir aquí —dijo Richard—. No puedes volver a St. Albans el sábado por la noche. Sal y píllate un pedo, a ver qué pasa. Puede que ni tengas que quedarte en mi casa. Es probable que recibas una oferta mejor.

Al cabo de unos días, cuando David propuso una fecha, Richard se excusó:

—Qué mala suerte. Rodrigo —el atronador carioca de turno—, tiene reservada esa fecha en la agenda desde hace meses. El cumpleaños de su mejor amigo. No habrá manera de escaquearse, me temo. Ya hemos tenido que cambiar de fecha tres veces.

—¿Y la semana siguiente? —preguntó David mientras pensaba que el cumpleaños del amigo del novio de Richard no podía llevar meses marcado en la agenda si habían tenido que cambiar tres veces de fecha.

—Vaya, todavía peor. Cuatro diseñadores gráficos y sus novios, unos contables australianos, vienen a cenar para examinar a Rodrigo. ¿Qué pasa en Australia con los contables? Aquí son los auxiliares de vuelo y los peluqueros. En Australia son los contables, por lo visto. No voy a hacerte pasar un mal rato. No, lo mejor será que cortemos por lo sano, vienes el sábado por la noche, nos tomamos unas copas por la tarde tan a gusto, tú te vas por tu camino, y el domingo nos reunimos tú y yo a la hora de comer para la disección y la autopsia, y a otra cosa.

—Mariposa —respondió David, decepcionado.

Sabía cómo terminaría el asunto.

Fue a Londres de todos modos. El brasileño —Rodrigo— se levantó con gesto cansino y perezoso en el salón en forma de L sin soltar el mando a distancia ni apagar el Grand Prix que pasaban en televisión; lo único que hizo fue bajar el volumen hasta dejarlo en el zumbido de una mosca.

—Hola, soy Rodrigo —le dijo tendiéndole la mano.

Al estrecharle la mano, David advirtió que tenía la palma sorprendentemente callosa para tratarse de un abogado, si es que era abogado, como aseguraba Richard.

—Hola, soy David —respondió David, sarcástico.

Trató de descubrir algo exento de erotismo en el aspecto de Rodrigo —descalzo y desnudo de cintura para arriba, con esos tejanos y ese apretón de manos de leñador—, pero no lo consiguió; de todos modos, ya lo había visto en dos ocasiones. A una mirada de Richard, Rodrigo se quitó de en medio y no volvió a aparecer hasta diez minutos antes de que se marcharan. Ninguno de los dos estaba vestido como para ir a una fiesta ni llevaba nada: ni un regalo, ni una botella, ni un ramo de flores. Al salir, Rodrigo y Richard con sudaderas muy gastadas, él con el conjunto para ir a la disco que acababa de comprarse, David tuvo un presentimiento: esos dos iban a ver *Soy leyenda* en la sala Odeon de Fulham Road. Hasta ese momento, todos los temas de conversación que Richard había sacado habían empezado con la frase «¿Te acuerdas?». Ser tan difícil de presentar resultaba bochornoso; David pensó en qué podría llevar a un club que alguien fuera a querer quedarse, y

durante unos instantes pensó en plantarse en el cine con sus mejores galas para ver *Soy leyenda*. O tal vez esa no; quizá *Posdata: te quiero*, otra película de la temporada que le apetecía ver.

Pagó la entrada en taquilla, el agujero pintado de negro que había a la entrada del club de Vauxhall. Atendía una rubia delgada que, arrastrando las palabras, le dijo «Gracias, cielo» mientras le marcaba el dorso de la muñeca con un sello de goma. David llevaba un par de botas negras viejas y muy cómodas, pero todo lo demás era nuevo: tejanos blancos, camiseta negra, cadena de plata. Todo muy disco, un pelín cursi, tal vez; y lo más importante de todo: adelgazaba bastante. Le había dicho a Richard que pondría rumbo al Soho para pasarse por los bares y había salido de casa con ellos. Al Soho había ido, pero se había metido en un café a leer un libro. No quería emborracharse. Luego entró en un sex shop y compró un botecito de popper como le había sugerido Richard. Richard sabía de lo que hablaba.

3

Pero el club estaba tirando a vacío. Todavía era temprano, claro está. La gente habría quedado para tomar la última copa en los bares del Soho o seguiría repantingada en pisos elegantes como los de Richard, metiéndose un par de rayas de cocaína o de ketamina o lo que se metieran. Llegarían pasada la medianoche, después de la una, probablemente. Pidió una copa y se la llevó a un rincón oscuro con vistas a la entrada de la pista, que temblaba y retumbaba con la música. En la pista vacía, un hombre bailaba y se retorcía; iba desaliñado, con una ropa excéntrica como de granjero, con algunas prendas más gastadas que otras, y tenía un estilo errático y descontrolado. David lo observó mientras bailaba; la gente iba llegando en grupos de dos o de tres, abalanzándose hacia la pista, prácticamente, pero luego se detenían como pájaros en un cable, examinaban al hombre que se había apoderado de la pista y se retiraban llevándose las manos a la cara para poder hablar discretamente, aunque nadie habría sido capaz de oírlos. Sobre la

pista de baile, en un extremo, un podio iluminado que alojaba al DJ; en el otro, una galería cerrada tras un ventanal: la sala VIP.

La pista no era demasiado espaciosa, pero por poca experiencia que tuviera, David sabía que en cuanto se llenara parecería grande. Aunque no parecía probable que fuera a llenarse nunca. Al cabo de media hora, el bailarín de pueblo con ojos de loco seguía solo en la pista; alrededor se agolpaban hombres que se llevaban la copa a la boca con las dos manos y se reían y lo señalaban. Unirse a ese hombre en la pista, ser el segundo, equivalía a reconocerse en su compañía, y eso, evidentemente, nadie quería hacerlo. Transcurridas unas horas, el segundo hombre en la pista de baile volvería a casa solo. En el corro hubo varios intentos de apuntar algún meneo, pero ya eran casi las doce y media cuando un hombre, la inconfundible estrella del lugar, salió a la pista y empezó a mover las caderas, y otro, y otros dos más, y, por fin, un grupo entero. Se había roto el maleficio, empezaba la noche.

A David le llevó otra hora unirse al baile: quería que su presencia se diluyera hasta pasar prácticamente inadvertida, quería colarse entre cien hombres en lugar de entre veinte. Ya se había visto una vez bailando en el espejo de una discoteca; había tenido la sensación de estar haciendo, en gran medida, lo mismo que los demás hombres, pero la horripilante visión fugaz de ese bamboleo osuno en el espejo acabó para siempre con cualquier ilusión que pudiera haberse hecho. Ahora iba dando pasos, sonriendo alegremente, y hasta hubo alguien que le devolvió la sonrisa y todo mientras le hacía sitio. La cosa no estaba yendo tan mal.

Que pudiera llegar a conocer a alguien en aquellas circunstancias, eso sí que ya no sabría decirlo. Una vez allí, su ambición se limitaba a tener algo que contarle a Richard por la mañana. Y al pensar en Richard se acordó de esos bultitos duros que llevaba metidos en la cinturilla del pantalón; sacó el botecito y, tras algunos torpes intentos, desenroscó la tapa. Se llevó el bote a una fosa nasal y luego a la otra y luego a la primera; solo experimentó mareo y náuseas. Volvió a metérselo en la cinturilla preguntándose cuándo podría marcharse.

—Me encanta el popper, me encanta, me encanta —le dijo una voz al oído—. ¿Puedo oler del tuyo?

Era un hombre menudo, pulcro y muy guapo, cejas negras sobre unos ojos negros y divertidos; llevaba el torso desnudo y era musculoso sin llegar a estar absurdamente desarrollado. Haría algunos días ya que se había afeitado el pecho, y David sintió la imperiosa necesidad de pasar las manos por la superficie rugosa, de sentir la textura suave y áspera. Pero lo que hizo fue darle el botecito. El hombre lo abrió sin dejar de mirar a David, inhaló una vez, dos, tres veces, cerró el bote apretando bien, se lo metió a David en la cinturilla y, aunque parezca mentira, le dio un pico en la mejilla.

Era Mauro.

—Entonces parece que funcionó —dijo Richard al día siguiente mientras daban cuenta de dos platos de pastel de pescado en un pub pijo del barrio, todo dorados y madera y cristal.

Disfrutaban de vistas sobre Parsons Green, el prado que, es de suponer, en su día perteneciera a un párroco. David esquivaba el reflejo que le devolvían los espejos del pub: resultaba más terrorífico que de costumbre. Richard tenía un aspecto ofensivamente sano, el aspecto de alguien que se hubiera acostado antes de la una sin haber bebido y que el domingo por la mañana se hubiera levantado para salir a correr. David no le preguntaría qué le había parecido la película.

—Digamos que funcionó —respondió David, cauto.

Si no hubiera funcionado, ¿por qué había aparecido a las nueve de la mañana con una sonrisa antes de saludar con la mano a Richard, que estaba sentado a la mesa de la cocina, y entrar en la habitación de invitados haciendo eses?

—¿Y bien? ¿Sabes cómo se llama? ¿Valió la pena? ¿Fue fantástico?

David recapituló. El taxi de vuelta con Mauro y su amigo, ¿cómo se llamaba el amigo? El rato que pasaron buscando la llave a tientas en bolsas y bolsillos sobre la acera de Clapham High Street y, por fin, la puerta que atravesaron, que quedaba entre dos tiendas: por lo visto, Mauro vivía encima de un salón de bronceado. El momento en que alguien había sacado un envoltorio de papel y David había

aceptado una raya de droga tras otra con el presentimiento de que al final habría sexo. El amigo, en peores condiciones que David o Mauro, dejó de hablar con lógica, después pasó a dejar de moverse y, por fin, volvió la cabeza hacia el sofá, se la cubrió con un cojín y empezó a roncar.

David y Mauro se miraron; sabe Dios qué tonterías habrían estado diciendo durante las horas que habían transcurrido. Mauro se levantó.

—Tú no me hagas ni caso —dijo, y entró en la habitación de al lado—. No te había visto nunca por ahí. Yo suelo ir con Susie. Trabajo con Susie. ¿La viste? Era la chica del vestido verde. Alta. Quiere hacerse lesbiana. Pedorra.

Mauro siguió hablando de naderías mientras entraba y salía del dormitorio. Cada vez que salía llevaba una prenda menos; David, echado en el sofá, miraba encantado mientras ese hombre menudo y moreno aparecía sin camisa, sin zapatos, sin calcetines, sin pantalones, con su inocente cháchara. Al final se quedó en unos calzoncillos de un blanco impoluto, sonriendo, atento y considerado como un trabajador de voluntariado. Mauro levantó el brazo derecho sobre la cabeza y tiró de él con el puño izquierdo. Desnudo, con el pelo que le florecía bajo la axila igual que un ramo de flores, bostezó, se rascó, movió la cabeza de un lado a otro y esbozó una sonrisa acuosa que no iba dirigida a David, exactamente.

—Ha sido fantástico —le dijo—. Llámame cuando quieras.

Le llevó su tiempo, pero finalmente David se puso de pie, decía un gracias-por-invitarme-a-tu-casa y, turbado, le daba un abrazo a Mauro.

—Gracias, Mister Popper —añadió Mauro—. Si quieres te doy mi número.

—Bueno —le decía David a Richard en el pub de Parsons Green—. Sí, sí que lo fue. Fue fantástico. No es que tuviera muchas esperanzas, la verdad, y…

—Esto siempre va así —explicó Richard—. ¿Lo volverás a ver?

David se planteó el asunto. La respuesta daba pie a muchas mentiras piadosas. Y también a la oportunidad de darle a entender a Richard y a tantísima otra gente que él, David, era una persona de

verdad; que no había razón alguna para que, aunque hasta ese momento no hubiera tenido novio, no pudiera tenerlo. No había razón alguna para que un italiano guapísimo y encantador llamado Mauro que de pie bajo el umbral en calzoncillos a las ocho de la mañana era una auténtica visión, no pudiera elevar la dignidad de David decidiendo llevárselo a la cama. Eso no lo había hecho ni lo haría, por supuesto. Pero con Mauro a su lado —aunque solo fuera una vez, si se las ingeniaba para lograrlo— lo mirarían con otros ojos. Desde luego que sí. Y, a fin de cuentas, él era una persona de verdad.

—Me dio su teléfono —respondió David—, así que imagino que lo volveré a ver.

—Qué pesadez —dijo Richard con admiración.

4

Cuando los padres de David le dijeron que querían irse de St. Albans, al principio no los tomó muy en serio. Se había acostumbrado a pasar a verlos una vez a la semana. Cuando su padre se jubiló, tres años atrás, organizó una fiestecita con unos pocos amigos, vecinos y colegas. Desde entonces, el apocamiento que impedía a David ir más allá del pueblo había aumentado hasta el punto de convertirse en una cuestión moral. Cuando su padre todavía trabajaba, la suya debió de ser una relación de dependencia en la que David se negaba a aventurarse en el mundo exterior. Tras la jubilación, no es que esa dependencia se invirtiera de la noche a la mañana, exactamente, como si le dieras a un interruptor; en realidad, David tuvo la impresión de que la larga marea de dependencia había llegado a punto muerto, a una suerte de equinoccio paternofilial, y a partir de ese momento empezó a retirarse lentamente sin que al principio apenas se advirtieran cambios en la vida de David.

Sus padres vivían en una cuidada casa de ladrillo. La puerta de entrada, azul, estaba protegida por un porche con una especie de celosía de estilo suizo. En verano, en el porche florecía una madreselva cuyo perfume llegaba al comedor pequeño y oscuro que

daba a la calle. David siempre asociaba el latigazo de una sonatina de Clementi al perfume de la madreselva; era el olor de quedarse aburrido en casa a los dieciséis o a los dieciocho años esperando el resultado de los exámenes, sabedor de que tu futuro ya lo habían decidido por ti, pensando en hombres siete veces por minuto. Cuando era pequeño, el porche de su casa le parecía extraordinariamente bonito, no había ninguno en su calle como ese; era igual que las casas que alguna vez había visto en una foto o en un rompecabezas. Su madre, por su parte, arreglada para salir con su fular de seda y su cuello con volantes, siempre le había parecido la más guapa y también la más simpática de las madres, muy distinta de las de los demás. Cuando cantaba con el coro villancicos en la iglesia o en algún concierto, o cuando el resonar metálico de sus zapatos se acercaba por el pasillo del colegio o del hospital, su sonido le parecía absolutamente distinguido, maravilloso, distinto de cualquier otro. Hasta bien entrada la adolescencia, David se consideró extraordinariamente afortunado y diferente a los demás.

La fiesta de jubilación la celebraron en el salón de la iglesia de la calle de sus padres. Ahora lo habrían llamado el centro cívico. Tal vez a ellos —a sus padres— les habría gustado dar la fiesta en casa, pero no eran capaces de relajarse ni con sus amigos. Las cosas se caían al suelo; la gente, hasta con la mejor de sus intenciones, se tomaba un par de copas y se apoyaba en una mesa que no servía para apoyarse. Así que organizaron la fiesta en el centro cívico. No era el lugar más acogedor del mundo. Los tres pasaron por ahí antes de hora para ir apagando alguna que otra luz, tratando de crear algo que recordara remotamente a un ambiente festivo, pero lo único que consiguieron fue bañar los dos rincones más alejados de la sala en el resplandor azul de dos fluorescentes y sumir el resto del espacio en la oscuridad. Y cuando los invitados llegaron, tantos como podía esperarse, pudo comprobarse que ni su padre ni su madre habían sabido calcular cuánta gente habría hecho falta para llenar un centro cívico de dimensiones medias. Tanto preocuparse las semanas anteriores, tanto pensar en cómo ir purgando la lista de invitados para que la situación resultara manejable, y llegado el momento resultó que no habría hecho falta. Los invitados, todos vestidos muy

elegantes, deambulaban en grupitos separados por distancias insalvables; recordaban a esos niños que, cuando están aprendiendo a nadar, forman islas, nerviosos, en el extremo menos profundo. David era, con mucha diferencia, el invitado más joven; su madre le había dicho que, si quería, podía llevar a alguien, les haría mucha ilusión, fuera quien fuera. Pero no fue nadie.

—No sé qué haríamos sin David —decía su madre.

Hablaba con la esposa del párroco; fuera su impresión certera o se debiera al peculiar y fallido intento de que la iluminación resultara agradable, a David le pareció que las dos llevaban el mismo tono turquesa. Ninguna parecía haberse percatado del asunto; de hecho, el vestido de la esposa del párroco, Philippa, ¿no era eso?, no estaba a la altura del de la madre de David, de mejor calidad y recién comprado.

—David es tu hijo, ¿verdad? —preguntaba Philippa; su cara regordeta y atractiva mantenía la expresión generosa e interesada que, probablemente, debía de constituir una condición esencial para su trabajo. O tal vez fuera generosa e interesada por naturaleza.

Con un gesto rápido, como si de un pájaro se tratara, Catherine cogió a David de la manga cuando pasaba por su lado.

—¿Conoces a nuestro hijo? —preguntó.

—No sabría decirte —respondió Philippa.

—No sé lo que haríamos sin él —volvió a decir Catherine—. Somos tan afortunados de tenerlo cerca. Dependemos tantísimo de él.

Philippa sonrió y, con un breve sobrecogimiento, David se dio cuenta de cómo iban a ser las cosas a partir de ese momento. Su madre llevaba varios años diciendo esa misma frase, que no tenía ni idea de qué harían sin él, y mientras su padre trabajó, la intención que escondía la afirmación estuvo clara para todo el mundo: el hijo, pegado a las faldas de su madre, incapaz de alejarse más de un kilómetro de casa de su mamaíta, podía parecer el auténticamente dependiente, situación que esas declaraciones tratarían de ocultar invirtiendo la situación. Pero con la jubilación de su padre las palabras de su madre empezaban a ser ciertas. Todavía no del todo, ni al día siguiente tampoco, pero dependerían de él en los años venideros. Y cuando su madre pronunció esa frase en la fiesta de

jubilación de su padre, a las mujeres de los pastores metodistas les pareció, en buena medida, cierta.

—¿Te sirvo más, Philippa? —preguntó David.

—Muy amable —respondió Philippa, y David se sintió adulto, hablando con adultos.

5

Resultaba poco convincente, por supuesto. Pero David creía que, ante el mundo exterior, la decisión de vivir en su piso, uno de los seis apartamentos en los que habían reconvertido una antigua casa victoriana que quedaba justo detrás del cementerio de la catedral y a cosa de un kilómetro del porche de estilo suizo de la casa de sus progenitores, no aparecería como la lamentable claudicación ante lo inevitable de un aspirante a chupapollas gordo y miedica, sino como la opción de un hombre consciente de sus deberes en la vida. Se despreciara o estuviera plenamente convencido de haberse salido con la suya a los ojos del público, David se daba perfecta cuenta de que su trabajo horrible, su piso anodino y su decisión de vivir en ese pueblo en vez de hacer lo que hacía todo el mundo y dejar atrás su hogar y sus influencias, no iban a cambiar hasta que uno de los dos muriera.

Eso no lo había pensado cuando su madre y su padre le dijeron que ese sábado no comerían con él como de costumbre; iban a pasar el fin de semana en casa de la antigua secretaria de su padre. David no recordaba a esa secretaria; nunca había prestado demasiada atención a lo que su padre contaba del trabajo. Por aquel entonces, cuando iba a almorzar con ellos el sábado, dejaba que su padre viera *Tribuna deportiva* o como quiera que se llamara ahora el programa, y se sentaba con él en cordial silencio. La conversación no arrancaba hasta que su madre entraba con la sopera o el cazo: le gustaba que las del sábado fueran comidas especiales, y solía aprovechar las espaciadas pero regulares visitas de David para experimentar en la cocina, algo que, entre semana, su padre no acogía con agrado.

—No te olvides —dijo desde el umbral de la puerta ataviada con el delantal de su padre, un viejo delantal plastificado con una bailarina de striptease con borlas auténticas en los pezones; estaba pensado para que se lo pusieran los hombres en las barbacoas y resultara gracioso, pero sus padres se lo habían apropiado para las tareas de la cocina, y cuando su madre se lo ponía, en vez de gracioso, que tampoco era el efecto esperado, resultaba un lúgubre recordatorio del paso del tiempo—. No te olvides de que el fin de semana que viene no estaremos.

—¿Por qué? ¿Adónde vais?

—Pensé que tu padre ya te lo había contado. Nos vamos a Devon de fin de semana. ¿Se lo contaste, Alec? Me pareció oírte contándoselo.

—Se lo dije —respondió Alec—. ¿Lo estás viendo?

David tardó unos instantes en comprender que su padre hablaba con él. Apartó los ojos de la televisión, hasta ese momento no se había dado cuenta de que la estaba mirando, y mucho menos del grado de excitada concentración que le dedicaba. Era un programa de gimnasia masculina, y David se sonrojó.

—No —contestó— Pensaba que teníamos puestos los deportes por ti.

—Vaya tontería. Catherine, esto iba a preguntártelo… Si nos vamos el jueves, ¿tienes a alguien para que cubra tu turno del viernes por la mañana en la catedral?

—Todo arreglado —dijo su madre; se refería a su trabajo de voluntaria en la tienda benéfica de la catedral.

La semana de David había quedado desbaratada por el viaje de sus padres a Devon, a un pueblo llamado Cockering, a casa de la antigua compañera de trabajo de su padre y su marido. A David eso no le gustaba. Durante la comida del sábado solía refunfuñar; solía darles consejos sobre esto y aquello, se interesaba educadamente por sus triviales actividades de jubilados y por las horribles amistades que frecuentaban. En realidad, alguna noche entre semana había tenido que contenerse para no recorrer el escaso kilómetro que lo separaba de la casa de sus padres. No lo movía la soledad ni su inutilidad en la cocina ni el amor por sus padres: David

no era capaz de soportar la visión del caos de su piso y se acordaba con auténtica nostalgia de la casa de sus padres, limpia y calentita, con las cosas justas, ni atiborrada ni deprimentemente vacía; nunca había nada por el suelo, y el cesto de la ropa sucia nunca rebasaba la mitad de su capacidad antes de que lo vaciaran y se encargaran de su contendido; lo que jamás sucedía era que alguien terminara esparciendo la ropa por el pasillo camino al baño, por la cocina y hasta por el vestíbulo, la sala y el dormitorio. Eso era lo que siempre sucedía en el piso de David. Desde hacía un tiempo, la situación había llegado a tal punto que no podía ni plantearse la idea de contratar a una asistenta para que se encargara del asunto, y hacía años que no invitaba a nadie a su casa, ni siquiera a sus padres. Uno siempre podía presentarse por sorpresa en casa de sus padres, aunque él nunca lo hacía; y ese sábado los echó de menos.

Lo pasaron bien, le dijo su madre. ¿Qué habían hecho? Hablar de los viejos tiempos, y también fueron al pub. Sí, lo habían pasado realmente bien. La zona era tan bonita…, bonita de postal. Pero aquello estaba muy muerto. Y la gente de Devon parecía un poco lenta. Cierta cautela, cierta reticencia en el tono de su madre al teléfono llamó la atención de David, y se preguntó sobre aquel fin de semana.

—Ella es muy simpática —dijo su padre—. Siempre sentí debilidad por ella. Siempre fuimos grandes amigos. Y Ted tampoco está mal…

—Él es encantador —dijo su madre en tono de reprobación—. De verdad. Tu padre solo quería sentarse a cotillear con Barbara sobre gente de la que nadie sabía nada, y Ted no dejaba de interrumpir, como es natural. Estaba en su perfecto derecho, en su casa, con su mujer y un invitado poniéndose un poco pesados. Es realmente encantador. El domingo por la mañana antes de comer, como se dio cuenta de que no había nada que hacer, de que más valía que dejáramos solos a tu padre y a Barbara para que se desahogaran, dijo: «Vamos, Cathy (me llamó Cathy, pero no hay que tomárselo mal, de verdad), vamos a dar una vuelta en coche y así dejamos que esos se encarguen del almuerzo». Y fuimos hasta la costa y les echamos pan a las gaviotas, y cuando volvimos ya habían acabado con todas las personas con las que habían trabajado y habían

preparado un pastel de carne delicioso para el almuerzo. Ted es encantador, no le hagas caso a tu padre.

Al cabo de dos semanas, David fue a Londres a comprarse unos zapatos. Negarse a comprar zapatos en St. Albans era una de sus pequeñas señas de amor propio; en el Marks & Spencer de St. Albans solo compraba camisas de algodón blanco comunes y corrientes y jerséis de pico lisos, nada más. Se tomó la tarde del viernes libre y a las seis se reunió con Richard en un bar de Rupert Street. La disposición de los taburetes seguía el perímetro acristalado del bar, en todos había un hombre sentado, solo, leyendo la revista gay gratuita que distribuían los bares o enredando con la aplicación de mensajes del teléfono móvil. Un pobre infeliz tenía el portátil abierto y buscaba algo en internet. Hasta David se daba cuenta de que más les valdría apagar sus dispositivos alimentados con batería, volverse los unos hacia los otros y empezar a hablar. Pero Richard todavía no había llegado, así que, después de pedir una copa que tampoco le gustaba demasiado —Campari con soda— para darse un aire interesante, se sentó en un taburete vacío mirando la calle, sacó el móvil y se puso a escribirle un mensaje muy largo a Richard, una entrada de diario, casi, para matar el rato.

—Lo siento, lo siento —dijo Richard cuando entró, agitadísimo, colorado y con un tupé—. No me lo puedo creer. Un puto viernes por la tarde y el puto cliente que llama y me dice que no acaba de encajarle, que tenemos que darle otra vuelta pero ya mismo, y Belinda dice que perfecto, atención, chicos, el lunes por la mañana vienen a ver los resultados, los nuevos resultados. Y yo digo que nos vayamos todos a casa y no hagamos una mierda y les presentemos el mismo material, a ver si se dan cuenta. Pero dice Belinda que eso no serviría, por lo visto. ¿Cómo estás, cielo? ¿Te has comprado unos zapatos preciosos?

Después de ir a buscar las bebidas y de que Richard saludara a un par de conocidos, exes, rollos fortuitos o lo que esa gente fuera, se sentaron en su rinconcito. Richard mantenía los ojos clavados en la cara de David sin dejar que su mirada se perdiera por la sala. David sabía que debía tomárselo como un cumplido, que durante la hora siguiente Richard sería todo suyo, por muchas oportunidades que se

presentaran dentro de su campo de visión. Tan ostentoso halago le pareció a David ligeramente insultante, como si la existencia de algo más interesante en algún otro lugar del bar fuera una verdad absoluta fuera de discusión. Se puso a hablar de sus padres.

—Y esta mañana me ha llamado mi madre —concluyó—, dice que vuelven a Devon, el fin de semana que viene. Nunca van a ningún sitio.

—No estás siendo justo —dijo Richard—. Me acuerdo de cuando fueron a Normandía hará cosa de un par de años. Y tú fuiste a Florencia con tu madre, ¿verdad?

—Venecia. Bueno, da igual.

—¿Sabes lo que yo creo? —preguntó Richard—. Creo que están echando una cana al aire. Y no tiene por qué tratarse de ninguna historia de intercambio de parejas, ¿sabes?

—¿Qué?

—He dicho que no tiene por qué tratarse ni de intercambio de parejas ni nada de eso. Iban a Cockering, ¿verdad? Un nombre precioso.[3] A ponerse al día de las últimas novedades con unos viejos amigos; tu padre y el marido de su secretaria chocando esos cinco cuando, bien entrada la noche, se cruzaran en el rellano de la escalera, cada uno de camino del dormitorio del otro.

—Eres lo peor —dijo David.

—¿Qué? ¿No te referías a eso? Pensaba que de eso se trataba la historia, precisamente. Me parece un rodeo algo exagerado para dar con la pareja adecuada, pero…

—Richard, por favor…

6

David iba a casa de sus padres todas las semanas. Siempre se preocupaba de plancharse la camisa y de mirar bien que los tejanos y la camisa estuvieran libres de manchas y de agujeros: últimamente tenía el armario invadido de polillas. Se desviaba un poco para comprar una botella de buen vino en Oddbins, siempre era mejor recurrir a un establecimiento del ramo que a la tienda veinticuatro horas que le quedaba de camino. Solía dedicar un minuto a escoger

uno de los libros que había terminado de leer, uno que le hubiera gustado, para prestárselo a su madre. Era un buen hijo, tanto sus padres como él mismo podrían comprobarlo por sus costumbres.

—De momento solo estamos mirando casas —le decía su madre—. Todavía no hay nada decidido.

—¿Todavía no hay nada decidido? —preguntó David. Le entraron ganas de echarse a llorar. Cuando la gente decía que no había nada decidido es que ya habían dejado atrás su vida actual—. No sé… El riesgo me parece enorme.

—¿El riesgo? —preguntó el padre de David—. No sé.

—No es que vayamos a mudarnos lejísimos —dijo su madre—. Tampoco es tan aventurado.

—Lo que pasa es que… —David puso en orden sus pensamientos. Eran sombríos—. Lo que pasa es que ya no sois tan jóvenes como antes. ¿Qué pasará si a alguno le sucede algo? En un sitio nuevo no tendríais a nadie. Aquí estáis rodeados de conocidos. Si se presentara una emergencia, ¿quién os ayudaría en… en…?

—Hanmouth —dijo su madre—. Bueno, ya te entiendo, pero me parecería una lástima no mudarnos mientras todavía disfrutamos de plenas facultades…

—David tiene razón —replicó su padre—. Tenemos que pensar en eso.

—Dentro de diez años ya será demasiado tarde —le explicó su madre, paciente—. El caso es que somos totalmente capaces de hacer nuevos amigos. Es un pueblecito muy animado. Tiene clubs de lectura, un Instituto de la Mujer, una patrulla vecinal. La gente se pasa el día entrando y saliendo de la casa de los vecinos, eso se veía a simple vista.

—Tú odias el Instituto de la Mujer —dijo David al borde de las lágrimas.

Durante unos terribles instantes, David pensó en la posibilidad de mudarse a Devon, tal vez no al mismo pueblo que sus padres, sino a otro, a algún pueblecito costero desde donde ir a verlos todos los sábados. Se contuvo.

—No sé por qué te pones así —dijo su madre—. No es propio de ti. Cualquiera diría que estamos pensando en irnos a la Patagonia.

Queda solo a tres horas de coche. Si nos apeteciera, prácticamente podríamos plantarnos aquí a la hora del almuerzo.

Durante los meses que siguieron, el proceso pareció estancarse. No volvieron a tocar el tema, aunque en tres ocasiones la rutina quedó trastocada porque sus padres habían bajado a Hanmouth. David advertía una incomodidad creciente entre ellos; después de aquella primera conversación, no volvieron a decir ni pío sobre su idea. David se maldecía por ello: si hubiera sido un poco más listo y les hubiera brindado su apoyo, lo habrían mantenido al tanto; puede que hasta lo hubieran invitado a acompañarlos para echarle un vistazo al lugar.

Hanmouth ocupaba sus pensamientos. David parecía la esposa abandonada incapaz de pensar en algo que no fuera la amante recién descubierta. Al cabo de una o dos semanas, cedió a la tentación y buscó la página web del pueblo para echarle un vistazo. La página la mantenía un pescador aficionado del lugar cuyas ideas sobre lo que podía resultar de interés para el mundo exterior, bastante curiosas, consistían en buena parte en anécdotas personales sobre la meteorología costera de décadas pasadas. «La gran Tormenta de 1954 quedó durante mucho tiempo en el Recuerdo de Hanmouth, trasladando los Bancos que en la actualidad se elevan paralelos a Wolf Walk hasta Mar adentro en el transcurso de una Sola noche.» El desigual estilo del pescador aficionado era una vergüenza para el pueblo entero; sus padres no podían estar considerando seriamente la idea de mudarse a un lugar con un uso de las mayúsculas tan peregrino y un nivel cultural tan bajo. Pero las fotografías eran preciosas: un pueblo ridículamente pintoresco con casitas pintadas de blanco y, alzándose sobre el estuario, una iglesia construida en un promontorio que se adentraba en el mar, con su camposanto ajardinado y su tejo. En la página también había retratos de varias personalidades del lugar: tres carniceros con su bata blanca, una chica en la tienda de quesos que, con una sonrisa intrépida, ofrecía el Stilton que había en la punta de un cuchillo, una señora regordeta y sonriente con las gafas apoyadas sobre el pecho y una estantería de libros marrones a sus espaldas en representación de la librería de viejo, un grupo entero de voluntarios

delante de la tienda de beneficencia de la Patrulla de Salvamento Marítimo de Devon y media docena de pescadores jubilados con sus hijos y cinco nietos rubios. Los hijos tenían un aspecto vergonzosamente próspero, y los nietos no les iban a la zaga. «Las siguientes fotografías fueron Tomadas en Julio de 2004 durante una Salida en la Avioneta de unos amigos mostrando Hanmouth desde el Cielo.» Sus padres, de eso David estaba seguro, no conocían a nadie con «Avioneta» —el analfabetismo acrecentaba sus oscuros presagios—, y él tampoco, desde luego. Siguiendo una idea, hizo una búsqueda y encontró a varios agentes inmobiliarios de Hanmouth.

—¿Están listos esos textos de contra para China? —le preguntó la jefa a gritos desde el extremo más alejado de la sala que compartían —. Contaba con poder echarles un vistazo hoy.

—Sí, ya casi están —dijo David mientras investigaba los precios de las casas de Devon.

Al cabo de cinco minutos se cruzaba de brazos, contento. Eso no iba a pasar. No sabía exactamente cómo andaban de precio las casas en St. Albans, pero estaba bastante seguro de que no alcanzarían las cifras de siete dígitos de ese pueblecito de Devon. Se preguntó si sus padres no lo habrían descubierto todavía: un vistazo al escaparate de alguna inmobiliaria revelaría, sin duda, lo inconveniente del lugar. Esperaba que no fueran a mudarse a algún sitio horrible solamente por cambiar de ambiente.

—Hoy pareces de buen humor —dijo su madre cuando el sábado llegó a la casa a la hora de comer con un jersey nuevo, una camisa planchada y hasta corbata—. He hecho pastel de carne. Y esta semana hemos visto un piso que nos gusta mucho. Tenemos la descripción aquí para enseñártela.

7

Al cabo de una semana de haber conocido a Mauro, David cogió el teléfono y lo llamó. No hacerlo habría resultado casi imposible. Necesitaba que la realidad casara con la imagen que él había transmitido. Richard y, suponía, Rodrigo, no solo creían que había

conocido a un hombre en el club, sino que también estarían convencidos de que se había acostado con él de un modo bastante satisfactorio. Esa era la imagen que David había dado para salvaguardar no tanto las apariencias como los sentimientos de Richard; al fin y al cabo, se había tomado muchas molestias por él. La dura experiencia le había enseñado que un novio inventado de cero, sin base alguna, nunca resultaba convincente. Se acordaba de un amargo episodio en el trabajo con Dymphna, a quien él había tomado por una amiga: al principio no le hizo las preguntas oportunas, luego empezó a hacerle demasiadas y, al final, repitió su historia desde el principio ante algunos espectadores mientras trataba de controlar el temblor de la risa. Pero Mauro era una persona real; el grado de intimidad que hubieran alcanzado no era asunto de nadie (se acordó de la visión de Mauro en calzoncillos en la puerta de la cocina, levantando el brazo izquierdo, bostezando y sonriendo medio dormido). Terminó contándole no solo a Richard, no solo a la vecina de abajo mientras los dos sacaban la basura al mismo tiempo, sino incluso a su madre, que había conocido a alguien y que la cosa estaba yendo bastante bien.

Luego se maldijo por habérselo contado a la vecina; al fin y al cabo, a Vanessa no le costaría nada enterarse, en caso de que quisiera investigar, de cuántas noches pasaba David en casa y cuántas noches su pesado andar llegaba acompañado de unos pasos más diestros y más entusiastas. Pero hablarle de Mauro a su madre había sido una buenísima idea. Para ser francos, la mudanza de sus padres, tres meses atrás, estaba íntimamente ligada a sus correrías por Vauxhall, por la pista de baile y por el apartamento hasta el que había seguido a un guapo italiano desconocido. Si no se hubiera sentido abandonado por el más insulsamente fiable de todos los elementos insulsamente fiables de su vida, es muy probable que David no se hubiera atrevido a dar el paso jamás. Esa separación de sus padres le había hecho ver su vida y salir en busca de algo mejor. En cierto modo, su búsqueda de un compañero con el que aparecer en público, búsqueda que esta vez se tomaba en serio, se debía a la sensación de que la relación que mantenía con sus padres podría mejorar enormemente si tuviera un novio que presentarles, alguien

sobre el cual hablar con ellos, esas cosas. Detalles como la plenitud sexual, tener un amante y todo el rollo erótico ese de la cara contra la almohada y un cuerpo pegado al tuyo tenían para David su importancia y su fascinación; pero también era capaz de apreciar el potencial social de volverse hacia un conocido en una fiesta y decir «¿Conoces a xxx, mi novio? (Ondas de ruido blanco en su cabeza ante la mera posibilidad de darle un nombre.) Eso le parecía lo más importante después de convencer a sus padres de que, después de todo, él estaba bien: eso es, sí, he conocido a alguien, sí, parece que la cosa funciona, sí, por supuesto, iremos a pasar unos días, cuando queráis, ya va siendo hora —aquí adoptaría un tono jocoso, viril, paternal, incluso—, ya va siendo hora de que conozcáis a mi chico.

—¿Sí? —dijo la voz.

David se presentó sin una sola pausa; lo que hizo fue farfullar el lugar, la fecha, la ocasión, las consecuencias y cinco detalles circunstanciales sobre su aspecto y la ropa que Mauro llevaba la noche que se conocieron y, finalmente, referirse a sí mismo como «Mister Popper» mientras miraba fijamente un espacio en blanco en la pared.

—Oh, sí —dijo Mauro—. ¿Cómo estás? Me alegro de tener noticias tuyas. —Al fondo se oyó una descarga, Mauro estaría pasando al lado de un martillo neumático, seguro, y David se detuvo para poder preparar su próxima frase y hacerse oír—. ¿Hola? ¿Hola? —repitió Mauro confundiendo ese silencio.

—Me preguntaba qué planes tendrías para el sábado —dijo David.

No resultó tan difícil, y al cabo de un momento ya habían quedado para tomar algo en Vauxhall y luego, si acaso, seguir en un club. No volverían al del otro día: los de seguridad le habían dado una paliza a Massimo y lo habían echado. ¿Por qué? David escuchó la historia encantado: Mauro avanzaba sin llegar a ninguna conclusión. Lo cierto es que David se había preguntado de qué hablarían si llegaban a encontrarse sobrios y a plena luz del día, y ahí tenía la respuesta. Todo iría muy bien.

8

Las perspectivas de mejora en la vida de David no eran demasiado halagüeñas. Trabajaba en una empresa que se dedicaba, entre otras cosas, a algo que siempre había que explicar tres o cuatro veces, y aun así la gente no acababa de entenderlo. Vendían textos en inglés a empresas extranjeras. ¿Traducciones, quieres decir?, le preguntaban. No, no exactamente: la jefa de David había descubierto —o, en todo caso, creía— que las empresas de todo el mundo se morían por textos en inglés que les aportaran un toque de distinción: el inglés era el lenguaje aspiracional por excelencia, tanto en Arabia Saudí como en China o en Paraguay. En camisetas, en folletos de las empresas, en contracubiertas de libros de bolsillo, en folletos turísticos, se requería el inglés no tanto para aportar significado como para añadir un aire de movilidad social, de clase, de iniciativa, de chispa, de dinamismo y toda la pesca. Los párrafos que David componía y revendía, al distribuir todo tipo de productos tanto físicos como lingüísticos en remotos rincones no anglófonos del mundo, no tenían que significar nada: tenían que vender. «Pero ¿no habla inglés todo el mundo?», le preguntaban; parecía ser que no. Había quien hacía preguntas más sutiles: «¿Y por qué no escriben ellos mismos en su inglés malo?». A lo que David respondía que los textos de su empresa de inglés deficiente y de inglés correcto poseían un mal estilo inconfundible. «Besa mi Mundo de Ensueño», así podía empezar un párrafo de los de David, y seguía en una tónica parecida. Como la empresa había hecho una incursión en el sector de la importación-exportación, a David el día también se le iba en otras tareas, pero tres o cuatro veces a la semana escapaba del mundo de las facturas y los certificados de aduana y los protocolos de los pedidos online para volver a Besar el Mundo de Ensueño», y escribía tonterías durante un par de horas.

Habían entrado en tratos con algunas empresas en Japón, donde Dymphna había pasado tres años enseñando inglés para extranjeros antes de terminar rindiéndose en aquella lucha desigual; y echando mano de chicos japoneses de lo más variopinto, decidió embarcarse en otro negocio. I AM BUTTERFLY CONNECT, LET EACH MAN DO HIS BEST AGILE SPORTS LIFE, INVITATION FOR THE PROUD LIFE, COCODRILE PROFUSION.[4] Había

uno del que David se sentía especialmente orgulloso; era, en su opinión, la culminación de lo que los fabricantes de camisetas japoneses buscaban y habrían querido inventar ellos mismos. Decía: SPANKING! SIZE CASE NOMADIC: YOU CAN FIND IT UP COMPLETELY. AT ANY TIME AT ANY PURPOSE, IN YOUR LIFE, STYLE. YHAT'S SOMETHING LIKE. Nunca había recibido noticias de ninguna de las empresas que conformaban su clientela, ni entonces ni cuando el negocio empezó a expandirse a otros mercados. Para David, su trabajo consistía, en cierto modo, en divertir a los turistas en Tokio y Shanghai. Le gustaba pensar que los cándidos japoneses que compraban y vendían sus eslóganes llevables participaban de la broma y disfrutaban con ella.

En los dos últimos años había habido novedades. Dymphna había vuelto de un viaje a China, donde había descubierto que a los adolescentes chinos de Pekín les gustaba llevar encima libros en inglés. El motivo había que buscarlo en la moda y no en la literatura, porque casi ninguno sabía leer inglés. Dymphna se preguntó si el contenido del libro tendría alguna importancia, y resultó que un adolescente con el pelo como un crisantemo naranja, jersey de cricket inglés y pantalones de cuadros escoceses se había metido en un lío por llevar un ejemplar de *Oscuridad a mediodía* de Arthur Koestler que algún turista con inquietudes políticas se habría olvidado en la habitación de un hotel. Si a los jóvenes se les podía garantizar que los libros que llevaban estaban libres de todo contenido político y que, además, se ajustaban a la idea que los chinos se habían hecho de los libros ingleses más que un libro inglés propiamente dicho, ahí había negocio, observó Dymphna.

Siempre podían publicar un galimatías incoherente, pero entonces levantarían las sospechas de las autoridades, que perderían el tiempo tratando de descifrar los códigos. ¿Y quién sabe qué podían desenterrar de entre las ruinas de un texto sin pies ni cabeza? Los libros podían ser auténticos, claro está, pero es probable que terminaran topándose con el asunto de los derechos de autor. Las obras antiguas estarían impresas en tipografías tan feas que los chinos no querrían enseñarles los libros a sus amigos y no habría manera de recuperar los costes de volver a componer el libro con una tipografía moderna. En general, la opción más barata consistía

en pagar a miembros de grupos de escritura creativa, y después a sus amigos, a sus hijos, a sus conocidos y a sus padres, para que se encargaran ellos mismos de escribir los libros y les cedieran sus derechos a perpetuidad.

David no escribía los libros: su tiempo era demasiado valioso y como empleado, le correspondía, al menos, el salario mínimo acordado. Pero sí escribía los textos que iban en la contraportada y los títulos. Aquella era la parte más importante: tal vez los chinos no llegaran nunca a abrir los libros, pero el título y la contraportada quedarían al alcance de las miradas llenas de admiración de los transeúntes de las calles chinas. David imaginaba a chinas de cabello lacio y brillante ataviadas con *qipaos* cruzándose ostentosamente por un iluminadísimo centro comercial de mármol y cristal ahumado con un Chanel de imitación a un brazo y uno de sus libros en el otro. A veces, un miembro del equipo creativo se quejaba de que su manuscrito ya tenía título, que era *Mamá me llamó zorra*. David explicaba entonces que el mercado chino de libros en inglés respondía mejor a determinados títulos, y el título en cuestión al que responderían era *Ruiseñor soñando un mundo abundante, sí, para siempre, sí*. A veces David abría alguno de esos libros y leía un párrafo, y con ese párrafo le bastaba: una catarata de autocompasión, introspección y afectación.

> Pero para quién estoy escribiendo, se dijo a sí mismo Moron Pranxfucker recorriendo a grandes zancadas las ruinas de una Nueva York posapocalíptica en ruinas. Suspiró mientras disparaba con su ametralladora a los zombis que avanzaban a gatas gritando y aullando amenazadoramente al mismo tiempo. Los rascacielos de Nueva York se alzaban ennegrecidos como gigantes fichas de dominó de una partida de dominó que terminaría destruyendo el mundo entero al derrumbarse una encima de la otra y una detrás de la otra. ¿Esto lo escribo para mí o para algún público que jamás entenderá mis palabras? ¿Estarán estos pensamientos dirigidos a alguien, o esto lo escribe alguien desde otro lugar?, se dijo Moron Pranxfucker a sí mismo. Sí, Moron Pranxfucker tenía razón tal vez por primera

vez en su vida, eso sin contar cuando, tres días antes, antes de que todo aquello empezara a suceder, había pensado que su novia Marlena Friendly era probablemente la mujer menos atractiva de todas las mujeres sobre cuyas tetas se había corrido. Tenía razón, porque alguien estaba escribiéndolo todo en otro lugar, y alguien, también, lo estaba leyendo, aunque Moron Pranxfucker no lo había leído ni lo leería nunca jamás. De repente, un zombi más grande de lo normal salió dando tumbos de una puerta cercana que, de repente, Pranxfucker reconoció como la puerta en ruinas de Macy's. El zombi se dirigió hacia Pranxfucker como una rata gigante que caminara sobre las patas traseras con los ojos encendidos, recordando a los zombis del video de *Thriller* de Michael Jackson, y Moron Pranxfucker le disparó a la cabeza una, dos, tres veces. Entonces la hijaputa dejó de tambalearse.

A obras por el estilo David les ponía títulos como *Luna antílope, te quiero* y *Arco iris besa al pájaro de la fortuna*, y a sus autores, en Irlanda del Norte, les enviaba cien libras para que pudieran seguir alimentando sus blogs literarios. Estaban encantados de que los publicaran en papel, aunque solo pudieran disfrutarlos personas incapaces de entender tres palabras en inglés seguidas. Algunos tenían un máster en escritura creativa. Si te parabas a pensar, era para echarse a llorar.

9

—¿Tienes planes para el fin de semana? —le preguntó Dymphna desde la mesa sin apartar la vista de una hoja de cálculo.

—Subo a Londres —contestó David—. He quedado con Mauro.

—Vale —dijo Dymphna.

Se detuvo durante un par de segundos y movió el cursor por la pantalla. No era propio de ella interesarse por la vida de David. Cuando le hizo la entrevista para cubrir el puesto, Dymphna se comportó como una niña que jugara a las tiendas, sentada detrás su mesa con unas medias de un rojo escandaloso y unas bailarinas con trabilla en el empeine que se abrochaba con un botón. David se

sentó en una silla al otro lado. En el transcurso del siguiente encuentro, Dymphna, libre ya de restricciones de tipo legal, le preguntó vagamente si tenía hijos. Él le había contestado que no porque era gay. Al cabo de un tiempo, él se enteró de lo que entonces había pensado Dymphna: que aunque a ella los gays le caían muy bien, esperaba que no fuera a andar restregándole el dato cada dos por tres.

—Pensaba quedarme en casa con Michael —dijo—. Ahora que Toby ya tiene casi tres años, creemos que ya está listo para un hermanito o una hermanita. Ya sabes que estamos buscando otro niño.

—Sí, ya lo sé.

—Y estamos justo en los días indicados del mes. Lo hemos calculado. Como el mejor momento para la concepción es el sábado por la tarde, mi hermana vendrá a sacar a Toby a los columpios entre las dos y las cuatro. Lo tenemos todo calculado. Supongo que tampoco es todo tan exacto, pero es posible determinar el pico de la ovulación con un margen de error de un par de horas.

—Ah, entiendo —dijo David—. No, solo saldremos a cenar, Mauro y yo. Y puede que al cine.

—Bien.

Dymphna trasladó una cifra de una casilla virtual a otra; la corrigió, volvió a colocarla donde estaba y la corrigió otra vez. Tarareaba una cancioncilla; a su manera, solía tararear cuando trataba de parecer profundamente concentrada. David llevaba ya siete años trabajando en la mesa de enfrente y nunca había conseguido identificar ninguna de esas melodías. Estaba convencido de que iba inventándolas según tarareaba: Dymphna no era de esa clase de personas que escucha música o se molesta en recordarla después. Ella habría dicho que, con marido y un niño de tres años, nunca encontraba tiempo para escuchar música, como por lo visto tampoco nunca encontraba tiempo para leer un libro o ver una película o interesarse por otros seres humanos con los que no mantuviera vínculos de sangre o matrimonio.

—Bien —repitió Dymphna—. ¿Terminarás hoy esos textos de la contra para China? Si los envío hoy, los tendrán allí cuando los

impresores lleguen a primera hora de la mañana.

—¿Cuántos son? —preguntó David—. ¿Cuántos quedan pendientes?

—No tengo ni idea. Les prometí diez.

David volvió a la pantalla de su ordenador y se puso a escribir: «La felicidad es el don que queremos todos. A veces te quedas en casa a esperar un regalo especial. El amor es algo maravilloso. ¿A ti te ha pasado? Debes decir a todos tus amigos que te preocupa que nadie te quiera. Entonces puede que el amor llegue, cuando ya no te quede ni confianza ni esperanza. Irrumpirá por la puerta cuando te invada la soledad y te cogerá entre sus brazos en un inmenso y cálido abrazo. Puede que te ame un hombre moreno y delgado o una bellísima mujer rubia. Pero el amor está por todas partes, esperando colmar tu vida de felicidad. Es como un fuego cálido y especial que arde en el corazón de lo más profundo de tu alma. Si abres las puertas de tu alma al amor y a la felicidad, descubrirás que el amor y la felicidad entran riendo de felicidad. Recuérdalo siempre —escribió David recordando a un hombre italiano que, en resplandecientes calzoncillos blancos, levantaba un brazo sobre la cabeza y bostezaba casi extático mientras le daba las buenas noches —, el mundo está lleno de amor y te ama».

—¿De dónde viene la expresión de «las entretelas del corazón»? —preguntó David.

—Ni idea —respondió Dymphna. Los dos miraban la pantalla del ordenador: David, lo que acababa de escribir y de enviarle a Dymphna, y Dymphna, lo que había recibido—. ¿Tendrá algo que ver con el endocardio?

—¿Qué es el endocardio?

Dymphna le dio la espalda a la pantalla y repasó a David de arriba abajo.

—Hoy hay uno que está de buen humor —dijo.

David supuso que se referiría a su impetuoso texto.

Mauro había propuesto para la cita un bar que David no conocía; después de buscar un poco por internet, le pareció un lugar del estilo del club donde se habían conocido, pero pensado para empezar la noche. David entró por la puerta lleno de vida; llevaba el

tipo de ropa a la que tantos ascos le había hecho la semana anterior, pero ahora tenía la impresión de que ese mundo lo aceptaba. Todo parecía marchar a la perfección.

Y como si quisiera confirmar la sensación de David, Mauro ya estaba allí, sentado en un taburete y hablando con el barman. David llevaba unos días preguntándose si lo reconocería, tan densa era la capa de recuerdos y esperanzas que había ido acumulando sobre sus auténticos rasgos, y lo único que le venía a la cabeza era esa única imagen del bostezar del fauno, con el brazo levantado y doblado sobre la cabeza. Pero lo reconoció, por supuesto, y cuando Mauro se volvió con un ligero temblor también reconoció a David.

—Soy un desastre —dijo Mauro—. Me he tomado la tarde libre, quería ir de tiendas, quería comprarme una camiseta, pero luego he pensado: no, qué pereza, y me he acercado al Soho y he entrado en un bar y luego en otro, con un amigo, ¿sabes?, y después él se ha quedado en el Soho y yo he bajado hasta aquí.

—¿Estás borracho? —preguntó David.

—Estoy borrachísimo —contestó Mauro—. Y solo son las seis y media. Llevo aquí desde no sé cuándo sin parar de beber. Lo siento mucho.

—No pasa nada —dijo David sonriendo. Mauro agachó la cabeza y se revolvió el pelo con las dos manos, luego se lo alisó, levantó la cara, meneó la cabeza y bebió otro trago de cerveza—. ¿Quieres otra? ¿O te haría falta comer algo?

—Sí, llévatelo —dijo el barman—. Me parece que un sándwich le hará mucho bien.

—Sí, comida —asintió Mauro.

Así que fueron a un restaurante portugués de la zona donde David comió unas chuletas de cordero y Mauro, estofado de pollo con algún tipo de alubias. Mauro no tardó en empezar a hablar con más coherencia, a contar historias, a despejar la cabeza a la luz del anochecer. Al cabo de cosa de un par de horas, una Coca-Cola tras otra, lo que decía ya tenía mucho más sentido; empezó a escuchar lo que David tenía que decir en vez de limitarse a asentir mientras hablaba. Su simpatía empezaba a despuntar como la boya sumergida que vuelve a emerger entre las olas. Así que volvieron al

bar de antes —David lo había invitado a la cena portuguesa, le pareció lo correcto— y se tomaron unas copas, y para entonces David ya tenía la sensación de que los dos empezaban a ir a la par. Se les unieron algunos amigos de Mauro, uno detrás de otro, y otros más les dirigieron vítores al pasar; a un hombre, una extraordinaria columna hecha de músculo cubierto por los retales de una camiseta de tirantes, la mera visión de Mauro y del recuerdo de un revolcón le arrancó el grito de hurra, o aleluya, o yupi, o de alguna otra antigua manifestación verbal de júbilo. Eran hombres a los que, en circunstancias normales no se habría atrevido a mirar en un bar; eran, lo advirtió, los héroes de ese bar en concreto, esa noche en concreto. Y lo trataban con mucha amabilidad. Se interesaban por él, reían cuando hacía alguna broma y bromeaban con él; compartían con él, divertidos, confidencias de salidas pasadas, y al hablar de las venideras daban a entender que David los acompañaría. De un modo u otro se habría ganado el visto bueno de Mauro, que lo había integrado en ese fantástico grupo, y David, allí de pie —mientras trataba de esquivar su reflejo en el espejo que había detrás de la barra—, se habría dicho un hombre apuesto y seguro de sí mismo entre otros siete hombres. Mauro resplandecía de algo parecido al orgullo; pensándolo bien, a David podría darle la impresión de que Mauro se alegraba de haberlo conocido. ¿Qué querrá?, se preguntaba David sin proponérselo antes de recordarse que no todo el mundo era como él. Había personas perezosas y bondadosas, encantadas de dejar entrar a gente nueva en sus vidas. Eso podía aceptarlo.

Otro bar, el tercero; un club y hacia las cuatro y media o las cinco empezaron a hablar de ir a un «after»; David advirtió que lo incluían en la propuesta.

—Vamos, ven —dijo Mauro.

Pero a esas alturas David ya estaba tan borracho como Mauro y ya circulaban trenes para St. Albans. El instinto le decía que acostarse a una hora que al resto del grupo le parecía, evidentemente, muy temprana, contribuiría a cimentar su popularidad. Se despidió de Mauro tan tranquilo, sonrió y se marchó; pero mientras se dirigía a

la salida por entre el gentío y el ritmo machacón de la pista le llegaban besos de los chicos del grupo entero, de uno tras otro.

10

«Por un espléndido paisaje campestre donde se abren las flores y los animalitos viven juntos en paz y armonía, se extiende un arcoíris multicolor. Después de la lluvia, los colores aparecen en el cielo y todo parece fresco y alegre. En este país la gente es hermosa y plenamente feliz. Dejemos que duerman todos juntos y se besen y compartan su maravilloso amor en primavera y verano, en todas las estaciones del año. Sobre una mesa de madera de color azul oscuro, unas naranjas recién peladas reposan al sol, y periquitos y loros de un verde chillón se acercaban brincando para probar la fruta deliciosa. En una mañana como esta, cualquier cosa puede pasar. La vida puede cambiar, puede darle la bienvenida a algo maravilloso que no la abandonará jamás», escribió David, que estaba solo en la oficina.

11

En el transcurso de las semanas siguientes, David y Mauro fueron acomodándose a unas rutinas. Se encontraban en Londres, salían a cenar, iban a un bar o a una serie de bares y luego a un club. Por lo que los amigos de Mauro contaban, para rematar la noche solían relajarse: tanto Mauro como el resto del grupo terminaban manteniendo relaciones sexuales de a dos, de a tres o de a cuatro en el sofá, la cama o el suelo de algún desconocido. Por lo que David había podido deducir, a veces, cuando ya había amanecido, Mauro se llevaba a algún desconocido a su piso. No podía evitar imaginarlo: Mauro, desnudo, rodeando a alguna figura entre sus brazos en un generoso y sonriente abrazo; y no era una figura oscura o borrosa, sino que se trataba de otro Mauro que, como en un espejo, estuviera abrazándose a su yo idéntico. Para cuando a Mauro lo rodearan otros brazos, David estaría en el tren de regreso a St. Albans. Solía ir vacío. En una ocasión alargó la vuelta hasta las ocho, pero al final las energías le fallaron y, en el tren, terminó

sentado detrás de un matrimonio mayor que se repartía el desayuno. El tren se puso en marcha y los ojos se le cerraron. De repente, a David lo despertó la parte final de uno de sus ronquidos.

—Detrás tengo a uno que ronca —dijo la anciana.

—¿Uno que ronca? Es que se ve de todo. Se levantaría demasiado pronto, ¿no? —preguntó el marido, indiferente. Pasaron unos instantes en silencio—. ¿Llevas uno de pollo?

—Sí, aquí tienes el bollo.

—No, uno de pollo.

—No, no hay pollo.

—Lo decía porque la última vez que te comiste un sándwich de pollo al día siguiente te pusiste mala.

—Eso no es un sándwich de pollo, es dulce, mira. Lo parto en dos, así tú te comes medio.

—Yo no quiero medio.

—Bueno, pues ya te apañarás. ¿Tienes sacarina?

David miró por la ventana; notaba cómo el *chaca-chaca* del tren lo arrastraba al sueño. Aunque a primera hora había estado muy nublado, el azul que ya se veía en el cielo sobre los tejados de Finsbury Park habría bastado para hacer un traje de marinero, como solía decir su madre; el sol arrancaba destellos de oro de un reguero de agua que corría por un tejado alargado.

La naturaleza de la relación entre David y Mauro todavía no estaba clara. Una complicada serie de motivos había llevado a David a hablarle a su madre, que ya vivía en Hanmouth con su padre, de una nueva «relación». Quería que su madre lo viera ahora con mejores ojos, quería convencerla de que la vida le iba bien y, motivo ese algo oscuro, tal vez creyera que, contándole su historia, lograría que se hiciera realidad. Si alguien de lo más profundo de Devon daba por cierto que David tenía un novio llamado Mauro, el universo se encargaría de que, con el tiempo, así fuera. Y entre David y Mauro existía un vínculo especial; eso David pudo confirmarlo cuando, al cabo de dos meses de que se hubieran conocido, Mauro se mudó a dos calles de donde vivía, a un piso nuevo en Clapham. El antiguo era una especie de agujero improvisado con puertas de contrachapado y un sofá viejo que olía a perro; el nuevo, más

llamativo, ocupaba la planta baja de un edificio de los años treinta y tenía habitaciones amplias de techos bajos y un vestíbulo grande como un transatlántico. Mauro lo compartía con otros dos chicos que había conocido en una página de alquileres para gays. Como el casero del piso antiguo de Mauro no le había devuelto la fianza, no le alcanzaba para los dos meses de fianza que el nuevo casero le pedía. A David le hizo mucha ilusión que Mauro recurriera a él y le extendió un cheque con el corazón alegre.

Gracias a la dispersión geográfica que mediaba entre aquellos tres puntos —David, Mauro, padres— no parecía probable que pudiera producirse choque alguno llegado el momento de aclarar la naturaleza de la relación. Pero un viernes por la noche, a propuesta de David, que quería variar, se citaron por el Soho en vez de por Vauxhall. David cruzó la puerta y ahí estaba Richard, sentado, esperando a alguien.

—Hola, forastero —dijo Richard—. Dicen que últimamente no te mueves de Londres. Nunca llamas, nunca escribes. Cada vez que pronuncio tu nombre, los niños se echan a llorar.

—Vaya, yo no diría tanto —se excusó David, confundidísimo, mientras, a toda velocidad, construía mentalmente la escena que se avecinaba.

Pero antes de poder arreglar nada, Mauro entraba brincando por la puerta cargado con un manojo de bolsas, que formaban algo parecido a un acordeón y un ridículo sombrero de fieltro en la cabeza que David nunca le había visto.

—Hola, hola, hola, cielo —dijo, y le dio a David el mismo beso que le daba a todo el mundo—. Vaya tarde más… Bueno, deja que te…

—Richard —anunció David, cabizbajo.

—Ya me habían hablado de ti —dijo Richard—. Nos alegramos tanto de que David haya conocido a alguien. Y ya se ve que le convienes mucho, muchísimo.

David se limitaba a mirar. Pero el caso es que Mauro había aceptado el cumplido. A David le había parecido todo clarísimo, y cuanto más avanzaba la conversación, menos dudas podía abrigar Mauro sobre la impresión que se había formado Richard: parecía convencido de que se trataba de un asunto cerrado, zanjadísimo, sin

discusión. Llegó el momento en el que David habría podido decir «No, no, no es mi novio ni nada». Llegó y pasó. David se quedó allí, de pie, abatido, mientras Richard seguía dale que te pego, que si la dicha conyugal, que si esperaba que Mauro lograra arrancar a David de St. Albans. Pero a Mauro se lo veía encantadísimo respondiendo al interrogatorio de Richard sin dirigir una sola mirada a David ni caer en una sola contradicción.

Por fin llegó Rodrigo con tres amigos brasileños; a David le alegró comprobar que uno, al que presentaron con el poco convincente nombre de Edison, estaba increíblemente gordo y lleno de granos y no llegaba al metro sesenta.

—Vaya, pues ya puedes iluminar mi vida cuando quieras —dijo David aprovechando la oportunidad para, por una vez, mostrarse condescendientemente juguetón.

Se alegró de ver que hasta Rodrigo tenía que hacer frente a obligaciones con su David de turno. Rodrigo y el pustuloso Edison se llevaron a Richard. David decidió tomar la iniciativa.

—Yo no le conté nada —explicó—. No le dije que fueras mi novio ni nada. No sé qué le llevaría a pensarlo. Lo habría sacado del error, pero al principio no sabía a qué se refería, y después ya me pareció un poco…

—Me da igual —dijo Mauro, y sonrió—. Me da igual lo que pensara. No tiene ninguna importancia.

Durante unos instantes, a David se le ocurrió una cosa increíble, lo que él pensaba que iba a pasar; que esa relación tan agradable que, sin embargo, tan rápidamente se había estabilizado, no era sino un largo cortejo cuyos estadios resultaban demasiado sutiles para que pudiera distinguirlos. Si esa noche la impresión de Richard de que la relación entre David y Mauro tenía un componente sexual no había tenido ninguna importancia, era porque ese componente sexual se presentaría esa misma noche. Richard pensaba que se acostaban juntos; hoy se acostarían juntos; por eso a Mauro no le había importado. Aun así, David se alegraba de que Richard hubiese cometido ese error ante la única presencia de Mauro y de que ninguno de sus amigos hubiera estado delante.

Cuando a la tarde siguiente David se despertó en su cama de St. Albans, resacoso y sudado, sin haberse acostado con Mauro, se preguntó por qué Mauro se tomaría con tanta indiferencia que lo confundieran con su novio. Por primera vez, el recuerdo de las dos mil cuatrocientas libras que le había prestado para la fianza del piso y que tantas promesas habían arrancado empezó a aparecérsele a David bajo una luz distinta.

12

Las vistas que se disfrutaban desde Cockering no eran más bonitas que las que tenía Hanmouth. A Catherine, sin embargo, le gustaban más porque permitían apreciar la franja de Hanmouth. El pueblo se extendía a lo largo de la costa del estuario como una sucesión de guirnaldas y banderitas: desde su extremo, tierra adentro, pasando por el parque y la escuela nueva, la clínica, con su tejado y sus ventanas relucientes, hasta la iglesia que descollaba sobre el promontorio alzándose sobre el cementerio. Y luego, el intrincado nudo de calles y casas y tiendas que subían y bajaban tras los yates atracados en el embarcadero de piedra y avanzaban hacia el Strand y sus casas de estilo holandés; los tejados, que con sus hoquetus y sus curvas componían una frase musical interrumpida en la mitad exacta por el agradable edificio cuadrado donde Catherine y Alec vivían. Desde el puerto circular de Cockering en el que entonces no había agua, con los barcos de vela y los remolcadores tumbados sobre el costado en el fango negro y espeso, se podía ver lo agradable y animado que era el pueblo de Hanmouth. Solían ir a ver a Barbara y a Ted; desde su llegada, los dos se habían hecho más amigos de la pareja. O, por lo menos, los habían visto mucho más que cuando vivían en St. Albans. Una de las infrecuentes discusiones del matrimonio había seguido a la insinuación de Alec de que como apenas habían transcurrido seis días desde la última vez que los habían visto, no debían «dejarse caer por su casa» como por casualidad. «No creo que vernos les haga siempre tantísima ilusión —había dicho—. Lo pasaríamos mejor si todo fuera menos seguido.» Catherine no había advertido jamás reticencia alguna; al menos

Barbara siempre parecía contenta de verlos. Y Alec era el típico hombre encantado de pasar días o semanas sin más compañía que la de Catherine y la propia, feliz de sus noches con la tele, un libro o el periódico, y una conversación que no tuviera que ir alimentando y que consistiera en una serie de observaciones ocasionales. Catherine consideraba esa actitud un método infalible para envejecer antes de hora; su contraimagen iba construyéndose: compartían vivaces chismes sobre uno y otro sexo, salían disparados de una punta a la otra del Strand —venga a correr entre grupos de lectura y fiestas y reuniones de la patrulla vecinal—, se mantenían jóvenes e interesados por la vida y por el otro.

Resultó que a Barbara le hizo muchísima ilusión verlos.

—¡Caramba, vaya emociones en Hanmouth! —dijo mientras salía al jardín delantero secándose las manos en el delantal. Tenía a Ted a sus espaldas, en la puerta, sujetando el *Daily Telegraph*—. Ni en las noticias ni en televisión hablan de otra cosa. Han entrevistado al dueño de un pub y al director del colegio, y al fondo de la toma, mientras Justin Webb hablaba, me pareció ver a la señora de la librería. Tú decías que no era ella, ¿verdad, Ted? Pero a mí me lo pareció.

—Era alguien completamente distinto —añadió Ted—. Y como la cámara no se detuvo era imposible ver quién era.

—Qué cosa tan terrible —continuó Barbara—. Vimos a los submarinistas de la policía en el estuario. A uno no le gustaría pensar en una cosa así, ¿no os parece? Pero hasta eso sería mejor que…

Los hizo pasar a la casa. Las hojas del periódico esparcidas sobre el suelo del salón, migas en un plato, lo que quedaba del tentempié de la mañana de Ted, el crucigrama a toda página recién empezado y un mapa de carreteras sobre la mesita de centro.

—¿Vais a algún lado? —preguntó Alec refiriéndose al mapa.

—Creen que podrían haberla secuestrado, ¿no es cierto? —preguntó Barbara—. Pensaban que podría haberse puesto a vagar sin rumbo fijo y haberse caído al estuario o a una zanja o… Pero ahora dicen que alguien podría habérsela llevado. Horrible, ¿no os parece?

—Estamos preparando las vacaciones de verano —dijo Ted, taciturno—. A Barb le gusta tenerlo todo bien claro antes de que nos pongamos en marcha. Tres meses antes de que nos pongamos en marcha. Ya tenemos los hoteles reservados, todo.

—Es un mapa de carreteras de Francia, ¿verdad?

—De toda Europa. Una cosita muy bien hecha, mira.

—No veo cómo se puede secuestrar a una niña, así, sin más —siguió Barbara—, en pleno día, con docenas de personas alrededor…, media vuelta y ya no está y nadie ha visto nada.

—Terrorífico, ¿verdad? —dijo Alec—. Me alegro de no estar criando a un niño ahora.

—Y tanto —asintió Barbara con mucho sentimiento—. Hoy todo resulta tan aterrador. ¡Y en un lugar como Hanmouth!

—No sé —añadió Ted—. Ya puedes mimar a tus hijos y procurar que se queden en casa y que no salgan sin tu supervisión, que luego, a la que han crecido y volado del nido y tienen que enfrentarse a su primer problema, no son capaces de reaccionar, nunca antes han tenido que hacer frente a algo parecido. Si ahora fuéramos a tener hijos, dejaría que salieran por ahí como siempre se ha hecho, los despacharía al bosque a pasar la tarde y les diría: «A la hora de cenar, de vuelta al rancho».

Hubo los comentarios habituales, según los sexos, sobre la cuestión de la libertad frente a las restricciones y a la supervisión de los menores de diez años. Barbara señaló que dejar que tus hijos campen por el bosque está muy bien cuando todo el mundo lo hace, pero si tus niños son los únicos que disfrutaran de esa libertad y por el barrio anduviera un pedófilo, un secuestrador de niños, iría a por los tuyos. Alec contó una anécdota sobre la vez que, a los nueve años, eso sería en los años cincuenta, se perdió en plena tormenta durante una de sus salidas por el bosque y al final su hermano lo encontró justo cuando empezaba a anochecer.

—¿Y a tus padres les preocupó que te retrasaras un poco? Apuesto a que apenas si llegaron a enterarse —dijo Ted.

—Bueno, no —repuso Alec—. Estaban muertos de miedo. Estuvieron a punto de llamar a la Policía.

La observación, que rebatía las conclusiones de la charla, dio paso a un silencio; bebieron café todos a la vez.

—No os lo había comentado —dijo Catherine—. David baja de visita la semana que viene; no había venido antes. Tenéis que pasar por casa.

—Me acuerdo de David —replicó Barbara—. Pero entonces era un niño tan pequeño. Lo recuerdo, siempre en el rincón con un libro, siempre contento de estar solo.

En una ocasión, Catherine trató de explicarle a Barbara a qué se dedicaba David; Barbara había asentido con la cabeza y había sonreído y había repetido varias veces que entendía, aunque atribuirle a ese empleo alguna cualidad vital resultaba una tarea difícil, sin duda. Pero Barbara debió de percibir algo, porque había relacionado esa información con los recuerdos que pudiera guardar de David de pequeño, sentado en silencio, tan buen niño, en un rincón mientras los mayores hablaban. Por aquel entonces David no había sentido una inclinación especial por los libros, aunque luego se convertirían en su trabajo.

—Bueno —dijo Catherine—, últimamente está un poco más sociable. Tiene una nueva amistad, de hecho…, vienen los dos. Me parece que hasta ahora no habíamos conocido a ninguna amistad de David.

—Sí —la corrigió Alec—, ya sabes que sí. Esa chica de sexto, Theresa… Siempre estaba en casa, llegaron a ser uña y carne.

—Oh, ya sabes a lo que me refiero —continuó Catherine—. A un amigo-amigo.

—Ahora se dice «pareja» —dijo Barbara—. Ya es demasiado mayor para hablar de novio. A los veinte años no pasa nada, pero es un poco ridículo decir «Te presento a mi novio» y que por la puerta aparezca un calvo de unos cincuenta y cinco.

—¿Ha pasado por casa el limpiaventanas últimamente? —preguntó Ted levantándose de un brinco y mirando el jardín por la ventana—. Esto está absolutamente asqueroso. ¿Ha llegado a limpiar aquí detrás alguna vez?

—¿Cómo se llama el amigo de David? —preguntó Barbara.

Era de buena pasta, la verdad; después de sus años de matrimonio con Ted, era capaz de hacer caso omiso de la incomodidad que lo invadía ante cualquier tema remotamente personal. Si por Ted fuera, pasarían el rato hablando de limpiaventanas, pero Barbara, tras años de práctica, lo ignoraba por completo y seguía con un tema más interesante.

—Me temo que no lo sé —dijo Catherine—. Solo me dijo que vendría con alguien a quien le gustaría que conociéramos. ¿Llegó a mencionarte el nombre de su amigo, Alec?

—Oh, no. Una cosa así a mí no me la diría.

13

La tienda de quesos de Sam, el gay, llevaba unos cinco años en la curva de Fore Street. Quedaba encajonada entre un bazar de antigüedades orientales y la sede del Partido Conservador, a la que no le habría venido mal una capa de pintura blanca y unas cortinas nuevas. No había ninguna duda de que aquella era una curva inútil de Fore Street; nadie necesitaba al Partido Conservador ni los artículos de importación ni los quesos que vendían en Fred & Gordon. (Se solía confundir el nombre de la tienda, en letras romanas doradas sobre un fondo azul marino, con el nombre de los dueños, y Sam ya se había acostumbrado a que, en la calle, alguien que creía conocerlo lo saludara dirigiéndose a él como Fred. Aunque la tienda no servía ningún queso cuyo origen quedara a más de ciento cincuenta kilómetros a la redonda, su nombre hacía referencia a los nombres —pasados por el filtro de un niño— de dos quesos que no vendían, Gordon Zola y Fred Leicester:[5] se trataba de esa clase de broma rebuscada que hacía falta explicar, tan en boga entre los tenderos del nuevo milenio.) Durante años, Sam había vendido sus quesos los sábados por la mañana en un puesto del mercado. Cuando el horrible viejo de la ferretería hubo insultado a su último cliente y cerrado la tienda, Sam observó, ansioso, el interior, incapaz de resistir el aire romántico del espacio, el suelo sin barrer sobre el que seguían esparcidas las últimas cartas de las autoridades.

Comentaron el asunto y lord Menudo Desperdicio consideró que ya se las arreglarían.

Con respeto y excesiva modestia, Sam ocupó su lugar entre los resucitadores de oficios antiguos, los inventores de oficios nuevos y las señoras metidas a tenderas de poca monta. En Hanmouth abundaban; trabajaban desde casa, vendían en algún puesto del mercado y se elevaban a la dignidad de una tienda en la calle mayor hasta que las estrecheces económicas los obligaran a caer de vuelta al lugar del que procedían. En Hanmouth había talleres de encaje y de batik, humildes alfareros, alfareros que se hacían llamar ceramistas, artesanos que perpetraban portamacetas de macramé, papeleros, artistas conceptuales, joyeros, joyerías, acuarelistas, encuadernadores, impresores artesanos; había tiendas en las que productores de la zona vendían algo parecido al champán; había un analista financiero retirado que a los treinta y cuatro años, con veinticinco millones de libras en el banco, había decidido abrir una tienda de doce metros de profundidad en la que solo vendía veinte de sus obras abstractas. (Cuando, una vez al año, vendía una a algún cliente que pasaba por ahí, de la trastienda salía otra para ocupar su lugar; era un proceso parecido a rebanar cabezas de Hidra.) Algunos oficios eran antiguos e históricos, y su existencia nunca se había visto interrumpida y otros habían resucitado a fuerza de voluntad, mientras otros más eran completamente nuevos y, básicamente, inverosímiles. Una dama llamada Eunice Jorna había puesto en marcha un negocio que consistía en hacer un molde de yeso del pie de tu bebé para reproducirlo en bronce como recuerdo. Le iba bastante bien, aunque cinco años atrás, una pareja adulta le había pedido que les sacara moldes de sus pies, del derecho y del izquierdo; lo curioso del caso es que no tenían unos pies especialmente atractivos y el bronce no conseguía que los del hombre, llenos de callos, de dedos peludos y en martillo, resultaran más atractivos. A partir de entonces, decidió que solo aceptaría encargos de niños; pero el caso no volvió a repetirse.

Sam no hacía nada: se limitaba a vender queso y encurtidos artesanales de producción local, tablas de queso de madera de olivo y de cerezo, cuencos y platos y bandejas de los ceramistas de la

zona y hasta servicios de fondue, cuchillos que recordaban hachas diminutas y otros útiles. Había viajado por el país, había entrado en contacto con granjeros y fabricantes de queso, minúsculos obradores caseros y lustrosos talleres semiindustriales. En la tienda tenía docenas de curiosas imitaciones inglesas de otros quesos extranjeros más famosos: el bleu d'Auvergne de las lesbianas, un vignotte galés, un boursin de Essex y un geitost de Wiltshire. Un par de tardes a la semana y algún que otro sábado, las chicas del pueblo pasaban a ayudar por la tienda; el resto del tiempo, Sam se las apañaba solo. No le importaba que algunas tardes de mucho movimiento se formaran colas. A la gente, pensaba Sam, le gustaba su tiendecita. Los suyos eran quesos que no se encontraban en muchos lugares; a veces no podían encontrarse en ningún otro establecimiento, y uno que había llegado a tener no debía ni haberlo vendido ni siquiera él, la Unión Europea tendría que haberlo prohibido por motivos de salud y seguridad. Eso Sam solía contárselo a sus clientes; ellos se reían y compraban media libra. Sam les caía bien. Siempre tenía una tajadita de queso preparada. Más que el tendero de un establecimiento de comestibles, lo que él se sentía era un artista, y casi todos los años la tienda cubría gastos por los pelos. Sam se mezclaba alegremente con los escultores de pies y con los encajeros y con una mujer —Eleanor Redwood, no llegaba al metro cincuenta —, una auténtica autoridad en materia de raku con debilidad por los hombres negros. A todos ellos, su actividad les procuraba algún ingreso; a la zaga, cual fantasmal ejército de formas platónicas sin talento, les iban los que hacían prácticamente lo mismo por placer y para tener regalos de Navidad. Y luego estaban los humildes fabricantes de mermelada y de tartas y los artistas de la glasa, tan esnobs, con jerarquías propias cuya comprensión solo estaba al alcance de aquellos que, humildes, decidieran irse a vivir entre ellos como antropólogos entre los kikuyu. Diez años atrás, en la galería de arte abstracto del analista financiero había una pescadería.

14

Cuando lord Menudo Desperdicio —Harry, en realidad— se cogía la mañana libre de la que los socios del bufete podían disfrutar, últimamente la de los miércoles, solía acercarse a la quesería de Sam para sentarse en la trastienda. Era el socio capitalista del negocio, le contaba Sam a todo el mundo, y los miércoles los dedicaba a repasar las cuentas. Y eso es lo que hacía, es verdad; pero para ser francos, como Sam solía ponerlo al tanto de las ventas y de los ingresos del día durante la cena y no solía tener más que un par de cosas que contar, recordar los hechos más significativos, por mucho que los hubiera olvidado, no podía llevarle a Harry la mañana entera. En realidad, a Harry le gustaba bajar hasta la quesería de Sam y sentarse a revolver papeles en la trastienda; se levantaba de vez en cuando, siempre que un amigo de Sam entraba para darles un abrazo y quejarse de lo paradas que andaban las ventas o, de eso ya hacía mucho tiempo, de que los clientes no les dejaban un minuto libre. A Harry, como a Sam, le gustaba jugar a las tiendas.

—¿Esto qué es? —preguntó Harry saliendo de la trastienda con un recibo.

—Ni idea, amor. ¿De qué tiene pinta?

—Es un recibo. No dice de dónde, ni de cuándo, ni por qué concepto, tan solo una cifra, veintidós libras. Podría ser de cualquier cosa.

—¿Parece reciente? —preguntó Sam.

Levantó el cruasán con el que iba a acompañar su café de media mañana, lo olisqueó y le dio un mordisco cauto. La pastelería era famosa por olvidar qué croissants eran los normales y cuáles los rellenos de Nutella o de crema de almendras, a la que Sam creía ser ligeramente alérgico. Pero todo estaba en orden y continuó.

—Sí, eso creo —dijo Harry entrando de nuevo en la trastienda y gritando por la puerta abierta—. Estaba con otros papeles recientes, por lo menos. Como si hubieras vaciado el billetero y lo hubieras dejado todo tirado por ahí.

—Déjame ver. Veintidós libras. ¿No será de la carnicería? No. Del mayorista me llevé algunas cosas, pero la cuenta subió más y en el recibo se vería. Ya sé: unas novelas de misterio que compré en la librería de Frank Cohen. Pasé por allí para ver si tenían esa novela

japonesa que estamos leyendo, y no la tenían, pero pensé que podría surtirme de otras lecturas. Veintidós libras, ¿sería eso?

—Eres un fenómeno —gritó Harry—. Aunque veo que me las habías escondido.

—Tonterías. Las dejé en una pila sobre la mesilla de noche. Lo que me recuerda que…

Que Sam dijera «lo que me recuerda que…» no indicaba necesariamente una secuencia lógica, sino una retahíla de pensamientos a los que daba rienda suelta justo en ese preciso momento.

—… Los chicos llamaron para preguntar si querríamos ir a su casa el sábado por la noche.

—Los chicos.

—Peter.

—Entonces, no.

—Vamos, será divertido. Hace tres meses que no vamos a ninguna reunión. Pensarán que hemos perdido el interés y dejarán de llamarnos. Y nos sigue interesando, ¿verdad?

Harry salió de la trastienda. Se había puesto las gafas para repasar los papeles y husmear en los asuntos de Sam, como le gustaba. Se las quitó —un gesto elegante, inocente, vulnerable— y se quedó plantado parpadeando, ojos azul pálido en una cara morena, peluda y regordeta.

—Bueno —cedió Harry—. A mí me interesa si a ti te interesa.

—Tengo la impresión de que esta conversación ya la hemos tenido antes.

—Sí, muy a menudo. Ya sabes que no me molesta ir a esas reuniones, pero ya lo he hecho con todos y cada uno de ellos, varias veces, cada vez, y tú también, y seguir tal como estamos no me interesa.

—No, tienes razón —dijo Sam.

—Aunque por otra parte, lo cierto es que para las tres últimas reuniones nos buscamos otros planes; puede que sí que estemos perdiendo el interés.

—¿Estás diciendo que te basto, que en lo que te queda de vida solo querrás acostarte conmigo? —preguntó Sam enarcando las

cejas.

—No, claro que no —respondió Harry, cariñoso—. Eso no te lo diría nunca, cariño. Ya lo sabes.

—Te quiero —dijo Sam con una sonrisa radiante.

Cuando se conocieron, pasaron ocho meses entregados a un frenesí romántico; no es que no lo pasaran bien juntos o que no se dieran placenteros atracones cada noche de sus ya por entonces abundantes carnes. Pero a esas alturas, los dos habían corrido lo suyo, tanto como posibilidades podían ofrecer Devon, Cornualles y dos fines de semana en Londres al año. (Era increíble que no se hubieran conocido antes, antes de los veintiocho y treinta y uno, respectivamente.) Al principio, esos ocho meses los pasaron en una avergonzada monogamia, cada uno asegurándole al otro que la situación les gustaba, que tenían la sensación de que, con el otro, su vida había dado un giro en la dirección correcta. Ninguno fue tan lejos para afirmar que no quería acostarse con nadie más, que Sam (o Harry) había colmado para siempre las necesidades de Harry (o Sam). Pero lo que sí decían era que no imaginaban una vuelta a sus expansivas e indiscriminadas correrías.

Si se tenía en cuenta que, para empezar, se habían conocido en el transcurso de aquellas correrías, resulta curioso que su contrato tardara ocho meses en venirse abajo de puro viejo. Ahora, Harry y Sam se reían al recordar los primeros meses de su relación. A fin de cuentas, se habían conocido en un bar de Bideford; no se trataba de un bar gay, en Bideford no había habido nunca nada por el estilo, sino de un bar que, durante una tarde y una noche, fue declarado gay para alojar a los participantes del primer y único desfile del Orgullo Gay que se había celebrado en Devon. (A la celebración habían asistido sesenta y tres hombres y nueve mujeres que desfilaron de un extremo al otro de la calle mayor de Bideford y luego se retiraron al Crown, ese bienintencionado pub que, a pesar de que un segundo desfile del Orgullo Gay no llegaría a celebrarse jamás, sería conocido como el bar gay entre los atemorizados jóvenes en el radio de un condado y medio, y se convertiría en escenario de apuestas y bromas de pueblo.) Cuánto se habían reído los dos del Orgullo Gay de Bideford, un único camión que avanzaba

pesadamente, decorado con un espumillón que les habían prestado y un desfile que, en total, había durado once minutos. Al cabo de media docena de cervezas y de una docena de morreos de diez minutos —Sam estaba firmemente convencido de que a una persona se la podía conocer, se la podía conocer del todo, por las ganas que tuvieras de seguir besándola y de las que ella tuviera de seguir besándote a ti, y sobre aquella base nunca, ni por un momento, abrigó duda alguna sobre lord Menudo Desperdicio— llevaron la cosa más lejos y se metieron en el baño del pub, donde Harry demostró que era una auténtica joya al sacar dos gramos de cocaína de primera —¡en Bideford!— y echarle a Sam el polvo de su vida. Sam lo recordaba muy bien, recordaba los elementos de la instalación del baño, hasta los menores detalles de ese cubículo que traqueteaba como un cobertizo en un tornado mientras Sam apoyaba el pie en el retrete, el portarrollos y, finalmente, la cisterna. Y luego las caras que se volvieron hacia ellos con admiración, divertidas o reprobadoras, cuando volvieron al bar al cabo de veinticinco minutos.

No era muy probable que, habiéndose conocido de ese modo, ninguno de los dos creyera en la fidelidad o la monogamia innata del otro. No era muy probable que, como decían, en el momento en que cada uno posó los ojos y las manos en el otro se hubiera obrado una transformación no solo de sus costumbres, sino de su naturaleza. Así que solo habían transcurrido ocho meses cuando, cenando en casa de Adam y Blaise, admitieron que el paso a la monogamia no se había producido y que nunca iba a producirse, pero que eso no cambiaba cómo estaba el uno con el otro.

Casi todos eran amigos de Sam, aunque con los años Harry introduciría a un par de los suyos en el grupo. El hijo del viejo jardinero de su padre, una pareja de Londres de sus años de disipada juventud, que se habían mudado al sur para ponerse a fabricar muebles, un camarero español al que, inexplicablemente, habían encontrado en un pub de Dartmoor; esos eran los hallazgos de Harry. A sus amigos, Sam los conocía de la universidad o los había ido conociendo en el transcurso de los años, y no era capaz de decir ni cómo ni dónde se habían conocido; siempre habían formado

parte de la vida de Sam y, de vez en cuando, se traían a sus novios. Micky y Ali; Peter, de Bideford, Phil y Steve, que tenían un taller mecánico en Barnstaple. Estaban Andy y Adam, que, amante de todo lo que tuviera que ver con África, había querido entrar en el negocio con Sam, y Blaise, a quien había conocido en una playa de Senegal cuando estaba de vacaciones. Adam había viajado a Senegal cinco veces en un año para ver a Blaise, y a la quinta, ilusionado y haciendo oídos sordos a las advertencias de sus amigos, se había traído a Blaise de vuelta. Y llevaba razón, todos se habían equivocado, porque Blaise tenía una licenciatura y la nacionalidad británica, y en ese momento, al cabo de doce años, le iba muy bien en el sector inmobiliario. En su casa llegó el momento de la verdad, es decir, la crisis de la monogamia temporal de Harry y Sam.

Desde entonces se dejaban ver por casa de sus amigos una vez al mes, más o menos, algunas veces más a menudo, otras menos. Todos habían entrado ya en la madurez. Casi todos eran bastante peludos, casi todos llevaban barba y casi todos tenían un ligero sobrepeso que no los incomodaba en absoluto; en el caso de algunos, se trataba de un sobrepeso más que ligero. (Para ser francos, casi todos pasaban de los ochenta y cinco kilos.) Los Osos se reunían para cenar, de la botella pasaban a la coca, al speed o a un par de pastillas. Uno se ponía a magrear al otro, otro más se arrancaba con un morreo y había quien, para acompañar el morreo, inhalaba un bote de popper; el magreo se convertía en mamada, y entonces, con el subidón de una raya de coca, llegaba el momento en que alguien se arrancaba la camisa y la cosa seguía su curso. Esa primera noche en casa de Adam y Blaise, los anfitriones habían desaparecido con un aire entre ilusionado e impaciente que ni Harry ni Sam pudieron explicarse, y habían vuelto a aparecer al cabo de cinco minutos con una bandejita de productos estupefacientes; los dos estaban desnudos y, en el caso de Blaise, con una notable erección que oscilaba como mástil al viento. Había sido una deferencia hacia los recién llegados. Para dar la bienvenida al hijo del jardinero y al camarero español también prepararon algo parecido. En circunstancias normales, sin embargo, pasaban al asunto sin tanta ceremonia.

No eran citas regulares como las del club de lectura de Miranda, el primer martes de cada mes. Un buen día, al cabo de dos semanas o de dieciocho días de la última reunión, un Oso llamaba a otro. «¿Qué tal?», decían, y después de ponerse de acuerdo con la agenda, un Oso ofrecía su casa y la de su Oso para al cabo de una semana o diez días. Corría la voz: la fecha se retrasaba algunos días para conveniencia de los rezagados y de los Osos Hacendosos. Acordaban el menú: nada demasiado complicado, un asado con tubérculos, por lo general, o, a lo sumo, la imitación elegante y refinada de un pastel de carne hecho de ragú italiano y puré de patatas con rábano. Encargaban un par de botecitos de popper y se preocupaban de tener a mano un par de docenas de condones; los Osos solían llevar sus propias drogas. Bebían vino blanco, vodka, negronis (Sam), alguna cerveza (para después) y una cantidad asombrosa de bebidas carbonatadas americanas de lo más dulzonas.

Algunos de los Osos estaban más solicitados que otros. Al hijo del jardinero de Harry y al camarero español convenía pillarlos antes de que los dos se engancharan por su cuenta, y no pasó mucho tiempo antes de que terminaran abandonando el grupo. Se producían educados movimientos estratégicos para evitar caer al lado de Peter de Bideford, con su boca blanda abierta, su rosácea tripa de bebé, su vello púbico que era pelusa rala y ese pene largo y delgado tan desalentador cuyo prepucio colgaba, innecesario y vacilante, sobresaliendo cerca de un centímetro. Pero en el grupo todos lo hacían con todos; esa ronda de cortesía entre todos los integrantes ofrecía alternativas a la consabida pareja o al marido de turno, y a Peter le brindaba una oportunidad mensual para disfrutar del sexo. O eso pensaban todos.

—No tengo muchas ganas de ir a casa de Peter —dijo Harry—. Lo siento, pero ya lo he dicho. Estoy seguro de que es encantador, de verdad. Lo que no quiero es que piense que como ha preparado la cena, tiene derecho a meterme la lengua hasta la garganta.

—Si la lengua fuera lo único que te mete hasta la garganta… Sé a qué te refieres. Pero no te atacará a ti. Me atacará a mí.

—En fin, la culpa no es más que tuya —repuso Harry.

En la última reunión a la que habían asistido, de eso hacía tres meses, Sam, por pura bondad, había dejado que Peter se lo follara. Peter había llamado al día siguiente; Harry cogió el teléfono y le dijo, breve y educadamente, que Sam estaba en la ducha y ya lo llamaría. Volvió a decírselo al día siguiente, y al otro. A partir de entonces, las llamadas se hicieron más esporádicas y Sam y Harry inventaron excusas para las dos o tres reuniones siguientes.

—Apuesto a que no somos los únicos —dijo Sam.

—¿Los únicos que qué? Ah, ya entiendo… Crees que nadie más querrá pasar por ahí. No, me atrevería a decir que no.

—Lo dejamos, ¿te parece?

—Si seguimos pasando del tema —un chico y una chica entraron en la tienda— no tardarán mucho en dejar de invitarnos.

Sam desistió. Las parejas de colegiales eran su pesadilla. Nunca compraban queso: lo único que les interesaba eran los adornitos y los artículos para el queso. Ese par fue de objeto en objeto, cogiendo uno y volviendo a dejarlo donde estaba, levantando una campana para quesos tras otra como si dentro de alguna fuera a haber algo, enseñándose ese cuchillo tan divertido con un gusano en el mango y soltando risitas. Parecían completamente ensimismados el uno en el otro. Sam reconoció a Hettie, la niña de Miranda, y el chico también le resultó familiar; era el hijo de la americana, el que había subido a la habitación de Hettie con la cara larga y había bajado con ella envuelto en un perfecto halo erótico. A Sam, cosa rara, le llevó un momento reconocer a Hettie; debía de ser que el perfecto halo erótico la cubría de un inverosímil glamur sin precedentes.

—Hola, Hettie —dijo Sam.

—Hola —contestó Hettie; no se la veía avergonzada.

La conversación se interrumpió ahí.

—¿Qué puedo ofrecerte?

—¿Tienes queso?

—A ver, ¿cuál te gustaría?

—No sé. —Hettie soltó una risita—. ¿Has visto mi pulsera nueva?

Le enseñó un brazalete oriental que sacó de una mugrienta bolsa de papel; una prenda de amor que el americano habría comprado en

la tienda de al lado, tal vez.

—¿Está tu madre en casa? —gritó Harry desde la trastienda.

—¿Es tu novio?

—Ya conoces a Harry —dijo Sam—. Estuvo en tu casa en nochevieja, ¿no te acuerdas?

—Ah, sí. Sé que se llama Harry. Lo que no sabía es que fuera tu novio.

El americano estaba al lado de Hettie con los ojos tan desorbitados que no había ninguna duda de que aquello era una especie de apuesta entre ellos.

—Bueno —dijo Harry saliendo a la tienda con lo que quedaba del *Guardian* que había leído de arriba abajo y había llenado de garabatos—. Me parece que referirse a mí como su novio queda un poco antiguo. Pero la palabra es esa, supongo.

—¿Y él es tu novio, Hettie? —preguntó Sam; no iba a dejar que se saliera con la suya—. Nadie parece lo bastante mayor para ser novio de nadie.

Hettie dejó de forcejear para pasar la mano por el brazalete; estaba hecho para esas indias menudas con articulaciones diminutas, no para la robusta Hettie ni para sus manos gordas.

—Te odio —le soltó ella—. No vuelvas por nuestra casa nunca, nunca. Si vienes, te cerraré la puerta en las narices y si mi madre pregunta diré «No era nadie» o «Eran los de los villancicos». Te odio.

—Adiós, Hettie —dijo Sam impasible. El americano, con su cara regordeta y expresión avergonzada, salió detrás de Hettie—. Me encantaría volver a tener su edad para decir «Te odio». ¿Cuándo fue la última vez que le dijiste a alguien que lo odiabas?

—A saber —respondió Harry.

Harry volvió a la trastienda. Sam cambió de CD, ya estaba un poco aburrido de Nusrat Fateh Ali Khan o como se llamara; puso la banda sonora de *Dil Se*. Fue a reorganizar los platos de cerámica de la vitrina; podría cambiar la disposición, poner los pequeños delante y los grandes detrás, pensó, de menor a mayor y de izquierda a derecha. Transcurridos cinco minutos, dio unos pasos atrás para ver el resultado: el efecto no le pareció digno de admiración. Sam se

acercó otra vez al reproductor de CD pensando, como siempre, que la banda sonora de *Dil Se* lo confundía, en realidad solo le gustaba la primera pieza, la de los bailarines encima del tren que se ve en la película. Quitó el CD para poner uno de Scissor Sisters.

—Con respecto a Peter —dijo Harry emergiendo nuevamente de la trastienda.

—Con respecto a Peter…

—No nos veo yendo a su casa, francamente.

—No.

—¿Y si no vamos?

—Dejarán de convocarnos.

—Sí, supongo. Y entonces, ¿por qué no los llamamos a todos y los invitamos a casa?

—¿A nuestra casa? ¿El sábado?

—No veo por qué no —respondió Harry—. Estoy convencido de que podríamos llamarlos y decirles: «Mira, no queremos ir a casa de Peter, ahora nos toca a nosotros, venid a nuestra casa». Si lo dijéramos, vendrían todos.

—¿Hasta Peter?

—Sí, seguro. Debe de hacer siglos que no… Dios.

«Dios» fue la reacción de Harry ante una figura que se desplomaba pesadamente en la calle.

15

Hacía un día precioso y Catherine había decidido salir a dar un paseo. En las calles de Hanmouth, el número de personas que no le resultaban familiares se había reducido un poco, pero no había desaparecido del todo. Durante una temporada habían llegado visitantes atraídos por la niña secuestrada, pero luego se habían ido. Alec decía que ahora ya no sentirían tanta curiosidad, pero Catherine no lo entendía. A la mujer la habían detenido, pero no parecía que ahora tuvieran más claro que antes lo que le había pasado a la niñita. Los periódicos, muy poco claros, solo conseguían confundir; eran muy dados a llenar la primera plana de imperiosas exigencias dirigidas a no se sabía muy bien quién: HABLAD, decían. Las calles se

veían mucho más vacías y aunque las vacaciones trimestrales caían justo en esa semana, había menos turistas curiosos. Los forasteros eran ahora más profesionales. Llegaban solos y en parejas. Se detenían en las esquinas de las calles y miraban hacia arriba. El modo en que fotografiaban las esquinas, los edificios y a las personas no tenía nada que ver con el de las personas comunes y corrientes: se tumbaban en la calle boca arriba con la cámara en la cara; te pegaban el objetivo a los ojos aterrorizados. A veces se reconocían entre ellos y agachaban la cabeza en un saludo breve y suspicaz. La historia no les importaba, eso era evidente, como también era evidente que tenían algo que hacer. Catherine ni sabía ni preguntaba dónde iban a aparecer esas fotografías o cuáles serían las leyendas que las acompañarían. El pueblo había quedado a merced de un espíritu inquisidor que había reemplazado a otro, el de la vulgar curiosidad, y eso no tenía ninguna gracia.

El señor Calvin salía por la puerta pintada de amarillo medio enterrada en la acera justo cuando Catherine pasaba por ahí. Iba vestido con un traje de entretiempo color arena, camisa azul y, en la pechera, pañuelo de seda estampado de cachemira; una muestra de osadía, quién sabe.

—Buenos días —dijo Catherine vacilante.

John Calvin le devolvió el saludo. ¿Viviría solo? Cerró la puerta y se puso a caminar en la misma dirección que Catherine, que estaba a punto de hacer otro comentario. No se referiría a nada relacionado con la investigación ni con las novedades relativas a la detención de la amiga —clienta, o lo que fuera— de Calvin. Así mitigaría la incomodidad de ese fortuito paseo compartido; no recorrerían más de doscientos metros antes de que ella entrara en una tienda. Le podría hablar de David y de su amigo, que venían a pasar el fin de semana, por ejemplo, y recordarle que lo había invitado a que el sábado por la noche pasara por su casa a tomar algo.

—Es… —dijo Catherine titubeante, y eso podría confundirse por un acceso de tos o algún sonido carente de sentido, pensó ella.

Como sea, el señor Calvin interpretó su pequeña pantomima del olvido: se dio una palmada en la frente al tiempo que chasqueaba la lengua y se encogía de hombros, y volvió a entrar en su casa al

rescate del artículo que fingía haber olvidado, necesario para su salida matutina. Apenas se saludaron y Catherine no encontró excusa alguna para esperar a que saliera con el pañuelo, el billetero, el Panamá o lo que fuera. De todos modos, esa pantomima tenía un objetivo evidente: permitir que Catherine reanudara la marcha y el señor Calvin pudiera caminar sin compañía. A Catherine le pareció un gesto un poco grosero. Tal vez él no tuviera ganas de comentar con alguien a quien apenas conocía el papel que había desempeñado brindándole su apoyo a esa horrible familia.

—¿Quieres salir? —le dijo Tony a Sylvie.

Estaban en la cocina de Sylvie. Ambos habían aprovechado las vacaciones trimestrales para pasar unos días fuera, cada uno por su lado, pero esa semana que la escuela permanecería cerrada ninguno de los dos se había movido de la casa. Sylvie había adelantado trabajo; Tony había estado reuniéndose con abogados matrimonialistas.

—La semana que viene es el cumpleaños de mi hermana. Nunca sé qué regalarle.

—Cómprale sales de baño —dijo Sylvie, absorta en una noticia del periódico—. ¿Sabías lo de la enfermedad esta del periódico? Llega sin avisar, tú te encuentras perfectamente, no hay manera de detectarla.

—¿Qué…? ¿Te encuentras bien antes de que te dé? —preguntó Tony.

—No, después. Cuando ya la tienes sigues encontrándote perfectamente bien. Eso es lo que da miedo.

—¿Y es mortal?

—No, queda oculta en tu sistema, hace falta un análisis para detectarla; de otro modo ni te enterarías. Puede quedarse años ahí, y tú sin saber que estás enfermo. Sin ningún síntoma.

—Terrorífico. Pero mi hermana...

—Sales de baño. Llevo regalándole sales de baño a mi madre todos los años desde que cumplí los catorce. Me parece que no le gustan, pero a estas alturas ya las espera.

—Mi hermana tiene veintinueve años. No puedo comprarle sales de baño.

—Pues cómprale una PlayStation. Es original. ¿Sois hermanos-hermanos, o vuestro padre volvió a casarse?

—Que solo tengo cuarenta y cuatro —protestó Tony—. Nos llevamos unos años, lo sé. Supongo que no lo planearon. Me acuerdo de mi madre diciéndome que iba a tener un hermanito o una hermanita. Fue bastante incómodo, la verdad.

—En fin, no creo que antes de decidirse a tener otro hijo tus padres se pararan a pensar en si te incomodaría o no —dijo Sylvie.

Tony se quedó callado. Porque era exactamente lo que siempre había supuesto, que en su familia todo lo planeaban teniendo en cuenta, sobre todo, su parecer.

—Yo era hijo único —respondió Tony—. Hasta los quince. Eso conforma la percepción del yo.

—Pues eso mismo —insistió Sylvie enfrascada en el especial sobre enfermedades.

—¿Vas a salir? —preguntó Tony.

Sylvie lo miró; sujetaba un trozo de tostada al que acababa de darle un bocado, y en sus inmensas gafas de hombre se veía una mancha roja de mermelada.

—Bueno, confiaba en pasar la mañana pegando penes erectos a un papel. Voy muy atrasada. —Se detuvo. No hubo respuesta por parte de Tony—. Vale. Salgamos a ver qué pasa por ahí.

Dejó la tostada y el café a medio beber donde estaban, un archipiélago de migas, una pincelada de mermelada que recorría las páginas del *Guardian*. Haciendo ademán de limpiarse, se llevó la mano a la cara y luego, apresuradamente, se metió en el baño de abajo. Tony alargó la mano para coger el periódico, lo sacudió, extrajo el suplemento de salud manchado de mermelada y pasó a la información sobre el medio ambiente. Desinhibidos ruidos guturales como salidos de una batalla, el sonido de sólidos chocando contra el agua, llegaron de detrás de la puerta blanca con remaches metálicos. Cuando Tony llevara un poco más de tiempo en la casa, pensaba, le insinuaría a Sylvie que podía ir al baño de arriba para su cagada matutina —mientras los demás todavía estuvieran desayunando, al menos— y que al terminar no dejara la puerta abierta. Al final Sylvie salió del baño, subió al piso de arriba, bajó

con una blusa sin planchar que no era mucho más presentable que lo que había llevado hasta entonces, y se dirigió al perchero.

—¿Cómo está el tiempo? —preguntó.

—No lo sé. Esta mañana no he salido.

—¿Y quién ha traído el periódico?

—Nadie —repuso Tony—. Es de ayer. Iba a comprar el de hoy cuando saliera.

—Ya me parecía que me sonaba la historia esa de la enfermedad imposible de detectar.

Mientras se ponía el abrigo, Billa se dirigió hacia la puerta, pero cuando estaba a medio camino cambió de idea, dio media vuelta, se lo quitó y volvió a colgarlo en el perchero de la entrada. En el vestíbulo enlosado y oscuro había acuarelas del siglo XVIII, árboles regordetes como borlas de maquillaje verdes que se inclinaban sobre acaloradas vacas a la vera del río. Las paredes de la casa eran gruesas y sólidas, y la maciza puerta de la entrada estaba coronada por un dintel acristalado que ya hacía seis años que necesitaba una capa de pintura. La luz del día se colaba por el viejo vidrio deslavazado, fino, pandeado y lleno de burbujas de aire, y proyectaba una sombra delgada y vaporosa sobre las oscuras losas del suelo. En el interior de la casa no hacía calor: los muros tenían medio metro de grueso y las contraventanas cerradas protegían la casa de la luz del día. En la casa no entraban ni el calor ni el ruido, pero con los años, Billa, parada en la entrada, había aprendido a saber si afuera hacía calor, si las calles estaban llenas de las charlas de desconocidos. Sin tener mucha idea de lo que le esperaba, se volvió y colgó el abrigo en el perchero al advertir el calor del día, sabedora de que el pueblo había perdido a los mirones de la víspera. Pensó que se dejaría caer por casa de Kitty, le compraría a Sam cien gramos de Sharpham rústico y se enteraría de qué pasaba y de cuáles podrían ser los temas del día; en la tienda de beneficencia o en la librería de Frank Cohen podría tratar de localizar algún P. D. James que el general de brigada no hubiera leído. Al brigadier le gustaban las novelas de P. D. James, y cuando Billa leía alguna novela después que él, siempre evitaba levantar la liebre, a lo sumo

le decía: «¿Has llegado al monje retirado? No pierdas de vista al monje retirado. No es lo que parece».

—¿Quieres algo? —gritó Billa—. ¿Ya tienes todo lo que necesitas?

—Casi todo, querida mía —dijo el brigadier—. Cosas importantes por hacer. Cosas fundamentales por descubrir. Infinitas novedades por propagar, me atrevería a decir. El anonadado populacho, ahíto de escándalo e impaciente por difundirlo. No es lo mío. Todavía me queda media hora de Jeremy Kyle que disfutar.

—Vamos, vamos. No me refiero solamente a los chismorreos, ya lo sabes. Cosas importantes para la compra. Se nos ha acabado el Cif.

—¿De esas cosas no se ocupa la señora Carcrash? —preguntó el brigadier mientras salía del cuarto de estar—. Me parece que el asunto no está nada bien organizado. Como es ella la que se regocija con la porquería esa, según tengo entendido, sabe cuándo toca reponerla. ¿Por qué no nos carga un pequeño extra por encargarse ella misma de comprarlo y, de paso, nos sisa los cuartos?

—Estoy convencida de que habrá una explicación muy razonable —respondió Billa—. Hace un día precioso. Espero que no vayas a pasarte el día entero aquí encerrado mirando los problemas de esos degenerados en la pantalla del televisor.

—El día entero no, querida mía —dijo el brigadier, y Billa salió cerrando la puerta rosa de Suffolk tras de ella.

—Malditas locas, malditos maricones, maldita panda de comerrabos —dijo Hettie—, putos muerdealmohadas, se creen que pueden hablarle así a todo el mundo. —Y siguió refunfuñando entre dientes.

—A la mierda con los que entienden —dijo Michael con más contundencia.

Estaban en la calle, delante de la oficina de correos, mirando las fichas que anunciaban paseadores de perros, limpiadoras, pianos y juegos de cubertería a la venta; aquí y allá, la ficha de algún vecino desesperado que buscaba propiedades en venta o en alquiler. Una madre con dos niños, uno en un carrito, el otro arrastrando los talones por el asfalto, esquivó a Hettie y Michael.

—Eso lo diréis en América —le soltó Hettie—. ¡Los que entienden! No tiene ningún sentido, como si los demás fuéramos tontos y no

entendiéramos nada. Si me preguntan «¿entiendes?», ¿qué voy a contestar, que no? ¿Que soy idiota? Vaya tontería, es que no sabéis ni lo que decís.

—Nosotros hablamos en inglés.

—Aquí esas cosas no las decimos. Nosotros hablamos bien y decimos comerrabos, soplanucas, muerdealmohadas, mamaleches, tragasables; también los llamamos petaculos, porque se bajan los pantalones y, ¡hala!, por detrás, ¡venga! Para dentro, el Sam ese y su novio, su novio viejo, dejan sus quesos y dale que te pego como conejos. ¿Te lo imaginas? ¿Haciéndolo? Aplastamierdas, esta también es buena, porque ya sabes…

Michael meneaba la cabeza. La precisa pronunciación de Hettie, sus frases nerviosas y entrecortadas no iban dirigidas hacia él, creía, sino al goteo de personas que entraba y salía de la oficina de correos. Michael no entendía demasiado a qué se dedicaban en la oficina de correos de Hanmouth: ¿es que en ese pueblo nunca dejaban de enviar cosas a sus parientes y amigos? Siempre había gente entrando y saliendo de correos. ¿Qué harían ahí tanto rato? ¿Tendría alguna otra función el establecimiento oculto tras la papelería, con los calendarios al frente y, al fondo, protegidos tras un cristal, los empleados? Michael no lo sabía.

—Esto es un aburrimiento —dijo Hettie—. ¿No te parece aburrido? Si viviera en América no querría salir de allí nunca. Nueva York, Miami, Los Ángeles, San Francisco, el D. C., La Ciudad del Viento, Tenemos un Problema…

—¿Qué es «Tenemos un Problema»?

—Es que no sabes nada. Es Houston, Texas, todo el mundo la llama así, Tenemos un Problema. No, qué va, te estaba tomando el pelo, me estaba riendo de ti. Acabo de inventármelo. Imagina que alguien dijera: «Me voy a Tenemos un Problema». Nadie sabría a qué se estaba refiriendo; pensarían que se había vuelto loco, ¡que estaba majareta!

—Tampoco es que nos pasemos el rato de fiesta —dijo Michael.

Pensó que estaba en su derecho de hacerle creer a Hettie que venía de un país fascinante. La opinión de sus padres de que tal vez hubiera gente a quien Estados Unidos no le pareciera el mejor país

del mundo se le antojaba a Michael curiosa, extraña y equivocada. No fue tanto el patriotismo como el simple reconocimiento de los hechos lo que le había llevado a contarle a Hettie lo emocionante que era su vida. Pero exceptuando las banderas que colgaban del exterior de todos los comercios y de la mayoría de las casas, la ciudad donde vivía con su familia, con sus aserraderos, la plaza del centro y el reloj de los juzgados, la cafetería y el Wal-Mart a las afueras, no era tan distinta de Hanmouth.

—Me aburro —insistió Hettie—. Mira a ese bicho raro.

En medio de la calle, exactamente entre el videoclub-tienda de chucherías y la tienda de quesos, había un hombre en cuclillas; llevaba un jersey de cuello alto negro y tejanos negros, y unas gafas de sol apoyadas sobre el cabello alborotado. Tenía una cámara pegada a la cara y estaba sacando una fotografía de la calle en contrapicado.

—Bobo idiota —dijo Hettie—. Si un coche viniera por atrás, ¡*bum*!, lo atropellaría y le pasaría por encima. Aunque pitase para que se quitara de en medio. Vamos.

Hettie echó a correr dando algunos brincos y Michael la siguió; corría con un aire tenso y nervioso, con los codos y las rodillas muy pegados, como si fuera una marioneta de madera.

—A por él —gritó Hettie—. Tú por la derecha…

Perplejo, el hombre se puso de pie con equilibrio algo precario. Al pasar por su lado, Hettie le dio un empujoncito nada más y lo envió hacia Michael, que de un buen empellón lo dejó espatarrado en medio de la calle; cuando la cámara impactó contra el suelo se oyó un *crac*.

—¿Lo has visto? —gritó Hettie—. ¿Lo has visto? ¡Fenomenal!

—¡Fenomenal! —exclamó Michael.

Hettie no sabía cuánto disfrutaba él con la palabra; una palabra común y corriente para ella, pero para él una nueva incorporación a su vocabulario. Esa misma mañana, durante el desayuno, le había dicho a su madre que las tostadas estaban «de película».

—¡Fenomenal! —volvió a exclamar Michael.

Como había adelantado a Hettie tuvo que volver la cabeza y, sin saber cómo, una mujer, una vieja que estaba donde antes no había

habido nadie, y a saber por qué, se estampó contra ella, y Hettie, que debía de haberlo visto, que iba a chocarse con él para pasar el rato, se empotró contra la espalda de Michael empujándolos a él y a la mujer, que se puso a chillar como si fuera una gaviota, con un ruido que recordaba al de la risa. Y la mujer se quedó en el suelo y echaron a correr. Nadie los había visto. La vieja no podría saber a ciencia cierta quién la había empujado. Al cabo de cinco minutos ya habían dejado la casa de Hettie atrás y se dirigían hacia el final del Strand, en dirección al extremo más alejado de Wolf Walk, donde el asfalto dibujaba una curva como si quisiera subrayar el estuario, el perfil del mar, las colinas y el cielo, y donde zancudas de pecho rechoncho se abrían paso a picotazos por el granuloso fango como desquiciados y amenazadores directores de escuela. Se desplomaron sobre un banco, inspirando y espirando entre jadeos, y luego convirtieron esas inspiraciones y espiraciones en una parodia; Hettie se echó a rodar por el banco y, haciendo una buena imitación de alguien que se asfixiaba, fingió que se ahogaba y moría. Finalmente se levantó y volvió a sentarse.

—Pero no es divertido —dijo—. No. Alguien podría hacerse daño. Podrías haberlo pensado.

—Fue la vieja esa —se excusó Michael—. La vieja de aquella vez…

—La mujer del brigadier. Es Billa.

—¿Espabila?

—Billa, dice que se llama —dijo Hettie—. No sé de qué será diminutivo. A mí no me parece un nombre en absoluto. A lo mejor es un hombre y en realidad se llama Bill. No ha sido culpa tuya.

Michael se calló. Estaba pensando en el lugar al que se retirarían las zancudas para ir a hacer sus necesidades, en si sería uno especial o si las harían ahí donde estuvieran, aunque luego fueran a pasar por ahí y hasta a meter el pico ese que terminaba en una especie de cuchara entre la porquería que se habría mezclado con el barro y con todo. No tenía ni idea.

—No fue culpa mía —insistió Michael.

—Bueno, y tampoco mía —respondió Hettie, indignada—. Fue culpa suya por quedarse parada en medio de la calle. La gente a veces tiene prisa por llegar a los sitios, pero luego va y te

encuentras con otra gente, con Billa, la mujer del brigadier, que eso no lo entiende, no se entera de nada.

—Hasta aquí no baja nadie —dijo Michael al cabo de un rato. Más allá de las ceremonias del pueblo y del río, el día, tranquilo, se elevaba descuidadamente hacia el cielo azul—. Nunca he visto a nadie por aquí.

No era cierto, no del todo; pero sí que era adecuado para el momento y, por eso, Michael lo dijo. Los dos se quedaron ahí sentados; un *craa-craa* de un pájaro que volaba, las diminutas salpicaduras del estuario entre mareas, el lejano zumbido del motor de gasolina de un barco que se dirigía al norte, hacia el canal de Bristol y el mar abierto.

—Te quiero mucho, Michael —dijo Hettie—. De verdad, de verdad.

Michael se quedó inmóvil; al cabo de unos instantes, Hettie apartó su mano temblorosa del codo del chico y, llevándola hacia su cuello, acomodó la nuca en su palma. Michael esperó, tranquilo; Hettie no parecía contar con que él le respondiera.

—Te quiero tanto —volvió a decir Hettie—. Nunca he querido tanto a nadie, nunca, nunca. Te quiero, Michael. Hasta te enseñaría mi alfiler de sombrero, Michael, de verdad.

16

Harry y Sam corrieron hacia la puerta; en la calle, la gente había dado media vuelta y se dirigía hacia la figura tumbada sobre el bordillo.

—Estoy bastante bien. Lo que pasa es me he dado un golpe contra, contra… —Era Billa, con las medias torcidas y la falda descocadamente arremangada. El pelo le había quedado pegado a un lado, a saber por qué, y se la veía vieja y aturdida—. Estoy bien —decía sin dirigirse a nadie en particular.

A su alrededor, los cuatro o cinco samaritanos la miraban escépticos, dudosos: todos personajes de Hanmouth más o menos conocidos.

—No se mueva —le decía la mujer del bloque de pisos en tono autoritario.

—Entra y tómate una taza de té antes de seguir, Billa —dijo Sam.

—Oh, gracias, Sam —contestó Billa.

—No se mueva —volvió a decir la mujer; era Catherine, Sam se acordó de su nombre—. Yo era enfermera… No debe moverse hasta que llegue la ambulancia. ¿Alguien ha llamado a la ambulancia?

—Tonterías —replicó Billa, pero lo dijo con voz trémula, débil y vieja—. No me pasa nada de nada.

—Más vale prevenir que curar —decía Catherine mientras pasaba unas manos expertas por las piernas y las caderas de Billa sin vacilar, de un modo muy profesional; la examinaba y hacía presión rápidamente mientras trataba de colocarle bien la ropa—. ¿Siente dolor? ¿Aquí… aquí… aquí?

—Ha sido un golpe muy feo —dijo Billa—. Me he pegado un buen golpetazo, tremendo, las piernas han salido volando. No imagino qué habrá pasado. Los tobillos siempre me han fallado. A veces me vengo abajo como un castillo de, de…

—Deje que le traiga algo —dijo una mujer con la blusa arrugada, sin planchar y, aunque limpia, llena de unas manchas que no había manera de quitar—. Le traeré un cojín, ¿le parece? Tony —se dirigió a su acompañante, un hombre que no le pegaba nada, pulcro, de pelo blanco muy corto y un ligero aire de derrota—. Tony, no te quedes ahí sin hacer nada.

—Estoy bien, de verdad —insistió Billa—. Os estoy muy agradecida. Cuánta amabilidad, pero no ha habido desperfectos, os lo prometo. Ha sido cosa de mis tobillos, estos dichosos tobillos…, siempre me fallan en el momento menos indicado.

Señaló hacia abajo, y el tobillo derecho ya se veía hinchado. Un esguince podía ser fatal, comentó alguien, realmente tan doloroso como una fractura.

—Cuesta tan poco caerse por cualquier cosa, ¿verdad? —dijo Billa —. Y tampoco he pisado nada.

—En realidad, creo que fueron un par de chicos. Corriendo como alma que lleva el diablo. Te derribaron.

—Vaya por Dios… En Hanmouth —dijo la mujer—. Increíble.

—¿Has podido ver quiénes eran? —preguntó Harry a Sam.

—No. Yo diría que no.

Miró calle abajo y solo vio a John Calvin a cuatro casas de distancia, absorto ante un escaparate, fingiendo que no había pasado nada; y en caso de que hubiera pasado, él no había visto nada. Una pena que para ponerse a mirar le hubiera tocado en gracia a la tienda benéfica de la organización de Salvamento Marítimo y que lo que pareciera examinar fueran unos patuquitos.

—Y ahora, Sam —dijo Billa agarrándose del brazo de Catherine para ponerse de pie—, una tacita de té, si no te importa, y vuelvo a casa. Creo que hoy me quedaré sin paseo, ya podéis estar tranquilos. No os preocupéis por mí.

Mientras Billa trataba de hacer valer enérgicamente su buena salud, Sam y Harry la ayudaron a entrar en la tienda, donde disponían de una silla de enea pintada de blanco para que los clientes pudieran sentarse mientras escogían entre distintas variedades de requesón, y allí la instalaron.

—Vaya jaleo —dijo Catherine muy jovial siguiendo a Sam hasta la cocinita—. Me parece que no se ha roto nada, pero lo mejor sería que llamáramos a una ambulancia.

—No creo que Billa fuera a dejar que llamaras a la ambulancia —dijo Sam—. Ella sabe lo que le conviene. Imagino que de haberse hecho algo serio, no lo dudaría ni un minuto. Esperemos a ver cómo se encuentra después de una taza de té.

—¿Crees que le apetecería venir a nuestra fiestecita del sábado? —preguntó Catherine—. Hemos organizado una fiesta para este sábado, ¿recuerdas? Confío en que tu amigo y tú podáis pasar. Seréis muy bienvenidos.

—¿Te refieres a Harry? Qué lástima… Harry, le estaba diciendo a Catherine lo mal que nos sabe, resulta que este sábado dará una fiesta, y justo en este preciso momento comentábamos que un par de viejos amigos vendrán a cenar a casa. Lo siento.

—Yo también lo siento —dijo Harry desde el umbral de la puerta de la cocinita mientras se preguntaba, era evidente, quién sería esa Catherine—. Pero tenemos a unos viejos amigos a cenar. Nada demasiado formal, pero no creo que a estas alturas podamos cancelarlo.

—Qué lástima —dijo Catherine—. Lo hemos dejado para el final de la tarde, de seis a ocho, ¿cambiaría eso las cosas? Y nuestro hijo viene a pasar el fin de semana con su nuevo amigo, un italiano, nos ha dicho. Me gustaría poder presentarle a algunos… algunos nuevos amigos y vecinos. ¿Y si pasáis por la fiesta muy prontito? Bastará con que os dejéis caer por allí, estamos a la vuelta de la esquina. Vivimos en Woodlands, en el bloque del Strand, último piso, el sábado entre seis y ocho.

—Me temo que no podrá ser —volvió a decir Harry—. Nos habría gustado mucho, pero ya sé cómo se pone Sam cuando viene gente a cenar. A las cuatro entra en estado de pánico. Es ridículo, y eso que son viejos amigos a los que les traería sin cuidado que pasáramos el aspirador o dejáramos de pasarlo, pero así son las cosas. No es agradable tenerlo de invitado cuando tiene que recibir a los suyos.

—Seguro que eso no es verdad. En fin, si cambiáis de idea estamos a la vuelta de la esquina, y nos encantará veros, aunque solo sean diez minutos cuando ya tengáis la mesa puesta y todo esté en el horno y ya no sepáis qué hacer… ¿Preparo el té?

En la tienda propiamente dicha, la mujer hippiosa —Sylvie, resultó que se llamaba— se había acomodado con su amigo Tony; uno de los amigotes del brigadier y su mujer, columna vertebral del grupo de teatro amateur, se habían asegurado de que Billa quedara bien sentada en la silla con las piernas bien separadas enfundadas en sus torcidas medias. Se formó un buen corro mientras Billa volvía a explicar que no había tropezado con nada de nada y que no se lo explicaba. Al amigo del brigadier se le oyó decir que podía cruzar la calle un segundo para ir a buscar a Tom; Sylvie le contaba a la columna vertebral de grupo de teatro que había visto a un par de chicos derribar a Billa y echar a correr, y que alguien más había visto exactamente lo mismo.

—¿Qué pasa, Billa? Tú siempre la reina de la fiesta, ¿verdad? —dijo una voz desde la puerta de la calle.

Podría tratarse de Kitty o de cualquier otra persona.

La conversación tomó distintos caminos, se multiplicó, se convirtió en cháchara y, desde la cocina, Sam observó a uno de la comitiva que, con un «uf», cogía una tabla de quesos con forma de vaca y le

daba la vuelta para ver si tenía el precio marcado. Todo en orden, pensó para sus adentros; alguien compraría algo. Y mientras iba pasando tazas y tacitas de té a todos y cada uno de los presentes, Catherine también los invitaba a su fiesta del sábado.

—Supongo —dijo Harry—, supongo que ahora ya nos hemos comprometido.

—No me importa —respondió Sam mientras recogía la última taza que quedaba, una agrietada y bastante sucia que alguien se habría olvidado en la tienda y en la que podía leerse LA MEJOR PRIMA DEL MUNDO, y agitaba la tetera para ver si quedaba algo—. Haré pastel de carne, ¿te parece?

17

El timbre de la puerta penetró hasta el fondo del sueño de Mauro cual espada, se retiró y volvió a hendirse bien adentro. Mauro hizo una bola con el nórdico y se envolvió en él entre insultos. No se acordaba de qué día era o de qué podría significar el timbre; luego, se estiró hacia atrás, levantó los brazos sobre la cabeza y se acordó. Bostezó con violencia, se sacudió y se puso de pie de un brinco. Realizó algunos ejercicios rudimentarios adoptando la forma de una equis, se replegó y repitió la operación unas cuatro o cinco veces. Después, con los pantalones puestos, se acercó a la ventana y observó la calle desde detrás de las cortinas. Ahí, en la calle, estaba Mister Popper llaves del coche en mano. Mauro miró hacia abajo; en aquel mismo instante, Mister Popper miró hacia arriba, hacia Mauro, y sus miradas se cruzaron. Mauro le dedicó su sonrisa más brillante y un gesto que significaba «Ahora bajo» o «Estás en la calle» o «Espera» o algo por el estilo. Se echó un batín por encima y fue a abrir a Mister Popper.

Mister Popper había llegado a la vida de Mauro en un momento muy oportuno. Mauro se marchó de Roma cuando dejó de ver alternativas. Su trabajo de camarero en un restaurante al lado del Coliseo había llegado a un punto muerto. El restaurante existía con el único objeto de servir a los turistas: nunca nadie había entrado por segunda vez en el Incantevole, con su rótulo de plástico azul y la

sirena que hacía señas desde el letrero. En el restaurante vivían de tomar comandas de *bruschetta* y *spaghetti* y de llevar luego a la mesa en cuestión enormes cuencos de *risotto*, bandejas de acero llenas de ostras enterradas en hielo, *grigliata mista* y elaboradísimas ensaladas decoradas con cuartos de huevo duro que se agrupaban formando motivos florales, platos que nadie había pedido. Si los clientes se los comían pensando que invitaba la casa, tanto mejor; si los devolvían intactos, se los encasquetaban intactos a los de la mesa siguiente. Fuera como fuera, al final la cuenta ascendía a los seiscientos euros.

El propietario del Incantevole era Paolo Crichetti, un hombre seco y profesional con la cabeza rapada y ojos certeramente calculadores que aparentaba más años de los treinta que tenía. El restaurante no tenía un gran futuro. La carrera de Mauro en el Incantevole había sido todavía más corta. Se había fijado en que de cada tres clientes, dos discutían la cuenta —algunos llegaban a exigir que se presentaran los *carabinieri* y todo—, que, al final, quedaba en unos ciento veinte euros. Durante cuatro días a la semana, Crichetti se ausentaba a la hora del almuerzo y dejaba a Mauro a cargo del restaurante. A su regreso, Mauro debía decirle cuántos clientes habían pagado la cuenta completa y cuántos habían insistido en que les hicieran un descuento bajo mano. Durante unas semanas, el sistema funcionó bastante bien. Luego, Crichetti se presentó un buen día de improviso: había descubierto que a mediodía Mauro se embolsaba unos cuatrocientos u ochocientos euros por servicio: iba a tener que marcharse, y ya podía considerarse afortunado de que no le pasara nada peor. Mauro no descubrió jamás quién lo había delatado. Debió de ser el chef de Ghana que hacía horas extra y trabajaba sin papeles: lo habría observado, lo habría registrado todo, le habría pasado la información a Crichetti, y adiós muy buenas. Mauro se marchó ese mismo día y les hizo llegar un anónimo a las autoridades en el que sugería que les hicieran una visita al chef de Ghana y al fraudulento de su patrono.

Al poco, los padres de Mauro le pidieron que se marchara de su piso; no andaban sobrados de dinero, le dijeron. Tenerlo en casa no les costaba más dinero que lo que costaba el café de la mañana,

observó Mauro, ¿o se referían al agua caliente del baño? No, respondieron pacientes, no se referían a nada de eso. Mauro ya sabía de qué se trataba el asunto, dijeron, y no resultaba nada agradable pensar que no podían dejar las carteras y las billeteras por la casa por si su propio hijo… Y tampoco resultaba nada agradable tener que preocuparse porque su hijo se drogaba en la casa.

Sus amigos se disolvieron como el hielo en el café; él pensaba que eran sus amigos, todos aquellos con los que había ligado y con los que había bailado, aquellos a los que les había pasado un porro o le habían presentado o había besado, a los que se había llevado a algún club al aire libre en Ostia de paquete en una Vespa prestada, a los que había confiado secretos y había escuchado de madrugada en el dormitorio de invitados de un apartamento en el séptimo piso de un bloque del barrio del EUR. Y cuando se puso a investigar, resultó que todos tenían algo contra él: les había llegado alguna historia fea sobre Mauro; les debía quinientos euros, o cincuenta, o —decían, pero aquello no podía ser cierto— cinco mil; no iban a confiar en él; no iban a ayudarle; no iban a responder a sus llamadas si reconocían su número. Mauro había olvidado que Paolo Crichetti era hermano de un chico del que durante un verano entero había sido inseparable y a quien había besado y abrazado y llevado a Ostia de paquete en una Vespa azul celeste que le habían prestado; así fue como conoció a Paolo Crichetti y consiguió el puesto en el restaurante. Paolo Crichetti había hecho correr la voz. Nadie iba a darle trabajo ni a alojarlo en su casa, ni aunque devolviera los cincuenta o los quinientos o —aquello no podía ser cierto—, los cinco mil.

—Esta es una ciudad pequeña —le había advertido Marco Crichetti; ahora llevaba una vida ordenada, tenía veinte años y estudiaba administración en una academia con su hermana gemela Su-Ellen—. Todos te conocen, Mauro. Tienes que irte a otra parte.

—No he hecho nada —había contestado Mauro—. No he hecho nada malo.

—Tú vete —insistió Marco.

A veces, pensaba Mauro, puedes subir a un avión y tomar una decisión y bajar al cabo de dos horas convertido en una persona

diferente, mejor. Eso era lo que le había pasado en el avión de Roma a Londres. Mientras aceptaban los ofrecimientos de bebidas frías y calientes de azafatas agobiadas o miraban a medias las demostraciones de medidas de seguridad, el resto de pasajeros no advirtió lo que le había pasado a Mauro, pero sobre las nubes, los cielos azules debieron de estremecerse con su decisión. Sería una buena persona; sería un buen amigo. De los amigos que todavía no había hecho. No juzgaría a nadie; dejaría las drogas. Sería honrado aunque se presentaran tentaciones. No haría nada que nadie pudiera reprocharle. No haría nada que pudiera terminar reprochándose a sí mismo, porque las veces que había robado dinero, lo que más le había dolido no había sido ni que le gritaran ni que le dijeran lo mala persona que era. (Eso se lo habían dicho Paolo Crichetti y su madre y algunos más.) Lo que más le había dolido era esa voz interior que había contestado: «Sí, tenéis razón, sí, lo soy, sí, lo sé».

Durante sus primeras semanas en Londres se mantuvo firme en sus resoluciones. Se quedó en un hotel barato de King's Cross, y cuando se marchó, no lo hizo por la puerta de atrás, sino pagando lo que debía; en realidad, en el hotel habían insistido en que pagara diariamente y por adelantado, pero es que ahora él era así. No había tardado en encontrar trabajo de temporada en el restaurante de unos sicilianos: con esa especie de inglés con la que se había dirigido a los turistas americanos que nunca volvían al Incantevole también podría apañárselas en un restaurante de Londres, bastaba con pedir a los clientes que señalaran el plato de la carta. Encontró una habitación en un piso con cuatro chicos más, todos gays, todos extranjeros, y lo sacaron a un bar del Soho, y luego a otro, y luego a un club. Mauro no bebía demasiado, y solo había que pagar la primera copa, después otros hombres invitaban al resto, a tantas como quisieras. En los clubs siempre había alguien que te colaba en la lista de invitados. Al cabo de dos meses, Mauro ya se conocía todos los clubs y la gente empezaba a conocerlo a él. Dos veces a la semana, a veces tres, terminaba en casa de alguien con uno o, en ocasiones, dos hombres. Se mantenía firme en sus propósitos; se diría que hubiera dejado atrás al antiguo Mauro y que aquí no

tuviera más que buenos nuevos amigos. Aquí podría convertirse en quien quisiera.

Mister Popper era un caso especial. En los clubs siempre había gente así, hombres gordos, hombres calvos, hombres viejos, hombres que olían mal y que no parecían darse cuenta de que no estaban tan solicitados como los hombres en buena forma, los hombres con pelo, los hombres que olían bien y tenían buen aspecto. Por aquel entonces, Mauro vivía en Clapham, compartía un piso encima de un salón de bronceado con Christian, un germano-brasileño moreno de mandíbula cuadrada y poderosa que tenía un tic algo alarmante: con una frecuencia que oscilaba entre los veinte segundos y los dos minutos volvía la cabeza al hablar haciendo hincapié en palabras inesperadas. Los dos trabajaban de camareros en una *churrascaria* muy elegante de Gloucester Road y eran auténticos expertos en el arte de filetear la ternera asada sirviéndose de un espetón. Habían tonteado y habían compartido a un chico inglés, pero últimamente no eran más que compañeros de piso. Mauro estuvo con Christian la noche que Mister Popper —David, para hablar con propiedad— había aparecido. Había tenido un fin de semana duro. La víspera había ido con los chicos a la inauguración del Sister, un club en Vauxhall, pero la cosa no había ido demasiado bien: el promotor había confiado en que sus amigos hicieran correr la voz, pero le habían faltado amigos. Para compensar, la noche siguiente salieron por Vauxhall. A las dos todavía no habían podido encontrar drogas; la semana anterior la Policía había hecho una redada de camellos, decían. Mauro había compartido una pastilla con Christian y una raya con alguien a quien había conocido, pero eso había sido todo. Todos habían visto a Mister Popper con su frasquito. «A mí no me importa», dijo Mauro, y se fue derecho hacia él para decirle cuánto le gustaba el popper. Y Mister Popper resultó ser un amuleto de la suerte, porque justo entonces llegaron tres camellos, uno detrás del otro, y se pusieron a vender. Fue una de las noches más divertidas que recordaba y, para colmo, el tipo a quien Mauro terminó llevándose a casa se quedó dormido, igual que él, y lo más divertido no era eso, sino que a

quien se llevó a casa fue a Mister Popper. Sabe Dios qué habría pasado.

Al cabo de un par de meses hubo un malentendido. A finales de mes, ni a Mauro ni a Christian les quedaba dinero para el alquiler. Christian se encogió de hombros y dijo, bueno, en la agencia tendrán que deducirlo de la fianza, de los dos meses de fianza que les dimos cuando nos mudamos aquí.

—¿Eso puede hacerse? —preguntó Mauro.

—Por un agujero de mierda como este, sí, creo que podremos —respondió Christian metiendo el dedo en un agujero de la puerta de contrachapado.

Pero la agencia no pensaba lo mismo. Cuando a finales del mes siguiente, Christian y Mauro descubrieron que tampoco tenían dinero para pagar el alquiler, en la agencia les dijeron bastante crudamente que podían pagar el alquiler de dos meses y dejar el piso a finales de ese mes, o marcharse en un plazo de cinco días y esperar a que la justicia los persiguiera. A Mauro le habían llegado noticias de una habitación libre que quedaba a la vuelta de la esquina; estaba en un bloque de apartamentos muy elegante, un edificio de ladrillo de los años treinta con ventanas de hierro pintado, igual que un transatlántico. Conocía a uno de los chicos y, de hecho, había pasado una noche allí con él. Christian puso morros y dijo que bueno, que él podía volver al norte de Londres, tenía la impresión de que esta zona había llegado al final de su ciclo natural.

El único problema era que en el piso nuevo también le pedían dos meses de fianza, mil doscientas libras; Mauro echó mano de razones y promesas y trató de que aceptaran una fianza de un mes, pero se negaron. Mauro no tenía mil doscientas libras.

—Pídeselas a Mister Popper —le dijo Christian—. Solo tendrás que hacerlo con él una o dos veces. Podría ser peor.

—No hables así de David —dijo Mauro.

No le gustaba pensar que se aprovechaba de David. David era su amigo. Cuando se acordaba de sus salidas se ponía sentimental y se veía bajo otra luz más caritativa. Estaba ayudando a David a establecerse, a aceptar el mundo moderno y a perder un poco de peso. Nunca se reía de David en su ausencia; lo había defendido,

había contagiado su amabilidad a otros amigos a los que Mauro pensaba presentarle. Pero Mauro no tenía mil doscientas libras y resultaba que Mister Popper sí, y otras mil doscientas que a Mauro se le ocurrió añadir en el último minuto. Habría que pagar un precio por ese dinero, por supuesto, y Mauro lo pagó, muy serio. Si seguía prometiéndole que pagaría y dejaba que la gente creyera que era el novio de David, llegaría un momento en que David le perdonaría su deuda. Mauro se avino —se alegraba de que el precio no pasara de eso— a subirse al coche de David y a ir a ver a sus padres en la campiña inglesa. Ya había hecho cosas mucho peores.

18

—Pasa, pasa —dijo Mauro levantando el pestillo.

Del otro lado llegó una patada.

La decoración y las instalaciones del edificio eran elegantes, pero la mayoría de las viviendas y de los espacios comunes llevaba sin reformar desde su construcción, y tanto las puertas de cuarterones como las ventanas de carpintería de hierro pintadas de blanco solían atascarse. David había estado allí antes y sabía qué hacer. Volvió a dar una patada y la puerta se abrió.

—Todavía no estoy listo —se excusó Mauro señalando el torso desnudo y la toalla blanca que llevaba más abajo.

—Eso ya lo veo —dijo David, y se dieron dos besos, uno en cada mejilla, inclinándose para que solo estas se tocaran—. ¿Todos duermen?

—No tengo ni remotísima —respondió Mauro con una sonrisa radiante; esa expresión la había aprendido de David la semana anterior—. Supongo que estarán durmiendo. Ven y siéntate en mi habitación mientras termino de prepararme.

Como lo que había sido el salón estaba ocupado por uno de los chicos del piso, David solo podía sentarse en el cuarto de Mauro. Mauro se llevó un montón de ropa al baño. David se preguntó, y esa no era la primera vez que lo hacía, a qué obedecería lo escaso de las posesiones de Mauro. La casa de David estaba atiborrada, repleta de adquisiciones, aunque eran muy pocas las que le gustaban, le hacían

falta o recordaba haber comprado; su casa parecía una tienda de regalos, un bazar de las sorpresas, y sobre todas las superficies podía encontrarse un policía de juguete que murmuraba alguna obscenidad inofensiva o un jarrón polvoriento de aspecto fantasioso. Un día de esos metería todas esas porquerías en una bolsa y las tiraría. La habitación de Mauro, por su parte, parecía una habitación de hotel que llevara ocupada seis días, ni uno más. Debía de tener un piso en Roma, o tal vez sus padres conservaran su habitación intacta. Nadie podía vivir con tan poco.

Mauro volvió; llevaba el pelo mojado, negro y bien liso, una camiseta amarilla limpia y un par de tejanos azules desteñidos. David se maravilló de lo afortunado que era de haber conocido a alguien así, de tener a alguien así de amigo. Mauro siguió hablando sobre un ladrón del restaurante, alguien que cogía las propinas que eran para otros siempre que veía dinero en un platito; pensaban que alguien del personal las sisaba en secreto. Nadie sabía de quién se trataba, aunque Mauro tenía cierta idea.

—Sí, yo ya sé quién es el cabrón. Odio a la gente que roba. Si hay algo que odie, es eso. Son basura. —Entre tanto, y mientras David reprimía el bostezo de una cabezadita interrumpida y frustrada, Mauro siguió sacando del armario y de sus cajones calzoncillos, calcetines, una camisa y una sudadera—. ¿Voy a necesitar chaqueta?

David pensaba que tal vez fuera a necesitarla. Mauro se encogió de hombros y, sorpresa, ahí tenía una chaqueta de una especie de tweed, más amarilla que la típica chaqueta de tweed inglesa.

—Nunca te la he visto puesta —dijo David.

—¿Y corbata? ¿Una corbata, tal vez? —preguntó Mauro.

—No, yo no diría tanto —contestó David—. Tendrías que ponerte esa chaqueta más a menudo. Te sienta bien.

—No es mi estilo.

—¿Un regalo? Me refiero a la chaqueta. —Respuesta afirmativa—. Sí, ya me lo suponía. A que acierto: seguro que fueron tus padres, te la regalarían cuando cumpliste, ¿cuántos? ¿Veintiuno? —La chaqueta se veía vieja e impoluta al mismo tiempo, como si en los siete años que habían transcurrido desde su vigésimo primer cumpleaños solo la hubiera llevado en contadas ocasiones —. Es muy bonita. Al final,

las mejores prendas siempre son las que tenías escondidas en el fondo del armario.

—Sin corbata —dijo Mauro—. Pensaba que para ir a ver a la madre o al padre de alguien siempre había que ponerse corbata.

—Que es Devon. No vamos a tener que ver a nadie elegante. Pero me dijeron que iban a organizar una fiestecita o algo así. Puede que con la chaqueta de tweed estés más cómodo.

—Todavía no sé si me va —insistió Mauro.

Costaba de creer que hubiera podido ganar algo de peso: su torso nervudo debía de haber sido prácticamente el mismo diez años atrás. Y, en efecto, con la chaqueta encima de la camiseta y los tejanos estaba espléndido: tanto el amarillo de la tela como el de la camiseta, este más pálido, casi blanco, hacían brillar su tez morena. Y, cosa asombrosa, los pantalones trazaban una superficie lisa sobre la parte superior de su muslo; no había en sus bolsillos nada que abultara. David sabía de sobras que los suyos eran bolsas de capacidad inmensa atiborradas: el billetero, las llaves, los pañuelos y algún que otro artículo recién adquirido. David se preguntó dónde metería Mauro todas esas cosas tan necesarias.

—Así vas bien —dijo David.

Mauro enrolló la chaqueta y la metió en la bolsa de viaje de piel marrón, encima de la ropa. David jamás habría imaginado que Mauro pudiera tener una bolsa tan elegante; se descubrió preguntándose quién le habría regalado la bolsa y la chaqueta. Se pusieron en marcha.

Cuando estuvieron en el coche —al colocar la bolsa de Mauro al lado de la suya en el maletero del Peugeot plateado, David había experimentado una emoción erótica, conyugal, más intensa que cuando Mauro se deslizó en el asiento del copiloto con un suspiro muy natural—, Mauro se puso a hablar. Eso era algo que a David le había intrigado: sus encuentros solían transcurrir bien engrasados por la compañía, el alcohol, la noche y, a veces, las drogas. En esas circunstancias, que reinara el silencio o la conversación no parecían importar tanto. No recordaba haberse devanado los sesos por dar con algo que decir, algo que llenara el vacío. Ahora, sobrios, a la luz del día, tenían que viajar en coche durante cuatro horas hacia el

lejano oeste, hacia un lugar que apenas conocía, para presentarles a Mauro a sus padres, quienes tendrían que hablar con él, también sobrios, durante dos días enteros.

—¿Has salido alguna vez de Londres? —preguntó David cuando dejaron Clapham.

—He estado en Brighton. ¿Adónde vamos?

—¿Brighton te gustó?

—Oh, no sé. No sé por qué fuimos… Christian tenía el día libre y yo llamé al trabajo y avisé de que estaba enfermo. Christian dijo que iríamos a algún sitio. Había oído por ahí que Brighton era bonito.

—Pero no has estado en ningún otro sitio, entonces.

—El lugar al que vamos, ¿está cerca?

—¿Cerca de Brighton? No, en realidad ni siquiera está en la misma dirección. ¿No has oído hablar del pueblo donde viven mis padres? Se llama Hanmouth. Han-mouth. Ha salido en las noticias.

—¿Podemos poner un CD? He traído algunos. Los tengo en la bolsa.

—Una historia muy extraña —continuó David advirtiendo en ese preciso instante que había girado hacia el puente de Vauxhall cuando debería haberse dirigido hacia el de Chelsea o incluso más al oeste. Volvió a calcular su ruta—. Una niña desapareció, una niña del pueblo al que se han mudado mis padres. Todos los periódicos recogieron la historia. La madre y el padre de la niña salieron por televisión hechos un mar de lágrimas y la zona se llenó de policías que buscaban a la niña; primero pensaban que se habría caído al río o se habría perdido, y luego empezaron a decir: «El que la tenga, el que se la haya llevado, que nos la devuelva».

—Ah, sí, ya lo vi. La niña… Estaba en Portugal, ¿no?, una niña pequeña de dos o tres años. Nunca la encontraron.

—No, ese era otro caso. El que te digo pasó en Hanmouth, donde se mudaron mis padres. Un par de meses después de que se mudaran. Decían que con tanto periodista y tanta gente mirando, no podían ni moverse. El pueblo está en Devon.

—No, entonces me parece que no me suena —dijo Mauro—. Qué horror. Y tus padres, ¿conocían a la niña?

—No, no la habían visto —continuó David—. De manera que los de la policía se pusieron a hacer un montón de declaraciones, y luego va y dicen, bueno, la verdad es que tampoco estamos tan seguros. Y lo siguiente que se supo fue que habían detenido a la madre de la niña. Creían que había fingido el secuestro de su hija, la había escondido en algún sitio y había salido en televisión llorando.

—Pero ¿por qué lo hizo? Es de locos.

—Bueno, sale en televisión, dice: «No podemos ni dormir, necesitamos dinero para hacer campaña para que nos la devuelvan», y la gente envía donativos. Dinero. Mucho dinero.

—¿Y cuánto dinero crees que les habrán enviado? ¿Un millón, dirías?

—No lo sé, no me he enterado. Pero a la madre la detuvieron.

—Bueno, pero ella, la madre, ¿al final puede quedarse con el dinero? ¿Se queda con su millón de libras o lo que haya recibido?

—No —respondió David algo alarmado ante el cariz que iba tomando el razonamiento de Mauro—. No creo que pudiera quedarse con el dinero. Debe de estar prohibido lucrarse con los beneficios de un delito, ¿no? Si robas un banco, no puedes quedarte con lo que te hayas llevado.

—Ya, pero tienes que esconderlo, esconderlo donde la Policía no pueda encontrarlo. ¿Tú crees que la mujer lo hizo?

—El caso es que la cosa es aún peor. La Policía detiene a la mujer y ella termina confesando, les dice dónde está la pequeña. La tiene escondida en la casa de un amigo suyo o algo así, y cuando van para allá, ni rastro de la niña ni del amigo. Han desaparecido. La madre no sabe nada del asunto, no sabe adónde han ido. Y luego resulta que el amigo aparece muerto en un campo, asesinado. Y ni rastro de la niñita. Se ha esfumado del todo.

—Ya, pero en realidad la madre sabe dónde está su hija. Lo que pasa es que no lo dice.

—No creo que lo sepa —dijo David.

—Y seguro que ella, la madre, ha escondido el millón de libras donde está su hija, a salvo los dos, y cuando la suelten y salga de la cárcel se reunirá con la hija y con el dinero, y *pam*, *pam*, *pam* —

añadió Mauro formando la silueta de una pistola con la mano y apuntando al parabrisas de izquierda a derecha.

Tal vez imaginara el tiroteo mientras la madre y la hija, en algún velocísimo deportivo, disparaban a los agentes que tenían a sus espaldas. Durante unos instantes, David pensó en preguntarle a Mauro cuántos años creía que tenía la niña de esa lamentable historia, de dónde había sacado la idea, con ese entusiasta *pam*, *pam*, *pam* más propio de una fantasía hollywoodiense de mujeres a la fuga. Pero a él qué más le daba, se dijo.

—Sí, seguro —concedió David al cabo de un momento—. Cuando lleguemos a la A4 todo estará en orden.

—Eh, he traído un CD de Armand van Helden. ¿Puedo ponerlo?

19

La víspera, David había dejado escrita la última contra para los chinos.

> ¿Por qué fingir la enfermedad? ¿Por qué fingir que te ha invadido un delirio cálido, que debes acostarte y cubrirte con las mantas? Las sábanas y tu sangre convierten el mundo en un vacío rosado, y tú, entre tanto, palpitas en el interior de tu propio mundo. Algún día no muy lejano tu mentira te dará alcance y te darás cuenta de que nadie llegó a creer jamás que estuvieras enfermo. Solo dejaban que pensaras que te creían para que pudieras faltar a clase, para que te quedaras en casa y no fueras a trabajar, para que te quedaras echado en la cama y te trajeran caramelos y cuencos de sopa para entrar en calor y curarte. Eso es lo que hace el amor de madre aunque ya no seas tan joven. El amor de madre es el que mejor te conoce, y entiende que, a veces, el mundo alcanza su esplendor cuando lo rechazas y lo abrazas bajo las sábanas azules o rosas de la cama, esperando a que las cosas mejoren. Y con todo, en ocasiones el alba dorada llega cuando tu madre esboza una dulce sonrisa y te dice: «Ya sé que de verdad no estás enfermo, que solo quieres descansar. Pero hoy puedes estar mejor, puedes salir y contemplar el mundo, que sigue siendo bello y

lleno de un sol radiante, y olvidarte de tu enfermedad, esa enfermedad que nunca llegó a existir. Levántate, desperézate, bosteza, sonríe y contempla este mundo hermoso. Recupérate». Y lo mismo sucede con el amor. Dejar de fingirlo es siempre lo mejor.

20

Los martes a las once de la mañana Miranda impartía un seminario en la universidad. Iba dirigido a los estudiantes de segundo y trataba sobre la literatura poscolonial. Durante la primera semana se presentaron catorce de los quince estudiantes que le habían asignado; todos iban bien agarrados a su ejemplar de *Oroonoko* y a cuarenta páginas de artículos fotocopiados y tenían un aire nervioso. (Miranda, con su severa melena a lo *garçon* y esa manera suya de dar golpecitos en la mesa con el bolígrafo cada vez que un estudiante se quedaba en silencio al ser interpelado, suscitaba el temor entre gentes a las que nunca había dado clase.) Repasó la lista. Sophie Warren era la número quince. El nombre no le decía nada. Se dispuso a empezar la clase bajo los taciturnos fluorescentes del aula gris y sin ventanas. Era buena profesora, respetaba a sus buenos alumnos. En esa clase, por ejemplo, evitaba dirigirse a Faisal Khalil sobre ningún tema directamente relacionado con la teoría colonial, como si pensara que él fuera a tener algún interés o conocimiento especial. Por lo que sabía, había nacido en Sutton, y su padre, creía Miranda, vivía en Barnstaple y trabajaba en un instituto de bachillerato. A un estudiante como ese tenía que tenerlo de su lado; y siempre que le apetecía hacer alguna intervención en clase, ella lo trataba con respeto. Era una buena profesora.

En el transcurso de las dos semanas siguientes, Sophie Warren no hizo acto de presencia; en esas dos semanas también dejaron de aparecer por clase un par de los alumnos que había tenido durante la primera semana, algo bastante normal. Miranda seguía las instrucciones de la facultad que tanto despreciaba: tenía que pasar lista, leer en voz alta los nombres de los estudiantes e ir tachando;

ni era maestra de primaria ni se había propuesto trabajar en una universidad que tuviera un Departamento de Absentismo Escolar, pero pasaba lista. Y ahí quedaba todo. Dio por sentado que Sophie Warren, cuyo nombre salía en su lista, habría terminado allí por error y que al cabo de cuatro semanas ya habría encontrado acomodo en algún otro sitio.

Cuando llegó la quinta semana, Miranda descubrió una cara nueva entre las filas de su clase de literatura poscolonial, todo chicas menos dos chicos. De aspecto dócil y sumiso, su cara flanqueada por esas cortinas de pelo rubio tan corrientes, tenía siempre los ojos puestos en un libro abierto. A cada lado había dos chicas con un nosequé de protector. ¿Qué sería? Habían adoptado el mismo corte de pelo, la mirada gacha, las manos cruzadas sobre el regazo. Se reflejaban la una en la otra, recordaban a las dulces sinfonías de Rossetti; hasta una podría haberse llamado Gertrudis. A Miranda se le ocurrió que podría dejar caer el comentario adoptando la actitud de profesora sarcástica, pero se contentó con preguntarle a la recién llegada quién era.

—Soy Sophie Warren —contestó la chica, como Miranda esperaba.

—Esta es la quinta semana del trimestre. ¿Dónde habías estado?

—He tenido problemas familiares —respondió la chica—. Pero me he puesto al día con las tareas.

—¿Qué problemas familiares? —preguntó Miranda—. ¿O has dicho problemas fistulares?

—Problemas familiares. Preferiría no comentarlos.

—Vaya, qué poco me gusta —dijo Miranda—. Ya te has perdido la mitad de las clases del semestre. Los apuntes los habrá pasado una amiga que tanto puede haber estado escuchando en clase como no. Sé por experiencia que con este sistema de aprendizaje al estudiante suele terminar escapándosele algún punto de la materia crucial, con lo que la nota del trabajo de investigación baja cinco puntos y le queda una clase del módulo colgando. Podría llegar al notable por los pelos, pero se queda en un aprobado. Termina la universidad con lo que, hoy en día, es un título sin valor alguno. Y después de haber malgastado tres años de su vida, tiene que ponerse a trabajar en Dolcis, donde permanecerá durante el resto de sus días. Tampoco se

casará, porque nadie va a querer casarse con la dependienta de una zapatería. Una historia muy triste. Y aquí llega la moraleja: no faltéis a clase. Para Sophie ya es demasiado tarde, claro está. Pero puede que todavía no lo sea para el resto.

Cuando Miranda llegó a la parte de Dolcis, algunos de sus alumnos —los más sutiles— ya reían alegremente. Le alegró comprobar que Faisal Khalil, que era reservado pero sensato, era uno de los risueños: no habría soportado la idea de que el único estudiante de primer curso que no era blanco no hubiera estado de su lado. En las caras del resto de la clase se apreciaba las ansias de rebelión, la furia o el asombro que les provocaba que les hablaran de aquella manera. Saber lo que Sophie Warren o sus dos acólitas pensaban —las que decían haberle pasado los apuntes sobre el seminario— resultaba imposible. Tenían la cabeza pegada al libro.

Durante el descanso de media mañana, Miranda le pidió a Sophie que se quedara en clase y le preguntó qué le pasaba.

—Al fin y al cabo —dijo Miranda riendo para sus adentros—, si el cuerpo docente sabe que estás atravesando algunas dificultades, yo también seré capaz de hacerme cargo.

—Preferiría no decir nada —volvió a decir Sophie Warren—. Son problemas familiares, ¿vale?

—Bien, en ese caso no podemos ayudarte —dijo Miranda—. Si cada vez que a alguien no le apeteciera presentarse en clase o no quisiera hacer un examen pudiera limitarse a decir «Tengo problemas familiares» eso sería injusto para el resto de la clase, ¿verdad?

Llegados a ese punto, Sophie Warren empezó a sollozar ruidosamente, aunque era evidente que no lloraba. Miranda se sentó a esperar.

—Dios —dijo Sophie Warren con auténtico odio—. Esto es absolutamente increíble. Nadie me había hablado nunca así en la vida, nunca, nadie… así. Estoy pensando muy seriamente en contárselo a mi padre.

—Sí, sería una buena idea. Si los problemas familiares te impiden estudiar, nos gustaría tratarlos con tu padre, y con tu madre también, si anda por aquí.

Sophie dejó escapar otra ráfaga de sollozos. Luego volvió a dar señales de vida.

—Mire —fue al grano—, no es nada nuevo. Mi padre y mi madre llevan años así. Nunca se han entendido, y ahora que me he ido de casa para venir a este sitio de mierda, ellos creen que podrían divorciarse. Lo estoy pasando de puta pena. Me pareció que estas últimas cuatro semanas tenía que estar con mi madre.

—Vaya, eso ya lo veo —dijo Miranda haciendo todo lo posible por insuflar algo de compasión a su voz—. En estas situaciones, por supuesto, el cuerpo docente prefiere escribirles una carta a los padres para manifestarles su preocupación y transmitirles, claro está, que confiamos en que harán lo posible para evitar que la angustia del divorcio afecte tu rendimiento, lo que desde nuestro punto de vista, naturalmente, es lo más importante.

—¿Qué? —preguntó Sophie Warren—. No, no quiero que lo haga, no debe hacerlo, le digo, ¿entendido?

—Por supuesto que debemos hacerlo —repuso Miranda.

Ya había usado ese mismo truco para divertirse, y con muy buenos resultados, cuando algún estudiante perezoso mencionaba a abuelas muertas, padres en proceso de divorcio y, en una ocasión, hasta a un hermano encarcelado en Tailandia por tráfico de drogas, aunque esa última excusa había resultado cierta, vaya por Dios, y la alumna le había dicho que su familia agradecería muchísimo el interés de la universidad.

—Naturalmente, si veo que en el futuro tu situación no afecta a tu rendimiento, en otras palabras, si empiezas a aparecer por clase y a hacer todos los trabajos…, tal vez tu familia prefiera ahorrarse las muestras de comprensión de personas a las que no conocen. No lo sé. ¿A ti qué te parece?

—Lo que me parece es que eres una puta bruja —dijo Sophie Warren, calculando su frase para que coincidiera con la entrada en el aula de los primeros alumnos cargados con vasos de café, bolsas de patatas fritas y plátanos.

21

Cuando volvía de Londres los jueves por la noche o los viernes por la mañana, a Kenyon le gustaba reponerse de los rigores del viaje y de la semana cocinando. Solía dejarle una nota a Miranda con una lista de lo que iba a necesitar, y ella lo incluía todo en su compra semanal. Como Kenyon era un buen cocinero y ni Miranda ni Hettie tenían manías con la comida, a menudo se las ingeniaba para innovar. Tenía dos ejemplares del libro de recetas que estuviera en boga en el momento, fuera el que fuese, uno en su despacho de Londres y otro en la cocina de Hanmouth. Entre semana comía en restaurantes de Londres cercanos a su apartamento; Miranda y Hettie comían cualquier cosa que no vulnerara un viejo principio de Miranda: no convertirse en esclava de la cocina como su madre, lo que se traducía en platos preparados de comida sana y un montón de pasta rellena con ensalada y salsa de tomate. Cuando Kenyon volvía a casa el jueves o el viernes, la semana de la familia llegaba a su momento cumbre: se ponía el delantal azul de rayas y empezaba a cortar cebollas y a machacar ajos con el canto de la hoja del cuchillo.

Para un día soleado como el que hacía, pensó en un asado que fuera veraniego; dio con una idea para preparar pollo asado con azafrán, avellanas y limón. Podría acompañarlo de una ensalada de hierbas: estragón, perejil y eneldo, nada más. Le envió un email a Miranda con los detalles y compró un poco de zumaque, que a saber qué sería, en Harvey Nichols. Cuando llegó a casa, lo tenía todo ahí.

Miranda apenas utilizaba la cocina para la función que esta, en primer lugar, debía cumplir. Pero cuando Kenyon cocinaba, lo seguía con una copa de vino blanco y se ponía a charlar mientras él se entretenía con sus complicadas preparaciones, actividad a la que Miranda se refería como «cosas de chicos». Desde que la cocina había abandonado el reino de las mujeres, había quedado parcialmente incorporada a las costumbres de los hombres, que, claro está, se entregaron a ella con demasiadas manías y complicaciones. Miranda ya se lo había dicho hacía tiempo: «No puedes evitarlo. Eres un hombre. Tienes que hacerlo todo como los hombres. Os encanta tener vuestro pequeño hobby, cuanto más complicado, mejor. No es más que una cuestión de asumir el control

y atraer las miradas». Se lo había dicho después de un *boeuf bourguignon,* un plato particularmete disparatado para el que Kenyon había tenido que vérselas con una manita de cerdo partida que había que retirar antes de servir y unas bolitas de masa caseras. Él había aceptado las críticas, Miranda se había comido el estofado de ternera francés, y los dos habían lavado los platos con Hettie.

Miranda estaba sentada a la mesa de la cocina con un cuenco de frutos secos y una copa de vino blanco. Era jueves por la noche; ya no tenía más clases, y la semana de Kenyon también había llegado a su fin. Hablaba con Kenyon sin prestarle atención a Hettie; ya le había hecho demasiado caso desde la noche del domingo.

—Y Susie estuvo aquí. Comí con ella después de que terminara lo suyo —le decía—. Fuimos a esa brasserie junto a la catedral.

—¿Quién es Susie?

—Susie Aboagye. La conoces. La conociste cuando celebramos el congreso de 2000. Venía de la Universidad de Florida. Ahora está en Inglaterra, es catedrática en la Universidad de Manchester. Bajó para presentar un artículo y pasó la noche aquí.

—Tendrías que haberle dicho que se quedara en casa —dijo Kenyon.

—Oh, no podemos. Ya deberías saberlo. Si no nos gastamos la partida de dietas y alojamiento, al año siguiente la recortan, y puede que entonces sí que la necesitemos. Y tuve un follón con una alumna que batió todos los récords: no se presentó hasta la quinta semana del semestre. Decía que «ya se había puesto al día» con lo que se había perdido.

—Cielo santo —dijo Kenyon, muy educado, dosificando el zumaque con una cuchara.

El libro era un poco vago acerca de su aplicación. Algunas partes de la receta parecían sugerir que el polvo rojizo y amargo que Kenyon, prudente, había probado chupándose el dedo, debía añadirse antes del asado, mientras que, según otras, debía esperarse al momento de servir. Decidió que haría tanto lo uno como lo otro.

—El problema es que ahora lo quieren todo *online*. No creen en la experiencia del cara a cara —añadió.

—Exactamente.

—¿Y cuál era su excusa?

Miranda le habló de los problemas familiares de Sophie Warren y de su amenaza de escribir a la familia de la chica lamentando su divorcio. Kenyon se volvió de espaldas al horno, atónito.

—Un día te pasarás de la raya —dijo al cabo de unos instantes.

—Ya me he pasado. Les he escrito. Lamento profundamente sus problemas familiares. Entiendo, y hablo por la universidad, que el divorcio es un episodio doloroso en la vida de cualquier persona. Con todo, tengo la sensación de que tal vez no sean conscientes de lo mucho que su situación familiar está afectando los estudios de su hija, que se ausenta durante semanas enteras y se echa a llorar en los seminarios, así que les agradecería, etcétera, etcétera. Ella me contó sus problemas y yo escribí una carta y se la mandé a sus padres, los que, según me había dicho, eran los causantes de todo.

—Creo que no deberías haber hecho una cosa así —dijo Kenyon—. De verdad.

—Bueno, ya está hecho. Que le expliquen ellos a su hija lo que ha hecho. Supongo que no van a divorciarse.

—Miranda, eso es horrible —volvió a decir Kenyon—. Si no es verdad, se enfadarán muchísimo con ella.

—Bueno, lo que tú digas, como dicen los estudiantes. No creo que esto vaya a tener consecuencias. Aquí lo que importa es que no era justo para el resto de la clase. Trabajan muchísimo, asisten a las clases, toman apuntes, participan en las discusiones. ¿Por qué iban a hacer todo eso si esa misma carrera te la puedes sacar tomando prestados los apuntes de alguien y tratando de descifrarlos? No es justo.

Hettie estaba sentada a un extremo de la mesa y su postura era un reflejo de la de su madre. Escuchaba absorta, de esa manera suya tan irritante; sus ojos iban pasando de un progenitor al otro mientras respiraba con la boca ligeramente abierta. Tenía delante un pesado vaso verde —era turco, de vidrio soplado, las burbujas de aire todavía se apreciaban— lleno de un líquido carbonatado marrón en el que tintineaba el hielo y una rodaja de limón. Su mano transitaba, lenta y mecánica, entre un cuenco de pastitas de hojaldre para picar prácticamente insípidas que le gustaban mucho y su boca. Todo aquello formaba parte de los refinamientos a los que se daba Hettie los jueves o los viernes por la noche; a veces hasta se ponía su mejor blusa.

—¿Es tu primera Coca-Cola, Hets? —preguntó Kenyon—. Ya sabes que no nos gusta que abuses de la cosa esa.

—Es mi aperitivo —respondió Hettie con dureza—. Pues claro que no voy a pasarme el rato bebiendo.

—Los padres de Michael le dejan beber toda la Coca-Cola que quiera —dijo Miranda con contenido júbilo; apretó bien los labios y se quedó en silencio, igual que un trompetista que estuviera ensayando.

—La tomo de aperitivo. Es mi copa de antes de la cena —explicó Hettie—. Solo me tomo una.

—Cuentan —continuó Kenyon con voz de falsete mientras iba de la despensa a la sartén—, que hay quien se toma más de un aperitivo antes de la cena, y hasta más de dos.

—¿Y qué va a pasar ahora que ya te has vengado de esa chica? —preguntó Hettie.

—No se trata de vengarse de nadie —dijo Miranda—. A mí me da igual que venga a clase o no. Escribí la carta a sus padres solo para recordarle las consecuencias de contar mentiras como esa.

—¿Y si no estuviera contando una mentira? ¿Y si se están divorciando? ¿No quedarás como una tonta? —preguntó Hettie—. Y la chica podría venirte con un «Ya te lo dije».

—No. Lo más probable es que acepten que sus mezquinas discusiones ejercen una influencia deletérea en la actividad académica de su hija y se queden bien calladitos.

—La palabra esa que has usado, ¿qué era?

Miranda se la explicó, casi segura de que «deletéreo» ya había salido antes.

—De todos modos —continuó—, tengo algunos estudiantes realmente buenos en esa clase. Hay un chico que viene todas las semanas y lleva al día todas las lecturas. Se esfuerza; toma notas. Ha venido a verme para comentar un par de cosas. Está sacando provecho de la universidad. O tienen ética del trabajo o no la tienen, y no veo por qué tendría que ayudar a quienes no quieren estudiar.

—¿Cómo se llama? —preguntó Hettie.

—Era un ejemplo nada más, el nombre da igual —dijo Miranda—. Faisal Khalil.

—¿Es asiático? Porque son muy trabajadores, eso lo sabe todo el mundo. Dicen que…

—Sí, supongo —contestó Miranda con su tono más amable—. O tal vez considere que, siendo el único estudiante no-blanco de su curso en esta puta universidad, debería esforzarse más. No creo que sea nada innato, la verdad.

Kenyon había cogido un tarro con canela y había vuelto a dejarlo donde estaba; enderezó la bandeja de pírex un par de milímetros; abrió y cerró la puerta del armario sin sacar nada; abrió el grifo y volvió a cerrarlo; dio tres vueltas alrededor de la mesa de la cocina y, finalmente, se quedó parado delante de la ventana, mirando afuera, hacia *Stanley*, el perro, que defecaba en medio de la calle, triste y, al parecer, sin reparar en el camión de la John Lewis que se acercaba. Miranda y Hettie cruzaron una inusual mirada fraternal llena de lástima y preocupación.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Miranda—. Pareces un poco confuso.

—Estaba pensando —farfulló Kenyon—, estaba pensando si… No recuerdo si he puesto pimienta en la marinada.

—Me parece que no —dijo Hettie—. Pero no he estado todo el rato mirándote.

—¿Te refieres al chico asiático cuyo padre trabaja en el instituto de bachillerato? —preguntó Kenyon, y cogió el cuchillo más grande, el cuchillo de carnicero alargado; lo levantó con las dos manos por encima del pollo descabezado que reposaba sobre sus cuartos traseros.

—Sí, creo que es ese —dijo Miranda—. Khalil. No me acuerdo de cómo se llama su padre. Estudia en la universidad, pero ya no vive en casa, me parece que lo comentó una vez. Muy agudo por tu parte recordarlo, querido.

22

—Y aquí está David cuando tenía solo catorce años, creo que esa fue la primera vez que entró en un bar… Vuelve a entrar en el bar, ya se ha tomado una cerveza grande y no sabe cómo las llaman en Francia. Hace lo que puede, el pobre, le dice a la camarera: «¿Me pone medio kilo de cerveza, por favor…?». Medio kilo… Y la

camarera le dice, ¿verdad, David?, le dice… ¿Qué…, ¿qué fue lo que le dijo? Le dijo…

Era la anécdota favorita del padre de David, pero todavía no había llegado al final. La risa no le dejaba continuar, y Mauro se quedó esperando, educado, con un gintonic en la mano. Con la anécdota, la madre de David había terminado enjugándose las lágrimas, y durante unos instantes David se preguntó si esos dos no habrían estado bebiendo antes de que Mauro y él llegaran; pero la compañía ejercía ese efecto en ellos, los azuzaba y los animaba. Yo podría contaros una anécdota sobre esas vacaciones en el sur de Francia de hace un par de décadas, pensó David. Sería mucho mejor que la vuestra, que se limita a una mera confusión de pesos y medidas; podría hablaros del día que os dije que tenía dolor de cabeza y quería quedarme a oscuras en el hotel y vosotros salisteis para visitar un anfiteatro romano, y en cuanto os pusisteis en marcha bajé a la piscina con el alemán que se hospedaba en el hotel, y luego volvimos al hotel y me folló en su habitación. Yo tenía catorce años y él, veintiocho, y debía de estar asustadísimo, porque luego me dio una dirección falsa de un lugar en Múnich donde, eso lo sé, no vivía. Pero catorce y veintiocho… Eso sí que es una buena anécdota.

El padre de David parecía haber llegado al final.

—Y ya ves —dijo, algo incoherente; estaba colorado—. Me alegro de conocerte, Mauro.

—¿Qué es ese castillo de ahí? —preguntó Mauro muy educado.

Los enormes ventanales del piso daban al estuario.

La sala estaba decorada con bastante elegancia, con una moqueta beige nueva y una alfombra persa que David no reconoció. Sus padres habían hecho una buena limpieza al mudarse; le habían ofrecido un montón de muebles, que no había querido, por supuesto, visto que a sus padres tampoco les interesaban. Para ese piso solo habían conservado las mejores piezas de la antigua casa, las que más apreciaban. A David le pareció que allí había habido algo de purga, como si aquello fuera el resultado de un despiadado concurso de la tele que consistiera en desembarazarse de cuantas más cosas mejor, o, peor todavía, como si estuviera en una

residencia de jubilados donde nada casaba con nada, donde todos los pequeños nexos y montoncitos y objetos que había junto a otras cosas o debajo de ellas hubieran desaparecido, los hubieran desechado. La vista desde la ventana, como decía Mauro, era buena: los frunces y los pliegues plateados del río —del estuario— que se prolongaban en las riberas, un solitario pub pintado de blanco sobre una especie de cabo, otro retazo de río y, más allá, una carretera estrecha y las colinas que se alzaban al fondo. El castillo por el que Mauro preguntaba podía tratarse de un capricho o del pequeño torreón inhabitable de algún victoriano excéntrico que se erguía, muy teatral, sobre la cima de la colina.

—Ah —dijo el padre de David, cortés—. La vista. Sí, es bastante especial, ¿no es cierto? Fue lo que nos convenció de comprar el piso.

—Sabíamos que el pueblo nos gustaba —añadió la madre de David—. Pero encontrar un sitio adecuado para vivir tuvo sus dificultades. Nunca imaginamos que fuéramos a querer vivir en un piso, para ser francos. Pero al cabo de un tiempo…

David dejó que sus pensamientos se perdieran. La postura de Mauro era absolutamente perfecta; no era alto, pero ahí de pie, con su ropa de fin de semana y la luz de la tarde que lo bañaba, tenía un aire bastante noble. En su fuero interno, David se disculpó por haber criticado la ropa de Mauro por descuidada, poco apropiada o escogida sin ningún interés. Ahora, en el salón de sus padres, David se daba cuenta de que con su sonrisa de cinco segundos, esa figura descalza de la camiseta tenía el desparpajo de un pillastre menudo y encantador. Mauro se había quitado sus Onitsuka Tiger marrones y naranja en cuanto entró al piso en un gesto de deferencia por las costumbres de la casa. A sus padres, que ya estaban muy bien dispuestos, eso era evidente, les había caído en gracia. David se preguntó otra vez qué ropa se pondría durante el resto del fin de semana y la cuestión hizo que sintiera desasosiego: el modo en que, sin preguntar, su madre los había hecho pasar al mismo dormitorio con una cama de matrimonio. Y cuando su madre —que al instante se convirtió en «Catherine» para Mauro— le estaba diciendo que suponía que iba a querer descansar y echarse un rato, Mauro soltó la bolsa tan tranquilo, dio media vuelta y regresó al salón. David

imaginó que tarde o temprano tendría que tener una especie de charla con Mauro para tratar lo que su padre había denominado «el asunto de las camas». Confiaba en que Mauro no le pidiera que durmiera en el sofá del dormitorio.

—¿El castillo? —preguntó Alec a Mauro—. Está en la cresta de la colina, detrás del pueblo de nuestros amigos, el pueblo donde viven nuestros amigos, quiero decir. Pertenece a la antigua casa solariega…, la de los duques de Bakewell, creo. Se dice que desde lo alto de la torre se pueden ver tres condados. Nunca hemos subido.

—No le hagas caso a Alec, Mauro —dijo Catherine—. Eso es lo que entiende él como un chiste. Desde ahí arriba no se ven tres condados a menos que puedas ver hasta más allá de la orilla del canal de Bristol. Lo que sí que sé es que es antiguo y que lleva cientos de años habitado. Podríamos acercarnos mañana y pasar el día fuera.

—Me temo que tendremos que marcharnos pronto, después de comer —anunció Mauro con mucho tacto—. Parece precioso.

—Bueno, tú debes de estar acostumbrado a las antigüedades —dijo Alec. Al detectar cierta ambigüedad, añadió—. Viniendo de Roma.

—Eso es —admitió Mauro, y lo dejó ahí; más que contribuir a la conversación, parecía haberla cortado—. ¿Podría servirme otra copa, por favor?

David cogió la suya y también se la llenó hasta arriba.

—Parece muy agradable —comentó Alec mientras Catherine lavaba las copas y «los chicos», nombre que, al parecer, David y Mauro iban a recibir durante el fin de semana, se preparaban y se emperifollaban y charlaban en la habitación de invitados—. No es para molestarse.

—No hay nada por lo que molestarse —dijo Catherine mientras secaba una copa, la levantaba hacia la luz y la colocaba sobre la encimera.

Esas no eran las copas que iban a usar para la fiesta de la noche: esas, las que habían alquilado en la tienda de vinos, estaban debajo de la barra de desayuno, en unas cajas de cartón. Las buenas volverían al armario, sanas y salvas.

—Parece muy agradable. Pero yo siempre… —Se detuvo sin saber qué decir, cómo expresar una intuición con palabras—. Siempre me «preocupo» por David.

Alec se secó las manos, se las sacudió una vez más y examinó las uñas.

—¿Damos un paseo? —preguntó a Catherine—. Si no hacemos algún esfuerzo, terminaremos pasando el día entero en casa. Podríamos enseñarles Hanmouth.

—No llevará mucho tiempo —dijo Catherine, preguntándose si habría llegado a hablar en voz alta.

No entendía del todo lo que había querido decir acerca de David, y le parecía extraño que Alec lo hubiera aceptado sin hacer comentario alguno. Tal vez hubiera dado con alguna de las muchas zonas delicadas y difíciles que ese día parecían rodear a Alec.

23

Cuando los Osos recibieron la invitación de Sam y Harry en vez de la de Peter, muchos descubrieron que, después de todo, tampoco tenían otros planes para esa noche. Resultó que, igual que Sam y Harry, cinco o seis habían discutido el asunto y habían decidido que no les apetecía ir a casa de Peter. No es que tuvieran nada especial contra Peter, pero una noche cuya organización corriera de su cuenta, era una noche que algunos de los otros osos preferirían evitar. Así que, anticipándose los unos a los otros como niños pequeños, habían dicho «Solo voy si los demás van» sin llegar a sondear al resto del grupo. La concurrencia se preveía bastante desalentadora. Sam y Harry eran anfitriones relativamente populares y generosos; anunciar sin una consulta previa que sería mejor que la fiesta la organizaran ellos porque —aquí la brillante excusa— Harry tenía que estar en Hanmouth esa noche y, de lo contrario, no podrían asistir a la «reunión», había sido muy cruel por su parte. Al principio, Peter opuso una resistencia simbólica, pero luego, al cabo de un par de días, llamó con voz aburrida para decir que menos mal, que se había olvidado de que era la fiesta de jubilación de su cuñado y no podía perdérsela. Así que también se libraron de Peter.

Todas aquellas idas y venidas por teléfono tuvieron como resultado —obviando el tema Peter— una casa llena. Más que eso: Steve había llamado para preguntar si podría llevar a un chico, un mecánico que trabajaba con él y acababa de llegar de Londres con su mujer y su hijo recién nacido. «Me lo he tirado —dijo Steve—. En la trastienda, dos veces. ¿Puede ir?». Y como en el último mes a Blaise le habían salido un par de enfervorecidos admiradores, o eso parecía, Adam pensó que también podrían invitarlos. Ese tipo de situaciones ya se había dado antes. Bastaba con hacer una breve ronda de inspección para sacar de en medio cualquier cosa pequeña que tuviera valor —una cajita de rapé de plata de época georgiana, una pitillera esmaltada en *cloisonné*, tal vez de Cartier— o que pudiera romperse. Como los encocados osos retozarían por el suelo del salón con todos los miembros al aire, incluso el viril, durante la velada convenía retirar los tesoros de cristal y porcelana. *Stanley*, el basset, le había cogido el tranquillo a caminar con elegancia entre esas delicadas piezas, pero con una o dos copas, los Osos perdían cualquier destreza que hubieran podido llegar a adquirir. Y debían admitir que algunos de los invitados de última hora no eran las personas más dignas de confianza del mundo. En realidad, ahí radicaba buena parte de la gracia: una noche, hace un par de años, un chico llamado Darren a quien, por una de esas cosas, Phil había conocido y a quien, en un rapto de sinceridad, había presentado como «ladrón», cosechó un gran éxito. No volvió: estaba cumpliendo cuatro años de condena.

La velada se presentaba como una de las más exitosas de los últimos tiempos. Normalmente, la gente llamaba al día siguiente para comentar la noche, qué había pasado, quién había hecho qué, y, a propósito de tal o cual exceso, solían decir: «Nunca más». Aquella vez, la mitad de los Osos había llamado antes, el día de la «reunión» misma, para decir que ya no podían esperar más, para ver si podían llevar a alguien en coche, para ofrecerse a llevar esto o lo otro. Las expectativas eran altísimas. Harry observó que Peter, sin que nadie lo hubiera admitido o tan siquiera entendido, llevaba un tiempo siendo el aguafiestas. «¿Cómo lo conocimos?», preguntó Sam, pero Harry no se acordaba. Alguien lo había llevado y él se

había quedado, y sus manos vagabundas no habían hecho contribución alguna al placer común. Aquella noche el cuñado de Peter iba a dar una fiesta por su jubilación y ellos podrían seguir con lo suyo. No tenían por qué volver a llamarlo nunca más. Era duro, pero así estaban las cosas.

Al final se apuntaron catorce. El salón de Harry y Sam no era mucho más recargado que cualquier otro, pero con los años habían adquirido una cantidad de objetos nada despreciable que había que retirar. Cerámicas de Suecia y los cinco cuencos de té de Hagi; una pieza de un ceramista de la zona que tenía el horno en Dartmoor, un jarrón de un rojo encendido y un metro de altura que se apoyaba de un modo bastante precario sobre una base de apenas cinco centímetros de ancho. La pesada plata victoriana de la familia con la que Harry se había quedado de muy buena gana estaba a buen recaudo en el sótano y nunca la usaban; cabe señalar las pocas probabilidades de que alguno de los Osos o de sus invitados se llevara alguna pieza de valor de entre los tesoros de la familia de Harry. Eran demasiado grandes: una alfombra de Tabriz que un tío tatarabuelo había comprado en Irán. O demasiado feos: un Fuseli de metro y medio de altura y tonos verdosos y naranjas en el que se veía (Sam tuvo que mirarlo detenidamente) a «Bertram de Rousillon sometido a Helena, su esposa». Los sofás blancos y las butacas estaban cubiertos con chales que Sam había comprado durante sus correrías por la India. Esa noche subirían la cama de *Stanley* al piso de arriba. *Stanley* siempre suspiraba y resoplaba cuando los veía subiendo su cama: sabía qué significaba aquello. Luego se dispusieron a saquear las tiendas.

Harry se había acercado a Plymouth en coche para reunirse con un camello al que conocía de hacía años y que ahora regentaba una empresa de taxis bastante respetable, y había vuelto con doce gramos de cocaína y un poco de K. Seis botecitos de popper habían llegado por correo previo pedido, y los condones y el lubricante estaban en cuencos (sin valor alguno) que había repartido por la casa; debajo del sofá, oculto a la vista, había dejado un cuenco de plástico lleno de dildos, por si a alguien le apetecía usarlos entrada la velada.

Sam había comprado en Sainsbury's un kilo y cuarto de carne picada, patatas, cebollas, tomates y setas, ingredientes para una ensalada grande, y un par de litros de helado; el postre nunca era la atracción de aquellas veladas. De la tienda de vinos les habían llevado una caja de blanco y un par de cajas de cerveza que ya estaban en la nevera, junto a los frasquitos de popper. Todo se veía muy alegre.

—Pensaba que teníamos zanahorias —le dijo Sam a Harry el sábado por la tarde.

—¿Zanahorias?

—Pensaba que en casa había.

—¿Para qué las quieres?

—¿Y a ti qué te parece? Para el pastel de carne. El pastel de carne lleva zanahoria.

—Pues no sé —dijo Harry—. Yo también pensaba que en casa había. No he estado demasiado atento a las tiendas de zanahorias. ¿Podrías apañártelas sin zanahoria?

—La verdulería está ahí mismo, más arriba, y solo necesito tres —insistió Sam.

—Da igual que sean tres o treinta. Voy a tener que acercarme a la verdulería, por lo visto.

Pero al final Sam pensó que se dejaría caer por la tienda para asegurarse de que todo estuviera, en sus palabras, «bajo control», y como Harry no tenía nada que hacer, salieron juntos.

—Seguro que me he olvidado de otras cosas —le dijo Sam a Harry mientras cerraba la puerta. Sin querer, empujó a *Stanley* hacia la calle. Había estado olisqueando por si amenazaba lluvia; no quería comprometerse a dar un paseo con tiempo inestable—. No lo sabré hasta que estemos en las tiendas. Vamos, *Stanley*.

—Seguro que todo saldrá bien —añadió Harry—. Y nadie viene por el pastel de carne.

—Te sorprendería la de veces que, en una fiesta, he terminado en la cocina hablando de lo que llevaban los *vol-au-vents.* ¿No te he contado nunca lo del concurso de gulasch travesti de Berlín?

(Un amigo alemán de Sam le había contado que en un bar de Berlín dos travestis se habían puesto a discutir porque una le había

dicho a la otra que la receta de gulasch de su madre le parecía una porquería. Para resolver la disputa, el dueño del bar les propuso a las dos, y a otras drag queens del distrito también, que cada una preparara un gulasch según la receta materna y lo llevaran al bar para que los clientes habituales los juzgaran. A Sam la anécdota le había hecho gracia y la contaba a menudo, en cuanto se le presentaba la ocasión.)

—Sí que me lo has contado. Mira, recuérdame que… me he olvidado de…

Cuando bajaban la calle hacia el cruce con el Strand, una mujer muy arreglada, una que parecía un pajarito y que a Sam le sonaba…, era relativamente nueva en el pueblo, la que iba a dar una fiesta no sabía cuándo, muy agradable, parlanchina, que había comprado gietost y se llamaba, se llamaba…, se cruzó con ellos.

—Es Catherine —dijo Sam—. Lo sabía, lo sabía.

La acompañaba su marido, el típico hombre de anorak beige con pinta de policía jubilado, y detrás de ellos, un hombre gordo en la treintena con una calvicie incipiente y expresión lúgubre que, sorpresa, iba con unos pantalones de pana escarlata y un jersey azul. Tenía una cara asombrosamente colorada; se le había subido la sangre a la cabeza y le costaba respirar. Parecía enfermo, para ser francos. Pero con él iba un hombre moreno y menudo, guapísimo y elegante, de rasgos expresivos y unos ojos oscuros, amables y efusivos, que palpitaban de placer y de sensualidad. Su disponibilidad podía olerse a veinte metros a la redonda, y Sam y Harry cruzaron sus miradas sin decir palabra.

—Espero que esta noche vengáis a nuestra fiesta —dijo Catherine después de saludarlos; presentó al gordo como su hijo, y describió al objeto sexual como «el amigo especial de David».

—David el suertudo —dijo Sam, muy seco, cuando le estrechó la mano; David se puso colorado y no dijo nada.

—Es esta noche, ¿verdad? —preguntó Harry—. Bueno, hoy vendrán a casa unos amigos, pero más tarde… Quizá podríamos dejarnos caer por ahí en algún momento. ¿A qué hora es?

Sam estaba casi seguro de que la otra vez, cuando les habían planteado el asunto, habían descartado cualquier posibilidad de

sacar un poco de tiempo aquella noche de estrés y agobios. Pero no culpaba a Catherine por volver a preguntarlo cuando podía exhibir ante sus narices el fantástico trofeo del italiano, si es que eso era lo que estaba haciendo.

—Estoy convencido de que podremos pasar por ahí media horita —añadió Harry—. Estamos al otro lado de la calle y vamos a preparar un pastel de carne. No se estropeará, supongo.

—¿Quién es el cocinero de la pareja, a ver? —preguntó Sam para dejárselo todo clarísimo al italiano sexy y coqueto, y le dio un puñetazo en el hombro a Harry—. Francamente —añadió haciendo una confidencia con toda la afectación de la que fue capaz—, alguna gente, y aquí incluyo a Harry, no tiene ni idea, ni la más remota idea, de lo que supone preparar una cena. Harry es un desastre, de verdad. Cree que con meter algo en el horno y plantificarlo luego en la mesa basta. No tiene ni idea de lo que voy a tener que hacer durante las próximas horas.

—¿Así que no podéis venir, entonces? —preguntó el marido de Catherine, Alec, se llamaba. No parecía muy espabilado.

—No, no —dijo Sam—. Nos encantaría. Pero me temo que solo será media hora.

—Estamos impacientes —soltó Harry, radiante, estrechando la mano del italiano una última vez mientras lo miraba fija y calurosamente; al italiano no le hacía ninguna falta que lo animaran, eso estaba clarísimo.

—Vaya suerte que tiene el bueno de David —continuó Sam cuando todos siguieron su camino.

—Llevémonos una zanahoria de más —dijo Harry—. Nunca se sabe quién podría dejarse caer por casa después de la cena.

Sam se paró en el cajero automático —tanta compra y tanto acopio de drogas lo habían dejado pelado— y se devanó los sesos, como siempre, para acordarse del número secreto.

—¿Nos llevamos otra zanahoria? —preguntó mientras la máquina le sacaba la lengua con doscientas libras—. ¿Nos llevamos otra zanahoria?

—Son muy simpáticos, ese par —le comentó Alec a Mauro.

Hizo la confidencia mientras miraban juntos las donaciones póstumas del escaparate de la tienda de la organización benéfica de Salvamento Marítimo: una casa de porcelana que rezaba «Recuerdo de Exmouth», una muñeca repollo, un tapete de encaje del tamaño de una piel de cabra y varias novelas de Barbara Taylor Bradford.

—No los conocemos demasiado, pero siempre son muy amables. Él tiene una tienda en el pueblo, en la calle mayor, una tienda de quesos. No sé a qué se dedica el otro.

—Parecen muy simpáticos —dijo Mauro y le dedicó una cálida sonrisa a Alec, y todos, Alec, Catherine y David, pensaron en lo bien que Alec se llevaba con el novio de su hijo, en lo fácil que estaba resultando todo.

24

No había mucho más que hacer antes de la fiesta. David le había echado el ojo a cuatro bandejas ovaladas de bocaditos para picar, pedacitos de pan negro como fichas del dominó cubiertos de algo rosa, verde o negro, patatitas asadas abiertas en cruz para poder aderezarlas con una cucharada de crema de queso, volovanes a punto de que los rellenaran con el picadillo de tomate, ajo y perejil dispuesto en un cuenco. Las bandejas estaban protegidas con film transparente. David levantó el plástico de una, y luego de otra, y a toda prisa, mientras nadie lo miraba, picó media docena de bocaditos, los que estaban cerca del borde. No tenía hambre —solo hacía una hora que habían terminado de comer en un pub del muelle—, pero ya que estaba…, pensó: la experiencia le había enseñado que bajo la mirada de los otros invitados, que se dedicaban a contar cuánto comías tú y cuánto comían ellos, siempre se quedaba con hambre. Estiró el film transparente con mucho cuidado y volvió a dejarlo en su sitio.

En el salón, su padre estaba sentado leyendo el periódico y su madre estaba apoyada en el alféizar de la ventana que daba al pueblo.

—Mauro acaba de salir —dijo su madre esforzándose por pronunciar correctamente el nombre de su novio—. Ha dicho que

tenía que hacer una llamada pero que en casa no había cobertura.

—Aquí no hay problemas de cobertura, ¿verdad? —preguntó David.

—No, supongo que solo busca un poco de intimidad —contestó Catherine—. Es comprensible. Parece buen muchacho, David.

David reconoció los objetos diseminados por el salón, los recordaba de su infancia. No todos los bienes que contaban con veinte años a sus espaldas habían encontrado un hueco en esa pequeña colección. Las bandejitas de recuerdo del jubileo, las pequeñas porcelanas de mal gusto que David le había regalado a su madre en Navidad o para su cumpleaños, o cosas demasiado setenteras como un ramo de flores conservado al vacío bajo una campana de cristal, todo eso lo habían descartado, donado a tiendas de beneficencia. Por lo visto, los adornos que habían heredado de los abuelos de las dos partes también habían quedado reducidos a un querubín de madera, una talla bávara herencia de los abuelos paternos y a un jarrón geométrico, herencia de los maternos. Podrían haber salido en algún episodio de *De gira con el anticuario*, y aunque eran horrorosos tal vez tuvieran algún valor, así que —eso suponía David— sus padres habían terminado quedándoselos. Pero ni todas las posesiones de sus padres eran feas ni hubiera sido necesario tirarlo todo. De niño, a David siempre le había fascinado un adorno que tenían encima del aparador, un pequeño pájaro de esmalte, un faisán de factura exquisita rebosante de color, con ojos granate; si lo cogías de la parte superior del cuerpo y lo levantabas, resultaba ser una cajita revestida por dentro de una capa de esmalte de un azul cálido, transparente. David siempre había pensado, con una simpleza muy infantil, que el faisán chino no era solamente un joyero, sino que también estaba hecho de joyas; como joyas brillaban sus colores. Y aun después de que entendiera que era de esmalte —atónito, había logrado relacionar el proceso de fabricación de ese maravilloso objeto con el método al que habían dedicado tres semanas en el taller de metales del colegio—, el pájaro había conservado su halo mágico. David no creía que fuera especialmente valioso, pero la frescura del color, su brillo y lo ingenioso de su mecanismo lo convertían, a sus ojos, en un objeto valiosísimo.

Por algún motivo, no lo vio en la consola en la que debería haber estado.

—Mamá —dijo David.

—David —contestó ella, pero él cambió de opinión.

¿Por qué creía que debería estar en la nueva consola? Que él recordara, en la casa de St. Albans siempre lo habían tenido en el aparador, la pieza, que, de hecho, habían sustituido por la consola. Cayó en la cuenta de que esa misma mañana, al llegar, lo había visto en la consola; se había fijado, le había hecho ilusión que sus padres hubieran conservado algo que sabían que siempre le había gustado mucho. Se preguntó si su madre lo habría guardado por la fiesta, pero no parecía demasiado probable. Sobre las mesas había objetos más frágiles y posiblemente más valiosos, y nada parecía indicar que los conocidos de sus padres pudieran afanar o sisar algo, ni siquiera esas dos locazas gordas a las que, hecho desconcertante, su madre había saludado como si fueran amigos.

—¿Qué pasa, David? —preguntó su madre.

—Me preguntaba cuándo empezará a llegar la gente.

—Dentro de una o dos horas, supongo —contestó su padre—. Dentro de nada nos tomaremos un té.

David se levantó y entró en la habitación de invitados; la habitación de los chicos, había dicho su madre. Su maleta azul marino estaba a un lado de la cama, bien derecha; la bolsa de Mauro tirada de cualquier manera sobre la butaca. David se acercó a la ventana, pero daba al otro lado, a las colinas que se alzaban en la otra orilla del estuario: en caso de que Mauro estuviera llamando desde la calle, no podría ver a Mauro. Estaría concertando una cita para la noche del sábado; puede que incluso para la de domingo. David tenía la impresión de que Mauro llevaba una agenda apretadísima, de que no debía de costarle nada llenar las horas libres que pudieran quedarle con un hombre o dos.

David revoloteó sin acabar de decidirse y por fin pasó las manos por la superficie de piel rugosa de la bolsa de Mauro. No era más que un bulto común y corriente, y sin creer del todo que solo estaba obedeciendo a un impulso libidinoso, David abrió la cremallera de la bolsa y metió las manos entre la ropa interior de Mauro, entre sus

calcetines, la camisa arrugada y los pantalones. La vertiginosa sensación que experimentó al verse como lo habría visto un espectador, sudando y jadeando mientras revolvía entre los efectos más íntimos y personales de Mauro, era una compleja mezcla de sexo y de culpa apasionada y transferida. No sabía qué iba a decir si Mauro entraba en ese momento; él no tenía por qué asumir ese comportamiento como parte de la relación pública que mantenían, y tendría todo el derecho del mundo, pensó David, de coger su bolsa para irse andando a la estación de vuelta a Londres.

Pero entonces, en el fondo, envuelto bajo un par de slips imposiblemente pequeños, llegó a algo duro y rígido: bueno, pensó David, eso era lo que andaba buscando, al fin y al cabo. Lo separó del resto sin sacarlo de la bolsa con los dos brazos hundidos en la bolsa de Mauro, y al cabo de unos instantes el tacto de ropa dio paso a algo duro, afilado y liso. Como David había imaginado, era el faisán esmaltado de su madre. David se metió el chisme en el bolsillo a toda prisa y cerró la bolsa sin preocuparse por que el desorden de su interior lo delatara ante Mauro. No tardaría en descubrir que alguien había rescatado su objeto perdido.

—¿Qué es eso del suelo? —preguntó con indiferencia en cuanto volvió al salón, después de hacer una pequeña pantomima.

—¿Disculpa…? —dijo su madre—. ¿Cómo ha llegado eso ahí? Se me debe de haber caído mientras limpiaba el polvo. Es una cajita joyero. Hace años que la tenemos, siempre me ha gustado. Aquí llega Mauro. Vaya llamada más larga.

25

El interfono sonó a las seis y cinco minutos exactamente. Los cuatro estaban sentados de forma algo artificial: Catherine había empujado todas las sillas contra la pared para que la gente pudiera sentarse si quería, pero casi todos acabarían deambulando por el espacio central del salón. El televisor, que por lo general constituía un foco de interés importantísimo, estaba pegado contra la pared con las sillas encaradas hacia él como si de un pasatiempo ocasional y transitorio se tratara. Cuando la gente empezara a llegar, todo

tendría un aspecto más normal, pero como quedarse de pie antes de la llegada de los invitados parecía absurdo, los cuatro se sentaron, cada uno contra una pared distinta, incómodos, como si estuvieran en la sala de espera del dentista.

Catherine llevaba veinte minutos levantándose y sentándose, repasándolo todo y volviéndolo a repasar. Alec no conocía Roma, pero había estado dos años seguidos en el lago de Como con Catherine —el segundo no había sido un gran éxito—, y Catherine había viajado a Venecia con David dos años atrás. Catherine siempre había querido ir a Venecia, y a David le parecía que lo habían pasado muy bien, pero les había costado muchísimo evitar las turistadas. Mauro nunca había estado en Venecia, pero conocía a gente de la ciudad y sabía que tenían buenos platos de pasta, hasta uno hecho con tinta negra de calamar y todo.

—Un día os lo haré —dijo Mauro en un arrebato de entusiasmo.

No quedó demasiado claro, sin embargo, a qué día se refería. David y Mauro se marchaban al día siguiente después de comer y ni David ni, probablemente, Mauro, debían contar con volver a repetir el encuentro. Y aunque entre la noche del sábado y la mañana del domingo en Hanmouth pudiera conseguirse tinta de sepia —que sería lo que Mauro había confundido con el calamar—, tampoco parecía probable que Mauro fuera a tener ocasión de salir a comprarla. La charla siguió su curso, absurda; David apenas si era capaz de prestar atención. Cualquier sentimiento de perdón que Mauro, con su parloteo, o su padre, con sus intentos de que la conversación no decayera, hubieran podido arrancar de su corazón, había desaparecido; cualquier disculpa que hubiera podido encontrar a esa media hora de nervios entre desconocidos previa a una fiesta cuya responsabilidad compartía, la había olvidado. David hizo fuerza para ponerse de pie antes de que su padre siguiera echando mano de su experiencia o de sus conocimientos para desenterrar algo más acerca de Italia. Antes de que pudiera ir a buscar a su madre, el interfono sonó.

—Son puntuales —dijo su padre mirando el reloj—. Dejaré que conteste tu madre. Ella sabe a quién ha invitado.

Se oyó ajetreo en el recibidor mientras su madre dirigía hacia el interfono un «¿Sí?» falto de práctica y les abría. Catherine se secó las manos a toda prisa en el delantal azul y blanco, se lo quitó y fue a colgarlo a la cocina. Volvió a aparecer muy engalanada, con un vestido suelto de color verde para el que ya no tenía edad. Por primera vez en años, una idea, como una punzada, asaltó a David: su madre era tan guapa como la que más. Ese tono de verde era justo el indicado para ella, y combinaba a la perfección con un desenfadado collar de ámbar y un broche de ámbar y plata.

—Hola, querida —dijo la mujer mientras atravesaba la puerta—. Qué maravilla poder conocer a nuevos vecinos.

Tenía un aspecto muy particular: corte a lo *garçon* cuadrado y gafas cuadradas. Entró en el piso con aire majestuoso, como la casera que llega a inspeccionar sin previo aviso.

—Qué bien que hayas venido —contestó Catherine—. Qué bien y qué temprano, además…, eso siempre me da pavor… que alguien no demasiado…

Dejó la frase sin terminar después de insinuar que quizás hubiera invitado a su fiesta a gente no demasiado presentable.

—No, no cierres la puerta —dijo la mujer cuando Alec se acercó a la entrada para recibirla con una efusión considerable—. Hola, soy Miranda Kenyon, me parece que no nos hemos visto, ¿verdad? Qué grosería, pues claro que nos hemos visto. No cierres la puerta, Catherine…, he venido con Sam, ¿sabes? Lo vi pasar con sus mejores galas y salí disparada en su busca para poder presentarme con un acompañante.

—¿Ya está aquí? —preguntó Catherine asomándose para mirar por el hueco de la escalera todo mármol y dorados—. Sí, ahí viene.

—Ascendiendo la escalera penosamente —dijo Miranda—. Yo he cogido el ascensor. Kenyon llegará dentro de nada.

—Y mi marido también —añadió Sam sonriendo y secándose la frente. Sus mejores galas resultaron ser unos vaqueros azules desteñidos y una camisa de leñador—. Me conviene subir por las escaleras siempre que tengo ocasión…, es el único ejercicio que hago. ¡Qué maravilla!

Con una mirada amplia y panorámica transformó sus palabras en un cumplido más general.

—Sí, me parece que ahora ya lo tenemos arreglado —se limitó a contestar Catherine, y se dispuso a servir bebidas para todos.

Los demás pasaron al salón.

—Encantador —dijo Miranda, afectuosa—. Kenyon tendría que haberme acompañado, pero…, bueno, no sé por qué no lo ha hecho. Iba a decir que tenía que quedarse esperando a la canguro, pero mi cachorro ya no necesita más canguro que *Factor X*, así que no sé qué estará haciendo. Seguro que ya viene de camino.

—¿Venís de lejos? —preguntó David sin dirigirse a nadie en particular.

—No, aquí enfrente —contestó Miranda—. Qué vistas más fantásticas que tenéis desde aquí… Las nuestras no son tan magníficas ni de lejos. Nuestra casa se hunde en el suelo, como si dijéramos, en vez de elevarse como la vuestra. ¡Qué maravilla!

—Supongo que vuestras vistas serían más bonita antes de que construyeran este bloque —dijo Alec—. Debe de quedar completamente en medio, ¿verdad?

—Bueno. —Miranda se quedó callada unos instantes—. No llevamos en el pueblo muchísimo más tiempo que vosotros, no hace ni diez años. Estas eran las vistas cuando compramos la casa, no podemos quejarnos. Y no nos quejamos, debo decir. ¡Champán! ¡Qué maravilla! ¡Cuánta generosidad!

Se oyó un golpe en la puerta.

—He dejado la puerta entornada —dijo Sam cogiendo una copa de vino y llevándose a la boca un puñado de cacahuetes—. Espero no haber metido la pata. Así te ahorras tener que pasar la noche levantándote y sentándote. Hola, ya nos hemos conocido, como quien dice.

—Hola —dijo Mauro, muy expresivo, pero justo entonces todos dirigían su atención hacia unas recién llegadas que resultaron ser las hermanas jubiladas que vivían dos pisos más abajo, acompañadas de su Bedlington terrier.

—Espero que no os importe —dijo Isobel, o tal vez fuera Marian. Eran mujeres de cabellera imponente, mandíbula imponente y

vozarrón imponente con un gran trasero y pelos en la barbilla—. Hemos subido con *Poppet*. Se aburre.

—Unos perros inteligentísimos, los Bedlington —añadió Marian, o tal vez fuera Isobel—. Perros muy inteligentes, necesitan distracciones, problemas que resolver, juegos a los que jugar.

—Paseos —continuó la otra.

—¡Copas! —exclamaron al unísono.

—Bueno, una copita nada más —dijo una—. Soy Isobel Wallace, ¿cómo estáis? Y si a *Poppet* pudieras traerle un cuenquito de agua… fantástico. Muy inteligentes, los Bedlington —repitió Isobel Wallace, que había estrechado el cerco de sus contertulios y ahora dirigía sus comentarios únicamente a David—. Verás, el caso es que…

—Tendrías que haber traído a *Stanley* —le dijo Catherine a Sam con cierta audacia—. Lo habríamos recibido con mucho gusto.

—Ya conoces a *Stanley*, ¿verdad? —preguntó Sam—. Es un fenómeno, corriendo de aquí para allá, haciendo amigos a nuestras espaldas. No, ya está perfectamente bien donde está y, además, suelta un tufo considerable. Él y… ¿Cómo era? *Poppet*, ¿no es cierto?, son viejos amigos, nunca desaprovecha la oportunidad de morderla con saña.

—Estoy segura de que eso no es cierto —dijo Catherine—. Oímos a *Poppet* algunas noches. Es un poco excitable. —Catherine y Sam dirigieron la mirada hacia ese pequeño objeto ovino de pelo recién cortado que, como desmañado dibujo de un ser cuadrúpedo, correteaba, ladraba y mendigaba canapés—. Y aquí están el señor y la señora Calvin…

La llegada de John Calvin los pilló a todos por sorpresa, sobre todo a Catherine, después de ese feo que le había hecho. Llevaba algo agarrado y envuelto en papel de seda, una forma extraña. A su lado, una mujer alta, delgada y nerviosa de rostro y cabello largos y descuidados. No parecía haber hecho un gran esfuerzo por arreglarse para salir; en realidad, se diría que no se había esforzado en absoluto. Las hermanas Wallace y Sam la observaron con interés. No recordaban haberla visto antes.

—Un regalito, un regalo para esta fiesta de inauguración —dijo John Calvin y, al instante, se convirtió en el personaje de alguna

telenovela ambientada en Londres—. Ya veréis lo bien que os irá tener uno de estos chismes en casa. Seguro que acabaréis diciendo: «Ooh, nunca se me había ocurrido, nunca había pensado que pudiera llegar a tener uno, y ahora que ya está aquí, no sé como pude pasar sin él».

—John —dijo su mujer, tal vez tratando de frenar ese falsete de Calvin.

Tenía una voz suave y elegante, y movía los ojos de un lado al otro.

—Bueno, aquí está —anunció John Calvin—. No es más que un detalle de bienvenida a nuestro pueblecito.

—Vaya, qué amable de tu parte —dijo Catherine—. Pero ya es un poco tarde para dar una fiesta de inauguración… Llevamos meses aquí. Aunque si la hubiéramos organizado antes no habríamos tenido a quien invitar. Tú conoces a todo el mundo, ¿verdad? Te presento a nuestro hijo David, trabaja…

Tratar de servirles las copas a John y Laura Calvin, presentárselos a los invitados que no los conocían y abrir el regalo mal envuelto, todo a la vez, no era tarea fácil. Sam observó con cierto regocijo que el regalo para la fiesta de inauguración era de su tienda, pero ese artículo ya haría por lo menos dos años que no lo vendía. Había sido un tremendo error cuya magnitud se había ido manifestando lentamente en el transcurso de los años que había pasado en la estantería. Durante los largos meses que habían transcurrido esperando que la persona indicada entrara y se lo llevara, Sam y Harry se habían referido a él como al Embellecedor Doméstico. Al final, alguien lo había comprado, aunque no había sido Calvin, eso seguro. ¿Quién se lo había quedado? Para un tendero de pueblo como Sam, los sistemas de producción y distribución no tenían secretos y en Navidad, todavía menos. El Embellecedor Doméstico, una especie de cuenco de papel maché con huecos para quesos de formas distintas y, en el centro, un elefante indio que se erguía con torpeza, era obra de la hija adolescente de un fabricante de quesos, y Sam no había tenido valor para negarse a tratar de venderlo. El ignoto comprador se lo habría regalado a un misterioso destinatario que, tal vez por la misma época, se lo habría obsequiado a alguien

por quien no sentía demasiado aprecio. Quien sabe si a John y a Laura Calvin, que daban la impresión de ser de esa gente que en Navidad aparece con un regalo cuando nadie lo espera. Disfrutaban poniendo a los demás en un compromiso.

—¡Qué bonito! —se oyó decir a Catherine—. Alec, mira, es un…

Sam había acabado charlando con una pareja de mediana edad.

—¿Te ha costado aparcar? —le preguntaba el hombre.

—No, como vivo justo enfrente, he dejado el coche donde estaba y…

—Nosotros hemos pasado años buscando un lugar donde aparcar —dijo la mujer.

Llevaba una blusa beige, joyas de color púrpura al cuello y el pelo, cortísimo y pegado al cráneo. Tenía la boca pequeña y cerrada, como un capullo a punto de abrirse.

—Hanmouth es famosa por lo difícil que resulta aparcar —dijo el hombre.

—Pensábamos que un sábado por la noche sería más fácil —explicó la mujer—, pero al final después de dar muchas vueltas, hemos tenido que aparcar delante de la consulta del médico, en zona de parquímetro.

—¿Habéis tenido que pagar a estas horas de la noche? —preguntó Sam.

Los dos miembros de la pareja se miraron con suspicacia.

—Ni me he preocupado del asunto —reconoció el hombre a la mujer.

—Tu maldito problema es que nunca te preocupas —dijo la mujer —. Supongo que me va a tocar a mí ir hasta allá a meter dinero en la máquina.

—No, seguro que no hay que pagar —añadió Sam. En realidad, no tenía ni idea. Por lo que tenía entendido, los guardias de tráfico patrullaban las tranquilas calles de Hanmouth veinticuatro horas al día atrapando con sus cepos amarillos las ruedas de quienes no pagan el parquímetro—. ¿De qué conocéis a Catherine y a… Alec?

Ya se habían calmado un poco.

—Bueno, Barbara, mi mujer, el genio que probablemente acaba de ganarse una multa de sesenta libras, trabajaba con Alec en St.

Albans; nosotros nos retiramos aquí al jubilarnos y ellos nos siguieron, por así decirlo.

—¿Vivís en Hanmouth?

—No, en la otra orilla del estuario, al otro lado, en Cockering. El viaje de Cockering aquí es un infierno. Dime, Sam, ¿tú cómo harías para venir en coche desde Cockering?

—Los Bedlington son lo que yo denominaría una raza muy *inteligente* —le decía Isobel Wallace, o tal vez fuera Marian, a Miranda y a David, a quien ya se lo había dicho antes. Él, sin apartar los ojos de ella ni un segundo, se inclinó hacia atrás y cogió dos canapés del aparador para comérselos, primero uno y luego el otro, sin masticar, solo con un gran trago de vino.

—Y, dejad que os lo diga —continuó—, los perros inteligentes tienen tanto sus pros como sus contras…

Kitty acababa de llegar muy nerviosa agarrada a una botella de Chardonnay-Semillon que había comprado a última hora y cuyo envoltorio, un papel arrugado, volaba al viento. Contaba con que Billa ya hubiera llegado.

—Pensaba que ibas a llamarla —le dijo a Miranda rescatándola de las explicaciones sobre los Bedlington—. ¿O pensabas que iba a llamarla yo?

—Francamente, ni me preocupé por cómo fuera a llegar —dijo Miranda examinando ese vestido de fiesta de Kitty que tanto conocía, uno con unas aguas multicolores en tonos bastante fúnebres—. ¿Era responsabilidad mía? Alguien tendría que haberme avisado. Estoy segura de que el brigadier será perfectamente capaz de traerla él mismo.

—Oh, no —repuso Kitty muy seria—. Tom nunca vendría a algo así. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste en una fiesta? Nunca sale si puede evitarlo, jamás. A él le parece muy bien que los demás vayan hasta él. —Bajó el tono una octava y acercó la barbilla al pecho en una supuesta imitación de la voz que el marido de Billa ponía en el patio de armas—. Fenomenal. Está encantado. Pero nunca va a las fiestas de los demás a sentarse en las sillas de los demás ni a beber eso que los demás entienden por vino. Tom es

muy quisquilloso con esas cosas. Muy poco sensato. No, creo que lo mejor será que vaya a buscarla.

—Kenyon podría recogerla cuando venga para acá —dijo Miranda —. ¿Sigue con las piernas fastidiadas?

—Mucho —contestó Kitty—. No quiero ni pensar cómo puede haber gente tan horrible, capaz de atropellarla y de no pararse a ver si está bien. Tenía las piernas amoratadísimas, de la rodilla a la cadera. Entraban náuseas solo de mirarla. Pero aquí la tenemos… Billa, ¿qué haces?

—¿Qué diantres significa que qué hago? Hola, hola, hola. Qué amable has sido al invitarme, Catherine, y Alec también. Es tan agradable poder conocer a nuevos vecinos a esta edad nuestra tan difícil, ¿sabéis?, casi nunca conocemos a nadie nuevo. ¡Precioso! Qué vista tan maravillosa. ¡Champán! No, de momento estoy bien de pie… Si necesito dejarme caer ya pegaré un grito. En fin, me he animado a venir, he salido de casa, he doblado a la derecha, he bajado por el muelle y he seguido un poquito más… No sé a qué se referirá Kitty, tampoco me parece algo tan extraordinario.

—Yo pensaba que Miranda iría a recogerte y ella pensaba que tenía que recogerte yo, y acabábamos de decidir que lo mejor sería que Kenyon pasara por tu casa.

—Vaya, aquí está Kenyon —dijo Billa—. Espero que no hayas hecho un viaje en vano para pasar a verme o a recogerme o a lo que sea que, según el resto del mundo, me conviene.

—No —decía Mauro en ese momento—. Soy de Roma. Yo conozco a David, es mi amigo de Londres, aunque no vive en Londres.

—Oh, David es su hijo, ¿verdad?

—John —dijo la señora Calvin con esa voz suave y contenida. Todos la miraron—. No —añadió como si estuvieran los dos completamente solos.

Calvin no dijo lo que tenía en mente, y se tratara de la imitación de un homosexual londinense o del número del típico italiano, nadie tuvo ocasión de lamentarlo.

—Conocemos a David desde que era pequeño —decía la vieja amiga de Cockering, en la otra orilla del estuario—.Yo trabajaba con Alec, su padre, y me acuerdo de cuando venía al despacho. Era muy

tímido, solía esconderse detrás de las cosas, del perchero y de los archivadores, debajo de las mesas… Nunca te hablaba a menos que pusieras una voz especialmente amable.

—Siempre me pareció que estaba muy enmadrado —añadió su marido.

—Bueno, eso ya se ve —dijo la mujer—. Por supuesto que lo estaba. El comentario era innecesario, Ted. Algunas cosas saltan a la vista, diría yo.

—Pasamos unas vacaciones recorriendo Italia en coche, no hará ni cinco años —arrancó Ted dirigiéndose a Mauro—. Habíamos pensado que subiríamos el coche al tren, el Eurostar, o puede que sea el Eurotunnel, pero luego caímos en la cuenta de que teníamos todo el tiempo del mundo. Así que fuimos en coche hasta Poole para coger el ferry a Cherburgo, sí, ya sé qué vas a decir, que podríamos haber ido de Plymouth a Roscoff, o de Weymouth a St. Malo, incluso, así nos habríamos ahorrado un buen trecho al otro lado, o podríamos haber salido de Portsmouth, que con la competencia del túnel del canal ofrece muchas más opciones en cuanto a destinos. Pero después de discutir todas las alternativas, al final decidimos cruzar a Cherburgo desde Poole.

—Un ferry muy agradable —comentó la mujer.

—Y ya al otro lado nos encontramos con muchas rutas para escoger —le dijo Ted a Mauro en tono confidencial—. Recuerda que había reservado todo un fin de semana para llegar a la Toscana. Habíamos decidido hacer del viaje parte de nuestras vacaciones. ¿Tú qué ruta habrías tomado de Cherburgo al condado del Chianti, como decimos por aquí?

—Así es como la gente en Inglaterra se refiere a la Toscana; resulta que, por lo visto, está llena de ingleses —añadió su mujer.

—Pues, te diré… —continuó Ted—. Oh… se ha ido. Se ha ido a servirse otra copa. Muy sensato. Fueron unas buenas vacaciones, ¿verdad?

La sala se iba llenando como correspondía y personas muy dispares empezaban a trabar conversación; personas que se conocían muy poco o de nada en absoluto.

—Sí, es nuestra —le decía Marian Wallace a Kenyon—. Se llama *Poppet*. Es una Bedlington terrier… Son inteligentísimos. No, es traviesa, nada más, ella ya sabe que en una casa no hay que ladrar, los de esta raza son poco ladradores, por lo general. Pero *Poppet*… Aunque supongo que ya nos hemos acostumbrado. No, una salchicha sí que puede comer, no… no puedes… no, no, no, y… ¡adentro! Cuando levanta la patita así y ladea la cabeza, no me puedo resistir.

Una breve ráfaga de música invadió la sala; una pieza de jazz crepitante y ensordecedora. No era la música más indicada para una fiesta, obviamente, pero no podían quitarla sin admitir el error, y ahora que la música había hecho acto de presencia en la fiesta, apagarla y quedar a merced del silencio y del murmullo de las conversaciones parecería raro. Alec se puso de pie —el equipo de alta fidelidad estaba en una esquina del salón, sobre una mesita, y la colección de CD, en una estantería en la pared— y esbozó una sonrisa vaga. Entró en la cocina. Mauro se le acababa de adelantar. El hombre con quien se había encontrado esa misma tarde —Sam, creía Alec— estaba apoyado en el fregadero con un vaso en la mano. Ninguno de los dos le prestó atención. Sacó una botella de champán de la nevera y volvió a salir para hacer su ronda entre los invitados.

—Bueno… —dijo Sam viendo como Alec se alejaba en franca retirada.

—Bueno… —contestó Mauro, y se encogió de hombros con una sonrisa.

Y como los bailarines que se reúnen al principio de un número, fueron acercándose. Por la ventana, el sol arrancaba destellos en alguna ventana remota y olvidada del castillo que había en la cima de la colina boscosa y lejana.

26

Harry se había quedado en casa para la última ronda telefónica, para animar a los rezagados, para recordarles que habría comida —no siempre había— y para confirmar asistencias. Ya había hecho

muchas llamadas, pero azuzar a la gente nunca estaba de más, pensaba. El plan de la noche le hacía mucha ilusión, y quería transmitirla. Cuando se trataba de cosas así, le gustaba llamar a teléfonos fijos. A saber si el Oso de turno iba a estar en el coche con su madre haciendo la compra del fin de semana. Cada vez menos gente usaba el fijo. Cuando una vez llamó a un amigo de Londres, de eso hacía poco, se oyó un «¿Sí?» perplejo y después, cuando se hubo identificado, un «¡Qué deliciosamente retro!» lento y arrastrado; se refería a llamar de fijo a fijo.

Sam se había ido a la fiesta. Harry se reuniría con ellos más tarde, le había dicho. Cuando se hubo instalado junto a la ventana del salón, un coche desconocido con una mujer al volante se acercó. A Harry los coches no le interesaban gran cosa, pero ese era glamuroso, imponente, eso sí que lo veía. Quizá fuera de coleccionista, quizá fuera americano, pero su aspecto tenía un nosequé de exótico o restaurado: el azul pastel, los prominentes alerones traseros, como esas gafas con aplicaciones de brillantitos. El coche desprendía cierto aire a pieza de coleccionista; no podía pertenecer a la mujer regordeta al volante, pensó Harry, sino al tipo de cabello rubio y alborotado que iba sin afeitar, atractivo y elegante con esa ropa vieja y gastada de fin de semana, que se bajaba del asiento del copiloto con una botella de vino sujeta en su puño grueso. La botella que llevaba debía de ser para una fiesta, pero al salir del coche, el tipo se la llevó a los labios, y al echar un trago, el vino gorgoteó. La mujer tocó el claxon y se alejó con cierta dificultad por el camino estrecho y serpenteante. El hombre la miró mientras se alejaba, claramente preocupado por la integridad de los laterales del coche; también la miraban, preocupados por cómo afectarían esos alerones negros a la integridad de sus vehículos, media docena de observadores ocultos tras las cortinas de sus casitas pintadas de blanco. De improviso, el hombre fue derecho a la puerta de la casa de Harry y llamó al timbre apoyando la botella vacía en el alféizar de la ventana.

—Soy Spencer —se presentó el hombre—. El amigo de Steve. Steve dijo que podía venir, ¿no?

Harry se acordó del mecánico, el empleado de Steve que acababa de llegar de Londres y al que Steve se había tirado en dos ocasiones en la trastienda del taller, encima de la mesa.

—Bonito coche —dijo Harry—. Yo soy Harry. Puedes entrar con la botella, mejor tirarla que dejarla ahí.

—Sí, gracias. —Le dio la botella y cerró la puerta—. Lo he restaurado yo mismo. Es un DeSoto de 1961. Sin parantes. Me costó mucho pintarlo con espray, pero el color es auténtico. ¿Oíste como ruge?

—¿Esa era tu mujer? —preguntó Harry metiendo la botella en la caja para reciclar junto a la puerta—. ¿Al volante?

—Sí —respondió Spencer, sucinto. No era la primera vez que pasaba: a algunos Osos que no sabían conducir o que tenían el permiso retirado los traían miembros de su familia, hermanas, madres, padres—. A ella le da igual. Yo no le pregunto adónde va y ella no me pregunta a mí qué he estado haciendo. Así que lo vamos a pasar bien, ¿verdad?

Era guapo, pero el modo en que llevó la mano a la entrepierna de Harry presionando con fuerza y se restregó contra él era más agresivo que incitante.

—Llevo mucho tiempo esperando —dijo, y luego soltó un rugido; estaría imitando el DeSoto sin parantes del sesenta y uno.

—Y todavía tendrás que esperar más —dijo Harry sonriendo mientras se zafaba—. No creo que nadie llegue antes de una o dos horas… Dos horas, en realidad. Da igual. Bienvenido. Pasa.

—Steve dijo que a las seis y media. Eso dijo, creo. ¿No ha llegado nadie todavía? Da igual. Nos sentamos y nos ponemos cómodos, ¿vale? —Se echó en el sofá blanco lanzando las deportivas sobre la alfombra persa, y se quedó boca arriba con los ojos cerrados y las piernas abiertas, pasándose los pulgares por el pecho—. Sí —murmuró—. A las dieciocho treinta, me dijo Steve, ¿vale?

—Debió de decir las ocho treinta, supongo. ¿Has estado en el Ejército?

—Ajá, sí. ¿Lo dices por lo de las dieciocho treinta? Como un soldado, ¿no?

—Voy a traerte una cerveza —dijo Harry, divertido.

—Vale, genial —contestó Spencer incorporándose—. No está mal esto. Una cerveza estaría bien, pero Harry, porque es Harry, ¿no?, ¿sabes lo que iría bien con la cerveza? Seguro que lo sabes, qué iría bien con una cerveza… ¿No tienes nada más?

—¿Whisky? ¿Ginebra? ¿Vino?

—No, a ver, o sea, lo que a mí me gusta, ¿sabes lo que me gusta? Lo que a mí me gusta es la coca. No sé dónde se pillará la coca aquí en el campo. Pero me han dicho, ya sabes, tío…

—Todo a su tiempo —dijo Harry. Eso había sonado muy desalentador, pensó, como de institutriz de la vieja escuela, de mojigato; todo parecía indicar que Spencer estaba loco, pero lo habían invitado y querrían divertirse un poco con él más tarde—. Si te apetece un poco ahora, no hay problema.

—Vale —dijo Spencer; adoptó una nueva postura más abierta y accesible que lo dejaba a medio camino entre el sofá y el suelo—. Supongo que me apetece un poco. ¿Es tu perro? ¿Puedes llevártelo a otra parte? Me está rayando, tío.

Harry y Sam habían acordado que cuando dieran una de esas fiestas, la bebida estaría bien a la vista y disponible; lo otro debían guardarlo en algún lugar más discreto, repartido entre dos o tres sitios, por si algún invitado insaciable descubría una de las reservas y se la pulía. Harry cogió la cerveza de la nevera y luego se acercó a la ventana de atrás, levantó el pie de una lámpara y extrajo una bolsita transparente de las de cierre hermético.

—*Stanley* —dijo al entrar en el salón—. Largo. Arriba. Arriba, ahora.

Pensó que, durante su ausencia temporal, Spencer quizás habría aprovechado la ocasión para desnudarse, pero solo se había quitado la camiseta y los tejanos, que había apartado a un lado formando un montón. Estaba tumbado sobre la alfombra con unos calcetines blancos y unos Aussiebum blancos. Aunque *Stanley* había visto cosas más llamativas, sacudió la cabeza como si estuviera saliendo del agua, apartó la mirada y subió las escaleras dando torpes brincos. Tal vez su memoria perruna borrara cualquier episodio verdaderamente traumático.

—Buen chico —dijo Harry—. Arriba. Bonito bronceado. ¿Has salido al extranjero?

—Qué va, tío —contestó Spencer—. Esta semana he tomado rayos UVA. ¿Crees que me queda bien?

—Muy bien —admitió Harry, sincero.

Dejó la cerveza y la bolsita en la mesa y, de rodillas, se puso a masajear el torso peludo, macizo y casi huesudo de Spencer, arriba y abajo, deteniéndose a pellizcarle las tetillas una vez, y luego otra, y para abajo otra vez calibrando con la mano el pesado contenido de sus calzoncillos como si sopesara una bolsa de fruta.

Spencer gimió.

—Sí —dijo—. Sí, sí.

—Lo que pasa —advirtió Harry, entreviendo la posibilidad de escapar de una sucesión de minutos aparentemente inevitable. Retiró las manos— es que te has adelantado dos horas. No sé cómo hemos terminado enredando las cosas, pero las hemos enredado. Y yo había dicho, había prometido, en realidad, que pasaría por la fiesta de la casa de enfrente. Diez minutos, media hora, una cosa así.

—Perfecto —dijo Spencer—. Me quedo aquí, ningún problema. Si alguien llega, que pase y vamos empezando.

—Tengo una idea mejor —replicó Harry acordándose del Fuseli y del cuenco de Hagi bueno, el cuarto por la izquierda—. Nos tomamos una cerveza y nos metemos una rayita rápida aquí. Y luego te vistes y te vienes conmigo. No vamos a quedarnos, entramos a buscar a Sam, mi marido, y volvemos derechos a casa.

—¿Son todo tíos? —preguntó Spencer—. Joder, en Hanmouth os lo sabéis montar. Ya te digo.

A Harry le llevó un rato desentrañar el razonamiento de Spencer.

—No. Nada de eso. Son unos vecinos nuestros que han organizado una fiestecita. Nada emocionante. Entramos, recogemos a Sam y volvemos. Sabrás comportarte durante cinco minutos, ¿verdad? —Harry tuvo sus dudas y añadió con franqueza—: Si no quieres entrar puedes esperar fuera.

—Y también podría esperarme aquí, ¿no? Que no te voy a robar nada tío, si eso es lo que estás pensando.

—Estoy convencido de que no lo harías —contestó Harry. Quizá lo mejor fuera llamar a Sam y disculparse, le pediría que volviera y abandonara el plan de agenciarse a ese italiano tan mono para la noche de los Osos—. Ten. Vamos a meternos una raya.

27

La fiesta estaba llenándose de un modo muy satisfactorio: lo más probable era que ninguno de los presentes hubiera contado con entrar en un salón abarrotado. Tal vez todos hubieran llegado allí movidos por la lástima: no querían que sus nuevos vecinos convocaran una fiesta a la que no acudiera nadie. Hanmouth quedaría muy mal.

—Entonces tampoco hace tanto que vivís aquí —le decía Catherine a Miranda, muy animada.

—Ni diez años, creo.

—Nosotros llevamos un poco más —les contaba Billa.

—Quince en septiembre, me parece. La casa la compramos unos años antes, claro, al principio fue una inversión, y luego, cuando Tom pasó a la reserva, ya empezamos a pensar en mudarnos. Pero viviendo aquí, propiamente dicho, solo llevamos una década y media.

—Yo también —añadió Kitty—. Yo me mudé justo antes que tú, un año antes, creo. Me acuerdo perfectamente del revuelo que se formó cuando os mudasteis, Billa.

—Tonterías —dijo Billa.

—De verdad —insistió Kitty—. Fue por tu casa, naturalmente, tan especial, todos pasan por delante; si estuviera vacía, todo el mundo se interesaría por ella. Y Sam tampoco lleva aquí mucho más, ¿verdad, Sam? ¿Sam? Sam... Oh, se ha ido.

—Me parece que está en la cocina —dijo Catherine—. Es toda una sorpresa, ¿sabéis? Pensaba que todos habíais nacido y os habías criado en Hanmouth, o en Devon, en todo caso. Pensaba que este era uno de esos sitios donde para que te acepten, tienes que llevar cincuenta años en el pueblo, y puede que aun así solo acepten a tus hijos, ya me entendéis. ¿Es que nadie es oriundo de Devon?

—Yo no —contestó el barquero del estuario.

Una mañana, Alec mantuvo con él una charla larga y muy instructiva y lo invitó. Le pareció que llevaba una vida un poco solitaria, y se lo veía un buen hombre.

—Nos vinimos de Sheffield hace ocho años cuando me jubilé de la acerería. Mi mujer falleció hace cinco años.

—Sí que hay gente nacida en Hanmouth —dijo Kenyon—. Está esa chica, a fin de cuentas, esa mujer, mejor, la que andaba detrás de ese caso terrible del año pasado. Su familia nunca se había movido de aquí.

Se hizo un breve silencio: en Hanmouth se había dejado de hablar del caso de Heidi y China. Desde la detención de Heidi no había habido novedades, y la gente de buen gusto había aparcado el tema. Es posible que al haber pasado tanto tiempo en Londres durante la persecución y el pánico que rodeó el caso, Kenyon no hubiera tenido ocasión de comentar el asunto a su debido tiempo y ahora quisiera resarcirse.

—Tiene que haber alguien del lugar —dijo Miranda—. No puedo creer que todos seamos unos recién llegados, por así decirlo.

—Pero parecéis tan integrados, tan parte del pueblo —sostuvo Catherine—. Resulta muy alentador.

—Nosotros también venimos de fuera —dijo Laura, la mujer de John Calvin, pero habló en voz tan baja que nadie reparó en ella.

—Sí lo hay —dijo Miranda—. Ya se me ha ocurrido alguien. Harry. Harry el de Sam, lord Menudo Desperdicio. Aquí llega, como si acabara de darle la entrada. Hola, Harry, precisamente estábamos hablando de ti.

Detrás de Harry llegó un hombre a quien ninguno conocía; no iba vestido para una fiesta, a menos que la fiesta la diera alguien de menos de dieciséis años. Iba sin afeitar y sin peinar, y con el pelo alborotado; tenía una mirada algo extraviada que no parecía dirigir a nadie en particular. Su amplia sonrisa no inspiraba confianza; vagó por la sala sin relacionarse con nadie, la barrió como la luz de un faro.

—Espero que no te moleste —se excusó Harry a Catherine, con soltura—. Es uno de los invitados a la cena de esta noche, esta tarde

ha cerrado su negocio en Barnstaple temprano y ha venido directamente. Un viejo amigo. Pensé que, en vez de dejarlo solo en casa con *Stanley*, no te importaría que lo trajera.

—Sí, con *Stanley*, cómo no —dijo el hombre, y se echó a reír.

—*Stanley*, el perro —replicó Harry amablemente—. Has olvidado el nombre del perro.

—Por supuesto que no —dijo Catherine, jovial—. Tomaos una copa, los dos.

—¿Cómo se llama tu amigo, Harry? —preguntó Miranda. Harry le clavó los ojos, bastante desconcertado, y Miranda cruzó la mirada con él, que se la sostuvo abiertamente adoptando la primera expresión desde que había entrado en la casa. Y luego soltó una carcajada que Miranda imitó.

—Spencer —dijo sin hostilidad—. ¿Y tú quién cojones eres?

—Miranda. Un placer de cojones.

David, algo sorprendido, vio que la fiesta de sus padres iba llenándose rápidamente de gays muy guapos. ¿De dónde habían salido? En la cocina había un gay de Hanmouth hablando con Mauro; otro gay de Hanmouth acababa de llegar acompañado de un hombre que a David le costaba creer que pudiera conocer a sus padres. David consideraba que, en realidad, el puntal de ese aspecto de la fiesta en particular debía ser él, pero apenas si se había hecho notar. Estaba clavado en una esquina con una de las dos hermanas, que ya llevaban tres cuartos de hora turnándose a David. Cada vez que una tomaba aliento o se quedaba sin algo que contar de *Poppet*, su Bedlington terrier, la otra llegaba a relevarla. La perra, por su parte, seguía correteando entre un bosque de piernas y soltando gemidos. Nadie diría que fuera capaz de inspirar tamaña secuencia de anécdotas divertidas o conmovedoras. Mientras tanto, Mauro sonreía como si nunca se hubiera divertido tanto en una fiesta y uno de los gays de Hanmouth tenía el brazo apoyado sobre su hombro; ese par estaba acercándose al otro, el del otro gay de Hanmouth y ese tipo tan sexy que se había colado. David sentía que iba a quedarse para la eternidad en el rincón de las vírgenes de Bedlington, excluido del cuadrángulo en el que quería, en el que debía estar.

Las fiestas nunca se le había dado bien, ni de niño, cuando se celebraban según unas reglas estrictas —con sus etapas y sus juegos y sus regalos y sus consecuencias— y eran mucho más sencillas. En una ocasión, cuando iba a cumplir los once, se acordó de cómo resultaban siempre y le dijo a su madre que ese año no quería que le organizaran la fiesta de cumpleaños. Por alguna razón, las fiestas de cumpleaños le parecían cosas infantiles para las que ya era bastante mayorcito. ¿Y qué hicieron en lugar de la fiesta? El único recuerdo que David guardaba era el de que, por malas que hubieran sido las fiestas, en las que siempre terminaba llorando y corriendo a buscar a su mamá para regocijo y desdén general, quedarse sin fiesta fue mucho peor. Ese año casi nadie de su clase lo invitó a la suya; a posteriori, le dio la impresión de que si lo habían invitado antes había sido para devolver una invitación anterior. Y David estaba absolutamente equivocado: las fiestas eran cosas para las que uno nunca estaba mayorcito, con esas joyas, los grupitos deslumbrantemente divertidos, y, en los márgenes, unos aburridos extras entregados a conversaciones esforzadas y egocéntricas.

—Disculpad —les dijo a las dos hermanas, una a su izquierda y la otra a su derecha, resplandecientes de contento por haber podido pasar cuarenta y cinco minutos hablando de ellas mismas. Se acordó de un clásico de la conversación—. No quiero terminar acaparándoos.

Pero ellas lo miraron sorprendidas, perplejas; y tal vez en una habitación donde no había más que diecisiete personas la frase sonara rara.

—Sí, nunca ha habido un club como Trade —decía el atractivo intruso. Se detuvo unos instantes para limpiarse la nariz con el dorso de la mano—. Hace diez o quince años no había nada igual.

—Vamos, Spencer —dijo el más pijo de los dos gays, Harry, seguramente—. ¿Cuántos años tenías tú hace quince?

—Diecisiete. Tenía diecisiete años. Nunca había visto algo así. Lo que llegué a ver en Trade en esos años.

—Ahora no es lo mismo —añadió Mauro—. Dicen que en los viejos tiempos era fabuloso.

—Los viejos tiempos —dijo Harry, y se echó a reír—. ¿Y ahora qué está bien?

Mauro, educado, volvió a presentar a David a Sam, Harry y Spencer; todos lo saludaron con mucha cordialidad, aunque también muy brevemente. Mauro repasó el Soho, Vauxhall y Shoreditch.

—Y luego están las noches Bitch, no están nada mal —concluyó—. Las de Renaissance Rooms, en Vauxhall.

—Ahí fue donde nos conocimos —dijo David para poder meter baza en la conversación—. Tú y yo. ¿Te acuerdas?

—Sí —respondió Mauro—. ¿Seguro? No me acuerdo.

—Debió de ser una gran noche —dijo David, y se rio solo.

—Tú —le dijo Spencer a Mauro pasándole la mano por la espalda y dejándola apoyada en su trasero como quien no quiere la cosa—, ¿vendrás más tarde?

—¿Adónde? —preguntó David.

Una mirada de esas que se dirigen las parejas llenó el espacio que separaba a Sam de Harry: para el observador externo podrían querer decir cualquier cosa, pero para la pareja su significado no podría ser más claro: era una mirada interrogativa.

—Esta noche vienen algunos amigos a casa —dijo Harry.

—Un poco más tarde —añadió Sam.

—Si Catherine y Alec pueden prescindir de vosotros, seréis muy bienvenidos —continuó Harry, y luego él también hizo el mismo gesto de pasarse el dorso de la mano por debajo de la nariz.

Estupefacto, David cayó en la cuenta de que todos habían estado metiéndose algo antes de salir; le sorprendió que Mauro no lo hubiera descubierto ni se las hubiera ingeniado para poder escamotear un poco a la habitación de invitados.

—¿Una fiesta? —preguntó Mauro.

—Las fiestas de estos dos son famosas —dijo Spencer—. Estáis de suerte, habéis venido el fin de semana adecuado. Yo de vosotros no me lo perdería.

David sabía que si decía «Bueno, no sé» o se excusaba diciendo que habían bajado a ver a sus padres y no sabría cómo explicarles que él y su novio salían para pasar la noche en casa de dos personas a las que acababan de conocer, sabía que si decía alguna de esas

cosas, la invitación solo se la extenderían a aquel que de verdad querían que la aceptara, y Mauro aceptaría, sin duda. Él no tenía ningún motivo especial para comportarse como el perfecto invitado. Por lo que a David respectaba, creía que si lo habían incluido en la invitación, en caso de que realmente lo hubieran incluido, no había sido más que por educación. A quien querían en la fiesta era a Mauro, y Mauro iría. Mirándolo de otra forma, Mauro era la entrada de David a una orgía de sexo y drogas.

—Sí, ¿por qué no? —respondió David—. Nos escabulliremos. ¿A qué hora?

—¿Una fiesta de qué clase? —preguntó Mauro.

—Nada, solo unos amigos pasarán por casa —contestó Sam.

—¿Son todos como vosotros? —dijo Mauro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Harry.

—¿Son Osos? Se dice así, ¿verdad? ¿Son Osos?

Sam y Harry volvieron a cruzar una mirada, pero esta vez también le dirigieron otra, expresiva y terriblemente divertida, a David. Era como si se conocieran de toda la vida de un mundo cordial poblado por seres lascivos y aquejados de sobrepeso, y al cabo de un instante los tres estallaron en carcajadas.

—Vamos —dijo Sam bajando la voz—. Será divertido.

Con un movimiento franco y veloz, Harry se sacó un papelito doblado del bolsillo frontal de los tejanos pegado a la cinturilla y se lo pasó a Mauro.

—Ahí tienes —dijo muy tranquilo—. Con esto empezarás con buen pie.

No hubo ni vacilación ni sorpresa en el intercambio; era como si Mauro hubiera estado esperando el regalito desde que llegó a Devon, y ahí lo tenía, en el salón de los padres de David, justo como debía ser. El papel, naturalmente, fue a parar al bolsillito de los tejanos de Mauro. En el salón, un gentío incompatible: estaban las dos hermanas gruñonas —solo se las podía definir como solteronas — hablando de su terrier, que no se apartaba de sus rodillas; estaba su madre a la que tanto quería, simpática y sonrojada, rendida ante la evidencia de que la fiesta estaba siendo un éxito; estaba una vieja muy pija que le decía «No sé si entiende por dónde voy» a un

hombre delgado que, con el brazo pegado al cuerpo, se sujetaba un codo mientras apoyaba la cara en la otra mano; estaba su padre sirviendo copas, tozudo, y Ted y Barbara, que discutían de autopistas; y estaba ese hombre, el ladrón que interpretaba el papel de su novio, aceptando una papelina llena de droga delante del resto de invitados. Cuando dos universos colisionan, pensó David en su mejor estilo de contraportada china, del corazón no puede brotar sino vergüenza.

—La vista desde aquí es preciosa —dijo Mauro—. Absolutamente preciosa. ¿La de vuestra casa es así de bonita?

—No, qué va —contestó Sam—. Pero nos gusta.

—Lo bueno de Hanmouth es que siempre puedes acercarte a pie al estuario —contestó Harry, tozudo. Spencer estaba dándole golpecitos con el pie y susurrándole al oído—: Bueno, pues ya te metes un poco cuando él vuelva, no puedes acompañarlo, sería demasiado, nos pondrás en evidencia. No me imagino viviendo en ningún otro sitio.

—Eh —dijo Sam; las insinuaciones de Spencer iban volviéndose cada vez más insistentes—. El tío de ahí, ¿ves? El alto y delgado. Es de la patrulla vecinal del pueblo. Si te ve, llamará a la poli. Espera a tu turno y sé discreto.

—Me encantan estas tardes interminables de verano con el sol detrás del castillo —dijo Harry—. Siempre me han gustado. Mi idea del paraíso. Cuando me muera y vaya al cielo, será exactamente así.

—Decían por ahí que… —apuntó David—. Me pareció oír que eres el único de aquí que no viene de otro sitio. Los demás son todos unos recién llegados, por lo visto.

—Supongo que es cierto —dijo Harry.

Mauro, entre tanto, pareció considerar que al intercambio había seguido una conversación lo bastante inocente para no levantar sospechas y se metió en el baño con aire despreocupado.

—Qué fiesta tan agradable —se le oyó decir a John Calvin mientras se despedía de Catherine, cuya atención la acaparaba ese inesperado grupo de hombres con los que solo había contado a medias. No había tenido intención de que asistieran tantos a la

fiesta, eso era evidente—. Muchísimas gracias por invitarnos, pero… Ay ho, ay ho… a casa a descansar…. —Se había echado a cantar.

—Adiós —le dijo su mujer a Catherine—. Ha sido un placer.

—¿Qué andáis cotilleando vosotros? —preguntó el marido de Miranda acercándose a Sam, Harry, David y Spencer, que seguía dándole golpecitos en la pierna a Harry. Todos lo llamaban Kenyon; David no tenía ni idea de cuál sería su nombre de pila—. Reconozco el comadreo del bueno en cuanto lo veo.

—Oh, no lo entenderías —dijo Sam—. Los heteros son un desastre para el chismorreo.

—¿A quién estás llamando hetero? —preguntó Kenyon tranquilamente—. Si queréis, podemos empezar a insultarnos.

—Vamos… —insistió Harry—. ¿Y esos zapatos? Te aseguro que no hay gay en el mundo que sepa dónde comprar unos zapatos como esos.

Los zapatos eran de un marrón muy claro y parecían acolchados; tenían pespuntes en el empeine, como un edredón, y se ensanchaban hacia los lados. Eran zapatos cómodos, zapatos de catálogo, zapatos de los que te compra tu mujer o tu mamá. Examinaron a continuación los zapatos de Harry —botines de piel con bandas elásticas en los laterales, limpísimos, relucientes, de un color castaña brillantísimo—, y los de Sam —un complicado conjunto de hebillas y cierres plateados que morían a la altura del tobillo, abierto y ladeado—, y luego, como avergonzados, apartaron los ojos de los zapatos con los que tan mal estaba dejando David a su tribu sexual.

—Bueno —dijo Spencer arrastrando las palabras, algo vacilante—. ¿Qué coño hacen cuando salen de patrulla vecinal? El tío ese, el que se ha ido, el tío de la patrulla vecinal. Qué COÑO. Hacen. A ver.

—No lo sé —contestó Kenyon—. De verdad que no. Creo que se reúnen los jueves, pero, francamente, no sé a quién le interesará el asunto. A John Calvin, eso está claro. Pero no conozco a nadie más que se haya apuntado. Lo que sí sé es que tienen muchísimo poder e influencia. ¿Qué hora es? ¿No tenéis a gente a cenar, Harry?

—Sí, a cenar —contestó Spencer, y se echó a reír—. Una cena estupenda, estupenda. ¿Él viene? —Señaló con la cabeza a Mauro,

que volvía del baño con un resplandor súbito en el rostro.

—Mirad los zapatos de Mauro —dijo Kenyon alegremente—. No son tan distintos de los míos, digo yo.

—Bueno. Son marrones —admitió Sam, porque hasta Kenyon debería ser capaz de apreciar las diferencias entre un par de Onitsuka Tiger marrones de la última temporada, con bandas naranja, y esa especie de empanadas de carne que Kenyon llevaba en los pies.

—¿Tan feos son? —preguntó Kenyon, y Spencer levantó un poco la voz, aburrido con la cháchara sobre zapatos.

Las diecisiete personas de la sala, que se habían repartido entre unas doce conversaciones, quedaron subordinadas a ese ruido apremiante y extraño.

—Tú, guapísimo —gritó Spencer—. Vienes más tarde, ¿no? Te esperamos, supongo.

Mauro le respondió con una sonrisa y Spencer le pasó el brazo por la cintura evaluando su firme costado y piel de seda. Sin miramiento alguno por el lugar donde estaban o la gente que los rodeaba, le metió una mano por la parte trasera de los tejanos; durante unos instantes, se revolvió bajo la tela como un ratoncito que estuviera asfixiándose. Mauro siguió sonriendo sin hacer nada por rechazar esa descarada insinuación animada por la coca, y David advirtió que quizá le gustara y todo.

—Ajá. Cuando vengas, quiero… —pero entonces Spencer adoptó un tono íntimo y susurró al oído de Mauro las cosas que le haría y las que Mauro tendría que hacerle—, porque seguro que eso te encanta.

Spencer retiró la mano y regresó al reino de lo audible. Podría haber estado hablándole en un idioma extranjero a Mauro, que lo miraba sin contestar con expresión benévola. Sam y Harry se mostraban impasibles; Miranda ponía cara de interés; Kenyon los estaba juzgando, tranquilo y decidido, con sus pálidos ojos azules, la mirada del maestro de escuela que espera a que un niño deje de hacer el tonto y trate de dar con la respuesta indicada. Detrás de ellos, Alec, triste botella en mano, se ofrecía a llenar copas, perplejo e inquieto. Parecía que se preguntara a quién había llevado su hijo a

casa; como si culpara a David por haber traído a ese remoto y bochornoso miembro de su tribu, a ese Spencer, y haber saqueado su fiesta, que podría haber resultado bastante agradable. Luego las miradas de Alec y David se cruzaron y dieron lugar a la antítesis de un intercambio de complicidad: lo que hubo fue un intercambio de rechazo. A David se le ocurrió que tal vez su padre no tuviera nada que decir sobre Spencer, uno de esos accidentes que se dan en las fiestas y que le pueden pasar a cualquiera, uno de esos revientafiestas que llegan de la mano de alguien a quien, además, ni siquiera conoces. Tal vez no fuera Spencer; tal vez fuera Mauro —de pie, con un halo de resplandor artificial, sujetando una copa llena de champán que sus suegros habían alquilado y dejando que un desconocido le metiera el dedo por la raja del culo— quien suscitara en su padre tanto desagrado. Sí, tal vez se tratara de Mauro.

—¿Le sirvo a alguien más? —farfulló su padre.

—Sí —contestó Spencer con malicia—, sírveme a mí, amigo.

—No, a ti no —dijo Sam—. Tenemos que irnos. Ya llevamos demasiado tiempo aquí. Ha sido un placer. David. ¿David? Ven tú también, si quieres. Nos gustaría verte.

—Me lo he pasado de puta madre —le dijo Spencer a Alec—, pero se ve que ahora toca pasar a otra cosa.

A menos de tres metros de distancia, Billa le decía a Kitty que tenían pierna de cordero al horno para cenar y que estaba invitadísima a acompañarlos, y a Kitty le parecía una idea maravillosa, le parecía perfecta; concentradas las dos en la cara de la otra.

28

Como maderos arrastrados por los torrentes de primavera; como barcos sin amarrar que se hubiera llevado la corriente; como objetos a la deriva que a finales de un cálido agosto de Devon se hubieran apoderado de un canal seco empujados por la fuerza de un río renovado; como los animales que regresan a los bancos de desove al término de su juventud; como todas esas cosas, los Osos dieron media vuelta y, dejando que su olfato los guiara, volvieron a la casa

de Hanmouth, río arriba, por senderos que atravesaban el campo, avivando el paso, dejando atrás sus problemas mientras avanzaban volando en sus Toyota Civic, sus Ford Primera, su Volkswagen Golf GTi, sus Peugeot, sus Fiat, sus Ford Ka, sus Jaguar, sus Bentley azul real y plateado, y plateado y blanco, y rojo y plateado, y plateado, plateado, azul y plateado. Venían de Ashreigney e Iddesleigh, de Bishops Tawton y Bratton Fleming, de casas marrones, bajas y chaparras como setas en el páramo, de Barnstaple, de apartamentos de un primer piso con la pintura de las paredes descascarillada, de casas adosadas en Cullompton, de Chittlehampton, Huish, de antiguas casas de beneficencia en Cheriton Fitzpaine y Clyst; de pueblos célebres por un retablo, por un pub antiguo como la monarquía, por una talla de Sadrac, Mesac y Abdénago custodiada en una mansión señorial y por la convicción del rey Carlos I de que si alguna certeza había en este mundo, era la de que en Tavistock estaría lloviendo. Vestían ropa de cuero, pantalones militares verdes, tejanos, faldas escocesas de cuadros azules y rojos, ropa interior limpia, o ninguna ropa interior, y todos llevaban botellas en el asiento de al lado o en el bolsillo, grandes y verdes o marrones y del tamaño de un pulgar, y conducían solos o en pareja. Mick y Ali, Phil y Andy, y Adam y Blaise y Steve, que tenía un taller en Barnstaple; hombres robustos y fornidos, hombres corpulentos, hombres al borde de la obesidad, noventa kilos, cien kilos, ciento diez y ciento veinte, hombres cuya respiración recordaba al ronquido ligero de alguna dama. Estaba el hijo del viejo jardinero de Harry, y Charles y Robert y Kevin; y conducían a toda velocidad con Lady Gaga en el estéreo. Tenían prisa, todos habían oído hablar del mecánico al que Steve se había tirado dos veces en la trastienda del taller. El que se llamaba Spencer. Desde la carretera, las cámaras de circuito cerrado los observaban avanzar rebasando el límite de velocidad.

Venían por carreteras que discurrían al lado de ríos, sin pararse a pensar en los nombres de los torrentes y los riachuelos; su condado enviaba agua de lluvia a ese canal o al otro, al Canal de Bristol o al Canal de la Mancha; el Dart con sus salmones, el Erme que alcanzaba a vislumbrar, el Avon, el Lynn, el Tamar, tan escondido, el Torridge, el Tavy, el Taw. Los vieron, los cruzaron, los tuvieron a tres

kilómetros sin percatarse ni pensar en ellos; en vez de comportarse como personas que estuvieran dirigiéndose a algún lado, parecían estar huyendo para dejar atrás alguna amenaza. Temían llegar tarde, algo impropio de los adultos; en el coche, a toda máquina, con la directa puesta, pensaban y hablaban de sexo, de hombres, de la noche que les esperaba. Una ligera confusión se había apoderado ya de la mayoría de los pasajeros y de dos de los conductores, que se habían bebido una cerveza o una copa de vino, se habían tomado una pastilla o habían esnifado anestésico para caballos o las hojas pulverizadas de una planta sudamericana, y ahora soltaban chorradas sobre cómo y cuándo habrían perdido las hojas su color verde para terminar tan blancas. Cuando llegaron a las afueras de la localidad de mayor tamaño, redujeron la marcha y adoptaron un aire majestuoso en honor a las majestuosas cámaras que los observaban; algunos incluso bajaron el volumen del estéreo cuando la densidad de casas que los rodeaba fue aumentando; pasaron por los espantosos barrios de viviendas de protección oficial dando la espalda a la calle donde —señalaron algunos— había vivido la niña esa, la que su madre había secuestrado y después había perdido, quizá para siempre. Y luego las casas se volvieron bonitas y Hanmouth se volvió Hanmouth. Llegaron más o menos a la vez y algunos se percataron de la presencia de los otros; todos temían llegar tarde y perderse aquello que los había llevado hasta allí, y hacían sonar las bocinas y se saludaban con el pulgar en alto. Algunos de los Osos habían recorrido muchos kilómetros para llegar hasta allí, y sabían a lo que habían venido.

—Aparcar aquí es una puta pesadilla —dijo Mick tirando de la entrepierna oprimida por el cuero negro—. Siempre lo ha sido. Y siempre lo será. Tardaremos diez minutos en llegar caminando desde el aparcamiento de la estación, tú espera y verás.

—Por todos los demonios —le advirtió Ali, en el asiento del copiloto—. No es a ti a quien se quedarán mirando. —Iba con una falda escocesa verde, de campaña, y bajo la chaqueta de cuero no llevaba más que un arnés de aros de acero y correas de cuero—. Deja ya de quejarte de los putos problemas para aparcar.

29

Al cabo de media hora parecía que en el piso de Catherine y Alec nunca se hubiera celebrado una fiesta. Los invitados, que se habían ido, se habían movido como gatos entre los muebles, las copas y la comida; no habían estropeado nada ni tumbado nada ni movido nada. En la impoluta moqueta nueva —que aún desprendía el olor ligeramente metálico de la tienda y el instalador— todavía se apreciaban las marcas del aspirador. Los invitados habían comido con pulcritud, no había ni migas ni salpicaduras que delatasen visita alguna. Alec se había dado maña con el paño y las botellas, limpiando y quitándolas de en medio a medida que la fiesta avanzaba; y ahora, al despedirse con la mano de los últimos invitados, los cuatro regresaron a una habitación sin humo ni manchas, ordenada y más que a punto para alojar otra fiesta.

—Adiós, Marian —decía Catherine—. Adiós, Isobel. Ah, y que no se me olvide… Adiós, *Poppet*, sí, adiós a ti también…

—Sé más sobre Bedlington terriers de lo que nunca llegué a imaginar —decía Alec en el salón mientras ordenaba—. Podría hasta ir a un concurso. Como especialista en el tema.

—Extraordinario, lo de llevar el perro a una fiesta —dijo David—. No veo por qué no podían dejarlo media hora en casa.

—Maldito bicho —añadió Alec—. Debo de haber tropezado con la perra más de media docena de veces. Y por las mañanas se la oye ladrar por el hueco de la escalera.

—Te vi pegarle una buena patada, David —dijo Alec—. Bien hecho.

—Pensaba que nadie estaba mirando —respondió David con una risita.

Fue un hermoso momento de camaradería entre padre e hijo compartiendo su opinión sobre los Bedlington. Pero el momento pasó y Alec volvió a la cocina.

—En Italia —dijo Mauro volviéndose de espaldas a la ventana— nadie lleva un perro a una fiesta si no se porta bien. Y puede que ni así. Nunca he visto a un perro en una fiesta correteando como ese. Por eso decimos que los ingleses quieren tanto a los perros, los tienen porque son un sustituto del sexo.

—Sí, puede.

—Eh, David. ¿Te metiste un poco? Muy buena, mucho. No sabía que aquí pudiera conseguirse algo tan bueno. Volveré.

—No, nadie me ofreció.

—Pero solo es cuestión de pedir, nada más —dijo Mauro—. Me parece que estás loco. ¿Cuándo vamos a ir a su fiesta? ¿Podemos irnos pronto?

—En fin, ha sido muy agradable —dijo Catherine volviendo al salón—. Habíamos dicho que de seis a ocho, y es muy de agradecer que la gente no se haya eternizado rondando por aquí. Han venido a la hora que se les pidió y se han marchado antes de que acabaran aburriéndonos. ¿Te han parecido simpáticos, Mauro?

—Sí, muy, muy simpáticos —contestó Mauro.

Alec estaba parado en el umbral de la cocina. Sobre su mejor camisa y los pantalones de espiguilla llevaba el delantal de las borlas en los pezones. Detrás de él, las dos docenas de copas empañadas, oscuras, orladas de pintalabios, medio llenas de champán, o llenas hasta un cuarto, formaban tres pulcras filas sobre el lavaplatos cual instrumento musical improvisado y censurable; cualquiera habría dicho que Alec estaba a punto de ponerse a tocar *Edelweiss*.

—¿Están todas? —murmuró, pero la fiesta no había sido de las que termina con copas rotas, ni siquiera por accidente, aun teniendo en cuenta la presencia de Spencer, y volvió a sus labores domésticas.

—Sí, esos chicos tan divertidos —dijo Catherine, y sin querer repasó los objetos que la rodeaban, sus bibelots, los tesoros de su consola. Y ya podía repasar, ya… David también echó un vistazo, y hasta el joyero del pájaro seguía en su sitio—. No es que los conozcamos demasiado, supongo, pero he cruzado algunas palabras con Sam. Tiene esa tiendecita de quesos. Allí fue donde compré ese queso marrón que nadie ha probado. Gestos así, para apoyar el comercio local, me parecen muy importantes. Y su amigo, su pareja, Harry, parece agradabilísimo. ¿Sabías que es un lord? No es un lord propiamente dicho de los que van a la Cámara de los Lores, no, eso ya no lo hacen, pero sí que es hijo de alguien, de alguien importante

que se llama lord Henry nosequé. Nadie lo diría. Encantador, muy normal, nada quisquilloso, nada pomposo, nada presumido.

Catherine hablaba como si quisiera esquivar algún asunto, como si quisiera posponer el momento. ¿Se trataría de Spencer, iba a decir algo de esa aparición tan imposible y, ahora que ya se había marchado, tan inimaginable? Entre amantes de los Bedlington, viudas de militares y hombres tímidos y torpes cuya ropa resultaba de una elegancia más ostentosa que su cara fofa y hasta algo estúpida, Spencer había llegado con ese cuerpo prieto que inclinaba hacia atrás como un modelo y esos ojos adormilados y lascivos bajo un pelo alborotado y unas cejas rubias. Podrían haberlo tomado por un malentendido, el repartidor que tendría que haber llamado al piso de abajo, un niño perdido en la fiesta equivocada cuya verdadera identidad había quedado al descubierto demasiado tarde. Pero, a pesar de todo, había llegado al lugar indicado; Mauro y él se habían sentido atraídos como principios elementales en algún experimento de física, el culo había arrastrado a la mano. No habían sido capaces de evitarlo.

—Esta noche darán una fiestecita —dijo David—. Harry y Sam. Nos han preguntado si nos apetecería pasar un poco más tarde.

—Muy amable de su parte —gritó Alec desde la cocina—. Aunque no sé si me siento con muchos ánimos.

—David no se refería a nosotros con ese «nos» —explicó Catherine—. Lo que quería decir era que Harry y Sam los habían invitado a ellos, a David y a Mauro.

—Bastante grosero —dijo Alec—. ¿Estás segura de que a nosotros no nos incluyeron?

—No quieren a viejos como nosotros en su fiesta —contestó Catherine.

—Y total, tú has dicho que no querías —dijo Mauro—. ¿Te importa que vayamos nosotros?

Catherine se puso colorada. David siempre había creído que si había algo que su madre no podía soportar era la mala educación; afortunadamente, no siempre reparaba en ella cuando se daba. Pequeños desaires, pullas insignificantes, alguna ceja que se levantaba, y el momento en el que la ignoraban; siempre estaba

dispuesta a pasar esas cosas por alto, a buscarles excusas a los vecinos, a los colegas del puesto de beneficencia de la catedral, a los conocidos y hasta a los desconocidos en la parada del autobús. «Tienen muchísimos problemas», señalaba, o «están muy ocupados». Pero Mauro no tenía problemas, eso era evidente; no estaba ocupado. Era el invitado del fin de semana, y la petición que había hecho con esos ojos que la coca había dejado brillantes como el plástico, el que lo dejaran salir en busca de algo más divertido, no era algo que la madre de David pudiera pasar por alto.

—Por supuesto —respondió Catherine—. Parece divertido. Y de todos modos, no tenía nada planeado para la cena. No, salid. Divertíos.

Alec hacía mucho ruido en la cocina.

30

—Bien hecho —dijo Calvin—. Muy, muy bien hecho. Pensarán «Ooh, tenemos que volver a invitar al señor y a la señora Calvin», son tan divertidos, tienen tanta conversación, sobre todo ella. Ne. Ga. Ti. Vo. Plantada ahí como si fueras uno de los elegidos, como una maldita duquesa. Con esa mirada de reproche en tu cara de tonta, como si estuvieras oliendo pescado podrido. O caca de perro.

—No es justo, John —dijo Laura.

Caminaban por el Strand hacia su casa. Calvin llevaba una de esas bolsas de la compra reutilizables con una botella de cava español. La habían cogido por si la fiesta resultaba como las que daba Calvin, una de esas fiestas a las que la gente llevaba, y se contaba con que llevase, botellas de cava español; en realidad, la botella que Calvin llevaba en la bolsa de arpillera era una que tenían reservada, un regalo de unos invitados solo un poquito menos rácanos que ellos. Pero al cruzar la puerta, Calvin había visto que en la cocina había champán. Había dejado la botella en la bolsa, debajo de la mesita del teléfono de la entrada, para poder llevársela al salir sin hacer comentario alguno, como si siempre se llevaran la compra a las fiestas a las que acudían.

—No es justo. Las fiestas no se nos dan a todos tan bien como a ti.

—Ya has tenido muchas oportunidades, pequeña mía. Vaya si las has tenido, por Dios, maldita sea. —Eso lo dijo con acento irlandés, que abandonó de inmediato—. Te he llevado a muchísimas fiestas. Muchísimas fiestas que has adornado con tu presencia. Con el pasar de los años, vamos.

—Aquí en la calle no, John —dijo Laura.

—Pero sigues sin ser capaz de demostrar interés por los demás, plantada ahí en medio como un nabo de exposición. ¿Sabes qué pareces ahí, parada con la boca abierta? Un enorme tubérculo blanco, eso pareces. ¿Por qué crees que la gente nos invita? ¿Crees que es por ti, que te quedas plantificada con cara de tonta sin abrir la boca? No es más que egoísmo, eso es lo que es, eso a lo que tú llamas timidez. Yo me esfuerzo, ¿sabes? Eso ya lo sabes. Y la gente quiere contar conmigo, yo, mí, me, conmigo, en sus fiestas, pero contigo apechugan, nada más. Y…

Calvin cortó en seco sus comentarios. De un coche plateado —un elegante Saab plateado descapotable— se bajaban dos hombres, los dos con gafas de sol a pesar de la penumbra de la tarde. Los dos llevaban la cabeza rapada, y uno tenía una barba pelirroja muy cuidada. El otro, un poco más bajo, llevaba una falda, una falda escocesa verde de una tela como de uniforme de camuflaje; de cintura para arriba solo iba cubierto por cuero y acero, una especie de arnés. Le quedaba muy tirante, tal vez lo hubiera comprado cuando estaba menos gordo o lo llevara demasiado apretado; las correas laterales formaban bes mayúsculas en su abultada cintura, y alrededor de las tetillas, que parecían colgadores, la carne quedaba embutida formando una especie de senos que recordaban rombos hechos de carne de gallina. Su amigo, más discreto, llevaba pantalones de pana llenos de pliegues y arrugas, igual que un sofá mal relleno, y una camiseta negra con un lema críptico.

—¿Ves? Justo delante de su casa, después de todo —dijo el de la falda escocesa.

Cerraron el coche con llave y cruzaron el Strand hacia Matcham Street. A Calvin y a Laura apenas si los miraron.

—Gays —dijo Laura sin que hiciera falta—. Oí que esos dos esperaban a algunos amigos en casa. Por eso se marcharon temprano.

—Una vergüenza —añadió Calvin—. Caminar por la calle así. Podrían haberse encontrado con…

—Podrían haberse encontrado con cualquiera —dijo Laura.

—Esto parece cosa de la patrulla vecinal.

31

La mesa estaba recogida, pero casi ningún plato había pasado de la encimera de la cocina; habían recogido a toda prisa. Ya habían transcurrido dos horas. Las cortinas estaban corridas: en alguna ocasión Harry había sugerido que durante las noches de los Osos, se aseguraran de que quedaban bien cerradas con pinzas de la ropa, pero nunca habían hecho nada al respecto, y Harry tuvo que admitir que los vecinos lo ponían muy nervioso. Encima de la mesa —una sólida estructura de caoba estilo victoriano, todo lo sólida que puede llegar ser una mesa de comedor, que descansaba sobre cuatro patas cuadradas torneadas— había un hombre tumbado boca arriba con las rodillas dobladas y la cabeza hacia atrás colgando en el aire. Era Spencer. En el suelo, echado sobre la moqueta, otro hombre en una postura que recordaba a la de Spencer, pero este tenía las piernas levantadas y se sujetaba la parte posterior de las rodillas con las manos. Era Mauro. Como el resto de los presentes en la sala, estaban desnudos, aunque Mauro se había dejado los calcetines blancos puestos. Ahora se retorcían en el aire como si de una pirueta invertida se tratara, al enérgico ritmo de lo que sucedía a ambos extremos. Casi todo lo que podía estar ocupado lo estaba; un botecito de popper pasó de Ali, que estaba follándose a Spencer con un ritmo regular, circular y *andante*, a Spencer, que apartó la cara de la inquisitiva y enhiesta polla rosa ruibarbo de Harry para inhalar: fosa nasal izquierda, fosa nasal derecha y luego, arriesgándose, se lo llevó a la boca abierta y aspiró profundamente. Harry cogió el bote y volvió a meter las pelotas en la boca de Spencer; inhaló una vez, dos y, como Spencer, una tercera vez antes de pasárselo por encima

del hombro a Steve, quien, con un chasquido muy eficiente, se ajustó un condón al sólido tronco de una polla alimentada con Viagra y dio dos tironcitos antes de metérsela a la fuerza a Harry, que soltó un gemido ligeramente ensayado; Steve, por detrás, le mordió la oreja a Harry, le lamió el cuello afectuosamente y arrancó a su ritmo, inhalando de vez en cuando mientras seguía con lo suyo. Debajo, una mano segura y alentadora guiaba a Steve en su maniobra mientras penetraba a Harry; resultó ser la mano de Robert, o tal vez fuera la de Kevin, a quien tenía debajo.

—Dice «que suene esa música funky»— le dijo Ali a Blaise; se habían caído hacia un lado y ahora formaban una pila—. ¿Oyes lo que dice? Le está diciendo a esa música funky que suene… No, le dice a un chico blanco que ponga esa música funky.6

—Yo no soy un chico blanco —contestó Blaise—, así que a mí no me lo dice, ¿no?

—Ya sé que no eres blanco —dijo Ali—. Eres maravilloso. Míralo, ¿no te parece maravilloso?

Recorrió con los dedos una parte de Blaise que respondió, alerta; de momento habían terminado con lo que estaban haciendo, pero volverían a empezar dentro nada.

—Eh, tú —soltó Blaise—. Quiero más harina. Esta harina es buenísima y quiero un poco más.

—Pues vamos a meternos un poco más —dijo Ali y se incorporó hasta quedar a la altura de la consola, donde había un buen montón.

Cogió un billete de diez libras enrollado formando un tubito que había por ahí y, cerrando solamente un ojo para poder ver mejor la coca, trazó un ocho incierto sobre la madera de palisandro. Estaba demasiado puesto para pararse a disponer el material en una línea y, al cabo de unos instantes, cayó sobre los muslos de Blaise como un saco de patatas.

Todo el mundo andaba muy ocupado con la boca y el culo y las manos y la polla de Mauro, y también con la boca y las manos y el culo y la polla propias; Mauro estaba triunfando. Tal vez fuera sus dimensiones, pulcras y diminutas, las que desviaban la atención hacia las partes de su cuerpo que resultaban considerablemente

desproporcionadas. Pero durante un año los Osos se habían ido apañando entre ellos, aguantándose cuando, alguna que otra vez, habían tenido que soportar hasta a Peter, que esa noche no estaba. Con su ausencia y sus dos espectaculares sustitutos, el éxito estaba asegurado. Todos habían oído hablar de Spencer, al que Steve se había tirado dos veces sobre la mesa de la trastienda, y habían esperado impacientes a conocerlo; lo que no habían previsto era un segundo regalo bajo la forma de Mauro. Los Osos se dieron un festín. Al cabo de un par de años seguirían hablando de aquella velada. Adam y Phil y Mick y Andy y los demás, que en su avidez casi se aplastan, fueron pasándose las tetillas y la polla y los labios abiertos de Mauro de boca en boca, pasándose su culo de dedo a polla a boca a mano —cerrada y abierta—, acaparando, rozando, tocando, mordiendo y llenando. Mauro se retorcía, gritaba, «Madonna», abría sus ojos inmensos, sonreía, levantaba por la espalda esos brazos, gruesos como su cuello, dejando que Adam y Phil y Mick y Andy y los demás le hicieran lo que quisieran. Parecían seguir el orden de una lista.

Hacía ya meses que en la cabeza de David se proyectaba una película. En la película secuestraban a Mauro, lo retenían y se lo follaban, y su cuerpo desnudo iba pasando de muy buena gana de un hombre peludo a otro; eso sucedía en Londres mientras en ese preciso momento David yacía, insomne y crispado, en su cama solitaria de St. Albans. La porquería de peli porno con la que al cerebro de David le gustaba torturarse estaba allí, ante sus ojos, siguiendo su curso. La reducidísima colección de porno que David tenía en St. Albans —polvos manufacturados conservados bajo la forma de relucientes posavasos que había escondido entre dos novelas de Nabokov— no describía un bucle infinito por la noche como sí solían hacer sus fantasías sobre el ocio de Mauro. Por otra parte, mientras que con ese porno de mierda podía darle al botón de avance y también al de apagado, los placeres de los que Mauro disfrutaba en su presencia no parecían tener fin. Otra parte de su fantasioso cerebro llevaba meses ocupado en lo que podría pasar si el encantador Mauro llegara alguna vez a enseñarle el trasero o, incluso, el pene; cuando estaba de un humor menos optimista

pensaba en qué sucedería si un día, cuando él anduviera por ahí, Mauro saliera de la ducha con la toalla mal cruzada y, sin querer… La débil y atribulada imaginación de David estaba viéndose satisfecha ahí mismo, en la casa de un desconocido con doce hombres peludos a los que Mauro no conocía de nada y que iban turnándose para follarse a su amor. ¿Sabrían cómo se llamaba Mauro? David no estaba seguro de que aquello le gustara y, desnudo, se sentó contra la pared con la espalda apoyada en el papel de pared, los huevos colgándole entre los talones, una copa en la mano y una afable sonrisa en la cara, como si estuviera pasándolo bien, como si estuviera tomándose un descanso y no fuera a tardar en unirse a ese combate de polvo libre.

—Lo que pasa es que le está diciendo al blanco que ponga esa música funky —decía Ali.

—Ya, ya lo sé —respondió Blaise.

—Pero eso no tiene ningún sentido.

—A mí me parece que sí —dijo Blaise.

—No, no. Pero cuando dice esa música funky se refiere a esta música funky.

—No tío, no te sigo.

—No es que haya otra música funky que, o sea, que sea mejor que esta, o sea, este disco, este mismo, el que dice que suene esa música funky, blanco.

—Ya, los discos antiguos son geniales.

—O sea, que dice «blanco, pon ese disco que es súper funky», pero eso lo dice en un disco que ya suena y que el blanquito ya ha puesto, porque si no lo hubiera puesto, no sonaría ni le pediría que pusiera esa música funky. ¿Lo pillas?

—Ya, pero por ahí vas mal, tío —insistió Blaise—. Porque, para empezar, el disco podría haberlo puesto uno que no fuera blanco. Podría haberlo puesto un negro. O una negra. O… —Meneó la cabeza adelante y atrás mientras trataba de pensar en algo—. El italiano este. Insaciable, ¿no?

—Qué culo —dijo Ali—. Me parece que dentro de un rato voy a repetir.

—Al italiano esta música no le gusta, ¿no?

—¿Qué? ¿Por qué…? ¿Qué?

—Porque no para de pedir Madonna —dijo Blaise.

Lo dijo muy serio, tembloroso, con los ojos clavados en la cara de Ali. Al cabo de un instante, Mauro exclamó «Madonna», sería un grito de placer o de sorpresa, o tal vez tuviera la boca libre. Ali y Blaise estallaron en carcajadas, riendo y resollando como dos viejos ante el vaquero payaso de un espectáculo cómico de rodeo.

32

—Hola, David —dijo Sam poniéndose en cuclillas para mirarlo.

Desnudo se lo veía más fornido que gordo, la ropa le daba un aire robusto y corpulento, pero ahora que se la había quitado, parecía que estuviera sacando pecho como un brigada. Tenía un tipo extraño, de tocho, y desprendía un curioso olor animal bastante atractivo. Vestido, en la calle o en su tienda, se lo veía lánguido, consentido, flojo, se le adivinaba una cintura probablemente blanda y un culo gordo. Desnudo, daba la impresión de condensar en sí una especie de poder velludo, como si pudiera derribar a un policía, talar un árbol o adelantar en la carrera la camioneta del lechero. Con un gesto cordial, alargó la mano derecha, grande y peluda, y sostuvo las pelotas de David, sopesándolas ahí donde le colgaban.

—¿Qué tal? ¿Te lo pasas bien?

—Sí —respondió David—. Fantásticamente. Estaba tomándome un respiro.

—Ya. Se está divirtiendo, tu novio.

—Sí. Mauro. Eso parece.

Se quedaron callados unos instantes para observar la fase en la que se hallaban los placeres de Mauro.

—La gente dice que tenemos una relación extraña —apuntó David —, pero a nosotros nos funciona bastante bien.

Sam se echó a reír.

—Sí, sobre relaciones extrañas lo sé todo —dijo—. ¿No te has dado cuenta? Ese con el puño metido en el culo de tu novio es mi marido.

—Ah, sí.

—Tenéis que darnos vuestro teléfono —dijo Sam—. Si es que vais a venir a menudo. Solemos reunirnos una vez al mes o cada seis semanas, una cosa así. Os conviene repetir.

—Os conviene que Mauro repita, vamos.

—Eso no es lo que he dicho —replicó Sam—. Y tú acabas de decir que lo estabas pasando bien. Os conviene…

Audaz, Sam hizo un gesto desenfadado e íntimo con la mano; y quizá vez pilló a David por sorpresa, o tal vez fuera su mano, fría por la botella de cerveza que había agarrado, pero David dio un buen respingo.

—No es obligatorio, ¿sabes? —dijo Sam.

Pero David repitió que lo estaba pasando muy bien.

—He estado observándote —continuó Sam—. Ibas dando vueltas. No le ponías muchas ganas, ¿verdad? Primero has probado con uno, luego con otro, pero no te has lanzado. Sacas la mano y le tocas el culo a alguien, pero lo haces… como si siempre estuvieras indeciso, como si supieras que van a rechazarte. Eso no está bien, Dave. Parece que estés pidiéndoles permiso. Perdona, ¿te importaría que…? Y deja que te lo diga, si titubeas con expresión nerviosa y crees que te dirán que no y pones cara de creer que te dirán que no, terminarán reconsiderándolo y lo más probable es que te digan que no. En la vida real, quiero decir. Aquí no. Aquí nadie te dirá que no, ninguno. Son una panda de zorras.

—Zorra, tú —gritó Steve—. Nosotros no conocimos a nuestro novio en el baño de un pub.

—Sí, vale —dijo Sam—. Pero eso es lo que son. Nunca te dirán que no. Mira a tu novio. A él no se le habrá pasado por la cabeza jamás que, en cuanto se quite la camisa, alguien pueda rechazarlo. Estoy seguro de que no lo han rechazado nunca.

—Pero…

—Ya sé lo que vas a decir. Míralo a él y mírate a ti. Es cierto. Pero ¿por qué crees que la gente te mira como te mira? No es por el tipo que tienes o por el tamaño de tu nariz. Es, y tú ya lo sabes, por esa cara de pena. Mientras dabas vueltas por el salón, les has ido metiendo mano a todos, a uno detrás de otro. Y casi sin detenerte. Ni siquiera les has dado la oportunidad de que te digan vete a la

mierda, gordo. Y eso no lo dirían, ya lo sabes. Es esa cara de pena. Eso no le gusta a nadie. Y cuando te acercabas a alguien a quien considerabas fuera de tus posibilidades, cuando andabas cerca de Spencer, parecía que esperaras a que se diera la vuelta antes de avanzar un poco más. No querías que se diera cuenta de que tal vez fueras tú quien le estaba metiendo el dedo en el culo. Y no le habría importado, hazme caso. Y luego, Mauro, daba la impresión de que no te atrevieras a estar a menos de dos palmos de distancia de él. Eso sí que no lo entiendo.

—Será la vergüenza, supongo —dijo David—. Hacerlo en público.

—Ya. A algunos les pasa. Cuando la gente folla… y tanto da que haya alguien más o no. Eso es una historia completamente distinta. Algunas parejas no pueden hacerlo a menos que haya… a Harry y a mí nos da igual, cuando estamos los dos solos nos gusta, y no nos molesta que haya alguien más. Pero Ali y Mick… ¿A Ali y Mick los conoces?

—El tipo de la falda escocesa, ¿verdad?

—Mick me ha contado que Ali y él llevan dos años sin hacerlo a menos que haya alguien más, otra pareja, o hasta otros catorce, como esta noche. No les apetece, eso es todo. Pero lo tuyo con Mauro no es lo mismo.

—Nos hemos hartado del tema, supongo —dijo David—. Es verdad, ya no follamos, no mucho. Le quiero, pero él tiene su rollo y yo el mío.

—Ya. Ya veo que él tiene su rollo. Pero el tuyo no lo veo. Te veo a ti mirando mientras se follan a tu novio, y no creo que eso te siente demasiado bien. Parece que hayas olvidado qué sentías cuando lo hacíais juntos y te pusieras a mirar porque la escena resulta interesante, nada más. No parece que te recuerde a nada. ¿Me entiendes? Puede que sea esa cara de pena. Porque tienes cara de pena, ya lo sabes.

—Haré cuanto esté en mi mano por enmendarlo —dijo David, galante.

—Hagamos una cosa. Si quieres te follo. No me importaría. Sería un auténtico placer.

—Sam. Esto es lo más bonito que me han dicho nunca. ¿De verdad? ¿De verdad que me follarías?

—Por supuesto que sí —dijo Sam, que contaba con que David no aceptara su oferta—. ¿Te apetece una raya antes? Ahí, donde la tengo, queda muchísima todavía.

33

—Qué lástima que tengáis que volver tan temprano —dijo Catherine—. Esperábamos que os quedarais a comer, por lo menos.

Estaban a la mesa del desayuno, la mañana siguiente. A David le parecía recordar que habían llegado dando tumbos a altas horas de la madrugada, pero habían salido para la fiesta de Sam y Harry hacia las ocho, y la cena prometida no se había alargado más allá de media hora. Como un niño en Navidad, Spencer se había encargado de que los acontecimientos fueran sucediéndose sin tregua al grito de «¿Ahora ya sí? ¿*Ahora* ya sí? Ahora, Sam, por favor». Así que cuando la fiesta de Sam y Harry hubo llegado a su fin y Sam le hubo dado a David lo que le había ofrecido y Mauro se hubo levantado del suelo mientras se limpiaba, mareado y cojo, con una sonrisa relajada y sonoros agradecimientos dirigidos a Harry, que se había reservado hasta el final y había sido extraordinariamente bien recibido… Cuando todo hubo terminado, los dos echaron a andar trazando vacilantes líneas paralelas sin saber muy bien cómo volver a casa, y al entrar en silencio se encontraron con Catherine y Alec, que veían la película de la noche del sábado. Solo eran las once y cuarto. David y Mauro estaban hechos un desastre. Mauro se habría quedado despierto de buena gana soltándoles tonterías a los padres de David, que no sabía cómo convencerlo de que ya era hora de acostarse. Ahora, de buena mañana, los cuatro estaban a la mesa del pequeño comedor, con las tostadas en la bandejita de las tostadas, dos cajas de cereales y tarros de mermelada y miel junto con el platito de la mantequilla y la cafetera francesa.

—Sí, tengo que volver —dijo Mauro—. No había caído… Esta noche trabajo.

—Vaya, es una auténtica lástima —respondió Alec, y tanto David como Catherine lo miraron sorprendidos.

Él puso cara divertida. Mauro había tratado de robar un adorno; había dejado que un tipo que se había colado en su fiesta se pusiera a sobarlo; se había metido cocaína en casa de los padres de David; había ido a una orgía a dejarse follar por media docena de desconocidos. Pero David nunca habría dicho que a su padre fuera a caerle mal. Pensaba que a su padre le caería tan bien como a él.

En Hanmouth, todos hablaban de la fiesta de Catherine y unos pocos de la de Harry y Sam.

—No veo por qué tendríamos que sopórtalo —insistió John Calvin —. Los disfraces son una cosa, pero ¿eso?

Su mujer le recordó antiguas victorias de la patrulla vecinal. Billa le contó la fiesta a su marido omitiendo los episodios más llamativos y concentrándose en las hermanas Wallace y su Bedlington. Mientras desayunaban sus tostadas con miel y esos cereales de bebé que tanto parecían gustarles a los dos, Billa se inventó una anécdota como otras que ya se había inventado sobre fiestas a las que Tom no había asistido. Isobel, de vuelta de un largo y agradable paseo con *Poppet*, hizo la comida mientras la perra brincaba y ladraba. A Marian, que todavía iba en camisón, le dijo que la noche anterior habían conocido a gente interesante, lo cierto es que ellas también conocían a gente de lo más peculiar, y que aunque lo había pasado bien, estaba bastante segura de que no querría volver a repetir por la noche. El barquero aficionado pensó en llamar a uno de sus hijos: sabía que su aislamiento les preocupaba, y cuando salía y hacía nuevos amigos le gustaba contárselo. Sylvie leía un *Guardian* que ya tenía tres días; el de Tony tenía cuatro.

—Dios —dijo Harry contemplando el estado de la planta baja: cosas derramadas y dos copas rotas y, a pesar de las tres papeleras, en la alfombra alguien había tirado un condón que anoche no habían visto.

Stanley lo siguió escaleras abajo tras dormir el sueño de los bassets, y miró a su amo con ojos inquisitivos.

—No, todavía no, tonto —dijo Harry.

Sam seguía arriba, durmiendo; el aire que mecía sus fosas nasales le otorgaba a la casa un sonido cálido y adorable. Harry llevaba el viejo batín y el paseíto matutino que *Stanley* estaba a punto de volver a pedir se le antojaba imposible. La atronadora jaqueca de Harry no podía deberse a la bebida y a las drogas de anoche: tenía que ser cosa de un insoportable olor a pies que impregnaba la atmósfera. Alguien había dejado un frasquito de popper abierto sobre el aparador de palisandro. Al menos no se había derramado. Harry se acercó a las cristaleras y las abrió de par en par, y luego abrió la ventana de al lado para que corriera el aire.

—Vamos, tonto —dijo a *Stanley*, y el perro salió arrastrándose derecho a su cagada matutina.

Prefería la calle, pero a las malas el jardín también serviría.

—¿Hay café? —preguntó Spencer bajando las escaleras mientras se cubría con una toalla blanca del baño de invitados.

—Dios, pensaba que habías vuelto a tu casa —dijo Harry—. Vete a casa, vete a casa, Spencer.

—Fue agradabilísimo —le contaba Kitty a Angela, su amiga de Clun.

Sujetaba el auricular entre la barbilla y el hombro mientras revisaba el armario de la cocina: tenía bayas de enebro, estaba segura, aunque quizá tampoco tanto.

—Fue vintage —decía Ali a Blaise.

—Fue mucho más divertido de lo que esperaba —le decía Miranda a Hettie.

—Tendríamos que invitarlos a cenar —añadió Kenyon mientras masticaba el muesli con fuerza, pensando, y no era la primera vez que lo hacía, que para que la cosa esa se volviera comestible había que dejarla en remojo desde la noche anterior, como hacían los suizos—. O podríamos comer en el The Case Is Altered. Eso sería lo mejor.

—Una de las mejores noches —decía Steve a Andy por teléfono—. Tengo que conseguir que Spencer vuelva. —Y luego hizo algunos comentarios sueltos sobre las cosas que podían acabar haciendo los exsoldados casados de treinta y pocos.

David había metido las bolsas en el maletero del coche; al ponerlas de lado no había vuelto a experimentar ese escalofrío conyugal.

—Bueno —les dijo a su padre y a su madre en el aparcamiento del edificio. Del mar llegaba una brisa cortante—. Bueno.

—Nos alegramos mucho de la visita —dijo Catherine—. Aunque haya sido corta. Y ha sido un placer conocerte, Mauro.

—Un placer —contestó Mauro, y le dio dos besos, uno en cada mejilla, antes de volverse hacia Alec para darle la mano.

Por primera vez a David se le ocurrió que lo normal habría sido presentarse con un regalo. Pero Mauro no había traído nada. Eso lo apuntó en lo que se estaba convirtiendo una larga lista de agravios; David se maravillaba de que una pasión ciega hubiera podido convertirse en puro rencor sin una relación convencional de por medio. Tenía las mismas ganas de divorciarse de Mauro que de embarcarse en una aventura con él.

—Voy a dormir —se excusó Mauro en cuanto salieron de Hanmouth y entraron en la carretera camino a la autopista—. Anoche no dormí bien.

David tampoco había dormido bien; había sido la primera vez que se había acostado en la misma cama que Mauro, sabedor de que después de esa velada no iba a pasar nada. Había soportado a Mauro revolviéndose cada cinco o diez minutos como un delfín en alta mar.

—Debe de haber sido la coca —dijo David.

—Sí. Era buena. ¿Al final te metiste?

—Sam… Sam, ya sabes… me dio un poco para llevar —contestó David—. Como medio gramo.

—Oh, estás mintiendo. No iba a darte medio gramo así como así.

—Pues me lo dio. Lo tengo en el billetero.

—Ya, lo cogiste —dijo Mauro—. Había de sobra, no lo echarán en falta.

David reprimió un pronto de mal genio asombrosamente intenso. Puso el intermitente; el desvío a la autopista de Londres apareció ante sus ojos.

—No. No lo robé. No deberías suponer que todo el mundo es como tú.

Mauro tardó en comprender el sentido de las palabras de David, pero cuando lo hizo, no pudo sino sentirse insultado y herido.

—Vete a la mierda, David —dijo—. Yo no tendría por qué ir contigo de fin de semana.

—Sí, ya.

—No creo que haya sido una buena idea.

—Es probable.

—Oye, David. Si te queda coca, pásamela. Me la meto con una llave mientras conduces. Será divertido, ¿vale?

—Olvídalo —dijo David.

—Ah, no tienes nada. Eres un puto mentiroso.

—Sí que tengo —contestó David.

Mauro cogió la sudadera que tenía en el regazo, la enrolló formando un cojín y se apoyó en la ventanilla. Y luego, sin duda, se puso a pensar en qué decir.

—Tus padres, creo que no les gusto, no mucho —dijo Mauro—. Creo que saben que no estamos juntos.

David asintió, taciturno.

—No creo que a nadie le parezca muy probable —continuó Mauro —. Vamos, que los chicos, los Osos, ¿sabes qué me dijeron de ti? Todos me dijeron que…

—Ya lo imagino. Supongo que te dirían que eres un tío fabuloso, fantástico, y que qué estás haciendo con… Ya, ya lo imagino. Ya he oído tus historias antes, Mauro.

—¿Crees que esas historias me las invento? Eh, Mister Popper. Mírate bien. ¿De verdad te parece tan probable que tú, un tipo como tú, esté con alguien como yo? No veo qué sentido tendría, ¿sabes? Tú… es que cómo eres.

Aun sabiendo que no había acertado, David se admiró del oído de Mauro para las expresiones: cómo eres, la expresión admirativa, de sorpresa ante el exceso, un comentario afectuoso con el que haber limado asperezas por la mañana. Pero le habría correspondido a David decir a Mauro ese «¡Cómo eres!» con un meneo de cabeza. En

boca de Mauro se había transformado en una pregunta cuya respuesta no podía ser sino «No tengo ni idea».

—Pienso, me gustaría… —dijo David, cauteloso—, que cuando volvamos a Londres; me gustaría que empezaras a devolverme esas dos mil cuatrocientas libras que te dejé.

—Muy bien —contestó Mauro—. No me importa una mierda. Puedo devolvértelas ahora si quieres.

—Vale. Devuélvemelas. Lo he pasado bien, pero…

—No pasa nada. Quiero volver a ver al tío ese.

David no dijo nada.

—El tío ese, ya sabes quién digo, el tío del final. Se llamaba… Era el dueño de la casa. El lord. Me gustó. Fue el mejor. Un polvo fantástico. Quiero volver a verlo.

—Buena suerte —dijo David.

La autopista estaba despejada y no hablaron más. No había ni camiones ni autocares. Solo coches; iban todos muy separados, con mucha calma. A lado y lado, terraplenes verdes con árboles, larguiruchos e inútiles; y donde la carretera trazaba una curva, una vista lejana de páramos y nubes altas. Un cartel decía que faltaban cientos de millas para llegar a Londres, donde Mauro vivía; de la ciudad de David no decía nada. Durante unos instantes, David imaginó su piso desordenado y solitario, sin otra cosa que basura, tal como lo había dejado y tal como lo encontraría al volver. Transcurrieron treinta kilómetros de silencio; entonces Mauro puso un CD de dance. Estuvo sonando durante tres o cuatro minutos hasta que David descubrió que la música dance, del tipo que fuera, no le gustaba y que, en el fondo, nunca le había gustado. Apretó el botón y expulsó el CD. Mauro no dijo nada, pero apoyó la cabeza en la ventanilla con la cara vuelta hacia el paisaje.

Al cabo de otra media hora apareció un cartel que anunciaba una estación de servicio de la autopista.

—Voy a parar aquí —dijo David.

Mauro no dijo nada. David puso el intermitente, redujo la marcha y apagó el motor. Aunque en la autopista había poco movimiento, el aparcamiento estaba sorprendentemente lleno. Fue dando vueltas y luego, sin que le importara en absoluto, aparcó en una esquina, en

una de las plazas para discapacitados. David pensó que cuando los guardas llegaran a reprender al propietario del coche, solo se encontrarían con Mauro, que no iba a bajar.

—¿Quieres salir? —preguntó David.

—No. Me quedaré aquí y dormiré un poco. ¿Puedes dejar las llaves?

—¿Puedo dejar las llaves?

—Sí, así escucho música mientras tú estás fuera, ¿sabes?

—Tienes que estar de broma, de puta broma —respondió David—. ¿Crees que voy a dejarte las llaves del coche?

—Vete a la mierda —dijo Mauro—. No voy a robarte el coche, David.

Sin embargo, David se bajó del coche con las llaves en la mano. En los viejos tiempos —cuando sus padres y él iban de viaje, cuando era un niño—, esos lugares tenían su propia identidad. No podías confundirlos: el puente sobre la autopista de uno, el restaurante de pescado por el que el otro era famoso, la fachada de plástico azul del tercero. Ahora todos habían sido fagocitados por un corporativismo internacional uniforme. Dos logos coronaban el cartel de la autopista: el de una cadena de hamburguesas americana y el de otra de cafeterías. Fueran o no las propietarias del lugar, las franquicias ocupaban un lugar bien destacado a ambos lados de la entrada; los ventanales de marco rojo que se alzaban del suelo al techo habían sido pensados para ofrecer una alegre vista del aparcamiento a esas alegres familias que disfrutaban poniéndose moradas. Y, en efecto, algunas de esas mismas familias estaban poniéndose moradas de complejas combinaciones de azúcares y grasas sin reparar en la hora que era. A la derecha, la cafetería; a la izquierda, la hamburguesería; todo recto, la vandálica sinfonía de una máquina tragaperras y la lamentable selección de CD del minimercado. David dobló a la izquierda. El desayuno parecía ya muy lejano. Por un día, lo que fuera a comer le daba igual, no parecía revestir importancia alguna, y los artículos azucarados, avinagrados y rebozados en sal que relucían en las ilustraciones que veía sobre el mostrador parecían la opción perfecta para un reconfortante megatentempié de domingo a media mañana.

Pagó una hamburguesa, un cucurucho de patatas fritas y un catastrófico cubo lleno de un líquido de color vivísimo, y se sentó. Dentro de la caja, la hamburguesa y el panecillo no podían haber tenido un aspecto más espachurrado: una lengua gris entre dos panes que no recordaba en nada a la mullida imagen de la fotografía. A David le daba igual. Se la comió sintiéndose observado. «Aquí hay uno que tiene hambre», anunció desde la mesa de al lado una voz de Birmingham. David siguió comiendo sin apenas respirar entre bocado y bocado de hamburguesa, puñado de patatas y trago enorme de refresco; notaba en la boca lo asqueroso que era todo, pero no podía parar de llenársela, como si al hacerlo consiguiera mitigar alguna carencia de su boca, y siguió respirando pesadamente por la nariz mientras comía. Su mirada triste y vacía se perdió a lo lejos sin cruzarse con una sola de las miradas que lo rodeaban. Tenía la impresión de que mientras miraba y masticaba sin pensar iba volviéndose estúpido; quería parecer feo y repugnante y solitario a los ojos del mundo. No tardó en terminar la hamburguesa y en tener en la boca las últimas patatas; pensó que su madre se negaría a creer que hubiera sido capaz de dar tamaño espectáculo con esa comida tan ordinaria, barata y plebeya a esa hora, cuando no eran ni las once de la mañana. Y, masticando el último bocado, se levantó para pedir más.

Si el resto de clientes y los camareros antes se habían quedado mirándolo, ahora empezaron a darse codazos al verlo volver con una nueva bandeja cargada con otra hamburguesa, más patatas y otro gigantesco refresco con gas. Le daba igual. La primera hamburguesa solo le pareció deliciosa a posteriori; y eso lo entendió gracias a lo rápidamente que notó que la segunda le sobraba, por el modo en que formó un bolo resistente como de algodón que se expandió por su garganta bloqueándola. Lo pasó con mucha dificultad, entre náuseas; durante unos instantes, se quedó brevemente atascado y David pensó que nunca bajaría; durante unos instantes se preguntó si, en una situación límite, uno mismo podría aplicarse la maniobra de Heimlich. El esfuerzo de comer le había dejado la cara empapada de sudor y los dedos aceitosos y llenos de sal; notaba que estaba colorado, notaba el bombear y el golpear de líquidos calientes por

sus miembros y articulaciones. Odiaba a Mauro. No quería volver a verlo nunca más. ¿Cómo podía haber caído tan bajo como para darle a tamaña persona —tamaño ladrón, tamaña puta barata, tamaño… tamaño Mauro— la impresión de que podía haber sido su novio? Se embutió más comida seca, pesada y bañada en aceite en la boca orlada de grasa y sal mientras menospreciaba a Mauro, que esperaba fuera, en el coche.

Y al final ya no quedó más. Con descuido, se limpió los dedos en los pantalones de pana color cereza y se levantó. Notaba un dolor en el costado; una punzada. La palabra estaba pasada de moda, pero era la adecuada: como si le hubieran clavado un objeto punzante en el costado. Notaba el corazón que detonaba con los azúcares y las grasas y esa comida pesada que avanzaba renqueando quejumbrosa esófago abajo. Sabía que si volvía al coche, Mauro le propondría que antes de ponerse en marcha se metieran un poco de la cocaína de Sam y antes de llegar a Londres ya se la habrían terminado. Lleno de resolución, David se dirigió hacia el baño.

No había nadie rondando por ahí y los cubículos eran de esos tan prácticos, sin una franja abierta arriba o abajo para disuadir del consumo de drogas y de la práctica del sexo. Si alguna vez quisiera recomendarle a un viajero o un turista el mejor lugar para follar, esnifar y cagar con tranquilidad, este ocuparía el primer puesto. Y resultó que también tenía una estantería absurdamente útil sobre la cisterna. David pasó el dedo y se le quedó blanco: como había sospechado, no era el primero de la mañana en haber echado mano de un rápido reconstituyente en el baño de la estación de servicio. Sam había sido generoso: en el saquito había medio gramo largo. Bastaba para David, pero no para compartir. Lo vació un poquito, del ancho de una uña; vaciló y, después, pensando en Mauro y en su voracidad, volvió a verter casi la misma cantidad, y luego incluso un poquito más. Cerró bien el saquito y volvió a meterlo en el billetero —se sorprendió de lo rápidamente que podías pulirte medio gramo— y con una tarjeta de crédito y un billete de veinte libras trazó una pulcra raya de un codo de largo que esnifó en dos pasadas, fosa nasal izquierda y fosa nasal derecha.

Era un buen material y, casi al instante, David sintió la necesidad de cagar. Se desabrochó los pantalones y se sentó desplomándose en el asiento más rápidamente de lo que esperaba. Buen material. El corazón iba rebotando por la almohadillada caja torácica como una esponja mojada en plena volea. Buen material. Y se notó raro, tenía las extremidades frías, pero la cara y la cabeza le chorreaban de sudor. Se preguntó, y no por primera vez, si la cocaína le gustaría realmente como droga. Tendría que pasarse un buen rato sentado antes de volver al coche. Y, a decir verdad, tampoco sabía si tenía ganas de cagar. Si lo lograra se pondría bien, seguro. Pero era un buen material, detalle en el que no había reparado durante la víspera. Mauro mataría, pensó, mataría para llevarse a las manos un poco más de esa coca.

34

Mauro observó a Mister Popper mientras se dirigía a la estación de servicio a grandes zancadas. Comería algo y se pondría de mejor humor. Al cabo de un rato, cualquiera reconocería que Mauro había hecho lo que tocaba. La fiesta con los Osos había sido un extra inesperado, y ¿de qué se quejaba David? También se lo habían follado, ¿no? Mauro lo miró mientras entraba en el edificio. Qué lástima que no le hubiera dejado las llaves para que pudiera poner a Miss Platinum. Vaya un estúpido, pensar que Mauro iba a robarle el coche; estúpido y ofensivo y grosero, eso no era propio de alguien educado. Pero Mauro, a quien eso le traía sin cuidado, enrolló la sudadera para formar una cuña, la colocó entre la cabeza y la ventana y se quedó dormido al instante. Cuando volvió a mirar habían transcurrido veinte minutos. Mister Popper estaría comiendo para calmarse, supuso Mauro. Bostezó, rápido gesto felino, y se desperezó con un movimiento enérgico y brioso de todos sus miembros. Se acordó de que ese fin de semana la lotería europea venía con un bote récord y, durante unos minutos, se dedicó a pensar en qué se lo gastaría. Se compraría una villa en la Costa Esmeralda; se compraría una moto acuática; tendría un palacio en Roma, y un Ferrari, y un Rolls-Royce, y a su padre y a su madre les

daría cien mil euros a cada uno, y también le enviaría mil a Paolo Cricchetti. Tendría un amante alemán rubio de veinticuatro años eternos al que, en el día de su vigesimoquinto cumpleaños, cambiaría por otro entre llantos. Oh, sí: Mauro se comportaría como un auténtico cabrón. Tendría un sofá rojo en forma de media luna que ocuparía dos paredes enteras, uno que había visto en una tienda de muebles de Milán por veinte mil euros; no, en la habitación cabrían dos, sería un salón de dos alturas…

Al cabo de un rato la imaginación se agotó. «Y compraría un Tintoretto», se dijo, derrotado. Pero solo lo conocía por el nombre y por los tres cuadros que tuvo que estudiar en el colegio; no era capaz de imaginar qué aspecto tendría un cuadro que pudiera llegar a comprar. Mister Popper ya empezaba a exagerar. Mauro sacó el móvil y llamó a Christian, que tenía el buzón de voz activado, y entonces Mauro cayó en la cuenta de que, tal vez por primera vez, era domingo y estaba sobrio y despierto tras haber pasado ocho horas en la cama. Llamar a cualquier otro no serviría de nada. Revolvió en la guantera. Había una botella de agua medio evaporada y caliente de la que bebió y una bolsa de caramelos de goma de la que solo quedaba un tercio. Sacó los caramelos uno a uno, los despegó y los dispuso en orden: los rojos, los verdes, los naranja, los negros, los amarillos y los violeta. A Mister Popper, los negros —quedaban siete— no le habían gustado, mientras que los verdes y los rojos —solo quedaba uno de cada—, sí. Mauro probó uno negro: no estaba mal. Los puso sobre el salpicadero, en fila, como el material necesario para hacer un vitral. Si por lo menos David le hubiera dejado la coca… Habría sido un gesto simpático.

Mauro miró el móvil, llevaba tres cuartos de hora allí sentado. Era demasiado. Iba a salir a buscar a Mister Popper. Sin preocuparse por el coche, se bajó y dio un portazo sin tener cómo cerrar con llave. Entró en la hamburguesería, en la cafetería, en la sala de juegos y en la tienda. David no estaba en ningún sitio. Durante unos instantes pensó que tal vez David lo hubiera dejado allí y ya estuviera de vuelta en Londres o donde fuera que viviera. Pero aquello no tenía sentido. Y tampoco estaba en el baño porque el baño estaba cerrado. Un hombre de la estación de servicio con

pantalones azules y camisa blanca acompañado de un colega de semblante grave les decía a los clientes que desafortunadamente el baño estaba fuera de servicio, y aguantaba sus quejas airadas.

—No, lo siento, pero podría ir al de señoras —decía.

—¿Y qué ha pasado? —preguntó un hombre.

—Hay una persona gravemente indispuesta —dijo el hombre.

—Mi amigo entró hará casi una hora —dijo Mauro—. No lo veo por ninguna parte.

Los dos empleados de la estación de servicio se miraron.

—¿Qué aspecto tiene su amigo? —preguntó uno.

Mauro describió a Mister Popper tan francamente como le fue posible:

—Esta mañana llevaba pantalones rojos.

—¿Y se llama…? —preguntó el hombre.

Mauro no entendió la pausa del hombre y se quedaron ahí, contemplando el silencio.

—Oh. Se llama David. Es mi amigo.

—David… —Como esa vez a Mauro no le bastó la entonación para entender, el hombre tuvo que añadir—: ¿David qué? ¿Cómo se apellida su amigo?

Mauro se puso a pensar. Se trataba de una pregunta cuya respuesta, de eso estaba seguro, había llegado a saber. Pero en la práctica, nunca había habido ocasión para esa respuesta. ¿Qué debía decir?

—No lo sé —contestó por fin—. Yo le llamo David.

—Muy bien —dijo el hombre.

Y fue entonces cuando Mauro se dio cuenta de que, aunque los dos hombres llevaban pantalón azul oscuro y camisa blanca, uno era un agente de policía, en realidad. ¿Cómo no lo había advertido al instante?

—Su apellido no lo sé —volvió a decir Mauro—. Es mi amigo. Nunca lo he sabido. No creo que me lo haya dicho. Yo le llamaba...

—No sabe cómo se apellida —dijo el policía.

—¿Dónde está? —preguntó Mauro.

—Me gustaría que me acompañara.

Mauro le dirigió a la puerta del baño una mirada larga y penetrante, como si detrás pudiera ocultarse alguna solución a su situación, a su futuro y a su pasado; y en ese preciso momento, una agente de policía salió del baño de los hombres. Mauro alcanzó a vislumbrar el interior. Había un enorme bulto tumbado en el suelo sin ningún miramiento; tenía el torso y la cara cubiertos con lo que debía de ser una manta que dejaba al aire las perneras de los pantalones de ese escarlata vivísimo y, sin duda, único. ¿Qué había hecho Mister Popper… David? Pero al cabo de un instante, Mauro dirigió sus pensamientos a las llaves del coche del bolsillo de David y a la responsabilidad que iba a tener que asumir y a las dos mil cuatrocientas libras, de las que nadie sabía nada y por las que nadie iba a preocuparse, y a cómo coño iba a volver a su casa, y a todo ese *che cazzo*, todo ese cómo narices… Entonces la puerta se cerró detrás de la agente, y Mauro, en lo alto de las escaleras, entró en el despacho del gerente y se dispuso a contestar tan bien como pudo las preguntas que le hicieron sobre los allegados. Era la primera vez que oía esa palabra, y se la guardó para usarla en el futuro.

3 *To cocker* singifica mimar, malcriar. *(N. de T.)*

4 Se trata de frases sin sentido típicas del «japlish» o «engrish», una especie de inglés macarrónico hecho de traducciones o invenciones japonesas sin sentido. *(N. de T.)*

5 Los quesos a los que el autor se refiere son el Gorgonzola y el Red Leicester. *(N. de T.)*

6 La canción a la que se refieren es *Play That Funky Music*, de Wild Cherry. *(N. de T.)*

Segundo impromptu: Doscientos días

Desayunó y lavó los platos con mucho detenimiento mientras tarareaba una canción. Fuera hacía buen día. Desde la cima de la colina la vista alcanzaría más de cuatro kilómetros a la redonda fácilmente. La casa estaba escondida. Desde el sendero que recorría la cresta solo podía verse un pesado tejado de paja que habría que reparar; la superficie era verde y estaba llena de musgo y él sabía que estaba habitado por algunos animalitos. La casa se elevaba sobre el suelo como una seta. Casi nadie pasaba por el sendero. No llevaba a ningún lado, nunca lo había hecho. La carretera que atravesaba Hartswell, con su único pub y su lúgubre plaza, discurría por el otro lado de la aldea. No había motivo alguno, prácticamente, para subir hasta ahí arriba. Un par de veces por semana, no más, oía a algún desconocido caminar por el sendero. A la puesta del sol todo quedaba envuelto en una densa oscuridad. Cuando no había ni luna ni estrellas, se diría que te hubieran vendado los ojos.

La casa era vieja. Nadie sabía cuánto. Siempre había vivido allí, y antes que él, su padre. Había mantenido la casa en buen estado, la había reparado y repintado y enyesado siempre que había hecho falta. Cinco años atrás el ayuntamiento le había concedido una subvención para que cambiara las viejas ventanas de marco de hierro por unas buenas ventanas de doble cristal de PVC blanco. Ahora, con la carpintería de PVC y el aislante de la paja, la vieja cocina económica negra bastaba para mantener la casa caliente. De todos modos, él estaba acostumbrado al frío. El suelo de la cocina era de sólidas losas; estaban desgastadas y pulidas, por toda la gente que las había pisado: su padre y su abuelo, y todavía podría remontarse más atrás, de eso estaba seguro. No se había casado, naturalmente.

Es probable que la casa hubiera sido, en realidad, un conjunto de tres casas distintas: las familias se habrían casado y se habrían reproducido y habrían abierto boquetes en las paredes, y así, caprichosamente, las tres diminutas casas se habrían convertido en dos y luego en una. Las puertas tenían una forma y unas

dimensiones algo extrañas y se abrían a lugares inesperados. Tal vez las familias hubieran tenido que adivinar cuáles eran paredes maestras y cuáles solo tabiques. Hasta a él, que llevaba toda la vida viviendo en la casa, le costaba entender cómo encajaban las habitaciones. Entre algunas quedaban espacios vacíos, y en el piso de arriba había una sin ventanas a la que no podía entrarse directamente; solo podía usarse de trastero, y confería a las habitaciones adyacentes una forma difícil e inexplicable. De aquella casa podían deducirse unos espacios y unas formas desconcertantes.

Entró en la cocina y se puso a escuchar. No se oía nada. Tampoco lo esperaba. Las baldosas eran gruesas y pesadas. Se agachó sobre el suelo frío y apoyó un lado de la cabeza contra el suelo, como un piel roja tratando de oír caballos en la lejanía. Por la piedra le llegó un maullido apagado imposible de interpretar o de comprender, y cuando volvió a ponerse de pie el ruido se alejó hasta convertirse en reverberación, en una especie de zumbido en los oídos. En nada, quizá.

La víspera había ido al supermercado en Bideford, donde nadie lo conocía ni iba a fijarse en lo que compraba. Se había llevado fruta fresca —uvas, mandarinas, fruta para unos deditos pequeños— y un poco de queso, pan, jamón y encurtidos. Ya iría descubriendo lo que le gustaba comer. En la cocina, de pie, preparó un sándwich y volvió a meter en la nevera lo que había sobrado. Sacó un Petit Filou de frambuesa, era como un yogur, solo que más pequeño, y lo dejó al lado del sándwich, la mandarina y el vaso de agua apenas teñido de concentrado de naranja. Una comida caliente habría sido mejor; la próxima vez compraría sopa, ahora ya no la vendían en latas sino en cartones.

Levantar la baldosa tenía su truco; y también lo tenía identificar la que podía levantarse. Cogió una barra de hierro de la pared y haciendo palanca brevemente la levantó. El ruido del sótano fue aclarándose hasta convertirse en una voz de niña sin palabras que luego se detuvo, de golpe. La noche anterior le había apagado la luz para que pudiera dormir un poco; ahora se arrodilló y, pasando la mano bajo el borde de la trampilla oculta del sótano, volvió a encendérsela. Se levantó, fue a buscar la bandeja con la comida y

bajó esas escaleras de piedra cuya existencia todo el mundo ignoraba. Le hizo el amor a la niña. Volvió a subir sin la bandeja, cerró la trampilla y se fue a trabajar. Eran las ocho de la mañana de un jueves.

Al otro día era viernes. Cuando se levantó, caía una lluvia densa. Las nubes ocultaban el risco; se oía el ruido regular del agua que caía sobre el sendero y el retumbar del tejado de paja. Se bañó —como solía pasar cuando llovía, la caldera vibraba— y pensó en las tareas del día. Giraban entorno a doce caballos, y las dulces caras de *Molly* y *Sugar* se le aparecieron como si estuvieran acercándose por el prado de arriba de la señora F.

—Diablillo —dijo en voz alta acordándose de las travesuras de la semana pasada, cuando el caballo se encabritó y empezó a morder. Pero lo recordó con cariño. Había dejado que el agua de la bañera se enfriara, y se aclaró el pelo a toda prisa con la alcachofa que tenía acoplada al grifo—. Esto ya está mejor. Bien limpio.

No se había bañado desde el martes, convencido de que limpiándose con la manopla dos veces al día y bañándose dos veces a la semana le bastaría como le había bastado desde que era niño. Cuando estuvo seco, se puso una camisa limpia y unos pantalones de fin de semana.

«A ver a mi niña querida», se dijo.

Y después se dirigió al piso de abajo y levantó la baldosa. Bajó al sótano y le hizo el amor a la niña. Luego subió, le preparó un sándwich y se lo bajó con un poco de fruta y un Petit Filou de frambuesa. Fue a trabajar. Eran las ocho de la mañana de un viernes.

Al otro día era sábado. Había despejado un poco; ayer se había puesto perdido de barro, vaya que sí. Sobre el páramo, en lo alto, las nubes, como yates deslizándose sobre el azul empujadas por la brisa, corriendo por el cielo como descerebradas. Las miraba por la ventana de su dormitorio. Podría haber pasado el día entero mirándolas. Se vistió. Cogió los pantalones de pana marrones y la camisa del día anterior del cesto de la ropa sucia, una camisa de cuadros amarillos, marrones y verdes, una camisa de campo como Dios manda, habría dicho él. Lo había metido todo en el cesto de la

ropa sucia antes de acostarse. Algunos hombres que vivían solos se volvían unos dejados, dejaban la ropa tirada por cualquier sitio, pasaban una semana entera sin lavar los platos. Él no. No quería que nadie fuera a pensar que, ahora que su madre había muerto, no podría arreglárselas. Y nadie lo había pensado. Nadie se había ofrecido siquiera: él sabía cocinar, a su manera, al menos. Bajó la ropa sucia, pantalones y calcetines y un par de camisas. Más tarde ya pondría otra lavadora y el cesto de la ropa sucia quedaría vacío. Metió la ropa en la máquina, era nueva, una con programa de ahorro de energía que para lavar se tiraba el día entero. La vieja, la que su madre había tenido durante treinta años, solo tardaba hora y media. Llenó el cajetín del detergente, llevó el botón al programa D y el agua, a borbotones, empezó a inundar la lavadora. Casi nunca se resistía a la tentación de abrir el cajetín para ver cómo los chorros de agua arrastraban el polvo del detergente hacia el tambor. Los oídos volvieron a zumbarle. Era ella, bajo las baldosas, respondía a los primeros ruidos de la lavadora. No la había oído antes, cierto. Era la primera lavadora de la semana. Cogió la barra de hierro, que seguía en su sitio. Levantó la baldosa. El sonido no se apagó. Fue haciéndose más claro, lacerándole los oídos. Bajó al sótano y le hizo el amor a la niña. Luego subió, le preparó la comida del día y se la bajó: un sándwich y unas uvas para sus deditos, y un Petit Filou de frambuesa. Le gustaban, por lo visto. Tal vez probara uno él. Volvió a subir, cerró la trampilla de piedra y se fue a trabajar. «No hay descanso para los malvados», se dijo como todos los sábados laborables. Eran las nueve de la mañana de un sábado.

Al otro día era domingo. El domingo no trabajaba. La víspera, al final del día, se las había ingeniado para pasar por el supermercado. Estaba muy lleno, no quedaban mandarinas. Tenían clementinas, pero nunca le habían gustado, ni a él ni a su madre. «No sé por qué», recordaba que solía decir ella, «no me gusta cómo saben». Compró ciruelas. Se acordó de coger sopa y algunos platos preparados que solo haría falta meter en el horno. La sopa podría dársela a beber de una taza. La comida preparada tendría que comerla con los dedos cuando se hubiera enfriado un poco. No podía darle ni cuchillo ni tenedor. Pero a la niña iba a gustarle igual. Se la

reservaría para la noche; no, para el domingo a mediodía. Durante unos instantes, se imaginó con la niñita, sentados cada uno a un extremo de la mesa de la cocina con un ganso asado entre los dos; ella llevaría un vestido blanco bien limpio y dos trenzas, sería toda una niña a la antigua usanza, y aplaudiría, contenta por la comida y por estar con él. Estaría muy guapa. Pero luego recordó que la única ropa que tenía eran los tres chándales que le había comprado la semana pasada en un hipermercado, en el Asda de Exeter; había tratado de adivinar su talla y había acertado bastante. Uno tenía la chaqueta blanca con un Pierrot de purpurina, la del otro era rosa con un hada en la pechera y la del tercero era verde con un arco iris. Los pantalones hacían conjunto: blanco, rosa y verde. El chándal que llevaba ahora era el rosa, lo había llevado una semana entera. Bajó al sótano y le hizo el amor a la niña. Luego subió y le preparó un sándwich de beicon, él también desayunaba uno todos los sábados. Cerró la trampilla del sótano; como no tenía que ir a trabajar, se sentó y se pasó todo el día viendo la televisión. Vio el show de Andrew Marr y un magazine de cocina y dos episodios de *Friends* y el especial semanal de *EastEnders* y *Colombo* y una película que se titulaba *Tiroteo en Medicine Bend*. Cuando anochecía volvió a llover.

Al otro día era lunes. Se levantó y bajó al sótano y le hizo el amor a la niña. «De galanteo», se dijo mientras bajaba las escaleras. Luego se fue a trabajar. Cuando salió ya eran las ocho. Se preguntó qué le dirían.

Al otro día era martes, y antes de bañarse o de cualquier otra cosa se fue derecho al sótano, encendió la luz y bajó con unas sonoras pisadas. La niña estaba sentada al borde de la cama. Él se lo había dejado todo bien bonito, tenía un nórdico y un cojín con funda, y como en el sótano podía hacer frío, un calentador eléctrico fijado a la pared, para que lo encendiera si quería. Hasta había retrete y lavabo. Los había instalado él mismo. Ella lo miraba mientras bajaba sin sacarle los ojos de encima. Él no sabía qué significaría su expresión.

—Te odio —dijo ella.

—Lo siento.

—Te odio más que a toda la gente que he conocido. ¿Dónde está mi mamá?

—Tu mamá —repitió él. Odiaba que le preguntara por su mamá; odiaba la palabra, ese asqueroso acento americano que salía de su boca—. De eso ni hablar. Tienes que aprender que no puedes volver a hacerlo. No puede volver a pasar.

Lo miró con expresión aburrida. Él se señaló la cara, donde tenía un rasguño doble muy largo que iba del rabillo de un ojo a la comisura de los labios. Le había tenido que contar a la señora F. y a los demás el cuento de que se había enredado en un alambre de espino.

—Si vuelves a hacerlo —continuó él—, las cosas van a ponerse muy feas para ti. ¿Entiendes? —Ella lo miró con esos ojos estúpidos que a veces ponen los perros que han escondido algo o se han comido algo o han estado peleando—. ¿Entiendes? Tienes que entender.

La niña asintió por fin. Él se alegró. No quería hacerle las cosas más difíciles. No quería tener que bajar al sótano con un cuchillo enorme en la mano, no quería llegar a eso. Pero subió sin hacerle el amor a la niña, ella no se lo merecía, y se marchó al trabajo sin darle de comer, porque eso tampoco se lo merecía. Eran las ocho de la mañana de un martes.

El miércoles por la mañana se levantó pensando que era martes. No entendía por qué tenía esa sensación tan acusada. Y cayó en la cuenta de que olía. Ese martes no se había bañado. No sabía por qué. Olvidarse de su baño del martes y del viernes no era propio de él. Siempre se había bañado esos dos días. Se levantó y se bañó. La noche anterior, cuando por fin le bajó comida caliente, estuvo bastante agradecida y callada. Pero él no pasó mucho rato abajo. Esa mañana se sentía indulgente. Hacía un precioso día de sol. Sobre el páramo se veían las alondras que ascendían y caían en picado; sus trinos descendían sobre el páramo desde lo alto mientras surcaban las corrientes térmicas. Se dispuso a llenar la bañera, hasta le echó espuma de baño; era la de su madre, en realidad, un bote gigante que ella no había terminado y que él casi nunca usaba pero que seguía teniendo en el baño. Quería ponerse guapo para la niña.

Cuando se hubo secado y vestido, le preparó un buen desayuno en la bandeja, con los cereales que le había comprado en el Sainsbury's de Bideford. Les habría añadido la nata de la leche, pero ahora la leche venía en cartón. En la superficie de la leche ya no se formaba esa nata que le daban de pequeño en ocasiones especiales y que su madre le reservaba. Y le hizo unas tostadas y se las untó con mantequilla y mermelada de fresa, para que no tuviera que molestarse con el cuchillo ni nada, y hasta le llenó un vaso de papel con zumo de naranja que tenía en la nevera. Era su modo de pedir perdón, de pedirle amablemente que fuera buena con él. Subió con la bandeja vacía, cerró la trampilla del sótano y se fue a trabajar. Eran las ocho de la mañana de un miércoles.

—Si me prometes que no te escaparás ni tratarás de hacerme daño —le dijo a la niña a la mañana siguiente—, si me lo prometes, te dejaré que subas y te bañes. ¿Te gustaría? Pero primero tienes que prometérmelo. Tienes que hacerlo: si no, no te dejaré.

—Me da igual —era jueves por la mañana—. Me da igual bañarme o no bañarme. ¿Dónde está mi mamá? Te matará. Te matará, en serio, con un cuchillo. Lo hará. Tú no conoces a mi mamá.

—¿No te gustaría darte un baño? —le preguntó.

—Me da igual. No quiero bañarme en tu bañera.

Estaba empezando a impacientarse. La niña tenía que bañarse. Él había creído que podría lavarse bien en el sótano, con una palangana, manopla y jabón. Pero seguía sucia. Se había esforzado por dejárselo todo bien bonito; hasta había bajado un cuadrado de moqueta, agradable y calentito para andar descalza, la vieja moqueta de flores del cuarto de invitados que su madre había cambiado cuando reformó la habitación pensando en abrir una casa de huéspedes.

—Muy bien —dijo él.

Y le hizo el amor a la niña.

Subió y le preparó un sándwich…, un sándwich a disgusto, sin preocuparse por que las tajadas de queso hubieran quedado demasiado gruesas y mal cortadas, sin molestarse siquiera en extender la mantequilla por las dos rebanadas, y añadió una cucharadita de encurtidos y un vaso de agua. Dispuso un Petit Filou

de frambuesa en el plato, al lado del sándwich. Había probado uno. No le había gustado. Sabía a tiza. Se lo bajó. Luego se fue a trabajar. Eran las ocho de la mañana de un jueves.

Al otro día era viernes por la mañana. Todo estaba patas arriba, y como esa semana se había bañado más tarde de lo normal, ahora no le apetecía darse un baño. El viento ululaba entre los árboles, llegaba del páramo como un torrente de aire que se hubiera desbordado. Muy decidido, se puso un jersey viejo y unos pantalones. Fue al baño y se dispuso a llenar la bañera. Descalzo, bajó por las escaleras. Encendió la radio. Terry Wogan hablaba de sus amigos imaginarios; subió el volumen casi al máximo. Se acercó a las ventanas de la cocina que daban al sendero y corrió las pulcras cortinas amarillas. Levantó la trampilla de piedra; el olor en el que había reparado la víspera era hoy todavía más intenso. Bajó y sin decir palabra cogió a la niña, le pasó los brazos por la cintura para levantarla. Ella echó a gritar y a dar patadas hacia atrás como pudo, pero él ya estaba acostumbrado a las coces de los animales y subió las escaleras con ella separando bien las piernas. Ella volvía la cabeza tratando de morderlo donde fuera posible, pero la tenía bien sujeta, no alcanzaría a llegar a ningún lado. Los gritos de la niña, el violento temblequeo de la vieja caldera en el piso de arriba, Terry Wogan, que seguía parloteando sobre sus oyentes y sus mascotas y sus guantes de jardín, todo aquel ruido era inusual en la casita. Pero nadie andaba cerca, nadie podía oírlo.

—¡Vete a la mierda! ¡Vete a la mierda! —gritaba la niña, y él se escandalizó como la primera vez que la había oído decirlo.

La llevó arriba, donde todavía no había estado, y la metió en el baño. La bañera estaba bastante llena y, forcejeando, le quitó la parte de arriba del chándal y luego la parte de abajo. No llevaba ropa interior: eso ya sería demasiado. Hubo más gritos y más forcejeos y otra tentativa de mordiscos y patadas, pero consiguió meterla en el agua. El agua nunca se calentaba demasiado con aquella caldera, y la frotó bien y la aporreó con el jabón, con el que le lavó el pelo tan bien como pudo mientras ella se revolvía y giraba y daba cabezazos. Con los puñetazos y los empujones y los mordiscos de la niña, la alcachofa de la ducha salpicó todo. Parecía

que estuviera lavando a un animal que temiera al agua, que la temiera por naturaleza. Pero al fin terminó todo y, callado, dejó caer encima de la niña una toalla de baño color verde salvia y se puso a secarla, frotándola y sujetándola al mismo tiempo. Le faltaban manos. De repente tuvo la impresión de que la niña se tranquilizaba, de que iba a dejar que siguiera secándola. Él se detuvo; bajó la guardia; cometió un error. Ella se abalanzó sobre él y algo en su mano brilló: había cogido, a saber cómo, unas tijeritas para las uñas, pero él la agarró del puño y, apretando, la obligó a soltarlas. La niña dejó escapar un grito de dolor.

—Vaya estupidez —dijo él.

La llevó abajo envuelta en la toalla verde salvia, aullando y revolviéndose, y siguió bajando hasta el sótano. Allí le hizo el amor a la niña. Después de dejarle un sándwich y una pieza de fruta, fue a trabajar. Eran las ocho de la mañana de un viernes.

Al otro día era sábado por la mañana. Se sentía derrotado, agobiado por sus obligaciones, en deuda, como si la pequeña que tenía ahí abajo fuera un libro de la biblioteca que no hubiera devuelto. Se bañó: pensó que podría cambiar los dos días de su baño. Luego bajó al sótano.

—¿Por qué lo haces, esto? —preguntó la niña a gritos en cuanto abrió la trampilla—. ¿Dónde está Marcus? Marcus no te dejaría que lo hicieras. Quiero ver a Marcus. A Marcus lo conoces. Es el hermano de Ruth. Quiero a mi mamá.

Él tenía todas las respuestas, pero las dejó para otro día. Ese no tenía que trabajar. No tenía turno. Le hizo el amor a la niña y luego le preparó algo de comer. Se sentó y se puso a ver la televisión; cuando empezó a notar una especie de zumbido en los oídos subió el volumen. Vio *La cocina del sábado* y *El cazador de cocodrilos* y dos episodios de *Friends* y una película que se llamaba *Solo los tontos se enamoran*.

Al otro día era domingo. Bajó al sótano enseguida y le hizo el amor a la niña. Después, en vez de subir sin decir nada, se quedó ahí parado.

—Marcus no va a venir a buscarte. Marcus te vendió. Hace diez años que lo conozco. Nos enviábamos fotografías y a veces nos

veíamos para hablar. No muy a menudo. Y yo te compré. Marcus te vendió por mil libras. Yo se las di y luego las recuperé. Pero no vendrá a buscarte. Y tu mamá está en la cárcel. ¿Sabías que tu mamá está en la cárcel? Por querer fingir que se te habían llevado las hadas cuando en realidad estabas con Marcus. Y tu mamá lo sabía. Lo había planeado todo con Marcus, ¿verdad? Pero tu mamá no conocía a Marcus tan bien como pensaba. Hizo una buena tontería. Una tontería grandísima. Y por eso se merece que la hayan metido en la cárcel. Y también es culpa tuya. Porque tú podrías haber dicho algo, haberte escapado para buscar a un policía. Pero ahora no puedes. ¿Quieres saber qué le ha pasado a Marcus?

Ahora la niña lloraba y meneaba la cabeza. No quería saberlo. Él se marchó arriba y le preparó un sándwich. Habría querido ir al trabajo, pero era domingo por la mañana.

Salió en coche, el viejo coche de su madre, un Fiesta rojo, y estuvo tres horas dando vueltas. Al cabo de un rato, el coche corría por una carretera principal; después, por una secundaria, y más tarde, por otra más secundaria todavía. Los márgenes estaban llenos de musgo verde de tonalidades claras y oscuras que recordaba a almohadones mullidos, a un desbordante revoltijo de color. Quién iba a querer flores pudiendo contemplar un musgo tan húmedo y cálido. Era tan bonito, todos los verdes del musgo del bosque. La carretera llegó a una zona de descanso donde cabrían tres o cuatro coches aparcados; en el extremo norte, una verja de fresno cerraba el paso al páramo. Se bajó del coche y cruzó la puerta, que cerró bien a sus espaldas. No andaba nadie por ahí. Vio el nombre del lugar: Scorhill. Le sonaba. Se preguntó dónde lo habría oído. Allí en el páramo, la hierba estaba muy rasa, comida por las ovejas, los conejos cuyas cagaditas negras como canicas pegajosas lo cubrían todo, y los rechonchos ponis del otro lado del muro de piedra; uno se rascaba el culo contra un árbol triste y raquítico. Cuando iba al colegio, los niños decían que allí, justo detrás del muro, había un sitio donde crecían setas mágicas; pero él no sabía ni qué eran exactamente esas setas mágicas ni qué hacían. La colina se elevaba como si quisiera llegar al cielo, esperando a que alguien subiera por ella; la tierra empapada rebosaba agua y regalaba nuevos charcos bajo

cada pisada. En algunos trechos podía ir saltando de una piedra de granito a la otra: estaban dispuestas como pasaderos en la tierra dulce y mojada. Bajo la cima de la amable pendiente, un torrente de tojos de flores amarillas. Y se acordó de por qué le sonaba el nombre de Scorhill; a sus pies tan solo había una inmensa extensión de páramo moteada de amarillo y marrón y verde. Más allá no se veía nada que pudiera considerarse civilización: ni casas ni aldeas ni mansiones, tan solo una plantación de árboles y un puente rudimentario que cruzaba un riachuelo. A su alrededor se desplegaba el paisaje. Se vio rodeado por el horizonte como si estuviera ocupando el centro de un cuenco gigantesco. Por qué el horizonte no se comportaría siempre así, no lo sabía. Arriba, en el cielo, las alondras cantaban y descendían en picado y brincaban en el aire azul donde se hacinaban nubes y otras bandadas de pájaros… ¿Quién lo sabría? Los druidas habían estado allí. A sus pies, en el centro de ese cúmulo de naturaleza y perfección imprevista, se alzaba —o reposaba— un círculo de piedras, y la hierba que crecía entre ellas parecía la pista de una bolera, de lo corta y cuidada que estaba. Siempre había estado ahí; los druidas de antiguo, la gente de antiguo, ellos sabían lo que hacían cuando dijeron «Aquí…». El círculo de siete metros capturaba el horizonte, el alba y el crepúsculo, el olor y la luz del lugar. Él ya había estado allí. Se alegró de haberlo visto de nuevo. Hacía un día realmente precioso.

Libro tercero: Nada que temer

Die Andern lachten
Und gingen vorbei.
Wir aber dachten
Wie schön es sei:
So still zu gehen
Durch's freie Land
Im Abendwehen
Und Hand in Hand.

John Henry Mackay

1

Al primer tintineo del despertador, Hettie se incorporó en la cama tiesa como un suricato y lo acalló empujándolo hacia abajo. Eran las cinco de la mañana. Fuera, apenas un debilísimo rastro de luz, como una película antigua y oscura.

Ya estaba vestida. Se había acostado vestida. Lo único que tenía que hacer era ponerse los zapatos, primorosamente alineados al lado de la cama. En el suelo tenía una bolsa de la compra y un barreño azul que había cogido de la cocina justo antes de subir a acostarse. Hettie sacó un bote de aguarrás de debajo de la cama; también lo había cogido, esta vez del armario de debajo de las escaleras. ¿Para qué serviría ese bote polvoriento? No tenía ni idea. Lo colocó en el barreño con mucho cuidado. De la hilera de muñecas, en las que a la luz mortecina de la mañana no se adivinaba expresión alguna, escogió a Pornografía Infantil, la que tenía el cabello más rizado y hacía de juez cuando el juego lo requería. Hettie lo sentía, pero tendría que despedirse de ella esa misma mañana. Sería el cadáver perfecto para un funeral vikingo. También terminó dentro del barreño seguida por una caja grande de cerillas de cocina.

Y por último, Hettie cogió de la mesilla de noche su posesión más preciada, su alfiler de sombrero. Lamentaría despedirse de él, más que haberse despedido de Pornografía Infantil. Pero lo había comprado y durante un año entero lo había llevado encima y lo había dejado en la mesilla de noche y se lo había llevado al colegio en la mochila. Ahora tenía a Michael y el alfiler de sombrero ya había cumplido su función. También lo metió en el barreño azul. Había dispuesto todos los objetos juntos con mucho cuidado. Metió el barreño en la bolsa de la compra reutilizable. Y lo hizo en la penumbra del alba. No había querido despertar a sus padres encendiendo la luz.

Pero mientras bajaba por las escaleras, debió de hacer algún ruido.

—¿Qué estás haciendo, Hettie? —preguntó la voz de su padre desde el dormitorio.

—Nada.

Bajo la pregunta adormilada de su padre, el ruido familiar y, sin embargo, irritante de los ronquidos de su madre. Dentro-fuera, dentro-fuera, como un aspirador con una fuga.

—¿Adónde vas…? —dijo su padre con una voz plana que volvía a dejarse vencer por el sueño y apenas requería respuesta.

—A ningún sitio —respondió Hettie sin dejar de bajar las escaleras.

Habría podido decir «a mirar pájaros»; tenía la excusa lista para cuando volviera a casa un poco antes del desayuno. Pero ahora, en marcha rumbo al funeral vikingo con el que estaba a punto de honrar a Pornografía Infantil, no hacía falta respuesta. Le había dicho a su padre «a ningún sitio», y salió de casa con la bolsa y su trágico contenido.

A esa hora de un domingo por la mañana no había nadie levantado. No se oía un ruido ni en el puente de la autopista que pasaba sobre el estuario. El canto remoto de un pájaro, un mirlo, tal vez, eso era todo. A lo lejos, el cielo iba clareando como tinta en la que alguien hubiera vertido agua. Curioso, cómo en uno de los extremos del día, cuando cae la noche, andamos con un poco de miedo por las calles. (Por eso Hettie se había comprado el alfiler de sombrero, por todos los violadores y pedófilos y secuestradores que rondaban por las calles de Hanmouth.) En el otro extremo del día —esto es, AHORA—, a nadie le entra miedo por nada, aunque en el cielo debe de haber la misma luz, más o menos. Hettie se dirigió a paso vivo al muelle, dejó atrás la tienda de antigüedades y un autobús parado, oscuro y abandonado a la espera de que el conductor del domingo por la mañana lo rescatara para el primer viaje del día. Bajó por Ferry Road, pasó por el varadero —parecía lleno de matorrales, con sus delgados mástiles al aire— sin pararse a leer los anuncios de motoras y remolcadores protegidos por la vitrina de armazón azul. No tardó en llegar al embarcadero. Había docenas de patos con la cabeza bajo el ala, igual que setas.

Una vez al mes, Miranda y Kenyon compraban religiosamente en el quiosco un folletito amarillo que se llamaba *Tabla de mareas*. Considerarían que, viviendo a orillas del estuario, deberían saber cuándo estaba alta o baja. Lo guardaban en la estantería del vestíbulo y lo reponían mensualmente. Hettie pensó que sería el primer miembro de la familia que lo habría cogido para leerlo con algún propósito. Al cabo de media hora ya había calculado que la pleamar sería a las cinco y media de la mañana de ese domingo. Llevaba semanas esperando a que llegara el momento adecuado. Y allí estaba, perfecto para un discreto funeral vikingo. El estuario estaba en pleamar; el embarcadero descansaba sobre el agua como si fuera una lengua.

Vació la bolsa sobre el embarcadero y dispuso su contenido en fila. Se puso en cuclillas. Primero plegó la bolsa en cuatro y la aseguró con el alfiler de sombrero. La metió en el barreño. Luego Hettie abrió el tapón a prueba de niños del aguarrás. Era un mecanismo que dominaba desde pequeña. Abrir los cierres de seguridad siempre se le había dado bien. Miranda solía decirle «Niña, ven a abrir este frasco a prueba de niños», el de las aspirinas o el de Valium o de lo que fuera. Le parecía gracioso.

Hettie vertió el aguarrás sobre la bolsa de yute hasta dejarla bien empapada. En el barreño quedó un centímetro y medio de líquido. Cogió la muñeca.

—Adiós, Pornografía Infantil —dijo, y pensó que podría darle un beso—. Has llevado una vida generosa… —Y se detuvo, el responso tocaba más adelante.

A Pornografía Infantil se le daba muy bien lo de quedarse sentada bien derecha. Por eso hacía de juez. Ahora Hettie la sentó tiesa en el barreño con las piernas estiradas; pensó también en dejarla con los brazos extendidos hacia fuera en un desesperado gesto de súplica.

Hettie acercó el barreño al agua y al hacerlo molestó a los patos. Las pequeñas setas dejaron a la vista cabezas y patitas asombrosamente adormiladas, y se echaron a graznar y a andar unos pocos pasos molestando a otras setas hasta que volvieron a quedarse inmóviles.

Llevaba el barreño en actitud muy solemne; al inclinarlo hacia un lado y luego hacia el otro, el líquido empapaba el vestido de flores azules y blancas de Pornografía Infantil. Dejó el barreño sobre las piedras, medio sumergido, y dio media vuelta para ir a coger las cerillas.

—Ve con Dios, mi niña —dijo—. Ve en paz y, al marchar, recuerda tus hazañas. Todas. Ve con Dios, ve con Dios.

Entonces Hettie encendió una cerilla y la dejó caer en el barreño. Había imaginado que dejaría escapar un débil parpadeo azulado como el que se ve en los bizcochos de fruta confitada que flambeaban en Navidad, pero el barreño echó a arder con un *buuf* muy satisfactorio. Ante un estallido, entre revoloteos y graznidos, las aves acuáticas alzaron el vuelo y echaron a correr desesperadas. Nunca las habían despertado así, con olor a plástico quemado y plumas chamuscadas. Hettie cayó en la cuenta de que llevar un palo para empujar el barreño en llamas hacia la corriente habría sido lo más sensato. Al cabo de unos segundos las llamas empezaron a apagarse, pero, con un diestro puntapié, el barreño quedó flotando en el agua sin dejar de arder. Junto al embarcadero las aguas apenas se movían, y la nave fúnebre fue girando en la corriente sin ton ni son.

—Ve, idiota —dijo Hettie.

Y entonces al barreño debió de arrastrarlo la corriente, porque empezó a moverse. El pelo de Pornografía Infantil echó a arder. Se veía precioso, cada mechón era una pequeña lengua de fuego que siseaba y se retorcía en el aire, se desprendía y se elevaba en la mañana como una oración. Tenía el vestido en llamas; tal vez se le estuviera derritiendo la cara.

La nave fúnebre se dirigía al centro del estuario con su cargamento de llamas y la estoica muñeca suplicante en el centro. Un buen efecto, el de la hoguera que flotaba en la mortecina luz del alba. Como había planeado, Hettie empezó a entonar lo que recordaba de la marcha fúnebre de Sigfrido. «¡*Bam-bam! ¡Bam ba-baam! ¡BAA-bam-bam-baaa-bam! Da-daa-dit-daa-didi DAA...*!», cantaba mientras corría entre jadeos de vuelta a la carretera. Había pensado en rezar una oración por la difunta, pero estaba claro que

correr siguiendo la pira que arrastraba la corriente sería más divertido.

Flotaba mientras las llamas se elevaban hacia lo alto y la muñeca permanecía sentada, impasible, Ferry Road abajo por el muelle; Hettie corría a su lado hacia el principio del Strand. La humareda iba subiendo negra y maligna. Hettie confiaba en que siguiera estuario abajo hasta mar abierto. Pero sobrepasado por las llamas, el barreño flotante se hundió en el agua: como si estuviera borracha, Pornografía Infantil, pelona y carinegra, se precipitó en la corriente. El calor debía de haber consumido el fondo del barreño.

—Niña —declamaba Hettie de pie en el arriate del jardín que quedaba frente del número diecisiete, el de los Lovell, esos que correteaban desnudos—. Niña, tuviste una vida valiente y una muerte noble. Te despedimos como a una heroína, como merecías. Juzgaste a muchos, ahora eres tú quien debe ser juzgada. —Hettie se preguntó si, después de todo, podría entrar a rescatar el alfiler de sombrero cuando la marea estuviera baja. Descartó la idea por poco digna—. ¡Ve con Dios! ¡Te lloramos, y lloramos también a ese hombre que murió… —No se acordaba de cómo se llamaba—, al general, y a la niña que tuvo una muerte heroica! ¡Ve con Dios! ¡Ve con Dios!

En la corriente, un objeto, retorcido, renegrido y derretido iba girando en la marea. Parecía enganchado a algo. Hettie miró el reloj: eran las seis, empezaba a salir el sol. Desde el momento en que había comenzado hasta el final, ni un alma había presenciado parte alguna del funeral vikingo. Habían estado durmiendo.

2

Los cuatro despachos de las cuatro esquinas del edificio de la universidad estaban disputadísimos. Eras los más grandes y tenían dos ambientes. Algunos de sus ocupantes habían logrado colar un sofá y una mesita de centro para dejar patente la superioridad de su jerarquía. Los despachos de la fachada principal daban a los inmaculados jardines de la universidad, acres arbolados, minúsculos lagos con falsas esculturas renacentistas que escupían chorros de

agua y relucientes matas de erica que en esos días empezaban a dar flores rosas, púrpuras y blancas. Los jardines estaban en su mejor momento. Durante los dos últimos años habían sido objeto de arreglos sustanciales, y los padres de los alumnos potenciales solían dedicar comentarios de aprobación a su cuidadísima belleza. La contratación de otros doce jardineros con los fondos que el cierre del Departamento de Química había liberado había surtido el efecto deseado. Desde la ventana de su despacho, segunda planta del edificio, a mano izquierda, el jefe del Departamento de Inglés contemplaba los jardines de la universidad. Así se relajaba: se olvidaba de los libros y de la literatura, para variar, cosas que con el paso de los años había terminado detestando; y se olvidaba de Miranda Kenyon, también para variar.

Miranda Kenyon estaba sentada en el sofá del jefe del departamento, quien le había pedido que fuera a verlo por un asunto delicado, y en ese preciso momento estaba leyendo el asunto delicado. El jefe del departamento no tenía ninguna duda de que se trataba de una colega difícil y problemática cuyo comportamiento no podría describirse como universitario. Era mayor que él, pero eso no le daba derecho alguno a llamarle «Benjamin», «Benjy», «Mi queridísimo Benny» o, según le habían contado, «Cliff». A decir de algunos, Benjy tenía un atractivo juvenil, eso era innegable; la expresión había salido en varios testimonios verbales sobre su encanto, como a él le gustaba llamarlo. Con todo, Miranda no tenía por qué comentarle en una reunión de profesores, delante de veinte colegas, que le agradecería que se abstuviera de soltar risitas reflexivas cada vez que terminaba una frase porque se temía que iba a terminar con dolor de cabeza. Al jefe del departamento, el comentario le había parecido claramente hostil. En todo caso, el jefe del departamento se enorgullecía de imprimir buen humor y cierta calidez a las reuniones que dirigía. Referirse a migrañas causadas por su buen humor y su calidez era algo decididamente hostil. El jefe del departamento observó a Miranda: estaba sentada, algo colorada por el esfuerzo de subir las escaleras, y daba la impresión de sonreír con franco desagrado.

—Miranda —dijo el jefe del departamento.

—Sí, Benjamin —respondió ella apartando la vista de la carta con placer y sorpresa fingidas.

Podría haber sido una investigadora enfrascada en su trabajo que aceptara encantada la distracción que le ofrecía un conocido.

—Dejaré que termines.

—Todavía no había terminado, cierto.

Volvió a dedicarle toda su atención a la hoja de papel. El jefe del departamento podría haber jurado que ya había terminado de leerla y que en ese momento solo la contemplaba esperando poder anunciar que había terminado. Para tenerlo esperando.

—Y ahora ya he terminado de leer —dijo Miranda quitándose las gafas y dirigiendo a Ben una mirada afectuosa y amable; vaya follón estaba montando el jovencito, parecía decir su expresión—. Entiendo perfectísimamente por qué querías verme, Benjamin.

—En fin, supongo que debería preguntarte si das por buena la versión del señor y la señora Warren sobre la carta que les enviaste. ¿Les escribiste una carta así?

—Así… —Miranda volvió a ponerse las gafas para mirar la carta otra vez—. Vaya por Dios. Sí, es más que probable. Pero ¿te parece que empecemos por el principio, Benjamin?

—Tal vez debiéramos —dijo Ben, derrotado.

—Me dijeron que tanto las faltas de asistencia de Sophie Warren a mis seminarios como su bajo rendimiento se debían a problemas familiares. Me lo dijo ella misma. La presioné y me contó que sus padres estaban atravesando gravísimos problemas en su matrimonio que estaban afectando a sus estudios. Y eso me preocupó, naturalmente.

—Naturalmente. Así que les escribiste una carta a sus padres.

—Les escribí una carta a sus padres, como puedes ver.

—Y ellos han contestado. Bien, ya puedes comprobar qué han contestado. Me han escrito a mí, como puedes comprobar, y no a ti.

—Sí, y eso no lo comprendo. No sabría decirte por qué han hecho una cosa así. Es casi una grosería, diría yo.

—Dicen que no saben por qué crees que van a divorciarse. Que son felices, que quieren a su hija, que no entienden qué tiene que

ver el blablablá... La verdad es que parecen bastante enfadados. Ja, ja, ja, ja.

—Bueno, eso puedo entenderlo. Yo también estaría enfadadísima si mi hija fuera por ahí diciendo que nos divorciamos si no es verdad. Estaría furiosa.

—No. Están furiosos con nosotros. —Ben volvió a reír alegremente; luego se acordó del comentario de Miranda sobre las frases que remataba con una risita y se detuvo en seco.

—Ya veo —dijo Miranda, y sonrió como una alumna aprendiendo la lección.

—No puedo dejar de pensar —continuó Ben—, no puedo dejar de pensar en que tu comportamiento podría interpretarse como poco sincero.

—Tienes todo el derecho del mundo a pensar lo que quieras —dijo Miranda—. Tu pensamiento te pertenece. Nunca se me pasaría por la cabeza negarle a nadie el derecho a expresar lo que piensa.

—Miranda —continuó Ben. Aspiró profundamente. Miró el jardín. Tres jugadores de lacrosse estaban ayudando a subir por la colina a un tercero cuyo brazo se veía bien roto; parecían las indefensas estaciones de *Una danza para la música del tiempo* de Poussin—. Miranda, cuando un estudiante que falta a clase dice que su abuela ha fallecido o que tiene la enfermedad del beso o que sus padres están atravesando un divorcio muy traumático… ¿sueles creerle?

—Ben —contestó Miranda—. ¿Estás diciendo que cuando los alumnos nos cuentas esas cosas deberíamos tomarlos por mentirosos? No creo que mi conciencia me lo permitiera.

—No. Eso no es lo que te estoy diciendo. Pero me pregunto si había necesidad de enviarles a los padres de una alumna irresponsable una carta de condolencia pormenorizadísima en nombre de la facultad transmitiéndoles nuestra preocupación por su divorcio.

—Y rogarles encarecidamente que no dejen que sus problemas familiares afecten el rendimiento de su hija. Ahí es donde debemos empezar a preocuparnos, sin duda. ¿No te parece preocupante? ¿Benjamin?

—Ben.

—¿Decías, Benjamin?

—Prefiero que me llamen Ben —insistió él.

Había tratado, sin éxito, de encontrarle a Miranda algún diminutivo para su nombre. ¿Randy? ¿Anda? ¿Mira? Pero ni siquiera caería en que se estaba dirigiendo a ella.

—En cualquier caso —dijo Miranda—, los estudiantes siempre exigen más horas de visita, más supervisión, más interés por sus asuntos. Decidí ser amable y ayudar a la señorita Warren manteniendo un contacto más estrecho. ¿No es eso lo que tan encarecidamente nos rogáis que hagamos?

—Así que les mandaste esta carta.

—Esta no —dijo Miranda devolviéndole la carta a Ben—. Esta carta es del padre de la señorita Warren, por lo visto. Me parece que la que yo mandé todavía la tiene él. Benjamin.

Miranda la había leído y él la leyó otra vez. Parecían haber llegado a un punto muerto.

Al cabo de diez minutos, Sukie, que estaba parada delante del tablón de anuncios del Departamento de Alemán examinando la lúgubre afirmación de que aprender alemán podía ser divertido, se sobresaltó cuando Miranda abrió de un empujón una puerta doble entonando «Dontcha Wish Your Gilfriend Was Hot Like Me».

—Estás de buen humor —dijo Sukie.

—Acabo de pasar media hora hablando con el pobre Benny.

—El pobre Benny.

—Oh, solo necesita una buena charla de vez en cuando —dijo Miranda—. Es completamente inofensivo, de verdad.

3

En el otro extremo de Hanmouth, al doblar a la izquierda al final de Wolf Walk, terminabas en un terreno lleno de agua y fango, de vegas y charcas. Los pájaros se posaban allí para anidar; aves migratorias, zancudas, un pajarito muy soso con una llamativa faja de plumas en el cuello que en Gran Bretaña solo podía encontrarse ahí, en el estuario de Hanmouth, en la costa norte de Devon. El pitpit acollarado era muy quisquilloso, ni siquiera cruzaba el canal de

Bristol para criar en Gales. Esa estrella de la ornitología había sido adoptada, a saber por qué, como símbolo oficial del estuario; un deprimente barco de la Pitpit Naviera recorría con parsimonia el trayecto entre Hanmouth y el mar. Y el tren con parada en el pueblo, que avanzaba pitando y resollando lentamente entre la carretera y el agua, camino al norte, tenía el nombre oficial de Pitpit Express.

El pájaro acabó llamando la atención de la Real Sociedad para la Protección de las Aves, que declaró que quedaba mucho por hacer en defensa del pitpit acollarado. En el año 2000, de eso hacía ya siete años, habían erigido una plataforma en los terrenos donde anidaba el pitpit acollarado, una lengua de vegas, arbustos, agua y fango al final de Hanmouth. Sobre la plataforma había una paranza de madera de pino sin ninguna gracia con una rendija que recorría su perímetro aproximadamente a la altura de los ojos; allí se congregaban los ornitólogos aficionados de Hanmouth y los alrededores para contemplar al pitpit acollarado, ese insulso animal, sin asustarlo. Las instalaciones habían costado ciento cincuenta mil libras a repartir entre fondos públicos y aportaciones de la lotería; su inauguración, celebrada en el año 2000, había corrido a cargo del presentador de informativos que pasaba los fines de semana en Hanmouth y que, con su energía y dinamismo, había terminando asustando a todos los pitpit.

Hettie y Michael iban hasta allí para estar solos. Nunca los habían molestado, nunca habían visto a nadie, y lo consideraban privado. Cuando volvían, las colillas del suelo eran las de los cigarrillos que Michael había fumado durante su última visita. Hettie no fumaba: le parecía asqueroso, apestaba, pero no le molestaba que Michael fumara porque era Michael y le gustaba ver las colillas en el suelo exactamente como las había dejado la última vez. Nadie iba por el lugar; nadie lo limpiaba. Y Hettie se alegraba. Aquel día habían ido cada uno por su lado; a veces corrían juntos Fore Street abajo, iban a ir a dar un paseo pero terminaron aquí. Hettie había llamado a Michael el día antes. «Tengo que verte. En la casita. Mañana a la salida del colegio. Nos vemos ahí.»

Michael estaba en cuclillas en una esquina de la paranza. No hacía frío. En ese día de septiembre, el verano resistía, decidido. Pero

Michael fingía tener frío: se había estirado bien las mangas de la camisa para que le cubrieran las manos, y el cigarrillo asomaba por el puño como una extraña bestia de hocico ardiente por su guarida. En el mundo a veces hacía frío y otras calor. Ese era un pensamiento común y corriente que cualquiera podía tener. Pero también podría decirse que cuando hacía frío resultaba imposible imaginar qué se sentía al pasar calor, y cuando hacía calor nunca pensabas que pudiera volver a hacer frío alguna vez. Esas ideas nunca se le habían ocurrido a Michael antes de viajar a Gran Bretaña con su familia. Gran Bretaña era un buen sitio para esas ideas interesantes y raras que ahora tenía todo el rato. Metía las manos dentro de las mangas de la camisa y fingía que tenía frío y que tiritaba —tiritó, se llevó los antebrazos al pecho y se lo agarró con fuerza—; era un experimento, quería comprobar si, repitiendo los gestos que el frío provocaba, podría recordar qué se sentía al pasar frío. Había descubierto que abriendo bien la boca hasta que terminabas bostezando conseguías que te entrara el sueño. Lo que no parecía muy probable era que, imitando el ruido que hacías al masticar, pudieras dejar de tener hambre: Michael solía estar hambriento, su madre siempre comentaba la cantidad de comida que cogía de la nevera. Ahora quería ver si con ponerse a tiritar bastaría para recrear el recuerdo del frío. A veces Michael se sorprendía de lo colgadas que eran las ideas que se le ocurrían. «Súper colgadas», dijo en la paranza vacía tratando de parecer tan inglés como pudo. Igual esas ideas tan interesantes podías tenerlas en cualquier lugar de Europa. Apretó los brazos contra el pecho, y en esa atmósfera cálida y polvorienta que las rendijas de la paranza solo lograban iluminar a medias se hizo, durante unos instantes, el invierno y el polvo del suelo se convirtió en un manto de escarcha. Michael parpadeó; el caluroso día había vuelto. Se oyó un estrépito: Hettie subía a toda prisa los escalones de pino de la paranza.

—Tenía que verte —dijo Hettie desplomándose sobre el suelo. Estaba ojerosa, angustiada, con los ojos desorbitados—. Tenía que verte, Michael. No creo que nadie más pudiera entenderlo. Nadie sabe lo que hicimos ese día, lo que pasó. Estuvo muy mal, Michael, no digo que estuviera bien, eso no… Eso sería una locura, una

estupidez, ¡de tarados, vamos! Eso no lo digo, no. Pero nunca fue mi intención que terminara pasando, lo prometo, lo juro. Sabes que no fue mi intención.

—Eh, Hettie —dijo Michael—. Ya sé que no eres mala persona. No sé de qué estás hablando. ¿Qué ha pasado?

—Siempre lo mismo —respondió Hettie—. Te vas pensando en lo tuyo sin decirle nada a nadie, y empieza a darte vueltas por la cabeza, y venga vueltas, dale que dale en la cabeza, hasta que encuentras a alguien. Y luego, BANG, la cosa termina justo así, justo como habías imaginado, y ellos no saben lo que andabas pensando, cómo van a saberlo, pensar que saben lo que estás pensando es de tarados, ellos siguen sus propios razonamientos. El brigadier.

—Ya sé a qué te refieres —dijo Michael.

—¡El brigadier!

—El…

—El brigadier, a eso me refiero. Cuando me lo dijeron me quedé de piedra. Bajé a desayunar y mi madre estaba ahí, con cara muy seria, ya conoces a Miranda, mi madre, y me dijo que se había enterado por la noche pero que no me lo había contado. El brigadier. Ring, ring, hizo el teléfono cuando la pequeña Hettie ya estaba bien arropadita en la cama, y como estaba mirando vídeos en YouTube lo único que oí fue el teléfono que sonaba abajo. No pude oír lo que Miranda, mi madre, hablaba con Kitty, la vieja. Apareció de la nada, como un trueno, nadie pensaba que eso fuera a pasar, lo echarán mucho de menos. Al brigadier.

—No sé quién es el brigadier —dijo Michael.

—¡Oh! —exclamó Hettie.

Entornó los ojos; iba agitando las manos en busca de algo que hacer. Las puntas de sus dedos dieron con una tabla de madera de pino y la recorrieron a golpecitos, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete; y entonces se convirtieron en las manos de una pianista famosa y se puso a tocar una escala en do mayor sobre la tarima. Cuando la veía en ese estado tan angustiado, presa de la agitación y de la experimentación, Michael se preguntaba si no estaría seriamente trastornada.

—Pero sí que lo sabes. Lo sabes, Michael. ¿Te acuerdas de la vez que corríamos por Fore Street y nos chocamos con una vieja y se cayó, *bam*? Ese día te dije que te quería, ¿te acuerdas? Debía de estar mal de la azotea, seguro. ¿Qué tendría en la cabeza? Pero la tiramos y echamos a correr y nadie se enteró de quiénes éramos, los gamberros que habían atropellado a la buena de Billa.

—Pero ¿quién es el brigadier?

—Ya falta menos. Billa está casada, ESTABA casada, con el brigadier. La dejamos tirada en el suelo y ahora su marido está muerto, trágicamente muerto, es HORRIBLE.

—Es horrible —dijo Michael. Se puso de pie y miró por la rendija. Quizás los pájaros que andaban revoloteando por ahí en grupos de doce fueran pitpits acollarados; aunque podría tratarse de otros completamente distintos. Qué cosa tan curiosa, sentir esa fascinación por un pájaro en particular—. Horrible. Pero no tiene nada que ver con lo de tirarla, ¿cómo iba a tenerlo?

—No lo entiendes. Él se murió porque nosotros la tiramos al suelo. Estaba tratando de hacer algo de la casa, no sé qué sería, trataba de hacer algo de lo que normalmente se habría encargado ella, cosas de mujeres. Pero ella no pudo encargarse, no, Billa no pudo porque la habíamos tirado al suelo, estaba toda llena de cardenales, amoratadísima, dijo Kitty. El brigadier no sabía qué hacer, naturalmente que no. Nunca había tenido que encargarse de esas cosas. Y se enredó, se hizo un lío, acabó patas arriba y se cayó y se mató. Así fue la cosa. Si NOSOTROS no la hubiéramos tirado al suelo, ELLA habría podido haberse encargado y ÉL no habría tratado de hacerlo ni todo habría terminado en desastre porque ÉL no sabía cómo se hacía y ÉL no se habría muerto. Es TODO CULPA NUESTRA.

Michael examinó el asunto desde todos los ángulos. Hettie levantó una mano manchada de barro y, con el dorso, le acarició la mejilla.

—Te quiero, Michael —dijo la propietaria de la manita—. De verdad. Contigo llegaría hasta el final, Michael, lo haría, bastaría con que me lo pidieras.

Michael no dijo nada, ni siquiera lo que ya había dicho antes, que quería estar seguro, y pensó que llegar hasta el final antes de casarse o de comprometerse estaba mal. Meditó el asunto. Le

parecía que Hettie y él habían hecho algo que había desembocado en la muerte del brigadier.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó a Hettie.

—No podemos arreglar las cosas. No podemos levantarla del suelo, no podemos viajar en el tiempo y acordarnos de esquivarla o de no correr, ni de que tenemos que andar como unos niños buenos. Porque si lo hubiéramos hecho, si pudiéramos hacerlo, hoy estaría viva, hoy estaría vivo, quiero decir. Lo deseo con todo mi corazón, Michael. Estoy tristísima y lo echaremos mucho de menos, lo pienso de corazón, Michael.

—Si has hecho algo malo puedes pedir perdón. Puedes explicarlo.

Le habló a Hettie del programa de doce pasos de su madre, del undécimo, sobre todo, que consistía en pedirle perdón a todo el mundo. Hettie escuchaba con ojos serenos siguiendo el movimiento de sus labios, asintiendo con la cabeza de vez en cuando y soltando algún «Ajá» que otro.

4

Tras la muerte del brigadier, Billa tenía la impresión de transitar por estados antagónicos a ojos del pueblo. Siempre se había preguntado cuándo llegaría el momento en que, como dicen que les sucede a las viudas y a las mujeres de cierta edad, se volvería invisible y se quedaría mirando mientras unos desconocidos mantenían una conversación aterradoramente íntima; y un buen día, sin previo aviso, sintió que la señalaban, que la observaban, que la describían. Le parecía que el lugar que ocupaba en el pueblo se había visto alterado de un plumazo por la muerte del brigadier y por cómo había muerto. A la sombra de su famoso marido, siempre se había sentido un poco anónima, y lo único que en esos momentos cabía esperar era que su invisibilidad, ahora que estaba viuda, terminara intensificándose. La fama y la notoriedad a las que algunos desconocidos debían de encontrar su lado cómico le resultaban bastante nuevas. El renombre del que el brigadier había disfrutado en el pueblo recayó sobre ella, magnificado y compensado por esa

historia tan absurda y horrible. Billa se sentía discretamente señalada y, a la vez, invisible para otros.

La primera vez que Kitty se presentó en su casa con el primer plato cubierto con film transparente, Billa le dio las gracias muy efusiva. Luego se retiró al estudio del brigadier, en el piso de arriba, y se sentó en el sillón de lectura de cuero del brigadier. Había dejado la puerta de la cocina abierta y observaba a Kitty yendo y viniendo muy atareada con un plato detrás de otro; todos relucían al sol de marzo con su cubierta transparente de polietileno. «No quiero que hagas nada», le había dicho Kitty, y Billa no pensaba hacer nada. «No es ninguna molestia», había insistido Kitty la vez que Billa no reaccionó como esperaba. Últimamente, hasta a una vieja amiga como Kitty le costaba no terminar sus frases con una cadencia extraña, con una especie de puntos suspensivos que quedaban flotando en el aire. Como muchos otros en Hanmouth, parecía creer que cualquier comentario socarrón podría despertar los recuerdos más íntimos de Billa.

La enorme casa cuadrada de Billa y la de Kitty, más pequeña, blanca y en forma de ele, estaban unidas, y dibujaban una curva alrededor de un patio semiasfaltado rodeado de macetas de lobelias. La otra fachada daba al cementerio, donde el viento que llegaba del estuario inclinaba la hierba incrustada de sal. Los excursionistas, con esa manía que tenían de leer las lápidas antiguas, a veces se ponían a mirar por la ventana de la cocina de Billa o de Kitty como si esperaran que la señora Bigarilla, recién salida de un cuento de Beatrix Potter, fuera a sacar unos bollitos dulces del horno. La fachada principal de la casa de Billa, con su puerta azul marino y el llamador dorado, se abría a la agradablemente sinuosa calle mayor. La apretadísima casita de Kitty, la inconfundible casa de una viuda que antaño ocupara una casa más grande y más urbana, daba directamente al estuario, se asomaba a las marismas donde las avocetas paseaban picoteando, maniáticas. Por culpa de los vientos salados, la fachada había que pintarla cada dos años, y eso costaba una barbaridad, decía Kitty.

La opulenta caravana de platos que Kitty había preparado para el funeral estaba a punto de llegar a su fin. Era una síntesis de sus

platos de fiesta, recetas que había ido recopilando y probando en el transcurso de toda una vida como anfitriona. En ese momento iba dando saltitos de aquí para allá con los últimos. Los llevaba hasta casa de Billa, atravesando la puerta verde de su cocina y el jardín, en el orden en que debían comerse: primero, brochetas de distintas viandas, el contundente jamón cocido frío y el pollo frío con curry y mayonesa, después, y para terminar, una fuente con macedonia de frutas, queso y, sorpresa, un bizcocho. Al verlo, Billa se levantó y bajó las escaleras lentamente sin soltar la barandilla. No contaba con él, y se preguntaba si sería lo más apropiado. No recordaba haber visto jamás bizcocho en un funeral, ni tampoco que se lo hubieran ofrecido. Transportada de golpe a las fiestas de su niñez, contemplaba a los asistentes aceptando un trozo y envolviéndolo en las servilletas de papel con bordes negros para comérselo más tarde. Para Kitty, que había ganado varios premios del Instituto de la Mujer, cualquier ocasión era una buena excusa para preparar un bizcocho. El de esta vez era un denso bizcocho de frutas oscuro y lúgubre, como debía ser; ya se había contenido bastante al no darse el gusto de decorarlo con fondant, como pudo comprobar Billa al entrar en la cocina. El bizcocho estaba en un estante de la alacena, monumental y tristemente rebosante de cerezas, austeramente solemne. De todos modos, de haberlo decorado, ¿qué habría dibujado Kitty con la manga pastelera?

—No tenías que haberte tomado tantas molestias, Kitty —dijo Billa.

—No es ninguna molestia. Le tenía muchísimo cariño al brigadier... A Tom —añadió para sorpresa de Billa.

—Espero que se lo terminen todo. Nunca se sabe.

—Bueno, si no, no se desperdiciará —la tranquilizó Kitty— ¿Tienes idea de cuántos van a ser?

—No me acuerdo de a cuánta gente le enviamos participación.

—Creo que al final fueron ciento ochenta.

—La verdad es que me han devuelto un montón de cartas. Y luego he recibido muchas de gente a la que no se nos ocurrió escribir. Se enteraron por la prensa.

—Ya lo imagino —comentó Kitty.

Era una de esas respuestas que quedaban colgadas en el aire a la espera de que, tras esa dura semana, Billa se desahogara y explicara cómo se sentía con respecto a la peculiar muerte del brigadier. Para la mayoría de gente, ahora era Tom; Billa, sin embargo, seguía refiriéndose a él como «el brigadier», tratamiento que, inexplicablemente, le resultaba más íntimo. Pero Billa bajó la mirada y el momento pasó.

—Tal vez deberías ir pensando en cambiarte —dijo Kitty, ahora yendo a lo práctico—. Llegarán en... ¿Cuánto? ¿Tres cuartos de hora?

Kitty ya iba vestida para un funeral, o eso le habría parecido a algunos: llevaba ropa negra, cierto, pero el canesú era de un negro azabache brillante. Parecía un vestido para salir, como esos que sus tías se ponían para la función de tarde cuando, años atrás, llevaban a la joven Billa al teatro. Ya nadie tenía ropa de luto, claro está.

—Lo sé —admitió Billa—. Solo que me pareció tan triste ponerme de negro nada más levantarme y desayunar sola, vestida así.

—Ya te entiendo.

—Claro. Diría que dentro de un par de semanas desayunaré en bata sin ningún reparo. Pero todavía no.

Billa lo decía porque sabía muy bien que Kitty había hecho exactamente eso: la había visto a menudo regando las plantas o abriéndole la puerta de la cocina al cartero, bien entrada la mañana, con una bata guateada de color morado. Aunque tampoco estaba tan convencida de que esa costumbre la hubiera adquirido con la viudedad; por lo que había oído decir a Dennis, era posible que siempre lo hubiera hecho. El brigadier siempre lo comentaba; probablemente todos los días. Pero entonces Kitty soltó una misteriosa risita y dio media vuelta para salir de la cocina. Se detuvo en la puerta:

—Todo esto me parece...

—¿Irónico? —preguntó Billa alzando la mirada.

Por fin había pronunciado la palabra que describía la situación, la palabra que no solo Kitty, sino el pueblo entero, sin duda, había estado esperando.

—No, no es eso exactamente —corrigió Kitty, complacida—, solo que demasiado triste. Volveré dentro de media hora, estaré contigo.

—Gracias, muchas gracias.

Kitty la miró con curiosidad. Quizá no hubiera dado con el tono más adecuado para una amiga y vecina de tantos años.

5

«Irónica» era la palabra a la que el pueblo, el condado, los periódicos y hasta la televisión, habían recurrido para describir la muerte del brigadier. Cuando, en realidad, la palabra que querían emplear era «divertida». Si alguna vez hubiera pensado en el asunto cuando el brigadier estaba vivo, Billa habría pensado que su muerte podía llegar a tener una dimensión pública. Siempre había imaginado que aquello se debería a su carrera militar. Había sido un hombre valiente, y habían pasado cuarenta años viajando por todo el mundo, a lugares aterradores, sin protestar jamás. Había permanecido firme viendo cómo arriaban la bandera en media docena de colonias; y la vez que en Adén —esa era una de sus historias favoritas— había tenido que salir por patas hacia el cañonero para salvar el pellejo, cuando las tribus que merodeaban por la zona los rodearon y a punto estuvieron de transformar el país y de someterlo a un infierno, no precisamente justo, de incomprensibles matanzas intestinas. En Irlanda del Norte había hecho lo que había podido, y mientras Billa, en casa, en Hanmouth rastreaba la televisión y los periódicos en busca de información, había llegado con sus hombres a las Malvinas y había vuelto a marcharse con el menor alboroto posible y sin apenas contratiempos. Por todo ello, había recibido reconocimientos que rebasaban lo rutinario: las medallas estaban en el arcón de caoba del piso de arriba, sobre su uniforme de gala. Billa estaba orgullosa de él; es más, todo el pueblo estaba orgulloso de él: gente casi desconocida lo saludaba desde el otro lado de la calle —«Buenos días, brigadier»— cuando salía a dar un paseo, y ella había dado por sentado que cuando llegara el final ese orgullo se reflejaría en la prensa. Jamás escándalo o inmoralidad alguna habían manchado su

conducta; el Ejército lo tenía en gran estima, sus hombres lo adoraban, y él mismo deploraba, elocuente, cualquier tipo de escándalo que afectara al cuerpo. Durante sus últimos años, cogió la costumbre de apagar la televisión cuando en las noticias se hablaba de Iraq. El brigadier detestaba las decisiones interesadas de los políticos, la conducta dolosa e incomprensible de algunos soldados hacia sus prisioneros. Billa no podía imaginar un hombre más recto; nunca había podido. Una mañana lo dejó solo para ir a Barnstaple a comprar algunas cosas: el pueblo estaba bien para las compras de diario, pero había algunas cosillas, como la mermelada Little Scarlet que a los dos les encantaba para el desayuno, que solo se podían encontrar en Barnstaple. A ella nunca le había supuesto ningún esfuerzo. A la vuelta, dejó escapar un cariñoso «¡He vuelto!» mientras abría la puerta, pero no obtuvo respuesta, y al pie de las escaleras se encontró con aquella horrible escena, él tumbado, escena que ya jamás se podría quitar de la cabeza. Llamó a una ambulancia, aunque era evidente que él ya había muerto; por absurdo que pareciera, se sintió culpable por haber recurrido a los servicios de emergencia cuando ya no había emergencia alguna. ¿A quién podría avisar, si no? Apenas colgó el teléfono, llamaron a la puerta: era el chico de la ambulancia. A los de urgencias la situación no les pareció ni divertida ni irónica: se los veía afectados, y actuaron con rapidez, profesionalidad y seriedad. En un primer momento, Billa no se preguntó por qué habrían llegado tan rápidamente, creyó que sería cosa de la gravedad del caso. Más tarde se dio cuenta, y se puso roja de la vergüenza, de que el brigadier se las habría ingeniado de algún modo para llamar desde el suelo, de que en realidad no había muerto en el acto. No había advertido, en medio de la confusión, que el teléfono estaba en el suelo. Se le había escapado, sencillamente.

Al volver del hospital, Kitty estuvo muy atenta: hasta la había cogido de la mano en el taxi sin esperar que dijera nada en absoluto. Pero lo que de verdad ayudó a Billa fue lo que siempre la había ayudado: la oportunidad de tener, por una vez, una buena charla consigo misma. Siempre se le había dado muy bien, ya desde la víspera de su boda, cuando, por increíble que pudiera parecer,

pensó que casándose con el brigadier cometería un error tremendo, aunque por aquel entonces él todavía no era brigadier. O, cinco años después, al volver de la clínica, cuando el médico les dijo que no iban a poder tener hijos. (No tardó en descubrir que los temores que habían precedido a su boda eran infundados, y cinco años más tarde, un asunto tan íntimo ya era cosa de los dos.) También tuvo una charla consigo misma la primera noche que pasaron en la residencia de Uganda. Las paredes estaban infestadas de moho hasta media altura y desprendían una peste a animal muerto dentro de un armario, no tenían comida, no había criados a la vista, y se encontró con la única cosa que podía hacerla llorar: un retrete que llevaba mucho tiempo sin desaguar. Y ahora también mantuvo una charla consigo misma.

No había tenido en cuenta la dimensión pública de la muerte del brigadier, eso era todo, aunque podía haber imaginado algo por el estremecimiento y el brillo en los ojos con que mucha gente del pueblo le había dado el pésame, como si estuvieran a punto de abandonarse a un sentimiento completamente distinto. Ni se le había pasado por la cabeza hasta que vio —de eso hacía cinco días — ese execrable obituario en el *Daily Telegraph* que mencionaba las circunstancias de la muerte del brigadier ya en la primera frase, antes de continuar, eso sí, con sus logros militares. Después le pareció que no había sido más que una inmensa falta de tacto y de buen gusto —como sorber la sopa en la mesa— que, naturalmente, nadie volvería a mencionar. Al día siguiente, sin embargo, en las noticias de la televisión local insistieron en el asunto sin hacer referencia alguna a la vida del brigadier; solo se fijaron en la manera en que había fallecido, bastante horrible, por cierto, tratando el tema con una frivolidad absoluta. En cuanto vio la fachada de su casa en la pantalla, Billa no tuvo más remedio que mirar hasta el final de la crónica, que se cerró cuando el hombre del sofá se volvió hacia la mujer del sofá y le dijo, evidentemente divertido: «Nadie escapa a la tabla de planchar», y la mujer se echó a reír. Fue entonces cuando Billa se preguntó en qué clase de país vivía.

Billa entró en la iglesia antes que su marido, como en una boda al revés, con Kitty a su lado como una dama de honor entrada en

años. La asistencia al funeral fue tan numerosa como hubiera podido desear, pero los presentes se habían distribuido en círculos concéntricos. La gente sinceramente apenada ocupaba el centro, y cuanto más se alejaba uno de ese centro, más se parecía la congregación a un carnaval; en los círculos más alejados había gente que no pudo haber conocido al brigadier en vida, eso empezaba a parecerse a los coletazos de una fiesta bastante caótica. Sin que viniera al caso, Billa, desde su asiento en el primer banco, se imaginó dónde dibujaría la línea que separara a unos de otros, a partir de qué lugar debía dejar de invitar a los asistentes a pasar por su casa a comer los platos de Kitty, que esperaban envueltos en film transparente. Vendrían los más íntimos, sin duda: los encantadores Miranda y Kenyon, del club de lectura, y su hija, cabizbaja, y los vecinos y el anciano primo de Billa y, tal vez, su hermano, a quien hacía tres años que no veían, el brigadier siempre había mirado con malos ojos sus modales y aquella tendencia suya a convertir cualquier nadería en una discusión. Sam y Harry, entrañables, iban con traje, camisa blanca y corbata negra. Nunca habían sido grandes amigos del brigadier, al que Billa regañaba continuamente por cómo se refería a sus amiguitos los queseritos asaltaculos. Estaban ahí por ella. Había mucha gente por el estilo; no del estilo de Sam, ese a quien el brigadier siempre hacía referencia, sino amigos del pueblo, viejos compañeros del brigadier. Se volvió y saludó con la cabeza al general Franklin y a su esposa dedicándoles una leve sonrisa; era un gesto por su parte haber venido desde Yorkshire. Y también había un joven oficial de porte muy elegante que debía de ser el representante del regimiento. Un bonito gesto, también.

Pero más atrás había gente que no podía haber sentido demasiado la muerte del brigadier, como esa mujer tan dejada que regentaba uno de los peores bares de Hanmouth, uno al que nunca habían ido. Y junto a ella, en uno de los últimos bancos, una chica que vivía al final de la calle principal, una que era artista; eso lo había oído en la verdulería, y otras cosas también, cosas de su pasado y de sus líos con los hombres. Iba envuelta en echarpes oscuros de terciopelo, negros y morados con aguas, como un bashi-bozuk, y aunque llevaba un vestido negro, era el mismo que llevaba

siempre, de un tejido elástico como de camiseta. El brigadier ni la conocía ni habría querido conocerla, y si Billa se había enterado de cómo se llamaba había sido por casualidad, en la verdulería: Sylvie. Miraba a su alrededor con manifiesto interés, como si fuera de esas artistas capaces de salir disparadas a su casa solo para poder hacer un bosquejo de la escena. Pero según los chismes de la verdulería, no era de esa clase de pintoras, por supuesto, sino de las que consideraban arte grapar una rana muerta a un ladrillo. Y ya fuera de la iglesia, pasado el círculo de gente como Sylvie —en realidad, a Billa le sorprendió bastante saber su nombre—, había dos representantes de los medios, uno con una cámara pequeña de televisión en cuyo lateral se leía el nombre de un canal que no conocía. A esos no iba a escapárseles nada del funeral, seguro. Y en la acera de enfrente, ahí pasmados, rondaban un montón de desconocidos, gente que ni era del pueblo, que se habría enterado de la historia y andaba por ahí con los niños corriendo arriba y abajo. Exactamente como cuando cuatro meses atrás desapareció esa niña, la presunta secuestrada, y cientos de cotillas invadieron Hanmouth. Tal vez fueran los mismos. Pero a Billa la comparación le pareció de muy mal gusto. A todos esos curiosos les resultaría inconcebible que alguien hubiera muerto de verdad, que alguien pudiera llorar una muerte tan divertida.

En fin, aquello era algo que cabía esperar, así que la indignación de Billa hacia gente como la artista, que se había colado en la iglesia sin conocer al brigadier ni haber hablado nunca con él, se fue aplacando. Aunque eso había sido el colmo de la curiosidad y la desvergüenza. Al terminar la misa, cuando salía de la iglesia, Billa se detuvo a propósito frente al banco de esa mujer, que levantó la mirada un poco confundida; ni siquiera debía saber quién era Billa, no hacía tanto que vivía en Hanmouth.

—Gracias por venir —dijo Billa con forzada amabilidad—. Espero que pases por casa más tarde, ya que has hecho el esfuerzo de venir a despedirte de Tom.

Sylvie, si es que así se llamaba, tuvo al menos la decencia de sonrojarse al captar la indirecta. Y como por contagio, el comentario consiguió que ninguno de los cotillas llevara su intromisión más

lejos. En la cocina de Billa se congregó la misma gente a la que habría invitado a una fiesta corriente, aunque cabía añadir la honorable presencia del joven oficial del regimiento del brigadier.

—Le agradezco mucho que haya venido —dijo Billa—. Espero que el viaje no haya sido muy agotador. El Ejército era una de las cosas más importantes en la vida de mi marido.

—Me enorgullece que me hayan avisado —respondió el joven soldado—. Mantener las señas de identidad es fundamental.

Era una frase tan de memorando, tan de manual de instrucciones ciclostilado para los jóvenes oficiales que asistían a funerales, que Billa debería haberlo dejado ahí. Pero siempre había sido muy buena anfitriona.

—Espero que pase por aquí otro día, si viene por la zona —dijo como quien no quiere la cosa.

Había cometido un error: solo se trataba de un uniforme rindiendo homenaje a otro uniforme. El asistente postizo, al igual que el regimiento, no sentía nada, y no tardó en excusarse y marcharse. Había aparcado el coche frente a la casa —un pequeño Fiat rojo que a Billa le llamó la atención—, y Billa vio cómo el joven uniformado abría la puerta del vehículo, se subía en él y se alejaba majestuoso y avergonzado. Billa trató de recordar si el brigadier habría cumplido con ese mismo deber alguna vez, mucho tiempo atrás. Seguro que sí; pero la cosa nunca pareció tener la menor importancia.

6

«Hanmouth aloja a una comunidad amplia y diversa. Son muchas las familias y las personas de la tercera edad que han decidido construir su hogar en nuestro pueblo, gentes todas que aprecian el ambiente familiar del lugar y la sensación de seguridad que reina en sus calles. Con la instalación de cámaras de circuito cerrado de televisión que, desde el principio de Fore Street hasta el final del Strand no dejan un solo tramo sin cubrir, y gracias a que la Jefatura de Policía de Devon ha accedido a asignar a Hanmouth al agente Browning, un oficial con dedicación exclusiva, todos podemos sentirnos mucho más seguros en un mundo tan cambiante y a veces tan amenazador.

»Sin embargo, el privilegio de vivir en Hanmouth conlleva ciertas responsabilidades. La patrulla vecinal ha manifestado reiteradamente la importancia de la urbanidad, de la convivencia cívica y de la adopción de un comportamiento aceptable. En el transcurso de su última reunión, la patrulla vecinal recibió noticias de que en la noche del sábado 12 de julio pudo verse a dos hombres paseando por una calle residencial de Hanmouth con un atuendo inaceptable. Si bien la patrulla vecinal ha insistido desde el principio en que no tiene intención alguna de imponer normas con respecto a la forma de vestir y en que no se opone a los disfraces, considera que la indumentaria «fetichista» de esos dos hombres tenía como único objeto anunciar su orientación sexual y que no deberían haber vestido así en público en un pueblo donde viven tantas familias con niños de distintas edades.

»Tenemos entendido que dichos hombres eran sus invitados. Queremos recordarles expresamente que las normas de comportamiento rigen no solo para los visitantes, sino también para los vecinos de Hanmouth. Lamentamos tener que informarles de este suceso, pero creemos sinceramente que deberían ser conscientes del parecer de sus vecinos según consta en varias protestas elevadas a la patrulla vecinal. Damos por seguro que en un futuro serán tan amables de advertir a sus invitados que, una vez en Hanmouth, deberían conducirse de un modo acorde con el que las familias del lugar esperan y agradecen.»

—¡A la mierda! —gritó Sam al acabar de leer.

—¿Quién lo firma? —preguntó Harry.

Estaban en el salón de su casa. Sam arrugó la carta y la arrojó a la papelera. *Stanley* daba brincos a los pies de Sam con una especie de alegría boba; había malinterpretado sus idas y venidas y pensaba que estaba a punto de sacarlo a pasear. Antes de su paseo, Sam solía ponerse a buscar algo que había perdido o que ya no estaba en su sitio —un gorro de lana, unos guantes, las llaves, las bolsas de la caca, la cartera o la bandolera—, andando de un lado al otro, como ahora, hasta que, una vez localizado el artículo, podían por fin salir.

—En la firma solo pone «La Patrulla Vecinal» —protestó Sam—. No hay nombre. ¿Quiénes son los de la patrulla vecinal?

—No creo que conozcamos a nadie, aparte de John Calvin. ¿Y no estaba también Helena Grosjean?

—No, tú te refieres a los que vivían en su casa antes que ella. Los que tenían esa especie de fuente horrenda en ese minijardín. Esta carta es una vergüenza.

—Tú tírala y ya está —lo tranquilizó Harry—. Y para quieto un rato. Con el ruido que haces no me dejas leer el periódico. Es la misma porquería de siempre, solo eso. Ya sabes que nos odian.

—No. Yo no sabía que nos odiaran.

—A ti y a mí, no —lo corrigió Harry—: nos odian a nosotros, a los gays. Bueno, si no lo piensan les damos igual. Pero en cuanto lo hacen se dan cuenta de que en realidad sí nos odian. ¿Fue la noche del mecánico?

—Y del italiano.

—Oh, sí. El italiano —dijo Harry, y se sumió en una fantasía breve pero sin duda agradable—. ¿Quién lo había traído?

—Déjame pensar... ¿Juan Carlos, tal vez? Era otro camarero de Paddington Park, ¿no?

—Han localizado en Haití a un crío de diez años que llevaba diecinueve días enterrado entre los escombros. ¿Te parece posible? —preguntó Harry volviendo el periódico hacia Sam— Tendría agua a mano o algún modo de acceder a ella, ¿no?

—¿Quién sería?

—No lo sé, aquí no lo dicen.

—No me refiero a la víctima del terremoto, tonto —le regañó Sam —. ¿Quién crees que pudo ofender tantísimo a la repuñetera patrulla vecinal?

—No lo sé. Podría haber sido cualquiera. Ya hablaré con los chicos. Creo recordar que alguien apareció con una falda escocesa y tirantes y las tetas al aire. Lo comentaré la próxima vez que nos veamos.

Sam dejó de moverse. *Stanley* se sentó al instante y se puso a observar a su amo con tal paciencia y fascinación que se diría que fuera una lavadora o un gallinero. Sam miró a Harry desconcertado:

—No, Harry. Eso sí que no. La patrulla vecinal nos ha mandado una carta para decirnos que no les gusta cómo visten nuestros amigos para que se lo comentemos. ¿Por qué tendríamos que

hacerlo? ¡Y un cuerno! ¿Quién carajo es la patrulla vecinal para decirnos cómo tienen que vestir nuestros amigos? Si no los mandamos a la mierda ahora, acabarán preguntando si pueden mirar en nuestros armarios, a ver si hay algo más que ellos «estimen —dijo alargando bastante esta última palabra— poco conveniente».

—Ummm…, sí. Me encanta cuando te pones así: todo un hombre de principios.

—Vete a la mierda, Harry. Esto te gusta tan poco como a mí.

—La verdad es que no me importa. Todavía no se habrían sacado la polla, ¿no? —preguntó Harry con sorna—. ¿Cómo lo ves?

—Claro que no se la habían sacado. Va sin sello, ¿verdad? —preguntó mientras iba hacia la mesa para darle la vuelta al sobre—. ¿Has visto quién la dejaba en el buzón? ¿Cuándo ha sido, esta mañana?

—Ni idea. Habrá sido un representante de la patrulla vecinal. Al único que conozco es a John Calvin. Y de todas formas, no lo he visto.

—Voy a dejarme caer por casa de John Calvin, le comentaré el asunto —resolvió Sam.

Stanley se puso a brincar alrededor de Sam con su torpeza habitual mientras él cogía la correa del perchero que estaba al lado de la puerta. Su hora del paseo era antes del desayuno y a media tarde, cuando Sam volvía de la tienda: una vuelta rápida por su calle y una buena cagada mientras contemplaba el cielo nocturno. *Stanley* olía demasiado como para tenerlo dando vueltas por la tienda de día, y parecía bastante satisfecho retirándose a su cesta durante unas horas siempre que Sam se asomara por ahí a la hora de comer. Ahora que Sam y Harry estaban en casa —era sábado— y lo iban a sacar a las once y media, *Stanley* estaba algo confuso, pero se tomó el asunto con esa alegría atolondrada que lo caracterizaba. No dejaría escapar la oportunidad.

Era un día fresco y despejado de finales de septiembre y el color de las hojas le recordaba a Sam la humareda de una hoguera; en esos días siempre le asaltaban ideas felices para cambios y mejoras. Sería el recuerdo de la vuelta al colegio, que por lo visto no te abandona nunca. Ya nadie encendía hogueras; y, sin embargo, en

los días despejados de septiembre de su niñez había tantas hogueras que ahora las asociaba al otoño hasta el punto de verlas donde no las había. Podía haber jurado que olía, que acababa de oler, que ahora ya no pero que un momento antes olía el humo de una fogata casera. Era el mejor aroma que hubiera olido nunca, y lo anhelaba con todas sus fuerzas. ¿Y qué quemaba la gente en las hogueras? Su padre encendía una cada dos semanas. Las harían con cosas que ahora había que reciclar: rastrojos de jardín, periódicos, envoltorios de papel... A Sam le costaba creer que un contenedor verde y cuadrado lleno hasta los topes de números del *Guardian* fuera a hacer por la felicidad de la raza humana más que una buena hoguera, una de las que esparcía sus aromas a té Lapsang Souchong por todo buen barrio residencial de las afueras de Londres, con sus jardincitos vallados y bien cuidados. Cuando volviera a casa, y si conseguía enterarse de la diferencia horaria, llamaría a su padre. Cualquier día emprendería con Harry el largo viaje a Auckland. No tardaría mucho.

En un banco del pequeño parque comunitario en el que se alzaba el monumento a los caídos en la guerra, había dos figuras encorvadas vueltas de espaldas. No hablaban, y daba la sensación que hacía tiempo que no cruzaban palabra. Eran Catherine y Alec. Entonces Sam se acordó de quién había traído a ese italiano y de que había sido esa misma noche, dos meses atrás, cuando primero habrían ido a la fiesta de Catherine y Alec. Pensó en ir a darles el pésame, pero sabía que ya les había dicho más de una vez lo mucho que lo sentía. ¿Debía acercarse a decirles lo mucho que lo sentía cuando, en realidad, no había nada más que decir? En lugar de hacerlo, siguió caminando con la intención de pasar de largo sin decir nada, pero los jadeos y resoplidos de *Stanley* lo delataron: al oírlos, Catherine se volvió. Su rostro se veía cansado, desmejorado y lento. ¿Cómo debía de llenar sus días ahora que ya no tenía a su hijo con ella?

—Vaya, Sam —lo saludó, y Sam le dijo hola.

Su marido también se volvió, lo miró, y volvió a mirar al frente para seguir contemplando el paisaje. Catherine le dirigió a Sam una sonrisa débil y llorosa y también se volvió. No los habían visto en el

funeral de Tom, lo que, por otro lado, resultaba muy comprensible. Sam siguió su camino con *Stanley*; vio que Catherine le había cogido la mano a su marido y que seguían ahí sentados.

John Calvin vivía en una casa que quedaba más allá de la de Miranda, en el Strand. La casa, bastante curiosa, dejaba mucho que desear; en algún momento había quedado encajonada entre otras dos mucho mayores. Aunque estaba bien situada, la casa en sí no era muy acogedora, eso saltaba a la vista. En el tiempo que Sam y Harry llevaban en su casa, por la de los Calvin habían pasado cuatro familias distintas, aunque los Calvin ya llevaban unos cuantos años ahí. Por lo visto, no veían nada malo en que estuviera embutida en un sitio tan estrecho, a modo de cuña, o en el revestimiento exterior de gravilla, muy práctico para el agua salada del estuario que tantos destrozos causaba en otras fachadas pero indiscutiblemente feo. Nadie había entrado nunca en casa de Calvin. Sam tocó el timbre de la puerta delantera, gris y opaca, sin ventanita alguna, y tuvo la sensación de estar haciendo algo muy atrevido.

Apareció la mujer de Calvin con expresión de sorpresa; tal vez no se acordara de Sam o no lo reconociera.

—Estoy buscando a John —dijo Sam.

Laura retrocedió hacia la penumbra de la casa sin decir nada; su pelo lacio con la raya en medio y las gafas por las que miraba con ojos de miope la hacían parecer una especie de ser subacuático o subterráneo, un kobold salido de las profundidades, que ahora volvía a sumirse en ellas.

Calvin se acercó arrastrando los pies y, parpadeando, bajó la vista hacia el papel que Sam tenía en las manos y hacia *Stanley*, que, a su vez, levantó los ojos para mirar a Calvin. No dijo nada, solo levantó la ceja en un gesto inquisitivo.

—Hola, John —dijo Sam.

Esperó.

—Hola, ¿qué hay? —respondió Calvin, vacilante.

—Quiero unirme a la patrulla vecinal.

Calvin lo miró fijamente. Se rascó la cabeza, al principio con un gesto forzado, queriendo aparentar desconcierto, y después de verdad, como si rascándose se hubiera provocado el picor. Al

rascarse, el pelo engominado se levantó a la vez como una trampilla, y durante unos instantes quedó levantado en medio del cráneo como la cresta de un gallo. Se llevó la otra mano a la cabeza y se alisó el pelo cano devolviéndole al tupé su forma habitual. La mujer de Calvin volvió a aparecer a espaldas de su marido. Sam tenía la sensación de haber pronunciado las palabras mágicas con las que conjurar a esa gente y hacer que aparecieran a su antojo; como genios en una lámpara.

—Vaya —se sorprendió Calvin—. Eso no es lo que esperaba que dijeras.

—¿Y qué pensabas que iba a decir?

—Pues otra cosa —respondió Laura Calvin desde el salón con su voz ronca.

La puerta delantera de su casa daba directamente al cuarto de estar en vez de abrirse a un recibidor. En el Strand, que la puerta de la calle diera al salón o al recibidor era una marca de clase, la marca de la subdivisión de una clase social que se subdividía, a su vez, en áreas geográficas. Por las esporádicas visitas que había hecho a esas casas, Sam sabía que en ellas el viento del estuario se colaba por la rendija de la puerta y te dejaba el año entero con las piernas heladas. El cuarto de estar marrón y verde de los Calvin, pésimamente iluminado, parecía lleno de muebles extraños que no pegaban los unos con los otros. Recordaba al almacén de un anticuario poco afortunado. La disposición de los muebles, además, no obedecía a la presencia de un televisor o de una chimenea; ni siquiera parecía tener en cuenta los muebles mismos. Las sillas, las mesas e incluso las lámparas estaban colocadas sin guardar relación alguna entre sí.

—No señor —repitió Calvin—. No me imaginaba que fuera a decir eso.

—Y sin embargo lo he dicho: me gustaría unirme a la patrulla vecinal.

—Nos encantaría —mintió Calvin—, pero, la verdad, no creo que haya espacio para uno más.

—Seguro que podrías hacerme un hueco —insistió Sam.

—No creo que pudiéramos.

—Alguien nos ha enviado esta carta —dijo Sam mostrándosela—. Me pregunto de quién será.

Calvin la miró detenidamente al tiempo que la alisaba; Sam la había agarrado con firmeza y se había arrugado.

—Es de la patrulla vecinal —respondió Calvin finalmente—. Eso es lo que dice aquí al pie, ¿no?

—Sí, ya lo he leído. Pero me gustaría saber quién la ha escrito. Es más, me gustaría hablar con la persona que la ha escrito.

—Bueno, la ha escrito la patrulla vecinal —insistió Calvin, que parecía sinceramente confundido.

—Es cierto, la ha escrito la patrulla vecinal —repitió Laura desde atrás.

—Bueno, pues entonces me gustaría venir a hablar con la patrulla vecinal. ¿Cuándo se celebra la próxima reunión?

—No me parece lo más indicado —se excusó Calvin.

—Ni posible —añadió Laura acercándose a la puerta.

Llevaba una taza en la mano en la que se podía leer: «La mejor mamá del mundo», cosa que extrañó a Sam; los Calvin no tenían hijos, que él supiera, ¿o sí? Quizá fueran mayores y se hubieran marchado de casa. No lo había pensado nunca, pero entonces cayó en la cuenta de que con esa cara suya, rosada y sin arrugas, y el cabello cano y liso, Calvin podía tener casi cualquier edad. Y volviendo a las andadas, Calvin atacó con uno de sus numeritos.

—No, no. Huy, no, qué va. ¿Sabe qué? Le diré lo que haremos, jefe. Que se lo estoy diciendo ya, vamos. Es que es demasiado, ¿me entiende lo que le digo? Son tantos los que querrían, los que se matarían por venir a la vecinal, así la llamamos nosotros, ¿sabe? Y lo que nos reímos, para morirse de risa, anda que no. Verás —dijo Calvin recuperando su voz normal o, al menos, la que más utilizaba —, siempre nos toca decirle a todos los que quieren unirse a la patrulla vecinal que lamentablemente, y debido a la falta de espacio, al habla el capitán con instrucciones para su seguridad, las salidas de emergencia están localizadas en la parte trasera, central y delantera del avión, no podemos permitir que todo el que quiera se nos una. Lo siento, y es una lástima, pero es lo que hay.

—¿Quién forma parte de la patrulla vecinal, entonces? Creía que Helena Grosjean, por ejemplo, pero se ve que no. Y sé que Miranda Kenyon tampoco, aunque me atrevería a decir que le gustaría.

Calvin se quedó mirándolo con cara de póker, con expresión bondadosa.

—Solo quería saber quién integra tu patrulla vecinal.

—Bueno... Yo. —dijo Calvin con una risa—. Yo, eso es evidente. Mira, no creo que vaya a poder seguir aquí fuera con la puerta abierta y este frío. Hoy en día la calefacción está por las nubes.

—No me importaría entrar para hablar del asunto.

—Una idea estupenda, pero resulta que Laura, mi mujer, les tiene muchísima alergia a los perros. Le salen unos sarpullidos enormes. Rojo-púrpura. No, lo siento pero no puedes entrar con el perro.

—*Stanley* podría quedarse esperando en la calle.

Sin haber terminado la frase, Sam se encontró hablando con una puerta. Calvin le había dicho «Hasta la vista» y se la había cerrado en las narices. Se oyó el frufrú de las cortinas. Calvin debía de ser la única persona en el Strand que todavía tenía visillos para proteger su intimidad y la de su mujer de los transeúntes. Sam tuvo la sospecha de que podía ser escocés. En la ventana, en uno de los cristales pequeños que había entre los dos más grandes, se veía el logo naranja de la patrulla vecinal con sus chillonas iniciales; un logo de control y de vigilancia.

7

El restaurante estaba demasiado cerca de una estación de metro, de la de South Kensington, en este caso. Otros doscientos metros, tal vez en una avenida con las fachadas estucadas, y le habría resultado más fácil reivindicar cierta elegancia, apostar por una clientela fiel, sofisticada y satisfecha. Londres estaba lleno de restaurantes como el Sumac, con el nombre de algún oscuro ingrediente, con un menú elaborado y creativo y con la aportación financiera de una docena de amigos del propietario, conocidos de los bancos o de la City. El restaurante que lo había precedido, uno que había aguantado un año y medio antes de cerrar víctima de la falta de entusiasmo de los

londinenses por un restaurante peruano de estilo ranchero, estaba hecho un desastre. Con la ayuda de los amigos del propietario, sin embargo, el interior se remozaría en tonos gris y magnolia, suelos de pizarra gris y lirios blancos por todas partes, y mingitorios de cristal y puertas de mármol naranja translúcido en los baños. Y al final resultó que estaba demasiado cerca de una estación de metro. Los clientes que acababan entrando eran turistas que iban o volvían de algún museo, y como solían llevarse un buen susto cuando veían los precios, solo pedían un plato y un poco de agua. La gente adinerada de la ciudad, los que vivían en elegantes pisos de edificios señoriales o en adosados blancos, probaban el Sumac una vez, decían que había estado muy bien y que volverían y, por lo visto, iban a algún restaurante que no estuviera tan cerca de una estación de metro. Cuando habían transcurrido seis meses desde la inauguración, solo había lirios blancos los fines de semana, y allí seguían la semana siguiente, con los bordes de los pétalos cada vez más marrones. Mauro creía que tal vez la cosa mejoraría con la técnica de Paolo Crichetti: había que servir platos que los turistas no hubieran pedido y cobrárselos se los hubieran comido o no. No tenía ni idea de por qué los dueños de los restaurantes londinenses no hacían eso.

Mauro llevaba dos meses allí, o tal vez un poco más. Había empezado justo antes del fin de semana de su salida con David, el que tan mal había terminado. Antes había trabajado en una pizzería; tenía muchas ganas de huir del calor, el ruido y el ambiente saturado de orégano del lugar. Era una buena pizzería, una pizzería para gourmets con clientes bien vestidos y recortes de periódico con críticas en la ventana. Pero aun así, era una pizzería. Mauro quería trabajar con una camisa blanca limpia y almidonada y pantalones negros, quería recibir con una sonrisa radiante a sus clientes favoritos y dejar atrás ese piso sin ascensor donde vivía sin dar demasiadas explicaciones. Soñaba con trabajar en un restaurante junto a un sumiller rubio y guapísimo con un mandil negro hasta las rodillas. Seguro que en Londres había un montón de sitios así.

Un chico al que Mauro conocía, Luis, le habló del Sumac. Lo estaba montando un conocido suyo, un inglés que se llamaba

Oswald Bond. «Créeme, te gustará trabajar en el restaurante de ese tío», le había dicho Luis, así que Mauro fue a ver a Oswald Bond. Cuando se reunieron, Oswald Bond le explicó que quería algo con estilo; quería algo innovador; quería algo apasionante. Mauro se apuntó.

En ese preciso instante, sin embargo, Mauro estaba fatal. Y la culpa era suya. Al principio, Oswald Bond le había prometido, o así lo había entendido él, que podía trabajar cuando quisiera, elegir el servicio en el que quería estar y en el que no. Durante las primeras semanas, Mauro no hizo los servicios del mediodía del sábado ni del domingo, pero un buen día, Oswald Bond le dijo que esa semana lo necesitaba precisamente para esos días. Le dio a entender que solo sería esa semana, pero después, cuando se acercaba el siguiente fin de semana, le asignó a Mauro esos mismos turnos sin decirle nada. Ahora llevaba servidos los almuerzos de tres de los últimos cuatro sábados.

Era algo que detestaba, porque el sábado a mediodía la clientela se componía casi exclusivamente de la panda de turistas quejicas e insatisfechos que salían de los museos y no eran capaces de encontrar otro sitio para comer, pero que tampoco se podían permitir los precios del Sumac. Estaba harto de servir solo un plato principal para mesas de hasta siete personas sin otra bebida que agua del grifo, y de las propinas de miseria. Y lo detestaba, sobre todo, porque los sábados lo privaban de las noches de los viernes; tanto del servicio de la cena —que le reportaba las mejores propinas y lo más parecido a una sala animada que podía haber en el Sumac— como de sus salidas del viernes por la noche por los bares y los clubes de Vauxhall.

En ese momento, Mauro aguantaba en el Sumac y se encontraba fatal. Como la víspera había librado, había sucumbido a una llamada de Susie. Había quedado a las siete con ella y con sus amigas tortilleras en un bar del Vauxhall, y de ahí se habían ido liando. A las cinco estaba en la pista de un club subterráneo, en una arcada, bajo alguna vía de tren, gritándole a Christian al oído que dentro de seis horas después tenía que «ponerse en ON» como si fuera la cosa más divertida del mundo. «Cariño —le había respondido Christian

también a gritos—, échate un sueñecito por aquí y después te tomas un café cargado y te das una ducha fría, y resérvate una rayita de coca en el tocador, cielo. Eso te hará salir por la puerta; los Dioses del Amor Gay harán el resto.» Mauro había seguido su consejo y se había quedado en el club hasta que habían encendido las luces. Ahora se miraba en el espejo horizontal que rodeaba el Sumac a la altura de la cabeza y se daba cuenta de que tenía una pinta horrible.

Sudaba un poco. Tenía la piel llena de manchas, roja y amarilla a la vez, los ojos inyectados en sangre, y pelos de loco. Estaba tomando la comanda de un grupo de seis noruegos: padres gigantescos, una niña gigante de mandíbula enorme, un niño de dos metros y la que quizá fuera la abuela, de mirada nazi. Era la una y media. Mauro había recitado los platos especiales por novena vez intentando que el grupo se decantara hacia las vieiras y los canelones de morcilla, de los que la cocina se quería deshacer. Era el único camarero del servicio. Bruno, el chico inglés hijo de un amigo de Oswald Bond que llevaba dos semanas trabajando de camarero con resultados desastrosos, había llamado para decir que se había puesto enfermo. Mauro dudaba de que fuera a volver. Oswald Bond, demasiado tacaño o demasiado abrumado por la falta de éxito del restaurante como para llamar a una agencia para que le mandaran a alguien, le había dicho: «Ya te echaré una mano». Pero no había tardado en refugiarse en la barra, como siempre, y estaba ahí sentado bebiendo lo que debía de ser agua con gas.

Mauro se acercó al pasaplatos, pasó la raquítica comanda y decidió que tenía que hacer algo con su lamentable aspecto.

—Mesa siete lista para comanda —le dijo Oswald Bond en un tono reprobatorio.

—Enseguida voy —respondió Mauro escapándose al baño.

Algo tenía que hacer. Se mojó la cara con agua fría. Podía olerse: emanaba los vicios de la noche anterior, los placeres, los viejos olores conservados en su piel que ahora rezumaban por todos sus poros. Se secó la cara con una de las toallas del montoncito que había al lado del lavabo. La raya de coca que se había guardado para ponerse en marcha a las diez había funcionado, hasta cierto punto: no había llegado tarde y se había presentado en el

restaurante con una camisa blanca y unos pantalones negros bien limpios. Pero no se veía aguantando hasta la una de la mañana sin un poquito de ayuda. Se llevó la mano al bolsillo buscando el móvil, pero lo había dejado a buen recaudo detrás de la barra, como siempre. A finales de la tarde Glen aparecería por South Kensington con su bolsa de chucherías, justo cuando Mauro más iba a necesitarlo.

Entonces, cuando estaba de pie frente al urinario, sucedió la catástrofe. Mientras hacía pis notó que le venía un pedo y se lo tiró. Y en ese mismo instante, al notar ese peso caliente y húmedo en sus calzoncillos, se dio cuenta de su error. Estaba borracho y resacoso y andaba suelto por las drogas de la noche anterior: por primera vez en su vida se había cagado encima. Arrastrando los pies con torpeza, con el pis goteando en el suelo mientras avanzaba tan deprisa como podía, abrió la puerta de mármol translúcido de un empujón, y casi antes de que se cerrara dejó caer los pantalones y los calzoncillos al suelo. No sabía qué hacer. Se quitó los zapatos —no eran de cordones, afortunadamente— y los pantalones, y después hizo un fardo con los calzoncillos. Vació la desagradable carga en el retrete, se limpió y se quedó en camisa y calcetines sobre el frío suelo de pizarra. No podía lavar los calzoncillos en el lavabo de fuera, podría entrar un cliente en cualquier momento. Volvió a tirar de la cadena y, con mucho cuidado y alguna arcada, sujetó los calzoncillos sucios en el borde de la taza mientras caía el agua. No sirvió de nada. En el cubículo no había cubo de basura y no podía volver a ponerse esos calzoncillos; tampoco podía tirarlos al váter, porque esos de diseño moderno eran muy delicados y propensos a atascarse. Además, acabaría tocándole desatascarlo a él. En definitiva, no podía salir del váter con los calzoncillos sucios en la mano y tampoco había manera de deshacerse de ellos en el váter. Era un hombre que se había cagado encima en su lugar de trabajo. La puerta de acceso a los baños se abrió con su habitual sonido metálico.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Oswald Bond— Esto no puede ser, Mauro.

—No me encuentro bien —se excusó Mauro—. Tardo un minuto en estar listo.

—Esto no puede ser, Mauro. Quiero que salgas ahí fuera en un estado aceptable dentro de treinta segundos, exactamente. Ahora sí que me estás decepcionando, Mauro.

De un zarpazo, Mauro cogió los calzoncillos y los tiró encima del armarito que escondía la cisterna. Se subió los pantalones, tiró de la cadena y salió del váter. Oswald Bond seguía ahí con las manos en los bolsillos, mirándolo con expresión sarcástica.

—Algunos restaurantes cuentan el tiempo que sus empleados pasan en el baño, ¿sabes? —Acababa de hacer una de sus mutaciones espontáneas de colega a jefe súper eficiente; uno nunca podía saber con certeza cuándo iba a suceder eso, pero solía ser en momentos delicados—. Tendré que empezar a preocuparme. La verdad es que no sé qué hacías aquí. No quiero saber a qué te dedicas cuando desapareces en el baño durante diez minutos, porque creo que si lo supiera me sentiría obligado a llamar a la Policía. ¿Entiendes lo que te digo, Mauro?

—No me encontraba bien.

—No te encontrabas bien. Como todas las otras veces. Bueno, date por avisado. No quiero tener que repetírtelo. Y no podemos quedarnos diez minutos enteros sin ti durante el servicio de mediodía, con este follón. Esto no puede volver a suceder, ¿entendido? Bueno, se acabó el sermón —dijo volviendo sin más al modo «amigo»—. Por cierto, hace un minuto que ha sonado tu teléfono. No lo he cogido.

Al final Mauro no pudo mirar el teléfono hasta que acabó el servicio de mediodía, después de que se marchara el último escandinavo disgustado. No reconoció el número. Era de un teléfono fijo, pero de fuera de Londres, y no habían dejado mensaje. Mauro decidió que iba a empezar a buscar otro trabajo tan pronto como consiguiera volver a meterse en el bolsillo a Oswald Bond.

8

El paisaje fue acomodándose poco a poco en seis horizontales: cielo, colinas, fango, agua, más fango y la orilla. Era una composición visual simple y fue cuajando a partir de una imagen confusa y borrosa. Catherine lloraba muy a menudo últimamente. Tenía un amplio repertorio de llantos; una serie de categorías que había ido explorando de principio a fin. En un extremo, el acceso de llorera inconsolable como si la agitara una fuerza externa, uno de esos ataques en los que todas las articulaciones y las extremidades duelen y tiemblan, y en el otro, la afluencia más o menos constante de humedad en los ojos. En sus mejores momentos tenía la sensación de estar viviendo el momento más delicado de alguna película lacrimógena. La sensación de una sacudida temblorosa en alguna parte del pecho, el apremiante escozor acuoso en el rabillo del ojo: eso lo conocía bien. Estaban sentados, los dos, en un banco de un jardincito público del Strand, en Hanmouth. Catherine estaba recuperándose de un estadio de llanto intermedio: ni el escandaloso ni el patético, tan solo un brotar de lágrimas constante y tranquilo en sus mejillas. Aquello le ocurría tanto si pensaba en David como si no. Nunca había sido consciente de lo mucho que quería a su hijo.

Sujetaba la mano de Alec, que reposaba taciturna a su lado. Al cabo de un rato sus lágrimas cesaron y el paisaje se recompuso. Rebuscó en el viejo bolso marrón que tenía a su lado, doblado y arrugado como un guante de boxeo, y se limpió con un clínex. Había muchos más en el bolso.

—Después lo volveré a llamar —dijo—. Ha sido una tontería llamarlo a la hora de comer. Seguro que tenía mucho trabajo. Es un restaurante pequeño: no podrían permitirse darle libre.

—Habrá visto el número —repuso Alec—. Puede devolvernos la llamada.

—Prefiero llamar otra vez —insistió Catherine.

—Es que no me gusta verte tan angustiada. Mejor dejarlo correr. Él puede contactar con nosotros, solo que tal vez no quiera, ya lo sabes.

—Cada uno afronta estas cosas a su manera —respondió ella por enésima vez.

Esta máxima la aplicaba a la diferencia entre el duelo de Alec y el suyo, a las maneras en que la gente los saludaba o los evitaba. La muerte de David había puesto fin a cualquier cosa que pudiera parecerse, ni remotamente, a la vida social en Hanmouth. La muerte del brigadier le había parecido un carnaval satisfecho y muy dañino. Su desconsuelo, en cambio, era motivo de vergüenza para la comunidad, que hacía la vista gorda; constituía una especie de tentativa, fallida y de poca categoría, de imitar lo que, al parecer, mejor se le daba a Hanmouth. En cuanto Alec y Catherine —dos personas que habían sufrido una pérdida y a quienes nadie conocía bien— se acercaban, a todos les entraban ganas de cruzar la calle y de ponerse a mirar más de cerca el precio de las casas en los escaparates de las agencias inmobiliarias. La suya era una pérdida de poca monta. Ahora Catherine aplicaba su máxima a la misteriosa manera en que Mauro, alguien a quien había visto una sola vez durante veinticuatro horas, estaría afrontando la muerte de su pareja entre un turno y el otro. Ellos no tenían ni idea, solo sabían que era una manera distinta a la suya.

Tras la inesperada aparición de los agentes de policía en su puerta, se habían ido de inmediato al hospital. Cómo llegaron hasta ahí, ella no lo recordaba. «Su amigo también está ahí», había dicho con delicadeza el policía, a lo que ellos respondieron asintiendo con la cabeza. Su marido y ella estaban en la parte trasera del coche sin acabar de entender. Catherine recordaba que habían conducido despacio por Fore Street, en Hanmouth, y que un extraño había ladeado la cabeza para mirar dentro del coche. Era ese viejo estúpido que le había negado el saludo, el que sabía todo lo que pasaba en Hanmouth, el que conocía a toda la gente importante del pueblo y había dejado claro que ellos no lo eran. Bajó la mirada como se suele hacer cuando pasa un coche fúnebre, pero después debió de verlos a ambos, pálidos como delincuentes a los que hubieran detenido. Con un rápido gesto satisfecho, enderezó la cabeza y luego desapareció, tal vez a correr la voz. Cuando llegaron a la rotonda de la salida de Hanmouth y al enorme pub de carretera donde ninguno de ellos había entrado nunca, el coche aceleró. Catherine no sabía si prefería que fueran rápido o despacio; si quería

avanzar con pena majestuosa o correr hacia su niño. Y después llegaron a esa localidad que no conocían de nada y a ese hospital que no conocían de nada y que no era más que un nombre en el mapa. Dejaron atrás la sala de Admisión, abarrotada de pacientes que esperaban, y entraron en una consulta: allí estaba David. Nunca había imaginado que lo vería así. «¿Dónde está?», preguntó al cabo de un momento. Al principio no la entendieron. Se dio cuenta de que Mauro se había marchado; se había ido del hospital. Durante los días que siguieron, reconstruyó el viaje del chico: habría llamado a un taxi por teléfono, habría ido a la estación y habría cogido el tren de vuelta a Londres. No podía entenderlo. Repasaron la agenda del teléfono de David, llamaron a todos los números que tenía guardados y casi todos asistieron al funeral. No sabían dónde celebrarlo y, al final, optaron por Bideford: les quedaba cerca de casa y también del hospital donde estaba el cuerpo de David. Sus amigos —Richard, Dymphna y algunos más— bajaron hasta allí. Había gente, pero no mucha; fue una tarde triste. Ella había hablado con Mauro y él le había dicho que no estaba demasiado seguro. El duelo afectaba a la gente de distintas maneras. Al final Mauro no fue. Y después, ¿qué hacer con el móvil? Dejaron que se agotara la batería, porque no querían desconectarlo para siempre, y lo guardaron en un armario, con el resto de cosas.

—¿Te acuerdas…? —dijo Catherine por fin—. ¿Te acuerdas de aquella vez que fuimos a un concierto de verano en el Royal Albert Hall?

—¿Y por qué piensas en eso ahora? —se extrañó Alec.

—No sé. Me ha venido a la cabeza.

Fue antes de que se casaran, el verano anterior a la boda. Ni siquiera se habían prometido todavía. Decidieron que iban a casarse en otoño, un domingo por la tarde en el parque, y se casaron en abril, el día dos. «No podemos casarnos el primero de abril, justo el día de las inocentadas», había dicho Alec. Ahora la gente se lo tomaba con más calma, por lo visto. Pero antes que eso fue lo del concierto de verano. Sus años sesenta no fueron los sesenta de los festivales de música pop, del amor libre y de todo eso que sale en los documentales. Fueron unos sesenta de seguir viviendo en casa

de los padres, a siete calles de distancia el uno del otro, de un buen trabajo y trajes de Burton, de libros de la biblioteca devueltos a tiempo, religiosamente, y de la celosa hermana de Catherine en su papel de carabina; los sesenta de una salida a los conciertos veraniegos de música clásica del Royal Albert Hall. A ellos les gustaba: a Alec le encantaba el jazz, pero también la música clásica. En esa época eso gustaba muchísimo. Era una noche de agosto, una de las más calurosas de las que Catherine tenía memoria, y subieron a Londres en el pequeño Morris Minor de Alec, negro y reluciente. Tenía cortinas en la ventanilla trasera, descorridas como estaba mandado —una de las bromas recurrentes entre sus conocidos— y ella llevaba —su memoria la maravillaba— un vestido blanco de lunares rojos que no llegaba a minifalda —dos a cuatro dedos por encima de la rodilla— con un cinturón de plástico. Y también medias blancas que más tarde se arrepintió de haberse puesto con el calor que hacía. ¿Y qué llevaba Alec? Un traje gris marengo, seguramente, y —sí— una corbata estrecha. Se acordaba de que más tarde, esa misma noche, la había tenido entre sus manos. En el vestíbulo hacía calor, parecía que el auditorio desprendiera vapor, por la cantidad de estudiantes que había de pie, empujando hacia adelante, marcando su sitio. Consiguieron asientos. «No podría aguantar de pie —había dicho ella—. No todo el rato. Me desmayaría.» Pero lo decía mientras se sentaban. Alec nunca le habría propuesto que se quedaran de pie: él siempre había sido muy considerado.

Les encantaba Tchaikovski, en eso se habían puesto de acuerdo, y lo que sonaba era su *Concierto para violín* interpretado por Ida Haendel. Ya la habían oído antes; les gustaba mucho su rostro enorme, solemne y serio, y el sonido brutal con que colmaba el auditorio. Después del intermedio tocaban algo que ellos no conocían, una sinfonía de Mahler. Fue casi lo que más les gustó. Era como oír un cuento: como las andanzas de cuento de hadas de una pastora alemana que, tras pasar penalidades y sufrimientos, lograba salir victoriosa. Una semana después, Alec le regaló un LP de esa misma sinfonía. Quince años después había llegado a casa con un bulto enorme bajo el brazo: todas las sinfonías de Mahler. Las escucharon durante semanas, una tras otra, tratando en vano de

recuperar la magia de esa calurosa noche de agosto de 1968 en la que Alec, al salir juntos del concierto con la cara roja y acalorada, y la camiseta pegada al cuerpo, había dicho «¡Qué maravilla!» y ella había respondido «¡Una auténtica maravilla!». Pero cuando compró esa colosal recopilación de discos, tuvo que disculparse por gastar tanto dinero en algo así. Les encantaba la música. Y de vuelta al coche —¡qué fácil había sido entonces, cuarenta años atrás, aparcar en el centro de Londres!—, la música sonando en la cabeza de Catherine incluso después del precioso tema final, de los aplausos y las ovaciones, la excitación, que la empujó a agarrarlo y, sin que nada le importara, a tirar de él hacia el capó del coche de un perfecto desconocido. Se besaron durante un largo rato. El recuerdo era dulce, aunque venía mezclado con la reflexión de que, por supuesto, entonces los coches no tenían alarmas que pudieran dispararse. Ahora que lo pensaba, no creía que la corbata fuera de las estrechas. Tenía que haber llevado una de esas corbatas anchísimas y de colores vivos, una de las primeras. Sí, porque la notó en la mano cuando tiró de él para acercárselo. Estaba segura.

—¿Qué demonios te ha hecho pensar en eso?

—No lo sé —respondió Catherine—. Solo me vino a la cabeza, todo eso..., de golpe.

9

—Lo importante —dijo Kitty al cabo de mucho rato—, es mantenerse ocupada. Tienes que encontrar algo para ocupar el tiempo.

Hacía una o dos horas que todo el mundo se había ido. Pero Kitty se había quedado, al principio yendo de aquí para allá, recogiendo cosas. Terminó enseguida y por fin se sentó y empezó a hablar. No podía dejar a Billa sola sin más, de ninguna manera, con toda la tarde por delante. Se entretuvieron repasando a los asistentes al funeral y a los invitados a la casa, y al cabo de un rato Kitty abordó el tema del futuro de Billa.

—Lo que descubrí —continuó Kitty— fue que de repente tenía un montón de tiempo para mí. Francamente, hasta entonces no me

había dado cuenta de cuantísimo tiempo se me iba solo en mi marido. Una barbaridad. Cuando las cosas se vayan calmando tendrás que pensar en buscarte alguna ocupación.

—¿Un trabajo, quieres decir? —preguntó Billa, tratando de imaginarse detrás de un mostrador—. A mí nadie me daría trabajo.

—Ah, te sorprenderías —se explayó Kitty—, aunque no tiene por qué ser un trabajo. Me refería a algo con lo que puedas entretenerte, aprender a hacer algo nuevo, algo que mantenga el cerebro en marcha: estudiar un idioma, empezar a pintar...

—Oh, eso sí que no podría hacerlo —se horrorizó Billa.

El pueblo estaba repleto de pintores aficionados, endilgándose unos a otros cuadros con vistas del estuario, sobrecargando sus paredes de un modo que a Billa siempre le había parecido deprimente. Llenando las paredes de los colegas con cuadros que más que otra cosa parecían amenazas o, todavía más deprimente, rehenes.

—Claro que podrías, y muy bien. Estoy segura —insistió Kitty sin haber entendido nada—. Estaba pensando... —continuó, apurando el vaso— que me haría muchísima ilusión ir algún día a Italia. Estaba pensando que tal vez, ummm…, ¿a principios de primavera?

—Bien pensado. No hará demasiado calor.

—Aunque el viaje sola debe de ser espantoso

—Seguro que te las arreglarás. —Billa se oyó decir a sí misma. Al fin y al cabo, Kitty solo quería ser amable, acababa de oír no sabía dónde que a las personas que acababan de sufrir una pérdida convenía aportarles alguna ilusión, algún objetivo—. Lo siento. No acabo de verlo. No te preocupes por mí. Estaré bien.

—¿Queda más? —preguntó Kitty agitando su vaso vacío.

Que Kitty se interesara por ella era una cosa, pero la situación de Billa parecía haberla convertido en una especie de bien público, en la principal preocupación de una amistad bastante absorbente.

—Deberías hacer algo nuevo —volvió a decir Kitty una mañana—. No quiero ni pensar cómo debes de pasar el día.

Estaban en la pequeña calle principal. Kitty la había convencido para que salieran a comprar unas cosas.

—Estoy bastante ocupada. ¡Sam!

—Hola, Billa, cariño —dijo Sam, que salía de la verdulería—. No puedo pararme: esta noche tenemos a unos amigos y todavía no he hecho nada. ¿Iréis mañana al club de lectura?

—¡Vaya por Dios, no me acordaba! Me temo que no he abierto el libro. Id vosotros. ¿Lo ves, Kitty? Estoy muy ocupada. Una pena que ni me haya acordado de leer el libro.

—No me refiero a esa clase de ocupaciones. Siempre es bueno hacer cosas nuevas. Espera, quiero entrar un momento aquí.

«Aquí» era la pequeña verdulería de la que acababa de salir Sam. Kitty era clienta habitual, solía decir que convenía apoyar al comercio local si no querían que los supermercados se apoderaran del mundo. Billa casi nunca se molestaba en ir hasta ahí; a ella los supermercados le parecían comodísimos.

—Buenos días —les dijo Kitty a los dos vejestorios antipáticos que llevaban el negocio. No le devolvieron el saludo—. Solo serán un par de cosas.

Billa se quedó esperando sin hacer el más mínimo esfuerzo por no parecer alguien que espera.

—Podrías apuntarte a clases de algo interesante —continuó Kitty —. Aprender mecanografía, o pintura. Y también está el teatro de aficionados. Ajo.

—Puede que tengas razón —admitió Billa.

Al tiempo que hablaba, Kitty agitaba los brazos como si de repente la hubiera asaltado la inspiración. Había olvidado que justo después del funeral le había dicho exactamente lo mismo. Detrás de ellas entró en la tienda una joven desconocida con un niño pelirrojo de aspecto enfermizo.

—Solo nos llevaremos unas cuantas manzanas —dijo la mujer—. ¿Quieres unas Golden Delicious?

—Solo me gustan las Granny Smith —protestó el niño.

Los dos tenían ese acento quejumbroso y monótono de Londres: veraneantes.

—Pero es que solo tienen Golden Delicious —insistió la mujer—. También están buenas.

—Ahora no recuerdo si… —dijo Kitty como si esperara que Billa le ayudara—, ¿me quedarán huevos?

Billa articuló un sonido evasivo. Los de Londres pagaron las manzanas.

—¿De vacaciones? —preguntó la mujer del verdulero mientras les cobraba.

—Sí, señora —contestó la turista—. Esto es muy bonito.

—A nosotros nos gusta —terció el verdulero.

Los observaron mientras salían.

—¡Estos quisquillas! Nada les parece lo bastante bueno —soltó el hombre en cuanto los dos hubieron cruzado la puerta.

Su mujer dejó escapar una risotada ordinaria.

Kitty no había oído nada, por lo visto, pero Billa se ruborizó, solía ocurrirle siempre que oía a alguien haciendo el ridículo. Hacía poco que había empezado a oír esa palabra y le parecía el insulto más burdo y pueblerino, la descripción de un londinense que solo un auténtico paleto emplearía.

Siempre había hecho la compra sin preocuparse demasiado por si iba a tiendas locales o a supermercados a los que había que ir en coche. Pero Kitty sostenía que había que contribuir a la buena marcha del comercio local, que los grandes supermercados que proliferaban por todas partes estaban acabando con los pueblos pequeños y que los tomates no sabían absolutamente a nada. Billa, de naturaleza apocada, normalmente no se lo discutía.

—¿Sabes qué? —dijo entonces Kitty— Que he salido sin nada de dinero. Voy a pasar un momento por el cajero.

—Yo te presto —propuso Billa.

No tenía más que una o dos bolsas de verdura, pero Kitty ya había salido dejando la cesta en la caja.

—Ya es la segunda vez que pasa hoy —dijo la mujer del verdulero.

—Sí, sí —respondió Billa, aunque después se dio cuenta de que no le hablaban a ella, de que podía no haber ni estado ahí siquiera.

—¿La segunda vez que qué? —preguntó el verdulero.

—Que alguien se va y dice que ahora vuelve. ¿Quién ha sido antes?

—El gordo ese —contestó el hombre—. Vive con su amigo, el abogado. Y dicen que es todo un lord. Son de esos, claro.

—¿Así que son amigos? Y el novio es todo un lord y encima abogado. ¡Menudo desperdicio, ya te digo!

Billa, ahí plantada mirando fijamente los baldes de patatas, experimentó esa invisibilidad que al parecer la soledad le había conferido. Ya le había oído esa misma anécdota a Sam: el modo en que la gente se refería a Harry y a él cuando no había nadie delante. Era como si los verduleros estuvieran repitiendo su mejor interpretación por deferencia al público. Pero eso no era cierto, porque no había público, ella ni siquiera contaba. Así era cómo hablaba siempre la gente cuando no había nadie que le importara.

10

Estaba a punto de llegar a su casa cuando la abordaron desde el otro lado de la calle.

—Señora Townsend —dijo una voz.

Billa se volvió y resultó que era, no se lo esperaba, esa artista que había ido al funeral. Creía que se había librado de ella. La mujer vestía una especie de cortinaje negro y morado bajo el que ocultaba un vestido ajustado, por fuera eran todo chales y gasas. Atravesó la calle con un andar inseguro, tambaleante, como si tuviera un poco de prisa. Billa esperó un momento consciente de que tenía que ser educada, tratando de erradicar la expresión «andares de pato» hasta de sus pensamientos.

—¿Cómo está? —preguntó la mujer.

—Muy bien, dentro de lo que cabe —respondió Billa repitiendo su fórmula—. Reconozco que ha sido un golpe muy fuerte, pero creo que ahora tengo claro por dónde voy a tirar, muchas gracias.

—Ah, me alegro de oírlo. Solo quería decirle... Espero que no sintiera que la estaba importunando, al venir al funeral.

Era un comentario tan fuera de lugar que Billa no respondió, solo ladeó la cabeza. Kitty la saludó con la mano desde el otro lado de la calle; Billa se había olvidado completamente de ella y en vez de quedarse a vigilar la cesta, la había dejado en la verdulería.

—Soy Sylvie —se presentó la mujer—. Me parece que no debe de recordar mi nombre.

—No, la verdad es que no. Me temo que no recuerdo que nos hayan presentado.

Sylvie hinchó las mejillas, respiró, inhaló aire ruidosamente y se abanicó con las manos a pesar de que no hacía calor.

—Bueno, no me extraña. Cómo iba a acordarse: tuvo que ser un golpe muy fuerte para usted. Cuando esos gamberros la tiraron al suelo hace un par de meses, fui yo quien le ayudó a levantarse y la llevó a la quesería pequeñita de su amigo. Sam, se llama, ¿verdad?

—¡Vaya!

Lo que más odiaba Billa del mundo eran los desaires: creerse demasiado buena para saludar a alguien; mostrarse desagradecida con el humilde acto de tender la mano a otro ser humano. Era algo que siempre había detestado. Las humillaciones y los momentos más dolorosos del funeral la habían llevado, contra todos sus principios, a desairar a alguien a quien había creído no conocer. ¡Despreciar la amabilidad de alguien de esa manera! Billa no era así, no creía que lo fuera. Durante unos instantes se preguntó si podría transformar el saludo que le había dirigido en el funeral en un agradecimiento común y corriente; no se acordaba de cuáles habían sido sus palabras, pero por el ambiente que se respiraba entendió que no podía.

—¡Oh, querida! ¿Qué debe de pensar de mí? Lo siento muchísimo. Fue un detalle por su parte venir al funeral de Tom. Y nunca le agradecí lo que hizo. No sé qué habría hecho sin usted, probablemente me habría quedado tirada en la calle.

—No pasa nada. No pretendía regañarla. Ese día no estaba usted demasiado fina, ya lo vi.

—Pues la verdad es que no. No lo estaba. De verdad que lo siento. Yo nunca hago estas cosas.

—De todos modos, estoy segura de que cualquier otra persona la hubiera ayudado. Solo que por casualidad yo estaba cerca.

—Aunque lleve razón, fue usted quien lo hizo. Y nunca le di las gracias. Lo siento muchísimo.

—Bueno, me las ha dado ahora —sonrió Sylvie.

—Entonces ya somos amigas —respondió Billa.

No tardaron en decir que, en ese preciso momento, no tenían nada que hacer. Billa invitó a Sylvie a tomar un café a su casa; todavía quedaba bizcocho de frutas del funeral, y quedaría durante meses. Pero cuando Sylvie le propuso a Billa que fuera a la suya a tomar un café, sin poder prometer mucho más que el café mismo, «aunque te puedo preparar una tostada o algo», a Billa le tentó la idea y aceptó. Como dijo Sylvie, mientras paseaban amigablemente por las callejuelas, entre glicinias y magnolios, pasando frente a las hileras de adosados, las casas de beneficencia y las majestuosas mansiones blancas del siglo XVIII, Billa ya había excedido su cupo de anfitriona. A veces también era agradable ser el invitado, aunque la atención no fuera del todo la adecuada. Y tenía razón. Billa se acordó de Kitty que volvería azorada de la tienda, con su bolsa de la compra reutilizable con verduras para toda la semana; llamaría a la puerta de Billa, incluso trataría de abrirla y se sorprendería de que Billa no hubiera vuelto y no estuviera disponible para recibir sus desvelos y su compasión. Billa había descubierto que ese ofrecerse como objeto de preocupación y compasión era lo más agotador de todo, tan agotador como esmerarse para que un niño pequeño tenga todo lo que necesita. Se alegraba de ir a casa de una desconocida, aunque solo fuera durante un rato.

—Ya había oído hablar de ti —dijo Billa en la cocina de Sylvie—. No por tu nombre, pero he oído lo que dicen de ti.

—No tenía ni idea.

—No, quiero decir... Bueno, dicen que eres artista, eso es lo que he oído.

—Vaya, si eso es lo peor...

—Sí, sí. Me temo que eso es lo peor que he oído.

—Bueno, enseño arte a los chicos de Barnstaple. Nada verdaderamente sublime.

—Pero ¿tú no te dedicas a hacer arte? Hacer arte...; eso ha sonado muy raro. ¿Se dice así, «hacer arte»?

—«Hacer arte» está perfecto —contestó Sylvie con una sonrisa—. Sí, hago arte, incluso cuando nadie está mirando o cuando acaparan mi atención tratando de comerse las barritas de pastel o de esnifar

pegamento, que es como paso los días ahora, intentando que no hagan esas cosas.

—¿Y me enseñarás algún día tu arte?

Sylvie dejó la taza de café sobre la mesa y la miró como si la evaluara. En la cocina donde estaban no había un desorden tan atroz como se había figurado Billa. Encima de una hoja de periódico junto al fregadero había dos cuencos para un gato, y el animal había esparcido el pienso de su cena por buena parte del suelo. Había dos platos llanos, una cacerola y dos copas de vino en el fregadero, junto a las cosas del desayuno, y una botella vacía en el escurridor. A la mesa a la que estaban sentadas no le habría ido mal que le pasaran un paño: las migajas del desayuno y algunos copos de muesli seguían ahí. Billa había visto cosas peores.

—¿Enseñártelo algún día? Bueno. No veo por qué no. Aunque no me dedico precisamente a las acuarelas.

—Por aquí ya hay demasiados acuarelistas. Mi amiga Kitty hace tiempo que se quedó sin temas interesantes, así que empezó a pintar lo mismo una y otra vez. Todavía está con las fotos de sus vacaciones en Túnez de hace dos años: apoya una arriba en el caballete y se limita a copiarla, con la lengua fuera, así, ya sabes.

—Sí, me lo imagino. ¿Y qué pasa cuando se le terminan las fotos, las fotos que sirven, por lo menos? Me imagino que hasta Kitty hará fotografías que nadie querría convertir en acuarelas.

—Pues casi ha acabado, me parece. Casi ha llegado al final del montón. En realidad no hay montón, porque ahora todo es digital. Supongo que volverá a pintar las vistas desde Wolf Walk. O podría ir de vacaciones a otra parte y sacar más fotos. Pero tú no eres esa clase de artista.

—No, no me parezco mucho a Kitty. Pero antes sí, trazaba líneas en papel o lienzos y convertía cosas sólidas en figuras sobre pedestales. Una vez hasta tallé un trozo de olmo.

—El veteado es precioso. Eso sí que lo sé: el veteado del olmo es precioso.

—Sí, muchísimo. Pero me paso el día enseñándoles esas cosas a los críos, y la verdad es que no me apetece empezar con lo mismo cuando llego a casa. Ahora hago otro tipo de cosas.

—¿Las puedo ver?

Sylvie volvió a mirarla como si la quisiera calibrar. Y después, por lo visto, decidió que sí se lo iba a enseñar. Se levantó y fueron juntas al jardín. Había que cortar el césped y a los parterres les habría ido bien que les quitaran los hierbajos pero, como la cocina, tampoco estaba tan mal. La caseta, acaso estudio, no estaba adosada a la casa: había que salir por la puerta de la cocina y cruzar el patio, explicó Sylvie. Era bueno sentir una mañana de invierno que había que ir al trabajo; salir de tu casa cómoda y calentita y moverte, aunque fuera un trayecto tan corto, a tu lugar de trabajo. Desplazarse para ir al trabajo era bueno, explicó Sylvie; un viaje que duraba veinte segundos le bastaba.

—Pues ya estamos —dijo Sylvie dándole al interruptor.

Una intensa luz fluorescente inundó el estudio.

—Si quitaras todas esas hojas —dijo Billa señalando con la cabeza al techo de cristal—, no necesitarías luz artificial.

—Tienes razón, debería hacerlo. Pero es que me da terror caerme encima del cristal y que se rompa, subirme con una escalera, inclinarme demasiado, perder el equilibrio y... —se estremeció— No podría.

—Que lo haga otro.

Sin contar el trastero donde Kitty almacenaba las pinturas, el caballete y todas las obras que no había vendido, Billa no había estado nunca en el estudio de un artista. No esperaba encontrarlo tan ordenado. A un lado, en un casillero, había páginas de revistas toscamente arrancadas, etiquetadas con los signos masculino y femenino. Sobre un estante había cajas de material artístico —pasteles y pintura al óleo, lápices y carboncillos— y abajo, pilas de papel, libretas de dibujo y dos grandes lienzos en blanco. El espacio de trabajo, de formica blanca, medía dos o tres metros. Encima, junto a una guillotina pequeña y un objetivo telescópico, había un organizador de oficina lleno de cosas aparentemente muy útiles: pegamento, tijeras, lápices, gomas de borrar y sacapuntas. Apoyada en la misma mesa, vio lo que parecía ser una obra acabada. La vista de Billa ya no era la que había sido.

—Se podría decir que es impresionista —murmuró al contemplar esa imagen palpitante, manchada y rosa.

No parecía representar nada en concreto, pero el efecto ondulante de esas pequeñas pinceladas en tonos rosa, blancos y marrones le recordaron las pinturas impresionistas que alguna vez había visto cuando había viajado a Londres de visita a la Royal Academy. Se puso las gafas, e inmediatamente se dio cuenta de que no eran pinceladas lo que había logrado ese efecto, sino un collage de miles de minúsculos recortes de revista.

—Ah, muy ingenioso —dijo educadamente mientras se acercaba a la obra.

Entonces, de golpe, advirtió que todo eso, todos los pedacitos que componían la imagen, eran partes pudendas masculinas recortadas y pegadas.

—¡Santo cielo! ¡Qué impresión!

—Suele pasar.

Su expresión era inescrutable. ¿Había querido escandalizar a la vieja que la había ofendido? Billa no lo creía. Sylvie era directa y le estaba enseñando a Billa su trabajo, sin más.

—Entonces, ¿recortas esto de dónde? ¿De revistas? ¿Y después qué? Perdona, es que me gustaría saber cuál es el procedimiento.

—Primero las guardo en tarros; estos de aquí.

Había nueve, organizados de más claro a más oscuro de izquierda a derecha.

—Los organizo por color —continuó Sylvie—. Los más claros aquí, y los más oscuros aquí. En realidad solo me interesa el color. Lo demás...

Sylvie continuó hablando: sobre la cola, el lienzo, el esmalte vidriado, sobre lo difícil que era encontrar material, y Billa iba diciendo «claro, claro», al principio por educación, pero después con verdadero interés, implicándose. Le parecía una empresa interesante. A parte de los de Tom, Billa nunca jamás había visto los genitales de un hombre. Rebuscó en su memoria, pero salvo la vez que fue a ver *Equus* veinte años atrás, y un par de cosas por el estilo, parecía que ese era el caso. «Ya veo», repetía Billa. Le gustaba la seriedad de Sylvie y la iba situando en su contexto, entre

los ceramistas y los artistas del tapiz, entre los que perpetraban maceteros de macramé y los paladines del batik. Al parecer, ocupaba un lugar en el pueblo por el que sentía gran devoción: era la autora de *découpages*, como los llamaba ella; la corta pililas de la comunidad. Hacia última hora de la mañana, después de que Sylvie le alcanzara unas tijeras de hoja curva, Billa ya recortaba partes pudendas de hombres desnudos, y lo hacía con mucha maña.

11

Miranda solo llevaba cinco minutos hablando cuando la puerta del aula se abrió a sus espaldas. No hizo caso: los estudiantes no eran demasiado dados a llegar a la hora, y ella los dejaba ir y venir más o menos a su aire. Siguió hablando, leyendo sus apuntes sobre *Robinson Crusoe.* Era un aula sin ventanas, mal iluminada por unas luces teóricamente regulables, y a su clase le habían asignado el jueves a las tres de la tarde, una hora mortal. A Miranda le gustaba echarse una siestecilla a esas horas. Estaba acostumbrada a enfrentarse a un público amodorrado y de ojos apagados entre el que se abrían numerosos claros. Se sorprendió de que los estudiantes estuvieran súbitamente atentos y de que se hubieran puesto a hablar entre ellos con el lápiz y el bolígrafo abandonado sobre el cuaderno.

—Como estaba diciendo… —dijo Miranda para recuperar su atención volviéndose hacia un lado para ver cuál era la causa de ese alboroto, si es que había alguna.

Alarmada, vio a dos agentes de policía en el aula, cada uno con su gorra en la mano.

—¿Podéis prestarme atención un momento, por favor? —preguntó uno de ellos antes de que el walkie-talkie de su cinturón cobrara vida con un crujido eléctrico—. Voy a tener que interrumpir la clase. ¿Está aquí Faisal Ahmed?

—Fa-i-sal —repitió Miranda corrigiéndole la pronunciación—. No, no hay nadie con este nombre en mi clase.

Faisal Khalil estaba sentado en la tercera fila. ¿Era fruto de su imaginación, o las chicas que tenía a ambos lados se habían

separado un poquito? Entonces él levantó la mano, tal vez admitiendo que, al ser el único de la clase que no era blanco, era cuestión de tiempo que el policía le preguntara directamente quién era.

—Puede que se refieran a mí. Ahmed es mi segundo nombre.

El más grandote de los dos policías lo miró y salió del aula. Se lo podía oír hablando entre dientes por el walkie-talkie. Un murmullo nervioso fue creciendo en el aula.

—Silencio, por favor. —Se dirigió a los agentes—. ¿Quién les ha dado permiso para irrumpir en mi clase?

El policía no lo sabía. Al cabo de un momento, su compañero entró de nuevo.

—Bien —dijo a Faisal—. ¿Eres Faisal Ahmed Khalil?

Faisal asintió.

—Hemos confundido tu apellido con tu nombre de pila —explicó el agente.

—Es nombre, pero no de pila —declaró Faisal con bastante razón.

—Necesitamos que nos acompañes, por favor —dijo el policía sin hacer caso de su irrelevante objeción.

Faisal, resignado, como si hubiera estado esperando algo por el estilo durante toda la vida, se levantó, guardó el libro, los apuntes, los bolígrafos y los lápices, y salió detrás de los agentes.

—Lo dejaremos aquí por hoy —dijo Miranda a los alumnos, pese a que solo había llegado a la mitad de la primera hoja de apuntes sobre la naturaleza del capitalismo y *Robinson Crusoe*.

De todos modos, ya había perdido la atención de los alumnos y no podría recuperarla. Por ella podían irse tan a gusto a leer un libro sobre el tema. Salió del aula a tiempo de ver por la doble puerta de cristal cómo ayudaban a Faisal Khalil —sin empujones, le estaban ayudando, sin duda— a subir al coche patrulla. Con sus documentos, se apresuró escaleras arriba hacia el despacho de Benjy. Llamó con un breve toque y entró sin esperar respuesta.

Benjamin estaba sentado a una mesa con alguien que ella vagamente reconocía como administrador de la universidad o algo así. Daban la impresión de estar repasando unas cifras.

—¿Sabías que esto iba a pasar? —dijo Miranda apenas entró.

—Disculpa, Miranda —respondió Benjamin—. Estamos con algo importante.

—Lo mío es muchísimo más importante. ¿Le has dado permiso a la Policía para que entre en mi clase?

—Disculpa, pero no sé de qué me hablas. Es Miranda Kenyon, una de nuestras profesoras titulares —añadió para informar a los de administración.

—Dos policías acaban de meterse en mi clase, en el aula tres. Me han hecho parar y me han preguntado si Faisal Khalil estaba ahí. Luego se lo han llevado. ¿Tenían tu permiso?

—Estoy seguro de que no habrían venido sin autorización —señaló el de administración. Miranda lo reconoció: era uno de los tantos vicerrectores adjuntos—. Estoy seguro de que tendrían una buena razón para entrar —añadió.

—Y yo estoy segura de que no. Benjamin, ¿les diste permiso a los agentes para entrar en mi clase y detener a un estudiante delante de cien compañeros?

—Me parece que no hay necesidad de que conteste a esa pregunta.

—La verdad, no creo que podamos impedir que la Policía cumpla con su legítimo deber —dijo el vicerrector adjunto—. No es como para que te pongas así.

—Tal vez debería añadir que el alumno es el único de su promoción que no es blanco. No tengo ni idea de qué creen que ha hecho, pero esta historia no me parece nada sensata.

—Estoy seguro de que la Policía sabe lo que hace —añadió Benjamin siguiéndole el juego al otro—. No creo que haya nada por lo que tengas que preocuparte.

—Así que te parece perfecto que la Policía se presente a detener a nuestros estudiantes de la manera más pública que se pueda imaginar, ¿no es eso?, sin molestarse en informarnos. ¿Así es como vamos a empezar a aplicar el protocolo disciplinario?

—Disculpa, Miranda —dijo el vicerrector adjunto en tono cortés—. Miranda, ¿no? Lo siento, pero es que estábamos tratando un tema muy muy importante. Hemos escuchado lo que tenías que decir,

pero me temo que tenemos que pedirte que nos dejes continuar con esto.

Lo dijo señalando la mesa que tenía delante, cubierta de papeles —informes, documentos de debate, propuestas institucionales, todos escritos por gente que pensarían «Esta propuesta fue planteada por el vicerrector y por mí en marzo de 2007». Miranda dio media vuelta y dejó que siguieran empleándose en las tareas de los enemigos de la literatura.

—Un poco menos de preocupación por su parte por el bienestar de los estudiantes, un poco menos de intromisión… —reflexionó Benjamin—. Para serte sincero, lo agradecería mucho.

—Sí, conozco a esa clase de gente —respondió el vicerrector adjunto sin alterarse lo más mínimo.

12

—Amy va y dice: oye, puedes decirle al cantante que quiero casarme con él, ¿sabes?, y ella le dice, pues entras en su Myspace y se lo dices tú o me das tu número y se lo digo yo. Bueno, ¿qué tal el fin de semana? Guay. Porque uno bastante cutre llamó a ese William nosequé, ¿sabes? ¿Sabes el amigo de Amy, Joe, el que es así rubito, pues como era su cumpleaños le consiguieron una entrada, y el del trombón era increíble, no paraba de bailar, increíble. Estábamos en los asientos más altos, en el anfiteatro, y no paraba de mover las caderas y el cantante tampoco paraba de moverlas, ¿sabes?, y el trompetista iba todo de blanco. ¡Pero todo apestaba a pis!

Delante de Mauro había una chica sentada hablando por el móvil. Llevaba hablando desde que el tren había salido de la estación de Paddington; hablaba sin parar por el pequeño micrófono integrado en los auriculares sin decir nada que tuviera demasiado sentido. Se habían detenido en la primera estación de la línea, Reading, y la chica seguía dale que te pego; al salir de la estación, seguía conversando.

—Esto es de locos —dijo Mauro en voz alta por el volumen de su voz y las tonterías y la incontinencia de la chica.

A su alrededor, la gente la miraba fijamente, levantaba el periódico y hablaba de ella a voz en grito.

—Una gente muy rara por ahí —continuó a grito limpio—. Sí, acabamos de llegar a Reading.

Era la segunda vez que Mauro cogía un tren en Inglaterra, y no es que los cogiera a menudo en Italia, su país. Sabía cómo se hacía, pero siempre había tenido cerca a alguien que lo acercara en coche a donde fuera; al fin y al cabo, tampoco había ido a tantos sitios, ni lo había necesitado. Lo había hecho todo mal. Había ido a Paddington, se había puesto a la cola y había pedido un billete a Hanmouth. El hombre de la taquilla no lo había entendido o no conocía el lugar; Mauro lo deletreó lo mejor que pudo y el empleado lo buscó. Al final le pidió una cantidad de dinero tan desorbitada que Mauro le dijo que no quería viajar en primera. Cuando el hombre le señaló su error, él pensó en no viajar. Y también pensó en que los padres de David lo esperaban. Al final, reticente, enfadado, pero con la sensación de estar haciendo lo correcto y de que le estaba costando casi cien libras, sacó la tarjeta de crédito con la esperanza, casi, de que se la rechazaran. La otra vez que había cogido el tren, esa única vez, no pagó. Fue un domingo, escapando del hospital al que habían llevado a David, y había calculado muy acertadamente que no habría revisores. Entonces no pagó el billete; ahora que el compromiso era más serio, pensó que debía pagar.

Al final, lo que salió peor parado de la historia fue su cuenta corriente. Se subió al primer tren hacia Bristol, donde tendría que hacer transbordo. Se quedó en un asiento con mesa, pero al cabo de un rato llegó una familia de cuatro —obesos, sobrecargados, jadeantes y malhumorados— y todos se quedaron de pie frente a él examinando sus billetitos color naranja y hablando entre ellos con fingido desconcierto. Al final, Mauro entendió que lo que querían era que se fuera; que, a saber por qué, consideraban que el asiento que ocupaba tenía que ser el de ellos. Los ingleses eran raros: habían logrado que se cambiara de asiento y reconociera su error sin ni siquiera dirigirle la palabra, sin ni siquiera mirarlo a la cara. Mauro caminó por el tren. Instintivamente se habría sentado en el siguiente asiento libre, pero entonces entendió lo que significaban esas fichas

en los respaldos. Siguió avanzando de vagón en vagón, todos los asientos parecían estar ya ocupados; ocupados, no, reservados. Al final llegó a un vagón inhumano, lleno a reventar e impregnado de un olor dulzón en el que hacía un calor terrible. Allí los asientos no estaban reservados; allí era donde iba la gente como él, los que no habían planificado el viaje o no habían reservado asiento. Esos inútiles andaban a empujones y se agolpaban unos contra otros. Mauro quería pasar de largo, pero cuando al final consiguió llegar a la siguiente puerta, vio otro cartoncito blanco de reserva en el siguiente vagón. Dio media vuelta y se sentó en un asiento que miraba hacia atrás creyendo que había tenido suerte. Entonces, la chica que tenía al lado contestó al teléfono y se puso a hablar.

La llamada de la madre de David había sido una sorpresa. Ese día todo había sucedido como si estuviera en un sueño. Había llegado una ambulancia y un policía se había llevado a Mauro escaleras abajo para seguir a la ambulancia en el coche patrulla. Pasó un rato sentado en la «sala de espera para familiares». Lo que mejor recordaba de ese día eran los tonos melocotón y albaricoque de esa sala anodina y lo mucho que se aburrió ahí sentado. Estuvo andando arriba y abajo, contó las flores del cuadro que colgaba en la pared y realizó algunos experimentos tontos con su cuerpo: ¿se podían poner los pies en línea recta juntando los dedos gordos? Había vaciado su bolsa de viaje para volver a ordenarla; avergonzado, se dio cuenta de que alguien había encontrado ese precioso pajarito esmaltado entre sus pertenencias y se lo había quitado. No sabía por qué hacía esas cosas, francamente. Ese era el tipo de comportamiento que tenía que cambiar. Entró una enfermera y le preguntó si quería telefonear a la familia de David, pero Mauro pensó que sería mejor que se encargara el hospital. ¿Tenía el número? No, David lo tendría en su teléfono móvil, sin duda, en el bolsillo.

—Me parece que sería mucho mejor que los llamaras tú, si los conoces aunque sea un poquito —insistió la enfermera—. Sé que es difícil, y si sigues prefiriendo que llamemos nosotros, llamaremos. Mauro seguía prefiriéndolo. En ese momento se acordó de que David todavía tendría en el bolsillo el medio gramo de coca del que tanto

había presumido. Cuando la enfermera se marchó para ir a buscar el teléfono en el bolsillo de David o en la bandeja que contenía el sinfín de pertenencias inútiles que David almacenaba en sus caderas como un mamífero rumiante, Mauro cedió a la tentación. Salió de la sala caminando deprisa y enseguida llegó a la entrada principal del hospital. Había un taxi, y Mauro se metió bruscamente en él confiando en la divina providencia.

—¿Roberts? —preguntó el taxista. Mauro asintió—. ¿A la estación de tren, entonces?

Y Mauro, al dejar pesadamente su bolsa de fin de semana a su lado, sobre el asiento, dijo que eso era lo que le había pedido por teléfono, ¿o no? Se montó en el primer tren hacia Bristol porque sabía que era una ciudad grande y luego cruzó el andén para hacer transbordo a otro tren que iba a Londres, donde, al llegar, encontró todas las barreras abiertas, y por fin salió andando de la estación sin más, con la bolsa golpeándole la rodilla a cada paso. Apenas pensó en David, y antes de entrar en el metro, llamó a Christian y le preguntó si estaba por ahí y en qué andaba.

Su tren llegó a Bristol y cambió de andén para hacer transbordo; quiso pedir un café en el bar subterráneo, pero llegaba tarde, había cola y se acordó de cuánto le había costado el billete. El siguiente tren era más corto, solo tenía tres vagones y paró en diez pueblos antes de llegar a Barnstaple. Cuatro o cinco pasajeros se saludaron como si se conocieran desde hacía tiempo, ya no reinaba ese silencio tenso de telón de fondo de un monólogo telefónico, y la gente se puso a conversar. En Barnstaple volvió a cambiar de tren. En la estación se respiraba un orgullo de pequeña ciudad: había jardineras con flores y frescos de viajeros de estilo renacentista. El tren a Hanmouth esperaba en la vía uno.

—¿Tiene billete para este tren, caballero? —le preguntó el jefe de estación, y él se lo enseñó.

Parecía que en el tren ahora todos se conocían: charlaban y revoloteaban como niños a la salida del colegio, como si estuvieran de fiesta, como si fueran una bandada de cuervos, y Mauro se sintió casi marginado. Se preguntó si volvería a ver a esos dos hombres. Probablemente no, no iba a pasar ni siquiera una noche allí. Mientras

el tren avanzaba de estación en estación alejándose de las afueras de Barnstaple y acercándose a estaciones con carta de naturaleza propia, Mauro miraba por la ventanilla sin reconocer nada. Les había dicho a los padres de David a qué hora lo dejaría en Hanmouth su combinación de trenes. Llegaron a la pequeña estación después de cruzar un paso a nivel con coches y peatones que esperaban a cada lado, algunos con perros que, nerviosos, alzaban la vista ante el gran rugido del pequeño tren de cercanías. En el andén había una elaborada obra de jardinería ornamental, una especie de seto que decía «Hanmouth», y ahí lo esperaban los padres de David. Cuando el tren entró en la estación, se pusieron a mirar detenidamente el interior del vagón, pero le resultaba más fácil a Mauro verlos a ellos: graves, tensos, preocupadísimos. Estaban cogidos de la mano como niños pequeños.

—Hola, Mauro —dijo Catherine dándole la mano con una especie de sonrisa.

—¿Ha ido bien el viaje? —preguntó Alec.

Mauro dijo que sí.

13

—Podemos hablarlo mañana —le dijo Ahmed Khalil a Tony, haciéndolo salir del despacho y apagando las luces—. Ya sé que cuesta de asimilar, y seguro que querrás sopesar tus opciones.

—Ya he sopesado mis opciones —respondió Tony, que iba delante de Ahmed casi vuelto de espaldas—. Llevo meses sin pensar en nada más que en el futuro de la enseñanza de alemán en esta ciudad.

—Y ahora tienes la oportunidad de enseñar cine y medios audiovisuales. O no, como prefieras. Piénsalo esta noche más tranquilamente o durante el fin de semana.

—Preferiría hablarlo ahora —insistió Tony.

—Ahora no puede ser. Lo siento, Tony, no puede ser.

Era jueves por la noche. Hacía unas semanas que Ahmed le había dado a Kenyon una llave de su casa: parecía lo más sensato, así Kenyon podía ir y venir sin problemas. Desde entonces, Kenyon se

las había ingeniado para salir del trabajo en Londres los jueves, poco después de la hora de comer. Diría, le contó a Ahmed, que tenía que trabajar en casa, y lo cierto es que llegaba con un maletín con la ropa interior dentro. Ahmed no tenía ni idea de qué le decía Kenyon a su mujer; que supiera, ella nunca lo había llamado estando él en su casa. A Ahmed le había tocado quedarse un rato después de clase por esa reunión con Tony sobre el futuro de la enseñanza de alemán y la necesidad de Tony de encontrar más especialidades que justificaran su existencia. Pensaba en Kenyon, que probablemente ya estaría en su casa de Missouri Avenue esperándolo, y de repente se sintió complacido. Abrió la portezuela y, muy ágil, se montó en el coche.

—¿Qué pasa? —preguntó Kenyon cuando Ahmed cruzó la puerta.

No estaba tumbado en la cama del piso de arriba, como sucedió una vez. Eso de Kenyon no te lo esperarías nunca: al final, cuando Ahmed ya llevaba media hora en casa, Kenyon tuvo que gritar desde arriba para llamar su atención. Se acercó a Ahmed y se besaron; un beso largo, intenso y sonriente. Ahmed se dio cuenta de que Kenyon llevaba sus zapatillas viejas de piel; le encantaba que gastaran exactamente la misma talla de casi todo —medían uno setenta, calzaban un cuarenta y dos y gastaban una treinta y cuatro de cintura y una cuarenta de cuello—, y también le encantaba que Kenyon pudiera entrar en su casa y ponerse cómodo con sus zapatillas amarillas descoloridas, agrietadas y blanditas. Una vez hicieron un experimento y se vistieron con la ropa del otro; pensaron que iba a ser divertido, como vestirse de manera estrambótica o ponerse un disfraz, pero lo hicieron y no se notaron nada raro. Parecían adaptarse perfectamente el uno al otro, sin más, como les había ocurrido desde que se conocieron esa vez que coincidieron en mesas contiguas en el Caffè Nero mientras Kenyon hacía tiempo, un día en que Miranda estaba dando un curso de extensión universitaria. Se habían puesto a hablar, habían salido juntos del bar y habían caminado en la misma dirección. Y, lo que resulta más sorprendente, habían acabado en la cama solo dos horas después de que Ahmed le vertiera un vaso de agua en los zapatos a Kenyon.

«Eres tú —había dicho Kenyon más de una vez para explicar su inclinación normal—. Creo que solo me pasa contigo.»

«Bueno, eso da igual», respondía Ahmed. A él no solo le pasaba con Arthur, que es cómo lo llamaba, y debía ser la única persona en el mundo que lo hacía. O al menos no le había pasado solo con Arthur. Pero ahora sí. Le gustaba su rostro ancho, sus ojos siempre perplejos tras esas gafas de hipermétrope que los agrandaban, su desaliño como de chiquillo, sus pelos alborotados al final del día, sus simpáticos labios finos, sus hombros blancos como la leche y poblados de pecas. En fin, le gustaba todo de él. A veces, incluso, Ahmed miraba a Kenyon y pensaba en el futuro.

Kenyon también miraba a Ahmed; le gustaba su rostro perspicaz y perplejo, resolutivo, el intenso blanco de sus ojos y de sus dientes cuando sonreía, y el suave color de sus mejillas. Se preguntaba en qué estaría pensando: parecía contento de verlo.

—Solo hay pechugas de pollo de Marks & Spencer —dijo Ahmed—. Y ensalada. ¿Te apetece?

—Perfecto. No vengo por la comida. ¿Qué tal?

—Bueno, lo normal. En el trabajo hay gente que es difícil porque se empeña. Una niña de catorce años embarazada.

—¿No hubo una embarazada de catorce años el mes pasado? ¿Es la misma?

—No, es otra. Debe de ser contagioso. Y —eso lo dijo rápido, como para quitárselo de encima— Faisal tiene problemas. Mi hijo Faisal.

—¿Ah, sí? Cuánto lo siento.

Kenyon aflojó los brazos con los que tenía agarrada la cintura de Ahmed y se inclinó un poco hacia atrás para mirarle la cara. No daba la impresión de estar especialmente preocupado. Se acordó de que Faisal estudiaba en la facultad donde Miranda daba clases, pero no quiso mencionarlo ni sacar el tema.

—Se hace llamar Phil —explico Ahmed—, o al menos eso hacía. Creo que tal vez haya empezado a recuperar el nombre de Faisal.

—¿Es algo grave?

—Bastante grave. Pero no hablemos de él.

—No lo he visto nunca. ¿Dónde vive?

—En una residencia universitaria, a solo cinco minutos a pie de aquí. No sé por qué. Saben muy bien lo que quieren; no quería seguir viviendo con su padre, pero sigue trayendo a casa la ropa para lavar. Aquí tiene su habitación.

—Yo estoy contando los días —dijo Kenyon. Ahmed lo miró con curiosidad—, para que Hettie se vaya de casa. Está en una fase complicada.

En realidad, no quería perder el tiempo hablando de sus hijos, de Faisal y de Hettie. Durante unos instantes le pasó por la cabeza una absurda fantasía: sus hijos se conocían, se caían bien y se enamoraban; ya imaginaba una curiosa doble boda.

Ahmed vivía en una hilera de casas de estilo victoriano. La suya tenía tres plantas, y la ventana de la planta baja sobresalía por encima de una parcela de tierra minúscula y de los restos secos de matas que nadie cuidaba. La casa, por el contrario, bien cuidada, estaba recién amueblada y tenía un nosequé anónimo. A veces Kenyon se sorprendía de que apenas hubiera nada en la casa que delatara un origen paquistaní; pero Ahmed nunca había estado en Pakistán, claro está. Había nacido en Londres a finales de los sesenta, y desde lo que, por lo visto, había sido un divorcio humillante y doloroso, su hijo y él llevaban una vida completamente inglesa: comían sus platos preparados de Marks & Spencer en muebles de Habitat. Kenyon creía que tal vez ahí hubiera algo de distanciamiento deliberado, pero él había conocido a otros profesionales de muchos ámbitos que hacían lo mismo, incluso en la India o en África: gente a la que le entusiasmaba despojarse de cualquier elemento que pudiera situarlos a menos de mil kilómetros de un lugar concreto. El entorno de Ahmed, su casa, su decoración, su comida, su manera de hablar y de vestir, eran deliberadamente impersonales e indefinibles. Aunque, en realidad, no era el profesional neutro, inclasificable e intercambiable lo que tanto le gustaba y atraía a Kenyon de Ahmed. No le daba la menor importancia.

Ahora, después de esos meses, se conocía la casa de Ahmed de arriba abajo, incluso la preservada habitación de Faisal. Ahmed debía de haber olvidado que también se la enseñó la primera vez que llevó

a Kenyon a su casa. Entonces Kenyon le quitó la bolsa de plástico de las manos y la dejó en el suelo del recibidor. Ahmed, que era muy atento, había comprado una botella de vino; él no bebía y no entendía del tema, solo sabía que debía gastar más de siete libras y menos de diez en una botella, y a menudo llevaba un fuerte tinto espumoso australiano para acompañar el pescado o cava para beber con un pastel de ternera. Se sentaba a observar cómo Kenyon se la bebía lentamente, con educación, saboreándolo, y Kenyon nunca había hecho sugerencia alguna acerca del próximo vino, ni quería hacerla. Agarró de las manos a Ahmed, la derecha con la izquierda y la izquierda con la derecha. Lo besó, y los labios de Ahmed se quedaron pegados a los suyos mientras subía de espaldas las escaleras; si Kenyon lo guiaba de espaldas hacia arriba, si Ahmed lo seguía, eso ninguno podía saberlo con certeza, porque los dos, aunque parezca mentira, estaban pensando lo mismo: qué se sentiría al subir las escaleras de cara o de espaldas besando a la persona que ahora los besaba. Kenyon pensó en qué sentiría si fuera Ahmed y estuviera besando a Kenyon, y Ahmed qué se sentiría al ser Kenyon y besar a Ahmed. Ambos, felices, envidiaron al otro, y en un momento, chocándose contra mesas y sillas y algún que otro cuadro que encontraron por el camino, con los ojos cerrados, llegaron al cuarto de Ahmed y como un solo cuerpo cayeron en la cama.

14

En los mapas, Wolf Walk ascendía extendiéndose hacia las afueras de Hanmouth como un dedo que señalara al cielo. El Strand iba a morir en algunos caserones de estilo holandés, una casa de estilo Reina Ana y una villa de los años treinta que el analista financiero convertido en pintor abstracto había restaurado con acero, vidrio esmerilado y una puerta doble de fresno que giraba sobre un eje central. Después la calle doblaba a la izquierda y un pequeño embarcadero adoquinado conducía al caminante todavía más allá: hasta Wolf Walk. Pasaba junto al muro de piedra que medía casi un metro y medio de altura. Del otro lado del muro había un huerto de

perales del que no se podía esperar gran cosa en ese ambiente donde imperaban el barro y la sal. Wolf Walk propiamente dicho era un camino casi recto de metro y medio de ancho que bordeaba el estuario. Aves zancudas, fochas, gaviotas y patos se paseaban por el fango aterciopelado ignorando a la gente, hurgando con su pico en el estuario en busca de gusanos y larvas, echándose alguna breve carrera para intimidar a los rivales ahuyentándolos un buen trecho. La gente decía que cuando hacía buen tiempo eran capaces de bajar y pasarse horas mirando los pájaros. «Son graciosos, ¿eh?», decía la gente. Era un buen lugar para sentarse y observar.

En el más de medio kilómetro de Wolf Walk había cinco robustos bancos, todos con su dedicatoria; los habían atornillado al suelo a raíz de un desafortunado incidente protagonizado por un grupo de estudiantes borrachos: habían tirado un banco al estuario. El embarcadero era un lugar mucho más popular en materia de bancos conmemorativos, estaban todos en fila, casi se tocaban. Llegar a Wolf Walk, por otro lado, ya costaba más, como quien dice. Puede que quedara fuera del alcance de la gente mayor y delicada que, viendo el final más cerca, tal vez les pidieran a sus hijos y a sus hijas que cuando faltaran sufragaran un banco en su memoria. En Wolf Walk había cinco bancos dedicados a Marjorie, Alan y Queeny, «que adoraban este lugar», y a otras dos personas mayores.

El que todo el mundo recordaba era el de Tracy Wood, al final de Wolf Walk, donde el largo dedo del mapa formaba una ligera curva y el camino llegaba a su fin apuntando al norte, más allá de la boca del estuario, al Canal de Bristol y al mar abierto. Las únicas opciones aquí eran dar media vuelta o doblar a la izquierda hacia el lóbrego santuario de pájaros donde nadie iba nunca. Aquí, en la punta, el ocaso podía ser sublime, con esas nubes que se teñían de una luz asalmonada atrayendo a multitud de fotógrafos y acuarelistas. Y aquí era donde estaba el banco de Tracy Wood. La gente lo recordaba porque estaba dedicado a una niña que había fallecido a los trece años, en 1978. Y no se sabía nada más. Se decía que su familia debió de marcharse del pueblo muchos años atrás. Las explicaciones sobre quién era Tracy Woods, cómo había muerto o cuál era su historia diferían entre los habitantes de Hanmouth,

porque a pesar del concepto que tenían de sí mismos, su paso por el pueblo era demasiado efímero como para que nadie se acordara de esa niña que había muerto hacía treinta años. No había ni una sola casa del Strand ocupada por las mismas personas que en 1978. Aun así, tarde o temprano todo habitante del pueblo acababa yendo hasta la punta de Wolf Walk y fijándose en las apacibles y longevas vidas ajenas que los bancos conmemoraban, y después llegaban al banco de Tracy Wood, fallecida a los trece o quizás a los doce años, porque las fechas no especificaban más que los años. Entonces se volvían hacia sus acompañantes y decían: «Qué pena, es tristísimo». Pero ella tenía la mejor vista, la de la punta de Wolf Walk.

En cuanto a Wolf Walk, nadie sabía a qué debía su nombre. Había una historia romántica y una explicación insulsa y aburrida. Según esa explicación insulsa y aburrida, al principio no se llamaba Wolf Walk, sino Wharf Walk, pero la palabra se había ido deformando.[7] Los comerciantes holandeses que se habían asentado en la zona y habían construido un pequeño puerto y un pueblecito próspero hablaban de un modo muy parecido a cómo hablan los holandeses hoy en día: pronunciando una «r» muy acusada hasta en medio de las palabras. Una «r intermedia», explicaba el historiador aficionado que trabajaba en la librería y había investigado el asunto. Un «Wharrrf» pronunciado por un holandés desde las profundidades de su garganta a un inglés le sonaría como un «Wolf», y así es como se transformó el nombre. Nada del otro mundo: aquel era el camino al embarcadero.

Sin embargo, otros decían que el embarcadero no estaba allí ni lo había estado nunca, y que si los holandeses pronunciaban unas erres intercaladas vibrantes y exageradas, también las pronunciaban así los de Devon, y bastante mala fama que se habían ganado por eso. Además, era muy improbable que no hubieran entendido una palabra como «wharf», que debían de oír día sí día también, y que la confundieran con el nombre de un animal que ninguno de ellos habría visto en toda su vida. «Esas explicaciones románticas —decía el historiador aficionado de la librería— son todas mentira. Todas. Háganme caso. Si hay una historia ligada a un nombre, el nombre

de un lugar, sin duda alguna fue inventada en el siglo XIX.» Y añadía de una manera estudiada: «¿Conocen la historia del origen de la palabra "pijo"? Es un ejemplo interesante, tan interesante como inexacto».

Sus oyentes cumplían con su obligación y escuchaban interesadísimos. Pero disfrutaban de la leyenda, que también aparecía en el libro sobre Hanmouth del historiador aficionado —autoeditado— a la venta en la librería; al fin y al cabo, el historiador conocía y respetaba a su público. Leían la leyenda o la escuchaban y luego ellos, a su vez, la repetían.

Hace tiempo —bueno, por aquel entonces debía de haber habido reyes y reinas y, por lo tanto, una fecha, pero ¿sería el rey en cuestión Juan sin Tierra, Ricardo Corazón de León o Alfredo el Grande?—, mucho, pero que mucho tiempo, Inglaterra estaba muchísimo más poblada de bosques que en la actualidad. Mirando al estuario, hacia el castillo, se ve una parcela con un bosquecillo. No es una plantación, no lleva cincuenta años creciendo para convertirse en papel: es el último vestigio de un antiguo bosque. Esta zona, donde ahora está Hanmouth, antaño era todo bosque. Si te internabas en el bosque y te perdías, tal vez no llegaras a salir jamás. En nuestros días por el bosque no corre nada más grande que los zorros y algún que otro tejón malhumorado, pero hace muchos años por el bosque corrían otras cosas. Aquí vivían osos que se ponían bien gordos comiendo la miel de las abejas. Y había un viejo lobo gris.

Y aquí estaba Hanmouth. El pueblo era más pequeño y no tenía ni ronda de circunvalación ni casas de estilo holandés ni las pequeñas joyerías de Fore Street. Sí que tenía una iglesia, aunque no la iglesia que se levanta en esa lengua de tierra; la de ahora es de estilo victoriano, pero en ese mismo lugar se levantaba otra. Y había un muelle, porque muelle y comercio los hay desde que Hanmouth es Hanmouth. El muelle fue lo primero. Y también había un castillo, nobles desde antes de los tiempos de Guillermo el Conquistador, eso lo sabemos porque uno de esos aristócratas se casó con la hija de uno de los caballeros del conquistador. Muy listo, ese señor, eso solo podía ocurrírsele a él: así pudo conservar sus tierras y construir el

primer castillo que se levantó sobre la cresta. Y también había casas: viviendas, cabañas o lo que fuera. Nadie sabe qué aspecto tenían.

El viejo lobo gris vivía en el bosque. Siempre había vivido allí. Ni los más ancianos de ese lugar que un día daría en llamarse Hanmouth recordaban cuál era su origen. Recorría medio condado para cazar sin aventurarse nunca muy lejos del bosque. Se alimentaba de animales pequeños y de las crías de animales grandes: comía pollos, conejos, ardillas rojas... «¿Ya había conejos hace tanto tiempo?», podría preguntar un oyente bien informado, y tal vez a continuación diera a entender que las patatas y el tabaco también habrían crecido en los huertos de los aldeanos. «Pues claro que había conejos —contestaría el narrador—. Siempre ha habido conejos en Inglaterra.»

Solo muy de vez en cuando, en mitad de alguno de esos inviernos que helaban la tierra y el estuario hasta conferirles la misma dureza blanca, se aventuraba el lobo a salir del bosque para acercarse hasta las pequeñas poblaciones arracimadas y llevarse, si podía, a una criatura. Los aldeanos aceptaban la situación, más o menos. Dejar a un bebé desprotegido ante el lobo era una insensatez, pero el lobo también tenía que comer. Un año, sin embargo, al llegar la primavera, una madre dejó a su pequeño al sol envuelto en su frazadita y el lobo se lo llevó. Se oyó un débil grito agudo que cesó al instante; las enormes ancas del lobo se adentraron sigilosamente en los bosques adonde nunca llegaba la luz del sol.

Entonces el señor dijo que ese lobo sentía por la carne humana una debilidad que la abundancia de alimentos del bosque no lograba satisfacer y que, por lo tanto, debían cazarlo y acabar con él. Partieron tras él con antorchas y armas improvisadas. Bloquearon las pistas por donde solía moverse; el señor y sus amigotes montaban sus caballos, tres palmos más pequeños que cualquier caballo de caza de hoy en día. Hacia el anochecer, el lobo, agotado y hambriento, comprobó con rabia y desconcierto que había ido a parar ahí, justo donde ahora termina el Strand y el camino sigue subiendo hasta llegar a la boca del estuario y al mar abierto. Ese camino siempre había estado ahí, solo que no tenía nombre. Hasta que un buen día el lobo, huyendo de los cazadores, huyó corriendo

por Wolf Walk. Al llegar al final, el lobo no encontró adónde ir: a un lado tenía el muro del huerto y al otro, el estuario en plena marea alta. En aquella época había juncos, juncos salvajes, y el lobo se metió en su espesura para escapar de las flechas que le llovían. «¡Tras él!», ordenó el señor, pero antes de que los siervos y los aldeanos pudieran saltar al fango y a los juncos, vieron algo asombroso: el lobo huía corriendo con la cabeza gacha y puntiaguda, atravesaba las marismas hacia la otra orilla del estuario y después corría por el agua como esos guijarros planos que se tiran a los lagos. No lo siguieron, bajaron los arcos y vieron cómo el lobo huía. Desapareció entre los juncos de la otra orilla, que se movían y se doblaban como si los agitara el viento, y al poco el lobo ya estaba en el bosque, lo habían perdido. Lo vieron marchar con los arcos bajados; con algo parecido al respeto. Y esa es la historia de Wolf Walk, el camino que tomó el lobo. ¿Y qué le pasó al lobo?, se preguntará la gente. Bueno, pues volvió al bosque, y de vez en cuando robaba algún recién nacido, como antes, pero la gente de Hanmouth no volvió a perseguirlo, y se murió de viejo. Fue uno de los últimos lobos del oeste de Inglaterra. Desde entonces, ese camino que llega hasta la punta se conoce como Wolf Walk. ¿Y por qué no iba a ser cierto?

15

Al final de Wolf Walk, en el banco de Tracy Wood, había tres personas sentadas. Debía de ser uno de los últimos días agradables del verano; el veranillo de San Martín, decía todo el mundo. Mauro pensó en hacer algún comentario sobre el banco de Tracy, el mismo que se le ocurría a todo el mundo, pero se dio cuenta justo a tiempo de que no era buena idea. Cuando la abrazó en el andén, Catherine se puso a llorar, y también había llorado en el piso mientras tomaban un café sentados. Se habían ofrecido a llevarlo de paseo y Mauro había aceptado. Pensó que al aire libre podría esquivar cualquier sugerencia de que se quedara a pasar la noche. Se le ocurrió que podría poner alguna excusa cuando llevaran un rato hablando en la calle. Tal vez ni necesitara volver al piso; podía despedirse ahí mismo

y volver al tren. Viajar dos horas y media para pasar media hora con los padres de David y volver enseguida podía parecer raro, pero —y ahí los pensamientos de Mauro empezaban a ser confusos— todo esfuerzo por Catherine y Alec era poco. No lamentaba haber bajado hasta el pueblo, pero todo se desbarataría si mencionaba a Tracy Wood, fallecida a los trece años en 1978 y con un banco en su memoria: Catherine se pondría a llorar por tercera vez y tendría que postergar su regreso una hora como mínimo.

—Es realmente precioso —dijo Mauro refiriéndose al extraordinario paisaje, con el mar abierto de fondo sobre una ladera boscosa en la otra orilla del estuario.

—Sí, es muy bonito —admitió Catherine—. A veces vengo aquí a la puesta de sol; se ven las luces de los pueblos del otro lado. Mira...

Hizo un gesto señalando los pájaros, que ahora se congregaban a sus pies. Parecía que estuvieran esperando algo, todos mirando hacia arriba con esa expresión impasible.

—Tendríamos que haber traído un poco de pan —dijo Alec en voz baja—. A los patos les gusta más cuando está mojado. Con lo seco que ha sido este verano, supongo que no tendrán mucho que comer.

Mauro hurgó en sus bolsillos como si en ellos pudiera encontrar algo de comida para darles. Pero no tenía nada que ofrecer; solo chicles.

—Siento no haber venido antes —dijo impulsivamente—. Siento no haber podido venir al funeral.

—Bueno —respondió Catherine—, lo entendemos. Ese fue un día muy duro para todos. No creo que nos corresponda a nosotros decirte lo que tienes que hacer.

—Tendría que haber venido.

—No importa —dijo Alec—. Nos alegramos de que hayas venido ahora.

Mauro lo miró de reojo. Nunca había tenido la sensación de gustarle. En realidad, esa sensación le venía de algo que David había dicho durante la discusión que tuvieron en el coche: que Alec lo tenía calado, que no creía que fuera sincero. Ahora, aunque seco como era, Alec había dicho algo sincero. Se preguntaba por qué. Mauro también notó que tenía la cara más delgada, que lo que había

ocurrido durante los últimos meses le había dejado las mejillas chupadas y lo había tocado con la mano gris de la vejez.

—Verás —dijo Catherine—, no conocemos a demasiada gente aquí. Al fin y al cabo, hace solo un año que vinimos a vivir al pueblo. Pero tenemos amigos.

—Tenemos amigos —repitió Alec.

—Pero claro, ninguno de nuestros amigos lo conocía. Es difícil hablar de David con ellos.

—Así que nos alegra que hayas venido —prosiguió Alec.

—Claro —respondió Mauro.

A pesar de todo, Mauro era buena persona. Había ido hasta ese pueblo sin esperar nada a cambio; para ellos era una manera de acercarse a su hijo, y eso era algo que sí podía ofrecerles, pensó.

—¿Crees...? —empezó a preguntar Catherine, iba a ponerse a llorar, seguro— ¿Crees que David era feliz? En general, quiero decir.

—¿Tú crees que no? Quiero decir, ¿tú qué crees?

—Es por cómo lo encontraron —explicó Alec—. Eso fue horrible. No parecía una persona feliz; feliz en general. Ha sido muy duro para nosotros.

—Creo que no deberíais pensar en ello, no demasiado —respondió Mauro horrorizado.

Era consciente de cuánto lo involucraban los detalles del asunto.

—Intentamos no pensar —dijo Catherine—, pero no puedo dejar de preguntarme si David era feliz, si hicimos lo suficiente por él.

—Tal vez haya personas que no tienen el don, la capacidad, de ser felices. Estoy seguro de que hicisteis por él todo lo que pudisteis. Quizá fuera cosa suya, quién sabe si era capaz de ser feliz, hicierais lo que hicierais.

—No —repuso Catherine—. Cuando me pregunto si hicimos lo bastante por él no me refiero solo a Alec y a mí, sino también a ti. ¿Nunca te lo has preguntado?

Mauro vaciló. Sentía que tenía tan poco que ver con todo eso... Y era injusto: si ella supiera que lo que lo había unido a David no había sido el deseo o, peor todavía, que ni siquiera le había gustado, se daría cuenta de la tremenda generosidad que él, Mauro, había mostrado siempre. David lo había arrastrado en una búsqueda de la

felicidad que, en cierto modo, había terminado convirtiéndolo en David mismo, con el agotamiento y las exigencias que ese miserable estado conllevaba. Sin ningún motivo aparente, pensó en el Sumac y se acordó de que esa misma mañana había llamado desde la estación de Paddington para decir que estaba enfermo y que no iría a trabajar, y de que después había hecho caso omiso de las llamadas de su jefe dejando sonar el teléfono durante todo el trayecto hasta Hanmouth. No habría podido ir al restaurante, no, no después de lo que le había dicho Oswald Bond la víspera. Sabía que lo iba a echar cuando volviera al día siguiente. Era culpa de David; se había implicado en sus problemas y, tratando de hacer un esfuerzo por él, se había visto arrastrado sin saber cómo por las circunstancias de su vida, como si tuviera que ocupar su lugar. Mauro pensó en ello: lo abrumaba la conciencia de su falta de egoísmo.

—Creo que lo intenté. Creo que conmigo fue feliz durante un tiempo. No sé. Yo habría intentado hacerlo feliz. Lo habría intentado.

—Lo que dices es muy bonito —agradeció Catherine, aunque Mauro no sabía qué habría podido decir—. Tal vez David no tuviera el don de la felicidad, como tú dices. Ni de niño fue demasiado feliz. No sé qué más podíamos haber hecho.

—Yo tampoco —reconoció Mauro.

—Hemos estado muy ocupados con todo el asunto —dijo Alec bastante animado—. Te sorprendería la cantidad de cosas que hay que arreglar, entre la investigación y todo eso... Él no tenía por qué preocuparse de hacerlo cuando vivía, pero a nosotros nos ha costado nuestro trabajo, ya te imaginarás. Hemos vendido su piso en St. Albans; lo estuvimos pensando, pero nos pareció lo mejor ahora que el mercado inmobiliario parece que ya ha tocado techo y empieza a bajar. Hemos puesto todas sus cosas en un almacén, de momento.

—Pagamos a una compañía de mudanzas para que se encargaran —explicó Catherine—. La verdad es que no me sentía capaz de enfrentarme a eso. Pero está todo almacenado, todo, en cajas.

—Si hay algo que quieras, algo que te recuerde a David, cualquier cosa... —ofreció Alec.

Mauro se puso a pensar: no tenía ni idea. Nunca había estado en el piso de David en St. Albans. No tenía ni idea de qué había ahí, de cómo eran los muebles, de si tenía adornos o cuadros. Lo único que conocía de David era la ropa que llevaba. Por un momento, pensó en preguntarles si podía quedarse con el coche, pero algo le dijo que como recuerdo no iba a colar. David tendría un equipo de música, una tele o un sofá, sin duda. Pero después se dio cuenta que era mejor ir a lo seguro.

—Tenía un cinturón que se ponía mucho. Uno negro; lo llevaba siempre. Y también un brazalete de plata. Muchas veces me acuerdo de él y lo veo con esas dos cosas.

Catherine y Alec se relajaron visiblemente. Intercambiaron una mirada:

—No hay problema —dijo Alec—. Si es lo único que quieres, claro.

—Veo que solo quieres algo que te recuerde a él —añadió Catherine.

—Sí, solo eso —asintió Mauro, animado por su desinteresada nobleza.

Solo un cinturón negro y una pulsera de plata; sí, eso estaba bien, eso es lo que pediría una persona digna y distinguida. Además, se acordó de que, por lo visto, nadie sabía lo de las dos mil cuatrocientas libras que David le había prestado.

—Como te decía, acabamos de vender el piso de St. Albans —continuó Alec—. Todavía no hemos recibido nada, primero las autoridades tendrán que acabar con sus tejemanejes. David no dejó testamento, así que nos corresponde todo lo suyo como familiares más próximos.

—Muy bien —respondió Mauro, Catherine y Alec volvieron a cruzar esa mirada.

—No nos parece del todo justo —dijo Catherine—. Lo hemos estado hablando y hemos decidido que nos gustaría hacerte un regalo. Al fin y al cabo, tú fuiste el amigo de David en sus últimos días, y puede que esperaras...

Su voz se había ido debilitando hasta apagarse. Entonces, Alec habló sin rodeos:

—Habíamos pensado en diez mil libras.

Mauro era romano y respondió a esa oferta con una respuesta romana:

—Muchas gracias. No quiero dinero; no me hace falta dinero para recordar a David: solo el cinturón y el brazalete de plata.

Catherine y Alec suspiraron al unísono; fue un intenso suspiro de alivio. En ese mismo instante Mauro pensó en retirar su noble afirmación. «No quiero dinero», había dicho, «no me hace falta». Esa nobleza había surgido de alguna parte, aunque no sabía de dónde, y le había hecho rechazar diez mil libras. Podía haber hecho cualquier cosa. Solo que en ese preciso momento, sorprendido por semejante oferta, lo habían asaltado las tentaciones de nobleza y amor propio, y había cedido a ellas. Ahora Mauro quería gritar, decir «¡Que no, que era broma!» o incluso «¡Diez mil me parecen un insulto! ¡Quiero cincuenta mil!». Pero ya era imposible, y Mauro tendría que vivir para siempre con su terrible e inexplicable antojo.

—Tenemos el cinturón y el brazalete, lo sé. Si son los que creo. Los llevaba ese día. Si vuelves con nosotros al piso te los envolvemos y te los damos ahora.

—No. Creo que ahora preferiría volver a casa.

Alec estaba sentado a su lado en el banco; estaba un poco torcido, como si fuera a abrazarlo, pero lo que hizo fue darle una palmadita en la espalda.

—Lo sé, todo esto te deja agotado.

—Nos gustaría que también te llevaras esto —dijo Catherine.

Sacó un libro en rústica del bolso y se lo dio a Mauro que, confundido, lo aceptó.

—Fue lo primero, lo primerísimo. En su trabajo. Pensé que te gustaría tenerlo.

—Sí —dijo Mauro mientras le daba la vuelta al libro sin entender nada de nada. ¿Qué había escrito Mister Popper? ¿Y cuándo había escrito un libro? Pero el nombre de David no estaba en la cubierta, y Mauro pensó que no debía tratar de averiguar más—. Me hace muy feliz tenerlo. Muchas gracias —añadió al final, aunque el libro era una cosa horrible de un rosa chillón con un dibujo chapucero de una especie de paisaje.

—Seguimos en contacto —propuso Alec, y tanto él como Catherine se levantaron—. ¿Te acompañamos paseando hasta la estación? Has dicho que querías irte a casa, ¿no?

—Esto es Wolf Walk —dijo ella—. Creo que la historia de su nombre es bastante interesante.

Llegaron justo a tiempo de que Mauro se subiera a uno de los trenes que cada media hora partían hacia Barnstaple y lo despidieron desde el andén. La cara de Mauro, tras la ventanilla del tren, tenía una expresión de desconcierto. La de los dos, suponían ellos, debía de ser de alivio, como de haberse quitado un peso de encima. Se quedaron mirando hasta que el tren dobló la curva por completo y desapareció tras los árboles.

—Bueno, una cosa menos —dijo Alec—. No se habían casado ni nada parecido.

—No —respondió Catherine—. No sé por qué pensaste que podían haberlo hecho, pero no, no lo hicieron. Y él no quiere nada de nosotros.

—Vaya alivio. No hubiera podido soportar más tratos con abogados.

—Ya lo sé.

Cuando se levantó el paso a nivel, Catherine le cogió de la mano y los dos bajaron por la cuesta de vuelta a casa; eran dos figuras pequeñas en una postura tímida, retraída.

16

En el tren a Bristol, Mauro le echó un vistazo al libro. No había terminado uno desde que estaba en el colegio. No tenía ni idea de que Mister Popper hubiera escrito ninguno. Le dio la vuelta al espantoso tomo y leyó lo que ponía en la contraportada.

«Un día, la esperanza y el amor irrumpen en tu vida con un rostro sonriente que parece destinado solamente a ti. Y entonces sabes que la felicidad, encarnada en la dulce mirada de amor de alguien que te adora, es tu destino. Quién sabe si esa persona también ha estado esperando el amor y ha visto lo mismo en tu rostro. Como dos personas bellísimas mirándose por una ventana, que a veces toman por un espejo. El amor es lo único que importa en este mundo, y amamos por nosotros sin pensar en nosotros, sino en ese rostro especial que sonríe y que tal vez todavía no ha llegado. Y el amor es lo que sobrevive de nosotros en alguna parte, en ese jardín mágico y especial que brota tras la lluvia y al que llamamos corazón.»

Mauro lo leyó de cabo a rabo dos veces. No parecía tener ningún sentido. Luego rebuscó en el bolsillo, sacó la cartera y vio que tenía un billete de diez libras. Al cabo de un momento anunciaron que el vagón-restaurante estaba abierto y que en él podrían adquirir aperitivos, bocadillos, bebidas calientes y frías y tentempiés. Mauro decidió que se arriesgaría a tomar un café inglés.

17

Durante todo el verano, desde la desaparición, había hecho un tiempo caluroso y seco: un buen verano para salir de picnic, decía la gente, y organizaban uno o dos para estar a la altura de la ocasión. Un buen verano para las barbacoas, habían dicho los del Servicio Meteorológico, y ese había sido el caso, más bien: el humo azulado de la carne de cerdo chamuscada, el ruido al descorchar las botellas y su burbujeo, y el de los vasos que caían y se hacían añicos había flotado durante todo el verano sobre los resecos jardines de Barnstaple. En Hanmouth habían sacado los cuerpos de paseo: en bermudas, sandalias y camisas de manga corta, los padres y sus

hijos e hijas, en vaqueros recortados, chancletas, camisetitas de tirantes, microshorts ceñidos hasta la cistitis y zapatos de tacón; las carnes de Hanmouth y de Barnstaple se encendían con un rojo furioso antes de apagarse en un marrón rural, el bronceado del campesino.

La carne de la tierra también se tornó marrón; los páramos adquirieron un tono beige pálido, el color de lo reseco y muerto. Durante su viaje a Londres para trabajar, Kenyon notó que el caballo blanco de Uffington que quedaba a mitad del trayecto ya ni se veía de lo pálida y seca que estaba la hierba sobre la que se recortaba.

Las cosechas estaban mustias, marrones; los que se tenían por gente de campo comentaban muy serios las consecuencias de esa temporada de sequía. Se habían visto veranos más calurosos y, a finales de agosto, más o menos cuando enterraron al brigadier, las temperaturas cayeron bruscamente; parecía que llegaba el otoño. Pero no había llovido y las temperaturas volvieron a subir, una última racha de calor a mediados de septiembre: el veranillo de San Martín. Solo entonces llovió.

Se formó una gigantesca masa de nubes en el Atlántico que, con su panza oscura, embravecida, chocó en la atmósfera contra algo; el Servicio Meteorológico podría haber explicado con qué. Primero cayeron algunos goterones sobre la calle polvorienta; después, el cielo se desplomó. Las chicas corrían de un lado a otro sin más protección que un bolso sobre la cabeza. Cayó un solo relámpago en alguna parte, más allá del castillo, y a la vez retumbó un trueno formidable. Como si hubiera estallado una bomba, decía la gente.

Lo bien que les vendrá a los granjeros, observaban los maridos de Hanmouth mientras se apresuraban a entrar en sus casas después de rescatar el periódico del domingo del jardín. De los campos, el parque y el jardín se desprendió una estela de deliciosas fragancias que había permanecido atrapada durante meses, y otra estela fragante del estuario fluyó en las profundidades de su lecho. En menos de media hora, nuevos riachuelos bordeaban las calles empinadas de Hanmouth, que enseguida se convirtieron en arroyos, un serpentear de aguas prometedoras se perdía por los sumideros y empapaba la tierra.

Lo bien que les vendrá a los campesinos, repetían los maridos de Hanmouth, y nadie corrió a meter la ropa colgada en casa; hoy todo el mundo utiliza la secadora, hasta en el veranillo de San Martín.

18

—Supongo que los granjeros se alegrarán —dijo John Calvin, sentado en el salón mientras leía el periódico.

Laura asintió. Él leía el *Observer* y de vez en cuando, con la punta del lápiz de hacer crucigramas, se pinchaba la planta del pie del que se había quitado el calcetín. Siempre había padecido de pie de atleta, lo tenía verdaderamente martirizado. Laura se dedicaba a planchar las camisas de Calvin, era su tarea de los domingos por la mañana. A él le gustaba tener una docena lista y planchada para toda la semana. Una camisa por la mañana y otra por la noche. A las camisas les siguieron los pantalones —la raya—, los calzoncillos, los pañuelos y, luego, los calcetines.

—Oh, —dijo Calvin, sin mostrar gran interés—. Terrible como están bajando las casas, Laura.

—¿De verdad? —preguntó Laura.

—Aquí dice que el precio de la vivienda ha caído un veinte por ciento en un año. ¡Veinte por ciento!

—¿Hemos perdido dinero con nuestra casa, John?

—No. Todavía no —contestó John—. Los precios todavía tendrían que caer mucho más antes de que eso pasara, Laura.

—Qué bien. Porque me preocuparía muchísimo.

Los dos permanecieron absortos en sus distintas tareas durante unos instantes; John Calvin leía el artículo sobre el precio de la vivienda y Laura terminaba de planchar la última de las camisas de su marido.

—Me parece que ya es hora de la patrulla vecinal, Laura. —dijo John.

Laura dejó la plancha de golpe, la punta hacia arriba.

—Pensé que la reunión era los martes por la noche, John.

—Normalmente sí, Laura —repuso John Calvin—, pero no siempre. Esta vez será un domingo.

—La gente se confundirá. Los miembros de la patrulla no sabrán cómo llegar, ¿no te parece?

—Claro que sabrán —respondió Calvin. Se inclinó, recogió su calcetín, lo volvió del revés y se lo puso de nuevo— Vendrán todos. Están todos entusiasmados, tienen mucho interés.

—Pues solo habrá galletas —se excusó Laura—. No he hecho nada más. Están las galletas de nuez que hice ayer, y tenemos un paquete de Hobnobs.

—Creía que había un bizcocho de limón que habías hecho el viernes, Laura —dijo John Calvin—. Recuerdo claramente que me lo dijiste, y ayer nos cominos un trozo cada uno con el café de la mañana. Te dije que estaba delicioso, nada seco. ¿Nos lo comimos todo?

—No, John. Tienes razón. Queda un poco. También podemos darles bizcocho.

—Sé que a la señora McGillycuddy, de la lechería, el bizcocho de limón le gusta mucho —dijo John Calvin—. Y el señor Abbagataglia, el chef de las pizzas, suele traer una tarta típica de su Sicilia natal. Al pobre doctor «Taff» Williams su nueva esposa, la joven, Blowden, lo ha puesto a dieta estricta para que le baje la tensión.

—¡Y cómo no se había preocupado antes por eso! —dijo Laura Calvin. Se inclinó, desconectó la plancha y la dejó sobre una baldosa de granito. Llevó la colada a la cocina, volvió al salón y se dispuso a cerrar la tabla de planchar—. ¡Y eso que es todo un médico!

—Así que no comerá nada, Laura —dijo John Calvin—. Aunque sé que ha dado algún bocado que otro a escondidas cuando Blowden no estaba. «Ni una palabra, muchacho», me dijo una vez guiñándome el ojo. Y luego llegará la señora Patel, segurísimo, con ese retraso suyo tan cómico. Estoy convencido de que irrumpirá en la sala quince minutos tarde, pedirá que sigamos el orden del día desde el principio y lo entenderá todo mal mientras se come lo que queda del bizcocho de limón. Está demasiado gorda, por esa vida tan sedentaria que lleva.

—¿Te parece que la señora Patel está gorda, John? —preguntó Laura—. No habría dicho nunca que estuviera gorda, ni siquiera tan gorda como el doctor «Taff» Williams.

—Sí. Sí. Está muy gorda. La mayoría diría que ese es su rasgo más destacado.

Calvin retomó el periódico y lo abrió con gesto decidido, una sacudida vigorosa.

—Está lloviendo a cántaros —dijo Laura—. ¿Estás seguro de que van a querer salir con este tiempo?

—No somos terrones ni estamos hechos de azúcar, cariño —contestó John Calvin oculto tras el periódico, imitando el acento escocés de la señora McGillicuddy, la de la lechería.

—Me preguntaba si no sería más conveniente para todos dejarlo para el martes por la noche. Podría hacer unos buenos canapés, y creo que en casa no hay ni una gota de jerez para ofrecerles.

John Calvin soltó el periódico.

—No, Laura —insistió—. La patrulla vecinal se reunirá esta mañana. De hecho, ya empieza a reunirse. Mira, ahí está el *signor* Abbagataglia. Me alegro de que haya conseguido sacar tiempo libre de la pizzería.

Fuera, al otro lado de la ventana, andaban Sam y su perro *Stanley*; corrían a casa bajo la lluvia tan deprisa como podían. Pero Laura, con la ropa planchada y guardada, dispuso seis platos en la pálida mesa de roble del comedor en la que a John le gustaba celebrar sus reuniones de la patrulla vecinal.

—Aquí está el señor Abbagataglia —anunció Laura sin abrir la puerta principal haciendo solo ademán de salir.

—*Ma che* maravilla verlos —dijo John Calvin, ahora imitaba al italiano—. *Non* puedo creer *come* llueve. En mi país decimos: «¡Lluvia, lluvia, *vai via*!». Y aquí está la *bellissima* Laura.

Luego hubo un momento de sinceros saludos y besos en la mejilla. El *signor* Abbagataglia, un conquistador redomado, era incapaz de refrenar su libido o su deseo cuando veía a Laura, pero todo el mundo lo aceptaba.

—Señora McGillicuddy, encantado de verla, Morag, y el doctor «Taff» Williams. Doctor «Taff», sé que la querida Blowden lo tiene a dieta estricta, así que no lo tentaremos con ninguna de esas deliciosas cosillas dulces que tanto le gustan.

—Por una no va a pasar nada, muchacho, no sé si me entiendes, señora C. —dijo John Calvin transmutado en el doctor Williams mientras le sacaba una silla.

Laura fue a la cocina a buscar los dos tercios de bizcocho de limón que quedaban y las galletitas de nuez que había hecho el día anterior. Habría querido encontrar el momento para hacer los brownies de chocolate y anís estrellado que había visto en el *Guardian* del día anterior.

—¿Y a quién más estamos esperando, muchacho? Aquí está tu galleta, Laura —dijo John Calvin desde detrás de la silla de Morag McGillicuddy, y recuperando su propia voz añadió—: ¿A quién, si no a la señora Patel? ¿Habrá llegado puntual a algún lugar alguna vez en la vida? La querida señora Patel, ¿qué haríamos sin ella?

Todos rieron excepto Laura, que se preguntaba si habría olvidado algo.

—Ahora te traigo el té, John —dijo Laura. Él le lanzó una mirada de advertencia—. Ahora os lo traigo.

—Creo que «no» vamos a esperar a la señora Patel —dijo John Calvin como solía decir en todas las reuniones de la patrulla vecinal.

—Señora McGillicuddy, doctor «Taff» Williams, *signor* Aggabatablia..., perdón, Abbagataglia. Uno de estos días voy a decir su nombre bien, uno de estos días lo haré. Por favor tomen asiento, todos y cada uno. Tenemos mucho que repasar. Patrulla vecinal, patrulla vecinal…

Siguió organizando los papeles que siempre tenía apilados en el extremo de la mesa del comedor.

—Sí. Bien. Como había prometido —dijo John Calvin a la mesa vacía—, me he reunido con la Policía local en nombre de todos.

19

Parado ante el cajero automático de Fore Street, en Hanmouth, Kenyon introdujo su tarjeta. Se resguardaba bajo un paraguas: había llovido sin parar, suavemente, durante el día entero. Marcó el código de cuatro dígitos y presionó la tecla para retirar dinero. Había

indicado que quería cien libras, era domingo por la noche y necesitaría algo de dinero por la mañana, cuando fuera a Londres.

La máquina emitió un murmullo electrónico y luego le envió un mensaje: SALDO INSUFICIENTE. Kenyon lo miró y sintió que una oleada de calor le subía a la cabeza. Era el noveno día del mes. Aquello no era posible. Pero luego descubrió que sí lo era. Kenyon recuperó su tarjeta y repitió la maniobra, esta vez para pedir solo cincuenta libras. El mismo ruido y, de nuevo, el mismo mensaje: SALDO INSUFICIENTE.

No tenía ningún sentido seguir insistiendo con la tarjeta, sabía que estaba al límite, o incluso un poco más allá. Se había acostumbrado a meter las cartas de Barclaycard en el maletín y a introducirlas sin abrir en el destructor de documentos de su oficina. Se decía que serían circulares sin mayor interés. Pero ni él se lo creía.

¿En qué se había gastado todo el dinero? En nada. En nada más que en un lugar donde vivir, en comer fuera cuando a Miranda no le apetecía cocinar, en la salida de turno al teatro o al cine, en el cuadro de turno, en las tres vacaciones que se tomaban al año, en ropa, facturas, cosas por el estilo. Cosas sin las que no se podía vivir, simplemente no se podía. Miranda ganaba cuarenta y siete mil libras al año. Él ganaba sesenta y dos mil, y entre los dos no tenían dinero, nada. Todo se iba en esa hipoteca monstruosa. La tarjeta emergió y Kenyon volvió a marcar otra vez el código de seguridad. Indicó que quería retirar dinero, diez libras.

Apareció un mensaje diferente: LO SENTIMOS; PERO ESTA MÁQUINA SOLO DISPONE DE BILLETES DE 20 LIBRAS. ¿DESEA RETIRAR UNA SUMA DISPONIBLE EN BILLETES DE 20 LIBRAS? Kenyon accedió a la propuesta. Se oyó un ruidito solitario y meditabundo en el interior de la máquina y entonces, sorpresa, esta le entregó un billete de veinte libras y le dio las gracias por la transacción que había realizado. Y ahí quedó todo: en ese momento, Kenyon disponía de entre veinte y cuarenta y nueve libras en su cuenta corriente; mejor dicho, su banco estaba dispuesto a prestarle entre veinte y cuarenta y nueve libras. Unos años antes, uno retiraba veinte libras si las tenía; ahora, uno podía retirar veinte libras si todavía disponía de esa suma en su crédito al

descubierto, crédito que, de todos modos, Kenyon no recordaba haber solicitado jamás.

—Recortar, recortar, toca recortar gastos —se dijo Kenyon de regreso a casa, esa imposible casa de un millón de libras con una hipoteca de seiscientas mil.

Saludó a una pareja que conocía, que también caminaba bajo un paraguas. Eran los nuevos. Sus nombres eran…, ella era Catherine, recordó. Pero no se detuvieron a hablar más allá de un breve saludo. Miranda le prestaría un poco de dinero. No le quedaría más remedio. Al fin y al cabo, él le había prestado trescientas libras a ella a finales de septiembre para echarle una mano.

20

Todas y cada una de las superficies brillantes de la salita del primer piso eran una naturaleza muerta; todos y cada uno de los cuadros de la pared, también.

En las superficies de nogal antiguo de las mesillas, en la mesita de centro, en la moderna consola de los años sesenta que había bajo el Mary Fedden, había algún adorno. Siempre el mismo. Sobre la mesa de nogal junto al sofá había una cajita de rapé de esmalte, un «pasador de *netsuke*», como lo llamaba Billa, de un pulpo que forcejeaba enredado con un cangrejo, un cenicero pardusco y, aquí y allá, una lámpara; sobre la consola había un enorme florero sueco y lo que Billa sabía que la mayoría de invitados consideraría un objeto macabro: una pezuña de caballo revestida de filigrana de plata, presunta reliquia de la última carga de la caballería que había hecho el regimiento de Tom.

Incluso en la mesita de centro, donde los libros ilustrados cambiaban de vez en cuando, la disposición general no variaba demasiado; Billa iba a Londres ocasionalmente, veía una exposición cada tanto, y a la vuelta dejaba el catálogo en el lugar en el que siempre habían estado los catálogos, junto a otro cenicero, media caracola también bañada en plata. Ni Billa ni Tom habían fumado jamás, y tampoco lo hacían —ni lo habían hecho— sus invitados, pero tener una casa libre de humo no habría sido propio de ellos.

—Fui a esta —dijo Sylvie, y levantó de la mesa el catálogo de una exposición. Era de Matisse y Picasso. Lo abrió—. La exposición me encantó. Dios, ¿cuánto tiempo hará? ¿Cuatro años?

—Debe de haber sido la última que vimos —dijo Billa—. Kitty y yo solíamos ir a la ciudad, hacer una ronda por las tiendas y traer cosas así.

En realidad, de la exposición recordaba muy poco. El libro llevaba cuatro años sobre la mesa como un trofeo del que hubieran terminado olvidándose. Casi no había retenido nada, apenas lo suficiente para contarle algunos detalles a Tom y otros a Miranda, a Sam o a cualquiera que hubiese sido lo bastante amable para mostrar un poco de interés, pero al rato ya lo había olvidado todo.

—¿Y tú no vas? —preguntó Billa—. Tendrías que ir a Londres. A ver arte, quiero decir.

Sylvie se quedó inmóvil con la taza de café a medio camino de los labios; sopló discretamente mientras pasaba la base de la taza por el borde del plato y vertía en la tacita el café derramado.

—No —dijo al fin—. No. No si puedo evitarlo. Sé que debería. Soy muy perezosa. ¿Te importa si fumo un cigarrillo? Me muero por uno.

—En absoluto. ¿No sientes la necesidad de mantenerte un poco al día? —preguntó Billa.

—¿Mantenerme al día? ¿Mantenerme al día de lo que todo el mundo hace, quieres decir? No, no lo creo. Las ideas pueden llegarte de cualquier sitio.

Billa, para quien el arte de Sylvie no consistía más que en recortar cuerpos de hombres de revistas porno y pegarlas sobre un lienzo, no contestó. Su amistad con Sylvie había ido creciendo entre tazas de café matutinas cuando Sylvie no tenía clase en Barnstaple y alguna que otra copa de vino al final de la tarde. Del vino siempre se había encargado Tom, y lo había hecho bien; bajo las escaleras había un número de botellas que a Billa le parecía considerable; algunas, creía complacida, eran bastante buenas.

Lo único que sabía de vinos era que si alguna de las botellas de Tom estaba cubierta de polvo, lo más probable es que fuera valiosa. Él nunca la animó a que bajara a buscar una botella; ese siempre había sido su trabajo, y sopesar las cualidades de esta o aquella

podía llevarle su tiempo. Ahora que había muerto —como decía Billa sin eufemismos—, ella se limitaba a bajar, buscar una botella de tinto o blanco, abrirla y bebérsela con Sylvie.

—Realmente delicioso —dijo Sylvie un par de veces sobresaltando a Billa, a quien «delicioso» le parecía una palabra más adecuada para referirse a comida, a un cuenco de cacahuetes, incluso, que a una copa de vino. Algún día vendría de visita alguien que supiera de estas cosas, y, probablemente, sacaría algunas de las mejores botellas. No era capaz de apreciar el valor de la bodega de Tom, eso tenía que admitirlo.

A Sylvie, sin embargo, sí que la apreciaba. Últimamente era la única visita que se presentaba sin algún tipo de comestible —casero, normalmente— que Billa pudiera calentar. Al principio, con muchísima más comida de la que podría llegar a consumir, Billa se vio almorzando y cenando a diario pesadísimas lasañas, pasteles de carne, moussakas, hojaldres de pescado y cazuelitas de estofado; y como los donantes siempre querían sus recipientes de vuelta, no podía meterlos en el congelador y listo.

Las tartas y las galletas podía reservarlas, pero eran pocos los que se paraban a pensar qué podría apetecerle o venirle bien a Billa. La consideraban incapaz de enfrentarse al desafío que suponía hacer un pastel, evidentemente, y debían de creer que iba a agradecer que se lo regalaran. Como W. B. Yeats en Innisfree y sus nueve surcos de judías, Billa sufría de un exceso de platos apilados. Su nevera y su despensa parecían un archivo horizontal recubierto de película transparente.

Sylvie llegó un día con un paquete de té, un té bastante bueno, por supuesto, y eso fue todo. Bebieron el té, comentaron su exquisito sabor, y se dieron un atracón de uno de los bizcochos de café de Kitty. No era tan sabroso. Hecho con esencia de café, claro, y no con café auténtico. Kitty seguía cocinando como cuando había aprendido de niña, fiel a un estilo de los sesenta que en aquella ocasión Billa y Sylvie habían analizado minuciosamente sin dejar de comer el pastel, por cierto.

La compañía de Sylvie, echada en el sofá hablando sobre esto y aquello, resultaba muy relajante. No había conocido a Tom, y eso

estaba muy bien.

—¿Noticias de Tony? —preguntó Billa muy desenvuelta.

Fuera se oía el estrépito de una escalera contra el muro, el limpiaventanas, pensó.

—Ah, Tony. Estoy contando los días. Le he dicho al menos cinco veces que debería buscarse otro lugar donde vivir. Parecía sorprendido. No sé por qué. Quiero tener otra vez la casa solo para mí. Me he enterado de que se está capacitando para dar clases de cine y medios audiovisuales, además. Últimamente no hay demanda de alemán. No está demasiado contento.

—¿Cine y medios de audiovisuales son cosas que se puedan enseñar? Enseñan la práctica, quieres decir.

—No, enseñan a verlos. Y luego a comentarlos. Analizarlos, ¿sabes?

—Ya veo —contestó Billa. Estaba decidida a no ponerse como una vieja aburrida con estas cosas—. La otra mañana me pareció verlo en Wolf Walk. ¿Tiene un…?

Un ruido estridente y agudo se oyó fuera, muy cerca, sonaba exactamente igual que el torno de un dentista amplificado. Alguien perforaba los ladrillos de la fachada.

—¿Estás haciendo obras? —preguntó Sylvie.

—No, no. ¿Qué será lo que…? ¿Qué diantres…?

Se acercaron a la ventana que daba a la calle y afuera, sobre una escalera de acero, había un hombre con ropa de trabajo y gafas de protección perforando con un taladro el ladrillo de Billa. Ella golpeó la ventana; él se detuvo y sonrió con amabilidad mientras levantaba el taladro como si fuera una pistola, a manera de saludo.

—¿Qué demonios está haciendo? —dijo Sylvie, pero Billa ya había dejado su café y se apresuraba a salir.

Sylvie la siguió, bajó las escaleras y avanzó por el pasillo de baldosas hasta la pesada puerta de entrada. Fuera había una furgoneta en la que un conjunto de letras inclinadas y apremiantes flanqueado por dos relámpagos rezaba «Seguridad Homeland».

—Esto es una equivocación —le gritó Billa al hombre—. Deténgase de inmediato. En esta casa no hay obras pendientes.

—Me temo que no puedo —contestó el hombre—. Si quiere puedo volver a mirar, pero estoy seguro de que tenemos que ponerlo aquí.

—¿Poner qué? —gritó Sylvie, pero el hombre ya había vuelto a poner en marcha el taladro—. ¿Poner qué, he dicho? —Con los gemidos y los gruñidos del taladro, él no la oía.

Un reducido grupo de pensionistas se reunió delante, justo al lado del Club Conservador, el típico grupo de personas que siempre se congrega cuando una discusión anima la calle. Sylvie agarró la parte baja de la escalera y le dio una suave sacudida. Bastó para que el hombre le prestara atención y apagara el taladro.

—¿Está usted loca? —gritó—. ¡Me podría haber matado!

—¿Así? —dijo Sylvie—. Está usted de broma. Eso no es peligroso. Esto —sacudió con algo más de fuerza la escalera—, esto sí es peligroso.

El hombre se deslizó bruscamente escalera abajo. Su compañero, un joven obeso de unos dieciocho años con acné que tenía los brazos cruzados y las mandíbulas ocupadas con una goma de mascar, se bajó de la furgoneta.

—¿Está usted loca? —repitió el hombre—. ¿Qué demonios cree que está haciendo?

—Eso es exactamente lo que iba a preguntarle —contestó Billa secamente—. Esta es mi casa. ¿Por qué está usted taladrándola?

—Usted ha tratado de matarme —gritó el hombre.

—No, solo sacudí su escalera. Ahora, ¿por qué está usted taladrando la casa de mi amiga?

—No tengo por qué hablar con gente que intenta matarme —dijo el obrero.

—¡Ahí, ahí! —añadió el chico obeso.

—Cállate, Brandon —dijo el trabajador—. Yo solo he venido por las obras.

—¡Ahí, ahí! —repitió el chico obeso.

—¡Ahí, ahí!, como dice su amigo —dijo Sylvie—. Solo queremos saber de qué obras se trata. Deben de haberse equivocado de casa. Mi amiga no está al corriente de nada.

—No hay ningún error —dijo el obrero.

Y del bolsillo del mono extrajo una carta con el membrete del Departamento de Policía de Devon y Cornualles. Se lo entregó a Billa y Sylvie, su aliento era putrefacto e inmundo, y los tres lo leyeron al tiempo.

—Esto es ridículo —dijo Billa—. Nunca he pedido que nadie instalara una cámara en mi casa.

—No tiene que pedirlo —explicó el obrero—. La Policía decide dónde tiene que ir para vigilar el pueblo, y me han pedido que instale una. Tendrían que habérselo notificado —continuó en tono conciliador—. Eso ha estado muy feo.

—Bueno, pues ahí no se queda —dijo Billa—. No la quiero.

—Aquí usted no pinta nada, jefa —le soltó el obrero—. Son la Policía y la comunidad local los que deciden, y ellos han decidido que quieren una cámara justo aquí, porque de otra manera no podrían ver, bueno, no sé qué es lo que no podrán ver, pero tenemos instrucciones.

—Ya hay una puñetera cámara justo allí, en el Club Conservador —dijo Sylvie—. Y allá hay otra, mire, a veinte metros, en la tienda de Sam. Hay cientos de putas cámaras.

Y entonces, de repente, como si alguien vertiera agua en una solución sobresaturada convirtiéndola en el acto en un sólido húmedo o en un líquido o, como se dijo a sí misma, igual que quien echa la gota que colma el vaso, Billa vio algo en lo que no había reparado antes, algo a lo que no había concedido la menor importancia: de punta a punta del pueblo, cada quince metros y fuera del alcance de cualquiera, había una cámara.

—No la quiero —dijo Billa.

—Verá, es que eso no depende de usted —dijo el obrero.

—No la quiero —repitió Billa.

—La comunidad la ha solicitado —explicó el obrero—. Y la Policía está de acuerdo. De todos modos, tendrían que haber informado al dueño de la propiedad en la cual se proponen fijar la dichosa cámara. Eso ha estado muy mal.

—Yo soy de la puñetera comunidad —dijo Sylvie—. Y nadie me ha preguntado si quiero que unas cámaras me graben el culo mientras

voy de un lado a otro de Fore Street. Y la respuesta hubiera sido no, por cierto.

—Ahí, ahí —dijo el chico obeso, cambiando de bando.

—Sí —añadió Billa.

Estaba cada vez más incómoda por la cantidad de gente que se iba reuniendo al otro lado de la calle y observaba fascinada; no se volvería a mirarlos, era posible que los conociera y no quería ver cómo se rebajaban.

—Sí. —volvió a decir—. ¿Esto quién lo ha solicitado, exactamente?

—La comunidad —contestó el obrero—. Ya se lo he dicho, es la comunidad. Ahora, si no le importa, tengo que seguir con lo mío. Todavía me quedan otras dos por fijar, una en Cullompton y la otra en la plaza de Iddesleigh. Y si usted fuera tan amable de contenerse y no sacudir la escalera para tratar de matarme mientras cumplo con mi deber —le dijo a Sylvie muy digno—, le estaría muy agradecido.

—De ninguna manera —replicó Sylvie—. Queremos saber quién ha solicitado esto.

—¿Hay algún problema, Billa? —preguntó Sam, que había salido de la tienda dejando la puerta abierta. Llevaba su delantal de quesero blanco y azul.

—Sí, ¿hay algún problema? —preguntó un hombre dirigiéndose al obrero en vez de a Billa o a Sylvie. Tenía el cabello suave, un corte perfecto y un abrigo azul oscuro, parecía un elegante lápiz de expresión burlona. Era John Calvin—. Todo en orden, ¿verdad?

—Están instalando una cámara de circuito cerrado de televisión en mi fachada, Sam —explicó Billa—. Nadie me había advertido. Este señor ha llegado y ha empezado a taladrar mi pared.

—Y esta dama —dijo el trabajador señalando a Sylvie—. Sale y se pone a…

—Esto no puede estar bien —dijo Sam—. Definitivamente. Tiene que haber algún error.

—Creo que no —dijo John Calvin sonriendo a penas—. La patrulla vecinal ha estado examinando el asunto y hemos solicitado un par de cámaras extra. Por seguridad. Ha habido muchos problemas en Hanmouth. En fin, la patrulla vecinal lo discutió, y entonces…

—Yo quise unirme a la patrulla vecinal —gritó Sam—. Me rechazaron. Vamos, Calvin, ¿quién está metido en esa puta mierda horrible de patrulla vecinal?

Calvin esbozó una sonrisa, una sonrisa amplia, dirigida a nadie en particular.

—Todo se ha debatido. Y no creo que nadie vaya a encontrar nada de qué quejarse. Aparte de la gente que se cree con el derecho de ir por la calle vestida de manera indecente, claro.

—¡Vete a tomar por culo! —dijo Sam.

Se dirigió hasta la escalera, que seguía apoyada en la fachada, y la cogió. Era un hombre fuerte y corpulento, y de un solo gesto la tiró sobre el asfalto. Estuvo a punto de caer sobre la puerta del Club Conservador, que ahora ocupaba un pelotón de intransigentes, reaccionarios y fanáticos muertos de curiosidad.

—¡Eh! —dijo el trabajador.

—Todo es por nuestra seguridad —insistió Calvin, impávido—. Y si no hay nada que ocultar, no hay nada que temer. Después de todo, señora Townsend —hizo un gesto poco claro en su dirección, que no llegó a ser una reverencia, sino una especie de sonrisa boba—, sé que, lamentablemente, su esposo falleció hace poco. Una muerte completamente gratuita. Si alguien, una persona amable y atenta a nuestros intereses, hubiera podido echar un vistazo de vez en cuando a lo que ocurría aquí fuera, en su puerta principal, es probable que hubiéramos podido ayudar a su esposo, ¿no es cierto? Para él ya es tarde, por supuesto, pero como señaló la patrulla vecinal…

—Mi esposo murió dentro de casa —dijo Billa; habló en voz baja pero decidida y penetrante—. ¿Propone que instalemos cámaras en el interior de las casas?

—No, no, por supuesto que no —contestó Calvin, sonriendo—. Eso sería absurdo. Lo que quiero decir es que si Tom, el señor Townsend —se corrigió al advertir algo en los ojos de Billa—, hubiera sabido que en la calle había una cámara, tal vez hubiera podido salir y llamar la atención…

—Vaya sarta de tonterías —dijo Billa—. Por favor. No meta a mi esposo en el asunto.

—Y usted, ¿puede recoger mi escalera? —le preguntó el obrero a Sam, que lo mandó a tomar por culo—. ¡Qué bonito! —le dijo el hombre al chico obeso—. ¡Qué modales tan encantadores tiene la gente de Hanmouth! ¿Has oído? Que me vaya a tomar por culo, me dice. Que simpático.

—Este señor va a terminar el trabajo que lo ha traído aquí, eso es todo —dijo Calvin, como si se hubiera alcanzado un acuerdo—. Y luego podemos sentarnos con una buena taza de té y discutir el asunto. ¿Qué les parece?

—Voy a llamar a la Policía —le advirtió Billa—. No creo que puedan hacer esto sin más, sin consultar primero. Y mientras tanto, y como dice mi amigo Sam, pueden irse todos bien derechos a tomar por culo.

Entre los observadores del otro lado de la calle se levantó un discreto alboroto: no esperaban que alguien con el aspecto de Billa, una dama de tanta alcurnia, pudiera conocer o llegar a utilizar aquella expresión.

—Llame a la Policía, desde luego —dijo Calvin con una sonrisa y algo de hielo en su voz.

Billa se detuvo; miró a Calvin, a quien la presencia de la Policía no parecía preocupar en absoluto, y en un segundo lo comprendió todo. Siempre había pensado que, como último recurso, podría llamar a la Policía, que iría a protegerlos, a ella y a Tom, de las amenazas de la violencia y la anarquía. Y entonces comprendió lo que era la Policía. Volvió a entrar en casa con Sylvie, subieron y, tras unos minutos, oyeron desde la salita del primer piso el traqueteo de una escalera apoyada contra el ladrillo de estilo Reina Ana y, poco después, el gemido del taladro que horadaba la blanda amalgama del ladrillo rojo. Al cabo de una hora había una cámara blanca fijada al muro que apuntaba hacia abajo. Desde el sillón de Billa se veía su silueta.

21

Greg Lucas no se había molestado en cambiar o en apagar el GPS, que durante toda la mañana había estado tratando de dirigirlo hacia el trabajo del día anterior. «Gire a la izquierda en el próximo cruce»,

decía, y Greg seguía adelante con el camión. «Continúe en línea recta quinientos metros», decía, y Greg doblaba a la derecha. Se quedaba en silencio un momento mientras recalculaba, y luego, a su manera clara y femenina, decía: «Gire a la izquierda pasados doscientos metros y vuelva a girar a la izquierda». Greg llegó al pequeño cruce de caminos y dobló a la derecha, hacia Hartswell. Sabía a grandes rasgos hacia dónde se dirigía.

Le gustaba que hubiera algún ruido en la cabina del camión; por eso dejaba el GPS encendido sin molestarse en informarlo de su destino real. La radio también la dejaba encendida a menudo. Así pudo declarar más tarde que había llegado exactamente a mediodía, no solo porque era esa la hora que se había dispuesto para su llegada, sino porque cuando recorría el callejón se terminaba el show de Ken Bruce, que le cedía el micrófono a Jeremy Vine. Eso era en Radio 2. A veces a Greg le gustaba escuchar Classic FM. No oyó chapoteos en la cisterna y, a pesar de que lo que la gente pensaba, tampoco notó ningún olor; y no es que un olor fuera algo que Classic FM o Ken Bruce pudieran tapar. Le gustaba conducir con la radio encendida, y hoy también le gustaba tener a la mujer del GPS tratando de corregirlo con paciencia.

Disfrutaba con su trabajo. Nunca recurría a alguna frase rebuscada para ocultar cómo se ganaba la vida. Hacía las rondas de buena parte de Devon, y también de partes de Somerset y Dorset, vaciando letrinas domésticas y tanques sépticos. Nunca había valido la pena hacer circular salidas de aguas residuales más allá de los pueblos y las ciudades, y cientos de casas en esta parte del mundo enviaban sus desperdicios a fosas sépticas o pozos negros enterrados bajo los jardines sin más señal que una discreta tapa de drenaje. Greg creía que hacer llegar el agua hasta los hogares era obligatorio, pero lo que no se podía hacer era obligar a las autoridades locales a instalar un alcantarillado. El tanque séptico era la solución más rentable. Casi todos lo sabían y pensaban que Greg ofrecía un buen servicio profesional. Aparte de algún chiste esporádico que les hacían a sus hijos, se sentía respetado en la comunidad. Ayudaba el mono blanco, remetido en sus medias gruesas y botas de goma blancas, y el camión blanco que los chicos

del depósito limpiaban cada dos días para mantener su aspecto higiénico.

Los tanques sépticos tenían que vaciarse con regularidad, no así los pozos negros, a los que iba a parar de todo. Los tanques sépticos limpiaban el agua y dejaban que fuera filtrándose en la tierra circundante sin causar daños. Muchos de los clientes de Greg optaban por un servicio anual, tal vez dos veces al año como mucho. Para una familia pequeña o una pareja, eso bastaría, probablemente.

Pero en los pozos negros se depositaba de todo —el agua del baño, el agua de la lavadora y el agua del lavaplatos, las aguas residuales, los excrementos y el agua del lavabo—, lo que había que retirar era lo que en el sector de Greg se conocía como «lodos». Eran tanques grandes, diseñados para ser olvidados de un equinoccio al otro. Las visitas de Greg podían convertirse en ocasiones festivas, y él solía ser muy popular entre los niños de Devon, que estiraban el cuello por la ventana de la cocina cuando no los dejaban salir por la puerta trasera; a veces incluso podían mirar en el jardín cuando levantaba la tapa de la alcantarilla y aseguraba el tubo de vaciado al compartimento estanco. Les encantaba la idea de que la caca y el pipí de su familia hubiesen estado guardados como una valiosa mercancía durante meses, justo bajo el césped donde sus gallinas, quizá, picoteaban tranquilamente. Ahora, el hombre de la caca, como a menudo lo llamaban, venía con su camión para chuparlo todo e irse con un alegre depósito móvil de mierda. «¿Y luego que hacéis con eso?», le preguntaba siempre un niño o una niña, no fallaba. Pero Greg se negaba a responder y les preguntaba en cambio qué creían ellos que hacía. Los ojos de los chicos se agrandaban, y Greg a veces se preguntaba qué inventarían los chicos.

La visita de ese día era a un hombre cuya familia había vivido en la casa durante años. Ahora él vivía allí solo. Su madre había muerto hacía cinco años. No era demasiado conocido; guardaba las distancias, lo que no era raro en esa parte del país tan próxima al inmenso páramo.

Como vivía solo, no tenía necesidad de llamar a Greg tan a menudo como los demás. Y es probable que sus hábitos de higiene también fueran los de un soltero, lo que significaba que el tanque séptico se llenaría con el agua del baño y otras aguas residuales mucho más lentamente. Greg tendía a venir una vez cada año y medio, no más. Era peligroso dejar un tanque séptico sin vaciar, pero a veces en su visita de cada dieciocho meses a esa cabañita con techo de paja, enterrada como una seta bajo el nivel de un camino que no llevaba a ninguna parte, Greg se había encontrado con que el tanque no estaba lleno del todo.

Greg dio marcha atrás en el huerto semiabandonado que había detrás de la casa.

«Gire a la izquierda —ordenó la mujer del GPS sin que la perversidad de Greg le hiciera abandonar su compostura— y continúe derecho durante trescientos metros.» Justo por donde Greg había llegado: la mujer parecía no tener ningunas ganas de que Greg llegara hasta allí. El cliente ya había salido de la casa cerrando la puerta a sus espaldas para mantener el calor. Había sido un verano muy agradable, pero ahora, en octubre, en el aire se apreciaba un fresco claramente otoñal.

—Ha tardado un poco más que de costumbre —dijo el cliente.

Greg miró la factura: Terry Strutte. No entendía cómo no había recordado ese nombre: *Gestión Séptica Lucas* llevaba muchísimo tiempo tratando con él y, antes que con él, con su madre.

—No —respondió Greg, bajando de la cabina del camión y poniéndose los resistentes guantes de trabajo—. Es lo mismo de siempre. Dieciocho meses desde la última vez, o una semana menos. Le habremos enviado una carta para recordárselo.

—Pues hay un problema. No sé por qué.

—Vamos a echarle un vistazo —dijo Greg siguiendo al cliente a la parte de atrás de su propiedad.

Eran dos los problemas principales de los que tenía que ocuparse: uno, el tanque, que tenía un problema de retorno y enviaba las aguas residuales de vuelta a los váteres de la casa. Esto solía pasar en invierno, lo que era bastante desagradable; el otro, las fugas del área de servicio, a la boca de acceso, que ocasionaba olores fétidos

e incluso cosas peores. Esto podía llegar a ser peligroso. Afortunadamente, los clientes lo solían notar con rapidez y no dejaban que el problema se prolongara durante mucho tiempo. En el caso de este cliente, había una pequeña fuga; Greg la olió en cuanto se bajó del camión.

—¿Cuál es el problema? —preguntó el cliente.

—Está lleno y hay una fuga —contestó Greg—. Se lo arreglaremos, no se preocupe. El olor se irá con el tiempo, cuando hayamos vaciado el tanque. Yo me mantendría alejado del jardín un par de semanas, sobre todo si no llueve.

—Tampoco salgo demasiado —dijo Strutte, y Greg pudo advertirlo.

Había restos de un huerto casero con los surcos todavía abiertos, algunas cosas que pudieron haber sido verduras, zanahorias, repollos, los restos de un surco de judías, un montón de patatas grilladas por sembrar que invadían el césped circundante.

—Era a mi madre a quien le gustaba la jardinería. Cultivaba la mitad de lo que comíamos, pero yo estoy muy ocupado.

—Debe de ser agradable estar afuera en verano —comentó Greg —. Se está muy bien, con el páramo aquí mismo. Me imagino que nadie le molestará.

—¿Va a empezar ya?

—Ahora empiezo.

El cliente entró cerrando la puerta con cuidado a sus espaldas. Greg desenganchó el tubo grande de la parte trasera del camión y, silbando, lo llevó hasta la tapa. El terreno estaba empapado y el olor era bastante fuerte. Levantó la tapa de la alcantarilla y aseguró el tubo al desagüe. El líquido se había desbordado. Definitivamente, debía de hacer por lo menos una semana que la cosa era obvia. Se preguntó por qué el tanque se habría llenado mucho más rápido que antes y por qué el cliente no habría llamado enseguida. Debía de haber cambiado sus hábitos. Con un poco de suerte, sería cosa del tanque y habría que reemplazarlo, un trabajo que no se podía postergar. *Gestión Séptica Lucas* no tendría problemas durante esa recesión de la que todo el mundo hablaba; los suyos no eran servicios que la gente fuera a posponer aunque anduviera justa de dinero.

La máquina se arrancó con el familiar rugido que hacía al triturar y succionar. Greg regresó al frente del camión, se quitó los pesados guantes y se los puso entre las rodillas. Cogió un cigarrillo del paquete que tenía en el salpicadero y se puso a fumar sin prestar mucha atención a ese ruido industrial.

Desde allí se divisaban el páramo y unas aves que parecían ser alondras que caían en picado y luego remontaban el vuelo. Si apagara la máquina, es probable que pudiera oírlas cantar. Pero si Greg volvió a la parte de atrás del camión y apagó la máquina no fue para oírlas, sino porque el sistema de drenaje estaba haciendo un ruido muy curioso. A menudo lo hacía, lo que indicaba que existía una obstrucción de algún tipo; en el noventa y nueve por ciento de los casos bastaba con apagar la máquina, dejarla así durante treinta segundos y encenderla de nuevo. Hasta Greg le tenía pavor al uno por ciento de los casos restantes. Era increíble lo que la gente tiraba por el retrete.

Después de que el alegre sonido de triturado se apagara, el aire del páramo cantó en sus oídos. Ahí fuera estaba todo muy silencioso. Greg se pasaba la vida yendo a lugares remotos y aislados, pero este era más remoto que la mayoría.

En Devon se escuchaba a menudo el rumor distante de la autopista, incluso en los lugares más silenciosos, pero ahí no había nada que no siguiera como había estado cien años atrás. En el aire revoloteaba una nota larga y aguda, distante y urgente. Era sorprendente el parecido que podía tener el canto de un ave con el grito tenue de alguien. Greg volvió a escuchar y entonces comprendió que no se trataba de un pájaro. No era un pájaro el que cantaba, y el sonido no venía de muy lejos.

Al dar media vuelta hacia la casa, vio al cliente frente a la ventana de la cocina. Fuera lo que fuera, su cara no debía delatar sospecha alguna; Greg Lucas no era una persona heroica, había entrado en el negocio de su padre, nunca había pensado en mudarse lejos, en conocer el mundo ni en ponerse a prueba ante las exigencias de una nueva vida. En ese instante comprendió qué significaba la valentía y qué se le pedía. Lo que tenía que hacer estaba bastante claro, y tenía que hacerlo ya mismo, sin salir a pedir ayuda.

Por norma general, en el negocio de Greg nadie pediría permiso para entrar en una casa, pero Terry Strutte, ese era su nombre, Terry Strutte, no lo sabría. Greg se dirigió a la puerta trasera manteniendo una expresión alegre en el rostro. El cliente entreabrió la puerta sin dejarlo pasar; desde donde Greg estaba, sin embargo, los sonidos intermitentes del niño gritando eran inconfundibles: un sonido tenue y sordo pero perceptible. Greg debía continuar como si no pasara nada, nada en absoluto.

—Hay algún tipo de obstrucción —dijo—. Es un poco más complicado de lo que pensaba. Voy a tener que llamar a mi colega. Él tiene el… —aquí a Greg le falló la inspiración. No se le ocurría nada que su hermano Ed pudiera tener que él no tuviera ya—. Él tiene el chisme ese.

—Está bien —dijo el cliente—. Yo no me voy a mover. Es mi día libre en la cuadra. Llámelo y lo esperamos.

—Aquí no tengo cobertura —explicó Greg—. Tengo que usar su teléfono fijo, si es posible. —El teléfono se veía desde donde él se encontraba, sobre una mesita junto a la puerta delantera. Era una casa de campo libre de estorbos entre la entrada trasera y la delantera—. Me quitaré las botas.

—Está bien —aceptó el cliente de mala gana.

Greg se sentó en el escalón y se desabrochó las botas blancas manchadas de barro y otras cosas peores y se lanzó a la cocina. Adentro el sonido era realmente inconfundible; una niña que gritaba tan fuerte como podía. Pasarlo por alto era algo imposible. Por primera vez, Greg miró al cliente a los ojos: tenía la cara flácida, marcada por unas cejas delgadas y descoloridas, y unas pestañas blancas y gruesas, como las de un cerdo; cabello rubio descolorido que comenzaba a clarearle en la coronilla, y los ojos de un azul pálido y demente; uno se desviaba hacia un lado, esquivo. La gente que vivía en aquellos santuarios perdidos de Devon podía tener ese aspecto: el resultado de generaciones de matrimonios entre primos. Pero a ese rostro débil se asomó algo parecido a una decisión.

—Discúlpeme —dijo el cliente—. Solo será un minuto. Espéreme aquí.

Pasó por delante de Greg y salió al jardín trasero, atravesó muy deprisa el terreno empapado caminando con cuidado por encima de la silenciosa tubería de residuos, y luego, más ligero, traspuso el portal del muro del jardín y continuó. Ahora corría, casi, sin dirección ni objetivo, solo se alejaba de Greg y del ruido, que según lo que Greg podía escuchar, venía de la parte inferior de la cocina, de debajo la casa. No había un lugar adonde el cliente pudiera ir. Así era el páramo: nada. Greg lo dejó ir sin gritar y sin preocuparse. La cárcel la habían levantado en medio del páramo por algo: porque no podías llegar solo a ningún lado y después de un rato te alegrabas de poder entregarte de nuevo. Eso era lo que el viejo siempre le había dicho.

El ruido no cesaba, y ahora también había un martilleo, como si algo golpeara contra las paredes o contra unas tuberías. Greg escuchó y al cabo de un rato identificó el rincón de la cocina de donde provenía, y luego la baldosa en particular. Era un sonido hueco. Miró a su alrededor: había una tubería de hierro con un extremo aplanado, una herramienta casera, apoyada junto al aparador.

Greg siempre había sido mañoso, e inmediatamente comprendió cómo levantarla. Había visto la ranura al lado de la piedra. Empujó haciendo palanca y la piedra subió con facilidad. Los gritos lo llenaron todo. Un tramo de escaleras conducía a un sótano a oscuras. Los gritos se detuvieron de repente.

—No pasa nada —dijo Greg—. Estoy aquí para ayudarte. —En el sótano se hizo el silencio—. ¿Hay luz? Se ha ido. Tengo que encender la luz.

—Justo debajo de la trampilla —respondió una vocecita, la voz de una niña—. Hay un interruptor.

Estaba sorprendentemente cerca. Buscó a tientas bajo la trampilla y encontró el interruptor. Encendió la luz y bajó un par de escalones.

—Ya se ha ido —dijo.

La niña, con una sudadera rosa sucia, el cabello lacio y la cara llena de grasa, le dirigió una mirada tal que, como después les contaría a los equipos de televisión, a los periodistas y, con los años, a los conocidos interesados en ese momento, no habría sabido

describir su significado. La idea de que alguien pudiera volver a hacerle daño a la niñita resultaba insoportable, explicaría. Era la mirada de sus ojos: una mirada fija y concentrada, como de animal acorralado. Greg sabía quién era, por supuesto. No podría haber sido nadie más.

—Tú eres China.

—¿Cómo sabes cómo me llamo?

Aquello lo desconcertó.

—Eso da igual —dijo—. Ahora todo irá bien.

—Eso es lo que él me dijo. Si te acercas, te juro que te mato, te lo juro.

—He venido a sacarte de aquí. No voy a… —no fue capaz de decirlo.

—Quédate allí, en las escaleras —dijo ella—. No te acerques. ¿Ya se ha ido?

—Sí. Se ha ido. Voy a llamar a la Policía y vendrán a buscarte. Todo irá bien.

—No quiero a la Policía —dijo ella, y luego, abruptamente, comenzó a gritar—. ¡Si te acercas, te mato!

—No me acercaré. Será mejor que llame a la Policía.

—¿Quién eres? —preguntó China—. ¿No eres amigo de Marcus?

—No —dijo él—. Soy el hombre de la caca. Ahora todo irá bien, China.

—¿Cómo sabes cómo me llamo?

22

Colina arriba subía un flujo constante de familias vestidas con sus mejores galas: los padres, en traje, o al menos con chaqueta y corbata; las madres, que avanzaban con dificultad con conjuntos sencillos pero bastante nuevos y zapatos sin duda incómodos. A Miranda, los alumnos potenciales le parecían decepcionantemente limpios y alegres.

Recordaba sus días de universitaria en Oxford, casi treinta años atrás: ponían cara de pocos amigos, se negaban a trabajar y no se cambiaban de ropa en todo el trimestre. Si no recordaba mal, la idea

de complacer a los mayores nunca se les había pasado por la cabeza. Entonces la gente también era mucho más independiente, sin duda. Recordaba vagamente haber ido a las jornadas de puertas abiertas de las universidades, pero a nadie se le habría ocurrido invitar a los padres ni involucrarlos en lo que harían sus hijos, a quienes tampoco concebía como niños.

En un momento dado, aparecieron los padres. Los chicos más guays, los más independientes, ya no los recibían con esa sensación de que se trataba de una situación cómica o ridícula, sino como algo habitual. Ahora era raro que los alumnos potenciales llegaran sin uno de sus padres. Miranda, en su pulcra oficina, con sus filas de poetas ingleses en orden alfabético, miraba desde la ventana flanqueada por macetas de cintas a los grupos taciturnos y cautelosos, que no se mezclaban entre sí. Como una vieja rancia, pensaba en cuanto había cambiado todo. La mayoría de ellos avanzaba a sabiendas de que alguien los vigilaba de cerca. Lamentó cuánto habían cambiado las cosas bajo el peso de la vigilancia y las expectativas.

Siete veces al año, en invierno y en primavera, la universidad de Barnstaple organizaba unas jornadas de puertas abiertas para los posibles estudiantes y sus padres que siempre caían en viernes. Los estudiantes ya habían recibido sus ofertas, ahora solo faltaba que se decidieran. El puesto que Barnstaple ocupaba en el ranking de las mejores —o las peores— universidades del país oscilaba entre el setenta y cuatro y el ochenta y siete. Cualquier estudiante con calificaciones más o menos pasables podría aspirar a que lo recibieran con los brazos abiertos.

Aun así, llegaban visiblemente nerviosos, encarnando la decepción o la esperanza de sus familias; y aun así, el cuerpo de profesores de Barnstaple se esforzaba por darles la bienvenida, por hacer una pequeña exhibición.

El pequeño Benjy, el jefe del departamento, nunca se había mostrado demasiado cordial con Miranda, pero ahora esta frialdad la reforzaba la ilusión de estar en lo cierto. El saludo que solía mascullar había degenerado hasta volverse un seco movimiento de cabeza que luego se convirtió en una mirada inquisitiva.

Miranda conocía de sobra los distintos grados de indiferencia establecidos desde tiempos remotos: el Vacío Sublime, que consistía en aparentar un enorme interés en un objeto cercano; el Vacío Indirecto, que consistía en fingir que no veías a la otra persona, y el Vacío Directo, que consistía en mirar a la persona en cuestión haciendo caso omiso de su saludo.

Últimamente, el pequeño Benjy practicaba el Vacío Directo y en su mirada interrogante se apreciaba un aire de superioridad. A una pregunta directa, Benjy respondió que el asunto de la detención de Faisal Khalil en una sala de actos era algo que los sobrepasaba, con lo que venía a decir que era más importante que Miranda, al menos. Cuando Miranda lo presionó un poco más, se limitó a explicar secamente que la universidad estaba convencida de que la Policía había tenido buenas razones para arrestar a Faisal, fueran las que fueran. Al ahondar aún más sobre si la Policía iba a convertir en costumbre lo de irrumpir en las aulas para detener estudiantes, el pequeño Benjy dijo que estaba muy ocupado y que no tenía intención de seguir con el tema. Miranda respondió que tal vez esa fuera su intención, pero no la de ella. Estaba segura de que lo comprendería. La era del Vacío Directo, que Benjy empezaba a poner en práctica cuatro veces al día en escaleras, pasillos y en los caminos entre edificios, comenzaba de verdad.

Los profesores se turnaban en las tareas durante las jornadas de puertas abiertas para atender a los potenciales alumnos. Ese día le tocaba a Miranda. El profesorado celebraba una conferencia en una sala de actos sobre las actividades de la universidad: se trataba de magnificar cualquier éxito institucional que hubiera podido cosechar el centro. Seguía una breve pseudoconferencia organizada por un miembro joven del claustro sobre una obra reciente y popular de la literatura inglesa; ese año trataría de *El curioso incidente del perro a medianoche* de Mark Haddon: la experiencia había demostrado que era uno de los poquísimos libros que los padres de los alumnos, potenciales o no, podían haber leído. Se daba por supuesto que los alumnos, potenciales o no, no habían leído nada. Luego a los alumnos se los llevaban a unas pseudoclases y sus padres bebían

vino y cenaban, o como mínimo probaban una taza de café insípido y un bollito glaseado mientras charlaban con los profesores.

Miranda tenía mejores cosas que hacer el viernes por la tarde, y solía delegar esas charlas en los profesores que todavía no habían perdido las ganas de vivir. En el correo electrónico que había recibido la semana anterior informándole de que le tocaba dar la charla para los padres, Miranda reconoció la mano del pequeño Benjy y la cadencia de sus risitas. No protestó; se serenó y preparó unas breves notas que ahora tenía frente a ella en la mesa, en una carpeta amarilla.

Llamaron a su puerta. A través del cristal reforzado, la silueta de Sukie, semejante al de la Reina Blanca, se hizo más nítida. Miranda no respondió; al cabo de un momento se oyó otro golpe. Si ella podía ver la silueta de Sukie, Sukie podía ver la suya. Pero no respondió.

—¿Estás ahí? —preguntó Sukie entreabriendo la puerta—. Oh, sí. ¿Puedo molestarte?

—Estaba escribiendo unas notas sobre un asunto —dijo Miranda —. Pero creo que ya he terminado.

—Bueno, tampoco era tan importante. Estaba pensando que hace siglos que Kenyon y tú no venís a cenar, y entonces me he dicho: ¡Volvámonos locos y busquemos un día!

Eso no era cierto: Sukie ya había invitado a Miranda y a Kenyon a cenar tres veces sin que ni Miranda ni Kenyon hicieran el más mínimo esfuerzo por devolverles la invitación.

Miranda creía que las invitaciones habían sido cosa del hijo de Sukie —Michael, creía recordar—, que andaba bastante con Hettie. Habían pasado tres noches incómodas los seis, con Michael y Hettie en el extremo de la mesa sin abrir la boca. Miranda supuso que esa última invitación sería lo más cerca que Sukie estaría de preguntarle si Kenyon y ella iban a invitarlos a su casa algún día. Pero Miranda había calculado cuánto costaría invitar a Sukie, a Lloyd y al silencioso Michael a cenar: por menos de doscientas libras no podría organizar nada decente, tres platos y reaprovisionamiento del mueble bar. Aunque la ausencia de Campari o de jerez podía suscitar alguna broma, dejar de complacer a alguien que insinuara un «me tomaría

una ginebra (o un vodka) con tónica antes de comer» era algo impensable. Y no tener whisky ni brandy para después de la cena resultaba inadmisible. Y ya hacía seis meses que en esa casa no había ni ginebra ni whisky ni vodka. Hacía diez días que Sam se había pulido el Campari que les quedaba. Miranda había calculado el coste de recibirlos a los tres, o a cualquiera. Había tenido en cuenta que Sukie solo se quedaría en Hanmouth entre enero y febrero antes de regresar a Quincunx. También había recordado que a los americanos, los ingleses les parecían gorrones, mezquinos y hostiles, y no veía razón alguna para no alimentar el estereotipo, ni que fuera un poco.

Así que dijo:

—Bueno, qué amable de tu parte, Sukie. Cuando te vaya bien, de verdad.

—Le echaré un vistazo a mi agenda y a la de Lloyd —contestó Sukie, derrotada—. ¿Estás ocupada?

—Sí que lo estoy. Estoy a punto de dirigir mi alegre discurso a los alumnos potenciales y a sus mamás y papás. De hecho, me toca dentro de cinco minutos. ¿Ibas a tomarte una taza de té?

—Me has leído el pensamiento —dijo Sukie—. Bueno, otra vez será.

—Quizá me deje caer más tarde —mintió Miranda—. Cuando termine. No me alargaré demasiado.

—Me atrevería a decir que dentro de media hora todavía seguiré por aquí. —dijo Sukie—. Bajo contigo. ¿Cómo está Hettie?

Salieron del despacho de Miranda y ella echó la llave, escrupulosa. La víspera había vaciado el escritorio de cualquier cosa que considerara importante; revisando los estantes en busca de artículos por los que sintiera algún tipo de apego, había encontrado media docena de ejemplares de sus libros favoritos. Había dado con una edición de *Léxico familiar* de Natalia Ginzburg, el libro que Kenyon le había dado cuando se conocieron. Había sido su primer regalo; en aquella mesa del fondo del antiguo Café Pelican en St. Martin’s Lane, largo y estrecho como el antiguo concesionario de coches que había sido, verde y dorada como Hammersmith Bridge o Harrods, Kenyon le dijo que era un libro que le gustaba y que esperaba que a ella le

gustara también. Fue después de *El crepúsculo de los dioses* en el Coliseum.

Debió de ser hacia 1978, cuando Miranda iba por la mitad de su tesis. El libro le había encantado, y aunque no tenía nada que ver con su trabajo, había terminado en su oficina. La víspera se lo había llevado a casa con otros de sus libros favoritos y papeles de importancia vital, y esa mañana había ordenado la mesa como una mujer a punto de enfrentarse a su ejecución. Se consideraba una persona ordenada.

Mientras bajaban las escaleras, estuvo de acuerdo con Sukie en que Michael y Hettie eran buenos chicos; que estaban bien cuando estaban juntos; que era conmovedor verlos juntos. Y todo aquello era cierto, pero los pensamientos de Miranda estaban en la carpeta amarilla que llevaba bajo el brazo. Contenía no solo el discurso que pronunciaba en aquellas ocasiones casi todos los años, lleno de correcciones a mano, sino también varias notas sobre sucesos recientes. Contenía un relato de lo que había ocurrido cuando sacaron a Faisal Khalil a rastras, un relato honesto en primera persona que incluía el nombre y el número de identificación de los agentes; contenía todos los correos electrónicos y resúmenes de las llamadas y reuniones que había celebrado desde entonces con la universidad, con las fuerzas del orden, con organizaciones de derechos humanos y con los sindicatos, tanto los de profesores de universidad como los de estudiantes. Para decepción de Miranda, la Policía no había acusado a Faisal Khalil de delitos de terrorismo, aunque ella estaba totalmente segura de que se lo iban a llevar a la Bahía de Guantánamo en un avión sin matrícula. Afirmaban, en cambio, que Khalil había vendido a sus compañeros un anestésico para caballos para ayudarles a borrar de su memoria fragmentos de las noches del sábado. Pero aquello carecía de importancia. Ella no se lo creía, y aunque se lo hubiera creído, seguía pensando que no podían plantarse allí sin más a interrumpir el proceso educativo. Miranda se llevó la carpeta amarilla no porque tuviera intención de referirse a ella en la hora siguiente, sino porque pensaba que la necesitaría muy pronto.

Los alumnos potenciales y sus padres circulaban por el vestíbulo, frente a la sala de actos. Miranda se sorprendió de lo mucho que esos chicos se parecían a los que ya estudiaban en la universidad, con la cara y el pelo limpios; lo único que los diferenciaba de ellos era su expresión nerviosa, de ganas de impresionar o complacer, de preocupación por lo que pudieran pensar de ellos. Le entraron ganas de tranquilizarlos: para cuando ellos llegaran, ella ya se habría ido.

Miranda se abrió paso entre el grupo sonriendo. Reconoció a algunos de los estudiantes que estaban delante, llenos de confianza y autosuficiencia. Por lo general, los estudiantes que se presentaban como voluntarios para este tipo de cosas solían ser los menos agraciados, los menos populares.

—Bueno —le dijo a uno—. ¿Comenzamos?

El estudiante abrió la puerta. Miranda fue la primera en entrar; la siguieron los estudiantes voluntarios, los padres con los alumnos potenciales, que ocuparon sus asientos, y también Karen Chu, una de las profesoras más nuevas, había venido a ver cómo lo hacía, sin duda. Miranda sabía que tenía que haber alguien para informar del acto, y se alegró de que fuera Karen Chu, que no exageraría, malinterpretaría ni inventaría nada. Karen Chu era una chica brillante: había publicado dos libros antes de encontrar el puesto en Barnstaple; y se podía confiar en que haría lo que le tocaba.

Karen Chu se puso de pie: una figura glamourosa con tupé como de loro, el pelo más corto por las sienes, estilo mohicano, jersey de cuello vuelto azul eléctrico y pantalones de cuero negro.

—Bienvenidos. —Y presentó a Miranda en términos muy elogiosos.

—Vaya, muy amable, Karen —dijo Miranda—. Espero que por lo menos podáis ver lo cordial que es el cuerpo docente, nos gusta ver lo mejor de los demás. Muchas gracias, ¿Te quedas? Bien. Voy a hablar unos veinte minutos, no más, un poco menos tal vez. Quiero dejar mucho tiempo para las preguntas. Debéis de estar llenos de preguntas. ¡Sé lo amenazante que puede llegar a parecer todo esto! O, si no queréis hacer una pregunta delante de todo el mundo por la razón que sea, estaremos por aquí más tarde, junto con buena parte del resto de profesores, para tomar un té o un café. Os ruego que os acerquéis a preguntar cualquier cosa que se os haya ocurrido. A ver,

¿por dónde iba? Dejad que os diga algo sobre nosotros. Somos un centro con solera. Integrábamos el Colegio Universitario de Formación de Barnstaple como centro externo antes de convertirnos en el Politécnico de Barnstaple y del Norte de Devon y, más adelante, en la Universidad de Inglaterra Occidental, nuestro nombre actual, aunque todo el mundo nos conoce como «Barnstaple Uni», por supuesto; nos parece más fácil de pronunciar.

»Si creéis en estas cosas llamadas estadísticas gubernamentales, y yo misma no estoy demasiado segura de creer en ellas por halagadoras que sean, aquí en Barnstaple estamos entre las setenta y cuatro u ochenta y siete mejores universidades del país. Puede que, de entrada, el dato no parezca extraordinario, lo sé —pausa para una risita educada—, pero me gustaría recordaros un par de cosas. Primero, la calificación de la Facultad de Inglés es ligeramente superior a la de la universidad en general, se cuenta entre las cuarenta y siete y la cincuenta y cinco mejores del país. En esta universidad, ninguna otra facultad nos supera. Vuestro hijo o vuestra hija, por tanto, tendrá la seguridad de que su facultad es mejor que cualquier otra.

»El segundo punto sobre el que me gustaría llamar la atención es que hace apenas cinco años, esta universidad ocupaba el puesto número ciento cuatro o ciento cinco en la lista de las mejores del país, así que hemos mejorado bastante. Y en tercer lugar, debo señalar que en este país hay ciento diecisiete universidades y noventa y siete facultades de inglés. Lo que significa que, disculpad, tengo las matemáticas un poco oxidadas, aunque últimamente cada vez las utilizo más, en este país hay unas cuarenta y tres universidades que son peores que esta, y unas cincuenta facultades de inglés que no son tan buenas. Son pocos los alumnos que salen de nuestra universidad con menos de un excelente o un notable; el año pasado, de un total de sesenta y cuatro licenciados, tan solo dos nos han dejado con un aprobado. Unas estadísticas impresionantes, damas y caballeros.

(Aquellos del público con más ganas de causar una buena impresión durante la jornada de puertas abiertas y de dejarse ver

tomando apuntes, anotaron «estadísticas impresionantes» en su cuaderno.)

»Y creedme —continuó Miranda—, tal y como están las tasas de paro, el servicio que ponemos a vuestra disposición es vital. Ofrecemos la oportunidad de disfrutar de una educación superior a personas que hace treinta años no hubieran podido acceder a ella y habrían tenido que acabar de fontaneros, albañiles, cocineros o carpinteros. Les ofrecemos la oportunidad de ir a la universidad. Nuestra universidad tiene una vocación eminentemente laboral, y buena parte de nuestros exalumnos ya tiene trabajo al año de haberse graduado. Más aún, hallamos maneras de enriquecer la vida de nuestros estudiantes. Muchos se empapan de un amor a la literatura que sobrevive casi hasta el día en que se gradúan.

(Karen Chu, con su corte mohicano —¿o era un mohawk?, ¿o ninguno de los dos?—, le lanzó a Miranda una mirada de soslayo. El público, sin embargo, no pareció advertir nada raro; para ellos aquella resultaba, evidentemente, una experiencia nueva: escuchar a una mujer a la que se le permitía hablar sin interrupción. Algunos de ellos apuntaron «amor a la literatura».)

»Somos una facultad muy joven, a veces no sé si hablo con un estudiante recién salido del instituto o con un brillante nuevo colega que acaba de terminar su trabajo sobre unos manuscritos de Geoffrey Hill, o Milton, o lo que sea que esté investigando. Somos muy afectuosos y accesibles, como acabáis de ver. La accesibilidad es un rasgo del que nos orgullecemos. Y esta accesibilidad no la reservamos solamente para vuestros hijos y para vuestras hijas, sino que también os la ofrecemos a vosotros. Si os preocupa vuestro hijo o vuestra hija, por favor, no dudéis en poneros en contacto con nosotros. De igual modo, y en caso de que nos parezca apropiado, nosotros nos pondremos en contacto con vosotros si algo parece ir mal en los estudios de vuestros hijos.

»Os preguntaréis, ahora o cuando vengáis a vernos, si realmente nos vamos a ocupar de vuestros hijos. ¿Ejerceremos nuestra obligación de cuidado? ¿Nos aseguraremos de que no se metan en problemas? Puedo aseguraros que los tenemos bien vigilados. Por ejemplo, pasamos la lista en todas las clases, como si tuvieran seis

años. Insistimos en que nos presenten sus tareas dos veces al trimestre para asegurarnos de que están haciendo lo que es debido. Lo hacemos, damas y caballeros, porque en realidad no nos fiamos de ellos. Pero tal vez aprobéis nuestra decisión. Y os preguntaréis, ¿dónde queda entonces la obligación de cuidado? ¿Qué pasa cuando mi hijo o hija necesita ayuda?

»Pues bien, os lo diré ahora mismo. La universidad se lavará las manos. A la universidad le importa un bledo que la Policía irrumpa en un aula para detener a uno de nuestros estudiantes, vuestros hijos. La universidad ni siquiera preguntará a la Policía si tienen una orden de detención. Las fuerzas de la ley y el orden pueden pisotear a vuestros hijos, que la universidad no hará absolutamente nada para evitarlo. Esto es lo que os digo. Si queréis que vuestros hijos reciban una educación razonable a la medida de sus limitados logros, entonces enviadlos aquí. ¿Por qué no? Si solo queréis tenerlos en algún lugar que no quede demasiado lejos de casa y donde vaya a haber unos cuantos cientos de libros, aquí estarán tan bien como en cualquier otro sitio, supongo. Pero si queréis estar seguros de que van a recibir el cuidado adecuado, tengo que deciros: mandadlos a algún otro lugar.

»Mandadlos a una de las, ¿cuántas eran?, cuarenta y tres universidades de este país que son peores que esta, a una de las cincuenta facultades de inglés donde, ¡maldita sea!, «cincuenta» facultades de inglés peores que esta... En algunas ni siquiera van a leer un puñetero libro. Sí, mandadlos allí. Supongo que, a la larga, tampoco importa demasiado. Y ahora me gustaría decir unas palabras sobre los fondos para la investigación.

En el transcurso de los cinco minutos anteriores, en algún momento, Karen Chu se había levantado de la silla que ocupaba de cara al público. La puerta del salón de actos se había abierto y por ella había entrado, coloradísimo, el pequeño Benjy. Había venido tan deprisa que no había tenido tiempo de ponerse los zapatos y se presentó en calcetines negros.

—Estoy seguro de que tendremos tiempo de responder a todas vuestras preguntas muy pronto —dijo esbozando una pequeña sonrisa delante de veinte brazos levantados y enfurecidos.

Algunos de los padres comenzaron incluso a hacer observaciones, comentarios y preguntas sin esperar siquiera a que les diesen la palabra.

—Ahora quedáis en manos de Karen Chu, que os hablará sobre cómo vivir y trabajar en la Universidad de Barnstaple. La doctora Kenyon os deja por ahora, pero estoy seguro de que podremos responder a cualquiera de las preguntas que haya suscitado su charla más adelante.

Miranda recogió la carpeta amarilla y siguió al pequeño Benjy fuera de la sala de conferencias.

23

—El caso es que —dijo Kenyon bastante más tarde, en casa—, que repasaron la lista entera, uno tras otro, y no había nadie. Nadie en absoluto.

—Te refieres al Ministerio de Hacienda, ¿verdad? —preguntó Miranda. Los dos estaban bastante tranquilos; Hettie estaba arriba; de algún lado había salido una botella de ginebra y una de tónica, e incluso un par de rodajas de limón. Estaban muy a gusto disfrutando de su copa del viernes por la noche—. Donde trabajabas, ¿verdad?

—Eso —respondió Kenyon—. Estaba hablando del Ministerio de Hacienda.

—Ya veo —dijo Miranda—. ¿Y esto era por…? Lo siento, estoy muy torpe.

—Por lo del director de la nueva Unidad de Déficit —contestó Kenyon—. No sé si lo sabrás, pero el país está en una situación peliaguda. De verdad. ¡Les hemos dado tanto dinero a esos detestables banqueros!

—Horribles, horribles banqueros, estoy de acuerdo —dijo Miranda, y se acordó de aquella vez, a finales del mes anterior, en la que, con enorme grosería, el cajero automático se había negado a darle dinero.

Tuvo que pedirle prestadas trescientas libras a su propio marido, como si fuera una estudiante. Qué grosería.

—Y ahora parece que nosotros no tenemos nada. Menos que nada, en realidad —dijo Kenyon.

—Vaya, qué mala suerte —dijo Miranda—. Cuando dices «nosotros» te refieres al país, supongo.

—Por supuesto, nosotros como país. Y el ministro, el ministro de Hacienda, el pez gordo de las cejas, ha decidido que lo que hace falta es una Unidad de Déficit que se dedique a proponer ideas para recaudar fondos.

—Bueno, les podrían pedir a esos horribles banqueros que devolvieran el dinero, ¿no? Diantre, odio a los capitalistas. A veces me gustaría tirarles algo.

—Supongo que podríamos —sugirió Kenyon, poniendo voz de falsete—, podríamos pedirles que devuelvan el dinero. No creo que nos prestaran demasiada atención si lo hiciéramos. En cualquier caso, ya habían pensado en un tipo para la dirección de la nueva Unidad de Déficit, aunque imagino que a él no le haría mucha gracia. Se llamaba Barraclough. Tal vez lo recuerdes, de una fiesta de Navidad o algo así.

—No —dijo Miranda—. Me temo que no, cariño.

—Bueno, acababa de aceptar cuando, ¿recuerdas aquel día extraordinario? Yo venía de Paddington y hubo ese tiroteo en el vestíbulo, de eso hará ya unos seis meses. ¿Te acuerdas?

—Oh, sí. Horrible. Espantoso.

Kenyon la miró. No estaba seguro de haber llegado a hablarle del suceso como para que ella pudiera recordarlo.

—Bueno, pues resulta que una de las personas a las que el tipo disparó era mi antiguo colega Barraclough. Volvía a Oxford, a su casa, el pobre. Un tiro en la cabeza. Frito en el acto. Y desde entonces en el ministerio revisan la lista de los que quizá, tal vez, podrían estar preparados para dirigir la nueva Unidad de Déficit.

—¿Y todavía no han encontrado a nadie? —preguntó Miranda—. Están tardando mucho, me parece a mí.

—Ya sabes cómo van las cosas en el ministerio. Son como el Dios del salmo, que ante sus ojos mil años son como el día de ayer. Y, de todos modos, todos los que han recibido la oferta lo han pensado durante una semana y luego han dicho que no.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? Porque es un trabajo horrible. No se puede lograr nada, nada más que deshonra y escarnio público. Pero con el tiempo la desesperación del ministerio ha ido creciendo, y también las sumas que ofrecen a los candidatos, lo cual no deja de ser interesante. Me he enterado, y que esto no salga de aquí, de que tuvieron que consultar con el gabinete en tres ocasiones. Y hace un par de semanas se acordaron de que yo era su aportación a los del SIDA en África.

—No eras una aportación, cariño, te trasladaron temporalmente —dijo Miranda.

—Correcto, me trasladaron —admitió Kenyon—. Me atrevería a decir que más bien se olvidaron de mí. Pero hace dos semanas recibí una llamada a propósito del asunto y, resumiendo, bueno…, ante ti tienes al nuevo director de la Unidad de Déficit. Supongo que si hubiera dicho que no le hubieran tenido que ofrecer el trabajo a Robert Peston, el de las noticias de la BBC.

Miranda tenía los ojos brillantes por el amor o por la humedad o por estar contemplando un futuro en el que ella y Kenyon y Hettie podrían continuar viviendo en esa casa de un millón de libras que cada día los hundía más en la bancarrota.

—¿Cuánto? —preguntó.

Su voz sonaba grave y conmovida.

—Bueno, pues ahí está la gracia. El doble de lo que estoy ganando ahora o un poco más. Hasta ahí habían llegado las negociaciones antes de que se pusieran en contacto conmigo, ¡ni te imaginas! Y lo otro es que han aceptado considerarme una incorporación externa, como si yo no fuera funcionario.

—¿Y?

—Que me ofrecen una suma golosísima solo por regresar a los brazos de ministerio. Pensaban que les diría que no a menos que…

—Pero creía que no teníamos dinero. Nosotros no, quiero decir, el país, ¿no es eso lo que habías dicho?

—Sí, pero esto es como si fuera una especie de dinero distinto. Lo pueden justificar.

—¿Cuánto? —repitió Miranda.

—Unas trescientas mil —dijo Kenyon.

Miranda se bebió el gin-tonic de un solo trago y con una actitud muy cambiada.

—Eso sí que es estar esperándote con un montón de dinero distinto. Me alegro por ti. No es por el dinero, claro, ¿o sí? Me alegro de que por fin te valoren, pensaba que se habían olvidado de ti, tan perdido en Islington. Yo también tengo noticias, y son por el estilo. Muy por el estilo, pero mucho.

—No irás a decirme que la universidad va a darte trescientas mil a ti también —dijo Kenyon, riendo.

—Bueno, no sé cuánto será al final. Pero hoy ha habido un poco de alboroto, y después de una breve conversación con el pequeño Benjy y su Gran Jefe… Vaya, esto parece una obra de Brecht, ¿no te parece, querido? Después de esa breve charla, tengo la impresión de que en el futuro las reuniones de claustro serán una zona libre de Miranda. ¡Buuu! Pero me han dicho que en caso de que tuvieran que pedirme que me fuera, me caería un pellizco, un buen pellizco. Así que ambos tenemos muy buenas noticias. Creo que entre los dos, y cuando el dinero llegue, quizá podríamos amortizar la hipoteca de una sola vez. Luego no tendremos ningún problema para vivir de tu sueldo, supongo. Y lo más probable es que nos sobren unas cien o doscientas mil. Por si llegan tiempos difíciles.

—¿Tanto? —preguntó Kenyon, que solo pensaba en Ahmed, en los malabarismos que tendría que hacer con un trabajo de cinco días a la semana y un amante; y pensaba en un piso en Londres y en un trabajo en Londres para Ahmed—. ¿Tanto dinero? Miranda, ¿qué has hecho?

—Oh, —dijo Miranda—. Bueno, lo malo del asunto es que el Gran Jefe de Benjy me ha hecho prometer como condición…, las negociaciones acaban de empezar, pero en esto ha insistido…, me ha hecho prometer que nunca jamás repetiría a nadie las cosas horribles que he dicho hoy. Y no voy a hacerlo. Qué horror, ya lo sé. Puede que algún día te lo cuente. Como sea. Estas noticias tienen una pinta buenísima. ¡Dios santo! ¿Que es ese ruido?

En la ventana había una cara distorsionada y animal; era *Stanley*, el basset de Sam y Harry, emergiendo de la oscuridad invernal. Por

alguna razón que solo él conocía, estaba mirando las dos elegantes figuras del interior del salón de Miranda y Kenyon. Le dio a la pintura un lengüetazo de prueba que hizo que el marco de la ventana volviera a temblar.

—No debería andar por la calle tan tarde —dijo Miranda—. Él sabe que no debe. *Stanley*. Vete a casa, *Stanley*, vete a casa.

—No, *Stanley*, no te dejaremos entrar —añadió Kenyon—. Sabe Dios por dónde te habrás estado revolcando. Vete a casa.

Stanley siguió mirando; de vez en cuando sacudía el trasero como si nunca hubiera visto nada más fascinante: dos personas sentadas una frente a la otra con la cara iluminada por lámparas de mesa, una con corbata floja al cuello y la otra sentada bien derecha con un vestido negro geométrico y el pelo negro también de corte geométrico, y quizá demasiado largo, que lo miraba con preocupación y algo, tal vez, parecido al amor. Y al cabo de unos instantes, Miranda cogió el teléfono de la mesita auxiliar y llamó a Sam para que fuera a recogerlo.

24

Siempre que Hettie salía de casa contaba los pasos que separaban algún punto del siguiente. De la puerta principal a la pescadería: doscientos cuarenta y siete. En la otra dirección, hasta el final de la calle y el principio de Wolf Walk: cuatrocientos ochenta y cinco. De una punta de Wolf Walk a la otra y al banco de Tracy Wood: ciento setenta. (Cuando se acordaba de Tracy Wood, le entraban ganas de llorar y la asaltaba la extraña idea de que ya era más vieja de lo que Tracy Wood llegaría jamás a ser. Eran amigas, en cierto modo, Tracy Wood y ella.) De la estación al Cagoncete: cuatrocientos sesenta y tres. Del ayuntamiento a los columpios del parque: setecientos treinta y tres.

Siempre lo había hecho, y ahora lo hacía cuando estaba sola. Si estaba con Michael, sus pensamientos se perdían en otras direcciones. A veces pensaba en decirle que andaba por Hanmouth contando los pasos, pero aún no lo había hecho. Él podría pensar que estaba chiflada, por eso no lo hacía. Tal vez se lo dijera antes de

que volviera a América. Siempre que salía de casa, Hettie respiraba profundamente, como si fuera a sumergirse en el agua, y pronunciaba un UNO gigante mentalmente, fuera a donde fuera. Podía recorrer Hanmouth de punta a punta contando. Cuando andaba, el pueblo se abría bajo sus pisotones, sus pisadas, sus brincos.

Durante los últimos días y semanas, había tenido una nueva tarea que agregar a sus recuentos. Tenía que cuidar de Billa Townsend, la mujer del viejo general. Hettie había estado dándole vueltas al modo en que el general había muerto, y lo mirara como lo mirase, se veía culpable. Hettie podía ver al viejo general yendo de un armario al otro, buscando la tabla de planchar. Su esposa era la que siempre había planchado, pero ahora ya no podía hacerlo porque había tropezado y se había hecho daño. Tendría que planchar él. Su mujer, Billa, había salido y no podía decirle dónde guardaba la tabla de planchar. Y entonces el general subió las escaleras y encontró la tabla en un armario. No sabía qué tenía que hacer, así que en lugar de bajarla cerrada, pensó que sería más rápido desplegarla arriba y luego bajarla.

Pero abrir una tabla de planchar es complicado. Hettie lo sabía. Y a saber cómo, en el último de los veinte peldaños, el pie del general quedó atrapado mientras trataba de bajar la tabla de planchar y todo se derrumbó como un castillo de naipes, *bum*, *bam*, *plaf*.

Billa no sabía que había sido Hettie quien la había atropellado, pero la perdonaría en cuanto viera lo difícil que le resultaba la confesión. La estrecharía contra su pecho y tal vez las dos lloraran un poco. Por eso, Hettie caminaba con la cabeza alta, intentando reconocer a Billa entre la gente.

Fuera estaba oscuro, y por lo que Hettie podía escuchar, Kenyon y Miranda hablaban de dinero y de lo ricos que eran. Hettie bajó las escaleras en silencio y miró en la cocina: solo había unas bolsas de Sainbury’s en la encimera.

Todavía faltaba bastante para la cena. Había bajado con la intención de tomarse un aperitivo, de sentarse con sus padres y mantener una conversación sofisticada, pero Kenyon y Miranda hablando sobre lo ricos que eran la asquearon un poco. Decidió salir.

Cruzó el vestíbulo tan silenciosamente como pudo, cogió su plumífero, levantó el pestillo y salió. Cerró la puerta a sus espaldas y de repente se encontró con un perro junto a sus rodillas. Lo reconoció. Era *Stanley*, el perro de los dos viejos gays. Hettie sabía dónde vivían y decidió devolvérselo.

Lo que resultó bastante más difícil de lo que había previsto. Sabía que a *Stanley* le gustaba quedarse sentado mirándolo todo. Habría estado mirando por la ventana, o mirando a las gallinas de enfrente. Si alguien se acercaba a ver qué hacía, solía dejar su puesto para olisquearlo, pero por lo general luego regresaba a su puesto de observación, y eso parecía estar haciendo en ese preciso instante. Hettie lo cogió del collar, era un perro sorprendentemente grande, y comenzó a arrastrarlo. Su peso y su cabeza y mandíbula enormes se resistían. No tardaría en sentarse y ella tendría que rendirse y dejarlo allí. Pensó que terminaría encontrando su casa.

Pero de repente, *Stanley* se fijó en algo que quedaba en segundo plano y dejó de ser un obstinado peso muerto en el pavimento. Era alguien, no algo; y a medida que se acercaba a la luz de la farola, Hettie vio que la persona hacia la que *Stanley* trotaba era Billa Townsend, la mujer del general. Hettie lo siguió. Este, pensó, era su momento.

—Yo conozco a este pobre perro —dijo Billa, pinchándolo con su paraguas de mango en forma de loro—. Hola Hettie. Este es *Stanley*, ¿verdad?

—Creo que sí —contestó Hettie—. De todas maneras, él la conoce.

—Eso espero —dijo Billa—. No debería estar aquí fuera. Sam debe de estar preocupado, diría yo. ¿Tienes prisa?

—No.

Nunca admitía ante un adulto que estaba en plena expedición de descubrimiento y meditación, era una de sus reglas; nunca confesaba que había salido de casa sin una meta en particular en mente. La asaltó la inspiración.

—Iba a la cooperativa a buscar un poco de mantequilla y leche. Se nos han terminado.

—Vaya —dijo Billa—. No tengo nada que hacer. Solo estaba dando un pequeño paseo antes de cenar. Escucha una cosa, no nos robará

más de cinco minutos, supongo. ¿Por qué no llevamos a *Stanley* de vuelta a casa de Sam y Harry? Está un poco más adelante por esta misma calle.

—Vale.

Stanley parecía más dispuesto a seguir a Billa que a seguirla a ella. Eso le pareció injusto.

—Pero qué perro más malo, requetemalo —dijo Billa azuzándolo —. ¿A que eres muy malo?

Ahora Hettie se sentía con más valor, y antes de que Billa pudiera añadir algo, dijo:

—Siento mucho lo de su esposo.

—Oh.

—Morir de esa manera —se explicó Hettie—. Debe de haber sido un golpe terrible, espero que ya esté mejor.

—Bueno… —dijo Billa—. Gracias. Me parece que… Fue…, fue un gran golpe.

—Es que tengo que decírselo, necesito desahogarme y espero que lo entienda —continuó Hettie—. Me siento fatal. De verdad. Verá, creo que, en realidad, fue culpa mía. De Michael y mía.

—Hettie, de verdad, no creo que…

—Tengo que explicárselo —siguió Hettie, y lo hizo.

Le dijo que la había derribado sin querer con Michael y no se habían parado a levantarla, y que por eso ella no había podido dedicarse a las tareas domésticas, y el general…

—Brigadier —la corrigió Billa cortésmente.

—… trató de usar la tabla de planchar, y…

Hettie se detuvo. El resplandor naranja de una farola las iluminaba a medias; el rostro velludo y decidido de Billa no parecía más malhumorado que de costumbre. La luz naranja le daba un extraño color al chaleco verde y al jersey de pescador que llevaba debajo.

—En fin, has estado preocupada, eso ya lo veo —dijo Billa—. Pero no fue así, de verdad que no. Mi marido siempre planchaba, incluso cuando yo podía. Era su tarea. No tuvo que vérselas con nada con lo que no hubiera tenido que vérselas cien veces antes. Eso sí, fue muy feo de vuestra parte dejarme tirada y huir de esa manera.

—Lo sé. Lo siento —se excusó Hettie con humildad.

Estaba deseando decirle a Michael que no pasaba nada, que había sido culpa del general y de nadie más.

—Y aquí viene Sam —dijo Billa—. ¿Estabas buscando a este bribón?

Sam bajaba por el camino. Al acercarse a la luz pudieron ver que llevaba una chaqueta de cuero y sujetaba una correa con unos adornos muy elaborados. Sacudió la cabeza con gesto reprobatorio.

—Se ha sacado a sí mismo de paseo —dijo—. Tu madre me ha llamado para que viniera a recogerlo, Hettie. Supongo que habría regresado tarde o temprano.

Sam se inclinó y enganchó la correa al collar de *Stanley*. Dio media vuelta hacia su casa, pero *Stanley* permaneció resuelta e incontestablemente sentado y emitió un sonido quejumbroso.

—¡Oh, Dios! —exclamó Sam.

—No creo que quiera ir a casa —dijo Billa—. Tengo la impresión de que estás interrumpiendo su paseo.

—¡Qué desastre! —se quejó Sam. Tiró de nuevo, pero *Stanley*, como si fuera un objeto fijo, se quedó justo donde estaba—. No hay manera. Me parece que no me quedará más remedio que salir a pasear con él.

—¿Adónde suele ir? —preguntó Hettie.

—Le gusta llegar hasta el final de Wolf Walk y vuelta a casa —dijo Sam—. No es tonto del todo, le gusta ir hasta el final y luego regresar. Lo sé, iba justo en esa dirección.

—Donde hoy han instalado una cámara. —dijo Hettie.

—No —la corrigió Billa—. Eso fue hace una semana o dos. Fue en mi casa.

—No, fue al final de Wolf Walk. Michael y yo… —se encogió de hombros, como si respondiera a un comentario—. Andábamos por allí hoy, esta tarde. ¡Y qué frío! Pero no nos importaba. Estábamos en el banco de la niña muerta…

—Tracy Wood —dijo Billa, y los tres sonrieron.

—Eso, y apareció una furgoneta que aparcó en la otra punta de Wolf Walk, yo la vi, y estaban de muy mal humor, vaya que sí, porque habían tenido que sacarlo todo de la furgoneta y llevarlo hasta el fondo, venga a resoplar, son ciento setenta pasos, ya no

podían acercarse más. Y cuando ya tenían las cosas en el banco de Tracy Wood, uno se quedó allí y el otro tuvo que volver tres veces más para recoger la escalera y las herramientas y otra cosa que se habían olvidado.

—Por allí no hay nada que valga la pena filmar —dijo Sam—. Solo espinosos o a saber qué otros peces. Ridículo. ¿Qué se les ha pasado por la cabeza para instalar una cámara allí?

—Se han vuelto locos —contestó Billa

—¿Quién se ha vuelto loco? —preguntó Hettie—. No, porque nos dijeron, porque nosotros se lo preguntamos, que no iban a dejar cosas sin vigilar en este pueblo. Dijeron que aquí había unos locos que probablemente lo tirarían todo al estuario si ellos no se quedaban vigilando. Se referían a nosotros, pero no iban a decírnoslo porque habría sido una grosería. Nosotros no habríamos tirado las cosas al estuario, Michael dijo que quería ver cómo instalaban la cámara en la pared, y, de todos modos, después de haberlo tirado todo habríamos tenido que volver a pasar por su lado, por eso no lo hicimos.

—Se referían a ti —dijo Sam a Billa.

—Qué tontería. ¿Dónde está escrito que pueden instalar una cámara en mi casa y otra cámara al final de Wolf Walk, adonde no va nadie? Esto quiero verlo con mis propios ojos.

—Apuesto a que debe de ser el tal John Calvin —dijo Sam—. Vamos a darle una… No. No lo hagamos. Sé lo que diría.

—Lo imagino —dijo Billa.

Los tres se pusieron en marcha; *Stanley* iba olisqueando todo lo que encontraba en su camino. A medida que bajaban por el Strand, oían voces que llamaban desde el interior de las casas: ¡Jack!, gritaban, o ¡Ven aquí!, o ¿Has visto esto?

Mientras caminaban miraban por las ventanas: las de los Lovell, las de John Gordon, que bajaba su cello y llamaba a su mujer, las de los Kenyon, con los padres de Hettie sentados cada uno en su butaca con una copa en la mano; pasaron por la colmena de listones blancos de Helena Grosjean y por su cuidadísima casa, pasaron por la casa del presentador de informativos; y él, como todos los demás, estaba viendo las noticias.

Hettie, Sam y Billa pasaron por delante de todas estas casas alcanzando a distinguir un fragmento de las noticias o viendo el resplandor azulado del televisor, y oyeron a los moradores del Strand que, en su casa, se llamaban a gritos. En todas las pantallas de televisión que se distinguían por las ventanas se veía lo mismo: la cara de una niña, la fotografía de la niña secuestrada que ese año había estado por todas partes, y luego la madre esposada, un campo, una furgoneta de la Policía asediada por fotógrafos y por vecinos furiosos, la madre y su marido, pálido, en un escenario en compañía de agentes de la policía; y luego una casa en el campo, una casa destartalada, desvencijada, baja y con techo de paja. Calle abajo, Hettie, Sam y Billa seguían con interés la historia que se desplegaba ante sus ojos a través de las ventanas en veinte pantallas de televisión a la vez. Sin detenerse a mirar, las imágenes les llegaban a ráfagas. Y entonces, por una de las ventanas, una niña salía cautelosamente en medio de una multitud, o eso parecía. Una niña pálida, delgada y luminosa que no pasaría de los ocho años, con el pelo recogido en un moño. Abandonaba su cautiverio, y sus ojos, que las cuarenta y dos pantallas del Strand transmitían, se veían enormes y brillantes, dolorosamente conscientes del significado de la luz.

—Han encontrado a la niña —dijo Sam.

—La madre debe de estar en la cárcel —dijo Billa—. No sé cómo…

—A la espera de juicio —aclaró Sam, y hablaron del hallazgo de China, de su posible futuro y de una separación permanente de sus padres y hermanos mientras recorrían el Strand hasta Wolf Walk.

A pesar de lo encantador que Wolf Walk era de noche, por ahí no andaba nadie. Tan solo una farola, cálida y romántica, daba luz en medio de la noche y las sombras.

Se podía adivinar la curva del paseo y, abajo, en la lengua de fango, según avanzaban, apareció una colonia de piedras rechonchas que resultó ser un grupo de patos dormidos que levantaron la cabeza con un grito ahogado y desconcertado antes de ahuecar las plumas y acomodar de nuevo la cabeza bajo el ala. No había nadie más en el paseo. A medio camino, bajo la farola, se veía la nueva cámara: una caja blanca que enfocaba al suelo.

—Allí está —dijo Sam— ¿Por qué demonios instalan una por aquí?

—Bueno, los obreros dicen que alguien había tirado un banco al fango —respondió Hettie—. Nunca se ha sabido quién. Y Michael y yo nos estábamos…

—Besando —sugirió Billa—. No te pongas así. Nosotros ya lo hemos visto casi todo, y hasta hemos oído hablar de los besos.

—Sí, estábamos besándonos, pero no queríamos seguir en el banco de Tracy Woods con una cámara encima, claro. ¡A saber quién mira! Y habíamos venido hasta aquí porque nuestro sitio de siempre, un sitio al que siempre vamos…, no puedo decir dónde está porque es secreto, pero el sitio de siempre estaba lleno de gente con prismáticos, por eso estábamos en Wolf Walk. Mirad. Allí está.

Estaban bajo la cámara. El muro allí tenía un poco menos de dos metros y la instalación de la cámara era torpe e ineficaz. Desde allí no se podía ver gran cosa, a menos que los criminales se sentaran en el banco de Tracy Wood a llevar a cabo sus maldades.

—Y entonces Michael le dijo al hombre que eso era una intrusión, que venimos por aquí para tener un poco de paz y tranquilidad, y después de instalar la cámara el hombre dijo: «¡Ya sé yo cuál es la paz y la tranquilidad que buscáis!», y se rieron, se rieron de nosotros, y su compañero, uno gordo, dijo: «¡Ahí, ahí!», y entonces uno de ellos, no sé cuál de los dos, dijo: «Si no tenéis nada que esconder no tenéis nada que temer». Pero cuando se fueron y se encendió la lucecita roja que indica que la cámara está grabando, Michael y yo ya no queríamos seguir con lo que estábamos haciendo. Michael dijo que el momento ya había pasado.

—Vaya, claro que había pasado —dijo Billa—. Eso es cosa de John Calvin y su patrulla vecinal.

—Yo no creo en la patrulla vecinal —dijo Sam, que se estiró y tocó la cámara—. No creo que haya nadie. Mira, se puede mover.

Le dio un buen empujón y la cámara se movió medio palmo, ahora apuntaba hacia el castillo. Debían haberla diseñado para que quedara fuera del alcance de la población observada, y los obreros habían hecho lo que habían podido instalándola en un lugar poco apropiado para cámaras de circuito cerrado de televisión.

—Así está mejor.

—Qué pequeñitas que son, ¿verdad? —preguntó Billa muy tranquila—. No están hechas para durar, para nada.

Con el paraguas de mango de loro, dio un golpe firme en un lado de la cámara, que tembló como hojalata barata. Otro golpe más y la abolladura del canto ya se apreciaba.

—Se meterá en un lío —Hettie—. No pueden verla, pero por la voz sabrán quién lo ha hecho. Más vale que no lo haga, señora Townsend.

—Estas cosas no tienen ningún tipo de equipo de sonido —dijo Billa—. No es más que una cámara digital.

Se colocó al frente y observó el objetivo oscuro; fue como asomarse a la oscuridad y al vacío, al ojo muerto que todo lo grababa. Dio un paso atrás y, de un golpe seco, hizo añicos el cristal con el pico de su paraguas de mango de loro.

—Toma —dijo Billa.

—¡Dios! —exclamó Hettie—. No me lo puedo creer.

—¿Quieres intentarlo? —preguntó Billa, y le dio el paraguas a Hettie.

Hettie lo cogió incrédula y, desde un lado, tal vez intentando evitar que, en sus últimos momentos de vida, la cámara pudiera grabarla, golpeteó el objetivo. Al principio lo hizo tímidamente, luego con más fuerza y al final le dio un buen golpetazo o dos. La había destrozado; los fragmentos de cristal yacían en el suelo.

—Es bastante fácil —observó Billa—. Creo que voy a probar con la espantosa cámara que tengo en casa. Tampoco veo por qué debería soportar esa.

—En la tienda hay una —dijo Sam—. Creo que voy a hacer algo al respecto, mañana a primera hora. Y mirad, mirad qué trabajo tan mal hecho. ¡Fijada a duras penas a la pared!

Tiró de la base de la cámara, que se desprendió con facilidad del viejo muro de cemento y ladrillo. Tiró de nuevo y los cables de la base cedieron, desgarrándose al salir de la caja de la cámara.

Jadeando, Sam sujetó el cadáver de la cámara abollada y destrozada con las dos manos.

—Es un poco más pesada de lo que parece —dijo—. Y está llena de mis huellas dactilares. Tendrá que ir al estuario, ¿no os parece?

Hettie y Billa estuvieron de acuerdo; probando a lanzar la cámara dos o tres veces, Sam la envió al fango, hasta donde llegó dibujando un arco. Con un ruido sordo y viscoso, acabó en la corriente principal del estuario, en cuyo fango se alojaría hasta quedar rápidamente sepultada por la corriente, que se encargaría de borrar cualquier marca que hubiera en la superficie de la cámara.

Con el silencioso porte de los cacos, casi sin hablar, los tres regresaron a casa. *Stanley*, que había esperado pacientemente mientras destrozaban la cámara, parecía una institutriz intransigente y regañona.

—Buenas noches. —Billa y Sam se despidieron de Hettie y volvieron a despedirse, esta vez de Miranda, que abrió la puerta preguntándose dónde andaría su hija.

—Buenas noches —le dijo Billa a Sam cuando él enfiló su callejón con los hombros llenos de destellos de polvo de vidrio; y continuó otros trescientos metros hasta su casa.

No había nadie; todas las cortinas del pueblo estaban corridas, las calles, silenciosas e imperturbables. Bajo un ojo negro escrutador y su parpadeo rojo, Billa entró en su casa. No tenía ni idea de quién observaría su regreso. Sabía que nada había cambiado; es más, tal vez hubieran contribuido a demostrar que el pueblo, de cabo a rabo, necesitaba vigilancia. Al cabo de unos días habrían reemplazado la cámara de Wolf Walk. Billa pensó que se calentaría una lasaña regalada, tal vez incluso disfrutara de una copa de alguna de las mejores botellas de Tom; de alguna de las más polvorientas, por lo menos.

25

Hacía un mes que había cambiado la hora. Ya había anochecido cuando un sábado por la noche sonó el timbre. *Stanley* ocupaba su posición en el centro exacto del sofá, la cabeza y las orejas apoyadas en el borde, y miraba *Doctor Who* como si comprendiera, totalmente ensimismado.

A su derecha, los pies de Harry y Sam, cubiertos solo con calcetines, empujaban su flanco izquierdo. Como sábado sí, sábado

no, *Stanley* había soportado pacientemente el baño; no parecía disfrutarlo mucho, pero aguantaba. Sam y Harry disfrutaban por los tres en la bañera de hidromasaje blanca abriendo el grifo del jacuzzi para asustar a Stanley, haciendo ruiditos y batiendo el champú para perros hasta formar enormes merengues antes de aclararlo y secarlo con su toalla especial color *Stanley*, color mermelada de naranja. Y ahora *Stanley* olía, si no a rosas, sí a perro; era un olor agradable, nada que ver con ese hedor pestilente. De vez en cuando, Sam le pasaba a Harry un cuenco de aceitunas, *cheetos* o cacahuetes con miel. Los tentempiés vivían en el brazo derecho del sofá, con el negroni de Sam, y era él quien estaba a cargo de ellos; los mandos a distancia de la cadena de música, el televisor y el DVD estaban en el brazo izquierdo, junto al whisky sour de Harry. Cuando los *cheetos* pasaban sobre la cabeza de *Stanley*, levantaba la cara, aunque más que suplicar que le dieran uno, parecía reprobarlos. Si Harry estaba en la cocina, Sam robaba uno para *Stanley*; y cuando Sam se preparaba otro negroni, Harry hacía exactamente lo mismo. Los dos creían que el otro no sabía nada del asunto. *Stanley* nunca los delataba al apoderarse con un chasquido de la ilícita golosina.

—¿Esos cuáles son? —preguntó Harry.

—¿Cuáles qué?

—Esos. ¿Son los Sontaran?

—No. Los Sontaran son los de la cabeza grande. Estos son los…

—¿Son los que están hechos de grasa humana?

—No. Esos son los…, no me acuerdo de cómo se llamaban.

—Esos me gustaban.

—¿No podrías simplemente callarte y mirar, cariño?

—Si me pierdo ya no puedo mirar.

—No sé por qué no puedes seguir el episodio. Un niño de seis años podría seguirlo. Está pensada para niños de seis años.

—Con los Daleks nunca me perdía. ¿Por qué no vuelven a poner a los Daleks? Esos me gustaban.

—Salieron la semana pasada.

—¿Qué hacían?

—Tratar de apoderarse del mundo.

—¿Todavía están con lo mismo?

—Es decir…

—Quiero decir que deben de haberlo intentado docenas de veces ya, y nunca lo consiguen. ¿No te parece que alguien podría hacerles ver que se están pasando de ambiciosos?

—¿Como en un principio de Peter interplanetario, quieres decir?

—Todo alienígena tiende a ascender al nivel de su incompetencia. Exactamente. Si partieran de algo un poco más pequeñito, por ejemplo, si decidieran apoderarse de Kansas, o de Malta, podrían tener un poco más de éxito. Y luego ir avanzando desde allí.

—¿Qué ha pasado?

—Ni idea. Algo ha estallado. ¿No era la Reina Victoria?

—No, ella tampoco sale esta semana.

—En fin, debo decir que no entiendo absolutamente nada de lo que está pasando. Solo lo entiendo cuando salen gays. —Harry dio un buen trago—. Esta tarde me he encontrado con el John Calvin ese.

—Ah, ¿sí?

—¿Sabías que se mudan?

—¿De verdad? ¿Así, de repente?

—No —dijo Harry—. Me ha dicho que llevaban un tiempo pensándolo. Pero no sé qué decirte. Y ahora ya se ha terminado *Doctor Who* y no he entendido ni una palabra. Seguro que todo era muy emocionante.

—En realidad, ya había visto el episodio —comentó Sam—. Iba de un universo paralelo.

Justo entonces sonó el timbre, un tañido feroz y posesivo.

—Estaba a punto de comentar lo agradable que es pasar un sábado por la noche en casa, para variar, sin tener que pensar en qué ponerse ni de qué hablar. Solo tú, yo, y esa cosa que no está apestando la casa, para variar. ¡Y tenía que sonar!

Fuera, en la calle, se oyó el estruendoso rugido de un coche con el silenciador averiado. Se apagó. El timbre volvió a sonar, quejumbroso, y Sam se levantó.

—¡Dios, estoy engordando!

—Los dos estamos engordando —reconoció Harry—. Será la pasma, que ha venido a detenerte por tirar la cámara al estuario.

—No deberías decir eso —dijo Sam, abriendo la puerta.

El hombre de aquella vez, Spencer, el del taller mecánico, estaba de pie con una sonrisa en el rostro. Llevaba una camiseta blanca apretada y unos pantalones vaqueros de tiro bajo, y un hueco entre la una y los otros le dejaba al aire el ombligo y un pubis firme cuyo vello estaba orientado en la misma dirección. Llevaba una botella de vino en la mano.

—Hola chicos —dijo Spencer.

—Hola —contestó Sam levantando una ceja—. Spencer, ¿verdad?

—¿No me vais a dejar pasar? —preguntó Spencer—. ¿No han llegado los otros todavía?

—¿Qué otros? —dijo Sam—. ¿Sabíamos que ibais a venir?

Harry no era la persona más ordenada del mundo, y era posible que se hubiera olvidado de alguna invitación que hubiera hecho.

—Vamos —dijo Spencer—. Es el primer sábado del mes, ¿no? ¡Toca fiesta!

El ruido de Spencer había sacado a Harry al recibidor; de pie en la puerta del cuarto de estar con un vaso en la mano, descalzo con un cárdigan y una camisa sin planchar, no estaba sexualmente irresistible, que dijéramos.

—¿Qué pasa? —dijo al final.

—¿No es esta noche? —preguntó Spencer—. Pensaba que era esta noche. Pensaba que esta noche iba a ser aquí. ¡Pensaba que llegaba y que los demás ya estarían manos a la obra!

—Que yo sepa, no —contestó Sam—. Hace un mes que no sé nada de ninguno. Peter nos invitó a todos hace seis semanas, pero no podíamos ir. Nadie ha dicho nada desde entonces. Dios, espero que no estén todos de camino.

—Sí —dijo Spencer, bajando la voz hasta que se convirtió en gruñido grave; se acercó a Sam y le dio un buen pellizco en el cuello con el pulgar y el índice—. Sí, yo también lo espero, solo nosotros tres, ¿eh? Eso también estaría bien, solo tú y yo, y…

—Es una buena idea —lo interrumpió Harry—. Pero ahora no. Tal vez otro día.

—Oh, vamos tío —insistió Spencer—, que vengo desde Ottery. El coche con el que he venido ya se ha ido. No hagáis que desperdicie

el viaje, tíos.

—Bueno, deberías haber llamado antes. Lo siento. Otro día —dijo Sam.

—Si no me disteis vuestro número. Que os follen —les soltó Spencer bajando la mano y abriendo la puerta a sus espaldas.

Fuera hacía fío y Spencer solo llevaba una camiseta, Harry lo llamó.

—Puedes esperar dentro mientras llamas a tu mujer… Vaya, se ha ido.

—Se debe de haber llevado un buen chasco —dijo Sam mientras volvía al cuarto de estar.

Casualty estaba comenzando.

—Sí, el bueno de Spencer.

—No te importa, ¿verdad?

—¿Qué? ¿Haberlo echado con este frío? No. En absoluto.

—Un cabrón muy sexy —dijo Sam.

—Pero chalado. Demasiados problemas, no vale la pena. Una agradable velada en casa los dos solos, eso es lo suyo. Su mujer no andará muy lejos.

—Les dará para una conversación interesante de camino a casa. No estarás diciendo que vayamos a renunciar a todo eso, ¿verdad?

—¿A qué? ¿A los chicos, a las reuniones, al mecánico sexy que uno se había tirado…? ¿A ti qué te parece?

—No estarás diciendo que tú y yo no volveremos a mantener relaciones sexuales con nadie más durante el resto de nuestra vida, ¿verdad? ¿Que de ahora en adelante seremos solamente tú y yo, fieles?

—No, cariño —contestó Harry—. No estoy diciendo nada de eso, nunca se lo diría a alguien como tú. No podría herirte de esa manera.

—Te quiero —dijo Sam, y cuando los dos se besaron en el sofá, casi aplastan a *Stanley*.

Cuando hubieron terminado, Sam se levantó y, descalzo, con los calcetines solamente, llevó a la cocina los vasos vacíos. En la nevera había una buena pierna de cordero. Era para el almuerzo del domingo, pero con unas patatas asadas y unas judías verdes podría

ir bien para la noche del sábado. Los días iban acortándose cada vez más: bajó las persianas de encima del fregadero, aunque esas daban al jardín y allí no habría nadie mirando. Todas las cortinas de la casa estaban corridas; del teléfono y el timbre de la puerta podían hacer caso omiso; a partir de ese instante y hasta la mañana siguiente podrían estar solos sin que los molestasen ni los observasen. Sam le sirvió otra copa a Harry y luego se llenó la suya de Campari, ginebra y vermut rojo. Ya iba por la tercera: pero lo mejor de quedarse en casa con Harry un sábado por la noche era que no había nadie que fuera a ponerse a contar ni a vigilar.

Londres-Ginebra
Marzo de 2010

7 La confusión se produce entre *wolf*, «lobo», y *wharf*, «embarcadero», «muelle». *(N. de T.)*

«¿Quién eres tú, que así, envuelto en la noche, sorprendes de tal modo mis secretos?»
WILLIAM SHAKESPEARE, *Romeo y Julieta*

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *El rey de los tejones*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector o comparta sus opiniones con nosotros y otros lectores en nuestra web (www.librosdelasteroide.com)

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección que creemos que le gustarán si ha disfrutado con la presente lectura.

Queremos animarle también a que nos siga en Twitter (http://twitter.com/LibrosAsteroide) y en Facebook (www.facebook.com/librosdelasteroide), y nos visite en nuestra web donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y donde podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.

Nota biográfica

Philip Hensher (Londres, 1965) es escritor y periodista. Colabora en *The Guardian* y *The Independent*, es el responsable de la crítica literaria en *The Spectator* y enseña escritura creativa en la Universidad de Exeter. Fue seleccionado por la revista *Granta* como uno de los mejores jóvenes novelistas británicos. Ha escrito un libro de relatos y siete novelas, entre las que destacan *The Mulberry Empire* (2002), *The Northern Clemency* (2008, finalista del premio Man Booker) y *El rey de los tejones* (2011), su última obra publicada.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *El rey de los tejones*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Algún día este dolor te será útil, Peter Cameron

Las crónicas de la señorita Hempel, Sarah Shun-lien Bynum

Todo, Kevin Canty